



# PECADOS NOCTURNOS

COLECCIÓN EROTIC NIGHTCLUB

KELLY DREAMS



# PECADOS NOCTURNOS

COLECCIÓN EROTIC NIGHTCLUB

KELLY DREAMS

# Pecados Nocturnos

*Colección Erotic Nightclub*

## Kelly Dreams

# **COPYRIGHT**

## **Pecados Nocturnos**

*Colección Erotic Nightclub*

© 1ª edición 2019

© Kelly Dreams

Portada: © stock.adobe.com

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

# **DEDICATORIA**

A mis **lectoras**.

Gracias por acompañarme en cada nueva aventura.

## ARGUMENTO

La Colección “EROTIC NIGHTCLUB” es un recopilatorio que contiene varias novelas eróticas contemporáneas cuyo denominador común son los clubes nocturnos-eróticos.

Los títulos son los siguientes:

- 1. El Amo del juego*
- 2. Club Triple Trouble (Hermanos Falcon)*
- 3. Magnolia Pleasures.*

Que disfrutes de la lectura.

# ÍNDICE

x

## EL AMO DEL JUEGO

Cuando su hermana se presentó en la puerta de su hogar después de una larga ausencia y le pidió cinco mil dólares para cubrir una apuesta y recuperar en el proceso una reliquia familiar, **Angelic** supo que sus problemas no hacían más que comenzar.

Ahora tendría que recuperar el collar de perlas que su hermana había perdido a las cartas y para ello debería enfrentarse con el propietario de uno de los más exclusivos clubs privados de la ciudad, un club en el que las fantasías y el pecado eran los protagonistas.

*La Maschera* era un hombre acostumbrado a hacer su voluntad. El *club Shalderia* era su fortaleza, la seducción y el deseo sus armas, todo aquello que deseaba lo conseguía y la pequeña y belicosa mujer que le exigía la devolución del collar de perlas que su hermana entregó como pago de la deuda contraída en las mesas de juego, no iba a ser menos.

Cuatro noches en el *Shalderia* a merced del amo del juego y el collar sería suyo, ¿se atreverá Angelic a jugar según las reglas?

## CAPÍTULO 1

Llevaba unos cinco minutos parlotando sin cesar, desde el momento en que abrió la puerta y la atravesó como un vendaval con aroma a perfume caro no había parado ni para tomar aire. Angelic no estaba segura de qué le sorprendía más si el contenido de su monólogo o el hecho de que su melliza apareciese en la puerta de su hogar después de algo más de un año sin verla. Y no podía decir que su presencia resultase a ser un agradable reencuentro, las hermanas habían dejado de tratarse como tal desde hacía tiempo, a decir verdad, para ella Christie fue un continuo tormento juvenil que no hizo sino convertirse en penitencia al llegar a la edad adulta. No podían ser más iguales y al mismo tiempo más distintas. El tinte negro azulado que cubría el rubio natural de su hermana era tan solo una de las diferencias que alejaban el parecido físico de las mellizas, si a ello añadía el obvio amor de su hermana por la ropa cara, las joyas, una vida disoluta y un carácter voluble que a menudo terminaba en infantiles rabietas, su parecido se convertía en inexistente. Podían haber compartido el mismo útero, compartir la misma sangre pero aquello era todo lo que a día de hoy las unía.

La ansiedad empezaba a hacer mella en el rostro delicadamente pintado de su hermana, sus labios seguían moviéndose sin parar mientras la ponía al tanto de su último problema.

—Debo cinco mil dólares, Angelic —repitió, quizás pensó que no la escuchó bien la primera vez—. Cinco mil dólares y sólo tengo una semana para saldar la deuda o iré derechita al juzgado, me incluirán en la lista de morosos y dios no lo quiera, ¡podría dar con mis huesecitos en prisión!

Alzó la mirada y frunció el ceño.

—Cinco mil dólares —repitió.

La mujer asintió de modo ansioso. El corto pelo de un tono más oscuro que el suyo por culpa de los tintes, se disparaba hacia los lados dándole un aspecto desenfadado y que no hacía otra cosa que acentuar los rasgos de su cara. Un rostro que era igual al suyo y al mismo tiempo distinto; Quizás fuese por las gafas, unas Ralph Lauren que conferían a su propietaria un aspecto sofisticado.

Tan iguales y tan distintas pensó mientras la recorría con la mirada.

—Cinco de los grandes.

Volvió a asentir con más entusiasmo.

—Tienes que hacerme un préstamo, Angelic —insistió, sus gestos a cada segundo se volvían más desesperados—. No puedes permitir que tu hermana pequeña...

—Por cinco minutos... —siseó y puso los ojos en blanco ante tal dramatismo.

—...acabe en la cárcel —concluyó sin hacer caso a su intromisión—. Tienes que hacerme un préstamo. Déjame la tarjeta de crédito, o extiéndeme un cheque, lo que sea... pero necesito ese dinero.

Y ahí estaba de nuevo ese borde demandante en su voz. No le estaba pidiendo un favor, le exigía que la sacase del problema en el que ella solita se había metido... otra vez.

—Satisface mi curiosidad, ¿cómo es posible que te hayas endeudado hasta el punto de deber cinco de los grandes? —le preguntó al tiempo que se

cruzaba de brazos—. ¿Qué obra de caridad salió mal esta vez?

Su hermana frunció los labios en un mohín que suponía estaba pensado para dar lástima.

—Oh, ¿no puedes simplemente dejarme el dinero sin hacer preguntas? —se quejó y parecía ofendida. Qué novedad—. Te prometo que te lo devolveré.

Ella puso los ojos en blanco... Sí, claro, como le había devuelto los últimos préstamos que le hacía cada vez que se metía en algún lío.

—Tienes que disculparme, Christie, es una mala costumbre que he adquirido con los años —le dijo con gesto irónico—. Especialmente cuando no he visto reembolsado ninguno de esos préstamos...Tú sabes, no estamos hablando precisamente de un par de billetes...

El gesto de fastidio aumentó en el rostro de su hermana, la vio llevarse las manos a las caderas y sacar pecho; Como si eso fuese a funcionar con alguien que no fuese alguno de los babeantes neandertales que la seguían a todos lados y le cumplían sus caprichos. Ella siempre tuvo mucho éxito entre el sexo opuesto.

—¿Vas a dejarme el dinero o no? —se exasperó, sus ojos azules clavándose en ella con decisión.

Dejó salir un agotado suspiro, había olvidado convenientemente lo cansado que podía llegar a ser las conversaciones con su hermana, pero claro, tampoco la veía demasiado como para poder recordarlas. Esta era la primera vez que veía a su melliza en más de un año. La última vez había sido durante el aniversario de la muerte de sus padres y su encuentro no fue mucho más agradable de lo que estaba resultando este.

—¿Qué te hace pensar que dispongo de tal cantidad de dinero? —Su respuesta fue directa, sus ojos se encontraron con los de ella y le sostuvo la mirada—. Echo la lotería siempre que puedo, pero sabes, todavía no me ha

tocado.

El bufido que abandonó los rojos labios fue seguido por un irritante siseo. Sí, aquella era otra de las cosas que no soportaba de ella. La lista se incrementaba a pasos agigantados.

—Oh, vamos. Tienes que tener ahorros —insistió con un gimoteo, su actitud no podía ser más infantil—. Mírate, dudo que hayas pisado una peluquería desde la última vez que te vi, ambas sabemos que no coges vacaciones, a juzgar por tu ropa no has pisado un centro comercial en años, no gastas ni un solo centavo. Siempre fuiste una hormiguita trabajadora y ahorrativa así que tienes que dejarme ese dinero.

No pudo evitarlo, la risa burbujeaba en su garganta y permitió que surgiese al exterior. Solo ella podría decir cosas tan hermosas de un miembro de su propia familia, daba igual que hubiesen compartido el vientre materno, cualquier sentimiento de unión o fraternidad se extinguió hace mucho tiempo entre ellas y no había marcha atrás. A una hermana podían perdonársele muchas cosas, incluso agradecerle el gesto que había tenido al acostarse en su propia cama con el hijo de puta con el que planeaba casarse salvándola de cometer el mayor error de su vida. Pero la actitud prepotente y desenfadada que exhibió en el momento en que los pilló infraganti fue suficiente para que todo aquello palidiese ante las palabras que le escuchó pronunciar.

*“No te pongas tan melodramática, Angelic, no eras suficiente mujer para él. Si no hubiese sido yo, sería alguien más”.*

Aquellas palabras se grabaron a fuego como también lo hizo la mirada de picardía y satisfacción que vio en los ojos reflejo de los suyos. Una vez más, quiso demostrarle que era mejor que ella.

—Te juro que será la última vez —continuó moderando ahora su tono al darse cuenta que aquella actitud no favorecía a su petición—. No tengo la intención de volver a poner los pies en ese maldito club elitista.

Por fin parecía que empezaba a salir el sol y se llegaba al meollo del asunto.

—Un club —repitió y le hizo ver que no le dejaría irse por las ramas—. ¿Qué has hecho? ¿Perder una apuesta?

Para ninguna de las dos era una sorpresa que a ella le gustaba jugar de vez en cuando. A Christie le gustaba el riesgo, la emoción del azar pero sabía cuándo ponerle freno o al menos así había sido hasta entonces.

—¿Qué ha sido esta vez? —insistió con fastidio.

Cualquiera en su situación mostraría un poco de humildad y se mostraría arrepentida, o cuando menos avergonzada, no ofendida como lo estaba ella.

—Fue un error —declaró alzando esa naricita respingona—. Mi novio recibió una invitación privada...

Ella puso los ojos en blanco. Su hermana tenía tendencia a cambiar de hombre como de ropa interior.

—...de uno de los clubs privados más exclusivo de la ciudad —continuó sin hacer caso de su gesto—. Recibir una invitación del Shalderia es un privilegio...

Chasqueó la lengua.

—No veo como puede ser un privilegio entrar en un lugar y perder cinco mil dólares —resopló, pero movió la mano en un gesto para invitarla a seguir—. Las apuestas deben ser realmente altas ahí dentro.

Ella sacudió la cabeza y dejó escapar un pequeño resoplido.

—El Shalderia no es un casino —declaró—. No es solo un club de juego... es... mucho más que eso.

Arqueó la ceja en respuesta a su insinuación.

—¿Un club de alterne? —sugirió con sorna—. Vaya, esto mejora por momentos.

Ella se deshizo de aquel comentario con un gesto de la mano.

—El Shalderia es mucho más que eso —insistió, parecía haberse grabado ese mantra—. Abre los ojos, Angelic, hay mucho más en el mundo que tus anticuadas visiones sobre los burdeles... Cómo te lo explico... Piensa en esos clubes de caballeros que aparecen en esas noveluchas que tanto te gustan, refinamiento, buenas bebidas, juegos de azar... y más allá de eso, para quien así lo desee y siempre con invitación, un ambiente íntimo, sensual, para parejas, mujeres y hombres solteros que buscan sencillamente mirar... o interactuar con cualquiera que esté dispuesto a ello. Todo dentro de un contexto seguro, dónde se exigen los buenos modales, el respeto, la libertad y se condenan los abusos y las prácticas no consentidas de cualquier clase.

Batió ligeramente sus pestañas e inclinó ligeramente la cabeza con un único gesto.

—Un burdel —resumió ella con un ligero encogimiento de hombros.

La mirada que le dedicó decía cuanto la exasperaba su actitud. Bueno, era una pena, ¿no?

—En el Shalderia no se permite la prostitución —le soltó con un resoplido—. Es igual, déjalo, lo máximo que sabrás tú de sexo es la posición del *misionero*.

No merecía la pena contestar.

—El caso es que necesito esos cinco mil, es la única manera de recuperar ese estúpido collar de perlas y que no me pongan en la lista de morosos —insistió con hastío.

Un momento, ¿cuándo habían sido incluidas unas perlas en la conversación? Un mal presentimiento cruzó por su mente, no podía ser lo que estaba pensando, ella no podía ser tan estúpida como...

—Dime que no has dejado el collar de perlas de nuestra abuela como señal —pidió y rogó que sus suposiciones fuesen infundadas.

La vacilación que vio en su rostro fue suficiente respuesta a la pregunta.

—Esas perlas combinaban perfectamente con mi vestido —se defendió como si la hubiese acusado de robo—. Y era mi turno de tenerlas, no lo olvides. En ese momento no se me ocurrió nada mejor. Él no es un hombre al que se le pueda dar esquinazo o engañar con cualquier tontería... Ha sido lo suficientemente caballeroso como para permitirme saldar la deuda de esa manera y me permite recuperar el collar si abono... el importe... que perdí... antes del próximo viernes.

Sí, el collar había figurado en el testamento de su abuela como un legado para sus nietas. La mujer \_un modelo del excentricismo allí dónde estuviese\_, había puesto como condición que las perlas pasasen de las manos de una hermana a la otra cada cinco años. La primera en tenerlos sería Christine y tras el periodo inicial de cinco años, el collar debería ser devuelto a Angelic; Y el tiempo de su hermana expiraba en menos de una semana.

—Entregaste el collar de perlas de la abuela para pagar una deuda de juego —murmuró como si no pudiese creer en las palabras que acababa de pronunciar.

La mujer se encogió de hombros.

—Bueno, me ofrecí a pagarle... en otra forma —respondió con un suspiro—. Pero él elige a quien desea llevarse a la cama o concederle sus favores en el Shalderia...

Ella alzó la mano para detenerla.

—Demasiada información, gracias —la interrumpió con brusquedad.

—Necesito esos cinco mil, Angelic —insistió acercándose a ella—. Es la única forma de poder recuperar las perlas, se supone que tengo que entregar el collar en una semana al abogado para que te las dé... Pues bien, eso no va a ser posible porque no tengo cinco mil dólares...

La incredulidad empezaba a asomarse a su rostro, aquella situación era tan inverosímil como absurda.

—¿Qué pasa con la Galería de Arte? —le preguntó, necesitaba ordenar sus ideas. Su hermana trabajaba en una galería de arte... o al menos esperaba que todavía lo hiciese.

Sus esperanzas desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

—Cerró hace seis meses —declaró con un encogimiento de hombros—. Pero he conseguido un trabajo para catalogar las obras de un viejo excéntrico. Es un trabajo bien pagado, pero no me liquidarán hasta que todos los cuadros estén revisados y catalogados... Por eso necesito que me prestes el dinero, te juro que en cuanto me paguen te devuelvo hasta el último centavo.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo —le dijo con un ligero encogimiento de hombros.

Aquella no era la respuesta que esperaba.

—¡Pero soy tu hermana! —se quejó como una niña pequeña—. No puedes dejarme tirada de esta manera.

Ella puso los ojos en blanco.

—Christie, no tengo cinco mil dólares —explicó al tiempo que extendía las manos y señalaba el lugar a su alrededor—. A duras penas puedo pagar el alquiler y las facturas, ¿de dónde voy a sacar cinco de los grandes? Además, esto es culpa tuya. No sé cómo diablos lo harás pero tienes que recuperar ese collar o además de los cinco mil que debes tendrás que vértelas con el abogado. Sabes que ese collar no puede venderse, ni empeñarse, la abuela lo dejó perfectísimamente claro en su testamento.

Sí, lo había dejado especificado pues sabía que su hija \_la madre de las dos\_, era tan propensa a cometer estupideces como lo sería después su hija menor.

Ella empezó a refunfuñar por lo bajo y apenas pudo captar parte de lo que decía.

—¡Pero tienes que hacer algo! ¡Tienes que ayudarme!

El tono de voz de su hermana seguía siendo de mando. Ella no pedía, exigía.

—Este es *tú* problema —le dijo mientras se dirigía hacia la puerta principal y la abría—. Tienes siete días para buscar una solución, así que... empieza a pensar en algo, el tiempo corre.

El color desapareció de su rostro durante un breve instante y miró la puerta como si no pudiese creer que la estuviese echando.

—No puedo creer que me hagas esto... —declaró e incluso se hizo la ofendida. Lo que había que ver—. Soy tu hermana...

Ella se encogió despreocupadamente de hombros y le indicó la salida.

—Sí, la misma que se acostó con mi novio en mi propia cama —le recordó con una amplia sonrisa—. Sigue con esa táctica, a lo mejor consigues que te devuelvan las perlas.

Ella se tensó, alzó la barbilla y tras recoger su bolso caminó muy digna hacia la puerta, deteniéndose un único instante para mirarla con gesto de superioridad.

—Deberías darme las gracias por ello en vez de enfadarte —le dijo—, te evité el mal trago de que te dijese que no le gustabas en la cama.

La puerta encajó en la cerradura con más fuerza de lo normal cuando la cerró tras la mujer. Había cosas que nunca cambiaban y la lengua afilada de su hermana, era una de ellas.

## CAPÍTULO 2

—Y entonces se presenta en mi casa después de un año sin dar señales de vida y me pide cinco mil dólares para recuperar el collar de perlas de nuestra abuela, el cual, ¡oh casualidad! iba a pasar a mis manos en menos de una semana —recitó de carrerilla mientras daba vueltas al café que le calentaba las manos—. ¡Cinco mil malditos dólares!

Alessandro apenas le dedicó un rápido vistazo para hacerle saber que la escuchaba mientras seguía con su trabajo. La chica se presentó allí pasadas las nueve, se sentó a la barra del bar tras la que estaba sirviendo los desayunos y pidió un café con leche; Una rutina que se repetía desde hacía unas dos semanas, el día en que la conoció.

—Es una cantidad importante de dinero —comentó mientras secaba las tazas del café y las colocaba en su sitio.

—¿Importante? Es una cantidad que yo no concibo siquiera —rezongó ella—. Si fuese cualquier otra cosa, me daría igual... ya es hora de que empiece a arreglar sus propios problemas, no puede pasarse toda la vida con esa actitud despreocupada y venir después exigiendo que la ayude. ¡Exigiendo nada más y nada menos!

Se encogió de hombros, no solía ser tan parlanchina pero aquella mañana estaba alterada.

—Es tu hermana. —Le recordó la información que ella misma le dio tras sentarse. Aunque no podía decirse que la culpase, él mismo no tenía una buena relación con su familia.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sólo porque compartimos el mismo cordón umbilical —resopló y alzó la mirada hasta encontrarse con la suya—. ¿Por qué no puede estarse quietecita un par de meses? ¿Por qué no puede simplemente arreglar sus propios problemas sin meternos a los demás en ellos? Y ha tenido que meter también las perlas de la abuela en medio.

El gesto airado que acompañó a sus palabras tensó la tela del suéter que la cubría desde el cuello hasta casi medio muslo, su mirada repasó discretamente la anatomía que le ofrecía y se preguntó no por primera vez qué habría debajo de la anodina ropa que cubría más que realzaba una figura que prometía ser interesante. Él era un hombre acostumbrado a fijarse en los detalles y la presencia de aquella mujer entrando por primera vez en el Verona 's hacía dos semanas acaparó su atención. No podía decirse que sobresaliese, su pelo rubio oscuro era común, sus ojos de un azul bastante claro se ocultaban más que resaltar bajo un poco favorecedor flequillo y su atuendo... bueno, estaba claro que no era una *fashion victim* y a pesar de ello no pudo dejar de fijarse en ella cuando entró un día lluvioso, hecha una sopa y se sentó en una de las mesas del fondo para pedirle un café con leche caliente. Un breve intercambio de palabras, un comentario sobre el tiempo y terminaron como estaban ahora, ella sentada al otro lado de la barra y él escuchando.

Esa mujer era mucho más de lo que mostraba su exterior, la pasión que ponía en sus convicciones, en la defensa de sus argumentos era una prueba inequívoca de ello y no pasaba un momento en que su díscola imaginación jugara con la idea de arrancar cada una de esas capas de ropa para ver que ocultaban. En sus fantasías ella yacía desnuda y a su merced, aceptando lo que él le ofrecía y disfrutando de cada uno de los juegos que surgían en su mente. Una fantasía que se repetía continuamente y de la que necesariamente tenía que mantenerse alejado, no podía rebasar aquella línea autoimpuesta, su anonimato

dependía de ello. Pero la mención de cierto collar de perlas hizo que su hasta entonces, firme decisión, empezase a tambalearse y su lugar fuese ocupado por otra perspectiva más apetecible.

—Deduzco que es una reliquia familiar —dejó caer en un intento de averiguar más sobre aquel collar al que parecía tener tanto apego.

Ella asintió e hizo una pausa mientras degustaba el café.

—Era de mi abuela —explicó y volvió a dejar la taza sobre la mesa—. A la mujer siempre se le dio bien hacer la puñeta y después de muerta siguió haciéndola en el testamento. El collar es una antigua reliquia familiar y si bien nos lo legó a mi hermana y a mí, estipuló que debería pasar los primeros cinco años en manos de mi melliza, transcurrido este tiempo, el collar pasaría a mis manos y así sucesivamente. No puede ser vendido, ni empeñado, ni donado, pero sí puede renunciarse a él en favor de la otra, algo que Christie no hará ni muerta. Así que, hasta donde yo sé, no solo ha roto con la cláusula del testamento sino que además lo ha perdido en una apuesta a poco más de una semana de que se cumpliesen los cinco años estipulados y pasase a mis manos. Esas perlas deberían estar guardadas en algún cofre o caja fuerte... pero no en manos del *madame* del Shalderia.

La vehemencia con la que pronunció aquellas palabras lo hizo sonreír. La palabra *madame* despertaba en él las ganas de reírse y hacerlo con ganas ante tal descripción pero se contuvo ya que nadie entendería su broma privada. Por otro lado, si necesitaba confirmación para sus sospechas, ella acababa de proporcionársela.

—Ignoraba que un hombre pudiese ejercer de madame —comentó haciendo un verdadero esfuerzo por contener su hilaridad.

Ella se encogió de hombros.

—Madame... gigoló... chulo... no sé qué nombre darle a un hombre que lleva un club... de esos —farfulló visiblemente incómoda—. El hecho es que

esas perlas están en manos de un desconocido qué, si creo en lo dicho por Christie, las devolverá solo cuando se salde la deuda de cinco mil dólares que contrajo con él. Tiene de plazo hasta el viernes, lo que me deja cuatro días para pensar en algo.

Él se inclinó ligeramente hacia delante y disfrutó del aroma a canela que la envolvía. Una fragancia extraña para una mujer y que sin embargo en ella encajaba a la perfección.

—Creo que el término correcto para el dueño del club es *Il Master* o el *Amo*. —Su pronunciación delató brevemente su lengua materna.

Sus ojos se alzaron de la taza hacia él y le sonrió.

—¿Estamos hablando de un club de alterne o una plantación de algodón?

Él le devolvió la sonrisa, relamiéndose interiormente por la mujer que permanecía al otro lado de la barra. Agradecía estar en aquellos momentos tras aquella barrera que le impedía ser consciente de la dura erección que pulsaba en sus pantalones. Esa mujer no hacía nada por alentarle, pero la forma en que se llevaba la taza de café a los labios y estos rozaban suavemente el borde para luego pasar la lengua con delicadeza sobre ellos era puro erotismo y lo encendía.

—Dímelo tú —respondió a su pregunta luchando porque su voz mantuviese el tono educado y libre de acento materno que tanto le costaba ocultar algunas veces. Necesitaba concentrarse para mantener la perfecta dicción que ocultaba sus orígenes y enmascaraba su verdadera identidad.

Ella suspiró.

—Me temo que mis conocimientos del lugar se extienden hasta el nombre —resopló y acompañó sus palabras con un encogimiento de hombros—. El Shalderia. Mi hermana es la que se mete en líos, la que frecuenta toda clase de antros... Yo soy la estúpida que a pesar de todas las perrerías que me lleva echas en la vida, y son unas cuantas, tiene la suficiente conciencia para

recordar todavía que es mi hermana e intentar buscar una solución a este maldito embrollo. Pero por dios que esta será la última vez y solo porque se trata del collar de la abuela.

Sí, no le quedaba duda de qué collar hablaba, pero la mujer que recordaba no se le parecía en nada, cierto era que tampoco prestó demasiada atención a la dama puesto que su conquista de aquella noche le esperaba. Él era un hombre que disfrutaba del sexo sin ataduras de ningún tipo, detestaba las lágrimas y los reproches y tenía una poderosa alergia hacia el compromiso.

—No es una tarea fácil —dejó caer como por casualidad mientras le daba la espalda y colocaba las tazas en su lugar—. El Shalderia es un club al que se entra con invitación personal e intransferible.

La atención de la mujer subió un par de grados.

—Eso me han dicho, ¿alguna sugerencia de cómo obtener esa preciada invitación? —preguntó con un resoplido—. Sinceramente me conformaría con hablar con quien quiera que tenga el collar, pero entre que ignoro su identidad y no tengo las más mínimas ganas de preguntar a mi hermana...

Él se volvió de nuevo hacia ella y la miró sin disimulo, entonces sacudió la cabeza.

—No creo que sea un lugar adecuado para ti, no... das el perfil. — Aquella era una verdad como un templo, la mujer que estaba ahora mismo ante él era la antítesis de la clase de personas que frecuentaban el local y a pesar de todo la idea de verla allí... era irresistible y absolutamente absurda—. El Shalderia es un club privado dónde dar rienda suelta al pecado y entretenerse con algún que otro truco de casino.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sexo y juegos de azar —replicó con hastío—. Vamos, un burdel...

Ahora fue su turno de poner los ojos en blanco.

—En el club no se fomenta ni permite la prostitución —continuó con voz

suave, solo para sus oídos—, el dueño tiene una política muy firme al respecto. Quien penetra sus puertas lo hace libremente, sabiendo qué va a encontrarse, qué está permitido y qué no, en ello radica el buen funcionamiento del mismo.

Ella dejó escapar un cansado suspiro.

—Eso he oído —aceptó girando la taza para luego tomarse el resto del café—. De todas formas, tengo que dar con la forma de recuperar ese collar.

Él lanzó sobre el hombro el paño que utilizó para secar las tazas y apoyó las manos sobre el mostrador.

—¿Tienes cinco de los grandes? —La ironía en su voz era palpable.

Ella negó con la cabeza, el flequillo se desperdigó sobre sus ojos sin orden ni concierto al punto de tener que retirarlo con la mano.

—No —resopló y alejó de sí la taza.

Él asintió.

—En ese caso, tal vez debieses dejar que sea tu hermana quien solucione sus propios problemas —sugirió. No era lo que realmente deseaba que hiciese la mujer frente a él, pero creía en lo que había dicho; Ella no encajaba en el ambiente del club.

Un nuevo suspiro emergió de aquella boca pecaminosa.

—Si hago eso, te aseguro que tendré que ir a visitarla a la cárcel —resopló—. Y Christie no duraría ni un par de días allí, los volvería locos a todos y acabarían matándola... Si no hace que se suiciden ellos antes.

No pudo evitar reír ante tal descripción, aunque por lo que podía recordar no creía que estuviese muy equivocada. Si bien no prestó atención al físico de la mujer, recordaba la zalamería en su voz y el borde irritado cuando le negó la posibilidad de saldar su deuda de otra forma. Los que conocían al maestro del Shalderia, sabían que era él quien elegía, no al revés.

—Tienes un buen corazón. —Y era cierto. Él en su lugar le habría dado

alegremente la espalda a cualquier miembro de su familia. O a todos menos uno.

Ella negó con la cabeza.

—Lo que tengo es una fuga en el cerebro —rezongó—, si fuese medianamente inteligente, dejaría que se las arreglase sola. Y quizás, si no estuviese ese maldito collar metido en el mismo problema, lo haría.

Su curiosidad iba en aumento, ¿qué tenía ese collar para ser tan importante? No podía ser su valor monetario, conocía muy bien las joyas caras y aquellas perlas tenían de auténtico lo que él de santo.

—¿Tan importantes son esas perlas para ti? ¿O es por su valor?

Ella le devolvió la misma mirada.

—No se trata del valor material del collar, sino más bien de una tradición familiar. —Se encogió de hombros como si no tuviese demasiada importancia—. Les dejó el collar a sus nietas porque sabía que de dejárselo a su hija, no habrían terminado de leer el testamento antes de que ella estuviese llamando ya a la primera casa de empeño.

La sorpresa se reflejó en su rostro y aquello le arrancó una sonrisa.

—Lo sé, lo sé, es patético —aceptó con un profundo suspiro—. Por fortuna, yo heredé los genes de mi padre y su sentido común... O quizás no todo su sentido común ya que aquí estoy, pensando en cómo meterme en la boca del lobo para recuperar un estúpido collar cuyo único valor es el sentimental.

No disimuló su interés por ella, ni la sorpresa que le causaba la mujer que tenía frente a él. En un momento era cálida e incluso un poco tímida y al siguiente ya estaba planeando en cómo asaltar uno de los clubes más exclusivos y privados del país... Ella podía ser la chispa que necesitaba para dar un vuelco a su aburrida vida, al menos durante una noche o dos.

—La *Maschera* juega duro —murmuró con los ojos fijos en ella.

Ella frunció el ceño.

—¿Quién?

—El Amo del Juego —le dijo sin traducir la palabra—. Él es quien dicta las normas en el Shalderia, podría exigirte cualquier cosa a cambio de devolverte el collar y puede que saldar la deuda de tu hermana resulte un precio demasiado alto a pagar.

Sus labios compusieron una irónica sonrisa de la que brotó un resoplido.

—Si espera que juegue a las cartas o a cualquier juego de azar, la lleva clara conmigo —se burló ella—. No se me da bien ni siquiera jugar al parchís.

Él le devolvió la sonrisa y se retiró un poco, permitiéndole mantener su espacio personal. Su cercanía empezaba a nublarle el juicio, o quizás era el deseo el que lo hacía.

—Intuyo que a él le va más el streep póker o los dados... y con contrincantes con poca ropa.

Suponía que su expresión fue suficiente respuesta para ella ya que la vio poner los ojos en blanco.

—Déjame adivinar, una putifalda y un par de parches por top —se rió—. Teniendo en cuenta la clase de antro que regenta no me sorprende lo más mínimo.

¿Cómo lo hacía esa mujer? Sus respuestas lo divertían más que molestarlo hasta el punto de desear enviarle una invitación para que comprobase por sí misma si sus palabras eran ciertas o no... y él poder rascarse por fin lo que tanto le picaba. Pero ello incluía introducirla en un mundo en el que quizás no encajase, la mujer frente a él no tenía nada que ver con la sofisticada come hombres que entró al Shalderia del brazo de uno de los clientes habituales del club. Recordaba haberles saludado y como ella le había devorado con la mirada calibrándolo como si fuese su nueva presa, no

volvió a saber más de ellos hasta horas más tarde en una de las mesas de póker. El juego pareció atraer la atención de la mujer y a juzgar por lo que vio no era una simple aficionada, pero tampoco notó en ella el fervor y la ansiedad de una ludópata. Era alguien a quien le gustaba jugar, disfrutaba de la emoción y el peligro que le daban los juegos de azar sin ir más lejos. Sin embargo, aquella noche ya fuese la codicia o el desafío de uno de los hombres la hizo arriesgarse a pesar de que se le permitía retirarse sin mácula. No jugó más de dos manos, ganó limpiamente la primera pero no repitió suerte con la segunda... y el collar ocupó el lugar de la última apuesta realizada, la cual ascendía a cinco mil dólares. Perdió y el collar, cambió de manos.

—Sea como sea —continuó ella interrumpiendo sus recuerdos—, tengo que encontrar la forma de ir a ese club... con invitación o sin ella.

Estaba a punto de decir algo pero la melodía de un teléfono móvil lo interrumpió. Vio como ella cogía el bolso y sacaba tanto el aparato como la cartera.

—¡Al fin! —exclamó después de echar un vistazo al identificador de llamadas. Sacó apresuradamente el importe de su consumición—. Gracias por el café y la conversación, Alex. Tengo que irme ya, que tengas un buen día.

Tras su despedida dejó el taburete y se dispuso a contestar a la llamada, él pudo escuchar sus primeras palabras.

—Necesito una invitación para ese dichoso club. No querida, no lo hago por ti si no por la abuela —le habló a su interlocutora—. Voy a recuperar ese collar... no, ¿cómo tengo que decírtelo? No tengo cinco mil dólares... esa es tu deuda, así que ve pensando cómo saldarla... yo solo quiero recuperar el collar.

La puerta de la cafetería se cerró tras ella, dejó el paño una vez más sobre el mostrador y sonrió para sí. Después de todo, quizás fuese divertido invitar a aquella muchacha al Shalderia y que la *Maschera* se encargase de

ella.

## CAPÍTULO 3

La noche prometía ser de las más frías del año, no le sorprendía que de un momento a otro empezasen a caer algunos copos de nieve, las bajas temperaturas neoyorquinas la obligaron a coger su viejo abrigo negro, el único que era medianamente decente. Angelic no podía dejar de mirar el edificio que se elevaba al otro lado de la calle, se encontraba en una de las zonas más chic de la ciudad y en los quince minutos que llevaba allí parada ya había visto parar frente a él dos Audi y un Mercedes. Una única entrada custodiada por un hombre corpulento y vestido de traje recibía a los recién llegados quienes \_ invitación en mano \_ desaparecían en las entrañas del lugar. Parejas, hombres y mujeres en solitario, la clientela era diversa y solo coincidían en una cosa; los hombres vestían traje oscuro y las mujeres de largo, por no hablar de los antifaces carnavalescos que ocultaban su identidad.

Apretó inadvertidamente la máscara dorada y negra que llevaba entre las manos y se vio tentada a dar media vuelta y marcharse. El festivo complemento al igual que la invitación al club la esperaba frente a la puerta de su domicilio cuando volvió del trabajo. Había tenido un día infernal en la oficina, su jefe era de los que pensaba que una jornada de catorce horas era un deber y no una tiranía. Sin embargo poco podía decir ella o cualquiera de sus compañeros pues en los tiempos que corrían el conservar el empleo era mucho más necesario que un pequeño golpe a su ego o dignidad, especialmente cuando los rumores de un posible *ere* a la empresa sonaban cada vez con más

fuerza. El regreso a casa transcurrió en una nube de pensamientos y equilibristas con la bolsa de la compra, por ello prácticamente tropezó con el inesperado objeto que había sido dejado frente a su puerta.

Su hallazgo contenía una máscara de carnaval dorada con ribetes negros y en uno de los extremos un penacho de plumas negras. El objeto hacía la función de antifaz, cubriéndole los ojos hasta casi la punta de la nariz. Junto a ella venía también un sobre negro cerrado con lacre rojo y en su interior encontró la invitación que le permitiría por fin encontrarse con el dueño del Shalderia y recuperar el collar de su abuela.

Escrita a mano, con una caligrafía pulcra y antigua, la tarjeta la invitaba a la mascarada que se celebraría en el club aquella misma noche y le indicaba la etiqueta a seguir.

Dejando escapar un frustrado resoplido echó un último vistazo a la falda del vestido que asomaba bajo su abrigo, aquel era la única prenda festiva que tenía y rogaba que fuese suficiente. Se puso la máscara y contempló una vez más el edificio al otro lado de la calle.

—Esto es por las perlas —se recordó en un intento de infundirse valor—. Lo hago por la abuela...

Tenía muy claro que no movería un solo dedo más por su hermana, tras la última conversación telefónica que compartieron al dejar la cafetería el lunes pasado le quedó perfectamente claro que Christie no iba a cambiar jamás. Sus palabras animosas y quejumbrosas terminaron por sacarla de quicio, ahora resultaba que la culpa de que el abogado de la abuela se hubiese puesto en contacto con ella para recordarle que debía entregar el collar era culpa suya, como también lo era el que no tuviese fondos suficientes como para prestarle los cinco mil que necesitaba. Su melliza entretejió durante su conversación una trama digna de Broadway en la que ella era la víctima y Angelic la despiadada hermana que la dejaba a su suerte en un mundo lleno de

leones. Había tenido que recordarle quien era realmente el lobo con piel de oveja para que cerrase la maldita boca y aun así aún tuvo más que decir.

No, Christie no iba a cambiar jamás, debía asumirlo, su hermana siempre fue una mujer consentida, egoísta y celosa y nada de que lo hiciese o dijese cambiaría eso. Recuperaría el collar, pero no se haría cargo de su deuda, si acababa siendo denunciada o la embargaban era problema suyo y de nadie más. Tomada la decisión, echó un rápido vistazo a la calzada y la cruzó, sus tacones resonaban en el suelo acompañando el latido de su corazón.

La noche no hacía más que comenzar, Alessandro miró a su alrededor e inclinó un par de veces la cabeza en un gesto de saludo para con los invitados. El salón se había convertido en una reunión de hombres y mujeres enmascarados con aire del viejo mundo, los corsés, los peinados antiguos y elegantes, los colores brillantes y las risas predominaban entre las mesas de juego. Éstas habían sido reubicadas para permitir la libre circulación por la sala, sin interrumpir por ello a los jugadores. El lujo y el glamour de una época pasada de moda inundaban el Shalderia aquella noche y brillaban en todo su esplendor. Él sin embargo no estaba todavía conforme, su mirada no hacía más que desviarse una y otra vez a la puerta de entrada preguntándose si ella aceptaría la invitación. Tras su precipitada marcha de la cafetería se pasó buena parte del día cavilando en el asunto, en los pros y los contras de aquella arriesgada nueva página que deseaba escribir en su diario de conquistas. Sabía que no era como las demás, para empezar, en circunstancias normales nunca se habría aventurado en un club como el Shalderia, pero la providencia parecía dispuesta a sonreírle y le servía en bandeja de plata lo que deseaba; la tentación era demasiada como para resistirse a ella y terminó por enviarle una invitación a la mujer que llevaba más de dos semanas protagonizando sus más tórridas y eróticas fantasías.

Al contrario de lo dictado para la etiqueta del evento, él iba vestido completamente de blanco, solo el chaleco y el corbatín destacaban con un tono plateado. La única concesión de oscuridad en su atuendo lo ponía el antifaz de intenso y aterciopelado color negro se fundía con su rostro enmascarando su identidad y realzando el vivo azul de sus ojos. Saludó una vez más a los recién llegados intercambiando alguna palabra con ellos mientras comprobaba que todo transcurría con extraña normalidad que catalogaba al club, su mirada se cruzó entonces con la de una de sus pasadas conquistas, aquella era una de las pocas mujeres con las que había repetido la experiencia pues ambos tenían el mismo código ético sobre las relaciones; Nada de ataduras. Ella lo saludó con un coqueto gesto tras su abanico, entonces lo cerró y contoneó las caderas mientras caminaba hacia él.

—Siempre consigues darle un aire original a la noche, Maschera —la saludó ella, su mano elevándose en petición a un galante saludo.

Se limitó a sonreírle educadamente, tomó su mano y se la llevó a los labios, rozando apenas su piel. Ella, conocedora de aquellos juegos, aprovechó el contacto para aproximarse más, hasta que todo su cuerpo quedó pegado al suyo.

—La *originalità* es mi segundo nombre —respondió derramando el aliento en su oído sin llegar a tocarla siquiera.

La mujer sonrió en respuesta, su mano resbaló sobre su hombro en una caricia tan poco sutil como la mirada en sus ojos.

—Puedo dar fe de ello, *master* —aseguró al tiempo que le dedicaba una sensual caída de ojos. Su intención aquella noche era abierta y clara, pero era una invitación que él no iba a aceptar.

La repentina presencia de uno de sus hombres le distrajo de su respuesta, les había dado instrucciones precisas de avisarle si ella aparecía. Con un asentimiento de cabeza indicó al hombre que se acercase y lo

informase.

—El encargo de esta *notte* acaba de llegar —le comunicó él. Al igual que todos los hombres que trabajan en el Shalderia vestía todo de negro y con un antifaz blanco. Su acento italiano era casi tan pronunciado como el suyo propio, cuando no lo ocultaba tras su correcta dicción neoyorquina. Siempre se le dieron bien los idiomas y los cambios de registro—. Lleva la máscara que le enviaste.

Sus labios se extendieron en una satisfecha sonrisa y casi sin darse cuenta de ello dejó escapar el aire que había estado conteniendo. Su presa había mordido el anzuelo.

—*Grazie*, Paolo —le respondió permitiendo que su acento viese la luz sin necesidad de enmascararlo.

En el Shalderia podía permitirse ser quien era realmente, sin tener que enmascarar su acento o su procedencia. Lo que empezó siendo un juego cuando llegó a los Estados Unidos seis años atrás, pronto se convirtió en una trampa para sí mismo. Llegó buscando escapar de la opresión de su familia, de sus estrictas normas y de un legado que no estaba interesado en perpetuar. Alessandro Cavalieri había desaparecido tras su llegada a América y sólo resurgía entre las paredes de *Il Shalderia* bajo la identidad de la *Maschera*. Fuera de aquellas paredes, él no era más que un empresario que regentaba una cafetería en una de tantas calles de la ciudad, Alexander Quinn.

—*Prestare attenzione ai tavoli da gioco* —le pidió señalando las mesas de juego—. Disfruta de la noche.

El hombre sonrió con cierta ironía pero asintió dejándolos solos.

—Ya tienes echado el ojo a tu presa de esta noche. —La risa en la voz de Sabela hizo que le prestase atención una vez más—. Y te veo impaciente... que una novedad. ¿La conozco?

La mujer a su lado era una de esas pocas personas que sabían realmente

quien era él y guardaba su secreto. Tal y como a menudo le recordaba estaba allí por la fiesta y para disfrutar del momento, quien fuese más allá de las paredes de aquel club era algo que solo le importaba a él y por ello no tenía intención alguna de divulgar su identidad, después de todo no era el único que buscaba un lugar en el que poder ser el mismo sin los límites que marcaba la sociedad.

—La *impazienza* solo hace más placentero *il momento finale* —le aseguró con una perezosa sonrisa.

Ella se echó a reír suavemente y deslizó su mano sobre el chaleco, su boca derramó el cálido aliento sobre su oído mientras recitaba algunas cosas de las que sabía iba a disfrutar.

La sensualidad y el erotismo vibraban en el ambiente, allí dónde posaba los ojos Angelic encontraba a alguna mujer desplegando sus armas de seducción a modo de pequeñas caricias o insinuaciones de escote, los susurros de los hombres que arrancaban risitas en las mujeres o abiertas miradas que invitaban al pecado si se estaba dispuesto a correr el riesgo. Sólo en las mesas de juego parecían mantener cierto grado de normalidad, si se obviaba la ansiedad y la algarabía de aquellos que jugaban y coreaban a los jugadores. Una vez más se preguntó qué hacía allí, Alex tenía razón al decir que aquel no era ambiente para alguien como ella, pero fue su tozudez que no su cordura la que la obligó a empeñarse en conseguir una invitación y acudir a ese maldito lugar en busca del actual propietario de un collar de perlas que no le pertenecía. Recordándose el motivo de su presencia allí volvió a recorrer el salón desde la seguridad y anonimato que le proporcionaba la máscara, entonces se detuvo ante una escena que captó su atención. Había algo en la pareja que atraía su mirada, no sabía si se trataba de la esbelta y hermosa mujer rubia vestida con corsé y falda azul o el magnetismo que parecía emitir

el hombre junto a ella. Con sorpresa vio como la mujer se restregaba literalmente contra él y reía cuando este se inclinó sobre su oído. Una mano enguantada se deslizó desde la base de su espalda para acariciarle las nalgas sin ningún recato, sus dedos trazaron círculos y moldearon la curvatura del perfecto culo por encima de la tela del vestido; una tela tan fina que no opuso resistencia alguna cuando lo vio resbalar uno de sus dedos a lo largo de la hendidura de los glúteos dejando claro que la mujer no llevaba ninguna pieza de ropa interior debajo. Angelic se estremeció involuntariamente cuando una punzada de deseo la alcanzó entre las piernas. A juzgar por la sonrisa que lucía ella debía estar pasándolo en grande y el exhibicionismo tampoco le preocupaba, aunque viendo que cada persona en la sala parecía estar concentrada en sus propias ocupaciones, no creía que fuese un problema para ellos. El hombre ocultaba su rostro bajo una máscara, al igual que el resto de los invitados y ella misma, pero en su caso, el antifaz parecía más una segunda piel, ciñéndose a su cara a la perfección. Unos brillantes ojos azules encontraron entonces su mirada, las normas de educación dictaban que ella la apartase y que al menos fingiese vergüenza por haber sido pillada in fraganti. Sin embargo, la sonrisa ladina que bailó en sus labios cuando maniobró a la mujer en sus brazos de modo que esta quedó prácticamente inclinada contra su hombro, permitiéndole mordisquearle y lamerle el cuello a placer mientras mantenía la mirada fija en ella, sacó a la luz su rebeldía. La maldita mano que había estado jugando por encima del vestido, se hundió entonces entre las nalgas de la mujer en un gesto tan obvio que la excitó incluso a ella, asombrada por la propia reacción de su cuerpo ante la erótica escena de la que era *voyeur*, apartó de inmediato la mirada.

Dándoles la espalda, empezó a deambular por el salón encontrándose con miradas apreciativas de parte de algunos hombres e incluso mujeres, algunas de ellas con una abierta invitación impresa en los ojos que la

obligaron a cambiar rápidamente de dirección. Fue entonces que lo vio de nuevo, sin su compañera y caminando directo hacia ella. Contrario a los demás invitados, el hombre vestía un impecable traje de hecho a medida de color blanco immaculado con un chaleco y corbatín plateado. Un mal presentimiento la recorrió de los pies a la cabeza apagando la excitación que sintió al verle en acción.

Alessandro la reconoció nada más verla, había sentido unos ojos clavados sobre él y al dejar vagar la mirada por la sala se topó con la de ella. No había podido evitar jugar un poco con ella utilizando a Sabela, quien no dudó un segundo en participar del juego. Parecía un pequeño y hermoso pájaro perdido fuera de su jaula, ataviada con un sencillo pero elegante vestido negro de manga corta que dejaba al descubierto un discreto escote y moldeaba su figura, su mirada recorría la sala lentamente fijando los ojos que destacaban enmarcados por el antifaz en cada centímetro de lo que la rodeaba. Un chal dorado era el único color que rompía la monótona elegancia del tono oscuro y hacía juego con el antifaz, sus manos se aferraban a un pequeño monedero que luchaba por permanecer de una pieza.

Se relamió interiormente, las yemas de los dedos le quemaban por posarlas sobre ella y comprobar si aquella piel satinada era tan suave como pensaba. Se preguntaba de qué manera destacarían aquellos generosos pechos henchidos de deseo, como se endurecerían sus pezones marcándose contra la tela mientras rogaban ser succionados por su boca. Su cuerpo reaccionó al instante, el ambiente subió de temperatura y notó como su sexo se endurecía y adquiriría una vertiginosa erección al instante; La deseaba, llevaba deseando a aquella mujer desde el mismo momento en que entró en su cafetería dos semanas atrás.

Ella no era si no otro de sus caprichos, ni siquiera era hermosa en el

sentido más amplio estricto de la palabra pero dentro de su simpleza tenía algo que la hacía destacar. Sus ojos eran brillantes, luminosos y a menudo inquisitivos, aunque aquella noche parecían contener más recelo que promesas. Le encantaba su aroma, una mezcla de canela y manzana que se encontraba aspirando cada vez que tenía oportunidad. Su caliente imaginación marcó entonces el punto decisivo, la curiosidad \_casi necesidad\_ de saber que se escondía bajo todas aquellas capas de ropa se convirtió en una desbordante necesidad; Un peligroso deseo que no conseguía apagar con nada.

Él fue consciente que tanto los hombres como las mujeres allí reunidas la miraban, la curiosidad, la apreciación e incluso el deseo se entremezclaban en la sala y sintió la apabullante necesidad de dejar claro a quien pertenecía aquel pájaro de azabache.

—*E l'angelo scese alla luce con più bellezza ai comuni mortali.* —Se adelantó y tomó su mano antes de que ella pudiese evitarlo. Con estudiado movimiento, la recorrió con la mirada para finalmente besarle los nudillos—. Bienvenida al Shalderia, esperaba tu llegada con curiosa impaciencia.

Ella tiró con suavidad de la mano para liberarla de su agarre, la incomodidad rivalizaba con la curiosidad que brillaba en sus ojos.

—Me complace ver que una petición tan ferviente e inusual tiene tras de sí un premio de consideración —continuó y buscó su mirada. Nadie había conseguido relacionar hasta el momento a Alexander Cavalieri, dueño y camarero del Verona's con la Maschera, el propietario del Shalderia, pero tampoco dejaba que ambos mundos confluyesen en uno solo como ahora. A pesar de que el antifaz le cubría el rostro, no llevaba el pañuelo con el que solía cubrirse la cabeza en el bar y su acento nativo volvía a emerger de su lengua, no había garantías de que su identidad permaneciese oculta.

Ella reaccionó entonces como si la hubiesen picado, se tensó, sus ojos dejaron que la sorpresa inicial fuera reemplazada por la comprensión y el

recelo. ¿Lo había reconocido?

—Usted es el dueño del Shalderia. —El formal trato con el que le habló a pesar de que la había tuteado lo hizo sonreír.

Asintió.

—Lo soy —conformó con una ligera inclinación de cabeza.

Ella lo examinó lentamente, con cierto recelo, entonces su mirada se deslizó a los costados, consciente de la gente que asistía curiosa a su intercambio.

—Quisiera tratar con usted un asunto —continuó ella en voz baja—, en privado, si es posible.

Él sonrió con suficiencia. Aquella *ragazza* no se andaba con rodeos.

—¿Y qué podrías querer tratar en privado conmigo, *piccolo angelo*?

Ella se tensó una vez más y juraría que incluso apretó un poco más los labios. Sus mejillas adquirieron un suave color rosado, pero eran sus ojos los que lo fulminaban. Que interesante.

—Vengo a buscar mi collar, señor —declaró con más firmeza, pero no elevó el tono—. Alguien cometió un error al dejárselo en pago por una... deuda... Un collar de perlas.

Él fingió meditar durante unos instantes de qué le hablaba, entonces se inclinó ligeramente hacia ella.

—Ah... ese collar —le dijo como si acabara de recordarlo—. La última vez que lo comprobé ese inusual collar estaba a salvo en mi despacho, lo que lo convierte en mío.

Tuvo que apretar los dientes para no reír, la animosidad que despedía esa mujer era muy divertida.

—Como dije... es un asunto del que prefería que hablásemos... en privado, señor... —insistió ella y aprovechó para preguntar su nombre.

—En el Shalderia me conocen como la *Maschera*, o el *Master* —le

informó—. Pero puedes llamarme Masch.

La contempló durante un instante más, ahora convencido de que la belicosa mujer no estaba al tanto de su identidad.

—Intuyo pues, que has venido a hablar de negocios —insistió en tutearla, solo para su fastidio—. En ese caso, te ruego me acompañes. Este tipo de... transacciones... prefiero degustarla frente a un vaso de buen vino que riegue una apetitosa... cena.

Le tendió el brazo con absoluta caballerosidad.

—Si me acompañas...

Ella vaciló, aquello la había cogido por sorpresa.

—No... no es necesario...

Él la ignoró y tomó su brazo, envolviéndolo en el suyo.

—Insisto —declaró y en aquella orden no había lugar para réplicas.

Con una divertida sonrisa, se volvió con ella para conducirla hacia una de las puertas situadas al otro lado de la sala mientras pensaba en lo distinto que estaba resultando todo. Nada se parecía a lo que él había esperado, pero aquello no lo molestaba, al contrario, esta nueva mujer que estaba descubriendo era todo un estímulo en su anodina cotidianidad.

No estaba segura de qué esperaba encontrarse, pero desde luego no con un hombre como aquel, aunque tras haber presenciado la escenita del magreo y la sensualidad que se respiraba en la sala, encajaba perfectamente en aquel papel. Tras dejar la primera sala en la que la gente confraternizaba, se tomaba una copa o jugaba en alguna de las mesas que pudo localizar al fondo de la habitación, la condujo a una segunda sala mucho más amplia y que tenía todo el aspecto de un restaurante. Paredes de madera alternaban con apliques de terciopelo en color tostado, varios cuadros aquí y allí daban un toque de color mientras el centro era ocupado por varias mesas para dos o cuatro

comensales. El conjunto era completado por un pequeño bar con barra americana situado en una esquina y una serie de reservados \_al estilo de pequeños cubículos\_, que se extendían a lo largo de los laterales de la habitación. Hermosos y trabajados biombo mantenían la intimidad en algunos de ellos, mientras que otros permanecían abiertos, permitiéndole ver una mesa de madera rodeada por sofás de piel. Unas modernas lámparas adosadas a la pared vertían una suave luz que contribuía al romanticismo y la intimidad. Lo moderno y lo antiguo se daban la mano creando un ambiente agradable e íntimo, la música procedente de los altavoces situados en algún punto del techo completaban el conjunto dedicado a la seducción.

Su brazo se desprendió entonces del suyo y el calor de su cuerpo desapareció solo para reaparecer en la forma de una mano posándose sobre la parte baja de su espalda instándola a pasar al interior del reservado. En esta mesa ya estaba cubierta con varios platillos fríos y una botella de vino \_que sospechaba caro\_ descansaba en su soporte esperando a ser servido en las copas que lo acompañaban.

—Me comunicaron el profundo interés que tenía cierta dama por visitar el Shalderia. —Las palabras de él irrumpieron sus pensamientos—. Una sirena que deseaba fervientemente recuperar cierta alhaja. Una historia sin duda tan curiosa como lo era la ferviente petición de que enviase una invitación a dicha dama.

Ella se volvió hacia él, sus ojos azules la miraban con profundo descaro a través del antifaz.

—Ese collar nunca debió ir a parar a sus manos, Señor Maschera —repuso echando un rápido vistazo a su alrededor.

Él le indicó el sofá para que tomara asiento para luego hacer lo mismo frente a ella.

—Es Maschera, nada más —ronroneó mientras se acomodaba en el

asiento—. Y ya que vamos a hablar de negocios, insisto en que me tutees. Yo me he tomado la libertad de hacerlo desde el momento en que apareciste... Angelic.

Ella se tensó al ver que conocía su nombre, entonces lo descartó. Por supuesto que lo conocía, estaba impreso en la invitación.

—¿Puedo saber quién te puso al corriente de mi intención... um... de tener una reunión contigo? —preguntó aceptando su invitación a tutearlo. Después de todo, él no había dejado de hacerlo.

—Un amigo común. —No añadió nada más—. Pero cuéntame, por favor, cómo has sabido que poseo ese collar.

Ella tomó una profunda respiración. ¿Un amigo común? Sabía que su hermana no había sido y a la única persona que le contó sus planes era Alexander, el camarero del Verona's. Haciendo a un lado por ahora esos pensamientos, se centró en el motivo de su presencia allí.

—La mujer que lo llevaba esa noche nunca debió entregarlo para saldar sus deudas de juego —explicó con tono de molestia—. Las perlas no son exclusivamente tuyas para venderlas, empeñarlas o jugarlas a las cartas. Entiendo que estás en todo tu derecho de exigir una compensación que salde esa deuda, pero ese collar no puede ser el pago. Si te parece bien, podría devolverte el dinero que ella perdió... a plazos.

La decisión la tomó mientras se dirigía al club, si permitía que se le pagase su deuda a plazos, eso le daría tiempo a la idiota de su hermana a conseguir el dinero y ella tendría el collar.

Él se inclinó hacia delante y rescató la botella de su soporte, la descorchó y procedió a servir dos copas de vino.

—No es tu deuda, para que debas saldarla —dijo mientras vertía el vino en una de las copas. El líquido rojo teñía el cristal con lentitud.

Ella alzó la mirada de la copa a él. No, por supuesto que no era su

deuda y maldito si le importaba lo que hiciese su hermana para conseguir el dinero, pero el collar le pertenecía.

—Ese collar es un legado familiar —insistió—, y la mujer es... pariente mía.

No estaba dispuesta a dar detalles al respecto.

—El collar me pertenece —concluyó con decisión.

Él le entregó la copa de vino que había servido y se puso otra para sí mismo.

—Es posible, pero sigue sin ser tu deuda.

Ella resopló, no le gustaba aquella actitud prepotente. Ese hombre parecía mucho más peligroso de lo que se veía a simple vista, había algo en él que por un momento creyó resultarle familiar pero al siguiente desapareció bajo aquella sonrisa seductora y el escrutinio de su mirada.

—El collar es mío —refutó apretando los dientes—, y tienes razón, la deuda no. Esa la contrajo una chica demasiado estúpida como para saber lo que estaba haciendo.

Él se tomó su tiempo con el vino, lo hizo girar en la copa, manchando el cristal con ese tono rosado antes de acercarlo a la nariz y aspirar el buqué. La asombraba que un gesto tan inocente y cotidiano resultara tan sensual, pero aquel hombre exudaba sensualidad por cada poro, sus movimientos pausados eran felinos, con una cadencia propia que hacía que lo mirases a pesar de todo. Él era un seductor por naturaleza, un cazador y empezaba a pensar que veía en ella a la presa.

—Ella parecía muy segura de sí misma y de lo que hacía cuando aceptó incorporarse al juego —declaró sin mirarla, sus ojos fijos en los movimientos que el vino hacía en la copa—. Sin duda fue temeraria, pero estaba en perfecto uso de sus facultades cuando le propusieron retirarse con honor y ella decidió jugar una última carta apostando una cantidad de la que carecía.

Si seguía apretando los dientes así acabarían rechinando. El tono de su voz, la forma desapasionada con la que exponía los hechos hacía que quisiese gritar.

—¿No se les ocurre mirar primero las carteras de sus clientes antes de desplumarlos? —soltó mordaz. Ahí estaba, su boca solía disparar antes que su cerebro en los momentos de tensión—. Eso sin duda le evitaría tener que llevar una lista de morosos.

Él sonrió, puso ver el gesto de sus labios cuando se dispuso a dar un sorbo al vino.

—En el Shalderia no existe ninguna lista de morosos, Angelic —respondió y pronunció su nombre con ese acento suyo—. La gente que traspasa las puertas del club sabe perfectamente a lo que viene, conocen las normas, ya sea en las mesas de juego... o en otra clase de mesas... y juegos. No hay deudas pendientes, porque o no se contraen o se pagan en el acto y eso fue lo que hizo... ¿tu hermana?

Adiós al anonimato, pensó ella a ver desaparecer por completo el misterio de su presencia allí.

—Ese collar no le pertenecía... no por entero —corroboró su parentesco. No pensaba irse de allí sin las malditas perlas—. Y por descontado, no vale los cinco mil que perdió en tus mesas.

Él paseó la mirada sobre ella.

—Pero vale lo suficiente como para que hayas decidido buscar la forma de adentrarte en mi mundo, pararte ante mí y exigir su devolución —resumió clavando ahora sus ojos en ella—. O eres muy valiente o muy tonta, Angelic.

Soy una estúpida como la copa de un pino, pensó, pero ni loca iba a decir eso en voz alta. Admitir algo así delante de aquel hombre no podía suponer nada bueno. Por otro lado, lo que estaba a punto de decir, tampoco la dejaba en el pedestal de los cuerdos.

—¿Qué quieres a cambio del collar?

Él esbozó nuevamente aquella sonrisa satisfecha, casi podía escuchar los engranajes de su cerebro mientras le sostenía la mirada.

—¿Qué estarías dispuesta a darme a cambio de él? —le respondió con otra pregunta. Odiaba cuando los hombres hacían eso.

Se mordió la boca por dentro, las ganas de levantarse y dejarlo allí plantado con su satisfecha sonrisa eran demasiado tentadoras. El collar, piensa en el collar.

—Dime lo que quieres —siseó y alzó la barbilla al decirlo. No estaba dispuesta a rebajarse ante ese hombre, por muy sexy que fuera, no sería él quien ganase. Sería ella la que decidiese si el precio a pagar le convenía o no.

Dejando la copa sobre la mesa, echó mano al interior de la chaqueta blanca de su traje y sacó una baraja de cartas. Aquello la sorprendió por un momento, ya que su atención cayó de nuevo sobre las habilidades de tahúr con las que barajaba. Tras unos instantes que parecieron eternos, dejó el montículo sobre la mesa y lo extendió en forma de abanico, sus ojos se encontraron entonces con los de ella.

—Escoge una carta —pidió mostrando los naipes—, solo una.

Ella frunció el ceño, la desconfianza presente.

—¿Por qué?

Él rió ante su inquisitivo carácter.

—Eres una mujer curiosa —declaró frotándose el labio inferior con el pulgar—, eso me gusta.

Ella arqueó una ceja ante su declaración, pero antes de que pudiese seguir adelante con aquella actitud burlesca y suficiente tomó una de las cartas y la tiró sobre la mesa boca arriba.

—Cuatro de picas —murmuró él con cierto tono curioso—. Sin duda una carta que habla bien de tu carácter...

Ella le ignoró, sólo deseaba terminar con aquello, fuese lo que fuese.

—Cuatro noches —le comunicó entonces—. En el Shalderia, con completa obediencia desde el momento en que traspases el umbral hasta que lo abandones. A mi merced... a merced de los juegos y del deseo.

El sonido de su voz incrementó la sensación que le produjeron aquellas palabras. Ahora era cuando debía levantarse, decirle lo hijo de puta que era y largarse sin más pero sus piernas no le respondían.

—Eres un raro ejemplar, pequeño ángel —continuó con el mismo suave tono de voz—. Uno al que me encuentro deseando conocer en un ambiente mucho más propicio...

Por fin respondieron sus piernas, solo para temblar como gelatina cuando se puso bruscamente en pie. Él sonrió ante su expresión, llegó incluso a dejar escapar una pequeña risa.

—Seré benévolo —concedió entre sonrisas—, concedí a tu hermana hasta el final de la semana para pagar su deuda y recuperar el collar, así que te daré el mismo tiempo para pensar en mi... oferta.

Estaba a punto de abrir la boca para decirle que podía hacer con su oferta cuando lo vio levantarse y recorrer la distancia que los separaba en un abrir y cerrar de ojos. El aire se le atascó en la garganta al verlo frente a ella, sus manos la rodearon, atrayendo su tembloroso cuerpo al de él.

—Y esto es una muestra de lo que te esperará si decides aceptar.

Sus labios descendieron sobre los de ella, fue un asalto en toda regla, sin concesiones de ningún tipo. Su boca la poseyó, su lengua penetró la barrera de sus dientes y la provocó incitándola a entregarse al juego mientras sus manos se deslizaban por su espalda y le apretaban suavemente el trasero empujándola contra una dura erección que notaba a través de su pantalón. Gimió, todo su cuerpo reaccionó a sus caricias como si estuviese hambriento de ellas, se apretó más contra él en busca de ese calor que encendía el suyo...

hasta que el beso terminó.

—Ahora que te he probado, solo puedo esperar que aceptes —le susurró al oído al tiempo que sus manos se hundían entre el escote de su vestido y sentía el tacto frío del cartón contra la piel bajo su sujetador—. Si aceptas, sólo ven el viernes, trae la carta y muéstrala al hombre de la entrada... esa será la única invitación que necesitarás a partir de ahora, *mio angelo*.

## CAPÍTULO 4

Cuando deseas que el tiempo transcurra más despacio es cuando más rápido avanza. Angelic se daba cuenta de ello mientras echaba la vista atrás y encontraba que los últimos días fueron vistos y no vistos, su rutina era de casa al trabajo y del trabajo a casa. El café matutino quedó suspendido por un egocéntrico jefe que se montaba en una escoba y recorría la oficina cual bruja con síndrome premenstrual, la incansable insistencia de su hermana por saber si consiguió recuperar el collar o en su defecto que buscara la forma de prestarle el dinero rebasaron su cuota de tolerancia de forma explosiva; Especialmente tras una última charla en la que terminó por colgarle. Su

semana resultó un completo desastre que alcanzaba el cenit en los momentos en los que su mente decidía dejar de hacer lo que la ocupaba y divagaba hacia unos profundos y pícaros ojos azules que resaltaban el ribete del antifaz negro. La dureza de aquellos músculos, el delicioso y especiado aroma masculino, esa maldita lengua arrasando con todo, incluido su cerebro... Un completo desconocido la excitó como no lo consiguió hasta el momento ningún otro hombre y eso la enfurecía.

El teléfono volvió a sonar, no necesitaba mirar el identificador de llamada para saber de quién se trataba. Por primera vez en los últimos tres días podría tomarse su café y no pensaba renunciar a él. Sin dejar de caminar, hundió la mano en el bolso y sacó el ruidoso aparato, un rápido vistazo a la terminal seguido de un suspiro de resignación y recibió la llamada. La rápida verborrea del otro lado del teléfono ni siquiera le permitió contestar.

—Christie... —la interrumpió en el momento en que la otra mujer paró para tomar aire—, no tengo intención de escucharte ladrar, así que echa el freno. No, ya te lo he dicho por activa y por pasiva, no tengo cinco mil dólares y aunque los tuviese, créeme, no te los dejaría. ¡Por qué demonios tuviste que seguir jugando si te dieron la oportunidad de retirarte sin abonar tus pérdidas! No. Escúchame tú a mí. Olvídate de mí, de mi número de teléfono y despídete del jodido collar. Si logro recuperarlo \_que lo haré\_, no volverás a ver su brillo ni a lo lejos, el abogado de la abuela será la menor de tus preocupaciones, te lo aseguro.

Con un gritito de frustración cortó la llamada y traspasó la puerta del Verona's. Al instante el aroma del café recién hecho inundó su olfato. El teléfono volvió a sonar y ella lo silenció definitivamente. El local estaba lleno a aquellas horas de la mañana, Alex se movía entre las mesas sirviendo las consumiciones del desayuno a una pareja de ancianas con las que intercambiaba un par de comentarios. Vestía como siempre de pantalón negro y camisa

blanca, con el pequeño delantal de camarero cruzándole la cintura. El hombre debía de tener poco más de treinta o al menos ese era el aspecto juvenil que le daba el pañuelo que siempre llevaba atado. Por primera vez se dio cuenta que nunca lo había visto sin él, no sabía ni de qué color era su pelo aunque a juzgar por sus cejas tenía que ser oscuro. Tras hacer a un lado sus pensamientos cruzó la cafetería para ir a sentarse a la barra.

—Ey, buenos días —la saludó con la misma jovialidad de siempre—. Empezaba a pensar que te habías aburrido de este café.

Ella hizo una mueca y señaló la cafetera con el bolso antes de dejarlo a su lado.

—En absoluto, necesito mi chute de cafeína diario para poder funcionar —aceptó y cruzó las manos sobre la lisa superficie al tiempo que miraba a su alrededor—. Parece que la mañana está animada.

Él siguió su mirada y se apoyó un instante en la barra.

—Mucho turista —asintió al tiempo que se giraba hacia la cafetera—. ¿Lo de siempre?

—Ponme un café solo, grande. —Necesitaría toda la cafeína para afrontar el día que tenía por delante. Hoy se terminaba el plazo que le había dado aquel extraño hombre. Ese pensamiento condujo a otro y antes que pudiese meditarlo soltó la pregunta a la que no dejaba de darle vueltas desde el mismo momento en que recibió la invitación para el club privado—. De casualidad, ¿tienes algo que ver con el hecho de que recibiese una invitación para ese club del que hablamos el lunes?

Él se giró apenas para mirarla por encima del hombro antes de volver a prestar atención a su trabajo.

—¿La recibiste?

Dejó escapar un suspiro y asintió. Así que él era el amigo que tenían en común.

—Sí, la recibí. —Y aquello contribuyó a que se metiese en un lío mucho más grande—. Gracias.

Dejó el café frente a ella y correspondió a su agradecimiento con un gesto de cabeza.

—No hay problema. —Se encogió de hombros—. ¿Pudiste recuperar el collar del que me hablaste?

Resopló, la mención del collar traía consigo otras muchas cosas de las que no quería hablar con él.

—Tenías razón al decir que el club no era un lugar para mí —rezongó y se echó ligeramente hacia atrás en el taburete—. Aunque no estoy segura de si la sensación tiene que ver con el local o con el dueño.

Él le dedicó una mirada curiosa y esperó a que continuase.

—Es un jugador nato —concluyó con una mueca.

Volviéndose de nuevo a la cafetera para preparar otro par de cafés, dejó caer su comentario.

—Deduzco que la experiencia no ha sido de tu agrado.

Su mente trajo la respuesta con rapidez, sus mejillas se encendieron y tuvo que carraspear para encontrar las palabras. Ciertamente no había sido lo que esperaba, pero su propia reacción tampoco lo fue.

—La experiencia fue... peculiar. —Buscar las palabras correctas y no revelar nada empezaba a ser complicado—. Confieso que me sorprendió bastante lo que encontré, no sé qué esperaba, pero no algo al estilo de los viejos salones londinenses o un restaurante tan chic... Quien se encargó de la decoración tenía gusto, sin duda... pero un poco raro.

Él se echó a reír, algo que la sorprendió. De hecho, aquella era la primera vez que lo escuchaba haciendo algo como aquello en las dos semanas que frecuentaba el local.

—El local es bonito —resumió sonriendo a su vez.

Él se volvió entonces con los cafés y los sirvió a dos caballeros que se sentaban al otro lado de la barra.

—Así que, no pudiste recuperar el collar —comentó al regresar a su lado y entregarle su propia consumición.

Ella cogió por fin la taza de café y tras soplar suavemente dio un sorbo.

—Todavía no —murmuró sin apartar la mirada del humeante líquido oscuro—. Pero espero que eso cambie... pronto.

Tenía que recuperarlo fuese como fuese y si ese hombre quería jugar, pues jugaría, pero con ciertas reglas. Ella no era precisamente la reina de las relaciones, sus amantes no fueron como para echar cohetes y cuando creyó por fin encontrar alguien con el que podía compartir algo más, recibió una lección que la dejó expuesta como una estúpida.

*“Tendrías que darme las gracias, te he ahorrado la humillación de que te deje por otra. Pobrecillo, ni siquiera le gustas en la cama, Angelic, no eres lo suficiente mujer para alguien tan sofisticado como él.”*

Las palabras en sí no dolieron tanto como el hecho de ser pronunciadas por su propia melliza un par de horas después de la hubiese encontrado follando con su novio en su propia cama. No había sido suficiente la humillación recibida días antes por él, ni el hecho de encontrarlos en la cama ese día chillando como dos cerdos mientras ella lo montaba. Christie tenía que dar el golpe de gracia yendo a buscarla a la casa que era de su abuela para dejar caer después aquellas palabras; Lo peor de todo es que su hermana creía realmente estar haciéndole un favor, lo vio en sus ojos al igual que vio la celosa satisfacción.

Sus relaciones a partir de ese momento fueron escasas, el gusanito de la duda se introdujo en ella hasta el punto de creerse aquellas palabras, de creer lo que su ex le dijera días antes de descubrir una de sus muchas infidelidades. Ese extraño consiguió con una mirada, una caricia y simples palabras excitarla

hasta el punto de que su cuerpo deseó realmente entregarse y sucumbir a lo que él pudiese ofrecerle. Cuatro noches en el Shalderia, cuatro noches de juegos y deseo... no estaba segura de poder afrontarlo y seguir siendo ella misma después de eso, pero, ¿acaso estaba siendo ella misma ahora?

Le dio otro sorbo al café y suspiró.

—Y si nadie lo evita, cambiará esta noche —musitó para sí. Se llevó nuevamente la taza a los labios y sopló—. Lo dicho, necesito mi dosis diaria de cafeína.

Él se inclinó sobre la barra, sus ojos la miraban curiosos tras los cristales de las gafas.

—¿Qué está maquinando esa cabecita tuya, Angelic? —le preguntó. Ella sin embargo se había quedado mirando sus ojos como si encontrase algo en ellos que le resultara familiar.

—Tienes los ojos azules —se encontró murmurando.

Él esbozó una sonrisa y subió las gafas que llevaba con un gesto del índice.

—Pues sí, no es un secreto —aseguró burlándose ante su repentina sorpresa.

Ella sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—No me hagas caso, llevo unos días de cabeza en el trabajo —resopló y dejó la taza de nuevo sobre la superficie de la barra. El estrés no era un buen compañero—. Y está lo de ese maldito collar... Es patético, lo sé. El collar ni siquiera vale los cinco mil dólares que se supone cubrió... la mayoría de las perlas son bisutería... si lo empeña, tendrá suerte si le dan diez pavos por él. Pero para mí lo significa todo... es lo único que nos dejó mi abuela y ella fue más madre para mí que la mujer que me trajo al mundo; Es una cuestión de lealtad.

Y amor propio, comprendió. Durante toda su vida siempre había estado

a la sombra de su hermana, a pesar de ser ella la mayor, Christie era la niña extrovertida, a la que le reían todas las gracias, con la que su propia madre compartía el poco tiempo que les dedicaba. No sabía que habría ocurrido de contar en aquellos momentos también con su padre, un tipo que según su abuela se había esfumado de la vida de su madre antes incluso de saber que estaba embarazada. Ella era la olvidada, la que se conformaba con cualquier cosa, la que era castigada o acusada cuando la culpa era única y exclusivamente de su hermana. Era también la estúpida que a pesar de todo no quería ver a su melliza entre rejas.

Pero había un momento para cada cosa y el de ser de nuevo ella misma, Angelic. No más la hermana, la melliza o la solucionadora de problemas de alguien, se acabó el ser la pobre novia a la que su chico denigraba con sus palabras y le ponía finalmente los cuernos acostándose con su melliza, de ser el prestamista particular de la familia; Iba a recuperar esas perlas y con un poco de suerte se encontraría a sí misma en el camino.

Satisfecha con la decisión tomó el resto de su café a rápidos sorbos \_ fue un milagro que no se abrasara la garganta \_ y finalmente dejó la taza sobre el mostrador.

—Deséame suerte, Alex —le dijo mientras hurgaba en su bolso en busca de la cartera—. Alguien va a aprender hoy quien es realmente la que manda en el juego.

Él arqueó una delgada ceja y sonrió.

—No sabría si desearte suerte a ti o compadecerme de él... —le guiñó un ojo y recogió el importe del café.

Ella sonrió, cogió el bolso y saltó del taburete.

—Nos vemos —se despidió trotando ya con renovado buen humor hacia la puerta.

Desde la barra, la sonrisa del hombre se amplió.

—Prometes ser la mejor apuesta que he hecho en toda mi vida, *mio angelo*.

El Shalderia bullía de actividad aquella noche, la excitación corría en las mesas de juego y en el área privada y más oscura del club. Alessandro no era un ángel, dios sabía que su afición por el sexo y los juegos se aproximaba más al pecado que a la redención. Era un hombre adulto, sofisticado, amante de las mujeres y adoraba verlas en su placer y ahora su interés estaba puesto en una deliciosa *ragazza*, una que despertaba su deseo con tan solo su proximidad; Su voluntad y desafío prometía ser el mejor de los juegos.

Aquella mañana lo había sorprendido con sus palabras. Cuando hizo una apreciación sobre el color de sus ojos casi esperó que se desvelase su identidad pero fuese lo que fuese que pasó por su mente, se fue tan rápido como llegó. Algo ocurrió en aquel breve instante, su actitud había sido muy distinta del momento en que entró en el local, como si acabase de encontrar lo que había estado buscando. Su declaración de hacerle la guerra lo sorprendió y divirtió al mismo tiempo, fue todo un esfuerzo de voluntad no replicar allí mismo a sus palabras.

Miró el reloj por enésima vez, situado en la pared opuesta a su escritorio veía como la manecilla de los segundos se movía con demasiada lentitud. No pasaban de las once de la noche, en cierto modo era temprano y él tampoco le había puesto una hora concreta de visita. Dejó escapar un profundo suspiro y se acercó a la ventana desde la que tenía una magnífica vista de la ciudad, debajo de él, el club bullía con la actividad propia de la noche, según los últimos informes que recibía de sus hombres se estaba moviendo bastante dinero en las mesas, algo que siempre los ponía alerta. No estaba dispuesto a que ninguno de sus clientes utilizase su club para lavar dinero negro, demasiado había visto de eso en Italia como para que le siguiese a América.

Unos golpes en la puerta detuvieron sus pensamientos, Paolo asomó la cabeza, sus ojos cubiertos por el antifaz que obligatoriamente todos llevaban; Fuera del Shalderia todos tenían sus propias vidas y el anonimato en el interior del club cumplía a la función de proteger tanto a los empleados como a los propios clientes y visitantes. Esta noche, como generalmente ocurría, vestía con un pantalón negro y una camisa de seda gris perla, un atuendo mucho más adecuado para el ambiente nocturno en el que se movían que el que utilizaban en sus pequeñas fiestas temáticas. Sus labios se estiraron en una perezosa sonrisa al tiempo que le comunicaba en italiano sus noticias.

—Tu ángel ya está aquí —le informó mientras entraba en el despacho—. James acaba de avisar que una *ragazza* con un naípe por tarjeta de visita y rostro enmascarado, está en la puerta. Siguiendo tus órdenes la están escoltando hasta el Salón Privado.

Él asintió.

—Perfecto —aceptó y se movió con impaciencia—. Encárgate del club, vigila la mesa de póker y dile a Gabrielle que no le quite ojo al señor Pietro, no quiero escándalos de ningún tipo.

Su compañero asintió.

—Ah, y a menos que el club se incendie o se abra la tierra y lo trague, no estoy para nadie, ¿entendido?

El hombre se limitó a poner los ojos en blanco.

—Alto y claro, *Maschera* —se burló—. Te deseo una intensa y provechosa noche, amigo mío.

Sonriendo, le dio una palmadita en el brazo y se precipitó por la puerta para salir al encuentro de la dama que esperaba hacer suya esa misma noche.

Angelic echó un último vistazo al hombre que la acompañó desde la entrada. La había conducido a través de un pasillo distinto a aquel por el que

entró en el club, el cual no debía estar demasiado lejos de la parte principal ya que llegaban hasta ella el murmullo de la gente. Su guía la dejó finalmente frente a una puerta de madera cerrada con llave en la que podía leerse una frase en italiano.

*“Benvenuti al peccato”*

*Bienvenido al pecado.* La cita no podía ser más acertada, pensó mientras echaba un disimulado vistazo a su alrededor. Las paredes estaban cubiertas por cuadros de paisajes y algún que otro diseño que no consiguió descifrar, los marcos eran todos de madera resaltando el tono crema de la pared y encajando a la perfección con la moqueta marrón que cubría el suelo. Un par de pedestales sostenían dos pequeñas esculturas que emulaban a alguna ninfa griega ligerita de ropa.

El sonido de la cerradura al abrirse llamó de nuevo su atención, la puerta cedía ahora bajo la mano de su acompañante dando paso a una nueva sala a la que la invitó a pasar con un gesto; No era un hombre de muchas palabras y su identidad, al igual que ocurriera la última noche que estuvo en el club, quedaba cubierta por aquel antifaz color marfil.

Entró sin vacilar, la habitación que se extendía ante ella era una sala bastante amplia, más bien un área de recepción. Se giró para preguntarle algo a su silencioso guía pero este ya cerraba de nuevo la puerta dejándola sola en su interior.

—Estupendo —musitó. Dejó escapar un suspiro y se fijó en aquella nueva parte del club. El color crema de las paredes y la moqueta en el suelo seguían el mismo patrón del corredor, un par de cuadros bastante grandes decoraban las paredes y en esta ocasión su visión era mucho más erótica, aunque sin llegar a ser obscena—. ¿Por qué no me sorprende?

Frente a ella se encontraba un enorme escritorio de madera tras el que podía ver una nueva puerta cerrada, a su derecha se encontraban discretamente

ubicadas las puertas de un ascensor.

—Este tío no tiene solo el club, posee el edificio entero —farfulló mientras se acercaba a una de las paredes para examinar más de cerca el cuadro—. Al menos tiene buen gusto con los cuadros.

—Me alegra saber que me encuentras aceptable en algo.

Dio un salto como si hubiese sido pillada in fraganti y se giró inmediatamente hacia el lugar de dónde llegó la voz. La puerta que había visto tras el escritorio acababa de abrirse y allí estaba él, con su más de metro ochenta, vestido con un pantalón y americana de raso negro y una camisa con una pronunciada abertura que dejaba su musculoso pecho al descubierto. Ese hombre poseía un bronceado envidiable y si el resto de su figura estaba tan tonificada como presumía su apariencia, sin duda sería un muy buen candidato para la pasarela.

Sus ojos azules brillaban una vez más con esa chispa de curiosidad y deseo que ya exhibió días antes, un antifaz negro le cubría toda la parte frontal del rostro, dejando al descubierto tan solo parte de su nariz, los pómulos y esos apetecibles labios que ya había probado. Unos rebeldes mechones de pelo negro le caían sobre el rostro dotándole de un aspecto si cabía más sensual y peligroso.

—Bienvenida —continuó mientras rodeaba la mesa y se acercaba a ella. Sus movimientos eran lentos, pero tremendamente sensuales.

Lamiéndose los labios, presa de un nerviosismo que aparecía con su presencia, echó mano a su bolso y extrajo el naípe. Su mano se mantuvo firme mientras lo empujaba hacia él sin mayor vacilación.

—Acabas de ganar el primer asalto —le comunicó con voz firme, tendiéndole la carta—. Aquí estoy, dispuesta a jugar, así que expón tus reglas de modo que pueda recuperar mi collar.

Él se echó a reír, un sonido demasiado masculino y genuino que le puso

los pelos de punta. ¿Podía una simple risa embotellar el sexo?

—No dejas de sorprenderme. —Sus palabras llegaron con un marcado acento italiano, si bien hablaba el inglés perfectamente, su deje lo delataba—. ¿Qué clase de reglas crees que podría... exponer?

Ella se tensó, pero no cedió terreno. Su mano seguía extendida y no tuvo inconveniente en indicar la carta con un gesto de la cabeza.

—Este es tu juego —puntualizó—. Tus cartas...

Él estiró la mano y tomó la carta entre sus dedos, girándola entre ellos con la pericia de un tahúr.

—Y tú mi contrincante... ¿O serás mi *parthener*?

Ella decidió ignorar su insinuación y le dio la espalda volviendo a mirar el cuadro y finalmente la sala.

—Interesante lugar el que tienes aquí, ¿también forma parte del club? —le preguntó con cierto retintín—. Diría que la modestia no es precisamente una de tus cualidades... Posees el club... ¿el edificio también?

Él dejó escapar un bufido que sonó a risa.

—Qué puedo decir, prefiero que todo pertenezca a una única persona, y si esa puedo ser yo, ¿por qué privarme de ello?

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—La prepotencia da la mano a la modestia —le espetó sin pararse a pensar en su repentina animosidad. ¿Qué mosca le había picado? Ella no era así.

Sin embargo él no pareció dar importancia a sus respuestas o decidió seguirle el juego ya que no se molestó ni un poco.

—Eso deberías decirlo tú, *ragazza*. —Su voz sonó ahora peligrosamente cerca—. Pareces tener cierta inclinación hacia ellas.

Aquel gesto hizo que se girara, encontrándole frente a frente.

—No fui yo la que dijo que iba a hacer de troglodita al puro estilo

cavernario —le espetó sin apartar la mirada de la de él—. Yo mando y tú obedeces, creo recordar que fueron tus palabras.

Él arqueó una poblada ceja negra mientras sus labios se curvaban en una divertida sonrisa; Estaba disfrutando de aquellos extraños preliminares.

—No deberías de poner en mi boca frases que yo no he pronunciado — aseguró, la mano que todavía sostenía la carta resbaló por el escote que la blusa dejaba al descubierto, erizándole la piel—. No hay necesidad de tanta animosidad, *mio angelo*, no es daño ni humillación lo que te ofrezco... solo juegos y pasión unidos.

Ella se estremeció ante el simple toque del cartón en manos de aquel hombre.

—Tus reglas —insistió, necesitaba algo a lo que aferrarse para que aquello resultase. No podía dudar, no dejaría que las palabras que la hirieron una vez volviesen a ser pronunciadas—. Ahora. No jugaré de otra manera.

Él se tomó su tiempo recorriéndola con la mirada, contemplándola a placer, rondándola como un cazador que tiene acorralada a su presa, sopesando cual es el mejor flanco desde el que acercarse. Angelic se mantenía firme, recta, tan tensa como una afinada cuerda de violín y sabía que si no procedía con cuidado podría romperse. ¿Quién era esa mujer? ¿Qué la ponía en tal modo defensivo? Puede que unas breves visitas y conversaciones no fuesen suficientes para conocerla, pero era bastante bueno juzgando el carácter de la gente y la dama que permanecía ahora frente a él, no era la misma muchacha alegre y cálida que frecuentaba la cafetería. Esta estaba asustada, utilizaba la ironía como un escudo, se mantenía erguida y era cortante, una cobra que atacaba antes de ser atacada. ¿Quién había realmente debajo de esa piel que tanto le atraía y se moría por probar?

Se había vestido con la simpleza que la caracterizaba, una blusa con

apenas un par de botones desabrochados, una chaqueta de punto y una falda por debajo de la rodilla, el pelo recogido completaba el clásico atuendo de bibliotecaria. La máscara que le cubría el rostro contribuía a hacer el retrato incluso más extraño y no por ello menos atractivo. Quería destruir ese maldito autocontrol con el que había entrado, desnudar ese cuerpo de cada una de sus capas de ropa y sacar al exterior la pasión que encontró latente en su beso.

—¿No te gustan las sorpresas? —la tentó susurrándole al oído.

No hubo vacilación en su respuesta.

—No.

Chasqueó la lengua.

—Eso puede ser un problema —le susurró una vez más y en esta ocasión acompañó sus palabras con un pequeño roce de la lengua en el arco superior de su oreja.

Ella saltó, retrocedió un par de pasos y puso distancia entre ellos.

—¿Por qué ha de serlo?

Él la siguió, rondándola, empujándola sutilmente hacia el lugar que quería, obligándola a mantenerse en guardia.

—Porque cada una de las noches del Shalderia son una sorpresa —le susurró ahora en el otro oído, sin tocarla—. Pero si quieres que imponga ciertas reglas... aquí tienes unas pocas...

Dejó pasar unos cuantos segundos, la mantuvo en vilo y cuando ella se volvió para objetar, cambió de posición, deslizó las manos por sus brazos y hundió la nariz tras su oreja al tiempo que le susurraba.

—Regla número 1: Disfrutarás de todo lo que te haga —dejó caer en su oído—. Regla número 2: Estarás excitada, mojada y anhelante cuando yo así lo desee. —Sintió como se estremecía en sus brazos, pero no reuló—. Regla número 3: Yo pediré y tú darás, yo ordenaré y tú obedecerás y si te portas bien, incluso te cederé el control. Regla número 4: No te negarás a ninguna de

mis peticiones, vendrás a mí cada una de las noches y lo harás como tú misma... no deseo una pequeña víbora ponzoñosa... si no a una amante.

La dejó ir y le permitió que se alejase un par de pasos más, su única salida era el ascensor y si quería subir, con gusto la seguiría. Su rostro llameaba con el rubor y a juzgar por la forma agitada en la que respiraba, no era inmune a sus palabras. Con todo, sus ojos brillaban con una advertencia que no se hizo esperar.

—De acuerdo —murmuró ella—, ahora, escucha y decide. Regla N° 1, o utilizas condón o te follas a tu abuela...

Él se echó a reír y tras hundir la mano en el bolsillo trasero de su pantalón le mostró un pequeño plástico de color verde.

—Acepto.

Ella alzó la barbilla, no estaba dispuesta a ceder tan pronto.

—Regla N°2: Nada de látigos, ni fustas... levántame la mano y juro que hago que te comas tus propios huevos.

La clara amenaza que había subyacente en su voz hizo que frunciere el ceño, aquello no se trataba de una petición al descuido, la rabia que escondían sus palabras era muy real.

Perdió la sonrisa durante un instante y clavó sus ojos en ella, ¿qué le habrían hecho? ¿La habrían lastimado?

—No disfruto haciéndole daño a ninguna mujer, la única marca que recibirás de mí, serán de las que no dejan huella permanente, ni dolor —su tono era serio, su mirada fija en la de ella—. Borra el temor de tus ojos, *ragazza*, nuestro tiempo juntos será para el disfrute de ambos, no para tu dolor.

Ante su declaración ella se relajó visiblemente, asintió y se llevó las manos a las caderas con obvio desafío.

—En ese caso, ¿a qué deseas jugar? —preguntó todavía tensa.

Él buscó su mirada y la escrutó durante unos interminables segundos, entonces se relajó y acortó la distancia entre ambos en un solo paso. Deslizó el pulgar por el labio inferior femenino probando su textura y tras encontrar su mirada, le dio la primera orden.

—Gime, grita y disfruta —le dijo sin apartar su mirada de ella—, y veremos a dónde nos conduce ese juego.

No la dejó replicar, la empujó suavemente contra las puertas cerradas del ascensor y reclamó su boca.

## CAPÍTULO 5

Las reservas de Angelic se esfumaron con rapidez bajo el decidido asalto de aquella experta boca, sus manos recorrían su cuerpo y lo aprisionaron contra la puerta del ascensor. Un fuerte muslo se instaló entre sus piernas, haciendo que la falda se alzara más arriba de sus rodillas dejando al descubierto las suaves medias que se ceñían a sus muslos por sendas ligas. Sus hinchados senos aplastados deliciosamente contra el fuerte pecho masculino y esa palpable erección presionándose contra su estómago la excitaban aún más. Gimió de nuevo al sentir la suavidad de su boca, sus labios se entreabrieron voluntariamente para él permitiéndole incursionar en el interior. En aquella posición de control con la que la sujetaba y que a pesar de todo, no la asustaba, su boca mandaba y ella obedecía. El cálido aliento se mezclaba con el suyo, sus lenguas se tocaban una y otra vez en un silencioso intento de conocerse íntimamente retrocediendo ella cuando él avanzaba. Sus labios se sentían suaves y húmedos bajo los suyos, su boca se volvía tan hambrienta como la suya y un beso no parecía ser suficiente.

—Te deseo —jadeó él a la puerta de sus labios. Sus manos cedieron permitiéndole moverse ligeramente, recuperando una posición más cómoda mientras amoldaba su cintura y volvía a tomar su boca en breves y húmedos besos—. Un beso ya no es suficiente. Quiero, necesito probarte entera...

Ella gimió en su boca, su cuerpo era un puñado de nervios corriendo a toda velocidad, su cerebro se había licuado con el primer contacto de sus labios, su sabor era adictivo y por lo mismo peligroso.

—Ven conmigo. —Él abandonó sus labios y empezó a dejar pequeños

besos y mordiscos a lo largo del rostro, ascendiendo hasta su oreja y deteniéndose en el lóbulo dónde chupó el pendiente en forma de bola que lo adornaba—. Déjame que te muestre la clase de pecado que encontrarás en el Shalderia...

Ella gimió y ladeó la cabeza para dejarle espacio, se estremecía con las suaves descargas eléctricas que sufrían sus terminaciones nerviosas, relámpagos de lujuria y ansiedad que recorrían su cuerpo hasta desembocar en la húmeda excitación que aumentaba entre sus piernas.

No esperó respuesta, en realidad ni siquiera fue una petición, él era el amo del juego aquí y esta noche al menos iba a disfrutar de ello. Jadeó cuando las puertas se abrieron a su espalda, un brazo fuerte evitó que cayese de espaldas al suelo mientras la hacía retroceder hasta dejarla apoyada contra la pared. No tardó demasiado en pulsar algún botón en el panel y sacarse después la chaqueta; a ella misma empezaba a darle calor la ropa que llevaba puesta. El espejo les devolvía su reflejo mientras la tenue luz del techo los iluminaba mientras las puertas volvían a su posición encerrándolos en el reducido cubículo. Su chaqueta siguió el ejemplo de la de él, sus movimientos eran suaves y tiernos por momentos y se volvían salvajes en otros, su boca reclamó de nuevo la suya mientras la mantenía apretada contra la pared del ascensor y la besaba con ardor. Sus fuertes manos moldearon sus pechos por encima de la blusa, los pulgares hicieron contacto con sus pezones ya duros, atormentándolos con caricias interminables. Las suyas optaron por seguir sus propios instintos y se perdieron en el interior de la camisa, sus uñas le arañaron suavemente la piel mientras resbalaba la tela de sus hombros y dejaba a la vista la bronceada piel. Sus hombros eran anchos, duros, su pecho marcado por trabajados pectorales y abdominales, el hombre era magnífico y no tenía un solo gramo de grasa en el cuerpo.

—Eres incluso más suave de lo que imaginé —gruñó en su boca.

Se lamió los labios y bajó de nuevo la mirada sobre sus senos, la discreta blusa que los ocultaba empezó a ceder poco a poco bajo sus manos, los botones fueron abriéndose uno a uno y finalmente resbaló la prenda por los hombros hasta quitársela por completo. Su mirada devoraba cada centímetro de su piel sólo para atraerla hacia él y tras bajar las manos sobre la tela que cubría sus caderas, la alzó, apretándola una vez más contra la pared del ascensor mientras se introducía en el hueco entre sus piernas.

Los delicados y largos dedos se hundieron en su pelo buscando un lugar del que agarrarse mientras gemía y lloriqueaba bajo sus labios disfrutando del ardor y el calor del momento. Acarició la suave piel, notando con la yema de sus dedos el borde de encaje de las ligas, sus brazos la sostenían anclada a su cintura en una posición delatora que el espejo les devolvía; una pareja gemela dando rienda a la pasión.

Las puertas del ascensor se abrieron entonces, permitiendo a cualquiera que pasara por el corredor verles en una escena de erotismo y pasión. Por fortuna no había nadie que pudiera atestiguar tal arrebató pasional, aunque de haberlo era poco probable que alguno de los dos se percatara de cualquier cosa que pase en aquellos momentos. Las puertas volvieron a cerrarse después de un momento, dejándolos encerrados una vez más.

Enterró el rostro en la uve de sus pechos, aspirando profundamente su aroma, lamiéndola como si fuese un helado, su lengua atrapó uno de los endurecidos pezones por encima del encaje del sujetador, succionándolo en el interior de su boca, mojando la tela mientras se daba un festín con su seno. Los suaves jadeos no hacían sino aumentar su excitación, su sexo rozándose a través del pantalón contra la piel ahora desnuda del vientre femenino. Sólo podía imaginarse cuanto mejor sería la experiencia si no hubiese ningún pedazo de ropa interponiéndose entre ellos. Apretándola contra la pared con sus muslos rodeándole la cintura, se permitió deslizar las manos hacia arriba

arrastrando consigo la falda hasta acomodarla sobre sus caderas. La suave piel de su trasero se encontró con sus dedos, una suave exploración que lo hizo gemir al notar las prietas nalgas contra sus palmas, sólo el cordón del tanga en la parte superior evidenciaba que llevaba ropa interior. Que curiosa elección para una mujer que vestía de forma tan conservadora.

Su boca abandonó un pezón para tomar rápidamente cuenta del otro, prodigándole la misma atención. Sus dedos amasaron las prietas carnes, hundiéndose lo suficiente entre ellas para notar la empapada tela que cubría el hinchado sexo femenino. Los cálidos jugos resbalaban por los muslos, una clara evidencia de que no era inmune a sus caricias, que su presencia, su aroma y la necesidad vibraba en ella de la misma forma.

—Estás caliente —ronroneó entre lametones—, mojada, muy mojada.

Ella ciñó los muslos a su cadera en respuesta, sus dedos jugaban con su pelo, enredándose y tirando de él para acercar aquella caliente boca aún más a su cuerpo.

—Esto... —gimió mientras sentía como se frotaba contra él—. Esto... esto es una locura.

Sonrió y deslizó el dedo corazón a lo largo de la suave y depilada entrepierna, acariciando la tela que ocultaba el centro de su calor. Su recompensa llegó de la mano de un ahogado gemido y el repentino estremecimiento femenino.

—Reaccionas con mucha sensibilidad —murmuró y buscó su mirada, deseando ver su rostro ruborizado, sus ojos brillantes de placer—. Eres muy receptiva, pura pasión embotellada, ¿por qué te resistes al deseo, *mio angelo*? Estás hecha para él.

Ella sacudió la cabeza, sus caricias la volvían loca de deseo, desplazó la mano hasta cubrirla casi por completo desde atrás, uno de sus dedos la acariciaba friccionando la tela contra su excitado sexo y todo lo que podía

hacer era permitírsele y gemir en respuesta.

—Tu sexo está empapado, llora de necesidad —continuó susurrándole eróticamente al oído—, tus jugos empapan mis dedos, *cara*.

Se inclinó hacia delante, rodeándole el cuello con los brazos, ocultando su cara en su hombro mientras la intensidad y el placer iban en aumento.

—Shhh —le susurró apretándola contra él—, no hay de qué avergonzarse, *mio angelo*, así es como te deseo, como te quiero, húmeda y necesitada, excitada sin punto de retorno...

Los dedos abandonaron su pelo deslizándose hacia su espalda, clavándose en la carne haciendo que diese un respingo y se excitara incluso más.

—Así que mi *piccolo angelo* tiene uñas —ronroneó al tiempo que sumergía el dedo por debajo de la tela, acariciando la húmeda y caliente carne—. *Dio, che se è buono*.

Ella gimió ante la inesperada invasión, la penetraba lentamente, con movimientos suaves que convirtieron su respiración en una pesada carga. La necesidad de aire la llevo a incorporarse en la medida de lo posible, pegándose de nuevo a la pared mientras se sostenía de sus hombros. Sus caderas empezaron a seguir la cadencia de la lenta penetración, animándolo a ir más lejos, a entrar en ella más profundamente.

—Oh, señor —gimió aferrándose con desesperación a sus hombros, sus rodillas haciendo presión contra su cadera para poder seguirle el ritmo—, ohhh...

Él se permitió el lujo de contemplarla mientras montaba su dedo, complacido por el rubor de la pasión que veía en sus mejillas y el fuego encendido en sus ojos.

—Eso es *bella*, así, móntalo —la animó cambiando su peso durante un instante para poder sostenerla—, sólo sigue moviéndote.

Sacudió la cabeza, sus labios húmedos e hinchados por los besos se entreabrieron y dejaron escapar pequeños jadeos, todo su cuerpo estaba en llamas y sus pezones encerrados en el confinamiento del sujetador rozaban la enloquecedora sensibilidad. Pero no era suficiente, deseaba más, lo quería todo, si ésta iba a ser su única oportunidad, lo quería todo.

—Yo... te... te necesito... —gimió inclinándose hacia delante, su boca buscando la de él en un húmedo beso—, por favor, te quiero dentro... lo... lo quiero.

Ante su tímida petición, él frotó su dura y palpitante erección contra su estómago sin dejar en ningún momento de atormentar su sexo.

—¿Qué es lo que deseas, *cara mia*? —le susurró—. ¿Quieres que te folle? ¿Quieres que te llene por completo?

Ella se mordió el labio inferior. Aquello no tenía sentido, él era un completo desconocido y a pesar de todo lo deseaba, quería sentirse repleta, lo necesitaba. Si paraba ahora, dios, si la dejaba así como estaba no respondía de sí misma.

—Sí —murmuró mordiéndose el labio inferior—, por favor, hazlo... tómame.

Gimió cuando él retiró el dedo, la sensación de insatisfacción y abandono estaba punto de traer lágrimas a sus ojos.

—Desabróchame el pantalón —la voz masculina sonó ronca en su oído—, los preservativos están en el bolsillo trasero izquierdo.

Ella se lamió los labios, sus ojos se encontraron una vez más.

—Hazlo, *cara* y te daré el mejor orgasmo de tu vida.

Aquella debía ser la situación más extraña en la que había estado jamás, medio desnuda, en un ascensor, jodidamente caliente y a punto de ser follada por un hombre cuyo rostro iba cubierto por una máscara, quien poseía su collar y un club de dudosa reputación. Y no podía encontrar un maldito motivo

por el que aquello no la excitara sobre manera.

Siguiendo sus instrucciones, extrajo del bolsillo trasero del pantalón un pequeño cuadradito de papel y descendió entre sus cuerpos para desabrocharle el pantalón y dejar libre la dura y palpitante erección que saltó a su mano tan pronto se vio libre. Su sexo era suave, caliente y lo sentía duro en la palma de su mano, de la cabeza de su erección salía ya una perla de líquido pre seminal.

—*Cara*, si realmente quieres que te monte, tendrás que dejar de acariciarme así —gruñó sosteniéndola todavía y dejando al mismo tiempo espacio entre ambos para poder maniobrar—. Ponme ese maldito preservativo, necesito follarte.

Se lamió los labios una y otra vez, tomándose un momento para saborear aquella anticipación mientras rompía el envoltorio y lo enfundaba.

—*Brava ragazza* —gimió, sus caricias lo habían puesto al borde, necesitaba tenerla tanto como ella lo deseaba, o quizás más—. Sujétate ahora, *cara*, esto va a ponerse interesante.

Sin darle tiempo a pensar, la empujó contra la pared, sujetándola así para poder hacer a un lado la tela del tanga, tantear contra su entrada y penetrarla profundamente con una única embestida que lo dejó alojado profundamente en su interior. Sus paredes vaginales lo apretaban formando una empuñadura perfecta, toda ella se tensaba a su alrededor, relajándose de nuevo, gozando de su tamaño mientras ella dejaba escapar suaves jadeos entrecortados mientras clavaba una vez más las uñas en sus hombros.

*Dio*, ella iba a dejarlo marcado pensó con irónica diversión un instante antes de retirarse sólo para volver a embestirla, impulsando sus caderas hacia delante y retirándose después, tomándola con ardor. Sus gemidos hacían eco en el pequeño habitáculo, el espejo a su lado le devolvía su imagen follando, una erótica escena que lo calentó incluso más impulsándolo a penetrar en ella

con más ímpetu. El sonido de la húmeda carne chocando entre sí ocupó el lugar de la banda sonora, excitándolos a ambos.

Ella no podía respirar, todo su cuerpo estaba sobrecargado, el arrollador placer del momento la apabullaba y al mismo tiempo la instaba a ir más allá, a pedir más, a dar más hasta el punto de encontrarse rogando que la follara más fuerte, más rápido.

—*Maschera...* oh, señor... —gimió su nombre como si fuese el de un dios al que rendir plegarias—, sí... más... así... oh, señor... sí.

No dudó en darle lo que pedía y que él también deseaba, el orgasmo empezaba a construirse en su interior, cada vez más alto.

—*Tu sei buono... oh, dio...* —Se impulsó ahora con fuertes estocadas hasta que por fin la sintió apretarse a su alrededor. Sus paredes internas lo aferraron llamando a su propio orgasmo, el cual llegó tras el de ella. Su voz inundó el pequeño habitáculo mientras se hundía una y otra vez en su interior, buscando unirse a ella.

Jadeante y agotada se dejó ir y terminó apoyada a duras penas contra la pared. El espejo del ascensor le devolvió la imagen de los dos, la camisa de él colgaba de uno de sus brazos a medio sacar, su falda se arremolinaba alrededor de sus caderas mostrando sus muslos rodeados por las ligas de las medias; Una imagen de deseo y decadencia que la hizo volver en sí.

—Oh, señor —gimió al percatarse de lo que acababa de hacer.

Él se encargó del preservativo antes de volver a enfundarse en sus pantalones y mirarla a través del espejo.

—Y es sólo el principio, *mio angelo* —le aseguró con un guiño al tiempo que recogía su chaqueta y la de ella del suelo mientras la veía arreglándose con premura la falda—. ¿Preparada para *la prima notte in Il Shalderia*?

Antes de que tuviese tiempo a preguntar o tomar alguna decisión apretó

el botón de apertura de puertas del ascensor y la cogió de la mano. Cuando las puertas se abrieron tiró de ella hacia el final del corredor, deteniéndose brevemente en una papelera para depositar el preservativo.

—Mi... mi blusa —clamó ella, girándose para señalar la prenda que volvía a desaparecer dentro del ascensor una vez volvieron a cerrarse las puertas.

Él le echó un rápido vistazo y le dedicó una sexy sonrisa.

—No la necesitarás —le aseguró. Apenas tuvo tiempo de admirar el nuevo pasillo que recorrían cuando la hizo detenerse en una de las últimas puertas a su izquierda.

—Bienvenida a mi humilde morada, *mio angelo* —le dijo abriendo la puerta para ella.

Ella se lamió los labios, respiró profundamente y se dejó arrastrar.

—No sé por qué creo que estoy a punto de entrar en la boca de lobo.

Él se rió y esperó a que pasase ante él.

—*Non perdere il sonno, cara*. La única intención de este *lupo*, es lamerte toda.

## CAPÍTULO 6

Aquel hombre estaba acostumbrado al lujo y sus gustos solían ir desde lo más clásico a una modernidad apabullante como demostraba aquella nueva habitación. A pesar de todo, tenía muy buen gusto. La extraña distribución era sin duda lo que más llamaba la atención; dos plantas unidas en un único espacio se conectaban por un único tramo de escalera que se retorcía desde el suelo hasta la zona abierta que daba al dormitorio. Los peldaños de madera que conducían a la parte superior se sostenían en una estructura única de color blanco mientras varias láminas de cristal cerraban el desnudo balcón. Una enorme cama dominaba el espacio y estaba enmarcada por una fila de estanterías repletas de libros. Una puerta doble a la derecha ocultaba un armario empotrado mientras que otra entreabierta al fondo a la izquierda daba la impresión de conducir hacia una nueva estancia.

Angelic se sobresaltó al escuchar la puerta cerrarse a su espalda, se volvió y allí estaba él, con la camisa por fuera del pantalón, las chaquetas de ambos recogidas de cualquier manera del suelo colgando de una de sus manos, el pelo totalmente revuelto y un peligroso brillo de deseo en la mirada que destacaba el antifaz. Se le tensó el estómago, su sexo respondió al momento humedeciéndose con nuevos jugos que amenazaban con resbalar entre sus muslos mientras luchaba para mantener el ritmo de la respiración. Lo que acababa de ocurrir en el ascensor hizo que sus mejillas volviesen a encenderse, que el deseo prendiese en su vientre con renovada intensidad. En un intento por desviar la atención de sus lujuriosos pensamientos volvió a centrarse en la habitación.

—Tienes un gusto de lo más variado —murmuró al tiempo que daba unos vacilantes pasos hacia el extenso sofá de piel blanco en forma de ele que

dominaba la estancia, frente a este y sobre una original alfombra que imitaba el dibujo de las piedras de un río descansaba una pequeña mesa del mismo color sobre la que descansaba el mando de la enorme pantalla de televisión que cubría la pared—. Interesante lugar.

No lo escuchó acercarse, pero su aliento jugando en su oído fue la única advertencia que necesitó de saberlo allí, junto a ella.

—No te haces una idea. —Sus palabras la estremecieron—. ¿Una copa?

Lo vio alejarse hacia el mueble blanco que dominaba la pared a su derecha, un enorme cuadro cubista llenaba el espacio y jugaba con una gama de colores que chocaba con estrépito con el conjunto.

—Lo sé, a mí también me horroriza —comentó mirando en su misma dirección—. Es un regalo... no pude rechazarlo.

Le tendió la copa y alzó la suya propia en un brindis.

—Por la primera de nuestras cuatro noches —declaró con su marcado acento y se llevó la copa a los labios. Sus ojos no la abandonaban, se deslizaron con desnuda hambre sobre sus pechos llenos y cubiertos únicamente por el sujetador. Debería sentirse incómoda y sin embargo la semi desnudez no hacía más que alimentar su lívido.

Levantó su propia copa en respuesta y dio un sorbo al líquido color borgoña para finalmente volverle de nuevo la espalda. No le gustaba demasiado el vino, ni siquiera estaba acostumbrada a beber y necesitaba de todos sus reflejos para pasar aquella prueba en la que aceptó participar. Sus pies se detuvieron al borde de la alfombra de un diseño muy llamativo, sobre la mesa que se ubicaba en el centro reparó entonces en algo más que el mando a distancia que vio fugazmente en su primera pasada.

—Unos dados. —Sus pensamientos surgieron en voz alta de su boca seguidos por una cálida mano que resbaló por su espalda hasta detenerse en la curva que unía su espalda con el culo.

Se giró a mirarle y él los señaló con un gesto.

—No son unos dados cualquiera —le dijo moviendo perezosamente la mano y provocando una suave fricción—. Son una parte importante del juego... aportan... lo inesperado.

Al recogerlos y examinarlos más de cerca, vio a lo que se refería. Había una pareja y un dado un poco más grande, los primeros consistían en partes del cuerpo y acciones a realizar sobre este y el otro mostraba reveladoras posturas sexuales.

Los dejó caer como si le quemasen en la mano, el sonido de las piedras rebotando contra el cristal y cayendo después al suelo fue acompañado por una suave risa y una nueva caricia de aquella mano.

—Comienza el juego —le susurró al oído, su lengua abandonó los labios para acariciarla distraído—. Lee lo que los dados han deparado para ti...

Ella se lamió los labios, un escalofrío de placer la recorrió desde el mismo punto que él lamía hasta su sexo.

—¿Quién dice que la tirada es para mí? —repuso ella y su voz sonó temblorosa—. No tienen nombre, ¿no es así?

Él sonrió, sus labios se extendieron en una amplia sonrisa que mostró unos dientes blancos y perfectos.

—*Va bene* —respondió con ese erotismo italiano que imprimía en sus palabras—. Sea pues para mí.

Sin prisas, le dio un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja y la dejó, para sentarse cómodamente en el sofá con los brazos extendidos sobre el respaldo y las piernas separadas; La erección que presumía empujando en sus pantalones era nuevamente más que visible.

—Los dados, *ragazza* —le recordó al tiempo que indicaba el único que quedó sobre la mesa—. Empezaremos con algo suave, ¿sí?

Ella se lamió los labios y bajó la mirada al suelo, allí donde los otros dados habían caído. ¿De verdad estaba ocurriendo aquello? ¿De veras estaba en una habitación a solas con un hombre dispuesto a hacer realidad cualquier fantasía por medio de sus eróticos juegos? La parte racional de su cerebro le gritaba con pancartas que decían que se olvidase de las perlas y saliese corriendo como alma que lleva el diablo, pero la otra parte, la que se derritió en el ascensor entre sus brazos, la que disfrutó de su sexo hundido profundamente en ella, follándola, gritaba por todo lo contrario.

Su mirada fue de nuevo hacia él, cual moderno sultán esperando a que su concubina obedeciera sus órdenes y pusiese en práctica lo aprendido en el harem.

—Los dados, Angelic —insistió, su voz ahora contenía una ligera orden lo suficientemente imperiosa como para hacerla reaccionar—. Lee la tirada y ven aquí.

Obligándose a tragar el nudo que repentinamente se le formó en la garganta, se inclinó lentamente hasta que sus rodillas fueron acariciadas por el suave tacto de la alfombra. Uno de los dados había ido a para a cierta distancia de dónde ella estaba, bajo la mesa, con lo que se vio obligada a inclinarse y estirarse para recuperarlo. Se le secó la boca cuando vio la palabra escrita en él en la cara superior del dado, su mente empezó a trabajar a toda velocidad, sus nervios aumentaron al igual que el maldito deseo que le corría por las venas. Lentamente, casi como si temiese que el dado se metamorfosease en algo peor, lo dejó sobre la mesa tal y como lo había recogido del suelo. El otro fue a parar un poco más cerca, al borde del sofá en un punto en el que ambos podían ver la cara ganadora.

El aire se escapó de los pulmones cuando vio su mirada pasar del dado a la de ella.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que tienes que lamer?

Ninguna de las fantasías de Alessandro podía haberse asemejado siquiera a la realidad, esta superaba con creces todas y cada una de las sensaciones y perfección del momento. Cuando decidió aprovechar la oportunidad que le otorgó la curiosidad de la mujer no esperaba un desenlace como este, uno que amenazaba con romper cada una de sus autoimpuestas reglas. La urgencia de arrancarle la máscara, de sacarse la suya propia y tomarla en la maldita alfombra, ambos completamente desnudos empezaba a obsesionarlo. Pero no podía arriesgar así su libertad e independencia, nadie podía saber que Alessandro Cavalieri, el mismo hombre que trabajaba en una cafetería era el mismo que poseía el Shalderia; Ni siquiera ella.

Y ahora, allí estaban, él recostado de forma indolente en el sofá de su habitáculo privado, una zona del club al que no había llevado jamás a ninguna mujer; Angelic era la primera e ignoraba el motivo de aquella deferencia. Si bien no era un secreto que el club estaba cimentado no solo para ser un lugar de entretenimiento en las mesas de juego y proporcionaba unas habitaciones privadas dónde quienes así lo desearan podían adentrarse en los distintos juegos del sexo, él siempre mantuvo una norma para consigo mismo y era la de no hacer un hábito de sus propias relaciones. La discreción había ayudado a crear una imagen, a crear a la *Maschera*, el dueño misterioso y prácticamente intocable del Shalderia, un amante selectivo y generoso que conocía el arte del amor como si fuese creado por el mismo Cupido. Una exageración creada por las mujeres que veían en él alguien inalcanzable y alimentada por aquellas que se había llevado a la cama; Compañeras de juego que sabían perfectamente en lo que se metían, dispuestas a cumplir cada uno de sus caprichos y fantasías durante una noche en alguna de las habitaciones destinadas a tales fines. Pero ella, la mujer que ahora lo miraba arrodillada frente a él, era otra clase de desafío, quizás por ello la había conducido a su apartamento privado y no a

una de los cuartos de juegos del club.

Un nuevo vistazo a la mesa le dio la respuesta a la pregunta formulada. Su fortuna parecía in crescendo esa noche, su sexo empujó con renovado ímpetu contra los confines del pantalón corroborando su pensamiento mientras contemplaba el dado que yacía sobre la mesa con la cara que indicaba el sexo como respuesta.

La vio lamerse una vez más los labios, aquel gesto lo hacía cada vez que estaba nerviosa, su mirada se volvió esquiva y sus mejillas aumentaron de color. Su respiración agitada se notaba en el subir y bajar de los fantásticos pechos que llenaban el breve sujetador, la falda se le subió sobre los muslos mostrando aquellas medias que le volvían loco mientras se acomodaba sobre sus propios talones. La escuchó tomar una profunda bocanada de aire antes de alzar la mirada con decisión esta vez.

—Acabemos con esto de una maldita vez —la oyó mascullar entre dientes.

Con decisión se arrastró de rodillas sobre la alfombra hasta terminar entre sus piernas, sus manos temblaban ligeramente cuando las llevó a la bragueta con obvia intención de abrirla y sacar su sexo ya erecto.

Entonces la sorprendió y se sorprendió a sí mismo apartándole las manos para luego incorporarse. La mirada confundida en sus ojos empezó a dar paso a un intenso color rojo y a una cruda sensación de humillación que lo dejó clavado en el lugar. La vio bajar la mirada, apretar los puños un instante antes de reaccionar rápidamente para ponerse en pie. Una vez más se lo impidió.

—No —la obligó a permanecer de rodillas, su mirada ahora fija en él, el brillo de lágrimas sin derramar acariciándole los ojos—. Deseo esos labios carnosos sobre mí, esos dedos acariciándome de la misma forma en que acariciabas la copa de vino hace unos instantes, esos hermosos dientes

deslizándose sobre mi piel... Desde que probé esos labios, no deseo otra cosa que tu boca haciéndole todas esas cosas a mi polla, Angelic.

Ella dejó escapar el aire, sus palabras la afectaban, lo supo por la forma en que sus pechos subían y bajaban, por cómo los pezones se marcaban contra la tela del sujetador rogando de nuevo su atención. Podía imaginarse su sexo goteando, los jugos resbalando más allá de la breve tela del tanga, mojando los muslos que se mantenía en mantener firmemente apretados. Su ángel estaba excitado y le deseaba. Las imágenes se formaban en su mente al mismo tiempo que las pensaba, tomaban forma con una claridad insólita. Podía verla arrodillada frente a él, en aquel estado de semi desnudez, sus manos acariciándole los muslos por encima de la tela de camino al cierre de sus pantalones. Le bajaría el pantalón y los molestos calzoncillos, liberando la palpitante erección. Su propio sexo lloraría por atención, hinchado y goteando, pulsando por la necesidad de ser llenado por su verga, sus senos se frotarían contra sus muslos mientras se amamantaba de él. Todo vestigio de cordura amenazó con retirarse de su mente, se le humedecía la boca con tan solo imaginárselo, de verla arrodillada frente a él con esa mirada dubitativa que ahora le dedicaba, sus manos aferradas en sus nalgas mientras utilizaba esa lengua que tanto placer le dio en sus besos. Lo chuparía, lo lamería hasta que él le ordenase que terminara y sólo entonces lo tomaría más profundamente arrancándole un orgasmo y tragándose su semilla.

Su mano subió al suave rostro, acariciándole la mejilla mientras buscaba una vez más su mirada.

—Eres como un libro abierto, pequeña —aseguró recorriéndola con la mirada—. Un libro erótico y sensual en cuyas páginas encontraré a la verdadera Angelic, ¿no es así?

Ella intentó zafarse de su caricia por lo que le sujetó la barbilla manteniéndola firme.

—Deseo ver de nuevo a esa mujer. —Aquello era una orden, no una sugerencia—, quiero ver a la mujer que me clavó las uñas en el ascensor, la que me apretó entre sus muslos y deseo su boca sobre mi polla. La quiero lamiéndome, chupándome, la quiero follándome duro y rápido, Angelic y la quiero ahora.

Él la vio tragar, vio cómo sus ojos se oscurecían con cada una de sus palabras, como bajaba la mirada a su pantalón y se lamía los labios. Tuvo que luchar con la maldita urgencia de tumbarla en el suelo allí mismo y conducirse profundamente en ella, poseerla una vez más hasta que fuesen un único cuerpo y seguir incluso después de ello. Estaba enloquecido, febril, la deseaba con desesperación, imágenes de ella en todas las posiciones imaginables, de él tomándola una y otra vez, saciándose en ella para volver a empezar de nuevo.

—Desnúdate por completo —le ordenó al tiempo que él empezaba a seguir su propia orden. Se quitó la camisa por completo y abordó el cierre del pantalón mientras se quitaba los zapatos a puntapiés. Ella seguía inmóvil, demasiado sorprendida para obedecer, por lo que terminó ladrando su orden—. Ahora.

Se sobresaltó, sus ojos habían seguido cada uno de sus movimientos hasta terminar en la abultada erección que apretaba contra el elástico de los calzoncillos una vez se libró del pantalón. La vio estremecerse una vez más, apretar los muslos ante el ramalazo de placer que penetró en su sexo. Aquella rosada lengua abandonó otra vez la húmeda cavidad de su boca para rozar el labio inferior mientras le miraba, sin atreverse a hacer un movimiento.

—Desnuda, *mio angelo* —repitió ahora con un tono más suave, destinado a persuadirla.

Sus ojos se encontraron una vez más con abierto deseo.

—Quítatelo todo para mí, ángel —insistió con premeditada lentitud—, y ven a buscar lo que te han deparado los dados.

Un profundo suspiro atravesó sus labios un segundo antes de que las temblorosas manos alcanzaran el broche trasero del sujetador. Los tirantes se deslizaron por sus brazos, las copas liberaron sus pechos mientras el pequeño trozo de lencería caía al suelo. Él no podía hacer otra cosa que comérsela con la mirada, degustando aquel aperitivo como el más sabroso de los preliminares. Enganchó los dedos en la cinturilla del tanga y empezó a tirar de él pasando por sus caderas, deslizándolo a lo largo de sus piernas para finalmente sacárselo y dejarlo caer a un lado.

—*Io sono un bastardo fortunato* —ronroneó cuando por fin pudo recorrer todo su cuerpo con la mirada—. Eres un regalo para la vista, *cara mia*.

Sus mejillas se encendieron un poco más, con todo mantuvo la mirada firme e incluso un poco desafiante. Aquella *ragazza* no dejaba de sorprenderle.

—Eres preciosa, pequeña —suspiró incapaz de hacer otra cosa que no fuese contemplarla.

Aquello hizo que sus labios se curvaran ligeramente y por un instante incluso creyó escucharle decir gracias pero no pudo siquiera preguntar pues ella llevó las manos a sus piernas y las hizo resbalar hacia arriba, acariciándole las nalgas para enganchar el elástico de sus calzoncillos y bajarlos dejándole el culo al aire. La vio lamerse los labios antes de dedicarle una mirada fugaz y concentrarse por fin en su sexo, su lengua acarició la dura erección sobre la tela y finalmente, sus dientes se engancharon en ésta para tirar de ella hacia abajo liberando la caliente carne que miraba ya como si fuese un goloso caramelo.

Contuvo el aliento cuando la lengua serpenteó sobre la punta de su erección lamiendo la gota de líquido pre seminal que la coronaba. Su caricia fue suave, pero suficiente para hacerlo apretar los dientes y los puños que

descansaban a ambos lados de su cadera. Aquella lengua rosada lo recorría desde la punta a la raíz provocándole deliciosos estremecimientos, la visión de esa melena suelta balanceándose al compás de sus movimientos era muy erótico y las ganas de tomarlo entre sus manos y hundir las manos en él se hacía cada vez más apremiante.

Su boca era pura dicha, una abrasadora caricia que lo envolvía, lo succionaba y lo dejaba tembloroso. Entonces, esos carnosos labios se separaron y ella lo succionó, despacio al principio, como tanteando su tamaño, probando su sabor, buscando la mejor manera de tomarlo en su boca.

—*Mi dio!* —jadeó y lanzó la cabeza hacia atrás, sus caderas abalanzándose hacia delante sin previo aviso—. Sí, *ragazza... Questo è fantástico...*

Una pequeña succión, una pasada de su lengua envolviendo la punta de su verga, un pequeño pellizco de sus dientes... se obligó a separar más las piernas para mantenerse en pie, esa mujer sería capaz de ponerlo de rodillas con su bendita boca. Los gemidos de placer por parte de ella inundaban la silenciosa habitación, una sinfonía mucho más agradable y erótica para sus oídos, una que muy pronto se vio coreada con sus propios ruidos.

Sus dedos se le clavaban en las nalgas cada vez que se acercaba para succionarlo, sentía los testículos tan pesados que iba a explorar en cualquier momento. El sudor había cubierto su piel con una fina película, dejándola brillante y resbaladiza, su hinchado sexo no aguantaría más aquel asalto, iba a correrse, aquella magnífica hembra iba a proporcionarle la corrida de su vida.

—Muy bien... así... eso es... —la animaba, sin saber realmente si se lo decía a ella o a sí mismo—, sólo un poco más... sí... señor, esto sí es bueno...

No supo en qué momento sus manos vagaron al cabello femenino y se enredaron en él acompañando los movimientos de su cabeza, pero cuando ella

lo succionó incluso más profundamente, aquella fue su ancla. Sus caderas empezaron a moverse por propia voluntad, penetrando su boca como deseaba penetrar su sexo, suavemente, con cuidado, pero tan profundo como ella le permitía llegar. La tensión en su cuerpo amenazaba con romperlo si no se dejaba ir, necesitaba la liberación tanto como respirar y cuando ya no pudo aguantar más lo apretó en su boca lanzándolo directamente al orgasmo.

Ella lo tragó y lamió a través del orgasmo hasta que los espasmos cedieron y el miembro se escurrió de entre sus húmedos labios. Sus ojos se alzaron de nuevo hacia él, en ellos brillaba el deseo y un obvio desafío.

—Y bien, ¿a qué jugamos ahora? —le preguntó con total descaro.

Él sonrió al tiempo que se agachaba para quedar a su altura, le acarició el labio inferior con el pulgar y acto seguido recuperó el dado que seguía en el lugar dónde había caído en el suelo.

—Ahora, es mi turno contigo —aseguró y lanzó los dados sobre la mesa.

Él la vio echar un fugaz vistazo y fruncir el ceño.

—¿Estás seguro que esos dados no están trucados?

Su respuesta fue una sonora carcajada, aquella iba a ser una noche muy divertida, y esperaba fervientemente que fuese la primera de las cuatro que habían pactado.

## CAPÍTULO 7

*Dos días después...*

Alessandro sonrió para sí mientras cerraba la puerta del coche, en una mano balanceaba la bolsa que contenía el regalo que había comprado esa mañana para su dama de la noche. Angelic se sonrojaba de forma espectacular, esa clase de rubor que teñía su piel y la hacía irresistible. Era una mujer apasionada y cuando lograba sacar a la luz dicha pasión y superar cada una de sus autoimpuestas barreras, era como ganar un premio; El premio más dulce.

Ella era generosa en el amor, dulce a pesar de su fachada y las respuestas cortas e irónicas que no conseguían otra cosa que acicatear su propio deseo. Por ello, era incapaz de sacarse de la cabeza su primer encuentro juntos de hacía dos noches, cuando vio en sus ojos el temor al rechazo y la humillación al creerse rechazada aún por un segundo. Pasó tan rápidamente como había llegado, pero estuvo allí y lo vio, el dolor de una mujer herida profundamente.

Volvió a mirar la bolsa y respiró satisfecho, no era un hombre dado a hacer regalos, especialmente no a las mujeres con las que se acostaba. No creaba falsas ilusiones, su estilo de vida era aquel y quien se acercaba a él o entraba en su vida por el breve periodo de tiempo que les permitía, lo sabían. Sin embargo, en tan solo dos noches aquella mujer se le coló de forma extraña bajo la piel y el contenido de la bolsa fue un impulso, el mismo que lo

llevó a proponerle tal trato de modo que pudiese acercarse a ella como deseaba, como él era en realidad. Angelic conocía al hombre que trabajaba para ganarse la vida y llevaba una cafetería, charlaba y sonreía sentada desde el otro lado de la barra con un café entre las manos, ella conocía una fachada, una pequeña porción de sí mismo, pero no al Alessandro Cavaliere que existía bajo tal fachada; La Maschera. Era Sandro, con todos sus pecados, el que deseaba conocer a esa mujer que se ocultaba bajo holgados trapos y anodinos peinados y fue él quien disfrutó de tal placer las últimas dos noches.

Esperaba ansioso aquella nueva noche, la tercera de las cuatro que pactaron. Si bien el fin de semana la había tenido en su cama, la echó de menos en la cafetería, una reacción que no podía justificar ante sí mismo y que le llevaba a pensar en si cuatro noches serían suficientes para saciar su deseo y curiosidad sobre ella.

—No vayas por ahí —se dijo a sí mismo mientras sacudía la cabeza.

Tras comprobar que la alarma del coche estaba activada y los cierres echados, se dirigió hacia edificio del club. Ya se había convertido en una costumbre el dejar el vehículo en un aparcamiento privado a un par de calles e ir caminando, al principio había sido por prudencia, pero la cotidianidad se instaló y era ya un ritual. Llegó cinco años atrás buscando escapar de la asfixiante vida impuesta por su familia, había llegado sin un solo centavo en los bolsillos y el comienzo no resultó fácil, pero hoy podía estar orgulloso de sí mismo y de sus logros, y lo más importante, no le debía nada a nadie.

No llegó a girar en la esquina cuando escuchó la melodía de su teléfono móvil saliendo desde el bolsillo de la americana, conocía la melodía por lo que le sorprendió que le llamasen cuando estaba a punto de entrar en el club.

—*¿Pronto?* —respondió tras descolgar—. Acabo de doblar la esquina, en menos de dos minutos estaré ante la puerta del club, ¿qué sucede?

La respuesta llegó en forma atropellada, toda en italiano y en un tono de

voz que aumentaba el timbre de alarma.

—*Rallentare*, Paolo —pidió al tiempo que fruncía el ceño—. *Io non capisco niente*.

No terminó de pronunciar la última palabra cuando vio a su compañero saliendo por la puerta principal del club y cruzar la calle hasta él.

—¿Qué ocurre? —preguntó cerrando el teléfono y devolviéndolo a su lugar.

El hombre frenó en seco y se aferró a su hombro.

—Es Francesca —le informó sin aliento—. Tienes que volver a Italia. Ha tenido un accidente...

Su rostro empezó a perder el color, aquel nombre era el único de su pasado por el que todavía sentía cierto apego.

—¿Un accidente? ¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? —Las palabras salían atropelladas de su boca.

Él se separó y negó con la cabeza.

—Fue Romano quien llamó —continuó—, pero no quiso darme detalles. Dijo que tienes que ir, que es tu deber ir.

Romano. Que él se hubiese dignado a coger el teléfono y le llamase sólo podía significar una cosa; La situación era extremadamente grave. Su hermano había dejado bien claro cinco años atrás lo que opinaba de su deserción y disgustos provocados a su familia.

—Ya tienes la reserva de avión hecha, tu vuelo sale en tres horas. —Su amigo no le dio tiempo siquiera a digerir la información que le daba, todo iba demasiado deprisa—. Tienes que ir, Sandro.

Él asintió, su mente volvió atrás en el tiempo a la última vez que vio a Francesca y sintió que se moría un poco ante la perspectiva de perderla.

—Necesito que te encargues del club. —Se pasó una mano por el pelo en un obvio gesto de desesperación. Su mirada reparó entonces en la bolsa que

todavía sostenía y su ansiedad aumentó—. *Dio*, Angelic... ella vendrá esta noche...

No tenía tiempo para avisarla de su partida, a decir verdad, tampoco sabría que decirle exactamente.

—Tus encuentros con esa *ragazza* no te traerán nada bueno —resopló Paolo, una objeción que Sandro había escuchado demasiadas veces los dos últimos días.

Él negó con la cabeza.

—Cuando venga esta noche, recíbela —decidió—. Dejaré algo para ella en mi escritorio, entrégaselo.

El hombre asintió.

—¿Le dejarás alguna nota o prefieres que le diga que simplemente has tenido que salir de improviso?

Repitió el gesto, sus dedos alborotándole por completo el pelo.

—No lo sé —se desesperó. Todo lo que tenía en esos momentos en mente era Francesca—. Ahora mismo no puedo pensar...

Su amigo negó con la cabeza.

—Quizás sea mejor así, si llegas a pasar más tiempo con ella podría terminar descubriendo que eres también el camarero del Verona's —le dijo a modo de consuelo—. Necesitas poner distancia, Sandro, te estás involucrando demasiado con esa mujer...

Hizo a un lado las palabras de su amigo y lo instó al volver al club.

—Necesito dejarlo todo listo en el club, después saldré para el aeropuerto —declaró una vez tomada la decisión.

Asintiendo de acuerdo con su decisión, ambos hombres cruzaron la calle y se internaron en el club sin ser conscientes que oculta entre las sombras de un portal cercano, una mujer con deseo de venganza había escuchado sus palabras.

El timbre de la puerta sonó por tercera vez, Angelic resopló y dejó el paño con el que estaba secando los platos que había lavado tras la comida. El día había comenzado con la maravillosa noticia de que el *ere* en la compañía que trabajaba era un hecho, y si lo que comentaban sus compañeros era cierto, posiblemente para el final de la semana, estaría en la calle y sin empleo. El insistente sonido empezaba a molestarla, no necesitaba ser adivina para saber quién estaba intentando fundir los plomos o echar abajo el edificio, aquella impaciente insistencia se había hecho presa del teléfono durante toda la mañana hasta que decidió apagarlo; Su hermana era de las que no se rendía cuando se le metía algo en la cabeza, estaba segura de que si pusiese ese interés en algo más provechoso y rentable, se convertiría en una mujer muy rica.

Resopló nada más comprobar que efectivamente era ella a través de la mirilla de la puerta y la abrió. Tuvo suerte de hacerse a un lado, pues el vendaval vestido con un caro traje de punto casi la empotra contra la pared.

—Pasa, por favor, no te quedes en la puerta —la recibió con absoluta ironía. Aquella mujer parecía no comprender el significado de mantenerse alejada. No captaba las indirectas ni las directas—. ¿Qué nueva catástrofe te trae ahora hasta mí?

Ella se giró y clavó sus ojos en los de ella, su semblante era serio, algo poco habitual en ella.

—Deja a un lado la ironía, que conmigo no funciona, Angelic y escucha —declaró parándose ante ella—. Ambas sabemos que nuestra relación está lejos de ser idílica...

Ella puso los ojos en blanco.

—Eso es ser demasiado suave —contestó.

Christie desechó su respuesta con un gesto de la mano.

—Pero a pesar de la obvia diferencia de clase, tu inexistente sentido de la moda y tu atracción por los casos perdidos e irreparables, sigo siendo tu melliza —continuó como si nunca la hubiese interrumpido—. Es por ello que, una vez más, me veo en la obligación de abrirte los ojos. De veras, Angelic, no sé cómo lo haces para acabar siempre liada con lo más bajo de todo el género masculino. Me sorprende que no acabes comerciando con camellos o narcotraficantes al ritmo que vas.

Su mirada cayó sobre la mujer que tenía delante, mirándola como si se hubiese convertido en un extraterrestre.

—Christie, ¿te has estado fumando alguna cosa, o es que te has mirado al espejo y has visto tu propio reflejo? —le soltó con toda la ironía de la que fue capaz, algo que no le costó demasiado.

La mujer esbozó una lenta sonrisa, una de esas muecas que tienen un significado que tú desconoces.

—¿Lo dice la mujer que se está prostituyendo en el Shalderia a cambio de un collar de perlas? —Su respuesta fue tan suave que le llevó un momento entender sus palabras—. No pongas esa cara de pazguata, Angelic, eres la comidilla de todo el mundo, la mujer enmascarada que llamó la atención del Maschera, su puta... ¿Sabes cómo han apodado a esa mujer? *Le donne della notte...* La Dama de la Noche... Cuando dijiste que ibas a recuperar el collar de la abuela, nunca pensé que llegases tan lejos, querida... menuda sorpresa.

Empezó a contar hasta diez, muy lentamente y cuando estuvo lo suficientemente calmada, se permitió darle una respuesta.

—Querida, las putas de la familia siempre habéis sido mamá y tú —declaró con frialdad—, pero he de confesar que tú la has sobrepasado con creces, al menos ella no se tiró al novio de su hermana en su propia cama.

La mirada en los ojos de su melliza por fin recuperó la esencia que ella conocía, aquella que hablaba de envidia, celos y un desprecio injustificado

que jamás comprendería.

—Tu chulo —continuó como si no acabara de insultarla—, se ha puesto en contacto con el abogado de la abuela y este conmigo. Me ha enviado una notificación de embargo por la cantidad de cinco mil dólares... así que, cielo, no debes estar chupándosela muy bien...

Ella se llevó los dedos a la boca en una fingida sorpresa.

—¿No? ¿No es ese el dinero que perdiste en una mesa de póker, cuando previamente te habían permitido retirarte con el... orgullo intacto? —le dijo, poniendo sobre la mesa todas las cartas—. Christie, Christie, realmente pensé que tendrías algo de cerebro dentro de esa cabecita tuya, te ofrecieron una retirada digna... y seguiste jugando solo para perder algo que no era tuyo. Ya te lo dije, nena, son tus deudas de juego así que arréglatelas y déjame a mí en paz de una vez por todas.

Se volvió una vez más hacia la puerta que todavía permanecía abierta y le indicó la salida.

—Si has terminado de escupir mierda sobre mi alfombra, te sugiero que te marches y ya puestos, bórrame de tu memoria —le soltó con desgana—. Tus visitas son tan agradables como las de los agentes de seguros.

Ella sonrió burlona.

—No soy yo la que te está dejando quedar como una puta, cariño —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—, especialmente cuando tu amante estará ahora mismo en un avión dirigiéndose a toda velocidad a los brazos de su querida Francesca.

Su sonrisa se intensificó al ver su ceño fruncido.

—Pero no debería de extrañarte, Angelic, tendría que haberte quedado claro cuando tu novio me prefirió a mí —la hostigó ella—. No eres una mujer tan sofisticada y fina en la cama, los hombres pierden el interés con lo cotidiano y anodino... y por supuesto, un hombre como el Maschera...

Deberías estarle agradecida, al menos te ha dejado sin humillarte... más.

Se obligó a respirar profundamente, no creía una de sus palabras, no las creería. Desde niña, Christie siempre la había odiado, estaba segura de ello pero ni siquiera ahora podía entender el motivo de tal animosidad.

—Deberías coger tu veneno y salir ahora —le sugirió con toda la calma de la que era capaz—. Si sigues sacando la lengua de esa manera, acabarás mordiéndotela y sería una pena tener un suicidio en la familia.

La mujer se aseguró el bolso al hombro y la miró una última vez desde la cabeza a los pies y viceversa.

—En cierto modo, me das pena —le dijo mirándola ahora a los ojos—, y para que veas que no soy tan mala, te contaré un pequeño secretito del que acabo de enterarme.

Ella entrecerró los ojos.

—No estoy interesada en nada de lo que tengas que decirme, así que vete —insistió y le señaló la puerta.

Su risa fue tan falsa que le sorprendió que no le cayesen los dientes.

—Quizás sería más interesante si lo descubres por ti misma —valoró para sí—. Pero ya me conoces, no puedo guardarme un chisme.

Ella apartó la mirada y giró la cabeza hacia la puerta en una silenciosa invitación.

—Lárgate.

Una sonrisita bailoteó en los labios de su melliza mientras salía al pasillo.

—¿Recuerdas esa serie que te gustaba tanto de niña, la de ese bandolero mexicano? —le dijo desde el pasillo—. ¿Cuál era su nombre? Ah, sí... Don Diego de la Vega... un hombre culto, inteligente y preparado que fingía ante todos, incluso ante su propia familia, convirtiéndose en un vago y mediocre hombre... Un hombre que vivía enmascarado y ayudaba a los menos

afortunados bajo una identidad falsa... El Zorro... —su sonrisa aumentó—. Un símil muy adecuado para el hombre que regenta *Il Shalderia* por las noches, mientras sus días los pasa sirviendo cafés y limpiando mesas como un emigrante más...

El color empezó a esfumarse de su rostro ante las palabras de su hermana, un disparatado símil que sin embargo la recorría como un escalofrío.

—Es el Amo del Juego, hermanita —le recordó con jovialidad—, siempre sacará la carta ganadora.

Con toda la compostura de la que fue capaz, aferró el pomo de la puerta y miró a su hermana por última vez.

—Gracias por la visita, Christie, pero no la repitas —le informó—, y la próxima vez que te metas en algún lío, solúcionalo tú misma o púdrete en la cárcel, acabo de descubrir que la idea de que lo hagas ya no me produce desasosiego.

Sin esperar respuesta empujó la puerta y se apoyó en ella en cuanto se cerró.

—No creas en una sola de sus palabras, ha venido a hacerte daño, solo a eso —se dijo a sí misma—. Solo a eso.

Pero la semilla de la duda había sido sembrada y sabía que la única forma de evitar que germinara, era acudir a la cita de esa noche y descubrir la verdad.

## CAPÍTULO 8

La última llamada de su vuelo sonaba en los altavoces del aeropuerto, Alessandro no le hacía demasiado caso mientras mantenía una conversación con el otro hombre que tenía al teléfono; Su primera toma de contacto en cinco años. Romano, su hermano pequeño, lo esperaría en la terminal de Roma y de ahí lo llevaría al hospital donde ingresó Francesca. El paso del tiempo nunca se le antojó tan lento. Paolo le acompañaba mientras esperaba para embarcar, el hombre no dejaba de decirle que todo iría bien, deseaba que tuviese razón.

—Nos veremos en unas cuantas horas, *ciao* —concluyó la llamada al tiempo que se giraba hacia su amigo—. Si surge algún problema...

Él negó con la cabeza.

—Todo estará bien, tú concéntrate en Francesca —lo instó a seguir andando.

El agobio y el nerviosismo batallaban desde hacía horas en su rostro.

—Llévala a mi despacho, explícale... lo que puedas —insistió, aquella era otra de las cosas que no podía quitarse de encima—. Y entrégale el collar...

Su amigo señaló la fila por la que tenía que avanzar.

—Sí, sí, ahora vete —lo empujó una vez más—. Y tenme a tanto...

Él asintió.

—Tú también.

Con un suspiro, sacó la tarjeta de embarque del bolsillo interior de la chaqueta y procedió a dejar sus cosas en una de las bandejas del detector de

metales. Le quedaba un largo viaje hasta Roma, su ciudad natal.

La noche parecía mucho más oscura que de costumbre desde la ventana de aquel despacho, no sabía si se debía a la falta de estrellas o al nerviosismo que la consumía desde hacía varias horas y que no podía librarse de ninguna forma. Las palabras de Christie eran un continuo *run run* en su mente que se repitió durante todo el día, las dudas generaron más dudas y sintió la necesidad de aclarar algunas de ellas, pero en su primera parada no había tenido suerte. Echó un nuevo vistazo al despacho, el mismo en el que había estado la semana anterior cuando él le propuso aquel juego erótico a cambio del collar. El hombre que la había recibido entonces, el atento e intenso amante con el que pasó las dos últimas noches no podía ser el mismo que el camarero del Verona's. O aquel era el mantra que tenía en la cabeza cuando salió de casa un par de horas después de la partida de Christie y decidió ir a buscar respuestas. Alex no estaba y según la camarera que la atendió no tenían muy claro cuando iba a volver, algo sobre un problema familiar era toda la explicación que les había dado antes de dejar el local en sus manos y colgar el teléfono.

Angelic no creía en casualidades y a pesar de ello, la sola idea de que lo que dijo su hermana fuese cierto le revolvió el estómago. No quería aceptar que hubiese jugado con ella de aquella manera tan baja, no lo aceptaría mientras quedase un solo resquicio de esperanza de lo contrario.

Dejó vagar la mirada por la habitación, el lujo y la sofisticación se unían en única bandera, un reflejo del hombre que solía llenarla con su presencia aquel que debería estar ya junto a ella riéndose de sus miedos y su desbordante imaginación. Un sueño enmascarado que no había aparecido y temía no apareciese esa noche. Intentó por todos los medios hacer encajar las dos imágenes que tenía de ambos, las similitudes y las diferencias parecían ser

tantas y tan claras que le costaba reparar en ellas. Tenía muy pocas referencias, a decir verdad, si bien ahora conocía al dedillo el cuerpo trabajado del dueño del club, al camarero del Verona's no podía decirse que lo viese sin algo que no fuese el uniforme con el que trabajaba. ¿Podían ser la misma persona? ¿Podía alguien ocultar tan bien su identidad que el tono de voz, su carácter y apariencia física fuese tan distinta como para hacerse pasar por dos personas completamente distintas?

Empezaba a dolerle la cabeza, el devanarse los sesos no le servía para nada y sin embargo no podía evitarlo. El sonido de la puerta abriéndose tras ella logró captar nuevamente su atención, se giró inmediatamente esperando verle a él pero no tuvo esa suerte.

—Me disculpo por hacerla esperar, *signora* —le dijo él con un ligero saludo. Su rostro, al igual que cada noche, estaba cubierto por un antifaz. Era Paolo, el copropietario del Shalderia, o eso le explicó Masch en una de sus breves momentos de conversación—. La Maschera se excusa por no poder reunirse nuevamente con usted para dar término a su... contrato.

Ella se limitó a permanecer en silencio, su mirada clavada en el hombre que tras cerrar la puerta pasó por su lado y rodeó el escritorio. En un par de movimientos había abierto uno de los cajones y extraía de él una caja de piel negra, así como una bolsa de papel del mismo color y los depositó sobre la mesa.

—Pidió que le fuese devuelta la joya que vino a buscar —continuó el hombre y tomando la caja negra, la abrió para que ella pudiese ver el contenido; El collar de perlas descansaba sobre un apoyo de terciopelo del mismo color—, y le dijera que vuestro acuerdo está saldado.

Sus manos se movieron de forma mecánica, cogió la caja y la contempló durante unos breves instantes.

—Entiendo —musitó, apenas un murmullo en aquel cortante silencio que

se instaló entre ambos.

Pudo oír la profunda respiración del hombre seguido del crujido de la bolsa, su mirada volvió a él mientras este le tendía la bolsa.

—Me pidió así mismo que le hiciese entrega de este regalo —continuó sujetando la bolsa.

Angelic la miró como si esperase ver salir de un momento a otro una serpiente o algo diabólico de su interior, como no sucedió, dejó el collar a un lado sobre el escritorio y tomó la bolsa. Hundió la mano en su interior y extrajo el contenido; Una máscara de brocado y terciopelo negro, decorado con un pequeño cristal transparente que sujetaban a su vez un ramillete de plumas negras. Sus dedos apretaron sin advertirlo el delicado complemento al tiempo que se giraba hacia el hombre y clavaba sus ojos en él.

—¿Dónde está él? —No admitiría el silencio por respuesta.

Paolo pareció sorprendido por el tono duro de su voz.

—No está aquí —le dijo.

Ella volvió a bajar la mirada a la máscara negra y finalmente la lanzó junto con la bolsa contra el escritorio.

—No estoy preguntándole si está aquí, si no dónde está —siseó, su mirada clavada una vez más en él.

Él le sostenía la mirada sin amilanarse.

—Ha surgido un problema que la *Maschera* no ha podido dejar pasar —declaró sin molestarse en alzar la voz—. Lamentó profundamente no poder explicarse él mismo...

Ella sacudió la cabeza, entonces se llevó las manos a la nuca y desató el antifaz que hasta ese momento había ocultado su identidad.

—Sí, claro... —declaró con profunda ironía, su rostro ahora limpio mirándole fijamente—. Seguro que lo lamentó, pues habría tenido que explicarme por qué el dueño de la cafetería Verona's a la que suelo acudir y

con el que he charlado en más de una ocasión, es también el maldito hijo de puta que se esconde en el interior de estas paredes.

La expresión de completa sorpresa y comprensión que cubrió el rostro del hombre fue la respuesta más sincera que nadie habría podido darle.

—Así que... es verdad —dejó escapar un bufido de incredulidad—. Alexander Cavalieri y la *Maschera* son el mismo hombre.

La vacilación en él era tan palpable como la incapacidad de decidir que decirle.

—*Signora*...

Ella sacudió la cabeza.

—No se moleste —le dijo al tiempo que se acercaba a la mesa y tras mirar una última vez la máscara negra que había ido a caer allí, recogió la caja con su collar—. Dígame una última cosa...

Ella se volvió una vez más hacia él.

—¿Esta repentina ausencia tiene algo que ver con una mujer llamada Francesca?

Una vez más, sus ojos hablaron por sí mismos.

—Ella es...

Lo detuvo alzando la mano, no deseaba saber los detalles.

—No me interesan los detalles, ya... ya está todo dicho —asintió y abrió una vez más la caja para ver el collar—. Esto era lo que vine a buscar desde el principio... todo lo demás... carece de importancia.

Su mirada se topó con la máscara negra y dorada que dejó caer al suelo, se inclinó para recogerla y tras acariciar sus plumas la colocó sobre el escritorio. Su atención pasó entonces sobre la otra máscara, aquella que nunca había llevado puesta, estiró la mano y la tomó de nuevo, acariciándola con suavidad. Sin decir una palabra, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, aquello fue suficiente para que Paolo se pusiese en movimiento.

—Espere, por favor... —la retuvo—. Es tarde... le pediré un taxi.

Ella lo miró durante unos breves instantes, entonces bajó los ojos sobre la máscara que todavía sujetaba y negó con la cabeza.

—Hágalo... pero al final de la noche —declaró al tiempo que se llevaba una mano a la pinza en la que llevaba recogido el pelo y se lo soltaba. Acto seguido se puso la máscara negra y el collar—. Hasta entonces... me quedaré por aquí.

Sin una palabra más, irguió los hombros y salió por la misma puerta por la que había entrado dispuesta a enseñarle a ese hijo de puta de la *Maschera*, quien era realmente el Amo del Juego.

## CAPÍTULO 9

Iba a estrangular a Francesca. Y cuando lo hubiese hecho, estrangularía a su *marito*. ¿En qué diablos estaban pensando?

Había cogido el primer vuelo para Roma con el corazón en un puño pensando que a su hermana estaría languideciendo en la cama de algún hospital, y cuando llegó se la encontró, maltrecha, sí, con una pierna escayolada, también, pero más viva y alegre que unas castañuelas.

Según supo después de varias acusaciones por aquí, malas caras por allá y un efusivo recibimiento por parte de Francesca, su inconsciente —y una vez pensó que cuerda—, hermana pequeña se había fugado con el hombre al que había conocido seis meses atrás, y del que nadie había tenido conocimiento, para casarse en secreto provocando una apoplejía al viejo y la ira absoluta de la familia Cavalieri.

Los jóvenes amantes, quienes habían tenido un accidente con un camión de cerdos en una carretera secundaria, regresaban de una breve luna de miel de tres días después de contraer matrimonio en alguna pequeña iglesia presente en la toscana italiana. El vehículo que transportaba los gorrinos, empezó a perder su carga y los había hecho salirse de la calzada y chocar con el que debió ser el único árbol en varios quilómetros a la redonda.

La rocambolesca explicación que dieron ante tal falta de sesera se asemejaba demasiado a una absurda comedia de Shakespeare. Mujer en buena posición que se enamora de un sencillo y humilde panadero, sabiendo que su familia se negaría a consentir esa relación, —no fuera a ser que su niñita

tuviese que quitarse los modelitos de pasarela y ponerse a trabajar para ganarse la vida—, decide emprender la huida y casarse en secreto para realizar su sueño de amor.

Estúpidos. Los dos.

De veras, ¿dónde había estado su familia el día en que repartieron la inteligencia?

Romano lo había llamado tan pronto le dieron la noticia del accidente, ni siquiera pensó en averiguar primero el alcance del mismo. Pero no lo culpaba, ambos sabían que si llegase a pasarle algo a su hermana y él no estaba allí para ella, la delgada brecha que tenía Sandro con la familia se haría insalvable. Podían tener sus discrepancias, un punto de vista totalmente opuesto, e incluso que él le culpase de abandonar el barco para irse a hacer su propia vida en América, pero eran italianos, y la familia, era la familia.

Su hermano lo había recogido en el aeropuerto, su explicación empezó a dejarle una sensación de incredulidad que no disminuyó hasta que entró en la habitación de hospital y vio a su padre gritándole a una más que inamovible Francesca todo lo que se le pasaba por la mente. Tenía que felicitar a la *ragazza* por su entereza, algo que no compartía su recién estrenado marido; quien si bien no se separaba del lado de su joven esposa, estaba tan blanco como el papel.

Durante un momento se sintió como Moisés abriendo las aguas del Mar Muerto, las voces se aplacaron al instante nada más verle, todos y cada uno de los presentes parecían igual de sorprendidos de verle allí. Pero el silencioso momento duró lo que le llevó a su hermana pegar un gritito y estirar los brazos hacia él; siempre había sido su favorito, ella no dudaría en defenderle ante todos los presentes si se les ocurría tan solo mirarle mal.

Las siguientes horas en el hospital estaban algo nebulosas en su mente, apenas intercambió unas palabras con su padre, quien se limitó a decirle que

quizá él tuviese más suerte en inculcar algo de sentido común en la cabeza de su hermana. Le preguntó si iría a casa a saludar a su madre y cuanto se quedaría. Sus respuestas fueron tan escuetas y frías como sus propias preguntas.

Por fin, y únicamente por insistencia de su hermana, se quedó una semana. Quería asegurarse de que ella estaba bien y que comprendía la estupidez que había cometido. Hector, su marido, resultó ser más juicioso en ese sentido. Al parecer había intentado disuadirla de hacer las cosas de aquella manera, pero conocía a su hermana lo suficiente para saber que ella siempre se salía con la suya. Y parecían enamorados, algo que también lo sorprendió bastante.

Hector era el dueño de una panadería que se dedicaba también a la repostería. Hasta dónde pudo averiguar, su negocio iba bastante bien, tenía todos los papeles en regla y era un hombre que se ganaba la vida honradamente. Les iría bien juntos y sin duda, Francesca aprendería que en la vida no todo era color de rosas.

De todas maneras, ella era el ojito derecho de su padre, podría estar ahora que lo llevaban los diablos ante el disparate que había cometido su *hijita*, pero no le daría la espalda; ella no era un paria como él.

Las luces del panel en la parte superior del avión se encendieron, a los pocos segundos se oyó la voz de la cabina avisando del pronto aterrizaje en el aeropuerto de Nueva York. Se abrochó el cinturón, cerró la bandeja sobre la que había dejado el periódico que había traído consigo y giró la cabeza hacia la ventanilla. No veía la hora de volver a la rutina. Iría a casa, se daría una ducha y se prepararía para marcharse al Shalderia y enfrentarse a otro de los problemas que se había encontrado en el camino.

Angelic. Su nombre traía consigo un poderoso deseo y poco menos que ideal situación. La breve conversación que había tenido con Paolo tras ser

puesto al tanto de la situación de su hermana lo tenía preocupado.

—¿Cómo que sigue en el Shalderia? —La consternación vibraba en su voz tanto como la sorpresa—. ¿Con quién?

La idea de que otro hombre la tocase, estuviese cerca de ella lo atravesó como una lanza ardiente. Los celos que sintió y la inexplicable posesión no tenían sentido para él.

—Sola —fue la respuesta que escuchó del otro lado del teléfono. A través de la ventana del pasillo del hospital, podía ver parte de la ciudad mientras hablaba con su socio en Nueva York—. Y Hay algo más que deberías saber.

El tono de Paolo precedió a la noticia que parecía dudar en darle.

—Ignoro cómo llegó la información a ella o quien se la dio, pero se ha descubierto la mascarada —dijo con un suspiro—. Ella sabe que la Maschera y Alex Quinn son la misma persona.

La noticia lo fulminó en el acto. Sus dedos se pusieron blancos por la fuerza con la que empezó a sujetar el móvil.

—*Tuo... angelo...* se ha convertido en la *Donna* del Shalderia en tu ausencia —continuó vertiendo sobre él una sorpresa tras otra.

El estupor se reflejaba en su rostro y no pudo evitar alzar la voz.

—¿Cómo?!

Un resignado suspiro llegó como respuesta.

—Dijo que vuestro trato no se había concluido todavía —continuó Paolo—. Le entregué tal y como me pediste el collar y el obsequio que dejaste para ella; y los cogió. Solo para ponerse la máscara y adornar su cuello con el collar y entrar de nuevo en el Shalderia.

Incluso ahora, varios días después de su conversación era incapaz de quitarse de la cabeza todas aquellas revelaciones. Paolo le aseguró que había intentado que cambiase de idea, llegando a prometerle que él se pondría en

contacto con ella en cuanto volviese, pero la respuesta de la obtusa mujer había sido quedarse esa misma noche y volver a la siguiente, y a la siguiente y así cada noche desde que él se marchó precipitadamente sin posibilidad de darle explicación alguna al respecto.

Su osadía y obvio desafío lo sorprendían tanto como lo complacían, pero no era tan estúpido como para pensar que al volver se encontraría con la entregada y pasional amante que había abandonado.

Ella lo estaba desafiando abiertamente, recordándole que él había faltado a su acuerdo y a su tercer encuentro. Ella era una mujer de palabra, una que no estaba acostumbrada a deber favores a nadie y maldito fuese él si no pensaba aprovechar esa situación; cuatro noches en el Shalderia, con absoluta obediencia y complacencia a él, cuatro noches de las que solo se consumieron dos...

Tenía que ser un suicida o haber perdido la cabeza por completo para considerar siquiera en renovar aquel trato después de haberle devuelto el collar, especialmente cuando, de alguna forma que todavía no podía explicarse, ella había descubierto su identidad.

Hizo una mueca ante la idea. Tendría suerte si no le arrancaba los ojos en cuanto lo tuviese delante, dada la falta de confianza en sí misma y la vulnerabilidad que descubrió en su interior, Angelic vería aquello como una traición, un engaño del que no saldría bien parado.

Tendría que hacerle ver las cosas como las veía él, después de todo lo suyo no había sido más que un juego, un trato entre dos personas cuya identidad ocultaba una máscara, un medio para alcanzar un fin. Una serie de encuentros de los que ambos disfrutaban bajo las normas acordadas. Sin preguntas, sin presunciones, sin identidad y con completa libertad para entregarse al placer; así era cómo funcionaba el Shalderia.

Sí, sin duda era un completo suicida porque estaba dispuesto a reclamar

a su amante las dos noches que quedaban pendientes entre ellos a la primera oportunidad.

## CAPÍTULO 10

Angelic echó un vistazo al salón desde detrás del anonimato de la máscara. Estaba tensa y sabía que seguiría estándolo durante la próxima media hora, después empezaría a relajarse. Había sido así cada una de las últimas siete noches en las que disfrazaba su identidad y penetraba en un mundo de cuya existencia no sabría si su melliza no hubiese perdido el collar de perlas de su abuela en las mesas de juego. Se llevó las manos al escote y acarició aquellas mismas perlas. Se las ponía cada noche que adoptaba el papel de *La Donna della notte* en el Shalderia. La dama de la noche, así era como habían comenzado a llamarla tras su primera aparición. Los hombres la devoraban con la mirada, pero ella los ignoraba, caminaba entre ellos y entre las mesas de juego como un ángel inalcanzable, o eso era lo que le decía entre otros Paolo.

—La Dama de la noche, así es como han empezado a llamarte —le había dicho dos días después de que empezase con aquella particular venganza—. Un ángel frío y sensual. Tienes embrujados tanto a hombres como a mujeres y no concedes tu favor a ninguno de ellos.

Recordó haber levantado la mirada desde su posición tras el escritorio de Alessandro y contestarle con el mismo desapasionamiento y amargura que la envolvía últimamente.

—La Dama de la Noche —repitió el nombre y asintió—. No deja de resultar curioso que deseen algo que no conocen, que les atraiga y excite el anonimato de una máscara. Supongo que eso es precisamente lo que les atrae a

las mujeres del *Master* del *Shalderia*.

*Lo que me atrajo a mí.* Pensó con disgusto.

No podía creer que le hubiese mentido, que la engañase de aquella manera. Pero entonces, él era un jugador, la única cara que conocía realmente era la que se ocultaba con una máscara. Podía entender que tuviese sus razones para desear ocultar su identidad, dios sabía que ella sí las tenía ahora que estaba allí, pero fue tan humillante ver que todo el mundo parecía saber de las ocupaciones de Alessandro menos ella. Su hermana, no se midió a la hora de verter sobre ella sus descubrimientos, como tampoco lo hizo al escupirle a la cara una realidad que la hizo sentirse sucia y utilizada.

—No eres mejor que yo, Angelic —le dijo un par de días atrás, cuando se presentó en la puerta del *Shalderia* para hablar con ella. Christie se había negado a entrar en el club y le devolvió cada una de las frías y rabiosas palabras que le dedicó ella con el mismo ímpetu con la que ella las había lanzado en su propia desesperación.

—Miras por encima del hombro a los demás cuando tú no eres mucho mejor que ellos —le había dicho después de permanecer de pie delante de ella, digna, elegante y tan distante como si no corriese la misma sangre por sus venas—. Te llenas la boca hablando de lo buena que eres, pero no has dudado en prostituirte a ti misma para recuperar un estúpido collar.

La primera bofetada le giró la cara. Vio la sorpresa en su rostro un instante antes de que fuese sustituida por una aburrída sonrisa de suficiencia.

—Duele oír la verdad, ¿no es así? —le dijo sin burla alguna en la voz—. Siempre me has mirado por encima del hombro, con suficiencia, la santa y pura Angelic. La sacrificada Angelic. Pero al final del día, no fue un sacrificio abrirte de piernas para él, ¿no es así? Y eso es lo que no soportas, porque te hace exactamente igual a mí y a cualquier mujer que se deje llevar por el deseo... Una zorrita caliente, así nos llaman...

Una segunda bofetada le cruzó de nuevo el rostro, la rabia la inundó con tanta rapidez como la tristeza y la vergüenza.

—No te atrevas a compararnos —siseó en voz baja—. Para empezar, nada de esto habría ocurrido si tú no hubieses apostado el maldito collar en las mesas de juego del Shalderia. Deberías de mirarte en un espejo antes de soltar tu veneno sobre alguien, especialmente sobre alguien a quien has ignorado durante este último año. Se acabó, Christie, ya es hora de que aprendas a buscarte la vida, a vivir con tus propios errores y aceptarlos. Márchate y esta vez no te molestes en volver, para mí ya no eres nada. No tengo una melliza, en lo que a mí respecta, estás muerta.

Sin una palabra más, dio media vuelta y volvió al interior del club. Era por culpa suya que estaba allí, como siempre, su hermana era la que se encargaba de poner en marcha el interruptor que la conducía a un desastre tras otro y ya estaba harta. Ella lo tenía todo, siempre lo había tenido. El amor de su madre, don de gentes, ella lo tenía absolutamente todo y aun así, no estaba satisfecha, nunca lo estaba hasta que la hería. Y lo había hecho, infringiéndole quizá la peor de las heridas, pero sería la última. Ya no tenía hermana. Ya no tenía a nadie.

El sonido de aplausos procedente de una de las mesas del fondo la arrancó de sus recuerdos. Esa noche las apuestas empezaban a rozar lo obsceno, por suerte no se había producido ningún altercado, pero había descubierto que el dejarse ver cerca de las mesas, acompañando algunos minutos al croupier, felicitando a los ganadores, sonriendo y deseándoles suerte a los que perdían contra la banca, relajaban los ánimos y permitía que el juego fluyese dentro de los estándares del Club.

El champán iba y venía entre los presentes, algunas parejas con diversos acompañantes que portaban una invitación especial cruzaban la puerta cuya placa no dejaba de resultarle una ironía, *bienvenuti al peccato*, para disfrutar

de los placeres del club. Todo fluía en perfecta armonía, la música ambiental invitaba a interactuar y a disfrutar del juego y el pecado, el coqueteo y las insinuaciones estaban a la orden de la noche siempre ocultas bajo las máscaras que era un requisito imprescindible entre los clientes.

Cogió una de las copas de champán de un camarero de paso y correspondió con un gesto de la cabeza a un atractivo hombre que pasó a su lado y la saludó.

—Ah, aquí estás, *Donna*.

Se giró al escuchar la voz de Paolo.

—¿Me buscabas?

El hombre se había convertido casi en su guardaespaldas. A menudo lo veía vigilándola como un halcón, dispuesto a disuadir a cualquiera que pareciese molestarla. El gerente del club resultó ser un hombre sin pelos en la lengua, no se guardó su opinión desde el momento en que decidió ponerse la máscara y ocupar el lugar de del Master en su ausencia, y cuando vio que no podía disuadirla por más argumentos que esgrimiera sin que las joyas de la familia peligraran por ello, había buscado refuerzos en uno de los hombres más irritantes y atractivos que solía pasearse por el club y que al parecer gozaba de total confianza; *il Master Daniel*.

La mirada del copropietario se clavó en ella durante una milésima de segundo, suficiente para dar énfasis a sus próximas palabras.

—*Él* ha regresado —murmuró en voz baja, con discreción.

Aquellas tres sencillas palabras la dejaron sin respiración. No necesitaba preguntar quién era él. Lo sabía. Sabía tan bien como respirar que Alessandro regresaría en algún momento, de hecho lo esperaba. Su cuerpo se tensó de expectación y algo más, sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del pie de la copa, estaba temblando pero no sabía si era por la repentina rabia que intentaba abrirse paso a la superficie o por la excitación y el placer

que le causaba el saber que estaba allí; y con el que había luchado durante su ausencia con todas sus fuerzas.

—Te espera en su despacho —continuó al tiempo que le quitaba la copa de las manos—. Ahora.

Le dedicó una mirada fulminante, que en realidad ni siquiera estaba destinada para él. Sus emociones estaban desbocadas, le costaba mantener la compostura y no salir corriendo... no sabía si para huir de él o para encontrarle.

Antes de que pudiese formular alguna pregunta, le dio la respuesta que pedían sus ojos.

—Te advertí que no era una buena idea, *ragazza* —continuó. Su mirada controlaba al mismo tiempo su entorno, pues no deseaba que se escapase ninguna palabra hacia oídos indiscretos.

Ella apretó los labios, los dedos se le curvaron hasta formar sendos puños.

—Ahórrate los sermones para alguien que realmente los escuche, Paolo —masculló. Los nervios empezaban a concentrarse en su estómago—, no gastes saliva inútilmente.

Él se limitó a poner los ojos en blanco, ya conocía sus respuestas y las ignoraba.

—Una lástima que aquellos que deban escuchar, tiendan a tener los oídos tapados —contraatacó él e indicó la puerta que comunicaba con la parte trasera del club y las dependencias de la administración—. De otra forma, mi trabajo sería mucho más agradable.

Le miró un instante y volvió a echar un vistazo hacia el umbral tras el cual esperaba el amo del club.

—Ve a él y procurad no incinerar *Il Shalderia* —le dijo con suficiencia—. El seguro no cubre la estupidez humana.

Ella se giró hacia él con una fulminante respuesta, pero el hombre ya la había abandonado para saludar a algunos de los invitados y comprobar, como cada noche, que todos los empleados estaban en su lugar y que no había problema alguno. Resoplando, dio media vuelta y enfiló hacia la puerta que daba al pasillo que llevaba a las dependencias privadas.

La batalla que se avecinaba no iba a ser sencilla.

La *Maschera* había vuelto y no tenía la menor idea de lo que le esperaba.

Ella estaba allí. En el Shalderia.

Toda esperanza de que ella hubiese recapacitado y dejado el club desapareció tan pronto entró en sus dominios y vio la ropa de ella esparcida sobre el sofá. Había bajado de inmediato al despacho para encontrarse a Paolo, quien no dudó en confirmarle que la mujer que deseaba, se encontraba aquella noche entre aquellas cuatro paredes.

Una explicación más detallada por parte de su socio le dejó claro que lo que se avecinaba no iba a ser un agradable reencuentro de dos amantes. Casi había esperado oír de su amigo la furia que la habría recorrido, cómo le habría lanzado su regalo a la cabeza para a continuación cubrir tanto su nombre como su persona de insultos. Pero no lo hizo. Ella se había limitado a dar media vuelta y regresar al club, la primera de una serie de infernales noches, según palabras del hombre, que lo llevaron a tener que buscar refuerzos en Daniel para mantener el ánimo suicida de la mujer bajo control.

Le debía una a Daniel. Ella no era una mujer acostumbrada a tales juegos de cortesana, tan testaruda como podía llegar a ser, Angelic poseía un alma noble y un corazón demasiado tierno. No era una mujer para andar pasando de mano en mano, la sola idea de que cualquiera de los invitados en

el Shalderia hubiese tenido acceso a su piel lo dejaba con los dientes apretados y echando chispas.

Sí, era un hombre posesivo. Quería exclusividad para con sus amantes, la exigía y ella lo sabía. Maldita sea, ella era suya, al menos hasta que pusiese fin al contrato que lo unía a él.

Sí, le había devuelto el collar, condonó la deuda de su hermana, la cual ni siquiera era suya, pero su contrato no había terminado. Le quedaban dos noches con ella y las tendría.

Dejó el sillón de cuero y se levantó. Esa noche vestía completamente de negro, su ropa, la máscara, no había color en su atuendo a excepción del azul de sus ojos. Se movió incómodo y reacomodó la pesada erección que empujaba contra la bragueta. El pensar en ella y en las posibilidades de un nuevo encuentro lo había excitado, sus fantasías se habían disparado solas hasta evocar una serie de juegos que no tendría reparo alguno en llevar a cabo aquella misma noche.

Un suave golpeteo en la puerta hizo que levantase la mirada en aquella dirección, esta se abrió lentamente hasta que una voluptuosa y sexy criatura ataviada con un ajustado vestido color marfil llenó el vano de la puerta. Sus ojos claros lo taladraban desde los ribeteados huecos de una máscara negra de plumas.

Hermosa, desafiante y bastante molesta, la mujer que lo contemplaba desde el umbral de la puerta del despacho seguía siendo la misma que recordaba. La postura de su cuerpo, la barbilla alzada con terquedad no hacían más que confirmar una actitud beligerante y que arrastraba consigo el fastidio. Le quedaba bien el dorado, el vestido era de un tono más oscuro que su pelo, el cual llevaba recogido y realzaba la blancura de la piel desnuda que ya se moría por tocar.

—*Cara.* —Se lamió los labios mientras se permitía el lujo de recorrerla

desde los pies enfundados en las sandalias, a las brillantes horquillas que intentaban sujetar el indomable pelo—. Te veo realmente bien, Angelic.

No le respondió, de hecho, juraría que incluso apretó ligeramente los labios y levantó un poco más la barbilla en un gesto de terquedad. El azul claro de sus ojos contenía un brillo asesino que hablaba por sí mismo. Bueno, estaba claro que la mujer no se había tomado las cosas con tanta calma como suponía Paolo. No, la *donna* que estaba ahora frente a él podía ser fácilmente comparada con una tigresa que deseara saltarle a la yugular y destrozarle la garganta.

Curvó los labios, un movimiento más decidido a aumentar su irritación que a su propio beneficio.

—*Avanti, cara*. —La invitó a entrar y esperó incluso que ella se negara a hacerlo—. Parece que tenemos cosas de las que hablar.

No se amilanó, entró en la habitación y cerró la puerta tras ella con suavidad; un gesto que desmentía la blancura de los apretados nudillos en un esfuerzo al contenerse de dar un portazo. Ella no vaciló, recorrió la distancia que los separaba y se plantó delante del escritorio sin dejar de mirarle.

—¿Debería empezar yo o tienes alguna excusa barata y absurda que brindarme?

Sus palabras fueron cortantes y directas. No pudo evitar sonreír ante el borde irritado en su voz. Se levantó del asiento y empezó a rodear la mesa solo para que ella le diese la espalda y se alejase hasta el otro lado de la habitación.

—Frío desplante —murmuró mientras deslizaba la mirada por la piel desnuda de sus hombros y el profundo escote de su espalda—. Me lo merezco. No tengo excusa para tan precipitada partida, *cara*, solo puedo decir a mi favor que no era algo que pudiese eludir.

Ella se tensó, entonces se dio la vuelta y lo fulminó con aquellos

hermosos ojos.

—De saber que tenías tendencia a salir corriendo para ver a alguna amante, me habría pensado dos veces el hacer cualquier clase de trato contigo, Alessandro Cavaliere —contestó en voz baja, con una frialdad cargada de ironía—. O quizá prefieras que te llame Alex... Alexander Quinn.

Él la miró sin inmutarse. Ahí estaba, la rabia subyacente en su voz y todavía demasiado contenida, los dilatadas pupilas taladrándole con efectividad.

—Eres el hombre más rastrero que existe en todo el jodido planeta —continuó sin amilanarse. Se paseaba de un lado a otro, un continuo ir y venir pero no fallaba ni una sola vez en despegar su mirada de la de él—. Embaucador. Mentiroso.

Se apoyó contra el escritorio y cruzó los brazos sin dejar de mirarla, pensaba dejarla seguir hasta que estuviese lo bastante tranquila como para atender a cualquier explicación.

—¿No tienes nada que decir en tu defensa?

Negó con la cabeza.

—No veo por qué tengo que defenderme, *ragazza* —aseguró con la misma tranquilidad e indiferencia que esgrimía hasta el momento—. Viniste aquí buscando a un hombre y fue a él a quien encontraste y con quien negociaste la manera de recuperar las perlas que ahora luces alrededor del cuello.

Su respuesta la hizo enrojecer, casi podía escuchar como rechinaba los dientes en el momento en que dio un paso adelante, señalándole con un dedo acusador. La sombra ahumada que le maquillaba los ojos hacía que la máscara los hiciese más intensos.

—En realidad, debería ser yo quien estuviese disgustado por el actual recibimiento —la sorprendió con la inesperada y arriesgada respuesta—. Te

lo dije el primer día... no deseo una víbora ponzoñosa como compañera de juegos, sino a una dispuesta y anhelante amante.

Si fuese un gato, ahora mismo erizaría hasta la cola. Sin embargo, mantuvo la compostura, de hecho hasta fingió inocencia al pronunciar las próximas palabras.

—En ese caso deberías haberte quedado con esa tal Francesca —le dijo con suavidad, agitando incluso las pestañas con un gesto afectado—. Dicen que Italia es hermosa en esta época del año, tendrías que haberte quedado allí, maldito hijo de puta.

Ahora fue su turno de parpadear, la sorpresa inicial pronto fue sustituida por la naciente diversión.

—Angelic, Angelic, los celos que muestras me halagan pero no tienen cabida en nuestro... contrato —añadió con un ligero encogimiento de hombros—. Cómo tampoco lo tiene nada de todo lo demás.

Ella parecía estar hirviendo a fuego lento, pero era incapaz de dejar de provocarla, le encantaba ver ese fuego ardiendo en sus ojos.

—Nuestro acuerdo está *finito*, Maschera —siseó ella—. Lo terminaste en el mismo instante en que te marchaste y me dejaste el collar en pago.

Él dejó por fin su apoyo y caminó hacia ella con lentitud.

—No, *cara*, nuestro acuerdo no está ni de lejos terminado —aseguró deteniéndose a un par de pasos de ella—. Aunque parece que tendré que redefinir las normas...

Ella no apartó la mirada de la suya, su cuerpo no tardó en reaccionar ante su proximidad, le picaban las manos por acariciarle la piel, quería devorarla entera, estaba tan excitado ante su presencia que la se le hacía la boca agua al pensar en lo que le haría sobre la mesa del escritorio.

—Estás jodidamente loco si crees que obtendrás algo más de mí —declaró ella con fiereza—. Lo has debido pasar muy bien a mi costa,

burlándote de la ingenua y tonta Angelic. Pero se acabó, Maschera, Alessandro, Alex o como quiera que te llames. No volverás a ponerme una sola mano encima.

Él la miró de arriba abajo sin disimular su hambre de ella.

—Yo no sería tan tajante con respecto a eso si fuera tú, *ángel* —se lamió los labios con anticipación—. Hablaremos, civilizadamente y llegaremos a un nuevo acuerdo.

Ella bajó ligeramente la cabeza dio un paso a un lado y sonrió de medio lado.

—No habrá ningún nuevo acuerdo, capullo —declaró al tiempo que se giraba y cogía una pequeña figura de porcelana del aparador—. ¡Jamás haré tratos con un maldito mentiroso!

## CAPÍTULO 11

La figura de porcelana se estrelló varios metros a la izquierda de su posición, la taza, con el logo de un pequeño pueblo de algún lugar que ni siquiera le sonaba, evitó darle en la cabeza gracias a los buenos reflejos con los que contaba. Los dos primeros tomos de la colección biográfica de Grandes Personajes del S. XVIII le rozaron el hombro y por poco le vuelan la oreja; necesitaba afinar más la puntería.

Estaba furiosa, no podía creer la desfachatez que exhibía ese hombre, la manera en que le habló y justificó sus acciones. ¡El muy hijo de puta se creía incluso con derecho a reclamar las dos noches que restaban en su acuerdo!

Entrecerró los ojos y apuntó con un nuevo proyectil hacia el hombre que intentaba mantenerse fuera del alcance de aquella lluvia de objetos.

—¿Has perdido la cabeza por completo, mujer? —Se exasperó él al esquivar un nuevo libro—. Deja eso dónde está o...

Le lanzó un nuevo libro pero no llegó muy lejos.

—¿O qué? —se giró para sacar otro volumen de la estantería y lanzárselo. La expresión en su rostro debería haberla asustado o al menos hecho que reconsiderara sus acciones, pero todo lo que consiguió fue joderla aún más—. Vamos, dilo. ¿O qué? Me gustaría ver que bajo más puedes caer. Sin duda podrás alcanzar el nivel de una babosa.

Un nuevo libro salió de su mano y le golpeó en el brazo. Lástima que era de tapa blanda.

—Maldita sea, Angelic, basta —rugió. Sus ojos se entrecerraron de

manera amenazadora—. Te estás comportando como una consentida *ragazzi*.

Cuando los libros empezaron a quedar demasiado arriba y no encontró nuevos proyectiles a la vista, se quitó uno de los zapatos y se lo lanzó. El siguiente corrió el mismo destino errando en centímetros su sien derecha. Aquello también pareció terminar con la paciencia masculina.

—¡Se acabó! —clamó, saliendo de detrás del escritorio dónde se había parapetado para atravesar la habitación en pocas zancadas con intención de atraparla.

Ella saltó a un lado en cuanto se acercó a ella, lo rodeó y se las ingenió para mantener una vez más el escritorio entre ambos.

—Da un paso más y... —le amenazó al tiempo que arrastraba la mano sobre la mesa. Sus dedos tocaron algo duro y frío y se aferró a ello levantándolo como un arma—. Y te abriré la jodida cabeza.

Los ojos azules parecieron oscurecerse, adquirieron el color de una oscura tormenta antes de que el muy imbécil hiciese caso omiso a su amenaza y se lanzara a por ella. El objeto, un pesado pisapapeles de cristal, se hizo añicos al revotar contra el suelo tras esquivarle la cabeza por un pelo.

Ambos clavaron la mirada en el objeto como si no pudiesen creer que este se hubiese estrellado contra el suelo. La incredulidad de Alessandro se convirtió en verdadero enfado cuando enfiló de nuevo hacia ella.

—¡Por Cristo! —clamó creyéndola obviamente una loca homicida—. Acabas de ganarte una soberana zurra, *ragazza*.

Los clips y demás material de oficina terminaron desperdigados sobre la superficie del escritorio cuando levantó el lapicero de cuero con pie de metal.

—¡Vete al infierno, maldito hipócrita!

Su intención había sido lanzar el objeto, pero este terminó cayendo sobre la alfombra a pocos metros de distancia sin causar daño alguno. A estas alturas ya jadeaba, sentía el rostro acalorado, sus pechos subían y bajaban al

compás de la respiración. No se lo pensó, arrastró la máscara y la lanzó a un lado descubriendo su rostro sin dejar de mirarlo con irritación.

—Espero que hayas disfrutado jodiendo a la ingenua y estúpida Angelic —escupió sin dejar de fulminarle con los ojos. Entonces se echó a reír, como si sus propias palabras le hiciesen una gracia inmensa—. Oh, pero por supuesto que lo has hecho. En tu retorcido juego has debido pasarlo muy bien. Tuviste que reírte de lo lindo escuchando mis lamentos durante el día solo para poder follarme por la noche...

Las palabras brotaban por si solas, acompañando la rabia y humillación que la embargaba.

—Te has burlado de mí cuanto has querido —le gritó—, tú y tus malditas reglas del juego. El amo y señor al que le importa una mierda a quien embauque mientras pueda salirse con la suya... Enhorabuena, Maschera, conseguiste lo que querías... pero ya no más.

Resbaló sobre la superficie de madera y aferró lo siguiente que tenía a mano, lo que resultó ser un abrecartas de plata. Ni siquiera lo pensó, llevada por la ira, abandonó su parapeto y arremetió contra él con el arma blanca aferrada como un puñal.

Los rápidos reflejos de Alessandro impidieron que la hoja se hundiese en su hombro, reduciéndola con rapidez y contundencia la empujó contra el escritorio, manteniéndola prisionera bajo su cuerpo, sus propias manos aferrando las de ella contra la madera.

—¡Suficiente! —La presionó con fuerza contra la mesa, apretando su presa sobre las manos, su boca a escasos centímetros de su oído—. Te has vuelto completamente loca, muchacha. ¿Qué diablos pasa contigo?

Ella se debatió debajo de él, luchando por soltarse, por aliviar el dolor en sus manos y la intimidad de su cuerpo pegado al suyo.

—¡Te odio! ¡Suéltame, mal nacido! —chilló al tiempo que culebreaba

bajo él—. ¡Eres un maldito embustero!

Para su absoluta consternación, él le mordió la oreja con fuerza obteniendo una repentina e inmediata inmovilidad por su parte.

—Bas-ta —pronunció cada sílaba con cuidado en su oído—. Ya está bien de hacer tonterías, *ragazza*.

Ella estaba a punto de protestar cuando la puerta se abrió de golpe y una serie de maldiciones en italiano precedieron la llegada de una inesperada visita.

—¿Qué diablos...? —reconoció la voz de Paolo.

Un bajo silbido acompañó a las palabras del hombre.

—Sin duda es una ingeniosa forma de redecorar una habitación.

Ella abrió la boca para contestar a la voz irónica del hombre que acompañaba a Paolo, pero se vio interrumpida por el bramido de aquel que todavía la sujetaba.

—¡Fuera! —ordenó a voz en grito.

Alguno pareció no entender que *il Master* del Shalderia no estaba para bromas en aquel momento.

—Sandro esta no es la forma...

Gruñó, un sonido tan bajo que cualquiera en su sano juicio daría media vuelta para volver después.

—¡Ahora! —clamó sin dejar lugar a replica alguna.

Uno de los hombres emitió un sonoro chasquido con la lengua.

—Sobrevivirá —declaró el compañero de Paolo—. Si necesitas que te echen una mano... o te preste un *flogger*, avísame.

Iba a matar a Daniel, él sería su segunda víctima esa noche, pensó sin remordimiento alguno. La puerta se cerró tras los dos hombres de forma audible, dejándola de nuevo a merced de ese mentiroso.

—Suéltame ahora mismo —siseó pronunciando lentamente cada una de

las palabras.

Él no solo no la soltó, si no que se apretó más contra ella, aplastándola contra la superficie de la mesa. Sus pechos quedaron aplanados contra la superficie de madera mientras el pecho masculino se amoldaba a su espalda.

—Lo haré cuando te calmes —le dijo y a juzgar por el tono acerado de su voz, no estaba precisamente contento—, y dejes de jurar como un camionero, quizá lo haga.

Se obligó a girar la cabeza hacia el lado en el que había escuchado su voz con claridad para poner mirarle con la misma rabia que la inundaba cuando entró en la oficina.

—Suéltame —repitió de nuevo—, y quizá me piense el dejar tus joyas completas.

Le sostuvo la mirada, él todavía llevaba el rostro oculto tras la máscara y ello la hizo consciente de su actual desnudez y del innegable poder que ese hombre tenía sobre ella. Era incapaz de apartar la mirada de la suya, a pesar de que deseaba con todas sus fuerzas clavarle las uñas y arrancarle la piel a tiras, también se moría por restregarse contra su piel, sentir esa pesada erección que se apretaba contra el trasero en su interior. Y eso la enfurecía aún más.

Cuando abrió la puerta del despacho y lo vio sentado como tantas otras veces detrás del escritorio pensó que se le detendría el corazón. Una mezcla de alegría e irritación la sobrecogió hasta hacerla dudar en lanzarse a su brazos o lanzarle algo a él; la opción dos había sido la ganadora.

Estaba irritada, enfadada consigo misma y con su maldito y traicionero cuerpo. Incluso ahora, después de la refriega, se excitaba bajo su contacto, con la sensación de aquella dura polla en íntimo contacto con su culo. Podía sentir como se mojaba a pesar de su enfado, como le palpitaba el sexo con una necesidad que nunca antes la recorrió con tanta voracidad. Ese maldito hijo de

puta no solo la había engañado burlándose de ella, riéndose seguramente por aquel juego de dualidad que había llevado a cabo con ella. La había arrastrado hasta su propio mundo, uno en el que el placer era un juego y él era el amo.

La máscara negra no hacía más que realzar el color de sus ojos, en ellos podía ver la misma excitación que palpaba en su cuerpo. Apretó los dientes. Odiaba ese antifaz. Lo odiaba porque sabía que mientras su apariencia era la del amante que conocía, debajo existía otra persona, una en la que había confiado sin el peso de un trato, sin un collar que recuperar, sin sexo colosal. Un hombre que había defraudado esa confianza de la manera más cruel.

Las callosas palmas que le sujetaban las manos cedieron, el duro cuerpo masculino abandonó muy lentamente el suyo permitiéndole incorporarse con la misma lentitud. No podía evitar mirarle, esperando que de un momento a otro él volviese a lanzarse sobre ella; no lo hizo.

—Ahora, ¿vamos a hablar como personas civilizadas o te follo sobre la jodida mesa hasta que te calmes?

Apretó los dientes con tanta fuerza que le dolió la mandíbula. Se enderezó y dio un paso a un lado para recuperar su espacio personal y alzó la mano para estrellarla con fuerza sobre su rostro.

—De acuerdo —declaró al tiempo que subía las manos a sus hombros y agarraba los tirantes del vestido para bajárselos de golpe—, de las dos opciones es la que prefiero.

Antes de que pudiese protestar o decir algo, se encontró sentada sobre el borde del escritorio, con el vestido remangado por encima de la cintura, su lengua hundiéndose profundamente en su boca y las manos arrancándole el tanga.

## CAPÍTULO 12

Angelic debería estar gritando hasta echar abajo las paredes y en cambio, lo único en lo que podía concentrarse era en su boca saqueando la suya. Su sabor era adictivo, la calidez de su cuerpo, las expertas manos recorriéndola entera le obnubilaba el juicio, pero ¿acaso le importaba? Su piel estaba hambrienta de él, su boca seca por la acuciante necesidad, no importaba lo enfadada que estuviese, lo irritada que aquel hombre la dejase, el deseo lo superaba todo, incluso su propia cordura.

Abandonó sus labios y descendió por la garganta, beso a beso descendía por su cuerpo dejando una ardiente huella que acicateaba su deseo y enardecía sus sentidos. El corazón latía acelerado, el pulso se incrementó con cada pequeño toque hasta perder el ritmo cuando las callosas manos le cubrieron los senos y jugó con sus erguidos pezones.

Podía sentir la tela del pantalón rozándole la sensible piel de la cara interna de sus muslos, el bulto de su erección presionado contra la tela arremolinada alrededor de sus caderas mientras su sexo quedaba expuesto tras liberarse del tanga.

—Me has roto las bragas.

El pensamiento fue tan absurdo como el hecho de ponerlo en palabras. Lo sintió reír, una vibración que quedó ahogada en el hueco de su cuello.

—Quizá deba implementar el que no las laves cuando estés en el club como otra regla —se burló y le dio un lento lametón—. Sin duda sería un arreglo perfecto para ambos.

Gimió al sentir como succionaba su piel, estaba segura de que terminaría con una marca en aquel punto entre el cuello y el hombro. Una que no podría ocultar a no ser que se pusiese maquillaje. El peso del collar cedió

al instante y notó como las perlas resbalaban sobre su pecho antes de ser hechas a un lado.

—Siempre me ha gustado desenvolver regalos —le dijo al tiempo que resbalaba las manos por el costado arrastrando con él la tela del vestido para dejarla completamente desnuda de la cintura para arriba, mientras la tela se juntaba a su alrededor, sobre la mesa, como una cortina dorada—. Echaba de menos el sabor de tu piel, su aroma... Eres una pequeña hechicera, cara.

No respondió, no quería pensar, no quería escuchar, no quería recordarse a sí misma que lo estaba haciendo era una soberana estupidez. No, primero se libraría del deseo y después, ya habría tiempo de flagelarse si era necesario.

Le cubrió el rostro con las manos y tiró de él para reclamarle la boca, la lengua penetró en la húmeda cavidad sin resistencia alguna y le dio aquello que buscaba, que anhelaba. El beso se hizo profundo, húmedo, pura decadencia, una de las manos masculinas abandonó su pecho y descendió hasta la dulce unión de sus piernas, resbalando sobre el recortado vello hasta acariciar la mojada carne.

Jadeó al sentir como resbalaba las yemas de los dedos por los pliegues de su sexo, torturándola sin profundizar.

—Húmeda no es una palabra que te describa —le dijo tras romper el beso. Le lamió los labios y jugueteó a las puertas de su boca—. Chorreante, se acerca mucho más.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y gimió ante las placenteras sensaciones que provocaban sus caricias.

—Deja de hablar, maldita sea y fóllame —gruñó moviendo las caderas en un intento de acercarse más a la díscola mano que no terminaba de darle lo que quería.

Se rio entre dientes. Sus miradas se encontraron, la suya desnuda, la de

él a través del antifaz.

—Siempre exigiendo —se burló, entonces volvió a besarla al tiempo que deslizaba un dedo en su húmedo interior—. Sí, mojada, caliente... perfecta.

Se mordió el labio inferior para evitar gemir en voz alta, clavó los dedos en su cuero cabelludo y tiró de él una vez más hacia su boca.

—Hazlo de una maldita vez —siseó al tiempo que le mordía el labio inferior y luego lo lamía. No le traspasó la piel, aunque ganas no le faltaban—. Te quiero dentro y lo quiero ahora.

Ahora fue su turno de gruñir, la empujó sobre la superficie de la mesa, obligándola a retroceder al apoyar su peso en ella.

—Ah, *cara*, solo por esta vez —le dijo sin apartar la mirada de ella—, dejaré que des las órdenes.

Se lamió los labios y lo vio incorporarse para sacar un preservativo del bolsillo del pantalón y seguidamente se deshizo del cinturón. Su polla empujaba totalmente erecta contra la restricción del slip y cuando por fin la liberó sintió que toda su cordura desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. La húmeda lengua resbaló una vez más sobre los propios labios, la boca se le hacía agua mientras lo miraba sin pudor alguno, atenta a cada uno de sus movimientos desde el momento en que abrió el envoltorio hasta que deslizó el látex a lo largo de la erección.

—¿Preparada para suplicar, *cara*?

¿Suplicar? Sus labios se curvaron con malicia. Ya vería él quien acababa suplicando. Deslizó una mano entre ellos, lo rodeó con los dedos y tras acariciarle un par de veces lo condujo a su necesitado sexo.

—Espero que lo estés tú, Maschera —declaró ella tirando de él para un nuevo beso.

La penetración fue instantánea y profunda, se sumergió en el húmedo

canal llenándola por completo, arrancándole el aire, sus testículos golpearon contra ella un momento antes de sentir como se retiraba casi por completo solo para volver a empujar. No hubo suavidad. Tampoco la quería. Se reunió con él en cada embestida, aumentando la intensidad sin amilanarse. Necesitaba aquello, lo necesitaba así; sexo duro, saciar la lujuria, arrancarse la ardiente necesidad que le corroía las venas. Y él se lo dio, se entregó sin reserva, dándole lo que quería y obteniendo lo mismo a cambio.

El sonido de la carne húmeda golpeando contra carne húmeda se convirtió en la banda sonora del caótico lugar en que se había convertido la oficina, subió las piernas y las cruzó por encima de su cintura, aferrándose a él, devorándole la boca con la misma fiera intensidad de su unión. No le cabía duda de que al final acabaría con algún cardenal en la espalda provocado por los clips y bolígrafos que habían quedado atrapados bajo ella. Pero ahora no le importaba, todo en lo que podía pensar era en saciar el deseo, quitarse de encima la fiera lujuria que la poseyó desde el preciso instante en que volvió a verle.

Abandonó su boca en busca de aire, lo rodeó con los brazos en un intento por mantener el equilibrio y no terminar en el suelo. Podía notar su pene hundiéndose profundo y con fuerza en su interior, llenándola de esa manera en que solo podía hacerlo él, tocando ese punto exacto que encendía su libido y construía poco a poco el orgasmo. Los jadeos que escapan de su boca se mezclaron con los de él, la mirada azul se clavó una vez más en la suya y en ella encontró la misma pasión que la dominaba a ella.

—*Cara...* —musitó sin dejar de mirarla, aquella tierna palabra con la que siempre la derretía.

Se arqueó más contra él, pegando su pecho al de él y tomando su boca para ahogar cualquier cosa que pudiese decirle. No quería escucharle, no quería que volviese a embaucarla con dulces palabras, pues temía terminar

creyéndoselas.

Saqueó su boca, le hundió la lengua y buscó la suya, le lamió, lo succionó y se derritió cuando el orgasmo empezó a crecer en su interior con rápida intensidad.

—No lo reprimas —le dijo él rompiendo el beso momentáneamente—, no te contengas, déjate ir.

Y lo hizo, no fue necesario que se lo dijera dos veces, su cuerpo tenía mente propia y solo deseaba apretarse a su alrededor y alcanzar la bendita liberación.

—Oh, dios —jadeó al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y se tensaba alrededor del duro miembro que no dejaba de penetrarla. El orgasmo la sacudió por entero dejándola temblorosa y lánguida, borrando todo el estrés que había acumulado la última semana.

No hablaron durante un buen rato, después de que él se corriera, se separaron y cada uno empezó a arreglarse la ropa sin dar cuenta del otro. Se recolocó el vestido e hizo una mueca al levantar del suelo los pedazos de tela en los que se había convertido el tanga. Todavía sentía la humedad manchando sus muslos, su sexo sensible por la fuerte cabalgada, pero a su favor debía añadir que estaba mucho más tranquila de lo que lo estaba en el momento de entrar por la puerta del Club aquella noche.

Deslizó las manos alisando el vestido, un gesto más para obtener un poco de tiempo y reorganizar sus ideas que por que fuese necesario.

—¿Por qué? —Las palabras le surgieron antes de que pudiese darse cuenta de que las había pronunciado—. Al menos, dime por qué, ¡maldita sea!

Se giró hacia él para verle negar con la cabeza. Aquello posiblemente hubiese reanudado el anterior combate, pero cuando sus ojos se encontraron una vez más, él se sacó el antifaz que enmascaraba su identidad. La sombra ahumada que le cubría los párpados y le delineaba los ojos los hacían más

intensos, si bien ahora podía ver su rostro al descubierto no estaba segura de a quién veía.

—¿Quién eres realmente? —insistió sin dejar de mirarle—. Ni siquiera sé ya cómo debo llamarte.

Sacudió la cabeza sin saber qué hacer, él se limitaba a mirarla sin decir nada.

—Al menos dime, ¿por qué? —insistió y extendió la mano abarcando todo a su alrededor—. ¿Qué juego es este?

Él dejó el antifaz sobre el escritorio y se giró hacia ella. Sus ojos azules la perforaban, penetrando hasta su alma. Cuando ya pensaba que iba a continuar con su silencio, habló.

—Por el mismo motivo por el que tú estabas ahí fuera vestida de esta manera y cubriendo tu identidad tras una máscara —contestó sin apartar ni un solo momento su mirada de la de ella—. Porque la persona que eres tras un antifaz y los actos que llevas a cabo no importan a nadie más que a ti mismo. No hay necesidad de fingir, de medir las palabras, puedes ser quien eres en realidad sin que nadie te juzgue por ello. Detrás de una máscara, a menudo yace quien eres en realidad.

Cruzó lentamente la distancia que les separaba y se detuvo frente a ella.

—¿Pero un juego? —negó con la cabeza—. No, *cara*. El único juego que se puede llevar a cabo es aquel en el que ambos conocemos las reglas y en el que ambos las acatamos. Un juego en el que aceptaste participar y el cual, todavía no ha terminado.

Siguió su mirada hacia la mesa en la que acababan de dar rienda suelta a la pasión contenida y su propia rabia.

—Sí. Ha terminado —declaró con firmeza—. Considera este polvo como el punto y final a nuestro acuerdo.

Dicho aquello dio media vuelta dispuesta a dejarle con la palabra en la

boca y continuar con su vida; cualquiera que fuera esta. Pero él no se lo permitió. No llegó a dar dos pasos cuando los dedos masculinos se cerraron alrededor de su muñeca.

—Este polvo no ha sido más que un modo de dar rienda suelta a la frustración y a la rabia contenida —le dijo atrayéndola hacia él—. Todavía me debes dos noches, Angelic y tú vas a dármelas.

La incredulidad en su rostro era suficiente para hacerle sonreír. Endiablada mujer, no había dudado un momento en lanzarle algo a la cabeza o a dónde pudiese atinar, solo para saltarle luego encima y follarle como una gata furiosa. Tenía que ser suicida para pedirle ahora algo así, pero a favor de la verdad tenía que confesar que su mente no andaba nada bien; no lo había hecho desde hacía una semana o más. Su cuerpo había despertado con el roce del suyo, su aroma lo excitaba y a juzgar por el temblor que todavía la recorría, no era el único en tal estado. Le resultaba extraño estar así frente a ella y no sentir el peso de la restricción del antifaz el rostro; se sentía desnudo.

Y a pesar de ello, allí estaba, con el rostro desnudo, frente a ella y con la única opción posible en su mente; hacerla suya de nuevo.

Pero dos noches no serían suficientes.

Ella pareció empezar a recuperar el ánimo, la cordura o lo que quisiera que rigiese su cerebro. La sorpresa dejó paso a la incredulidad y esta a la indignación.

—¿Has perdido la cabeza? —le dijo por fin. Las emociones brillaban desnudas en sus ojos—. Quiero decir, ¿hola? Me has mentido. Has representado una magnífica ópera con distintos papeles y me has tenido engañada como a una tonta. Diablos, ni siquiera sé cómo debo llamarte ahora,

aunque la palabra *capullo* me viene con mucha facilidad a la boca.

La respuesta le vino con facilidad.

—Alessandro Cavalieri es el nombre que figura en mi partida de nacimiento —le soltó con cierta ironía—. En el Shalderia, mis empleados me conocen como Sandro. Puedes llamarme así, o Maschera.

Ella arqueó una ceja ante su respuesta.

—Sandro —repitió su nombre y el escucharlo de sus labios le gustó más de lo que debería—. ¿Ahora resulta que también soy una de tus empleadas?

Deslizó la mirada sobre ella, admirando su elegancia, las voluptuosas curvas de su cuerpo antes de volver a sus ojos.

—No lo sé —dijo ladeando la cabeza—. Dímelo tú. ¿Por qué te has quedado en el Shalderia a pesar de todo?

Ella entrecerró los ojos y no vaciló al señalar el destrozo en su oficina.

—Necesitaba lanzarte algo a la cabeza en cuanto aparecieras por la puerta —rezongó al tiempo que se llevaba las manos a las caderas—. Y *voilà*.

Él enarcó la ceja ante su respuesta.

—Diría que ese “algo” se ha quedado corto y no termina de esclarecer el motivo por el que te has hecho pasar por la... anfitriona... del club, *mia donna*.

Se lamió los labios con gesto seductor, pero sus ojos de gata seguían despidiendo chispas.

—Debería haberte abierto la cabeza con el maldito pisapapeles —siseó.

Él señaló el fatal destino del objeto roto en pedazos.

—Posiblemente lo habrías logrado. *Grazie a Dio* por tu mala puntería —indicó los cristales esparcidos por el suelo—. ¿Tienes idea del valor que tenía?

Alzó ligeramente la barbilla.

—Habría tenido mucho más si se hubiese roto sobre tu cabeza.

Emitió un resignado chasquido con la lengua. Esa mujer estaba más allá del sentido común en su actual estado de continua irritación.

—Puedo comprender la naturaleza de tu arrebató —aceptó indicando el improvisado campo de batalla y los destrozos sobre él—, pero sigue escapándoseme el motivo por el que todavía sigues aquí.

Ella mantuvo una expresión neutra o al menos lo intentó. Aquellos ojos azules no dejaban de brillar con una miríada de emociones que iban de la excitación a la irritación.

—Me has pedido una respuesta y te la di —le recordó—. ¿Podría tener la misma consideración? ¿Por qué te quedaste, Angelic?

La línea de sus labios se tensó aún más al escucharle llamarla de aquella manera, pero entonces la rosada lengua los barrió, humedeciéndolos antes de que pronunciara las primeras palabras de su enigmática respuesta.

—Porque tú no eres el único amo en este juego —murmuró con un ligero encogimiento de hombros.

Deslizó la mirada sobre su rostro, deteniéndose en el collar para luego volver a sus ojos.

—¿Me estás desafiando, *cara*?

Los dulces y llenos labios se curvaron en una sonrisa, pero esta ni siquiera le llegaba a los ojos. La vio alejarse unos pasos y recoger la máscara que había usado al entrar del suelo, sus dedos trabajaron con diligencia sobre el atrezo para arreglar la cinta que se había soltado.

—Sabes, Sandro —pronunció su nombre como si fuese casi un insulto. Alzó el rostro y enmascaró de nuevo su identidad—. Tenías razón en una cosa, detrás de una máscara todo el mundo puede fingir ser otra persona. ¿Es la real o una nueva invención? Eso, nunca se sabrá, ¿no?

Con una ligera inclinación de cabeza, le dio la espalda y caminó hacia la puerta, posó la mano en el pomo y entonces se detuvo.

—En cuanto a la las dos noches de nuestro acuerdo —se giró a mirarlo por encima del hombro—, perdiste tu oportunidad cuando no te presentaste a reclamarlas en el momento adecuado. Y yo, querido, ya tengo lo que he venido a buscar —acarició las perlas del collar con los dedos.

Él no pudo evitar esbozar una divertida sonrisa ante el involuntario desafío.

—¿Estás segura de eso, *cara*? —pronunció su nombre.

Ella le dio la espalda, abrió la puerta y dejó su respuesta en el aire.

—Absolutamente, *Maschera*.

La puerta comenzó a cerrarse solo para verse detenida por unos dedos y la consiguiente cabeza que todavía miraba hacia atrás mientras entraba en el despacho. Paolo se giró, observó con cierto asombro el campo de batalla en que se había convertido su oficina y finalmente lo recorrió a él.

—¿Sigues de una pieza? —preguntó. Su tono poseía una abierta curiosidad.

Él dejó escapar un profundo suspiro y se frotó la mandíbula.

—Apenas —aceptó al tiempo que recuperaba su propio antifaz de la mesa y volvía a ponérselo.

Lo escuchó resoplar mientras caminaba hacia el escritorio.

—Le dije que no provocase el Apocalipsis —farfulló y lo miró con ironía—. Ella es... intensa.

Bufó ante tal descripción.

—Ella es... muchas cosas —aseguró con una divertida sonrisa. Entonces indicó uno de los sillones que todavía se mantenían en pie—. Toma asiento, *mio amichi* y empieza a explicarme qué demonios ha pasado en mi ausencia con cierta... *Donna*.

## CAPÍTULO 13

Angelic respiró profundamente antes de volver a ocultarse tras la máscara. Necesitaba recuperar la compostura, pegar esa afable y sensual sonrisa en los labios que invitaba sin invitar y reafirmar su presencia allí. Demonios, todo el cuerpo se había licuado ante su toque, podía sentir todavía la humedad entre sus piernas, el sexo hinchado y al descubierto después de quedarse sin bragas. La huella de sus manos seguía presente en su piel, como si nunca la abandonase, un contacto que anhelaba tanto como le enfurecía.

Hizo una caída de ojos a uno de los invitados de esa noche, permitió que la devorase con la mirada mientras pasaba a su lado sin darle ninguna muestra que lo alentase. Hoy no estaba para juegos, él había terminado con toda la paciencia que le quedaba, así que todo lo que podía hacer, para no marcharse, era pegar una estúpida sonrisa en los labios y dejar su propia piel atrás, permitiendo que los estúpidos hombres y mujeres allí reunidos viesen únicamente a la Donna.

*Deberías dar media vuelta y salir por la puerta para no volver jamás.*  
La aguijoneó su conciencia.

¿Por qué seguía allí? ¿Por qué no se iba ahora que había vertido sobre él todas las acusaciones que tenía guardadas? Ese traidor y mentiroso hombre la embrujaba, su presencia era tan poderosa que le consumía las fuerzas y la determinación.

*No quieres irte. Sabes que si lo haces no volverás a verle.*

¿Y quería seguir viéndole? ¿A pesar de sus mentiras?

Intentó centrar su atención en la presente noche, saludó cortésmente a los invitados y vagabundeó como solía hacerlo por la sala. La mirada que le dedicó Paolo antes de entrar en la oficina de su jefe la hizo sentir culpable. Él no había sido si no un amigo, alguien que se preocupó por ella y por la locura que se instaló en su mente.

*Acéptalo. Él estaba aquí antes que tú. Es su jefe, el que le paga la nómina. Es un hombre, los hombres se apoyan los unos a los otros.*

Y también era alguien muy cercano a Alessandro. Lo sabía con tanta certeza como el color de las paredes del Shalderia, había estado presente en cada frase que le dedicó la semana anterior, cada recomendación y cada advertencia. Paolo era un hombre leal por encima de todas las cosas.

Sí. Debería marcharse. Debería darle la espalda a todo aquello, salir por la puerta y olvidarse de ese hombre.

*Quiero las dos noches que me debes.*

Un ligero temblor le recorrió el cuerpo. ¿Deseo o ira? No era capaz de discernir la fuente con claridad, pero sus palabras la molestaban casi tanto como la enardecían. Él había perdido el derecho a reclamar esa prenda en el mismo momento en que no acudió a su cita, el collar que llevaba alrededor del cuello era un mudo testigo de ello y un firme recordatorio para sí misma.

—Esta vez no, Maschera —masculló en voz baja.

Las mesas de juego estaban concurridas, pero no a rebosar. Algunas parejas habían optado por los sofás situados en los rincones más íntimos; una breve charla o furtivas caricias que darían lugar posiblemente a una invitación al lado más oscuro y pecaminoso del club. La música ambiental añadía ese toque de elegancia y relajación que los inspiraba a perderse en los juegos de la noche.

—¿Hemos de suponer que la otra parte también ha sobrevivido?

Dio un respingo al escuchar las palabras tan cerca de su oído. Se giró

como un resorte, el corazón latiéndole a toda prisa mientras contemplaba al culpable de aquel sobresalto.

—Dios, Daniel, ¿no has pensado en llevar un cascabel atado al cuello para advertir de tu presencia? —protestó al reconocer a la única otra persona a la que tenía algo que agradecer.

Los profundos ojos azul zafiro se clavaron en ella a través de un antifaz negro que se pegaba a la parte superior de su rostro como una segunda piel, el pelo negro enmarcaba un rostro de facciones fuertes y duras, embrutecidas por la blanquecina cicatriz que le marcaba la mejilla derecha como una delgada línea dentada. Al igual que cada noche de aquella semana vestía totalmente de negro. La única nota de color la ponía el Ojo de Horus que colgaba de una cadena dorada sobre la abertura de la camisa. Poseía una dicción perfecta, con un toque del viejo mundo en su voz. Elegancia y sensualidad arrolladora lo envolvían, como también lo hacía la seguridad y el dominio que parecía ejercer indistintamente con solo su presencia.

Él sonrió con suficiencia y se inclinó para susurrarle una respuesta.

—¿Y perderme la oportunidad de ver como pierdes la máscara durante unos segundos? —murmuró solo para sus oídos—. No sería tan entretenido.

Bufó para sus adentros. Aquel hombre era tan irreverente como osado y le importaba más bien poco lo que cualquier persona presente tuviese que decir en referencia a su actitud. No se escondía, no fingía, incluso ocultando su identidad bajo un antifaz, era auténtico.

—Parece que te ha revuelto las plumas a pesar de todo —comentó sin dejar de mirarla al tiempo que le tendía una copa de vino blanco—. ¿Debemos suponer que sigue vivo?

Esos ojos azules la ponían nerviosa. En realidad, todo él la ponía nerviosa, lo hizo desde el mismo momento en que se presentó una semana atrás.

Él había sido el hombre que desafió a su hermana en las mesas de juego, reclamando el collar como prenda en pago hasta que Christie pudiese saldar su deuda. Como descubrió después, Alessandro y él eran viejos conocidos, por lo que Daniel prefirió dejar el asunto en manos de la Maschera hasta que la deuda fuese saldada.

Él no parecía un hombre que se dejase manipular, por lo que le sorprendía aún más que hubiese aceptado de entrada el posible desafío lanzado por Christine; no tenía que ser médium para saber que todo el asunto de las mesas de juego habría sido iniciado por ella en primer lugar. Algo le decía que él había querido aceptar el desafío impuesto por su hermana.

Aceptó la copa y bebió un trago de la fría bebida.

—¿No tienes nadie mejor a quien incordiar, *Amo* Daniel? —declaró en el mismo tono de voz. Se encargó de hacer hincapié en el título de *Amo*.

Paolo había tenido a bien instruirla en las profesiones y ocupaciones de algunos de los clientes fijos en el Shalderia. En el caso de Daniel, el hombre era un *Dominante* experimentado que ejercía de profesor cuando la Maschera solicitaba su presencia para alguna fiesta temática o noche especial dentro del club.

Los sensuales y llenos labios se curvaron hacia arriba dejando al descubierto parte de una irritante sonrisa.

—Nadie que me reporte más diversión y me aleje del tedio tanto como tú —declaró en un mudo brindis hacia ella—. No todas las noches vibras de esta manera —la recorrió con la mirada, centímetro a centímetro—. Estás sonrojada, acalorada, te brillan los ojos por la lujuria y el deseo satisfecho, y no nos olvidemos de una considerable irritación. Por no mencionar que te mueves con mayor fluidez y has esquivado cada una de las miradas que se han posado sobre ti desde el mismo instante en que atravesaste la puerta.

Apretó los dientes con creciente irritación ante la facilidad que tenía ese

hombre para leerla.

—¿Era necesario redecorar la oficina de esa manera? —concluyó acercándose lo suficiente a ella como para verterle las palabras en el oído—. Intuyo que Maschera preferiría una bienvenida más... cálida.

Se tensó involuntariamente ante la última frase que le susurró al oído. Aquel era uno de los principales motivos por los que prefería no intimar con Daniel; era capaz de leerla como un libro abierto.

—Si quieres hablar con él, está en su despacho... vivo, todavía.

Sus ojos se encontraron y la sonrisa masculina se hizo más amplia, pero también discreta.

—Algo que sin duda te agradecemos, amor —se burló él. El buen humor estaba presente en su ánimo.

Entrecerró los ojos sobre él.

—No te des tanta prisa en darme las gracias —murmuró en el mismo tono de voz bajo que usaba él—. No he dicho que me gustase el resultado de tal... reencuentro.

Él bufó, se acercó a ella y se inclinó sobre su hombro.

—La gatita bufa enfurruñada porque su amo la ha descuidado —ronroneó él con su habitual despreocupación—. Y a pesar de ello, aquí estás, recién follada y ronroneando al tiempo que reniegas de su llegada.

El sonido de la palma chocando con la carne resonó como si hubiese tocado un gong. La música todavía sonaba de fondo, el sonido de la ruleta y el croupier preparando las siguientes rondas obraba como una banda sonora para aquella película mientras ella jadeaba y abría los ojos sin poder creer todavía lo que acababa de hacer. Los asistentes que se encontraban más cerca de ellos los miraban con una mezcla de curiosidad, diversión y expectación, como si esperasen un segundo pase.

—*Madame*, sin duda vuestras caricias son embriagadoras —le dijo él

con su acostumbrado tono divertido. Pero el brillo en sus ojos decía otra cosa muy distinta, algo que no quería interpretar.

Se tensó al escuchar las risitas que acompañaron a la declaración del hombre, una breve mirada de refilón le indicó que su caricia tuvo público. Alzó la barbilla y mantuvo un tono igual de jocoso que el suyo.

—Si quieres mimos, *Master* Daniel, hay más de dónde salió ese —le dijo con el mismo tono distendido de él. Las risas se repitieron.

Él sonrió y se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Creo que me contendré —aseguró y se dio el lujo de guiñarle el ojo. Entonces lo vio alzar la mirada y dirigirla más allá de ella, por encima de su hombro—. Al menos de momento.

Discretamente siguió la dirección de su mirada y se dio de bruces con la de Alessandro. Los ojos de la *Maschera* brillaban con curiosidad mientras atravesaba la sala entre saludos e inclinaciones de cabeza hasta detenerse junto a ellos.

—No cabe duda que sabes cómo animar una noche tediosa, Daniel —lo saludó él. En sus palabras había una ligera advertencia que no conseguían desmentir la mirada risueña de sus ojos—. Y veo que mi *Donna della Notte* contribuye a hacerla incluso más interesante.

Los labios del hombre se curvaron ligeramente, parecía que ambos se entendían sin necesidad de mucho más.

—En tu ausencia alguien tenía que ponerle la esencia picante al club —aseguró y le tendió la mano a modo de saludo.

El recién llegado lo aceptó y le devolvió el apretón.

—Sin duda lo has conseguido —aseguró. Entonces se volvió hacia ella y le tendió el brazo—. ¿Me concedes el honor de tu compañía, *mio angelo*?

Se tensó. Ese maldito hijo de puta sabía que no podía rechazar su invitación, no delante de los curiosos invitados del *Shalderia*, quienes

parecían seguir aquel intercambio con mucha atención. Apretando los dientes para evitar sisear como la gata que Daniel le había dicho que era, posó la mano en su brazo.

—*Sarà un vero piacere* —se contuvo de sisear la respuesta en italiano.

Aquello pareció sorprenderlo, durante una décima de segundo, puesto que no dudó en reír en respuesta.

—Ah, *bella*, el placer será totalmente mío cuando me concedas de nuevo tu favor —le susurró al oído. Le acarició la oreja con la nariz y se volvió entonces hacia el otro hombre quien parecía divertido y satisfecho—. Disfruta de la noche, *Maestro*.

Él asintió.

—Eso tengo intención de hacer, *Maschera*.

Con un educado gesto, cambió de posición y le deslizó la mano por la espalda, acariciándole la parte superior de las nalgas antes de rodearle la cintura con los dedos y atraerla a su costado.

—Se merecía la bofetada.

En cuanto las palabras surgieron de su boca, empezó a insultarse a sí misma. ¿Por qué diablos se justificaba ante él? Maldita sea, no podía pensar realmente con sus manos encima, con el calor de su cuerpo y ese delicioso aroma que lo envolvía tan cerca.

Los dedos se hundieron un poco más sobre su carne y sintió su aliento acariciándole la mejilla.

—¿Me abofetearás a mí también, ángel —susurró solo para sus oídos—, o me concederás la prenda que me has quitado?

Ella se volvió hacia él y casi se tocaron.

—No te quité ninguna prenda —murmuró en el mismo tono—. La perdiste tú solito cuando saliste disparado a ver a tu... a ella.

Él arqueó una ceja al escuchar la vacilación en su voz, entonces empezó

a curvar los labios en una satisfecha sonrisa.

—De nuevo los celos en tu voz —le dijo para su absoluto fastidio.

Le dio la espalda, no estaba dispuesta a hacer el papel de despechada.

—Quiero esas dos noches que me debes y tengo la intención de reclamarlas —le susurró al oído—. Es un pago justo, especialmente desde que te has tomado la libertad de... ¿apropiarte de mi posición?

Se estremeció ante la forma en que pronunció cada palabra, imprimiendo ese acento que la dejaba débil y temblorosa de deseo.

—Pero estoy dispuesto a concederte una oportunidad para que demuestres que tan buena *Ama* eres en este juego de placeres —insistió. Se separó de ella y señaló una de las mesas de la zona de juegos de azar—. Tres cartas, la puntuación más alta gana. Si gano yo, tendré mis dos noches.

Se giró a él como si esperase que se echase a reír de un momento a otro y le dijese que se lo había pensado mejor.

—¿Y si gano yo? —preguntó sin amilanarse.

Él sonrió y la recorrió con la mirada.

—Si ganas tú —extendió la mano abarcando la enorme sala—, dejaré que sigas visitando el Shalderia bajo esa máscara que llevas... si eso es lo que deseas.

Dos noches más en sus brazos o todas las noches dando rienda suelta a su lado oculto en aquel club. ¿Por qué las dos opciones parecían favorecerle más a él que a ella? Y a pesar de todo, ambas se ajustaban demasiado bien a lo que su cuerpo deseaba y contra lo que la poca cordura que le quedaba batallaba enérgicamente.

—¿La puntuación más alta? —repitió sus condiciones.

Él asintió.

—Elige el croupier —le dejó las opciones claras—, o atraviesa la puerta por última vez. No te detendré, pero tampoco te permitiré volver.

La seguridad que esgrimía la enervaba. Se creía ganador sin haber jugado todavía.

*Deberías aceptar sus condiciones y largarte por la puerta y no volver jamás.* La aguijoneó de nuevo su conciencia con aplastante sinceridad. Aquella era la parte racional de su conciencia, la que debía seguir.

No pudo hacerlo.

—Juguemos —aceptó decidida.

La satisfacción que vio bailoteando en su rostro, no hizo más que cabrearla todavía más.

—Ah, ángel. Nada me gustará más.

## CAPÍTULO 14

—Dieciséis —informó el croupier descubriendo la última carta—. Gana el caballero.

Los números parecían burlarse de ella desde el verde tapete de la mesa de juego. La suma de las tres cartas superaba en dos puntos la suya. El amo del juego ganaba una vez más.

—Parece que la suerte, después de todo, decide sonreírme esta noche, *cara* —comentó con visible satisfacción. Un coro de risas y felicitaciones impidieron que diese rienda suelta a las palabras que le quemaban la lengua—. Y el premio... —la miró sin disimulo—, no podría ser más jugoso.

Las risas aumentaron y tuvo que morderse la lengua para no escupirle. Pegó ese estúpido y ensayado puchero a sus labios que decía que era una pena que hubiese perdido ante alguien tan grande y viril... ¡ja!... y se lamió los labios.

—Ah, Maschera, unas veces se gana y otras se pierde —contestó con voz modosa—. Sin duda eres un digno adversario, espero que me concedas igualmente la posibilidad de revancha, querido.

Sus ojos azules destellaron a través de la máscara.

—Cuando lo desees, *caro angelo*. —Le cogió la mano y se la llevó a los labios sin dejar de mirarla con divertido conocimiento—. Pero primero, concédeme tú a mí el placer de... degustar... esta dulce victoria.

Sin darle posibilidad de escapar, arrastró la mano sobre su brazo y la colocó de tal manera que le imposibilitaba la huida al tiempo que la mantenía pegada a él.

—Canalla —musitó solo para sus oídos cuando se disculpó con los presentes y la arrastró a través del salón. Su compañía atraía las miradas de los presentes entre gestos de curiosidad y obvia envidia de hombres y mujeres por igual.

Le vio curvar los labios con gesto irónico antes de bajar la mirada sobre ella.

—Tienes muy mal perder, *ángel*.

Ella entrecerró los ojos, se obligó a pegar de nuevo aquella estúpida sonrisa en los labios y saludar con un gesto de cabeza a uno de los hombres que le dedicó un breve saludo y murmuró.

—Todavía no me has visto jugar en serio —rezongó con fastidio.

Una ligera risa emergió de sus labios y atrajo consigo la atención de aquellos que llegaron a oírla.

—Ardo en deseos de verte repartir las cartas —rió. El cálido aliento le acarició la oreja cuando terminó solo para sus oídos—, a ser posible sin ropa.

No respondió a tal sugerencia, se limitó a fulminarlo con la mirada mientras se lamentaba por no tener a mano algo con lo que pegarle.

—Ah, si las miradas mataran —continuó él. Sin duda le divertía su mal humor.

Se lamió los labios y curvó los dedos de modo que las uñas se hundieran ligeramente en su piel mientras pasaban junto a otro grupo desperdigado de camino a la zona privada del club.

—Sí, una verdadera lástima que no lo hagan —aseguró sonriendo beatíficamente al hombre que la galanteó al pasar—. Eso nos habría ahorrado muchos problemas.

Le soltó las garras y mantuvo atrapados sus dedos mientras la conducía hacia la puerta que daba al interior de sus dominios privados. La llave salió del bolsillo de su chaqueta para encontrar su lugar en la cerradura que cedió

sin más al giro de muñeca. Oyó el clic que abría la puerta un segundo antes de que él la soltase y la invitase a entrar.

—Después de ti —la invitó con ceremonia. Los ojos azules contenían un atisbo de diversión que no podía o no quería ocultar.

No había vuelto a pisar un pie en aquella parte del edificio desde la última vez que estuvieron juntos. No había querido conjurar unos recuerdos que acudían a su mente sin necesidad de mucho más que un aroma o una esquiva imagen.

Continuó hasta la masculina sala en la que tuvo lugar su primer encuentro, traspasó el nuevo umbral y contempló la habitación mientras él cerraba la segunda puerta tras él y se dirigía al mueble para servirse una copa.

—¿Te sirvo? —preguntó volviéndose a ella al tiempo que quitaba el labrado tapón a la botella.

Acortó la distancia entre ambos mientras él llenaba un primer vaso y se lo quitó de las manos para tomarse el contenido de un solo trago. Sentir el licor bajando por su garganta como un río de lava le devolvió un poco de la serenidad que necesitaba.

—Lento, *cara* —le dedicó una mirada divertida—. No querrás emborracharte antes de tiempo.

Lo fulminó con la mirada y le dio la espalda para empezar a deambular por la sala.

—Emborracharse no es una opción —declaró resbalando la mano sobre la tapicería del sofá—. Nunca entregaría esa clase de poder a nadie.

Se sirvió una copa para sí mismo y alzó la botella sugiriendo rellenarle el vaso. Negó con la cabeza y caminó hacia él para dejar el vaso sobre la bandeja.

—No hay licor suficiente fuerte como para que borre mi mal humor —le soltó—. Así que ni te molestes en intentarlo.

Su respuesta fue alzar el vaso en un mudo brindis hacia ella y darle un sorbo al contenido.

—Ni se me ocurriría hacer algo tan absurdo —aceptó. No dejó de mirarla y el escrutinio la ponía nerviosa.

Sus ojos se encontraron entonces y los labios masculinos se curvaron tras la copa.

—No deseo morir antes de tiempo a manos de una furiosa *banshee* —continuó. Se lamió los labios y la señaló con el vaso en la mano—. No deja de resultar curiosa la forma en la que luchas contigo misma.

Aquello la puso en guardia. Ese maldito hombre era realmente bueno discerniendo las emociones en aquellos que lo rodeaban.

—Podrías haberte marchado y sin embargo. —Esta vez utilizó el vaso para señalar a su alrededor—. Te quedaste.

No respondió, pero él tampoco parecía esperar respuesta.

—Podrías haberte negado a jugar —le recordó oportunamente—, pero eres incapaz de decir que no a un desafío.

Alzó la barbilla, entrecerró los ojos y lo miró fijamente.

—La venganza no es tu motivación —resumió él con aire satisfecho—, lo es la revancha. Eres una digna oponente, pero te falta algo...

No pudo evitar sentir curiosidad y preguntó.

—¿El qué?

Él no contestó de inmediato, se tomó su tiempo en beber el líquido ambarino y después dejó el vaso sobre la bandeja. Cuando los ojos azules volvieron a encontrarse con los suyos, había decisión en ellos.

—Una mente fría y libre de conciencia —declaró acortando la distancia entre ellos. Alzó la mano hasta el hombro y enganchó el tirante para hacerlo a un lado, mientras repetía la misma operación con el otro tirante—. Eres impulsiva, ardiente, una auténtica dama de la noche. Pero bajo la máscara...

—Se la quitó sin que pudiese hacer algo para evitarlo—. Sigues siendo tú.

Se lamió los labios, sintiéndose repentinamente expuesta ante él.

—¿Y tú? —se encontró preguntándole antes de poder contenerse—.  
¿Quién eres realmente debajo de ese antifaz?

Él no vaciló, al igual que hizo con ella, se retiró la máscara permitiéndole ver a la persona que había detrás.

—Un hombre —declaró alzándole la barbilla con los dedos para que lo mirase a los ojos—. Solo un hombre.

Los suaves y cálidos labios descendieron sobre los de ella en una muestra del reclamo que sentaba sobre ella.

—Uno que te desea esta noche, *ángel* —concluyó rompiendo el beso—, y desea tu rendición.

Le cubrió los ojos con pedazo de tela privándola del sentido de la vista, el nerviosismo empezaba a mezclarse con la excitación previa a sus encuentros, una antesala en la que disfrutaba más de lo que estaba dispuesta a admitir frente a él.

El mundo se oscureció pero el resto de sus sentidos se intensificaron, cada paso que daba por la habitación, cada pequeño sonido era mucho más intenso de lo que lo era normalmente. Podía sentir su propia respiración acelerándose, notar como se le encogía el estómago de anticipación al notar como la rondaba.

Un segundo después los dedos se cerraban sobre sus hombros, arrastrando los tirantes del vestido para hacerles descender por los brazos dejándola desnuda de la cintura para arriba.

—Si tienes frío, encenderé la calefacción —escuchó su voz acariciándole el oído.

Si bien no hacía calor, la habitación estaba lo suficiente caldeada como para no notar frío alguno. Además, el estado de nerviosismo en el que se encontraba no le permitía ser consciente de nada más allá de la presencia masculina y de los curiosos dedos que resbalaban por su piel dejando tras de sí una ola de calor y lujuria que se iniciaba en lo más profundo de su ser.

Las fuertes manos se cerraron entonces sobre sus caderas, reuniendo la tela con perezosa cadencia mientras dejaba los muslos al descubierto. El calor se concentró directamente en su vientre, vertiéndose como fuego líquido entre sus piernas aumentando la excitación que ya la tenía humedecida y palpitando por él.

—Eres como un sensual imán, *cara*, no puedo mantener las manos alejadas de ti —le susurró al oído—, de tu cuerpo. Quiero lamer cada centímetro de esta satinada piel, hundirme en tu boca y beberte entera.

Y fiel a su palabra, bajó sobre los labios y la reclamó con un húmedo y profundo beso que la dejó jadeante y necesitada de más. El sabor era adictivo, sus lenguas se encontraron y danzaron como viejos amantes mientras su beso se convertía en la yesca del fuego que crecía en su interior amenazando con abrasarla.

Las callosas manos se deslizaron sobre la piel expuesta de sus pechos, no pudo evitar gemir cuando los largos dedos encontraron la carne tierna y blanda y la masajearon, los pezones se irguieron bajo las caricias provocándole pequeños estremecimientos de placer. Su boca abandonó finalmente la suya y se trasladó por su rostro sembrando pequeños besos hasta que la húmeda lengua entró en contacto con la tierna carne de su oreja e hizo que diese un respingo.

—Tan sensible —lo escuchó ronronear—, eres la amante perfecta... mi amante... solo mía.

Cualquier posible respuesta quedó ahogada por el gemido que emitió al

sentir el breve mordisco en el lóbulo de su oreja. Notó más que oyó su sonrisa, como los labios se curvaban contra el lugar que mordisqueó antes de apretarle los pechos una última vez y sentir como ese par de manos resbalaba de nuevo hacia la cadera. No se detuvo, la tela del vestido cedió a su tirón y terminó cayendo al suelo hasta convertirse en un charco alrededor de los pies.

El duro cuerpo empujó entonces contra el suyo, amoldándose perfectamente al de ella. La obvia erección que empujaba contra los pantalones masculinos se restregaba ahora contra la piel desnuda de su estómago. Se le hizo la boca agua, no podía evitarlo, su aroma, su tacto, su única presencia la desarmaba con asombrosa facilidad y la reducía a un cuerpo tembloroso por el deseo.

—Tienes un cuerpo precioso, perfecto para el pecado —sus palabras la acariciaron con la misma efectividad que sus manos—, perfecto para mí.

Sin previo aviso, fue empujada hacia atrás, un pequeño grito escapó de su garganta al sentirse caer durante unos interminables segundos hasta que un par de brazos y una suave y mullida cama detuvo su caída. Jadeó, el corazón le latía desbocado, sus dedos se habían aferrado a él en el último momento y permanecían cerrados alrededor de la tela de la camisa que llevaba puesta.

—Maldito... —se encontró siseando.

Una suave risa le acarició una vez más el oído.

—Lo sé, soy malo, muy malo —se burló—. Asusté a la pequeña gatita, ¿cuándo aprenderás a confiar en mí?

Cuando el infierno se congele. Pensó abruptamente, pero no dijo nada. Tampoco es que pudiese, su boca eligió aquel instante para cortar cualquier clase de protesta mientras su cuerpo se cernía sobre el suyo.

—Yo cuido de lo que es mío, *cara* —le escuchó decir tras romper su beso—, y mientras seas mía, no permitiré que nada malo te ocurra. Mucho menos si estás a mi cuidado.

Notó la tela del pantalón rozando la parte interna de sus piernas, su aroma se hizo más potente a medida que se acercaba a ella. El contraste de su piel totalmente desnuda mientras él seguía obviamente vestido, le resultaba muy erótico. Si tan solo pudiera verle, observar aquellos ojos libres de la máscara...

—No —le retuvo la mano cuando intentó sacarse la venda con la que la había cegado—. Todavía no.

Le sujetó ambas manos por encima de la cabeza, le besó los ojos por encima de la venda que los cubría y se deslizó hacia su oído, dónde la lamio con suavidad provocándole pequeñas descargas eléctricas.

—Si te la quitas, me detendré —le prometió.

Se arqueó y probó la sujeción en sus manos, pero él no cedió ni un centímetro.

—Las reglas no han cambiado, *cara* —le recordó oportunamente—. Mi club, mis reglas. Yo ordeno... tú obedeces.

¡Maldito hombre! Iba a decirle exactamente qué podía hacer con sus malditas reglas.

—Puedes meterte tus reglas... ¡Oh, joder!

Una risita acompañó su exabrupto. Ese mal nacido había descendido sobre su seno para mordisquearle el pezón, una breve caricia que envió un relámpago de placer a través de su cuerpo.

La succión de la húmeda boca sobre su pecho hizo que arquease la espalda en un intento de acercarse más a aquella deliciosa tortura, el calor y la humedad entre sus piernas aumentó exponencialmente. Casi sin darse cuenta empezó a contonearse bajo él, buscando una caricia más íntima, algo que aliviase la necesidad que mantenía su sexo inflamado y goteante. Jadeó y se retorció bajo su férreo control, le ardía la piel, sentía como el placer se enroscaba en lo bajo de su vientre y crecía en intensidad hasta que todo lo que

pudo hacer fue sacudir la cabeza de un lado a otro sobre la reducida superficie de lo que solo podía ser el sofá. Pero él no cedió ni una pizca, su boca y la mano que conservaba libre le atormentaban los pechos y la acercaban cada vez más al caliente borde del orgasmo. Cerró los muslos atrapando entre ellos la pierna que los mantenía separados, la espalda se arqueó una vez más ante la punzante succión que él ejerció sobre uno de sus pezones mientras jugueteaba con el otro.

—Oh, señor... —jadeó una vez más al sentirse succionada en su boca. Se retorció bajo él, tirando de sus manos y mordiéndose el labio inferior para no gemir en voz alta—, por favor...

La codiciosa boca abandonó un pecho para prodigarle las mismas atenciones al otro, la lamió una y otra vez, succionándola, enloqueciéndola hasta que la tuvo retorciéndose y suplicando bajo sus caricias.

—Tú ganas... oh, joder... por favor... —gimoteó desesperada—. Tócame... lo... lo necesito.

Pero no lo hizo, por el contrario, se limitó a abandonar sus pechos para reclamar de nuevo su boca en un húmedo y demandante beso que rompió con la misma brusquedad con el que lo inició.

—Um... empiezo a pensar que he sido realmente negligente dejándote esta última semana —lo escuchó cerca de su oído—, o quizá no me expresé del todo bien cuando dije que... el que da las órdenes, soy yo.

Gimió con frustración y volvió a tirar de sus restringidas manos.

—Voy a soltarte las manos, pero tienes que dejarlas justo ahí, ¿he sido claro? —le informó con voz profunda, tomándose su tiempo para obtener una respuesta—. Si dejan esa posición, no dejaré que te corras.

Apretó los dientes y dirigió la cegada mirada a dónde pensó que estaría. Ojalá no le hubiese vendado los ojos, de ese modo podría fulminarlo con la mirada.

—¿He sido claro, *ragazza*?

Ese hombre la enervaba y excitaba a partes iguales. La sacaba de quicio, ¡por dios que lo hacía!

—Eres... eres...

Él le lamió los labios y luego la besó superficialmente.

—No puedes ganar siempre, pequeña mía —le susurró una última vez. En su voz había verdadera diversión—. Pero te prometo que disfrutarás igualmente de perder la apuesta.

Las fuertes manos se deslizaron entonces sobre los pechos, las sintió bajar sobre su estómago y moldearle las caderas. Los dedos se clavaron en la carne antes de sentirse arrastrada hacia él al tiempo que le separaba las piernas por completo dejándola totalmente expuesta a una, seguramente, hambrienta mirada.

Incluso con los ojos vendados como estaba, podía notar la excitación en su cuerpo, la cruda hambre con la que la estaría mirando. En su mente podía ver aquellos vibrantes ojos azules devorándola como lo había hecho anteriormente, la necesidad cruda y palpitante en su mirada haciendo que se excitase aún más.

Los dedos acariciaron la húmeda y cálida carne, su cuerpo dio un respingo sobre el sofá y contuvo el aliento. Podía sentir el calor de su aliento acariciándole el sexo, la tensión ante la expectativa de su lengua tocándola íntimamente como una espada sobre su cabeza. Escuchó como se lamía los labios al tiempo que sentía las manos deslizándose bajo sus muslos, abriéndola aún más.

—No te haces una idea de la fantástica visión que estoy teniendo en estos momentos, *cara* —oyó sus palabras tanto como notó su aliento sobre ella—. Siéntete libre de gritar, lloriquear o lo que necesites.

Y lo hizo. Con la primera pasada de la lengua emitió un pequeño gemido

al que pronto siguieron otros. No se contuvo, cada caricia le arrancaba un nuevo quejido, un nuevo jadeo, se encontró retorciéndose bajo él, la caliente y húmeda boca devorándola por completo mientras clavaba los dedos en el cojín para evitar que las manos o todo su cuerpo saliesen disparados del sofá.

Se contorsionó contra su cuerpo, su mente olvidó cualquier precaución, cualquier enfado y la dejó a la deriva, disfrutando de lo que ese sexy y experimentado hombre quisiera hacerle.

—Deliciosa —le escuchó murmurar un instante antes de sentir como dejaba sus piernas y acto seguido oía el sonido de la ropa cayendo al suelo mientras se desvestía—. Una visión de ensueño.

Antes de que pudiese abrir la boca para decir alguna cosa, sintió su peso cubriendo el de ella, piel contra piel y finalmente la venta que la había mantenido en la oscuridad, cayó de sus ojos.

—Veamos ahora si la realidad por la que clamas, puede igualar la fantasía —le dijo a rostro descubierto. Sus ojos se clavaron en los de ella mientras se abría espacio entre sus piernas y guiaba el pesado y erecto pene hacia la entrada de su húmedo sexo.

Volvió a capturar sus labios, un breve beso como preludeo a la invasión que la siguió. Lo sintió moverse sobre ella, separándole más los muslos para luego empujar en su interior sin apartar en ningún momento la mirada de la de ella.

—Mía —le dijo mientras se introducía centímetro a centímetro en su interior—, absoluta y completamente mía.

Jadeó, la sensación de su duro miembro llenándola era exquisita, las paredes de su propio sexo lo envolvieron, arrastrándolo hacia ella, uniéndolos tan íntimamente como dos amantes podían estarlo. Él la colmaba como ningún otro lo hacía, encajaba en ella con una perfección tan absoluta que empezaba a preguntarse si no hubiesen sido creados el uno para el otro.

Una solitaria lágrima se deslizó entonces por su mejilla y él la lamió de su rostro, bebiéndola antes de besarla en los labios.

—Eres un capullo —se encontró diciéndole.

Él sonrió y la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él, acunándola mientras sus caderas empezaban a moverse lentamente en su interior, creando una fricción que amenazaba con lanzarla por el borde.

—Lo sé —le respondió al tiempo que reclamaba de nuevo su boca—, me lo has dicho demasiado a menudo.

Se rio, no pudo evitar hacerlo ante la franqueza que escuchó en su voz.

—¿Y ahora qué? —preguntó lamiéndose los labios, su mirada seguía fija en él.

Él le acarició el rostro y volvió a lamerle los labios.

—Has sido tú la que aceptó el juego, ahora, seguiremos jugando —le dijo al tiempo que se impulsaba con fuerza en su interior y le arrancaba un nuevo jadeo—. Y cuando terminemos... te desafiaré otra vez.

Y dicho esto, se retiró solo para volver a penetrarla, reclamándola como solo él podía hacerlo, arrastrándola a una noche de placer y decadencia que sabía disfrutaría solo en sus brazos.

Bueno, su cuota de estupidez se había elevado un poco más. Angelic echó un fugaz vistazo a la cama dónde Alessandro descansaba. La sábana le caía de cualquier forma sobre el regazo, la misma manera en que la había dejado ella cuando la hizo a un lado para abandonar el lecho. No necesitaba levantar la mirada más allá de ese punto para saber que su amante la observaba en silencio, el mismo incómodo silencio que ella obligó a instaurar a lo largo de la noche. No quería hablar, tampoco quería escucharle pues hacerlo equivaldría a caer una vez más en una complicada red de medias

verdades.

Alisó la tela del vestido sobre su cuerpo o al menos lo intentó; estaba claro que la prenda nunca volvería a ser lo que era. Su máscara descansaba ahora sobre el mueble después de que la rescatara junto con su ropa del salón dónde se había librado de ello. La cogió y dudó unos instantes con ella en la mano.

—A estas horas no necesitas la máscara —escuchó su voz al mismo tiempo que sus movimientos al dejar la cama.

Se tensó, pero no se molestó en girarse, podía sentir su presencia como una llamarada de calor a su espalda.

—¿Es esto realmente lo que deseas, Angelic?

Oírle pronunciar su nombre fue como una puñada en el pecho. Durante toda la noche se había abstenido de utilizarlo y ella lo había preferido así. Necesitaba conservar las distancias para no estallar de la peor de las maneras.

—Considera saldada la deuda de esta noche —murmuró con frialdad. Y sin permitirse echar un solo vistazo atrás, se dirigió a la puerta.

Cerró la puerta tras de sí con suavidad y se dirigió hacia el ascensor, las lágrimas le picaban en los ojos pero se negó a dejarlas escapar; no era momento para llorar, para lamentarse de sí misma o hacer frente a la sensación de desprecio que sabía habitaba en lo profundo de su interior. Se había comportado como aquello que juró que no sería nunca, rabiosa como estaba con él permitió que su orgullo hablase y dirigiese sus pasos y ahora se sentía exactamente como una prostituta a la que le hubiesen pagado por hacer un trabajo.

Las puertas del ascensor se cerraron en cuanto entró en su interior, la humedad se escurrió entonces por sus mejillas mientras se rodeaba la cintura con sus propias manos y apoyaba la espalda contra la pared. Un instante después se encontró en el suelo, sollozando por su propia estupidez y herido

orgullo.

—Estúpida, estúpida, estúpida —se flageló a sí misma por permitirse entrar de nuevo en un juego en el que nunca debió jugar.

## CAPÍTULO 15

*A la noche siguiente, ella no apareció.*

Tampoco lo hizo en las tres siguientes que vinieron después. Esa mujer podía ser un verdadero dolor de cabeza cuando se lo proponía y estaba convencido de que Angelic quería ser eso y mucho más para él. La forma en que se separaron tras su último encuentro no pudo haber sido más frío y distante por su parte, incluso el sexo se convirtió en algo mucho más mecánico y libre de cualquier clase de emoción que no fuese la lujuria y el satisfacerla de la forma que fuese necesaria. Ella se había sometido a él, una perfecta sumisión que lo llevó a desear zarandearla para encontrar a la pasional mujer que sabía ocultaba aquella nueva máscara. Pero no lo había hecho, por el contrario, había jugado a su mismo juego llevándolos a ambos hacia un callejón sin salida.

Deslizó la mirada una vez más hacia la puerta principal, un acto reflejo que se repitió incontables veces a lo largo de los últimos cuatro días, esperaba verla entrar, mirarle desafiante a través del antifaz; lo prefería a la fría separación que había propiciado ella.

Al principio esperó incluso verla aparecer como cada mañana por el Verona's, pero por lo que pudo averiguar por sus empleados, ella no había vuelto a poner un pie en el local desde el momento en que se habían separado antes de su viaje.

Demonios, necesitaba encontrarla, hablar con ella, hacer... algo o se volvería loco. Su obsesión por ella rayaba lo insano, el reclamar las dos

noches que le debía no era sino una excusa para tenerla cerca y disfrutar de su cuerpo y compañía, de la presencia de una mujer con la que podía ser él mismo sin necesidad de ocultarse tras una máscara.

Y la última noche había hecho aquello mismo, librándose de sus restricciones y dándose a ella como era, sin mentiras solo para perderla cuando no había amanecido siquiera.

El juego entre ambos se había terminado, ella lo había querido así, pero no podía evitar desear tenerla de nuevo allí. Y a juzgar por la nueva actitud beligerante de Paolo, las pullas de Dan, quien parecía haber decidido quedarse una semana más en la ciudad y hasta el particular interés de algunos de los invitados acerca del paradero de la *Donna*, no era el único que veía a esa díscola hembra como parte ya del Shalderia.

No dejaba de resultarle toda una ironía que fuese precisamente Paolo el que lo culpase de “ahuyentar” a la mujer cuando había sido él quien le advirtió desde el principio que su presencia solo le traería problemas.

En apenas una semana, Angelic se había hecho un hueco en el club, su presencia encajaba en el lugar como si siempre hubiese sido su lugar y ante la inesperada ausencia de la mujer, los cotilleos sobre dicha ausencia se habían elevado hasta convertirse, en ocasiones, en dedos acusadores apuntando en su dirección.

En un abrir y cerrar de ojos, había pasado de ser el Amo del Shalderia, a convertirse en el “despiadado” amo que había castigado a la bonita *Donna* privando al club de su presencia. Increíble, pero cierto.

El peso de una mano al posarse sobre el hombro le llamó la atención. Se giró y con los vibrantes ojos de Daniel, quien lo observaba a través de los orificios de su antifaz.

—Parece que sigues bastante entero —comentó el hombre y echó un vistazo al grupo del que acababa de liberarse el mismo hacía tan solo unos

minutos—. Empezábamos a pensar que tendríamos que salir en tu rescate.

Él bufó en respuesta, no necesitaba preguntar a quien se refería con ese “nosotros” puesto que Paolo era el único además de Daniel, en toda aquella sala, que quizá moviese un dedo para evitar que lo lincharan verbalmente.

—Para ello tendrían que hacer algo más que agotar mi paciencia al preguntar una y otra vez por ella —declaró con hastío—. Especialmente cuando la respuesta será siempre la misma.

Daniel le palmeó el hombro.

—El cotilleo siempre ha sido un deporte olímpico en sí mismo —se burló él—. Es barato y si bien hiere, no saca precisamente sangre... Es un duelo al que puedes sobrevivir.

Se limitó a poner los ojos en blanco ante la respuesta de su amigo.

—Déjales que hablen, animales a ello, especialmente alrededor de las mesas de juego —le sugirió con cierta ironía—, al menos, si has de oírles despotricar, obtén algo de ganancia a cambio.

Enarcó una de sus claras cejas y lo miró.

—¿Debo suponer que tan sabias palabras obedecen a tu propia experiencia?

Conocía al Maestro desde hacía algunos años y sabía además que en los últimos había sido el administrador de alguna especie de club o casa del placer en el norte del país. Sin embargo, esa situación parecía haber cambiado en las últimas semanas, motivo por el cual había terminado en Manhattan.

—Es un dicho que solía utilizar mucho ese viejo demonio —comentó con aire pensativo—, y tengo que decir, que al igual que en muchas otras cosas, tenía toda la razón... Si tienes que aguantar las habladurías de la gente, por lo menos saca algo de beneficio a cambio... Lo haces de forma honesta y ellos ni se enteran.

Sacudió la cabeza, pero no pudo evitar esbozar una irónica sonrisa ante

la respuesta de su compañero.

—No necesitan incentivos para hacer tal cosa, Daniel —aseguró echando un discreto vistazo a la sala llena de gente de poder y con dinero que deseaba pasar un buen rato tras el anonimato de una máscara.

Los labios del Maestro se curvaron en una divertida mueca.

—En eso estamos de acuerdo —aceptó señalando su propia máscara—. Una lástima que ella ya no esté por aquí. Ese pajarillo era un divertido y exótico añadido al club. Curioso que sean mellizas, el único parecido que tienen es físico... y aun así...

Él le miró de reojo. Ambos sabían cuál era la identidad que aguardaba bajo el antifaz de cada uno y se respetaban mutuamente; y Daniel también sabía la identidad que permanecía bajo la máscara de la *Donna*, lo que lo llevó a acrecentar su propia curiosidad.

El hombre había sido el único culpable de lo ocurrido realmente con todo aquel episodio del collar de perlas y la mujer que lucía entonces. Su propia intervención había obedecido más a hacerle un favor a su amigo y a evitar cualquier clase de escándalo que afectase al club, más que a un interés personal.

—Ese pajarillo está acostumbrado a volar libre —comentó pensando en Angelic—, no hay posibilidad de enjaularlo sin quebrar su espíritu.

El hombre asintió de nuevo.

—A veces, una mano paciente y tierna es suficiente para domesticar a la más obtusa de las fieras —comentó al tiempo que se frotaba la barbilla. Parecía un recordatorio más para sí mismo que un consejo para él.

Curvó los labios en una mueca irónica.

—¿Me lo dices a mí o a ti mismo?

Ahora fue su turno de poner los ojos en blanco, bufó por lo bajo y se giró a mirarle.

—Hablo de tu pajarillo, no de mi fiera —declaró con firmeza—. Esa pantera necesita aprender modales, una mordaza... y una buena sesión de azotes.

Él lo miró con cierta diversión.

—¿Ella sabe dónde se está metiendo o con quién?

Su mirada lo decía todo.

—Si todavía no lo sabe, lo descubrirá muy pronto —aseguró con tono divertido—. Especialmente cuando se dé cuenta que todavía tiene una deuda que saldar... conmigo.

Las enigmáticas palabras de su amigo despertaron su curiosidad.

—¿Quiero saberlo?

Se encogió de hombros.

—Esa mujercita necesita aprender modales —aseguró con profundo convencimiento—. No debió de meterte por el medio, ni a ti ni a ella... y ya va siendo hora de que haga frente a las consecuencias creadas por sus propios actos.

No pudo evitar silbar por lo bajo al escuchar el tono subyacente en la voz de Daniel.

—A ti te gusta el peligro, tío, no hay otra explicación.

Él esbozó una mueca y se encogió de hombros.

—Me gusta ella —declaró con sencillez—, casi tanto como detesto que me tomen el pelo. Y ella lo hizo, así que, es hora de reclamar la revancha.

Lo miró con cierta curiosidad, si algo sabía de su amigo era que cuando se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo.

—¿Piensas cobrarle los cinco mil que te desplumó en las mesas de juego?

Él enarcó una ceja oscura y curvó los labios en una divertida mueca.

—¿Cuándo ya me los has pagado tú al comprar ese collar? —le recordó

con diversión—. No. No me interesa el dinero. Me interesa ella, la quiero a ella... es una cuestión de... orgullo. Nadie me toma el pelo y se va de rositas. Esa muñequita me debe una disculpa... sin ropa, de rodillas y preferiblemente con mi polla en su boca.

La risa le burbujeó en la garganta.

—Solo ten cuidado con sus dientes.

Él se rio.

—Créeme, pienso domesticarla antes de dejar que esa lujuriosa boquita esté cerca de mí —ronroneó como si ya pudiese saborear el momento.

Sacudió la cabeza ante el obvio disfrute de su amigo.

—¿Debería preguntar en qué andas metido ahora?

La expresión divertida en su rostro le dijo que era algo que prefería no saber.

—Digamos que la lista de morosos se ha incrementado en uno más.

Lo miró como si esperase que se echase a reír de un momento a otro o le dijese que estaba bromeando.

—Es broma, ¿no?

No, no lo era. El rostro del Maestro hablaba por si solo de la seguridad y la satisfacción que burbujeaba en su interior ante lo que quiera que tuviese planeado.

—A ti te gusta el peligro —chasqueó la lengua—. Cualquier día te levantarás por la mañana y encontrarás que te han arrancado la polla... a mordiscos.

Él se echó a reír sin contenerse, atrayendo en el proceso las miradas de algunos de los presentes que estaban más cerca de ellos.

—Para eso está la mordaza, Masch, para eso está.

Sacudió la cabeza y a su pesar sonrió. Daniel era un experimentado Maestro dentro del BDSM, un dominante hasta la médula y parecía haber

encontrado un nuevo desafío en la díscola hermana gemela de Angelic. Solo esperaba que supiese dónde se estaba metiendo.

—Buena suerte con tu nueva empresa —declaró con un resoplido.

Su sonrisa se mantuvo mientras se inclinaba ante él en una burlona reverencia.

—Sin duda la necesitare —aceptó. Entonces chasqueó la lengua y miró el reloj—. Pero antes de poder dedicarme a ello, tengo que terminar con lo que me ha traído hasta aquí. Se lo prometí al viejo diablo, después de todo.

Lo vio sacudir la cabeza y resoplar.

—Y tengo la sensación de que va a ser la más descabellada de las empresas —aseguró con un mohín—. Dudo mucho que ese chico sepa siquiera dónde va a meterse. Pero bueno, mi único cometido es arrastrar su culo hasta la oficina del abogado para que se haga cargo de algo que estoy convencido ni siquiera sabe que existe.

Chasqueó la lengua y resopló ante el pensamiento de lo que le esperaba.

—Ese viejo tenía un maldito sentido del humor, lo juro.

Sabiendo de quién estaba hablando, no podía estar más de acuerdo.

—Buena suerte con ello —le deseó.

Él puso los ojos en blanco.

—Sí, aunque más que suerte, necesitare un milagro —aseguró al tiempo que negaba con la cabeza—. En fin. —Miró el reloj e hizo una mueca—. Tengo que ultimar algunos detalles antes de dar ese tema por zanjado, me pasare a despedirme antes de coger el próximo vuelo.

Con un apretón de manos, se despidió de su amigo y lo vio marchar en dirección a la puerta principal.

—¿Daniel se marcha ya?

La voz de Paolo lo hizo girarse hacia el copropietario del Shalderia, quien parecía conservar ese borde de mal humor que no lo había abandonado

en los últimos cuatro días.

—Tiene asuntos que atender —respondió al tiempo que le daba la espalda a la puerta y se centraba en el recién llegado—. ¿Algún problema?

El hombre negó con la cabeza y señaló con un gesto de la barbilla hacia las mesas de juego situadas al fondo de la sala.

—La noche está resultando bastante tranquila —le informó—. No se están moviendo grandes cantidades y la zona caliente está siendo utilizada por varios invitados. Una fiesta... privada.

Asintió al comprender. Parte del encanto del Shalderia era que poseía una zona especial en la que las parejas, grupos y demás invitados que así lo desearan podían dar rienda suelta a sus apetitos sexuales siempre dentro de un contexto seguro y vigilado. Un sistema de vigilancia y un par de empleados destinados a tal fin, se encargaban de mantener el orden en la zona privada del club.

—¿Alguna cosa más?

Su socio lo miró con abierta ironía.

—Si esperas obtener alguna noticia de ella, tendrás que mover el culo e ir a buscarla tú mismo —le soltó sin más.

Gruñó en voz baja, no deseaba tener que escuchar otro sermón de parte de su compañero.

—Ella dejó muy clara su postura cuando se marchó hace cuatro días —le recordó señalando lo obvio—. Las puertas están abiertas y no las ha traspasado.

A juzgar por la expresión en el rostro de Paolo, le traía sin cuidado su respuesta.

—Es una mujer, Sandro —le recordó bajando el tono de voz—, y una orgullosa. ¿Te molestaste siquiera en explicarle el motivo de tu precipitada partida así como quién es Francesca?

Resopló ante la pregunta.

—¿Tengo que recordarte que eras tú el que no deseaba que ella estuviese aquí, para empezar?

El hombre se encogió de hombros con desinterés.

—Cambié de idea.

No pudo evitar poner los ojos en blanco ante la respuesta masculina.

—Que oportuno.

Paolo se limitó a ignorar su comentario y señaló lo obvio.

—Ella ha demostrado ser un valioso añadido la última semana en el club —le recordó con tranquilidad—. Su presencia, unida ahora la tuya podría ser una buena... inversión... si tan solo eres capaz de sacar la cabeza del culo el tiempo suficiente para verlo por ti mismo.

Él rezongó ante lo expuesto.

—¿Todo tiene que ser para ti una cuestión de negocios?

A juzgar por la mirada en el rostro de Paolo, quedó claro que el hombre empezaba a perder la paciencia con él.

—Quizá debieses recordar, que el Shalderia es precisamente eso, Sandro, un negocio —le dijo muy lentamente—. Algo que últimamente pareces abocado a olvidar.

Sin una palabra más, dio media vuelta y lo dejó solo con aquellas palabras resonando en la cabeza como un cántico gregoriano del que no podía huir. Le gustase o no, Paolo tenía razón, el Shalderia era un negocio y ya era hora de que hiciese algo al respecto.

## CAPÍTULO 16

*¿Es esto realmente lo que deseas, Angelic?*

Aquella frase seguía repitiéndose en su mente varios días después de que le escuchase pronunciarla. Había hecho hasta lo imposible por alejar su voz, apartarla de su mente, pero él seguía allí día y noche, invadía sus sueños y la dejaba tan caliente y excitada que le costaba un mundo salir de casa para algo más que acercarse al supermercado y no escupir sapos y culebras con cualquiera que le dirigiese la palabra.

Si incluso el maldito juguete se había quedado sin pilas confabulándose con él para que no pudiese hacer otra cosa que alimentar su mal humor.

La frustración no era una buena compañera de cama, ni de ninguna otra cosa.

Haciendo a un lado las mantas, dejó el lecho y se metió en la ducha en un intento de sacarse de encima el mal humor. El agua caliente le arrancó algún que otro jadeo seguido por unas no menos coloridas maldiciones, se lavó el pelo y consideró, no por primera vez en las últimas semanas cortárselo; si encontraba unas buenas tijeras en algún cajón, posiblemente lo haría ella misma evitando así tener que gastar dinero extra en peluquerías.

La mañana anterior había recogido el correo del buzón para encontrarse con varias facturas, un par de cupones de una pizzería y el finiquito de su empresa. Al final, los recortes de los que llevaban hablando el último mes se produjeron y ella fue una de las afortunadas a las que largaron a la calle. Debería dar incluso las gracias porque le hubiesen enviado el jodido cheque,

al menos tendría para pagar las dos próximas mensualidades del alquiler mientras buscaba alguna alternativa que le generara ingresos.

Su vida apestaba, la mirase por dónde la mirase, era una ruina. La única luz en todo aquel asunto era que su queridísima hermanita había desaparecido por fin de su vida; Christie no había vuelto a ponerse en contacto con ella. No llamó, no se presentó en casa, sabía por el abogado encargado de todos los trámites del testamento de su abuela que había firmado la renuncia a cualquier posible reclamación del dichoso collar dejándola a ella como única heredera.

Empezaba a sentirse como el Sr. Scrooge a la espera de que se presentaran en su puerta los tres fantasmas de las navidades pasadas. Sin duda lo harían en la forma de su abuela, su hermana y el maldito de Alessandro.

Y ahí estaba de nuevo él, aprovechando el más mínimo pensamiento para colarse en su mente y hacerla recordar su propia estupidez al decidir quedarse en un lugar que le quedaba demasiado grande. Angelic no era tan sofisticada y mundana como les hacía creer bajo aquella máscara, su confianza era una fachada, la sensualidad que esgrimía, las miradas que dedicaba no eran más que parte de un bien ensayado teatro y él se había encargado de hacérselo saber con tan solo un par de cartas.

Él era el amo del juego, el que movía los hilos y daba las cartas, el único que saldría siempre con el naipe ganador y ella no era más que una estúpida que pensó poder acercarse siquiera a tocar lo que había tras su máscara solo para darse cuenta que incluso a cara descubierta, él seguía teniendo el poder.

Dejó la ducha y se vistió antes de sentarse a la mesa de la cocina y servirse el primer café de la mañana.

—Incluso tú eres un desastre —masculló haciendo una mueca ante el amargo brebaje que surgió de la cafetera. Echaba de menos el buen café del Verona's, entre otras cosas.

El timbre de la puerta eligió ese momento para sonar, masculló por lo bajo cuando el humeante líquido le cayó sobre los dedos y se apresuró a limpiarse.

—Fantástico —refunfuñó mientras metía los dedos bajo el chorro de agua fría del fregadero—. Bonita manera de comenzar el día.

El sonido del timbre volvió a inundar el piso y refunfuñó una vez más.

—¡Ya voy! —clamó en voz alta al tiempo que cerraba el grifo, se secaba los dedos y suspiraba al ver que no había ninguna marca en su piel. Gracias por los pequeños favores.

Se detuvo tras una pequeña carrera ante la puerta y echó un rápido vistazo por la mirilla para quedarse a continuación con la boca abierta. Parpadeó varias veces y dio un paso atrás como si la persona que había del otro lado pudiese traspasar la madera. Entonces, quitó el cierre y abrió la puerta para contemplar la inesperada visita.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

Vestido con unos vaqueros oscuros, camisa blanca, chaqueta de cuero y unas sencillas gafas cubriendo sus ojos azules, Alessandro Cavaliere permanecía en el umbral de su casa.

—*Bongiorno*, Angelic —la saludó sin enmascarar en absoluto ese bonito acento que tenía—. ¿Puedo pasar?

La pregunta fue tan inesperada como su presencia, con todo, se hizo a un lado y abrió la puerta para que pudiese pasar a dentro.

—Adelante —lo invitó. Era incapaz de quitarle la mirada de encima.

Él asintió y la precedió al interior de su hogar.

Alessandro se detuvo tan pronto puso los pies en el interior de la vivienda. Ni siquiera estaba seguro de que lo que estaba haciendo fuese una

buena idea, pero después de la conversación con Paolo, empezó a pensar de nuevo con la cabeza y tuvo que admitir que la presencia de Angelic durante el tiempo que él estuvo ausente había sido buena para los ingresos del Shalderia. Más allá de la necesidad que esa mujercita despertaba en él, de sus ganas de ella, se encontraba un motivo puramente profesional.

—Supongo que te estarás preguntando qué diablos hago aquí.

Ella se detuvo a un par de pasos de él y lo observó con curiosidad.

—Tengo que reconocer que me tienes completa y absolutamente intrigada —aceptó con sinceridad—. Y sí, es una de las preguntas que se me está pasando ahora mismo por la cabeza, ¿qué diablos quieres?

Sonrió. No pudo evitarlo, le gustaba esa forma tan directa que tenía Angelic de contestar.

—Que vuelvas al Shalderia —declaró sin andarse con rodeos o florituras—. Que la *Donna della notte* vuelva al Shalderia.

Tal propuesta pareció cogerla con la guardia baja, porque se limitó a mirarle y boquear como un pez como si no encontrase las palabras que quería pronunciar.

Aprovechando la obvia sorpresa de la mujer, se tomó unos momentos para explicarle punto por punto porque su presencia en el club era necesaria y lo que estaba dispuesto a ofrecerle a cambio. No tenía que pararse a mirar el piso en el que vivía para saber que un ingreso de dinero extra no le vendría del todo mal.

Sentados en la pequeña mesa de la cocina, ante una taza del peor café que había probado en toda su vida, la puso en antecedentes de los rumores que se habían instalado en el club los últimos días, lo que su partida había supuesto y lo que sin duda su regreso haría.

—Es indudable que tu presencia en *Il Shalderia* ha sido beneficioso para el club —le explicó con naturalidad—. La contabilidad de la última

semana así lo demuestra.

Ella frunció el ceño.

—No entiendo —aceptó, y hablaba en serio—. ¿En qué ha podido beneficiar mi presencia al club?

Él expuso lo obvio.

—El misterio y el morbo es uno de los preludios de un buen juego —aseguró sin disfrazar o engalanar sus palabras—. La presencia de la *Donna* ha supuesto el añadido de misterio que necesitaba el club, en cuanto a mí... bueno, digamos que la gente ha empezado a encontrar cierto morbo en nuestra posible... asociación. Juntos podríamos darle un aire distinto, encontrar ese equilibrio definitivo que harían del Shalderia algo distinto.

La vio parpadear un par de veces como si le costase ver las cosas de la manera en que lo hacía él. Entonces aquellas dos piezas de cielo azul se entrecerraron lentamente.

—¿Qué te hace pensar que aceptaré tu propuesta? —le disparó—. ¿O que tan siquiera desee regresar a ese lugar?

Se inclinó sobre la mesa y le cogió los dedos, acariciándoselos con suavidad.

—Porque el Shalderia ya está dentro de ti, Angelic —aseguró con total convicción—. Y cuando eso sucede, es imposible negarse a él. El poder que te permite actuar tras una máscara, que deja que seas quien quieras ser sin que los demás sepan quién eres en realidad, es demasiado atractivo para renunciar a él.

Ella bajó la mirada sobre ambas manos pero no retiró la suya.

—¿Y quién dice que deseo esconderme tras una máscara? —la oyó murmurar. Los ojos azules se alzaron hasta encontrarse con los suyos—. ¿Qué ella es quien yo quiero ser?

Él no dijo nada más, dejó la taza a un lado y tras soltarle la mano se

levantó.

—Dímelo tú —contestó y la miró ya en pie—. Esta es mi oferta, *cara*. Si lo deseas, el Shalderia también puede ser el lugar en el que dar rienda suelta lo que ocultas ante todos los demás.

Ella se levantó entonces sin dejar de mirarle.

—¿Eso es lo que haces tú? ¿Quién eres en realidad?

Le sonrió pero no contestó a su pregunta.

—Soy quien soy —le dijo sin más—. Nada más y nada menos.

La vio dudar durante unos instantes, como si estuviese considerando ya su oferta.

—Si acepto —comentó entonces—, esta vez será de igual a igual.

El brillo de desafío que vio en sus ojos le hizo sonreír a pesar de sí mismo.

—De igual a igual —repitió y asintió lentamente con la cabeza—. Lo estoy deseando, *Dama*.

Con una ligera inclinación de cabeza a modo de despedida, se dirigió a la puerta seguido por ella.

—Y, ¿Angelic? —se detuvo con la mano ya puesta en el pomo de la puerta.

Ella lo miraba todavía con recelo, como si esperase a que rematase la faena o algo parecido. Los labios se le curvaron por sí solos en una perezosa sonrisa, no podía evitarlo, cuanto más la miraba más deseaba permanecer en su presencia.

—Todavía me debes una noche.

Dicho aquello, le dedicó un guiño y abrió la puerta dispuesto a marcharse.

—Gracias por el café, *cara* —le dijo al tiempo que abría la puerta—, pero poseo una cafetería dónde lo preparan mucho mejor.



## CAPÍTULO 17

La visita de aquella mañana le había freído el cerebro.

No había otra explicación para que estuviese a punto de cruzar la puerta principal del Verona's con el periódico debajo del brazo y la absurda determinación que corría por sus venas como bandera.

Todas las neuronas buenas que podían quedarle se fundieron con la inesperada oferta de Alessandro, ninguna otra opción era válida para explicar la enajenación mental en la que cayó después de que él se marchase dejándola tan atontada que le había llevado más de media leer una jodida página de anuncios por palabras del periódico. Y cuando lo había hecho, su cerebro se cortocircuitó una vez más ante lo que solo podía llamársele una mala jugarreta del destino.

Se pasó la mano por el pelo ahora corto, al final habían sido las tijeras de una experta peluquera la que se había hecho cargo de deshacerse de su melena y empujó la puerta de la cafetería para dirigirse con paso firme hacia la barra. Sandro se encontraba de espaldas a ella, trabajando en la máquina del café mientras una de sus camareras cobraba a un cliente al final de la barra.

Se dejó caer en uno de los taburetes, colocó el bolso en el gancho destinado a ello y posó el periódico sobre la barra.

—Un café con leche y una ración de tarta de zanahoria —pidió con voz clara y firme.

Vio como él echaba un vistazo por encima del hombro y tras un breve

instante de vacilación, le sonrió en respuesta.

—Hola, Angelic —la saludó al tiempo que terminaba con los cafés que estaba preparando—. Ahora mismo estoy contigo.

Como siempre que estaba tras la barra, Alessandro vestía de manera informal, con vaqueros, camisa negra y gafas, sin embargo en esta ocasión no llevaba el pañuelo que a menudo le cubría el pelo rubio. El mismo aspecto que tenía cuando atravesó el umbral de su casa aquella misma mañana para llevarle su inusual oferta.

Tras servir los cafés que acababa de extraer de la máquina, se dirigió a ella. La recorrió lentamente con la mirada, apreciando su nuevo corte de pelo.

—Te sienta bien el pelo corto, *cara* —le aseguró al tiempo que se apoyaba en la barra frente a ella—. Entonces, ¿un café con leche y un trozo de pastel de zanahoria?

Se limitó a asentir. No podía dejar de mirarle como si intentase asociar al hombre que tenía ahora frente a ella con su amante, con aquel que se escondía tras una máscara.

—Tu acento —se dio cuenta entonces.

Él esbozó una irónica mueca.

—Me cuesta concentrarme en la dicción cuando te tengo delante, *ragazza* —aseguró sin molestarse en ocultar sus orígenes—. Especialmente ahora mismo...

Se inclinó hacia delante y aprovechó el momento para arrastrar consigo el periódico.

—Ve acostumbrándote —le soltó al tiempo que tamborileaba sobre el papel con los dedos—, porque tengo la sensación de que vas a verme muy a menudo a partir de ahora.

Él entrecerró los ojos ante sus palabras, entonces bajó la mirada cuando ella indicó con un divertido gesto el periódico. Circundado con un rotulador

rojo, el anuncio en el que se solicitaba una camarera para el Verona's llamó su atención.

—¿El puesto todavía está vacante?

Para su satisfacción, él no solo pareció sorprenderse si no que su rostro mostró una total y absoluta incredulidad. Entonces sacudió la cabeza y señaló el periódico.

—¿Qué ha pasado con tu trabajo? —la curiosidad era palpable en su voz.

Se encogió de hombros y le dijo la verdad.

—Recorte de personal —explicó—. Me han enviado el finiquito por correo. Estoy oficialmente en la calle y como no soy rica, ni tengo un marido que me mantenga, ni regento un club que me de ingresos, ni poseo una preciosa cafetería en la que trabajar...

La forma en que se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos azules casi la hace dar un paso atrás.

—Angelic... —Había cierto aviso en su voz.

Sus labios se curvaron con una beatífica sonrisa.

—¿Sigue el puesto vacante? —insistió.

Él resopló, pero no le quitó la mirada de encima.

—¿Has trabajado alguna vez de camarera?

Ella se encogió de hombros.

—No puede ser tan difícil —aseguró echando un vistazo a su alrededor, contemplando durante unos segundos a la única camarera que ahora se paseaba por el local—. Especialmente si ella puede hacerlo sobre esos zancos de equilibrista.

Ambos se giraron para mirar los altísimos tacones que siempre llevaba la camarera.

—Ella tiene experiencia como camarera —repuso al tiempo que se

giraba hacia ella—. ¿Por qué no buscas algo más en sintonía con tu trabajo anterior?

Ella puso los ojos en blanco.

—Es lo que estoy haciendo —declaró con un resoplido—, pero mientras necesito trabajar, no puedo vivir del aire... además... me lo debes.

Su respuesta lo hizo parpadear.

—¿Qué yo qué?

Una traviesa sonrisa le curvó los labios mientras se inclinaba sobre la barra de modo que solo él la escuchase.

—Considéralo mi indemnización por daños y perjuicios —declaró satisfecha—. Puedes tenerme a prueba durante quince días, si pasado ese tiempo crees que no estoy hecha para el puesto, me echas y aquí no ha pasado nada.

Antes de que él pudiese decir alguna cosa más al respeto, cogió el bolso y sacó la cartera de su interior para pagar la consumición que todavía tenía que ponerle.

—¿Podrías ponerme el café y el pastel para llevar? —pidió educadamente—. Tengo que encargarme de un par de cosas antes de... saldar mis deudas.

Tras un momento de vacilación, lo vio sacudir la cabeza y la miró directamente a los ojos.

—Café con leche para llevar y pastel de zanahoria —repitió sin quitarle la vista de encima, entonces se inclinó un poco más hacia ella de modo que casi se tocaban nariz con nariz—. Mañana aquí a las nueve, llega un minuto tarde y ni siquiera estarás a prueba.

Una lenta sonrisa empezó a estirarle los labios.

—Hecho —aceptó enderezándose mientras él resoplaba y le daba la espalda para prepararle lo que le había pedido.

Angelic sentía unas inexplicables ganas de ponerse a bailar allí mismo, aquella pequeña victoria representaba más para ella que cualquier otra cosa en el mundo. Unos minutos después, ya tenía el café y el pastel envueltos para llevar y él la miraba de nuevo a los ojos.

—Aprovecha la tarde para descansar, *cara* —le dijo en voz baja, un sensual ronroneo que envió un escalofrío de placer a través de su cuerpo—. Te hará falta.

Ella se limitó a pagar, entonces cogió su pedido y se dispuso a marcharse.

—¿Angelic?

La forma en que pronunció su nombre consiguió que se estremeciese una vez más. Se detuvo y se giró lentamente hacia él.

—¿Sí?

Él la desnudó en un abrir y cerrar de ojos con la mirada haciéndola sonrojarse.

—Francesca —comentó, pronunciando aquel nombre que envió un escalofrío por su espalda—, es el nombre de mi hermana pequeña.

Abrió la boca y volvió a cerrarla casi al instante, entonces dio media vuelta de modo que él no pudiese ver la aliviada sonrisa que le curvó los labios mientras caminaba hacia la salida.

Sí, esa noche pagaría la última de sus deudas.

## CAPÍTULO 18

La puerta cedió fácilmente bajo sus dedos, se asomó discretamente a través de la rendija para ver a Paolo sentado tras el escritorio mirando con el ceño fruncido varios de los documentos que permanecían esparcidos sobre la superficie de la mesa.

—¿Te has molestado en echar un vistazo a la contabilidad últimamente? Dio, Sandro, ¿cómo puede alguien gastar tanto dinero en una maldita mesa de billar? ¿Para qué queremos una mesa de billar, de hecho?

Ella parpadeó y a continuación dejó escapar una pequeña risita que hizo que el hombre alzara la mirada de golpe. Obviamente había pensado que era su jefe el que había entrado en la habitación.

—Pues, la verdad, no tengo la menor idea de para que necesitamos en el Shalderia una mesa de billar, Paolo —aseguró con tono jocoso—, pero me encargaré de preguntárselo a la Maschera.

La mirada en los ojos del copropietario del club se dulcificó al verla, de hecho, si no pensase que era algo casi improbable, diría que incluso pareció aliviado al verla.

—Así que al final has decidido volver —comentó dejando los papeles para cruzar los dedos sobre la mesa y contemplarla.

Ella se encogió de hombros y miró a su alrededor.

—Supongo que después de todo no he podido quitarme el Shalderia de la piel —declaró al tiempo que se giraba hacia él—. Además, alguien necesita meter en cintura a la Maschera, así que... aquí estoy.

Sus labios se curvaron con cierta diversión.

—Por supuesto —declaró con una ligera inclinación de cabeza. Entonces indicó con un gesto de la cabeza la puerta adyacente—. Si quieres empezar con la tarea, *Il Master* está... preparándose para la noche.

Se lamió los labios y le dedicó una irónica sonrisa.

—En ese caso, subiré a echarle una mano —declaró dedicándole un guiño.

Él sacudió la cabeza pero no ocultó la satisfacción que brillaba ahora en sus ojos.

—Encontrarás lo que necesitas en el apartamento privado —le informó al tiempo que retiraba la llave del bolsillo del pantalón y se la tenía—. Sírvete tú misma.

Tomando la llave le dedicó un guiño al hombre y atravesó la oficina dispuesta a dar el paso definitivo en aquella locura en la que se había convertido su vida.

—¿Angelic?

Se detuvo en seco al escuchar su nombre de labios de Paolo. Aquella era una de las primeras veces que el hombre pronunciaba su nombre. Sus ojos se encontraron un momento antes de que él asintiese satisfecho.

—Bienvenida de nuevo al Shalderia.

Una lenta sonrisa curvó sus labios y asintió, aquella era la primera vez que el copropietario del club le daba la bienvenida de forma abierta al club. Ahora solo tenía que conseguir que el hombre que la había arrastrado hasta allí con sus juegos de placer, estuviese dispuesto a hacer lo mismo... o mucho más.

El sonido de la ducha fue lo primero que oyó nada más entrar en el privado apartamento. La ropa que él iba a ponerse esa noche estaba extendida sobre la cama, al parecer debía tratarse de alguna noche temática ya que la chaqueta del traje emulaba una elegante casaca pirata. Sonriendo para sí, giró sobre los talones y cruzó la habitación hasta el armario que contenía toda clase de prendas de vestir de lo más variopintas, sin perder tiempo extrajo un vestido de noche en los mismos tonos que el atuendo masculino y lo dejó sobre la cama con el resto de los complementos que necesitaría después.

Sin perder un segundo, se deshizo de su ropa, la colgó en el armario y se deslizó hacia el baño.

—De acuerdo, Maschera —se dijo a sí misma una vez que se detuvo delante de la puerta tras la cual estaba el hombre del que se había enamorado—. Es hora de jugar.

Se lamió los labios y abrió la puerta, el vapor del agua caliente salió perlándole la piel y permitiéndole ver al otro lado el cristal de la ducha que a duras penas podía disimular la figura masculina que se duchaba. Nalgas bien formadas, un ligero rastro de vello en las piernas, espalda y hombros anchos... se le hizo la boca agua.

Respirando profundamente para infundirse ánimos, abrió la mampara sin pensar, él se giró hacia ella y tras el primer brillo de sorpresa en sus ojos, lo vio sonreír.

—Así que... has venido.

Ella se lamió los labios una vez más y entró en la ducha cerrando la puerta de la mampara tras ella.

—Al parecer, todavía te debo una noche —comentó al tiempo que deslizaba la mirada por el cuerpo desnudo y se relamía interiormente—. Y este parece tan buen momento como otro cualquiera para saldar mi deuda.

Él sonrió, su mirada la recorrió de la misma forma que ella había hecho

con él.

—Veamos pues, si con una noche es suficiente —declaró él relamiéndose.

Ella se lamió también los labios.

—Si no, te dejaré que reclames... alguna más.

El agua empezó a mojar su cuerpo en el mismo momento en que la giró en sus brazos, acorralándola contra la lisa y húmeda pared de la ducha. Los pechos se erguían llenos mientras los pezones se endurecían bajo su contacto, deslizó la mano entre sus cuerpos y la acarició íntimamente, comprobando la humedad que ya brotaba entre sus piernas. La escuchó gemir, un sonido suave y erótico que lo atrajo de inmediato a su boca. Le acarició los labios con los suyos antes de deslizar la lengua en el interior de la húmeda cavidad para acariciarla y enredarse con la de ella en un baile sensual.

Gruñó de placer ante su sabor y permitió que la mano que todavía permanecía libre resbalara sobre el mojado cuerpo, encontrando sus pechos para amasarlos y sopesarlos entre los dedos. Los pezones se endurecieron aún más ante el contacto, creciendo entre las atormentadoras falanges mientras abandonaba la caliente boca para deslizarse por el delicado cuello, mordisqueándola y calmando el picor en su piel con una pasada de la lengua.

Ella se contoneaba contra él, su sexo empapado palpitaba deseoso de un contacto más íntimo, podía sentirla temblar bajo las suaves caricias que le prodigaban los juguetones dedos mientras su pene se endurecía aún más anidado contra el bajo vientre.

—Me haces perder la cabeza —le susurró al oído—, me enciendes de tal forma que en lo único que puedo pensar es en introducirme profundamente entre tus piernas y follarte sin parar.

Y tenía que echar mano de toda su voluntad para no hacer exactamente eso y perderse en la dulce humedad que empapaba sus dedos. Siguió acariciándola lentamente, lubricando los dedos con la caliente humedad antes de sucumbir a la necesidad de sentirla alrededor de él. Hundió suavemente una de las falanges en su interior y gimió ante la sensación de su sexo contrayéndose alrededor de él.

—Mojada y caliente —ronroneó sin dejar de mordisquearle la oreja al hacerlo—. Me muero por hundirme en ti, cara.

Ella gimió en respuesta, lo rodeó con los brazos y buscó su boca para devolverle el ardor que envolvía su cuerpo en un beso.

—Apoyo la moción —se las ingenió para musitar ella y la rabiosa necesidad que escuchó en su voz lo hizo reír—. Te necesito... ahora.

Le lamió la oreja y deslizó los labios una vez más por su garganta.

—¿Qué es lo que necesitas, pequeña?

Ella gimió y echó la cabeza hacia atrás.

—A ti... profundamente... entre mis piernas —la respuesta surgió en pequeños jadeos de sus labios—, ahora mismo.

Le pellizó la piel con los dientes y se rio al sentirla temblar.

—¿Ahora?

La vio lamerse los labios, sus ojos tan oscuros que parecían zafiros.

—Cuanto antes mejor —se las ingenió para musitar—. Duro y profundo... por favor.

Él sonrió y extrajo el dedo de su interior, acariciándole los labios un segundo antes de poseer su boca en un nuevo y decadente beso. Nada más romper el contacto, la giró contra la pared permitiendo que la dura erección que lucía le acariciase el trasero un momento antes de hundirse por completo en ella desde atrás.

—Mía —murmuró al tiempo que le mordisqueaba una vez más la suave

carne de la oreja mientras empujaba profundamente en su interior, marcándola con cada nueva penetración, dejando que el agua caliente lavase sus cuerpos mientras daban rienda suelta a la pasión.

Salió de ella casi por completo solo para volver a enfundarse en su interior, con cada movimiento se hundía más profundo en ella, con fuerza, coreado por los gemidos que a duras penas podía ahogar el sonido de la ducha. Entrelazó las manos en las de ella, manteniéndola anclada a la pared de azulejo, cada nueva fricción lo enloquecía, su sexo se cerraba alrededor de su excitada polla como un perfecto puño que no dejaba de exprimirle en cada embate.

Todo su cuerpo vibraba al ritmo de sus embestidas, sus pechos se bamboleaban con cada movimiento, los pezones despuntaban duros y colorados por las previas caricias llamando por sus caricias, pero eran los suaves gemidos que escapan de entre los labios abiertos lo que lo enardecían.

No podía saciarse de ella, su cuerpo era como una droga para él, las sensaciones que experimentaba con ella no se parecían en nada a lo que se hubiese enfrentado jamás y no se trataba solo de sexo. Le gustaba la forma en que fruncía el ceño, como lo fulminaba con la mirada cuando se enfadaba o ese brillo inocente que aparecía en sus ojos cuando maquinaba alguna cosa. Angelic era una mujer desafiante y le gustaban sus desafíos, le gustaba ella... la quería. No sabía cómo ni por qué, pero la quería y no solo para unas cuantas noches, él la quería en su vida.

Subió las manos a los hinchados senos, los amasó y pellizcó los pezones enviando una descarga eléctrica que fue directa a su sexo y potenció el orgasmo que había empezado a construirse en el interior de la mujer.

—Sandro —la escuchó gemir su nombre cuando su cuerpo empezó a temblar en busca de la liberación.

Le acarició el cuello con la nariz, disfrutando de su aroma, de la

sensación de estar profundamente hundido en su interior y empezó a rebajar el ritmo, buscando alargar el momento.

—Oh, por favor —gimió ella retorciéndose contra él cuando le negó el cercano orgasmo—. No pares... lo... lo necesito...

Sonrió para sí, en cierto modo le gustaba torturarla de aquella manera, saber que él tenía el poder de hacerla estallar.

—¿Qué es lo que necesitas, cara? —la engatusó. Su pene entrando y saliendo de su cuerpo con una lenta caricia—. ¿Qué deseas?

Se lamió los labios, arqueó la espalda y se pegó a él, buscando profundizar más sus embestidas.

—A ti —gimió con desesperación—, esto... maldito seas, Sandro. Necesito que me folles como antes... No seas suave... quiero... quiero más...

Sus manos se cerraron en sus caderas y se retiró solo para volver a empujar con más ímpetu.

—¿Así?

Ella se limitó a gemir y encontrarse con cada nuevo golpe.

—¿Es esto lo que quieres, Angelic? —pronunció su nombre con suavidad.

Se impulsó de nuevo en su interior, rozando sus muslos con los propios.

—Sí —gimoteó ella en respuesta. Su cuerpo respondiendo al suyo—. Más...

Volvió a penetrarla con fuerza, empujándola con cada nueva penetración, marcándola como suya.

—Ah, cara, parece que una noche no será suficiente —le susurró al oído—. No creo que llegue nunca a saciarme por completo de ti.

Ella sacudió la cabeza, sus jadeos se mezclaron con sus propios gruñidos mientras la montaba.

—Bien —jadeó—, eso nos obligará a pactar por muchas más noches.

Él le mordisqueó una vez más la suave piel del cuello y se deslizó luego hacia su oído para verter en él una sensual promesa.

—No voy a dejarte escapar, *mio angelo* —le susurró al oído—. No, no escaparás... te mantendré atada al Shalderia y a mí hasta que comprendas que no hay nadie más que pueda darte lo que necesitas...

Un suave gemido escapó de nuevo de entre sus labios un instante antes de que la sintiese convulsionar a su alrededor, las paredes vaginales lo aferraron en su interior, aumentando la fricción y catapultándolo a él también hacia la deseada liberación.

Angelic cerró el agua de la ducha y se volvió hacia su amante, quien había salido de la ducha y se enrollaba una toalla alrededor de las caderas para empezar a secarse el pelo con otra. Cada movimiento hacía que sus músculos se marcasen, atrayendo su mirada como si no pudiese hacer otra cosa que babear ante aquel masculino espectáculo.

Todavía le temblaban las piernas por el deporte de ducha que acababan de practicar, pero eran sus palabras, dichas en el fragor de la pasión las que la perseguían con renovado interés. Se lamió los labios, necesitaba preguntarle, oírle decir una vez más si lo que había dicho iba en serio, si realmente pensaba en esos términos en ella, porque dios sabía que ella sí pensaba en él.

—Así que... —comenzó un tanto vacilante solo para ganar confianza al escudarse tras esa máscara de ironía que había encontrado en el Shalderia—, ¿no tengo escapatoria?

El corazón se le aceleró cuando lo vio girarse lentamente hacia ella, sus ojos azules la miraban con el mismo ardor con el que la había follado hacía unos minutos. Enarcó una oscura ceja y ladeó ligeramente la cabeza al mirarla.

—¿Acaso quieres escapar? —le preguntó él a cambio. Su voz tan firme

como su porte—. Dime, cara, ¿hay algún otro lugar en el que desees estar ahora mismo?

Ella sacudió la cabeza, tragó saliva y se las ingenió para murmurar.

—Ninguno en particular —contestó.

Los labios masculinos se curvaron lentamente.

—En ese caso, creo que tu lugar está en el Shalderia —declaró caminando hacia ella. Sus ojos la recorrieron con abierta lujuria—, a mi lado y en mi cama. ¿Objeciones?

Volvió a negar con la cabeza al tiempo que se pasaba la lengua por el labio inferior.

—Oh, bueno, quizá una... pequeñita —declaró mirándole a través de las pestañas—. ¿Puedo elegir yo el próximo juego?

Los brazos masculinos la rodearon atrayéndola contra su pecho.

—Solo si prometes obedecerme, *cara* —le susurró al oído—, tengo una reputación que mantener.

Ella puso los ojos en blanco, entonces le rodeó el cuello con los brazos, pegando los senos a su pecho.

—Pides demasiado, *Master* —repuso con una amplia sonrisa—, pero lo intentaré.

Una promesa que ambos sabían ella no iba a cumplir, después de todo, lo divertido en aquel juego de seducción era no saber quién iba a ser el ganador.

## EPÍLOGO

*Un mes después...*

Verla corretear alrededor del dormitorio le arrancó una sonrisa, vestida únicamente con lencería negra y dorada meneaba el trasero mientras intentaba encontrar la máscara que él guardaba en el interior de su chaqueta.

—Sandro, no encuentro mi máscara —le dijo tras lanzar a un lado uno de los vestidos que había desechado aquella noche.

Sonrió. Era algo que últimamente hacía muy a menudo con aquella mujer alrededor, se abrió la chaqueta y extrajo del bolsillo interno una nueva máscara que se adaptaría perfectamente a cada contorno de su rostro, realzando su piel con los tonos negros y dorados que tanto le gustaba ver sobre ella.

—Deja de buscarla, *cara*, tengo algo nuevo para ti.

Ella se giró al instante, lo miró con esos ojos azules que lo volvían loco durante todo el día. Si a la noche disfrutaba de ella entre las paredes del Shalderia, por el día lo hacía tras la barra de una cafetería. Verla menear ese bonito trasero por en medio de las mesas vestida con esa minifalda de camarera y el ceñido top con el logo del Verona's, era todo un placer. En su favor debía añadir además que era una excelente trabajadora, no protestaba, cumplía con sus horarios y para no haber trabajado nunca sirviendo mesas no lo hacía nada mal. Tras los primeros quince días de prueba le había hecho un

contrato laboral indefinido, quizá esperando que ella aceptase quedarse con él... indefinidamente.

Le tendió la nueva máscara y vio como le brillaban los ojos mientras la observaba, acariciando los contornos de la suave tela que pronto estaría pegada a su rostro.

—Um... sí, mucho mejor —murmuró ella acercándose a uno de los espejos para proceder a colocársela con extremo cuidado.

Se acercó a ella desde atrás y la contempló mientras enmascaraba su identidad. Los vibrantes ojos azules destacaban por si solos con la sombra dorada que les aplicó y la cual, a juego con el nuevo antifaz, le confería un aspecto de absoluto misterio.

—Deliciosa —murmuró en su oído, dejando un beso en la tierna carne de su oreja.

Su sonrisa le llegó a través del cristal, un gesto abierto y sincero que le aliviaba el alma. Sí, amaba a esa mujer que lo contemplaba a través del espejo, se enamoró de ella desde el mismo momento en que puso los pies en su oficina para reclamar un collar de perlas que tenía el mismo valor que cualquier bisutería.

Ella se reclinó contra él, apoyando la cabeza contra su hombro.

—¿Celebramos alguna cosa en especial? —preguntó Angelic contemplándole a través del espejo.

La besó en el cuello y le guiñó el ojo una vez más. Él todavía no se había puesto la máscara, últimamente retrasaba aquel ritual hasta el último momento pues con ella quería ser él mismo.

—Sí —declaró y con otro beso le acarició los hombros desnudos—. La vida y el placer. No te muevas.

Las enigmáticas palabras hicieron que lo siguiese con la mirada hasta uno de los cajones de la mesilla de noche más cercana. Con un movimiento

rápido extrajo de su interior una bonita caja de madera y volvió a su lado.

—Angelic —pronunció su nombre con ese deje italiano vibrando en su voz. Abrió la caja de madera y extrajo de su interior un hermoso collar de perlas negras que pronto le rodeó el cuello—, ¿serás mi dama, mi compañera, mi amante y mi amiga dentro y fuera del Shalderia?

Ella clavó la mirada en el collar a través del espejo, era una réplica exacta de aquel que los había unido en primer lugar. La vio acariciar las perlas y retirar la mano como si le hubiese quemado antes de girarse hacia él con esos enormes y bonitos ojos azules mirándole asombrada.

—Dime que lo que llevo puesto es el collar de mi abuela.

Una pícara sonrisa curvo sus labios y se inclinó sobre ella, sin llegar a rozarla pero deseando besarla.

—Digamos que lo que llevas ahora mismo alrededor del cuello, sería la versión cara del collar de tu abuela —aseguró y le acarició la nariz—. Son perlas negras cultivadas.

Sintió como el aire escapaba de sus pulmones un instante antes de verla abrir la boca sin que de esta escapase ni una sola palabra.

—¿Y bien, cara, vas o no vas a casarte conmigo?

El repentino aturdimiento fue dando paso a esa sonrisa pilluela que a menudo curvaba los labios femeninos.

—No sé, Alessandro, el collar es una prenda tentadora pero... —murmuró poniendo ese tono de voz que lo enloquecía y hacía que quisiera desnudarla por completo y follarla sobre la cama solo con el maldito collar al cuello—, sigue faltando un pequeño detalle en esta proposición tuya.

Riendo, dejó caer una rodilla al suelo y tomó una de sus manos asistiendo a la creación de la más impresionante de las sonrisas en el rostro femenino.

—En ese caso, hagámoslo bien, *mio amore* —aseguró al tiempo que

cubría la mano pequeña con las de él—. Angelic, ¿harás de mi aburrida y solitaria existencia una que merezca la pena de ser vivida a tu lado? Dime, *cara mia*, ¿te casarás conmigo?

Ella se tomó unos interminables segundos en responder, entonces se echó a reír y se lanzó a sus brazos.

—Sí, Alessandro, nada en este mundo me haría más feliz que ser tu esposa —aseguró besándolo en los labios—, y tu compañera de juegos en *Il Shalderia*.

Y lo sería pensó mientras la besaba con ardor, nadie más que Angelic podría estar a la altura de convertirse en su *partener* en uno de los clubes privados más exclusivo de Nueva York.

# CLUB TRIPLE TROUBLE

*Cuatro historias, cuatro hermanos, cuatro formas de entender el placer.*

## **SOLO UNA NOCHE**

En la más oscura de las noches se esconde el pecado, pequeñas y ardientes fantasías dispuestas a cobrar vida.

Un aviso de la central de policía hace que el detective de homicidios Reaver Falcon se presente en el club *Triple Trouble* para poner orden en una riña, un inesperado encuentro que lo llevará de vuelta al pasado y a la única mujer con la que ha vivido obsesionado.

¿Bastará una sola noche para quitársela de la cabeza?

## **TODO O NADA**

Wolf Falcon solo tiene una misión en mente esa noche, emborracharse hasta acabar en coma; ese sería sin duda el colofón perfecto a una desastrosa semana.

Pero cuando una tímida y deliciosa desconocida traspasa las puertas del *Triple Trouble* se da cuenta de que la borrachera puede esperar... la desea y está dispuesto a todo para tenerla.

La pregunta es, ¿le dará ella todo lo que quiere o se quedará sin nada?

## **SERÁS MÍO**

*Gabriel Falcon* supo que esa mujer le traería problemas nada más verla traspasar la puerta de su local. La conocía desde que era una niña, siempre había estado ahí para él, especialmente cuando su mundo se vino abajo. Pero aquello era el pasado y Kitty ya no era la mocosa que recordaba, era una mujer dispuesta a recuperar lo que creía suyo.

## **CONQUISTADA**

*Jeremy Falcon* tenía una cosa clara en la vida, no quería comprometerse. La soltería le gustaba demasiado, disfrutaba de su trabajo, de sus esporádicas compañeras de cama y estaba dispuesto a que siguiese siendo así. Pero entonces, la dulce y tímida Lizzie se cruzó en su camino y, lo que prometía ser solo una conquista más, se convirtió en algo más peligroso.

# **SOLO UNA NOCHE**

Kelly Dreams

# CAPÍTULO 1

El detective de homicidios Reaver Falcon empezaba a pensar que el que lo hubiesen arrancado de la reunión de antiguos alumnos de la academia de policía no era tan malo como había pensado al principio. No solo lo habrían librado del tedio de la celebración al que lo había arrastrado su primo, sino que ahora estaba ante una suave y deliciosa gatita, que, según los testigos, era la parte principal de la reyerta que se había gestado.

Ella contrastaba estrepitosamente con el ambiente en el que la había encontrado. Su aspecto recatado y conservador nada tenía que ver con los corsés, faldas y vestidos de látex que formaban el código de vestimenta del exclusivo club en el que habían incursionado. La llamada del dueño informando de un altercado, protagonizado por uno de los gilipollas de turno, lo había llevado hasta allí.

El que dicho dueño fuese además su hermano, tenía mucho que ver.

Gabriel era la oveja negra de la familia, el capullito de alelí que le había dado la espalda a la tradición familiar y había dejado la rama de las fuerzas de seguridad para dedicarse a la construcción. Su hermano mayor era un contratista endemoniadamente bueno y el *Triple Trouble*, no era más que uno de sus «caprichos», uno del que él mismo había disfrutado de vez en cuando.

Y, definitivamente, ella no encajaba en ese ambiente.

Nerviosa y desconfiada, sus ojos reflejaban claramente que no confiaba en uno solo de los presentes. Eso la convertía en una mujer inteligente. La

recorrió con la mirada y observó la manera en que se tensó, la forma en que vacilaba cambiando su peso de un pie a otro. Estaba incómoda, en cierto modo parecía fuera de lugar y, al mismo tiempo, demasiado segura para encontrarse en un club como aquel. Pero eran las breves miradas que le lanzaba lo que despertaron por completo su curiosidad; había algo que la delataba en cierta forma. Escondía algo, pero ¿qué?

Entrecerró los ojos y la contempló con mayor detenimiento, había algo que despertaba su curiosidad, tenía la extraña sensación de haberla visto antes, pero era poco probable. Su aspecto no era el del tipo de mujeres con las que solía salir.

—¿Cuál es su relación con el agredido?

Y aquello era otra de las cosas interesantes de aquel caso; ella había sido la agresora.

Sus mejillas se tiñeron de un bonito tono rojo, levantó ligeramente la nariz y bufó.

—No es asunto suyo, detective.

Enarcó una ceja ante el tono de animosidad presente en su voz y el peligroso brillo en sus ojos. Oh, la gatita podía vestir como una jodida maestra de escuela católica, pero esa mirada y esa seguridad no lo eran.

—Oh, me temo que sí lo es, señorita...

Su mirada se volvió más intensa cuando dejó que su nombre emergiese de entre unos apetitosos labios pintados de carmín.

—Abby —respondió sin apartar la mirada de la suya—. Y no me une ninguna relación con esta escoria, a excepción de un contrato con mi cliente.

—¿Contrato?

Y esa era sin duda una respuesta que no esperaba escuchar.

—Su *esposa* me contrató para encontrarlo y obligarle a presentarse al juicio... y también quiere recuperar la pasta con la que se largó.

—¡Está loca! ¡No sé de qué mierda está hablando! —gruñó el agredido cubriéndose la nariz con un pañuelo ya ensangrentado—. ¡Esa zorra está loca! ¡Me ha roto la nariz!

Los ojos claros se cerraron sobre el hombre, su rostro adquirió un gesto serio y duro.

—Te la rompiste tú solito por gilipollas.

—¡Eso es falso!

Enarcó una ceja.

—Sí, claro y yo me chupo el dedo —resopló—. ¿Quieres que te refresque la memoria, *cariñito*?

El chillido que emitió cuando el tacón de la mujer entró en contacto con sus partes íntimas sobresaltó a todos los presentes.

—Ey, ey, ey... —Tiró de ella hacia atrás, notando en el proceso las curvas de sus senos.

—Arréstela y métala en una celda, agente. ¡Está loca! —chilló el hombre—. ¿Ha visto lo que me ha hecho?

—No eres más que otro pedazo de mierda...

El vocabulario de la muñequita contrastaba una vez más con su cándido aspecto.

—¡Presentaré cargos! —insistió él. Vestido con pantalón y chaleco de látex, no inspiraba precisamente seriedad—. ¡Esa zorra me ha atacado y me ha roto la nariz!

—Adelante, pero lo harás después de presentarte como un buen maridito capullo en el juicio —aseguró totalmente tranquila—. Imagino que a Ruby le encantará saber además dónde te he encontrado.

La sola mención de ese nombre hizo palidecer al agredido, quién empezó a mirar de un lado a otro como si esperase que esa mujer saliese de algún lado.

—No sé de qué estás hablando...

—Pues para no saberlo, pareces bastante preocupado, chico —comentó Gabriel, quién se había mantenido en silencio hasta ese momento. Su hermano parecía disfrutar del espectáculo casi tanto como el resto de los presentes.

—Has hablado de un contrato... y, a juzgar por tus palabras, asumiré que le conoces... —optó por tutear a la mujer a la que todavía sujetaba.

Ella lo fulminó con la mirada y después descendió hasta el punto en el que la tocaba dejándole claro que quería que la soltase.

—¿Le importaría soltarme, detective?

Enarcó una ceja ante la manera en la que casi escupe su cargo.

—Entonces, ¿quién es esa tal Ruby? —Se interesó Gabriel, el cual parecía realmente divertido por el intercambio que parecía estar sucediendo entre los dos.

—La esposa de este mierdecilla.

El aludido entrecerró los ojos y la miró con renovado odio.

—¿Y quién coño eres tú?

Sus labios se curvaron ligeramente, se enderezó la chaqueta y se inclinó ligeramente hacia delante.

—Abigail Nuales, la caza recompensas que ha contratado tu mujer, la cual da la casualidad que es mi prima, hijo de puta.

Reaver no estaba seguro de quién palideció más ante la declaración de la chica, si el agredido, su hermano Gabriel o él mismo.

—¿Has dicho Nuales? —se atragantó.

—¿Qué la zorra de Ruby ha contratado una caza recompensas? —bramó el agredido—. Espera... tú... tú eres la chalada de su familia, la que va por ahí pegando tiros...

—No me jodas... —Gabe lo miró con los ojos como platos—. ¿Abigail Nuales? ¿Esa Abigail Nuales?

—¿Caza recompensas?

La aludida fulminó a su hermano con la mirada y se giró hacia él con la misma cara de pocos amigos.

—Ahora, ¿podría dejarme hacer mi trabajo, detective Falcon?

Todo lo que pudo decir al respecto fue un gran y rotundo.

—Mierda.

La mujer que estaba ante él no era otra que la chica con la que había pasado uno de los fines de semana más eróticos de su vida. Uno que había terminado cinco años atrás, con él mismo y una mujer llamada Abigail Nuales, delante de un juez de paz vestido de Elvis, en la pecaminosa ciudad de Las Vegas.

Una mujer a la que no había vuelto a ver hasta ahora.

## CAPÍTULO 2

Si alguien le hubiese dicho a Abby que esa noche iba a encontrarse con el diablo, se habría reído en su cara y luego le habría disparado. Menos mal que nadie lo hizo, o, ahora mismo, tendría que disculparse por el tiro.

De todas las alimañas que había perseguido a lo largo de los últimos tres años, la última de ellas, un marido infiel al que le gustaba demasiado el juego y el sexo alternativo y que se había largado sin pagar lo que debía a su mujer, había tenido que ser el que la condujese a este estúpido club y al policía con el que había protagonizado un episodio ya olvidado de su vida.

*¿Olvidado? ¿De verdad? ¿Has podido olvidar ese pecaminoso fin de semana?*

Él ni siquiera la había reconocido, la había mirado con abierta curiosidad y apreciación sensual, pero no había tenido idea de quién era ella hasta que escuchó su nombre. Qué conveniente.

Ruby había acudido a ella un mar de lágrimas, solo para pedirle que le hiciese una rebaja en el precio cuando la contrató para que buscase al cabrón de su marido; la joyita se había largado con el dinero de la venta de no sabía qué coche a Las Vegas, después de que su mujer hubiese pagado la fianza. No dejaba de ser irónico que recurriesen a ella, especialmente cuando gran parte de su familia no quería ni siquiera escuchar su nombre; una mujer caza recompensas, ¿dónde se había visto algo así?

Lo gracioso es que ese giro de su vida había venido precisamente tras su primera visita a esa ciudad cinco años atrás, una que la trajo para celebrar la

despedida de soltera de su hermana pequeña y que la condujo a perderse el final de la velada y terminar follando toda la noche con un completo desconocido —la mejor noche de su vida—, solo para descubrirse casada al día siguiente y sin rastro de su supuesto marido.

Afortunadamente, las bodas exprés de las Vegas solo tenían validez si se validaban en un juzgado, cosa que ninguno de los dos cónyuges había hecho.

Y, por cierto, dicho cónyuge estaba ahora mismo delante de ella, con la sorpresa e incredulidad escrita en el rostro.

Sin interés por alargar más esa velada y deseando volver a la habitación de su hotel, dónde pudiese coger una buena borrachera y finalmente, dormir la mona antes de tomar el vuelo de vuelta a casa al día siguiente, sacó su identificación del bolsillo y se la plantó delante de las narices.

—Soy caza recompensas y trabajo para la Asociación Nacional de Agentes para el Cumplimiento de Fianzas y este hombre se ha escaqueado antes de presentarse a juicio —declaró mirando a la sabandija—. Estaré encantada de entregarlo a su custodia, detective, cuando me devuelva los diez mil dólares con los que se largó.

La cara del detective era un verdadero poema, su mirada iba de su presa a ella como si no pudiese entender lo que le estaba diciendo. No es que lo culpase, la cosa se le había ido un poquitín de las manos cuando el muy gilipollas la había confundido con una de las mujeres del club. Había estado tan empeñado en que hiciese una escena con él, que no le había quedado otro remedio que reducirlo y romperle la nariz; en su defensa tenía que decir que el cabrón se había atrevido a apretujarle una teta.

—Caza recompensas.

Ladeó la cabeza y se cruzó de brazos.

—¿Es tan difícil de entender el término?

—Estás en mi jurisdicción, guapa y, en lo personal, no me gustan los

caza recompensas... de ningún tipo.

Descruzó los brazos y alzó las manos.

—No te preocupes, *cowboy*, estoy dispuesta a salir corriendo de tu territorio tan pronto ese hijo de puta devuelva lo robado y sea llevado ante el juzgado para presentarse a juicio. Lo cual, estoy segura, puedo dejar en tus capaces manos.

*Um.* Al poli no le gustaba ni un pelo que le llevasen la contraria, o, quizá lo que no le gustaba era que fuese una mujer el que le diese la réplica.

—Tengo que recordarte que nos han llamado por una agresión y el único herido que veo aquí, es... él.

Se llevó las manos a las caderas y resopló.

—Eso no es una agresión, es... un accidente.

Él enarcó una ceja.

—No aceptó un no por respuesta, me tocó una teta ergo le casqué los huevos —se encogió de hombros—. Si él ha sido tan gilipollas como para romperse la nariz contra la mesa, ¿qué culpa tengo yo?

—*Err...* ella tiene razón...

El hombre que había estado detrás de la barra del bar y había llamado a la policía, la señaló con un gesto de la mano.

—Se oyó claramente su negativa.

—¿Y por qué no hiciste nada?

La ofensa vibró en su piel.

—No me dio tiempo, para cuando salí de detrás del bar, ella le había pegado ya un rodillazo en las pelotas y él sangraba como un cerdo al golpearse en el proceso.

—¡Esa puta me ha roto la nariz!

—¡Cállate!

La respuesta surgió al mismo tiempo de la boca de ambos haciendo que

el tercero se echase a reír.

—Entonces, ¿sacas la basura a la calle?

—¡Pienso presentar cargos!

—Estupendo —aseguró el detective girándose hacia él—. Podrás hacerlo en comisaría, dónde estarás en custodia hasta el juicio y, después de que ella llame a tu mujer y le diga que te ha pillado en un club erótico y tocándole las tetas a la caza recompensas que ha contratado.

La risita del barman se convirtió en una carcajada.

Abby, por otro lado, optó por acucillarse y tenderle la mano.

—El dinero, por favor.

Él escupió al suelo, fallando por poco sus piernas.

—¡Que os jodan a ti y a esa zorra!

Chasqueó la lengua, se levantó y antes de que pudiese hacer algo más, había presionado el tacón de sus zapatos contra los huevos haciéndolo cantar como un soprano.

—¡Putá! ¡Oh, joder!

—El dinero...

—¡No lo tengo! —chilló como un cerdo—. ¡Me lo he gastado!

—Joder... —se encogió también el barman.

—¿Todo? —Insistió apretando su tacón.

—¡En mi bolsillo! ¡En el jodido bolsillo! ¡Es todo lo que queda, lo juro!

Se inclinó para bucear en su bolsillo, sacó un rollo de billetes, lo metió entre sus pechos y le lanzó un beso antes de apretar un poco más arrancándole un alarido que hizo que los hombres presentes se encogiesen.

—Gracias —declaró—. Que lo pases bien en el juicio.

—¡Serás zorra! —lloriqueaba retorciéndose en el suelo—. ¡Putá! ¡Mis huevos! ¡Me ha roto los huevos!

Le dio la espalda y miró al policía, el cual tenía cara de pocos amigos.

—Todo suyo, detective.

Sin más, les dio la espalda a todos y salió tan dignamente como había entrado.

## CAPÍTULO 3

Reaver se había quedado sin palabras, todo lo que podía hacer era mirar a la peligrosa mujer que se alejaba atravesando el espontáneo pasillo formado por la gente que esa noche estaba en el club. Nadie parecía dispuesto a darle el alto después de lo que habían visto, en especial los hombres.

—Joder, menuda mujer —ronroneó su hermano—. Dime que vas a ir tras ella.

—Bueno... —Habló entonces el policía que le había acompañado y que se mantuvo en silencio hasta el momento. Él, al igual que los demás, había palidecido ante tal despliegue femenino—. Parece que alguien va a tener que hacer una visita al hospital, antes de salir de viaje hacia un juicio.

Su mirada se encontró con la de su compañero, quién enarcó una ceja un poco sorprendido. Entonces bajó sobre el despojo del suelo.

—Llévatelo —señaló al perdedor con un gesto de la barbilla—, y asegúrate de no perderlo por el camino...

El aludido puso los ojos en blanco.

—Como si fuese sencillo perder algo como esto... —declaró con un resoplido. Levantó al hombre casi en vilo y lo obligó a caminar—. Vamos, te dejarán esa nariz preciosa para que puedas lucirla en el juicio.

Sacudió la cabeza ante la ironía presente en las palabras de su compañero y se giró hacia su hermano, quién lo miraba con intensidad.

—¿Qué?

Gabriel indicó la salida con un gesto de la barbilla.

—¿Y bien? ¿A qué esperas?

Enarcó una ceja sin comprender.

—Reaver, no has dejado de hablar de esa maldita muñeca desde que la perdiste de vista ese fin de semana —le recordó con sorna—, y mira por dónde ha vuelto a la ciudad del pecado. ¿De verdad tengo que decirte lo que debes hacer?

Ella había sido como una espinita clavada, como una obsesión juvenil que lo había desesperado y cabreado a partes iguales durante mucho tiempo. Y ahora, ese sueño de una noche, había vuelto con más fuerza que nunca y maldito fuera, pero esa actitud irreverente y mandona lo había puesto duro al momento.

—De acuerdo, pues quédate aquí vigilando el frente que me presentaré yo mismo a tan caliente gatita.

Antes de que pudiese saber que estaba haciendo, había extendido el brazo para detener sus avances.

—Ella es mía.

Su hermano dejó escapar una risita.

—Jim —llamó a su compañero, quien todavía no había abandonado por completo la sala—, no me esperes despierto.

El policía se echó a reír.

—De acuerdo. No te he visto y no sé a dónde has ido.

—Exacto.

Sin una palabra más, dejó a su compañero y a su hermano para encargarse de aquel desastre y salió tras su presa.

## CAPÍTULO 4

Reaver estaba convencido de que estaba de camino al purgatorio, o al menos lo estaría si tan siquiera creyese en algo parecido. Para él, el Purgatorio estaba en la tierra y cobraba la forma de casos sin resolver, de las víctimas que no podía salvar o de las reuniones interminables con su familia, especialmente cuando esta se dedicaba a criticar a Gabriel. Había incluido incluso su insana y antigua obsesión por la desconocida con la que había pasado una magnífica noche de sexo, una con la que se había casado en las Vegas y en la que no había vuelto a pensar en los últimos años; hasta ahora.

Pero Abigail Nuales no era el purgatorio, era el mismísimo infierno y estaba lo suficiente loco como para querer quemarse en él. No podía evitarlo, si había algo que no soportaba era no poder quitarse de encima una obsesión y ella era una que ya llevaba en sus huesos demasiado tiempo.

No la había reconocido y, al mismo tiempo, algo en ella había tirado de su memoria. Sus rasgos habían cambiado ligeramente, quizá debido al cambio de peinado y el serio maquillaje que llevaba, así como esa dureza exterior con la que se armaba. Una caza recompensas, sin duda era un trabajo extraño para una mujer, pero no era la primera ni sería la última y él era lo bastante hombre y buen policía como para reconocer un buen trabajo cuando lo tenía delante.

La mujer había abandonado el club solo para caminar un par de manzanas y entrar en un pub dónde se instaló en la barra, rechazó los avances de un par de espontáneos, pidió una consumición y procedió a disfrutar de ella lentamente.

Su previa actitud seguía dándole vueltas en la cabeza, la animosidad con la que lo había mirado —obviamente ella sí lo había reconocido al momento y no le hacía ninguna gracia su presencia—, y esa fiera actitud que casaba

perfectamente con su profesión y chocaba estrepitosamente con el aspecto de maestra de escuela católica que identificaba su vestimenta.

La vio abrirse un par de botones de la chaqueta de punto, seguidas de un par más de la blusa, cruzó las piernas, unas largas y deliciosas piernas torneadas dejando ver parte de una liga y empezó a marcar la melodía que sonaba en el local con el pie.

—Toma asiento, poli, no me gusta que me miren por encima del hombro.

El directo comentario vino acompañado de un largo sorbo de su bebida y de una sesgada mirada.

—¿Se te ha olvidado decirme algo o vienes a esposarme por ser una chica mala?

Sonrió para sí, cruzó el espacio que los separaba y se sentó en un taburete a su lado. Los ojos claros de su obsesión se posaron en él y supo, sin lugar a dudas, que ella sabía perfectamente quién era.

—Si quisiera esposarte, lo habría hecho antes de que abandonases el Triple Trouble.

Los llenos labios se curvaron en una perezosa sonrisa que a duras penas ocultó tras el vaso de su bebida.

—Me gustaría verte intentándolo.

Su abierto desafío lo llevó a reír, se giró hacia el barman y pidió una cerveza negra fría.

—Dudo que cooperases dócilmente —replicó y se giró en el taburete para mirarla—, aunque eso podría resultar un punto de inflexión interesante...

—Te gustan los desafíos, ¿eh? —declaró ella dándole un largo trago a su consumición.

Cogió su cerveza cuando la dejaron sobre la barra y sonrió de medio lado.

—Solo con ciertas mujeres —respondió llevándose el cuello de la

botella a la boca—, especialmente con aquellas con las que he llegado a casarme.

Los bonitos ojos claros se volvieron en su dirección, no hubo necesidad de palabras, ambos se comunicaron con la mirada, reconociéndose mutuamente, sabiendo quienes eran ambos y lo que habían compartido una vez.

—Son cosas que solo pasan en Las Vegas.

Dejó la cerveza sobre el posavasos y asintió.

—Sí, sin duda solo aquí podrían volver a encontrarse dos desconocidos, que disfrutaron de una gran noche, varios años después, en un club erótico.

Ella rio, dejó su vaso y se giró hacia él por completo.

—No te olvides de una apresurada boda delante de Elvis.

—Y de una apresurada desaparición femenina.

Sus ojos se entrecerraron, la vio lamerse los labios, entonces se levantó y se acercó a él, separándole los muslos para introducirse entre ellos y deslizar la mano sobre su ya dura erección.

—Hay cosas que merecen la pena dejarlas entre las sábanas de una cama y el misterio de la noche.

Le cogió la mano, la alzó y se la llevó a la boca, eligiendo uno de sus dedos y succionándolo con premeditada lentitud, acariciandoselo con la lengua antes de soltárselo, sin dejarla ir a ella.

—El cual es también el lugar perfecto para recordarlas.

Intentó retirar la mano, pero no se lo permitió.

—Pero esta vez, intentemos no terminar de nuevo ante Elvis.

Ella parpadeó visiblemente sorprendida por su respuesta, entonces se echó a reír.

—Estás muy seguro de tus posibilidades.

La soltó, pero no se apartó.

—Si no estuvieses interesada, ya me lo habrías hecho saber —declaró

recorriéndola con la mirada—, y, casi apostaría, después de lo que he visto, que no me quedarían ganas para replicar.

Enarcó una ceja y curvó los labios.

—Un hombre inteligente —resumió—. Y yo que pensaba que ya estaban extinguidos.

Le cogió de nuevo la mano y le acarició la palma con el pulgar.

—Te demostraré que no.

## CAPÍTULO 5

Abigail sabía que estaba cometiendo una locura, que volver sobre el pasado era siempre una mala idea, pero ¿y si el pasado volvía incluso más arrogante, más sexy y jodidamente masculino que nunca? Además, solo sería una noche, a la mañana los caminos de ambos volverían a separarse y cada uno retomaría sus vidas.

Optó por invitarle a su habitación de hotel, quedaba cerca y era un lugar que abandonaría a la mañana siguiente para coger su vuelo de regreso a casa.

—Adelante.

La miró, echó un rápido vistazo alrededor y de nuevo a ella.

—Interesante elección.

Sonrió de soslayo.

—Estaba cerca y disponible.

—Una combinación que sin duda apruebo, *cielo*.

*Cielo*. Él la había llamado así la primera vez que se vieron.

Habían coincidido en la barra del local en el que se estaba realizando la despedida de soltera de su amiga, ella ya estaba achispada por las bebidas, él estaba con su grupo de amigos y lo que empezó con una charla y un inocente coqueteo, terminó con ambos retozando en su habitación de hotel.

*La primera gran locura que cometiste en tu vida, la segunda, fue convertirte en caza recompensas.*

Una decisión que había cambiado todo, que la había alejado de su familia pero que trajo consigo una satisfacción personal que llenaba su

necesidad de ser útil para los demás.

Durante los años que llevaba colaborando con detectives privados y, esporádicamente, con la policía, había ayudado a resolver un par de secuestros, tres desapariciones y algunos casos menores con los que se había consolidado en ese difícil mundo dónde si no eras un hombre, no te tenían en cuenta.

Había tenido que endurecerse y no solo físicamente, la muchacha inocente que había sido maduró y se convirtió en la dura mujer que era ahora, una que obtenía lo que deseaba, cuando lo deseaba y, lo que quería ahora mismo, era a ella.

—Eso demuestra que eres un hombre inteligente, detective —aceptó mirándole de arriba abajo.

—¿Y qué te hace a ti?

Se acercó a ella hasta que apenas podía correr el aire entre ellos. Se movía con una elegancia y agilidad asombrosa para un hombre de su envergadura en un espacio tan pequeño.

Se lamió los labios y levantó ligeramente la barbilla.

—Una mujer que sabe lo que quiere.

Sus labios se curvaron lentamente, su mirada se volvió abiertamente sexual y su intensidad la hizo estremecer de placer.

—Bien, entonces encajaremos a la perfección —aseguró—, porque yo soy un hombre, que también sabe lo que quiere... Y en estos momentos, te quiero a ti. Desnuda. Y en la cama.

Se llevó las manos a los botones de la chaqueta, se la quitó y pasó a la blusa, demorándose ahora a propósito en cada pequeño botón.

—¿Y yo puedo pedir lo mismo?

Caminó hacia ella, el rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia ella.

—Puedes —declaró resbalando la mano por el muslo, subiendo por la

cadena hasta rodearle finalmente un pecho.

Contuvo la respiración, su osadía la encendía.

—Otra cosa es que lo consigas —murmuró bajando sobre su cuello, besándoselo y mordisqueándole la piel—. Um... eres incluso más dulce de lo que recuerdo.

Abby gimió cuando le acarició el pezón por encima de la ropa, sus palabras la excitaban con inesperada facilidad. Algo le decía que no iba a andarse por las ramas.

—Los recuerdos pueden palidecer frente a la realidad.

Él le sonrió dejando que sus pensamientos se reflejasen en sus ojos.

Los botones que quedaban de la blusa salieron disparados en todas direcciones cuando se la abrió de golpe, el jadeo le quedó atascado en la garganta mientras lo veía mirarla con desnuda hambre. Bajo la tela del sujetador, sus pezones se revelaban duros e invitantes, rogando en silencio por su contacto. Reaver la cabeza sobre sus pechos y dejó un sendero húmedo con su lengua a lo largo de la línea superior de la tela que la estremeció de placer.

Su mirada subió entonces hacia ella, mirándola por debajo de esas espesas pestañas.

—Sí, sin duda, los míos palidecen...

Lo miró a los ojos sin poder evitar que el sensual rubor que cubría sus mejillas se extendiese también por sus pechos hasta que todo su cuerpo se volvió de un adorable sonrojo.

—No serían los únicos...

Su sonrisa se hizo más predatoria, enganchó los dedos índices en el broche delantero del sujetador y se lo abrió.

—Veo que pensamos igual.

Bajó sobre su pecho y se llevó un duro y puntiagudo pezón a la boca haciendo que se estremeciese de inmediato. Sus manos parecían estar por todo

su cuerpo. Notó como los dientes se cerraban suavemente alrededor de su pezón, poniendo de manifiesto sus pensamientos y revelando ese lado peligroso que rodeaba al policía. La mordisqueó como si fuese un postre, apretándolo para luego lamerlo mientras dejaba que su peregrina mano descendiese sobre su caliente piel.

Tembló bajo su contacto, excitada y estremecida mientras hundía la mano bajo su falda y hacía a un lado la tela del tanga.

—Caliente y húmeda —ronroneó contra su pecho—, perfecta.

Se contorsionó bajo él, necesitada de más y enfebrecida por sus caricias. Su boca era increíble, decidida a no hacer prisioneros. Pronto la tuvo retorciéndose contra él, contra esa maldita mano que se había colado bajo la falda y retozaba contra su sexo desnudo.

—Tanto que podrías convertirte en una obsesión —ronroneó haciéndose con su boca para devorarla con hambre. Su lengua se enlazó con la suya y combatió en un duelo que no admitía prisioneros.

Abandonó su boca solo para descender por su cuello, lamiéndola y mordisqueándola de una manera sumamente erótica, podía sentir los dientes raspándole la piel, pero en vez de disuadirla eso la ponía más y más caliente.

El deseo había arrollado con su cordura, el anhelo largo tiempo oculto surgió de su escondite deseando tomar para sí aquello que se le había negado. Le deseaba, no importa que hubiese sido la locura de una noche, su cuerpo le recordaba, su alma lo había mantenido vivo de alguna manera en modo de anhelo. Siempre lo había deseado, más aún después de aquella primera y única noche.

—Nos sobra la ropa —ronroneó en su oído, mordiéndole la oreja—, te quiero desnuda. Completamente desnuda.

—¿No prefieres quitármela tú?

Sus ojos se encontraron con los de ella cortando al momento cualquier

hilo de pensamiento.

—Depende, ¿quieres conservar la ropa entera? —resumió con voz grave, empañada por el deseo—. Porque no me hago responsable de los desperfectos que cause mi... entusiasmo por liberarte de ella.

—Todo un poeta... —se burló.

—Soy realista, nena, solo digo lo que pienso —aseguró y la recorrió con la mirada—. Y ahora mismo solo pienso en devorarte entera.

Su cabeza se hizo eco de la directa respuesta y le sonrió.

—Una sugerencia que secundo.

Abby se quitó los zapatos y el pantalón en un abrir y cerrar de ojos, la blusa rota y el sujetador siguieron el mismo camino dándole lo que deseaba; a ella, desnuda y dispuesta.

—Los recuerdos son pálidas imágenes en comparación a la realidad —murmuró él dejándose guiar hasta el dormitorio, para luego empujarla sobre la cama—. Eres mucho más bonita de lo que recordaba...

Se mordió el labio inferior. Se sentía expuesta, más que desnuda bajo esa ardiente mirada que no dejaba un solo centímetro de su cuerpo por admirar y excitada, tanto que dolía.

## CAPÍTULO 6

Reaver se sostuvo sobre los talones, admirando la deliciosa creación que destacaba contra la amalgama de colores de la colcha. Sus ojos brillaban de deseo, su color se había oscurecido dotándolos de una intensidad que se colaba en sus entrañas, sus mejillas llenas y sonrojadas lo llevaron a sus labios, entreabiertos y rojos por sus besos. No era una belleza clásica, no era el tipo de mujer por la que los hombres se girarían al verla pasar, pero poseía ese raro atractivo que hacía que no pudiese evitar desearla, que cada vez que la veía quisiese estar con ella.

Inspiró profundamente y se relamió, el aroma a cítricos que la envolvía era muy adecuado, encajaba muy bien con ella. Dejó que sus labios se curvasen lentamente mientras deslizaba la mirada sobre el resto de su cuerpo, admirando a la mujer que tenía ante él, aquella que se le había escapado una vez entre los dedos.

—Me gustan tus tetas.

Toda una declaración de amor, sin duda. Pensó irónico. Pero era verdad. Le gustaban sus pechos, eran grandes, redondos y encajaban a la perfección en sus manos. Los duros y lujuriosos pezones no hacían más que llamarle y terminó sucumbiendo una vez más a ellos, bajando y llevándose uno a la boca.

Su polla protestó dentro del confinamiento de los pantalones, notó como se le encogía el estómago y el placer se disparaba de nuevo por su cuerpo.

Estaba hambriento, había pasado demasiado tiempo fantaseando con este momento y, ahora que estaba a su alcance, iba a disfrutarlo.

Tenía las ideas muy claras; la deseaba y quería hacerla suya, quería enterrarse profundamente entre sus piernas y cabalgarla hasta saciar ese maldito anhelo que le generaba.

—Eres peligrosa para mi salud mental, Abigail —pronunció su nombre completo. Se echó hacia atrás una vez más y empezó a desnudarse. La camisa terminó en una esquina, los mocasines siguieron el mismo camino que el cinturón y los pantalones, quería toda esa piel contra la suya, sin nada en medio. Quizá el lugar no fuese el adecuado, pero no podía importarle menos.

Tumbada sobre la cama, con el pelo revuelto y desnuda, parecía una ofrenda pagana, el suave y breve vello entre sus piernas lo hizo salivar. Aspiró profundamente y se estremeció ante el dulce y especiado aroma de su feminidad. Se le hacía la boca agua por probarla una vez más.

—Creo que antes de ir a por el plato principal, tomaré un pequeño aperitivo.

El deseo se reflejó en los ojos femeninos y le arrancó un pequeño jadeo cuando se instaló entre sus muslos, abriéndolos y dejándola por completo a su merced.

—Sin duda tienes en mente una cena de gala...

Se rio al tiempo que se inclinaba sobre el húmedo y rosado objeto de su deseo y sopló sobre la tierna carne antes de levantar la mirada sobre su cuerpo y guiñarle el ojo.

—Oh sí, todos y cada uno de los platos.

Ocultando su sonrisa bajó sobre la cálida carne, la lamió un par de veces, degustando su sabor antes de atormentar su clítoris con los dientes.

—¡Cristo!

El sobresalto de su cuerpo y la inesperada exclamación casi lo hacen

reír. Esa pequeña guerrera era muy sensible. Iba a pasarlo realmente bien.

—El de arriba nada tiene que ver con esto, dulce.

Nada en absoluto... pensó interiormente mientras bajaba de nuevo para darse un apetitoso festín con ella.

Introdujo un dedo en su interior mientras seguía atormentando su clítoris con la lengua, chupándolo y mordisqueándolo hasta que las palabras perdieron su consistencia y se convirtieron en ininteligibles grititos y jadeos.

Ella se arqueó bajo él, jadeando, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, presa del placer. Sus íntimas y mojadas paredes se cerraron alrededor de su dedo y no pudo evitar gemir ante el pensamiento de cómo se sentiría cuando estuviese profundamente alojado en su interior.

—Eres incluso mejor que en mis sueños —ronroneó contra su cuerpo—, y mucho más real.

—Real... ese es el punto... dios... no se te ocurra parar ahora.

Se rio entre dientes. Ella deseaba más y, esos deseos, encajaban perfectamente con los suyos.

—Eres tan dura por fuera como blandita por dentro.

Ella bufó y se revolvió bajo él.

—¿Es necesario que hables?

Soltó una carcajada.

—No cabe duda de que eres divertida, nena... —chasqueó y la atormentó un poco más antes de alejarse de entre sus piernas y escuchar como lloriqueaba por el abandono—, pero esta noche, el que lleva los pantalones, soy yo.

Esos bonitos ojos claros se encontraron con los de él con tanta incredulidad que a duras penas pudo dejar de reír. Era refrescante, ese desafío en sus ojos lo encendía casi con la misma efectividad que su cuerpo.

—O, mejor dicho, el que va a quitárselos...

Necesitaba estar dentro de ella, estaba deseoso por hundirse en esa dulce humedad. Se lamió los labios y se arrastró sobre su cuerpo, cubriéndola, haciéndose sitio entre sus muslos para penetrar finalmente en el mojado y ajustado pasaje que lo acogió por completo.

El suave y dulce gemido lo llevó a sostener su peso sobre los codos, a planear sobre ella y contemplar el expresivo rostro que le devolvía la mirada. Era la viva imagen del deseo y la lujuria, con el pelo suelo y revuelto sobre las sábanas, la piel transpirada de sudor y ese brillo sensual.

—Empiezo a preguntarme si una noche será suficiente, cielo —musitó manteniéndose en el borde—, y temo que la respuesta no sea lo que espero.

—No esperes...

Se rio y bajó sobre su boca para darle un dulce beso.

—Sí, tienes razón, ¿para qué perder el tiempo con cháchara?

Le rodeó uno de los firmes pechos y atormentó el pezón entre los dedos provocando un estremecimiento en el dulce y voluptuoso cuerpo que le servía de colchón, la otra mano resbaló sobre su cadera, rodeándole el muslo e instándola a enlazar la pierna alrededor de su cadera, buscando profundizar más en su interior.

Las suaves y pequeñas manos dejaron de enredarse en las sábanas y volaron sobre su espalda, acercándole más a él y volviéndolo loco con inevitable eficacia.

Salió de ella solo para volver a hundirse, su cuerpo recibíendole con la misma pasión y deleite que sentía él, acompasando sus movimientos, saliendo a su encuentro y tomando en su interior todo lo que estaba dispuesto a darle.

Los duros pezones apuntaban hacia arriba, meciéndose al compás de sus embestidas, convirtiéndose en un atractivo que no pudo rechazar. Bajó la cabeza para llevarse uno a la boca, succionándolo con fuerza mientras ella clavaba los dedos en sus hombros y echaba la cabeza hacia atrás entregada al

placer.

Abigail estaba segura de que iba a hacerse pedazos de un momento a otro. El duro miembro en su interior la enloquecía, hacía que todo su cuerpo se deshiciese y pidiese más. Nunca había sentido algo tan intenso, ni siquiera la vez anterior en la que había estado con él. La boca prendida en su pecho la dejaba sin aliento, empezaba a temer que si subía un poco más en esa escala de lujuria desatada terminaría desmallándose.

El calor se instaló en su vientre, creciendo exponencialmente con una rapidez que arrolló su mente y terminó en una explosión que se llevó hasta la mismísima cordura de su mundo.

—Sí... justo así... —escuchó su voz en medio del caos provocado por el orgasmo—, déjate ir, cielo... disfrútalo.

Su cuerpo parecía pertenecerse solo a él, reaccionando a sus caricias y a cada movimiento como si hubiese sido adiestrado para ello.

Antes de darse cuenta, deslizó las manos por detrás de sus rodillas y le levantó las piernas, abriéndola por completo, exponiendo sus mojados pliegues antes de volver a hundirse de nuevo en ella, moviéndose ahora un poco más despacio, enloqueciéndola y construyendo sobre los rescoldos de un orgasmo uno nuevo.

Sacudió la cabeza incapaz de hacer otra cosa.

—Por favor... —Ni siquiera sabía que decir, las sensaciones eran enloquecedoras.

Reaver se relamió por dentro. Con las piernas abiertas, su dulce y caliente sexo aferrándole íntimamente y la pátina brillante que le otorgaba el sudor a su piel era una visión de lo más erótica, una que lo endurecía incluso más de lo que ya estaba.

Se arrastró hacia atrás con perezosa lentitud solo para volver a empujar en su interior, deleitándose con la manera en que lo apretaba. Su polla brillaba

al salir mojada por sus jugos antes de desaparecer de nuevo en su interior.

—Dame todo lo que tienes, cielo, ven a mí y dame lo que deseo, lo que ambos deseamos.

Acarició el sonrojado pezón con la lengua sin dejar de torturarla con movimientos pausados de sus caderas, entrando profundamente, sosteniéndola ahí para luego retirarse y repetir la operación una y otra vez. Sus gemidos inundaban la habitación haciéndose eco de la pasión compartida.

—Oh dios, oh dios, oh dios...

Abandonó su pecho y subió a su boca para devorar sus labios con glotonería, le soltó las piernas, que se enlazaron por sí solas alrededor de su cintura clavándole los talones en el culo y se apoyó en los brazos para mecerse ahora con mayor intensidad contra ella.

—Reaver, cariño, nada de dios, harás que me crezca el ego —replicó en su boca, bebiéndose sus gemidos, enlazando la lengua en la suya y degustándola hasta quedar borracho de ella.

Quería sentir de nuevo esos suaves y húmedos músculos internos cerrándose a su alrededor y arrancándole la cordura, obligándole a sucumbir por fin a ella.

Empezó a empujar con más fuerza, ahogó sus gritos con la boca y no se detuvo ni siquiera cuando ella gritó su nombre al llegar a su propia liberación. No la dejó ir, enterrándose en su sexo una y otra vez hasta que los espasmos de aquella dulce presa tiraron de su propio orgasmo haciendo que se derramase completamente en su interior.

—Y esto, cielo... —ronroneó un minuto después tendido todavía encima de la cama a su lado—, no es más que el principio.

## CAPÍTULO 7

Una noche. Eso era todo lo que le había concedido, lo que ambos habían pactado y, sin embargo, no había sido suficiente. Su piel lo añoraba, su cuerpo revivía nítidamente cada momento pasado entre las sábanas, bajo el calor del agua de la ducha y sus pasos se volvían erráticos, resistiéndose a avanzar a través del aeropuerto.

Era hora de volver y continuar con su trabajo.

Esa misma mañana se había puesto en contacto con su prima para ponerla al corriente de los pormenores; el haber perdido más de la mitad de lo que el gilipollas le había quitado la hizo gritar como una *banshie*, pero parecía satisfecha, lo suficiente como para ingresarle en su cuenta la tarifa acordada.

*«Me quedo con que le has aplastado los huevos, Abby, solo por eso, te pagaría la mitad de tu tarifa. Una lástima que no hayas podido grabarlo en vídeo».*

Sacudió la cabeza al pensar en su conversación. No dejaba de resultar curioso que fuese su familia la que la considerara la rara, la diferente... en ese saco había algunos que podían postularse para el psiquiátrico y sin hacer oposiciones.

La megafonía anunció la próxima salida de su vuelo, tenía que embarcar ya si no quería quedarse en tierra.

—Joder, solo ha sido sexo —se recordó a sí misma—, y al menos esta vez no has terminado delante de Elvis y casada con él.

No, esta vez se habían despedido como... algo parecido a amigos. No hubo salidas a hurtadillas, ni arrepentimientos, ambos eran adultos, dos personas perfectamente sanas y cuerdas que disfrutaban del sexo y de un rocambolesco momento vivido en el pasado.

Reaver se había ofrecido incluso a llevarla al aeropuerto, pero había rehusado.

*«Acordamos una noche y ya es por la mañana. Gracias por una velada increíble, detective. Cuidate».*

Un *«tú también»* fue su única respuesta. Recogió sus cosas, la besó una última vez en los labios y salió por la puerta dejándola a solas consigo misma.

—Necesito volver al trabajo...

Tenía que volver a enterrarse en su cotidianidad, revisar expedientes, devolver llamadas y volver a la carretera. Había gente que la necesitaba y no podía darse el lujo de pensar en tonterías. Ya no era la mujer de antaño, hacía mucho que había dejado de creer en cuentos de hadas.

*«Este es un aviso para el pasajero Abigail Nuales, del vuelo VX488 con destino a Florida. Por favor, preséntese en la oficina de la Policía».*

Parpadeó al escuchar su nombre a través de los altavoces y frunció el ceño. El aviso volvió a repetirse al momento por megafonía, confirmándole que no había escuchado mal.

—¿Qué demonios...?

Volvió a echar mano al bolso y sacó el teléfono móvil en busca de algún aviso que le diese una pista de lo que estaba pasando. No era la primera vez que tenía que dar media vuelta para colaborar en algún caso de la zona, el hijo puto de su jefe era muy dado a no avisarla sino hasta el último momento.

Pero, en esta ocasión, no figuraba aviso de ningún tipo.

*«Este es un aviso para el pasajero Abigail Nuales, del vuelo VX488 con destino a Florida. Por favor, preséntese en la oficina de la Policía».*

La megafonía insistió una tercera vez en el mismo aviso aumentando su frustración. Se golpeó el muslo con la tarjeta de embarque y arrastró la maleta en dirección opuesta a la de su vuelo.

—Voy a meterte un palo por el culo, Thomas Larkin y voy a disfrutar como nunca haciéndolo —siseó, pronunciando el nombre de su jefe mientras caminaba hacia la oficina de la policía.

No tardó ni cinco minutos en dar con el pequeño reducto que utilizaba la policía en el aeropuerto, la puerta estaba abierta y había una mujer sentada detrás de un breve escritorio.

—Soy Abigail Nuales —se presentó.

La mujer levantó la mirada y señaló la pequeña habitación acristalada a sus espaldas.

—La están esperando.

Dejó la maleta a un lado, el bolso encima de la mesa y apuntó a la agente con un dedo.

—La hago responsable si se extravía alguna de mis cosas.

No esperó respuesta, pasó a su lado y entró en la habitación adyacente solo para detenerse en seco.

—¿Qué demonios...?

Reaver estaba sentado en el borde de un enorme escritorio lleno de papeles jugando con un set de esposas de metal y parecía realmente satisfecho consigo mismo.

—¿Has...? —Miró hacia la puerta y luego hacia él, empezando a juntar las piezas a la velocidad de la luz—. ¿Fuiste tú?

Se pasó la lengua por los labios y se incorporó, en el reducido espacio, su altura y corpulencia parecían incluso mayores.

—He llegado a la conclusión de que una sola noche no es suficiente —declaró. Y, ante su atónita mirada, le cogió la muñeca y cerró la pulsera de un

lado de las esposas a su alrededor.

Parpadeó con incredulidad y levantó la muñeca alrededor de la que se movía la pulsera.

—¿Y es necesario que me esposes para decírmelo?

Sus labios se curvaron lentamente hasta formar esa pícaro sonrisa que le provocaba escalofríos de placer.

—Te escapaste una vez, cielo, ¿de verdad pensabas que ibas a poder hacerlo otra?

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Entrecerró los ojos y agitó la muñeca.

—Suéltame. Ahora. Mismo.

Su respuesta fue levantar el otro extremo de las esposas y agitarlo en el aire antes de cerrarlo alrededor de su propia muñeca.

—Como dije, una noche no fue suficiente.

Sin más, la atrajo hacia él y la besó en la boca, arrebatándole las palabras y la cordura en un húmedo y caliente beso.

—Vas a tener que darme más, una semana, un mes... lo que surja...

Fue incapaz de decir nada, sus palabras no eran sino un eco de sus propios pensamientos, unos tan rocambolescos que se había obligado a hacerlos a un lado.

—¿Te das cuenta de que has hecho que pierda mi vuelo?

Le apartó un mechón de pelo del rostro y le acarició la nariz con el dedo.

—Es usted una mujer difícil de atrapar, señorita Nuales —ronroneó levantando las manos de ambos, esposadas—, así que, he tenido que recurrir a métodos... extremos.

Sacudió la cabeza.

—Estás loco.

—Quizá un poco.

—No. Estás loco de remate —aseguró, entonces, para su propia sorpresa, se echó a reír—. Por lo que es una suerte que yo lo esté también.

Después de todo, ¿quién, sino, una completa demente, se enamoraría de un hombre en el transcurso de una sola noche?

—¿Me concedes una noche más? —le preguntó él de nuevo.

Levantó su mano esposada y ladeó la cabeza.

—No veo cómo puedo negarme a tan apetitosa propuesta, detective.

—Y esa, cielo, es la respuesta correcta —declaró antes de capturar su boca en un húmedo y delicioso beso.

# **TODO O NADA**

Kelly Dreams

## CAPÍTULO 1

—Mi cerebro se ha frito y yo estoy a punto de entrar en el mismísimo infierno.

Mai O'Connor contempló su reflejo en el retrovisor interior del coche. La sombra de ojos cubría parte de sus párpados, realzando el tono castaño claro de sus iris, incluso en el interior del antifaz. Casi agradecía no poder ver el resto de su atuendo, pues no saldría del coche de hacerlo.

Deslizó los dedos alrededor del volante y lo apretó al tiempo que respiraba profundamente para luego dejar escapar el aire.

—Estás loca, Mai, estás completamente chalada —gimoteó dejando caer la frente contra el volante—. Una persona cuerda no haría algo tan estúpido.

Sí. Una persona cuerda no habría cogido prestada la tarjeta de socio de un club de la cartera del novio de su prima, no habría investigado dicho club y no habría solicitado una invitación en su nombre para una fiesta de disfraces, solo para demostrarle a la tonta y enamorada cabeza hueca, que el hijo de puta le estaba poniendo los cuernos.

Ellie estaba totalmente cegada por él, lo había conocido hacía un año en una fiesta y desde ese momento se había empeñado en que era el hombre de su vida. Había sido tal el flechazo, que en menos de un mes ya se había ido a vivir con él y no hacía más que decir lo increíble que era.

Resopló. Sí, increíble. Tan increíble que el muy cabrón la acusó a ella de intentar seducirle, cuando era precisamente él quién la acosaba sin

descanso.

Levantó de nuevo la mirada y contempló su reflejo en el retrovisor.

—Lo que hay que hacer por las personas que quieres —hizo una mueca —, aunque creo que sería mucho más efectivo liquidarle y esconder su cadáver.

Hizo una mueca y gimió. Ellie era lo más cercano que tenía a una hermana. Durante gran parte de su vida había sido su confidente y, dios sabía que se había alegrado infinitamente cuando creyó descubrir el amor, nadie se merecía más ser feliz que ella. Pero, aunque sonase a cliché, lo suyo no era amor, era obsesión, una que le impedía ver la realidad que todos los demás veían.

Sacudió la cabeza, se recolocó la máscara y se miró por última vez en el espejo.

Tenía que tener cuidado para no ser reconocida. A la máscara le había añadido un tinte rojizo a su pelo castaño claro, además de un nuevo peinado que la alejaba de la sencillez con la que solía vestir para convertirla en una sexy sirvienta digna de cualquier club nocturno.

—Ay, Ellie, si salgo de esta... te voy a recordar esta noche toda tu jodida vida.

Sin más, cogió el mini bolso y se apeó del coche lista para iniciar su investigación nocturna.

## CAPÍTULO 2

—Ponme un whisky.

Gabriel enarcó una ceja, se apoyó en la barra y le miró con ojo crítico.

—¿No te parece que ya has bebido bastante?

Wolf abrió la boca para responder, pero su amigo se le adelantó.

—Si le dices eso, beberá aún más —añadió su amigo.

Puso los ojos en blanco e ignoró el tono jocosos que había en la voz de Casio para señalar el vaso una vez más a la espera de que su hermano le sirviese una nueva consumición. No había venido esa noche al *Triple Trouble* para que le dijese lo que podía o no podía hacer, ambos sabían que sus decisiones eran únicamente suyas y que no llevaba nada bien que otros se metiesen en sus cosas.

El menor de los cuatro hombres que formaban la familia Falcon, había optado por seguir la tradición de la rama familiar y se había dedicado a la seguridad; de hecho, era propietario de una empresa a medias con su socio y amigo; Casio King.

—Ni siquiera he empezado a embriagarme —declaró con un mohín.

Y hoy era sin duda una buena noche para emborracharse.

Después de pelear durante los últimos quince días en los tribunales con la zorra de su ex mujer, estaba tan harto de todo que abrazaría con gusto la botella solo para poder olvidarse de la mierda que era su vida. El último año

había sido una verdadera pesadilla, una que terminó a modo de colofón de cuatro años de un matrimonio insostenible. Las continuas exigencias, los reproches por la pérdida de un bebé que, aunque sonase duro, ni siquiera estaba seguro de que fuese suyo y su insaciable necesidad de atención, los había mantenido a ambos en una continua discusión que a menudo terminaba con portazos y él marchándose de casa.

No era un secreto que su familia nunca había visto con muy buenos ojos su relación, de hecho, Gabriel había sido el primero, seguido por Reaver, que le habían hecho partícipes de que creían que estaba metiendo la pata, pero él había hecho oídos sordos al creerse enamorado de ella.

Un amor que se convirtió en odio, en rencor y en una necesidad imperiosa de alejarse de ella y de desfogarse con toda mujer disponible que encontrase por delante. Eso lo había llevado a ser un asiduo del club de su hermano y a empezar a interesarse por otras vertientes del sexo.

Desde el momento en que pidió el divorcio, un año atrás, había hecho de nuevo de su vida, algo solamente suyo. Se había mudado con su mejor amigo y socio mientras seguía adelante con la demanda que lo había llevado finalmente a los tribunales y a luchar con uñas y dientes para que esa zorra no viese ni un solo centavo de su dinero.

Gabriel dejó una cerveza delante de su vaso de vodka vacío.

—Si tienes intención de jugar esta noche, hermanito, será mejor que te pases a algo más liviano.

—O directamente prescindir de ello —reclamó Casio, arrebatándole la cerveza para darle él mismo un trago—. Por cierto, ¿qué ha pasado con Reaver? Oí algo sobre un altercado y una mujer...

Sí, esa era una historia que él también oído, uno de los cotilleos que se había esparcido por la sala poco después de su llegada.

—¿Recuerdas esa muñequita con la que se había obsesionado?

Arrugó la frente mientras intentaba recordar. El poli era bastante reservado con su vida privada, eso suponiendo que tuviese vida privada, ya que vivía para su trabajo tanto o más que él mismo.

—¿La que le sorbió el seso al extremo de terminar ante Elvis?

Los dos hombres dejaron escapar una risita.

—La misma —asintió Gabriel—. Pues, casualidades que tiene la vida, la chica acabó aquí el viernes de la semana pasada. Resulta que es una caza recompensas y venía tras la pista de un pobre incauto. Un idiota de turno que hizo lo que no debía y terminó con la nariz rota antes de que yo pudiese hacer algo para evitarlo.

—¿Caza recompensas? —La revelación no podía ser más sorprendente. Su hermano asintió.

—Se quedó tan impactado, que tuve que darle un empujoncito para que fuese tras ella.

—¿Y?

Se encogió de hombros.

—¿Tú lo ves por aquí ahogando sus penas en alcohol? —le soltó, aludiéndolo claramente a él.

—Reaver no es de los que ahoga sus penas en alcohol.

—No, pero sí es de los que suelta pestes si las cosas no le van bien —replicó—, y, dado que no ha dado señales de vida en los últimos seis días, tengo que deducir que las cosas le han ido bien.

—Al menos a alguien le van bien las cosas... —aceptó girándose en el taburete para contemplar el ambiente que se estaba gestando en el local.

Esa noche el club estaba bastante animado con la fiesta temática, los asistentes iban vestidos de mayordomos, sirvientes o señores, creando una cacofonía de colores y creativas indumentarias que se repartían entre las varias áreas en las que se dividía el local. La música inundaba el ambiente y

ponía banda sonora a las escenas que se estaban llevando a cabo en cada área.

—El ambiente está bastante animado esta noche —comentó sondeando la sala con la mirada buscando una presa con la que poder jugar. Quería sacarse de encima el mal humor, dejar de pensar y el sexo, era tan buena opción como la bebida o incluso mejor.

—La sala del Oeste es nueva, ¿no? —comentó Casio entrecerrando los ojos en dirección a una zona acotada dónde había una especie de erótico toro mecánico y un par de elementos que recordaban al Viejo Oeste.

—Es mi nueva incorporación —aceptó el dueño—. Y se le sumará pronto una nueva habitación temática.

Enarcó una ceja.

—¿De qué temática?

La misteriosa sonrisa de su hermano le indicó que no pensaba decir ni una sola palabra.

—Ya lo veréis cuando esté terminada —le soltó con todo divertido—, te dejaré incluso inaugurarla.

Puso los ojos en blanco y volvió a darle la espalda para continuar con su particular caza. Más allá de las parejas ya hechas, de las que charlaban animadamente en las áreas de descanso, había algunas mujeres que se limitaban a mirar o se exhibían con sensualidad, dedicando sonrisas, pequeñas caídas de ojos e incluso se animaban a charlar. Una de esas cruzó la mirada con la suya, una bonita rubia vestida de sirvienta con un traje que dejaba muy poco a la imaginación.

—¿Ya has encontrado algo interesante? —preguntó Casio, notando su cambio de atención.

Le sostuvo la mirada a la mujer durante unos segundos, encontrando en ella una equidad en sus ojos y en sus gestos que daba una clara respuesta sobre su interés.

—Puede que...

La frase quedó a medias cuando captó un movimiento por el rabillo del ojo, el de la breve falda de un traje de sirvienta francesa que se agitó con sensualidad cuando la mujer que lo llevaba se apartó como un conejito asustado para evitar tropezar con una pareja.

No podía verle el rostro desde aquella distancia, menos aún con el antifaz que le cubría la parte superior del rostro, pero había algo en ella inocente y sensual que captó de inmediato su atención. Sus movimientos hablaban de cautela y sorpresa, como si aquella fuese la primera vez que se veía en un lugar como ese. La forma en que movía la cabeza, la suavidad con la que avanzaba, los movimientos de sus dedos jugando con la tela del vestido... era como si una pequeña gacela hubiese entrado en la guarida de una manada de leones.

Siguió avanzando, mirándolo todo y, a juzgar por la forma abrupta en la que se detuvo un par de veces, la manera en que retrocedió ante una escena con un *flogger* en una *Cruz de San Andrés*, aquel no era su ambiente.

La vio girarse lamiéndose los labios con gesto nervioso y entonces, sus ojos se encontraron. Incluso en la distancia, apreció el maquillaje ahumado que los enmarcaban, la forma en la que se abrieron ligeramente para finalmente dejar caer los párpados bajando la mirada con gesto avergonzado.

—La quiero a ella. —Se levantó sin apartar la mirada, sintiendo como el deseo despertaba al instante en sus venas y engrosaba su sexo en el confinamiento de los pantalones.

Su amigo siguió la dirección en la que miraba y entrecerró los ojos.

—Parece un poco perdida, ¿no?

—No me preocupa, haremos que se encuentre a sí misma en un abrir y cerrar de ojos —declaró uniéndole a su nueva caza.

Casio y él solían jugar juntos en el club, formando un divertido e

interesante tándem que le había descubierto otra manera de ver e interpretar el sexo. Si había un hombre en el que confiaba, además de los miembros de su familia, era él.

Casi se rio entre dientes.

—Lo tuyo es todo o nada, ¿eh?

Sonrió de medio lado.

—Como si no me conocieras a estas alturas.

Los tres hombres se quedaron mirándola durante unos instantes, intercambiando comentarios mientras la veían moverse por el local.

—¿La conoces, Gabe? —preguntó su amigo. Su hermano solía llevar un control de las personas que accedían a su local. Al ser un club privado, solo se podía entrar por membresía o con invitación de alguno de los miembros.

—Juraría que es la primera vez que viene por aquí —aceptó Gabriel—, quizá ha sido invitada por alguno de los miembros.

—Pues descubrámoslo —declaró relamiéndose interiormente.

La risa del barman le acompañó.

—Buena caza.

Ni se molestó en mirar a su hermano, palmeó a su amigo en el brazo, quién se levantó y atravesó la sala dispuesto a interceptar a su presa.

## CAPÍTULO 3

—Si has perdido algo, quizá pueda ayudarte.

Mai dio un respigo, girándose de golpe a punto de perder el equilibrio si Casio no la hubiese sujetado.

—Cuidado, gatita.

Su azoramiento le pareció tierno y sexy, esos enormes ojos, que ahora veía eran de un castaño claro, se abrieron desmesuradamente y se vio obligada a levantar la cabeza para mirarle a él y luego a su acompañante.

—Lo siento... me habéis sobresaltado —respondió alternando la mirada de uno a otro—, err...

—Soy Wolf y él es Casio. —Se presentó, señalando a su amigo, quién se había inclinado sobre ella para apartarle un mechón de la cara—. Parecías un poquito perdida...

—¿Solo un poquito? —replicó y, al darse cuenta de que lo había hecho en voz alta, se sonrojó.

—No te preocupes, ni siquiera se te ha notado.

Esos labios se curvaron lentamente en una especie de sonrisa, cambió el peso de uno a otro pie y permaneció entre ellos a pesar de que era palpable su nerviosismo.

—Tú ya sabes nuestros nombres, pero todavía no he escuchado el tuyo —le recordó, inclinándose hacia ella sin llegar a moverse. Su presencia la

descolocaba—, y me gustaría poder dirigirme a ti apropiadamente...

—Mai —respondió. No pudo evitar una sonrisa al ver como las palabras habían vertido de sus labios voluntariamente—, Mai O'Connor.

—¿Y qué te ha traído hasta el club, pequeña Mai? —Hizo la pregunta de manera despreocupada, dándole su espacio, dejando que se acostumbraba a su presencia.

—Pues tú seguro que no...

La inesperada y sincera respuesta lo dejó descolocado e hizo que Casio soltase una carcajada.

—Y a eso le llamo yo, sinceridad en estado puro —aseguró su amigo entre risas—. Además de sexy, refrescante... una combinación interesante.

Su mirada vagó de uno al otro y, muy sutilmente, empezó a retroceder.

—Sí, bueno... gracias, creo —murmuró y dio un nuevo paso atrás—. Si me disculpáis, tengo... algo que hacer.

Y, sin esperar una sola palabra, se escurrió entre ellos para mezclarse al momento con el resto de los miembros del club.

—¿Soy yo o acaba de dejarnos con un palmo de narices? —preguntó su amigo con gesto divertido.

Su sorpresa no podía ser mayúscula.

—Lo ha hecho —aceptó entrecerrando los ojos al tiempo que la seguía con la mirada—. Esa gatita me ha ignorado y nos ha despachado.

Su diversión no podía ser mayor. Por regla general no tenía ningún problema para conseguir una mujer, solo tenía que elegir y en un abrir y cerrar de ojos era suya. Si le ponía trabas o le daba mucho trabajo, sencillamente la ignoraba y pasaba a la siguiente, pero ella... No, a ella la deseaba y punto.

—Te ha pinchado el ego, amigo.

Hizo una mueca, entrecerró los ojos y chasqueó la lengua.

—A la mierda mi ego —rezongó y señaló en la dirección en que se

había ido ella con un golpe de la barbilla—. Peores cosas le han hecho en los últimos años, ella sencillamente... Demonios. ¿Has visto la forma en la que se mueve? Está nerviosa, no encaja y sin embargo... ha sido capaz de darme con un no en las narices.

Casio sonrió de soslayo.

—Tiene un aire de dulzura y timidez que no encajan con el Triple Trouble y eso, amigo mío, la hace realmente interesante.

Asintió y le dio una palmada en el brazo.

—Lo suficiente como para desear ver que más hay debajo de esa dulce fachada.

Su amigo se frotó la barbilla.

—Parece que esta va a ser una noche realmente interesante.

## CAPÍTULO 4

Mai no se detuvo hasta haber puesto varios metros de distancia entre esos dos hombres y ella. Jesús, ¿de dónde habían salido? Casi le había dado un infarto al ver a esa montaña de testosterona tras ella para quedarse enseguida sin aire al encontrarse con esos ojos; los mismos con los que se había topado nada más entrar.

Se lamió los labios y contuvo un nuevo escalofrío de placer. Si su mirada la había afectado ya de por sí, el escuchar su voz y verle ahora cerca de ella, la había dejado totalmente en shock. ¿Cómo era posible que un total desconocido tuviese tal poder de presencia que hacía que prácticamente se le cayesen las bragas? Y su compañero, no se quedaba atrás.

—Céntrate, Mai, céntrate —se recordó in extremis—. Estás aquí para encontrar a ese capullo y obtener las pruebas que necesitas para desenmascararlo.

Cerró los ojos, respiró profundamente y volvió a abrirlos.

Dios, cuando descubrió que era un club nocturno había esperado otro tipo de local, algo parecido a un club de striptease o de baile, pero ni en sus más disparatadas fantasías había esperado encontrarse con algo como esto.

No era una mojegata, la verdad sea dicha, de hecho, era bastante liberal en lo tocante al sexo, pero tenía que confesar que era la primera vez que veía en acción algo como la mujer que había atada a una enorme X de madera, la

*Cruz de San Andrés*, siendo azotada con una fusta por un hombre que le doblaba en tamaño. El caso es que la mujer parecía estar extasiada, disfrutando de la escena con plena confianza en su compañero de juegos. Y aquella no era sino una de las muchas facetas que podías ver alrededor de la sala.

Dejó la peculiar escena y continuó vagando por la sala, tenía que encontrar a ese imbécil y mostrarle a Ellie, de una vez y por todas, la clase de hombre en el que había depositado toda su confianza.

La música parecía hacerse más intensa en ciertas zonas, como si los altavoces estuviesen sobre su cabeza. A su alrededor las parejas interactuaban charlando, compartiendo una copa, caricias nada sutiles o bailes que hacían subir la temperatura. Y fue, precisamente en la pista de baile, dónde encontró al hombre que había venido buscando.

Moreno, con un cuerpo trabajado en el gimnasio y cerca de los cuarenta, bailaba con una mujer rubia de exuberantes curvas que, obviamente no era su prima. La chica paseaba las manos por un pecho desnudo mientras su pareja disfrutaba magreándole el culo y comiéndole la boca y el cuello.

—Te pillé —musitó para sí. Se llevó la mano al delantal dónde había guardado su teléfono móvil y lo sacó con disimulo, accionó la cámara y enfocó de modo que no fuese muy obvio el que estaba sacando fotos.

Se movió con sutileza, esquivando a gente e intentando pasar inadvertida mientras se acercaba lo suficiente para obtener una buena fotografía.

—Espero que no estés haciendo lo que creo que estás haciendo, pequeña Mai.

La voz a su espalda hizo que diese un respingo justo antes de que una fuerte mano se cerrase alrededor de la suya.

—Oh, eso no está bien, muñequita, nada bien —chasqueó Casio, cortándole la retirada.

—Pero que... —jadeó, mirando entre uno y otro, sintiéndose repentinamente acorralada—. ¿Qué te crees...?

—¿...que estoy haciendo? —concluyó Wolf por ella, acorralándola con su altura, su presencia y esa cruda sensualidad que exudaba—. Dímelo tú, pequeña y procura sonar convincente o tendremos un verdadero problema.

Su voz no sonaba precisamente ligera, ya no había ese tono de sexy curiosidad en sus palabras.

—Uno que podría llevarte a tener que dar explicaciones en comisaría —añadió Casio, quién se adelantó, ocultando con su cuerpo el agarre de su compañero.

Mierda. ¿En qué lío se había ido a meter? Esos dos no parecía precisamente dispuestos a dejar que se marchase, no cuando la habían cogido con las manos en la masa.

## CAPÍTULO 5

Wolf le quitó el teléfono de las manos y comprobó rápidamente el contenido. La mujer había enfocado la pista de baile para fotografiar a una pareja que se magreaba. La había estado vigilando, viendo cómo se movía con disimulo, intentando acercarse a la pareja para encontrar un mejor encuadre. Él era un asiduo al club, lo había visto en más de una ocasión y siempre con alguna compañera distinta.

¿Un novio infiel? Poco probable.

Bajó la mirada sobre el rostro enrojecido de Mai. La chica no estaba avergonzada por haber sido pillada infraganti, estaba furiosa, lo que hacía la situación incluso más interesante.

—Déjame adivinar, ¿tu novio? —sugirió y no pudo evitar escupir la palabra. Lo último que le apetecía era inmiscuirse en una pelea de celos, mucho menos irse a la cama con alguien que se colaba en el club para sacar fotos furtivas como pruebas, suponía, que para una presunta infidelidad.

Parpadeó y abrió los ojos como un búho antes de responder con una rotunda negación de cabeza.

—¿Qué? Noooo. —Su indignación, unida a la voz de asco que emergió de sus labios—. Antes me afeito la cabeza que tener algo con ese neandertal.

Su amigo soltó un bufido.

—Ni se te ocurra —declaró Casio extendiendo la mano y acariciando un mechón de su melena—, me gusta demasiado esa mata de pelo rojiza.

Su gesto de sorpresa fue tal que no pudo evitar sonreír a pesar de todo,

pero se obligó a jugar su papel y levantó el móvil a modo de recordatorio.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de que estés aquí, sacando fotos, en vez de disfrutar del club?

Apretó los labios dispuesta a mantener ese supuesto secreto, por lo que le mostró el teléfono y lo dejó caer en el bolsillo superior de su americana. Su expresión de asombro fue tan natural que sintió una inexplicable necesidad de besarla para borrarla de la cara.

—Oye, no puedes...

—Claro que puedo, dulzura, acabo de hacerlo —la interrumpió, cortando su réplica con sencillez—, y se quedará ahí hasta que me des una explicación que nos satisfaga a los dos.

Mai deslizó la mirada entre él y Casio, su asombro era palpable, casi tanto como la incredulidad y la creciente molestia que crecía en ella reflejándose en sus gestos. Era transparente, sus respuestas no eran fingidas y su naturalidad era lo suficiente refrescante para captar cada vez más su atención.

—¿Quiénes sois? ¿Los jefes de seguridad del club? —replicó entonces ella con tono molesto.

Ladeó la cabeza y sonrió de medio lado. No le quitó la mirada de encima y eso, tal y como comprobó, la ponía incluso más nerviosa. Él la ponía nerviosa.

—Además de sexy es inteligente, Wolf.

Mai arrugó la nariz, sus ojos se abrieron desmesuradamente tras el antifaz y vaciló entre ambos.

—Es broma, ¿no?

—No, pequeña Mai, no es una broma —declaró acercándose lentamente a ella—, y como jefe de seguridad del club, estoy deseando saber que tienes que decir sobre esto.



## CAPÍTULO 6

Mai empezaba a pensar que el mejor lugar para estar ahora mismo era en su casa y no en una habitación a solas con dos hombres que tenían testosterona suficiente como para hundir el *Titanic*.

Esos dos eran como una deliciosa y masculina apisonadora cuyos mandos pasaban de unas manos a otras y amenazaba con aplastarla con su presencia. Juraría que estaban jugando con ella a poli bueno y poli malo; mientras uno la presionaba, el otro fingía apoyarla, empujándola al mismo tiempo a cooperar.

Tenía que admitir que la situación era tan absurda como divertida y también, muy, pero que muy caliente. Esos dos formaban un tándem de lo más extraño. Tan moreno uno como rubio el otro, sus diferencias eran claras. Mientras Casio era una montaña de hombre, con una envergadura y musculatura digna de la *WWE*, Wolf era más delgado, con una complexión fibrosa y un aire de elegancia que le recordaba al lobo al que homenajeaba su nombre. Él era el poli malo, el que empujaba, el que la acechaba y la acusaba. Casio era su apoyo y el poli bueno, su presencia la envolvía, le ofrecía una imaginaria seguridad que la hacía más receptiva a responder a sus preguntas.

Juntos formaban un equipo increíblemente bueno, su complicidad era perfecta, completándose el uno al otro y, de manera absurda, empezó a preguntarse si serían igual en la cama.

*Ahora sí que he perdido la cabeza por completo.*

No estaba allí para fantasear con el sexo y mucho menos con el que podría obtener de dos hombres como aquellos, miembros de un club erótico en el que lo más clásico era un empotramiento contra la pared.

No, estaba allí para conseguir pruebas que hicieran que Ellie abriese los ojos de una buena vez.

—Por enésima vez, no soy detective privado, ni una esposa vengativa, ni una novia celosa... —enumeró con un resoplido. Había pasado la línea de la paciencia y, cuanto más insistían, más se irritaba.

—Pero tampoco eres miembro del *Triple Trouble*, has entrado como invitada...

Miró a Wolf, quién se había inclinado sobre ella, buscando sus ojos.

—Quizá deba preguntarle a la pareja a la que estabas espiando...

—No les estaba espiando.

—...y preguntarles a ellos.

Resopló, ¿por qué tenía que ser tan sexy e irritante?

—No.

Sus labios se curvaron en una divertida y sonrisa. Ese hombre era demasiado seguro de sí mismo para su propio bien.

—Sabemos que no eres una delincuente, encanto, pero tienes que admitir que tu manera de actuar resulta sospechosa —añadió Casio a sus espaldas.

Puso los ojos en blanco y ladeó la cabeza para mirarle.

—¿Sospechosa? ¿En serio? —resopló y señaló la puerta que llevaba a la sala principal del club—. ¿Habéis visto bien lo que estaba ocurriendo? Creo que hay cosas mucho más sospechosas ahí dentro...

—Desde mi punto de vista no hay nada sospechoso en un club erótico privado y sí bastante en el que alguien se cuele solo para sacar unas fotografías con el móvil a una pareja —insistió Wolf, quién no parecía

dispuesto a ceder ni un solo segundo—. ¿O acaso te va el voyerismo?

Enarcó una ceja y se llevó las manos a la cadera, tocando la tela del disfraz, recordando la guisa que tenía. Al contrario que ellos, los cuales no seguían el código de vestimenta de la fiesta, ella seguía embutida en ese vestidito indecente.

—¿Y a ti los interrogatorios?

Escuchó una risita a su espalda, Casio parecía estar pasándolo muy bien.

—De hecho, sí —contestó Wolf acercándose todavía más a ella, deslizando la mirada con abierta sensualidad, sin ocultar el hecho de que la encontraba atractiva—, pero suelo llevarlos a cabo en otro tipo de circunstancias, unas mucho más... eróticas.

Tragó, sintió como el calor la inundaba inmediatamente y no pudo evitar apretar los muslos.

Dios, ese hombre la aceleraba tan solo con sus palabras, su voz era tan demandante que estaba segura de que, si ahora le dijese que saltase con ese tono grave, lo haría.

—¿No me digas?

Demonios, ¿qué le pasaba? ¿Por qué lo desafiaba de esa manera?

Los ojos claros del hombre se entrecerraron sobre ella, su mirada era penetrante y muy sensual.

—Dímelo, Mai —pronunció su nombre con una cadencia que la hizo estremecer—, dime porqué debería devolvarte el móvil y dejar que te marches ahora mismo.

No pudo evitar temblar, notó como su sexo se humedecía al instante y sintió la imperiosa necesidad de retroceder, de alejarse de Wolf, porque la alternativa era darle con algo en la cabeza y dudaba que se atreviese a tanto.

—Habla, dulzura, díselo —escuchó al mismo tiempo la voz de Casio, la cual le provocó otro escalofrío—, dinos lo que queremos saber.

Si Wolf la ponía nerviosa con su presencia y ese tono de voz que la derretía y empujaba a obedecer sus órdenes, Casio la descolocaba por completo con su actitud despreocupada y esos inesperados momentos de apoyo. El hombre era, además, realmente atractivo, de una forma más luminosa que Wolf.

Se lamió los labios, cerró los ojos y dejó escapar un agotado suspiro. La única manera que tenía para salir de esta era decir la verdad.

—Es el novio de mi prima —murmuró con un mohín—, y es un completo gilipollas, cosa que ella se niega a ver.

—Esa es la excusa que ponen la mayoría de las mujeres hacia los hombres que nos les caen bien, querida.

Fulminó a Casio con la mirada.

—Como también es típico de los hombres solaparse entre ellos.

—Mai, la verdad.

Se giró para encontrarse con los ojos de Wolf fijos en ella.

—Os he dicho la verdad —rezongó—. Ese Neanderthal de ahí fuera es el novio de mi prima, lleva casi un año viviendo con ella. Un año en el que el hijo de puta ha estado visitando el club, a juzgar por los pagos puntuales de su membresía. Por no mencionar el pequeño detalle de que me ha estado acosando desde el primer día en que Ellie me lo presentó y ella es tan estúpida y está tan enamorada que no ve lo que tiene delante de sus narices.

Acabó soltándolo todo de carrerilla, enfadándose consigo misma ante la realidad que había en esas palabras.

—Y, obviamente, yo soy lo bastante estúpida como para preocuparme por una persona, a la que quiero como a una hermana, a pesar de que ella no cree una sola de mis palabras con respecto a ese idiota. Tan tonta que no he dudado en venir a este lugar, sabiendo que me estaba metiendo en terreno fangoso, solo para obtener pruebas de que ese mentecato le está poniendo los

cuernos desde antes de que el hombre inventase la rueda.

Wolf le sostuvo la mirada durante un momento más, algo en sus ojos cambió, así como la manera en que la observaba. De repente, su fija atención decreció, la ignoró y sacudió la cabeza.

—Sí, eres estúpida —declaró entonces en voz alta, sorprendiéndola con el tono crítico que adoptó su voz.

—Wolf... —Un aviso de parte de Casio.

—Lo suficiente como para querer ayudar a una persona que debería abrir los ojos por sí misma —continuó sin más. Entonces se llevó la mano al bolsillo superior, sacó el móvil y se lo devolvió—. Yo que tú, no conservaría muchas esperanzas de que me creyese, ni siquiera con pruebas gráficas. El amor hace que la mayoría de la gente se vuelva cegata y no vea la verdad que ven todos los demás... hasta que ya es demasiado tarde.

Y la manera en que lo decía, la amargura que subyacía en su voz, le dijo a Mai que estaba hablando por experiencia.

—Sigue ocultándote tras la máscara y vete, pequeña Mai —le dijo, resbalando los dedos sobre su mejilla en una suave caricia—. El *Triple Trouble* no es lugar para almas tan nobles.

Dicho aquello, bajó sobre ella y le acarició los labios en un breve beso para luego darle la espalda y marcharse, dejando a Casio maldiciendo en voz baja.

—Y elige precisamente este momento para meter la cabeza en el culo —chasqueó y se giró hacia ella—. Le gustas... le gustas demasiado y posiblemente tenga razón. Eres demasiado cálida y luminosa para este mundo, bajo esa máscara... No, no se esconde el pecado.

Mai se quedó sin palabras, no sabía cómo reaccionar a sus palabras o a la sensación que le había provocado el beso de Wolf.

Tenía que estar perdiendo la cabeza por completo, porque el beso de ese

hombre la había dejado anhelante y temblorosa.

## CAPÍTULO 7

—Ey, Gabe, ponle algo dulce para beber y encárgate que nadie la moleste hasta que decida dar por concluida la noche. —Casio se detuvo frente a la barra del bar, la cogió por la cintura, levantándola sin esfuerzo y dejándola sobre un taburete. La había acompañado de vuelta a la sala principal, después de que Wolf hubiese desaparecido—. Sé buena, tesoro, y vuelve a casa antes de que cambie de idea y decida romper mis propias reglas y corromperte yo mismo.

Su boca descendió sobre la suya, pero, al contrario que el beso de Wolf, este fue crudo, profundo, con lengua y la dejó jadeando sobre el taburete.

—Ya veo que has hecho un nuevo amigo —comentó el barman atrayendo su atención. Le tendió la mano por encima de la barra y se presentó—. Soy Gabe, por cierto.

Parpadeó, todavía descolocada por el beso y le estrechó la mano.

—Mai.

—Un placer conocerte, Mai —declaró, entonces se movió tras la barra para prepararle una bebida—. Y dime, ¿qué le has hecho a mi hermano para que haya decidido renunciar a un bocadito tan apetecible?

La inesperada información la hizo parpadear.

—¿Tu hermano?

—Wolf —especificó, sorprendiéndola incluso más—. Había decidido bailar un tango con una buena borrachera hasta que apareciste por la puerta y le sorbiste el seso.

Su directa declaración la sonrojó.

—Yo no le he sorbido el seso —replicó—, de hecho, tengo dudas de que lo tenga.

Gabe se echó a reír, asintió con la cabeza y se apoyó en la barra.

—Eso no te lo discutiré —aseguró, entonces bajó la voz y le habló en confidencialidad—. Pero ese se debe a que todavía no lo conoces en profundidad...

—No estoy segura de querer conocerlo... en profundidad.

Su sonrisa se hizo más intensa.

—Hay pocas cosas que le llamen la atención, de hecho, suele pasar a cosas más importantes si le dicen que no, pero, por algún motivo, tú le has gustado —declaró sin más—, lo hiciste desde el mismo momento en que atravesaste la puerta del *Triple Trouble*.

Arrugó la nariz, no sabía que responder a eso, pero al parecer, él tampoco necesitaba de una respuesta.

—Lo que me lleva a preguntarte, ¿cómo has entrado en mi club?

Los ojos de este hombre eran igual de penetrantes que los de Wolf, sin embargo, sus facciones eran más brutas y, al mismo tiempo, lucía un semblante mucho más relajado, casi despreocupado.

—¿Por la puerta?

Su respuesta lo hizo soltar una carcajada.

—Muy ingeniosa —declaró cruzándose de brazos—. Pero ambos sabemos que no eres miembro del club, de hecho, creo que ni siquiera encajas en este ambiente...

¿Por qué todo el mundo insistía en decirle lo mismo?

—¿Y cómo estás tan seguro de ello?

Ladeó la cabeza y la contempló durante unos instantes.

—Alguien que desea ocultarse detrás de una máscara no se atreve a ser uno mismo frente a otros —declaró y señaló la sala con un gesto de la barbilla

—. Aquí utilizan máscaras como parte de un juego, pero más allá, lo que ves es lo que son realmente. Tú, preciosa Mai, no utilizas una máscara para jugar, la utilizas para esconderte.

Abrió la boca, pero él la silenció colocando un dedo sobre sus labios.

—Disfruta de tu bebida y luego vete a casa.

Se libró de su contacto. ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en echarla? ¿Qué pasaba si no quería irse?

—¿Y si no quiero irme? —dio voz a sus pensamientos.

La manera en que la miraba la ponía nerviosa, al igual que Wolf, parecía ser capaz de mirar a través de ella.

—Entonces deja el antifaz y sube al segundo piso, tercera puerta a la izquierda —le indicó la dirección—. Pero si lo haces tendrás que dejar atrás el disfraz y dejar que te vean cómo eres en realidad. Esto es un todo o nada, dulzura.

Todo o nada. Un juego de una noche. Ser ella misma por unas cuantas horas en un lugar al que posiblemente nunca volvería a entrar. Disfrutar del pecaminoso erotismo que traía consigo el sexo y la libertad, experimentar, pensar en sí misma por una vez y no en los demás, ser egoísta y disfrutar de lo que pudiese encontrar en su camino.

¿Se atrevería a dejar atrás sus preocupaciones y ser ella misma durante un momento?

Cogió la copa que le sirvió, probó la bebida y cerró los ojos dejando que la calidez del alcohol la recorriera.

—Guárdame esto —pidió. Se quitó el antifaz y se lo entregó, junto con su teléfono móvil.

Sus ojos se encontraron entonces, libres de máscara y él le sonrió.

—Que disfrutes la velada, Mai.

Quizá estuviese loca, hubiese perdido la cabeza por completo o la

bebida que le había servido Gabriel tuviese algo más que alcohol, pero no quería irse. Quería quedarse y quería ver de nuevo a Wolf, incluso diría que, a Casio, quería que ambos la mirasen a los ojos y la viesan. Quizá se arrepintiese después, pero esa noche, esa noche iba a permitirse ser ella misma y disfrutar de lo que le ofreciese la noche.

## CAPÍTULO 8

Wolf se dio el lujo de darse una ducha. Necesitaba aclararse las ideas, sacarse toda la mierda que traía consigo de las últimas dos semanas y ver las cosas con perspectiva. El estrés de todo ello le estaba pasando factura, había renunciado a un bocadito tan apetitoso como Mai y eso lo enfurecía casi tanto como aliviaba.

Ella no era material para sus juegos, no se merecía que fuese un completo hijo de puta con una mujer que se había colado en un club erótico solo para echarle una mano a su prima.

Cuando escuchó su explicación sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Él había estado allí, había estado justo en el lado contrario al que estaba la gatita y sabía de primera mano que nada de lo que ella hiciese serviría; el amor hacía que las personas se volvieran ciegas, negándose a ver incluso lo que estaba delante de sus narices. Él se había negado a ello. Llegó a pelearse incluso con sus hermanos, con su familia, con Casio terminó llegando a las manos, una conducta que ahora le avergonzaba y que solo le mostraba lo gilipollas que había sido con la gente que le quería.

No, ella no encajaba en ese ambiente. Lo supo desde el momento en que la vio entrar, pero había sido precisamente esa fragilidad, su cara de sorpresa y esa esporádica timidez lo que lo atrajo. Ella era distinta a su ex mujer, era distinta a todas las féminas que se había llevado a la cama, con las que había hecho alguna escena e incluso compartido con Casio.

*«¿Renuncias a ella porque no es lo que esperabas o porque lo es?».*

Casio le había seguido después de dejarla en la barra del bar. Había permanecido a su lado con su habitual calma, exponiendo los pros y los contras de su actitud y ofreciéndole una resolución final. A él también le gustaba Mai, su amigo tenía un pasado casi tan hijo de puta como el suyo, pero, en su caso, lo había dejado atrás y seguía adelante con su vida disfrutándola de la mejor manera posible.

*«Sabes que lo que ves, no es lo que se oculta realmente en ella. Esa máscara es solo una excusa, una forma de ocultarse del mundo. Y, curiosamente, tío, me ha recordado un poco a ti».*

Su máscara no había sido un antifaz, pero la había llevado puesta durante mucho tiempo.

*«Pero está bien, tú eres el único que puede decir lo que deseas hacer y lo que no. Por mi parte solo puedo decirte una cosa, yo sí estoy dispuesto a descubrir quién es la mujer que se esconde tras el antifaz».*

Un sutil recordatorio de que la gatita le había causado una profunda impresión a su amigo, una que iba más allá del esporádico interés que traía consigo el atractivo sexual.

Sacudió la cabeza y metió la cara debajo del chorro del agua, empezaba a pensar demasiado. Se enjabonó el pelo y se lo aclaró, disfrutando de ese momento de relajación e hizo una mueca al escuchar el sonido de alguien tropezando en la habitación.

—Cas, empiezas a hacerte viejo si ya tropiezas con las cosas —replicó en voz alta, suponiendo que su amigo había vuelto para asegurarse de que no se hubiese ahogado o algo peor.

No hubo respuesta, pero tampoco le sorprendió. Casio solía hacer lo que le daba la gana cuando le daba la gana, ya estaba acostumbrado a ello.

Unos momentos después escuchó el chasquido de la cerradura de la puerta del baño.

—¿Sabes? Es un poquito difícil ahogarse en la ducha, hermano, así que relájate.

Sin embargo, la persona que abrió la mampara de la ducha, entró en su espacio y pegó el curvilíneo y femenino cuerpo desnudo y caliente a su espalda no distaba mucho de ser su mejor amigo y socio.

—Todo o nada —escuchó la suave voz de Mai—. Elijo todo.

Notó la vacilación, la timidez de esos brazos que le rodeaban la cintura, la suavidad de las manos que se aplanaron contra su estómago mientras el aliento de su respiración le acariciaba la columna.

—¿Estás segura de que es lo que deseas, pequeña Mai?

Sus senos se apretaron contra su espalda al acercarse un poco más.

—Ni lo más mínimo, pero de eso se trata, ¿no? —respondió con sencillez—. De descubrirlo.

Se giró, atrayéndola contra su pecho, contemplando su rostro ahora libre de la máscara y bajando su boca sobre la de ella.

—Descubrámoslo entonces —declaró antes de apropiarse de su boca y, ahora sí, besarla en profundidad. Su sabor era delicioso, su respuesta tímida y a la vez generosa, esa gatita prometía ser una compañera de juegos entregada.

—Me gusta como sabes —declaró pegado a su boca, entonces busco sus manos y las cubrió momentáneamente con las cuyas, apretándoselas contra su carne—. Y yo te gusto mojado y desnudo, admítelo —la pinchó, mordisqueándole ahora el cuello.

Una risueña carcajada resonó en el húmedo espacio, Casio se había apoyado en la puerta del baño, mirándoles con esa hambre que seguramente se reflejaría en sus ojos.

—No lo admitiré, no en voz alta —se rio su amigo—. Es demasiado educada...

Su respuesta fue apretarse contra él, su cuerpo ahora húmedo por el

suyo, por el agua y ligeramente sonrojado.

—No soy demasiado educada... —murmuró con tono suave, ligeramente avergonzado.

—Um... —Casio entró en el breve espacio y se detuvo ante ellos, dejándola a ella acostumbrarse a su presencia, decidir si le quería allí—. No era una crítica, gatita, por el contrario, lo encuentro... fascinante.

Dicho esto, se inclinó sobre ella, le acarició la barbilla y tras mirarle a él fugazmente, le acarició los labios con suavidad.

Someterla iba a ser uno de los mayores placeres de los que iba a disfrutar en mucho tiempo. Ver su mirada vidriada por el deseo, su cuerpo dispuesto a sus caprichos, a los juegos de ambos y esa dulce sumisión en sus manos, plegándola a sus deseos y recompensándola con todo el placer que pudiese encontrar en ese cuerpo.

La notó temblar, pero no había miedo en su lenguaje corporal, aunque sí nerviosismo. Respondió al beso de Casio un poco cauta al principio, relajándose a medida que su compañero obraba su propia magia sobre ella hasta arrancarle un gemido al retirarse.

—Eres una gatita traviesa —le susurró Wolf al oído, la giró dejándola de espaldas a él y le cogió la mano para guiarla sobre la dura erección que se moría por enterrar muy profundamente en su interior—, y estoy deseando disfrutar de tus travesuras.

Notó el temblor de su cuerpo, el sobresalto cuando le cerró los dedos alrededor de su pene y la incitó a acariciarle muy lentamente.

Levantó la mirada y se encontró con que la de su amigo estaba ocupada en el cuerpo que tenía expuesto ante sí, el deseo se reflejaba en sus ojos, un hambre desnuda y sexual que hablaba de un apetito fiero y crudo.

—Y no soy el único —le susurró al oído haciendo que fuese consciente, una vez más, de la presencia de su otro compañero—. Está deseando tocarte.

Casio no se hizo de rogar. Ella era como una sirena que los atraía sin remedio y sucumbió a la tentación. Se cernió sobre ella, la besó con avaricia, oprimiéndola contra su propio pecho mientras notaba como esa dulce mano se cerraba incluso más alrededor de su polla.

La mano libre se interpuso entonces entre sus cuerpos y empujó. Ambos sabían que él le permitía hacerlo, pues se separó dejándola jadeante.

—No puedo respirar —musitó recostándose contra su pecho.

Los ojos de Casio se iluminaron con la misma sonrisa perezosa que le curvó los labios.

—Aprenderás a hacerlo, solo requiere práctica...

—Todavía no sé si quiero aprender...

—Demasiado tarde, dulzura —le susurró Wolf al oído—, decidiste aprender en el momento en que atravesaste esa puerta y te uniste a mí.

Se giró para mirarle y él le guiñó el ojo.

—Esto... esto es demasiado... yo...

—Tú eres mía —declaró Casio cogiéndole el rostro para que lo mirase, entonces alzó los ojos sobre él—, nuestra. Durante esta noche, eres nuestra.

La forma en que se tensó era suficiente indicativo de su nerviosismo.

—¿Y yo puedo decir algo al respecto? —musitó con cierta diversión y timidez.

—Claro que puedes —aceptó Casio—, Wolf dejará que gimas todo lo que quieras.

Los dos intercambiaron una mirada y él asintió, dejándola ir.

Casio la atrajo de nuevo hacia él, le acarició la mejilla y bajó sobre su boca ahora con mayor suavidad.

—Solo tienes que relajarte y disfrutar, Mai.

La dejó ir lo suficiente para que Casio afirmase también su posición. Se apretó contra ella, le rozó el culo con su dura erección y le aferró los pechos

mientras le hablaba al oído.

—Sé que esto te excita —le dijo Wolf—, te enciendes bajo mi contacto y el de Casio. Te humedeces, te excitas y deseas más.

Se estremeció y gimió cuando le apretó los pezones, jugando con ellos.

—Pero no debería... yo... esto no es algo que... que haya compartido... antes...

—Siempre hay una primera vez —le aseguró, soplándole en la oreja—, y esta es perfecta para enseñarte como se juega...

—¿Jugar?

—Jugar —le aseguró Casio—. No pienses, Mai, no busques una razón, límitate a sentir y a disfrutar.

Volvió a restregarle la polla contra el culo y le susurró al oído al tiempo que le pellizcaba los pezones por última vez.

—De rodillas, gatita —le sopló el oído y la instó a ello.

Ella se retorció y se dejó caer de rodillas mirándole entre azorada y anhelante. La vio lamerse los labios mientras observaba su dura polla erguida ante ella.

—Hazle suplicar, nena —se rio Casio acariciándole el pelo un segundo antes de dar un paso atrás y limitarse a contemplarla.

Su vacilación no hacía sino calentarlo, la paciencia era una virtud largamente adquirida, una que siempre traía consigo una recompensa.

—Oh, sí, esta es sin duda una vista de lo más sexy —jadeó al verla bajar sobre su pene, introduciéndose la cálida y dura longitud en la boca, probándolo con tal suavidad que quedó inmediatamente en éxtasis—. Joder... sí...

—Parece que alguien ha encontrado la manera perfecta de vengarse. — La risa de Casio reverberó en el cuarto de baño mientras se movía tras ella, terminando de desabotonarse la camisa, para luego deshacerse de sus

vaqueros.

—Y no será la única.

Con un rápido entendimiento, ambos se movieron para permitir que Casio se arrodillase justo detrás de Mai, con su rostro entre los muslos y su lengua acariciando el expuesto sexo femenino. No pudo evitar gemir al sentir como los labios que rodeaban su pene lo apretaban un poco más, arrebatándole el aliento, mientras gemía a su alrededor.

Enredó la mano en su pelo, haciéndola notar su presencia y tranquilizándola cuando empezó a retirarse con un quejido.

—Suave, gatita, suave... —le acarició la cara con la mano libre—, déjale que se divierta, hará que te sientas bien en un minuto.

El nerviosismo se mezclaba con la inesperada vergüenza, el placer se extendía por su cuerpo, humedeciéndola más y más y haciendo que sus gemidos se volviesen más crudos y eróticos. Su boca era cálida, su lengua una pícara provocadora, si bien había entrado en el juego con cautela, la pasión intrínseca en su alma despertaba en ella cosas que, probablemente, ni siquiera sabía que tenía.

Tenía que admitir que la imagen era sumamente erótica. Las manos de su amigo aferraban las nalgas, elevándola, obligándola a extender las piernas para hacerle sitio mientras bebía directamente de su sexo. El voluptuoso cuerpo de su dulce compañera de juegos era acariciado por la humedad provocada por el vapor, unos mechones de pelo se escapaban por su espalda mientras que el resto era retenido entre sus dedos y esos coquetos labios, ahora rojos, lo envolvían, tragándose solo para dejarle ir cada vez que necesitaba tomar aire.

—Adoro ver como mi pene se hunde en tus labios, la manera en que me aprietas en esa húmeda cavidad —gruñó, luchando consigo mismo para no tomar el mando y follarle la boca a conciencia.

Sus palabras tuvieron efecto inmediato, gimió alrededor de su pene y tembló, posiblemente provocado también por la boca masculina que se amamantaba entre sus piernas.

—Oh, sí, Casio es un bastardo afortunado, cariño —ronroneó Wolf tirando un poco de su pelo, adelantando las caderas y sumergiéndose un poco más profundo en su boca—, se está dando un banquete con ese dulce coñito.

Ella gimoteó de nuevo, el sonido reverberó alrededor de su pene y, esta vez, le permitió retirarse por completo.

—Wolf...

Escucharla pronunciar su nombre fue como una tierna caricia. Sus ojos se encontraron y lo siguiente que supo es que la había atraído hacia él, arrebatándola de su co-jugador y besándola en la boca con hambre, bebiéndose sus gemidos y disfrutando de ese cuerpo rozándose contra el suyo.

—Alguien está un poquito ansioso.

Gruñó en respuesta, abandonando su boca solo para volver a besarla.

—O algo más que un poquito. —Las carcajadas de Casio los dejaron a solas durante unos instantes, escuchó de fondo como se abría la puerta del baño y supo que era el momento perfecto para cambiar de escenario.

—Es hora de un cambio de escenario.

Ni siquiera le dio tiempo a decir nada, le dio un último beso en los labios y se la echó al hombro como si fuese un saco de patatas.

—¡Wolf! —jadeó.

Dejó caer la mano desnuda sobre su redondo culo y a continuación se lo frotó.

—Silencio, gatita —clamó lanzándola sobre la cama redonda que había presidiendo la habitación para quedarse mirándola desde su lado, mientras Casio, ya desnudo, la contemplaba desde el otro.

—Discúlpale, tesoro, a veces se olvida de lo que son los modales.

—¿No? ¿En serio? —se rio ella. Y era una risa genuina. Mai estaba tranquila, expectante y disfrutando de ese inesperado encuentro que los había reunido a los tres.

—Deja de hablar, gatita y mejor, gime.

Wolf se relamió y bajó sobre ella, atacando sus pechos, succionando uno de sus pezones y amamantándose de él mientras Casio se colaba de nuevo entre sus muslos y retomaba con hambriento ímpetu su sexo.

La degustó con hambre, disfrutando de la mujer que tenía bajo él, notando como su pene se endurecía aún más mientras ella se arqueaba contra su boca y gritaba unos momentos después su primer clímax.

—Sí, eso está mejor —ronroneó Casio, lamiéndose los labios y ascendiendo ahora hasta su boca para besarla con la misma hambre que sentía él—. Eres deliciosa, un manjar adictivo.

Se sumergió entre sus piernas, extendió y separó los húmedos pliegues con los dedos e introdujo la lengua en una lenta caricia, probándola y gimiendo de deleite ante su sabor. La lamió perezoso, enloqueciéndola, succionó su abertura y se hundió en su húmedo pasaje mientras ella se retorció bajo él.

Ahora habían invertido sus posiciones, mientras él se daba un festín entre los muslos de Mai, Casio degustaba sus pechos, succionando sus pezones, mordiéndolos y tironeando de ellos haciendo que la chica se arquease y gimiese sin medida. Su voz resonaba en la pequeña habitación excitando a sus bestias y llevándoles a ambos a devorar a la hembra que les pertenecía a ambos. Mordisqueó los gordezuelos labios vaginales y se deleitó con los grititos de Mai cuando succionó su clítoris mientras su compañero abandonaba sus senos y devoraba su boca.

—Wolf tiene hambre de ti, dulzura —escuchó el ronroneo de Casio—, parece que no puede saciarse.

Y no podía, quería más, quería mucho más de ella, lo quería todo.

—Muéstrale quién eres debajo de esa máscara, Mai —escuchó a su amigo.

Ella se arqueó desinhibida, perezosa y sexy y lo sorprendió pronunciando su nombre.

—Wolf...

Dios, ¿podía una voz sonar más sexy?

—¿Sí, nena?

—Quiero más...

Oh, sí, él también quería más, mucho más.

—Pues más tendrás, dulzura.

Se cernió sobre ella con lentitud, controlando sus movimientos, decidiendo cuando besarla y cuando no, si le permitía moverse o debía quedarse quieta.

Mai gimió contra la boca de Casio cuando este se inclinó sobre ella y la devoró. Vio como hundía la lengua en su boca, pero sus ojos, esos ojos cómplices estaban fijos en él, provocándole, incitándole a reclamar lo que deseaba. Wolf abandonó los labios y bajó la cabeza para tomar un duro y puntiagudo pezón, mordiéndolo hasta dejarla sin aire, incitándolo sin más a tomar lo que deseaba.

—Wolf...

Perdió la batalla y sucumbió a la dulzura y la necesidad de la mujer y la suya propia, se cernió sobre ella y la poseyó. Penetró en ese húmedo y apretado pasaje, gimiendo cuando esos hinchados tejidos lo acogieron, permitiéndole introducirse completamente en ella, acomodándole en esas húmedas y firmes paredes que lo unían más íntimamente que ninguna otra cosa.

Mai gimió y se retorció bajo él, sus gritos ahogados por la boca de Casio que le mordisqueaba los labios.

—Por favor —gimió sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Oh señor, por favor...

Se rio por lo bajo, introduciéndose por completo, resbalando hacia fuera solo para volver a entrar.

—¿Por favor qué, gatita?

Se lamió los labios, esos bonitos y asombrosos ojos se posaron sobre él con vidriado anhelo.

—Wolf...

—Estoy aquí, dulzura.

Sacudió la cabeza de un lado a otro, apretó los labios, gimió y notó sus músculos internos apretándole de nuevo.

—Oh, maldito seas...

—¿Qué deseas, Mai?

Su sexo se contrajo una vez más a su alrededor.

—A ti —musitó arqueándose presa del placer, su rostro giró a un lado, encontrándose con el de su otro amante—, a los dos...

Casio se cernió sobre ella, le acarició el pelo y los labios.

—Y nos tendrás a ambos, dulzura, pero ahora disfruta...

Gimió ante las palabras de su amigo, su mirada seguía fija en la mujer. Los vio besarse, un beso largo, húmedo que le resultó caliente y erótico.

Entonces ella lo sorprendió de nuevo pues se extendió hacia él, rodeándole el cuello con los brazos y aferrándose a sus caderas uniéndolos aún más.

—No dejes que me arrepienta, Wolf, por favor, no dejes que mañana todo se haga pedazos.

Esa pequeña le encogió el corazón con su petición, con la necesidad que escuchó en sus palabras, sacudió la cabeza y reclamó su boca hundiéndose en ella y poseyéndola como deseaba.

Siguió penetrándola, cabalgándola con fuerza, sintiéndola suya, atándola a él de un modo que solo su otro compañero comprendería mientras ella se aferraba con fuerza a él. El clímax llegó sin previo aviso llevándose los a ambos, se vació en su interior, sintiendo como se derrababa en las profundidades de su sexo, saciado y más calmado de lo que lo había estado en mucho tiempo.

Se hizo a un lado y se dejó caer de espaldas solo para ver a su amigo con una perezosa y divertida sonrisa curvándole los labios.

—Bueno, ¿seguimos?

La sonrisa se extendió lentamente por su rostro de forma automática, bajó la mirada a su agotada y, todavía jadeante, compañera y asintió.

—Sí —asintió lamiéndose los labios—, aún no he tenido suficiente.

Ella gimió y se mordió el labio inferior.

—Vosotros queréis matarme.

Negó con la cabeza.

—No, gatita, pero no me arriesgaría a prometerte que puedas caminar derecha... mañana.

## CAPÍTULO 9

Mai se dejó caer en el sofá nada más traspasar la puerta principal de su casa. No podía creer lo que había hecho, se cubrió la cara con las manos, pero fue incapaz de borrar la sonrisa que yacía debajo. Que la llamasen loca, pero esa había sido la mejor noche que había tenido en... ¡Qué demonios! ¡Siempre!

Lo que comenzó como una cruzada personal contra la estupidez ajena, había terminado en una liberación para sí misma. Cogió el bolsito que tenía a un lado, sacó el teléfono móvil y accedió a la carpeta de archivos para ver las fotos que había sacado.

La escasa iluminación, la cercanía de la pareja, había sacado un par de instantáneas de lado y, si bien se veía perfectamente que eran un hombre y una mujer, la definición de las mismas no era de lo mejor que había visto. Amplió el zoom y estudió el resultado. Sí, incluso Ellie podría darse cuenta de que era él.

Ahora la pregunta era, ¿se las enviaba o no?

—A la mierda todo —rezongó, buscó el número de su prima y le envió ambas fotos en un *wasap* de modo que las recibiese al instante. Hecho eso, lanzó el móvil a un lado del sofá y se estiró.

Sus músculos protestaron, su tierno sexo protestó y supo que era el momento perfecto para mimarse con un baño de sales aromáticas. El colofón para una noche especial.

—No puedo creer que haya pasado todo eso —murmuró para sí, dirigiéndose ya hacia el baño.

Wolf la había despertado entre besos y caricias, mientras Casio le daba un caliente buenos días entre las piernas. La boca de ese hombre era puro pecado. Y no solo su boca. Se estremeció de placer al pensar en todas las cosas que le habían hecho a lo largo de las últimas horas, la forma en que se habían alzado con el poder, despojándola de pensamiento o posibilidades de elección, ofreciéndose completamente a ellos.

Se lamió los labios y dejó escapar un pequeño suspiro.

Sus compañeros de juegos habían sido verdaderos diablos en la cama y caballeros fuera de ella, uno un poco más mandón que el otro, pensó con una sonrisa. Mientras Casio le decía que le encantaría volver a verla, Wolf había recuperado su teléfono, había grabado su número y le había ordenado —sí, ordenado—, que le llamase nada más llegase a casa para saber que había llegado bien.

*Ups.* El lobo feroz iba a cabrearse un pelín al ver no le llamaba.

La idea de tener esos penetrantes ojos sobre ella de nuevo, sus manos sobre su cuerpo y esa firme voz dándole órdenes la derritió haciendo que se humedeciese de nuevo.

—Oh, Mai, estás siendo mala, muy mala.

Se rio, abrió el paso del agua, reguló la temperatura y correteó de regreso al sofá para recuperar el teléfono. Buscó rápidamente el número de su compañero de juegos, solo para ver que no solo había anotado su teléfono, sino también el de Casio y le envió un *wasap*.

*«Querido lobo feroz.  
He llegado sana y salva a mi casa.  
Gracias por una divertida noche de juegos.  
Besa a Casio de mi parte.»*

## *Caperucita».*

Se mordió el labio pensando en sí debería cambiar algo del cuerpo del mensaje o solo enviarlo. Dejó escapar una risita y lo envió.

Wolf parecía mucho más serio que su amigo, casi como si no fuese dado a los juegos y, sin embargo, él había sido el que había llevado la voz cantante, el que la había atado y hecho gritar, aunque Casio no se había quedado atrás.

La inesperada vibración del móvil seguida del aviso de un mensaje entrante la hizo saltar. Desbloqueó la pantalla y comprobó que acababa de recibir la respuesta.

*«Mi estimada y sexy Caperucita.  
Mis palabras exactas fueron: Llámame cuando  
llegues a casa.  
Me has enviado un mensaje de texto.  
Te castigaré la próxima vez que nos veamos.  
Wolf  
PD: Me alegra saber que has llegado bien».*

Se mordió el labio inferior tras releer una segunda vez el mensaje. Wolf podía ser también divertido, de una manera retorcida y muy peculiar, pero podía serlo. Le envió un emoticono con el pulgar hacia arriba y dejó de nuevo el teléfono en el sofá para deleitarse finalmente con su baño de sales.

*«Te castigaré la próxima vez que nos veamos».*

No pudo evitar estremecerse de placer, en cierto modo sus palabras eran

un aliciente, uno que dejaba abierta la posibilidad de un próximo encuentro.

Sonriendo nuevamente y con el ánimo renovado, se encerró en el baño a disfrutar de su largo baño de inmersión.

## CAPÍTULO 10

*Una semana después...*

—¡Cabrón hijo de puta! ¿Cómo has podido? ¡Me has mentido! ¡Me prometiste que yo era la única!

—Por supuesto que eres la única, Ellie. Esto no es lo que piensas... puedo explicártelo...

—¡Y una mierda que puedes!

El eco de un bofetón llegó hasta la barra del bar dónde asistían con meridiana tranquilidad al espectáculo de esa noche. Cogió la cerveza que su hermano le había dejado y se la llevó a los labios.

—Tengo que ir con ella...

Extendió el brazo evitando que Mai saltase del taburete dónde estaba sentada entre él y Casio.

—Tú no vas a ir a ningún lado, gatita.

Esos bonitos ojos castaños se posaron en él con ese gesto medio desafiante, medio sumiso que tanto le gustaba.

—Pero...

—Ya has hecho lo que podías, Mai —aseguró Casio—, ahora es cosa de la diablesa.

Hizo un mohín, pero se mantuvo en su lugar, solo para pegar un pequeño respingo cuando intentó sentarse mejor. Todavía tenía problemas para sentarse después del prometido castigo de Wolf.

Ataviada con un breve corsé y una falda de cuero a juego que apenas le cubría las nalgas que había dejado de un bonito color rojizo por su previo castigo; uno que la había indignado y hecho gritar como si la estuviesen matando, solo para terminar gritando también, pero de placer cuando él la compensó regalándole tres orgasmos, uno tras otro.

—Déjala que ella misma se encargue de sus cosas —añadió deslizando la mano por su muslo desnudo, recordándole sin necesidad de palabras que mientras permaneciese entre esas cuatro paredes, le pertenecía a él—. Tú ya has hecho lo que podías, has hecho más que eso, de hecho. Ahora es su turno de sacar la cabeza del culo y, a juzgar por su gancho de derechas, no le costará mucho.

Respiró profundamente y dejó escapar el aire con un resoplido.

—De acuerdo.

—¿No? ¿He oído bien? —clamó Casio, sentado a su otro lado—. ¿Acabas de darle la razón a Wolf?

Esas bonitas mejillas se sonrojaron y se encogió sobre el asiento, abrumada.

—Que no se acostumbre.

Sonrió abiertamente y se inclinó sobre ella, le cogió la barbilla entre los dedos y le levantó el rostro.

—Todo o nada, gatita —le recordó—. Conmigo, sabes que siempre será, todo o nada.

Su sonrojo aumentó, pero sus ojos reflejaron el placer que ya coloreaba su piel.

—Todo, lobo feroz, todo.

—Buena decisión, caperucita, buena decisión —aseguró inclinándose sobre ella para besarle los labios.

—Supongo que eso me deja a mí como el Cazador, ¿eh? —añadió

Casio, capturando también su barbilla para girarla en su dirección y besarla a su vez.

—Mi cuento de hadas favorito —replicó ella después haciendo que los dos se echasen a reír.

Sí, después de todo, el vestirse de sirvienta francesa y presentarse en aquel local con una misión en mente, la había llegado al mismísimo infierno, pero no se quejaría. En cierto modo había terminado ganando, prueba de ellos eran los dos hombres que la mimaban y la volvían loca de la más erótica de las maneras.

**SERÁS MÍO**

**Kelly Dreams**

# CAPÍTULO 1

Estrangularla era una gran idea, pensó Gabriel, una que acabaría con sus problemas con esa endemoniada muchacha. No. Ya no era una niña, había dejado de serlo hacía años pero él se negaba a verlo, se obligaba a seguir considerándola la pesada mocosa que le había seguido a todos lados como un perrito perdido.

Conocía a Kitty desde que estaba en pañales, toda su familia la conocía. Diez años menor que él, había sido compañera de juegos de sus hermanos pequeños, un chico que no había dudado en trepar a los árboles o lanzarse la primera en una pelea terminando con un moratón en la cara.

Pero el chico había quedado olvidado en su infancia convirtiéndose en una pequeña y preciosa mariposa al llegar a la adolescencia, una que no había sino crecido en atractivo y perseverancia.

*«Te lo juro, Gabriel Falcon, un día tú serás para mí».*

Esa declaración que pronunció en la fiesta de navidad delante de toda su familia, lo había llevado por la calle de la amargura durante todos estos años. La mocosa se había encaprichado de él hasta el punto de armar un escándalo cuando, en una celebración a la que ambos habían asistido, él llegó acompañado por una mujer —su actual amante en esos momentos—, y la pequeña fiera casi la despelleja, después de insultarlo a él.

La última vez que se habían visto no habían terminado precisamente en muy buenos términos y, prueba de ello era la pequeña protuberancia que conservaba a causa de la rotura del tabique nasal; Jeremy, el tercero de los

hermanos Falcon, le había roto la nariz y la culpa había sido de esa intrigante y condenada mujer. En honor a la verdad, tenía que darle las gracias a Jeremy por ello, ya que de lo contrario, aquella noche podría haber terminado en un completo desastre.

Los Falcon no eran precisamente afortunados en el amor, sus relaciones con las mujeres habían sido más bien desastrosas y, la suya, no había sido menos. Su historia de amor se había ido a la mierda una semana antes de la boda en la que uniría su vida con la que había sido su mujer desde el primer año de universidad. No solo había pillado a la hija de puta de Charlotte con su socio dándose el lote sobre la mesa de su oficina, dando así por finalizado su compromiso, sino que había tenido que verla morir una semana después bajo las ruedas de un coche, cuando asistía a una reunión con ella. El hijo de puta se había saltado un Stop y la había arrollado. Él había estado esperándola en la cafetería del otro lado de la calle y lo había presenciado todo.

La semana siguiente a eso solo se encerró en su casa, viviendo a base de comida precocinada y, sobre todo, bebiendo. Kitty había estado allí, llamando suavemente, pidiéndole que la dejase entrar, quedándose allí durante horas, hablándole y diciéndole que todo iría bien. Pero él no podía responder, todo lo que podía ver era el accidente, a Charlotte sin vida en el suelo de la carretera. Al final de la semana, los ruegos pasaron a convertirse en gritos, el pequeño incordio abandonó la suavidad en sus palabras y pasó a atacarle, a decirle lo gilipollas que era, a insultarlo... Sus lágrimas habían sido lo peor, tanto así que terminó enfurecido con ella, abriendo la puerta y arrastrándola al interior para darle una lección.

*«¿Esto es lo que quieres? ¿Esto?»».*

Le había magullado los labios, la había besado como castigo, enfadado consigo mismo por tenerla allí y, seguramente habría llegado mucho más lejos, jodiéndolo todo, si Jeremy no hubiese aparecido en ese momento y lo hubiese

apartado de ella para luego darle un buen puñetazo.

Su hermano le había dado una paliza, la verdad fuera dicha, lo había sacado de la mierda de autocompasión en la que se había metido y lo había devuelto a una semejanza de normalidad.

Seis años. Seis largos años habían pasado desde ese momento, seis años en los que ella había desaparecido de su vida, con esa mirada herida, dolida y triste.

Una mirada que no tenía nada que ver con la que ahora compartía con cualquiera que quisiese mirarla en medio de la pista de baile.

—Gabe... Gabe... ¡Gabriel!

Se sobresaltó al escuchar cómo alguien le gritaba al oído. Giró la cabeza y encontró a Jeremy sentado en el taburete del bar del club *Triple Trouble*, el mismo lugar que llevaba ocupando los últimos cincuenta minutos.

—A menos que quieras hundir el bar, te sugiero que cierres ya el maldito grifo —le indicó el pequeño fregadero del que ya desbordaba agua.

—¡Mierda! —cerró inmediatamente y empezó a soltar tacos al ver cómo había puesto el suelo—. Joder... Puta noche...

Jeremy se rio entre dientes y echó un disimulado vistazo a la pista de baile.

—Deduzco por tu cara de gilipollas que no sabías que Kit había regresado a casa.

Lo fulminó con la mirada mientras se las arreglaba para recoger el estropicio que había organizado.

—Yep, esa es suficiente respuesta, hermanito.

—¿Qué coño hace ella aquí? —siseó, dividiendo su atención entre secar el suelo y la pista de baile—. ¿Quién le ha dado una invitación?

—Ese sería yo.

—¿Cómo?

—Nos encontramos de casualidad el miércoles pasado, la invité a comer y, me preguntó por ti —se encogió de hombros mientras fingía ser el epítome de la inocencia—. Quería saber si ya habías sacado la cabeza del culo.

—¿Te has vuelto loco?

Echó el pulgar por encima del hombro.

—¿Le has pegado un buen vistazo? Ya no es precisamente una niña —insistió con tono despreocupado—. Está muy buena y, está claro que sigue pensando en ti.

—A la mierda contigo, Jer —sacudió la cabeza—. ¿Tengo que recordarte que me pegaste un puñetazo y me rompiste la nariz por el simple hecho de besarla?

—Tenía veintiuno y tú estabas como una jodida cuba, además de sumido en una estúpida auto culpabilidad por lo de Charlotte —aseguró sin más—. Te hice un favor. Si te hubieses acostado con ella, habrías cometido una estupidez aún mayor y ambos habríais terminado heridos.

—Guárdate tus dotes de consejero para quien quiera escuchar.

Su hermano puso los ojos en blanco.

—Aún encima que te hago la consulta gratis.

—No la necesito —declaró y señaló hacia la pista de baile—. Ella está fuera de mi menú. Eternamente. Fin de la historia.

Chasqueó la lengua e hizo girar el whisky en su vaso, oyendo el repicar el hielo.

—Es bueno saberlo, así no te entrarán los mil males si la gatita decide ponerse a jugar —rumió—. Que, a juzgar por el modelito, es exactamente lo que tiene en mente.

Fue incapaz de no volver a mirar, la maldita estaba enfundada en un micro vestido de látex negro que enmarcaba sus pechos, haciendo asomar los

globos a través del círculo que cortaba el vestido cerrado en el cuello y dejaba entre ver la piel de la línea del costado, desde el torso al muslo, a través de aberturas circulares. El traje se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, dejando muy poco a la imaginación. El pelo castaño le caía en tirabuzones hasta debajo de los hombros y esas largas y estilizadas piernas terminaban en unos zapatos transparentes que le daban unos buenos doce centímetros a su breve altura.

De la chica en vaqueros, camiseta y coleta que él conocía no quedaba ni el recuerdo, esta ya no era una niña de veintiún años, era una jodida y sexy mujer de casi veintiséis que hacía que su polla despertase deseosa de fiesta.

—Si lo hace, la mato —no pudo evitar responder al previo comentario de su hermano.

Jeremy se echó a reír, una genuina carcajada que hizo que algunos de los presentes se girasen en su dirección.

—Oh, vas a tener una noche muy larga por delante, Gabe, una jodidamente larga.

Gruñó, algo le decía que su hermano no se equivocaba. Esa noche iba a ser un jodido infierno.

## CAPÍTULO 2

Kitty dejó escapar un pequeño resoplido mientras le daba la espalda al bar. Ese hombre iba a caer, como que se llamaba Kitty Callahan que Gabriel Falcon iba a ser suyo esa noche.

Llevaba enamorada de él toda la vida, desde que supo lo que era el amor, su corazón se había empeñado en prendarse de un hombre que no la veía nada más que como una niña latosa, una mocosa que no hacía más que incordiarle y que se volvía loca de celos cuando veía a alguna de esas estúpidas mujeres de plástico colgadas de su brazo.

Se lamió los labios y evitó mirarse a sí misma. Sabía que no era un palo de escoba, sus curvas eran generosas, lo habían sido desde que salió de la pubertad y ni las dietas más famosas del mundo habían podido arreglar eso. Pero entonces, ¿para qué arreglarlo? Ella se sentía bien así, si alguien la deseaba, tendría que hacerlo tal y como era, pues de lo contrario, no la estarían viendo a ella.

Había aprendido eso por el camino difícil. Después de lo ocurrido esa semana seis años atrás, se había convencido a sí misma para seguir adelante y olvidarse del imbécil que no la veía ni aunque se desnudase y se pusiera a bailar delante de él.

Ya había sido bastante malo enterarse que su amor de juventud estaba prometido y su boda sería inminente, su joven corazón se había roto en pedazos en aquella época. Como cualquier adolescente, había pensado que jamás se recuperaría y que terminaría muriéndose de amor por él. Sí, sus

pensamientos siempre habían sido un poco teatrales. Pero entonces, él había descubierto que su prometida le era infiel, solo para verla morir delante de sus narices días después.

El shock había sido enorme para todos, apenas habían empezado a asimilar que ya no habría boda y estaban asistiendo al funeral de la que habría sido la novia.

A pesar del tiempo que había pasado, era incapaz de olvidar esos interminables días pegada a su puerta, hablándole, diciéndole que todo iría bien, que el dolor pasaría y que podía contar con ella, como amiga, como confidente. Habría dado lo que fuese por que le dijese una sola palabra, por que abriese la puerta y la abrazase buscando consuelo, pero él se había mantenido en silencio, uno que solo se había roto hacia el final.

Tenía que admitir que había perdido la paciencia, su falta de respuesta, el saber lo que podría estar haciéndose a sí mismo la comía por dentro. Su temperamento había estallado y la llevó a aporrear la puerta y a decirle la clase de imbécil que era. Lo acusó de querer morirse también, de culparse por algo que no era culpa suya con tal de sentirse culpable. Le gritó, descargó toda su ira y su frustración, su negativa a aceptar su consuelo solo para que esa maldita puerta se abriese y apareciese frente a ella.

Pero aquel hombre no era su Gabriel, era apenas una sombra del hombre que amaba. Con el pelo revuelto, ropa de hacía varios días y una barba que hablaba de falta de higiene, el hombre que poseía su corazón la había arrastrado al interior de la vivienda, la había empujado contra la pared y, después de decirle un montón de cosas hirientes, la había besado dispuesto a hacerle daño.

Su primer beso con él no podía haber sido más cruel y al mismo tiempo igual de inolvidable. La había asustado, oh sí, la había asustado como el infierno. El olor a alcohol, el sabor al mismo en su boca y la crudeza de sus

manos cerniéndose sobre su cuerpo no era lo que ella esperaba, pero incluso hoy, era incapaz de olvidarlo.

Jeremy había llegado entonces y las cosas se habían ido por el desagüe. Había golpeado a Gabe repetidas veces solo para recibir también los golpes de su hermano, ninguno escuchó sus gritos, ninguno quiso detenerse cuando lo pidió entre lágrimas. La sangre en la cara de su amado, los golpes en el rostro de su futuro cuñado y todo provocado por su presencia allí.

Esa noche le había dado la espalda a ambos y a su juventud, había dejado atrás los sueños y aceptado las pesadillas, se había apartado para no herir más al hombre que amaba, al que a pesar de sus continuos intentos, no había podido olvidar.

Y allí estaba ahora, en el *Triple Trouble*, un club nocturno que pertenecía al hombre que estaba dispuesta a recuperar, a hacer suyo, aunque fuese solo por una noche.

Los años que había pasado en la universidad y lejos de la familia la habían desatado un poco, qué demonios, la habían convertido en una verdadera harpía. El sexo dejó de ser ese sueño de amor de una adolescente y se convirtió en un juego más. Ni siquiera quería recordar cómo había perdido la virginidad; en una fiesta de fraternidad, con un completo desconocido y en un jodido cuarto de baño. Había querido echarle la culpa al alcohol y su poca tolerancia al mismo, pero ya no era la niña que había sido y sabía, sin necesidad de pruebas, que la rabia que vivía todavía en ella, la habría empujado a eso y a otras cosas igual de absurdas e irreflexivas.

El que sus tetas hubiesen aparecido en un periódico local junto con las de otras tres compañeras activistas, en una protesta contra el maltrato animal, solo ponía de manifiesto la clase de locuras a las que había sucumbido.

Pero eso ya había quedado atrás, ahora era una respetable auxiliar de clínica veterinaria, con trabajo fijo desde hacía año y medio y a sus veintisiete

años, ya solo le quedaba una cosa para dejar por fin el pasado atrás; Él.

El que estuviese ese fin de semana en Las Vegas era culpa de su madre. Una amiga de su infancia se había puesto enferma y, fiel a su naturaleza compasiva, había cogido el primer vuelo para ir a echarle una mano. Estaría en Nevada dos semanas, lo que la había obligado a tener que volar desde Michigan, dónde vivía y trabajaba, a Nevada para traerle unas cosas que necesitaba para su estancia.

El encontrarse con Jeremy Falcon había sido otra de las sorpresas inesperadas del fin de semana. Había tenido que presentarse, recordándole su nombre, pues en un primer instante, no la había reconocido. Siempre amable y educado, el tercero de los hermanos Falcon la había invitado a comer —no había aceptado un no por respuesta—, con la excusa de ponerse al día y, durante ese intervalo de tiempo, había sido inevitable no preguntar por Gabriel.

—A Gabe le va bien —le había dicho—. Tiene su propia empresa de construcción y, tengo que reconocer, que es un contratista endiabladamente bueno.

Sonrió ante el palpable orgullo en la voz masculina.

—Así que, al final se salió con la suya. —Ella sabía que la intención de Gabriel era seguir un camino distinto al resto de sus hermanos. No quería trabajar en el campo de la seguridad, sus metas eran otras.

Jer asintió y la miró con cierta curiosidad.

—Sí, siempre ha sido bueno en eso —aceptó.

La velada transcurrió en medio de anécdotas, comentarios sobre sus propias vidas y trabajos hasta finalmente recalar en el descubrimiento que la había traído hoy hasta allí.

Ni siquiera sabía por qué había aceptado la invitación de Jeremy o como habían llegado al hecho de comentar la existencia del club nocturno, el

caso es que ahí estaba.

La canción con la que estaba bailando terminó entonces, sonrió de soslayo a los hombres que se habían reunido a su alrededor, despachó un par guiños sin comprometerse, se quitó manos indeseadas de encima con pericia y se deslizó a través de la sala hacia el bar.

Había llegado la hora de enfrentarse con su pasado.

## CAPÍTULO 3

—Gabriel Falcon —pronunció su nombre mientras se sentaba en uno de los taburetes de la barra del bar.

—Kitty Callahan —replicó al mismo tiempo, dejándole claro que sabía quién era.

—Y yo Jeremy Falcon —soltó él girándose en el taburete—. Ahora que ya hemos dicho los nombres de los tres, ¿tenemos premio?

Ella se rio, sus ojos chispeaban de diversión y se inclinó sobre la barra, haciendo que ese par de hermosuras destacaran.

—Es posible —declaró ella, sus ojos clavados en él—. ¿Me ofreces una bebida?

—¿Qué te apetece tomar?

—Sorpréndeme.

—¿Un agua con gas?

Ella hizo un mohín y puso los ojos en blanco.

—Ponme algo con alcohol.

—¿No es muy temprano para eso?

—¿Qué edad crees que tengo, Falcon? —se insinuó.

—¿Edad mental o física?

—Es así como recibes a las viejas amistades?

—No, es así como recibo a las vecinas mocosas de las que no he tenido noticias en los últimos años —le soltó. Entonces buscó bajo la barra y sacó

una cerveza de la nevera—. ¿Qué ha sido de tu vida?

Aceptó la cerveza y se la llevó a los labios haciendo un poco de tiempo.

—No puedo quejarme, las cosas han salido tal y como quería que saliesen... al menos hasta ahora —comentó con gesto misterioso—. Vivo en Michigan.

—¿Michigan? ¿Y qué te ha traído hasta Nevada?

—Mi madre —hizo una mueca—. Vino a cuidar a una amiga y me ha tocado traerle algunas cosas aprovechando que libero los fines de semana.

—Un viaje bastante largo para solo un par de días.

Se encogió de hombros.

—Hay cosas por las que merece la pena hacer un esfuerzo —comentó, mirándole por encima de la boca de la botella—, y personas.

Enarcó una ceja ante su velado comentario y optó por no responder.

—Por lo que veo, a ti también te ha ido bien —aseguró echando un vistazo a su alrededor—. Curioso negocio el que tienes aquí.

—Curiosos tus gustos, si has terminado aquí.

—De acuerdo, ¿queréis que monte un *ring*, os de un par de guantes y continuáis con este interesante combate? —los interrumpió Jeremy.

—No será necesario —declaró, mirándola a los ojos, dejándole claro que no estaba interesado en ella. Una mentira del tamaño de Manhattan—. Aunque ya que tú la has invitado, Jer, estoy seguro que podrás hacerle compañía.

—Vaya. Y yo que había pensado que el paso de los años te habría hecho menos capullo.

—De igual modo, yo habría pensado que habrías adquirido algo de madurez.

A juzgar por la sombra en sus ojos y la forma en que se sobresaltó, acababa de herirla en su orgullo.

—Niños, niños, comportaos o no os dejaré ir al recreo —intervino de nuevo—. ¿Dónde ha quedado el «*cuanto tiempo sin verte? Has crecido. Estás impresionante. ¿Quieres jugar?*».

Lo fulminó con la mirada.

—Jer, no estás ayudando.

—¿Se suponía que tenía que hacerlo? —fingió sorpresa—. Diablos, tendrías que habérmelo dejado claro desde un principio, *brother*.

Esperaba que su madre no se cabrease si se cargaba a uno de sus hermanos. Jeremy estaba haciendo méritos para no terminar la noche... vivo.

—El caso es que... sí, quiero jugar —declaró ella entonces, sorprendiéndoles.

Ambos la miraron.

—Así que quieres jugar.

Sonrió como un diablillo.

—Ajá —aceptó y se inclinó hacia delante con lentitud—. Contigo.

—¿Conmigo?

Se lamió los labios y lo recorrió con la mirada, la pequeña y sexy diablillo lo puso duro al instante.

—Sip.

—No sabes dónde te estás metiendo.

En realidad, ni siquiera lo sabía él mismo.

—Pues enséñamelo.

Tentador, pero no. Ni loco iba a caer en sus tretas.

—No me retes, mocosa.

Enarcó una ceja ante su respuesta e hizo un mohín.

—Pues deja de llamarme mocosa.

La miró de arriba abajo, apreciando abiertamente su figura, deteniéndose un poco sobre sus pechos haciendo que toda su sangre

burbujease en sus venas.

—Lo haré, cuando me demuestres que no eres una mocosa —declaró mirándola a los ojos.

Sus labios se curvaron en un sexy y coqueto mohín.

—Lo haré cuando te atrevas a jugar conmigo.

Entrecerró los ojos, entonces dejó el paño a un lado, se quitó el breve delantal y se lo lanzó por encima a su hermano.

—Quédate en la barra.

Jeremy abrió los ojos como platos.

—¿Yo? —se rio—. Tío, yo soy bueno de este lado de la barra, no del otro.

—Incluso tú sabrás servir un par de consumiciones, Jer —le dijo al tiempo que salía del bar y se detenía a su lado—. Además, no me llevará mucho tiempo.

No pudo evitar poner los ojos en blanco. Si pensaba que la iba a despachar pronto, podía pensarlo otra vez.

—Yo que tú, pedía refuerzos, Jeremy, solo por si las moscas.

El hombre se limitó a mirar a su hermano y frunció el ceño.

—No seas muy duro con ella... o se vengará.

Quizá debía haber prestado más atención a sus palabras y al silencioso intercambio entre los hombres, eso podría darle una pista de lo que iba a pasar. Sin embargo, su excitación era tal que todo en lo que podía pensar era en saborear esos labios, en deslizar las manos por ese duro y fuerte cuerpo y alcanzar el cielo.

—No seré demasiado duro —respondió, tomándola de la mano y tirando de ella—, solo le daré algo en lo que pensar.

—¿Eso es una promesa, cariño?

La mirada que le lanzó por encima del hombro la estremeció.

—Puedo prometerte una cosa, gatita —declaró con pereza—, no lo olvidarás.

—Eres un bastardo sádico —le aseguró Jeremy entre risas—. Sabes que te va a odiar por esto, ¿no?

Siguió la mirada de su amigo hacia la cruz de San Andrés dónde había atado y amordazado a una revoltosa Kitty. La adorable y sexy mujer pensaba que podía salirse con la suya, presentarse con esa voluptuosa figura, enfundada en ese vestido fetichista y hacer lo que le daba la gana.

—Necesita un poco de mano dura y aprender modales —declaró mirándola por debajo de las pestañas—. Déjala quince minutos ahí y luego mándala a casa.

Jeremy se señaló a sí mismo con un dedo.

—¿Yo? ¿Me has visto aspecto de suicida? —negó con la cabeza y puntuó la barra—. Puedo echarte una mano aquí, si es que consideras arriesgarte a que envenene a alguien, pero eso... Ah, no, Gabe, quiero mucho mis huevos como para que ella me los arranque. Llama a Reaver, él podrá cubrirte las espaldas.

Puso los ojos en blanco, le dio la espalda.

—¿Y si alguien se interesa en ella?

No lo harían. Había dejado perfectamente claro que nadie podía tocarla, liberarla o dirigirle la palabra sin su permiso. Un poquito de disciplina no le hará daño.

—Está terminantemente prohibido que te pongan una sola mano encima.

—Eres un gilipollas, lo sabes, ¿no?

Resopló.

—Quince minutos —le indicó—, luego te relevo.

Sin más, echó un último vistazo en dirección al fondo de la sala y le dio la espalda. Necesitaba despejarse o iba a cometer una jodida locura.

## CAPÍTULO 4

Iba a matarle, destriparle, le haría el harakiri y se quedaría tan ancha. ¿Cómo se había atrevido a tratarla así? ¿Cómo había podido dejarla sola y atada como un jamón?

Empezaba a dolerle la mandíbula por culpa de la fuerza con la que la apretaba, la bola de mordaza que le había metido en la boca le había quitado la posibilidad de replicar o gritar como realmente quería hacer. Pegada al acolchado soporte, con las manos abiertas en cruz al igual que sus piernas, se sentía tan indefensa como cabreada. La mayoría de los miembros del club pasaban ante ella mirándola, dedicándole algún guiño o señalándola como ejemplo.

Afortunadamente había perdido la vergüenza años atrás, durante su tiempo en la universidad había decidido experimentar su sexualidad y se había atrevido con casi todo. Al final había decidido que no era un estilo de vida que encajase con ella, estaba bien para jugar de vez en cuando, pero no se veía obedeciendo sin rechistar o poniendo su voluntad en manos de ningún hombre de esa manera.

En cierto modo, esto precisamente era lo que la había preocupado al enterarse de que Gabriel era el propietario del *Triple Trouble*, pero la idea de volver a verle había restado importancia a todo lo demás.

Volvió a tirar de las esposas acolchadas que la mantenían atada y resopló frustrada al ver que no cedían ni un ápice. No estaban tan apretadas

como para cortarle la circulación o lastimarla, pero sí lo justo como para que no pudiese soltarse por muchos esfuerzos que hiciera.

—¿Te echo una mano?

Jeremy se detuvo a su lado, la recorrió con la mirada y chasqueó la lengua.

—¿Nadie te ha hablado nunca de lo que significa la palabra sutileza?

Resopló a través de la mordaza, pero no perdió el tiempo en decir una sola palabra más.

—Si quieres acercarte a mi hermano, tienes que acercarte con un bisturí y no con una apisonadora —continuó. Sin avisarla, la rodeó y aflojó la mordaza de bola hasta que pudo empujarla con la lengua y deshacerse de ella.

—Unas tenazas... arrancarle las pelotas... de cuajo —siseó, gesticulando para aliviar la tensión de la mandíbula.

Jeremy enarcó una ceja, un gesto que hacía que guardase un enorme parecido con su hermano.

—¿Qué acabo de decirte?

—¡Me ha atado! —escupió.

—Tú solita te lo buscaste —se encogió de hombros.

—¡Y una mierda!

—Kitty...

Una advertencia en toda regla.

Resopló y tiró de nuevo de las esposas.

—¿Te importaría soltarme?

—Estoy pensando en si lo hago o no.

—¿Perdona?

—Te conozco casi desde que llevabas pañales, gatita —aseguró sin más —, y él también.

—Ya no soy una niña.

—Eso salta a la vista —declaró apreciando su figura—, y eso, también, es el problema principal de esta ecuación.

—¿Cómo demonios puede ser eso un problema?

Sonrió de medio lado.

—Lo es cuando dejas de ver a la niña con quién creciste como una mocosa y la ves como una compañera de juegos potencial.

Ahora fue su turno de enarcar una ceja.

—Me ha rechazado, Jer.

Sonrió y empezó a desatarla.

—¿Y eso cuando te ha detenido?

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Sí, eso pensé —se rio el hombre y terminó con las esposas que le ceñían los tobillos—. Ahora, sé buena y procura que no quiera suicidarse... cuando acabes con él.

Se frotó las muñecas y aceptó su mano para bajarse de la plataforma.

—¿Por qué me da la impresión de que estás de mi parte?

Le besó la mano, sorprendiéndola con el gesto y le guiñó el ojo.

—Porque estoy deseando ver a mi hermano suplicar.

## CAPÍTULO 5

¿Podía una sola mujer traer consigo tantos problemas? Kitty, sí. Los suficientes para que hubiese cometido la estupidez de jugársela y dejarla atada en la cruz de san Andrés. Lo que tendría que haber hecho era ponerla de patitas en la calle, el club no era lugar para ella o eso es lo que quería creer, lo que deseaba creer. Necesitaba que ella volviese a ser esa mocosa de antaño para poder seguir ignorándola y mantenerla alejada de él.

Él estaba acostumbrado a tomar lo que deseaba y marcharse después. Sus mujeres no duraban más allá de una noche; odiaba los reproches, las lágrimas de cocodrilo y la absorbencia de muchas de ellas. Su interés desaparecía en el momento en que abandonaba sus cuerpos convirtiéndose en otra muesca más en una larga lista. Era un hijo de puta y lo sabía.

Dejando escapar un frustrado gruñido, cruzó la habitación dejando atrás la cama de plataforma redonda, se sacó los zapatos y los calcetines, a los que siguió la camiseta. La tensión de la noche le había pasado ya factura, estaba incómodo, excitado, su sexo empujando alegremente contra los pantalones.

El cinturón cedió también cayendo al suelo, desabrochó el botón y se dirigió hacia el cuarto de baño.

Necesitaba una ducha y quitarse de encima todos esos pensamientos calientes con la última mujer que debía darles rienda suelta. Sus pies descalzos entraron en contacto con el frío suelo provocándole un estremecimiento que dejó atrás para abrir el grifo del agua caliente.

Se quitó los pantalones y los calzoncillos dejándolos a un lado, su sexo se mantenía erguido y orgulloso, un ligero tirón en la dura y caliente carne hizo que resbalase la mano y se acariciara a sí mismo.

Gruñó, dejó escapar un jadeo entre los dientes y suspiró. Estaba excitado, el haberse restregado contra ella mientras la restringía lo había encendido y llevado al límite. Había sabido que de quedar tras la barra del bar antes o después habría sucumbido a sus propios deseos; ella.

Se relamió y disfrutó de la sensación de sus dedos acariciando la dura erección. Su mente actuó por sí sola reemplazando su mano por una de dedos largos y suaves, una que había acariciado y rodeado cuando cerró la muñequera de las esposas a su alrededor. El solo pensamiento lo hizo gemir, sus caderas se impulsaron solas hacia delante acicateadas por la imagen que se formaba en su mente y resolló con frustración.

Frustrado consigo mismo se metió bajo el chorro de la ducha y permitió que el agua caliente lo recorriese por entero. El gel de baño rodó en sus manos antes de extenderse sobre la piel borrando las huellas de sudor y reavivando un cuerpo sobre excitado. Fue imposible evitar que su mente siguiese su propio curso, que fantasease con la mujer que había dejado en la planta de abajo y la cual, si Jer hacía lo que le había pedido, ya no estaría cuando volviese. Ahora eran sus manos las que le recorrían el cuerpo, acariciándole los músculos, rozando el suave rastrojo de vello que espolvoreaba su pecho y descendía en una fina línea negra desde su ombligo hacia su sexo. Se imaginó esos sensuales labios sobre él, bajando sobre su dureza, saboreándola, sosteniéndole tan íntimamente como podía hacerlo una mujer. Dejó escapar un gemido y se apoyó con una mano en la pared mientras la otra se cerraba alrededor de su erección bombeando con premura. Deseaba su boca sobre él, conducirse profundamente en ella, sentir su lengua acariciándole, rodeándole y probando su sabor mientras se la chupaba.

Su pene tembló en su mano, sentía los testículos apretados, la necesidad hizo presa de él clavando sus garras con desesperación. Sus caderas se impulsaban solas hacia delante, en su imaginación era la mano de ella la que rodeaba su sexo, la que le acariciaba más y más rápido, apretándolo, extrayendo de él lo que deseaba. Oía sus jadeos, un eco distante procedente del recuerdo que lo empujó hacia la culminación. El semen brotó con fuerza machando los azulejos, resbalando sobre ellos mientras él se encargaba de vaciarse por completo dando un poco de tranquilidad a su cuerpo, aunque no por ello calmó la excitación que ella le había provocado.

—Sabes, hay algo realmente erótico en ver a un hombre darse placer a sí mismo.

La inesperada voz lo llevó a dar un respingo, se giró y se quedó sin palabras al ver al objeto de su deseo de pie en medio del cuarto de baño y, vestida únicamente con una diminuta toalla.

—¿Qué haces tú aquí?

Ella vio lamerse los labios, lo recorrió con la mirada y finalmente se encontró con sus ojos.

—Demostrarte que no soy la mocosa que crees que soy —aseguró con voz suave—, y que esta mujer que ves ante ti, está dispuesta a hacer lo que sea para que entiendas una cosa.

Entrecerró los ojos.

—¿Cuál?

Caminó hacia él, dejó caer la toalla y entró en la ducha, pegándose a él, pero sin tocarle todavía.

—Que eres mío.

Esos suaves labios se posaron sobre los suyos iniciando un caliente y húmedo beso que lo puso de rodillas.



## CAPÍTULO 6

Kitty gimió ante la rápida respuesta, sus manos volaron a su cuerpo, moldeándola, acercándola a un cuerpo mojado y duro que contrastaba con su blandura.

—Eres igual de impetuosa que antaño —lo escuchó murmurar contra sus labios—, pero mucho más peligrosa.

Se retiró lo justo para mirarle, sin querer separarse ni un solo centímetro de él ahora que por fin lo tenía.

—No para ti, nunca para ti —prometió, lamiéndose los labios.

—¿Qué es lo que buscas, Kit? ¿Un polvo? ¿Follar un rato?

Sus palabras podían parecer duras, pero no había burla en ellas, solo curiosidad.

—¿Por qué yo?

*Porque te quiero, estúpido, porque nunca he podido dejar de hacerlo, aunque lo intenté con todas mis fuerzas.*

—¿Acaso necesitas una respuesta para todo? —respondió en cambio, deslizando las manos sobre su pecho, acariciándole las oscuras tetillas, relamiéndose ante la perspectiva de lamerlas—. ¿No puedes pensar, sencillamente, que te deseo?

Se puso de puntillas, mordiéndole la barbilla.

—Porque te deseo, Gabe —aseguró deslizando la mano hacia abajo entre sus cuerpos hasta acariciarle el sexo—, y quiero que me desees también.

—No debería hacerlo —lo sorprendió con su franca respuesta, resbaló la mano sobre la suya y se la apartó solo para empujarla contra la húmeda pared de azulejos—, deberías desear huir y yo te dejaría hacerlo.

Se pegó a él.

—No voy a huir, no quiero huir —le dijo buscando de nuevo su boca—, y no dejaré que tú lo hagas.

Lo besó a conciencia, le hundió la lengua en la boca y se restregó contra él, haciéndole consciente de lo que tenía para ofrecerle, de lo que sería suyo si tan solo le daba la oportunidad.

Gabriel abandonó entonces su boca e inició un camino de besos a lo largo de su barbilla, le acarició el oído con la lengua, le mordisqueó la oreja y la hizo estremecer aumentando su excitación. Su sexo se humedeció aún más, chorreando por él. Su boca era una deliciosa tortura a la que no iba a renunciar, sus besos eran lo que siempre había ansiado y haría lo que fuera por disfrutarlos, por disfrutar de ese momento y hacerlo infinito e interminable.

Gimió de placer cuando le acarició el cuello con la boca regalándole mordisquitos y besos a lo largo de la tierna columna.

—Eres demasiado temeraria —murmuró él entonces, sus manos subieron a la cintura y, antes de que pudiese protestar, la giró, empujándola de nuevo contra la pared mientras le cubría la espalda con su propio cuerpo—, y eso, siempre es un riesgo, gatita.

—Un riesgo que no me importa correr si es contigo.

La apretó, haciéndola notar su pene contra las desnudas nalgas.

—Pequeña y temeraria, Kitty —le acarició la oreja con la nariz—, solo espero que esto no acabe siendo un error.

No lo sería. Nada de lo que pudiese pasar ahora entre ellos sería un error.

Gabriel sucumbió a ella, deslizó las manos sobre esos hombros

desnudos, resbaló sobre sus brazos, degustó la sensación de ese voluptuoso cuerpo apretado bajo el suyo que lo endurecía todavía más. Su pene había vuelto a engrosar en tiempo récord, el roce de las nalgas contra su dura polla le enardecía y ya podía imaginarse a sí mismo sumergiéndose entre sus muslos.

Sus manos alcanzaron las frágiles muñecas, acarició la suave piel interior con los pulgares siendo recompensado por un ligero estremecimiento y un sensual jadeo que le hizo sonreír. Kitty era una dulzura, impetuosa y con un cuerpo voluptuoso que encajaba perfectamente con el suyo. Le gustan esas curvas llenas, tener carne bajo sus manos y amortiguando su cuerpo, la encontraba realmente sexy, tanto que no podía dejar de tocarla. Esos preciosos pechos que había visto al desnudo eran lo suficiente grandes para sus manos, un par de montículos que se moría por tocar y degustar. Adoraba los pechos, podía ser un fetiche como cualquier otro, pero los de Kitty habían captado totalmente su atención desde el primer momento en que los vio contenidos por el indecente vestido.

Deslizó los dedos sobre sus costillas, apretando suavemente la carne que encontraba en el camino hacia su meta. Se concentró en mordisquearle un punto entre el hombro y el cuello haciendo que ladease la cabeza y la expusiera a su placer.

Ella sabía a crema, dulce y jugosa, puro aroma a mujer y un toque cítrico y especiado que la convertía en una cosita exótica. Sus dedos alcanzaron finalmente la meta deseada, senos grandes y grandes con puntiagudos pezones que se moría por tener en la boca.

Gruñó de placer al ahuecarlos en sus manos, comprobando su textura, su peso y disfrutando con ello.

—Perfectas.

Ella jadeó, restregándose contra él sin pudor, acariciándole a su vez,

resbalando una mano hacia su cadera y la otra hacia su cuello, como si necesitaba sujetarse en esa vorágine sensual que los envolvía. Su cuerpo se arqueaba invitante, entregándose a sus manos, permitiéndole jugar con ella a placer.

Kitty lo escuchó gemir de placer, le amasó los pechos, acariciándole los duros y sensibles pezones con los dedos, excitándola al punto de obligarla a apretar los muslos para contener el ardor de su sexo. Alcanzó la fuerte columna de su cuello, hundió los dedos en el húmedo pelo y se deleitó con su textura. Toda ella estaba en llamas, malditamente excitada y la cálida agua de la ducha no hacía sino excitarla aún más. Era como miles de pequeñas caricias le tocasen la piel.

Dejó escapar el aire cuando notó como sus manos bajaban de nuevo a su cintura y la giró sin esfuerzo, permitiéndole ver una clara expresión de placer en su rostro mientras le miraba los pechos.

Gabriel se lamió los labios. Hambriento, la movió a su antojo, empujándola ahora contra la puerta de la ducha, recorriéndola con la mirada y deteniéndose una vez más en esos labios enrojecidos e hinchados por sus previos besos. Sucumbió a ellos, le mordisqueó la comisura, barriendo la huella con la lengua, compartiendo breves besos que no llegaba a profundizar. La deseaba caliente, húmeda, más excitada de lo que ya estaba, quería verla perdida en el placer.

Le acarició una vez más el labio inferior para finalmente introducirse en su boca y saquearla. Sus manos encontraron las suyas subiendo por sus brazos y las retuvo, bajándolas de nuevo hasta posarlas en la superficie del cristal, obligándola a mantenerlas allí mientras se apretaba contra ella, frotando su erecto sexo contra la suave de su estómago.

—Eres una pequeña hechicera —le susurró abandonando su boca solo para volver a darle un breve, pero intenso beso—. Quise alejarme y tú me

trajiste de vuelta. Intenté ser honorable, intenté hacer lo correcto... pero eres demasiado impetuosa, demasiado apetitosa y un maldito y prohibido deseo al que no me veo con fuerzas de rechazar. —Un nuevo beso, una caricia de lenguas y una firme retirada que fue acompañada por un jadeo de protesta—. Así que voy a hacerte mía y a la mierda todo lo demás.

Introdujo una pierna entre sus piernas, separándose y volvió a ocuparse de esas tetas que lo mantenían embelesado. Sus dedos encontraron los desnudos pezones y los rodearon, acariciándolos, raspándolos con sus callosos pulgares antes de encerrarlos entre el pulgar y el índice notando su dureza.

La vio morderse el labio inferior con desesperación, sus manos resbalando en el empañado cristal, solo la pierna entre sus muslos y su espalda pegada a la puerta evitaban que resbalase hasta el suelo.

Sonriendo acercó la boca a uno de sus pezones, vertiendo su aliento sobre la puntiaguda carne. Sus ojos se alzaron lo justo para encontrarse con los de Kitty.

—Y este es mi plato preferido.

Se llevó el pezón a la boca, succionando suavemente, rodeándolo con la lengua, arrancando de su garganta incontenibles jadeos y gemidos. La sujetó contra la puerta de cristal, una mano en la cadera y la otra jugando con el pezón que no tenía en la boca.

Ella se retorció, lloriqueó, gimió, tembló bajo sus manos, se aferró como pudo a la resbaladiza pared y disfrutó de cada pequeño instante de ello. Sonriendo para sí, dejó que el pezón se le deslizara de la boca y sopló la rosada carne viendo como esta se arrugaba bajo sus atenciones. La respiración femenina se había acelerado, casi podía notar los latidos de su corazón, sus labios entreabiertos no hacían si no dejar escapar entrecortados jadeos que se vieron intensificados cuando pasó a prestarle la misma atención al otro pezón.

A Kitty le temblaban las piernas, en realidad, le temblaba todo el maldito cuerpo y su entrepierna se había convertido en un charco de humedad, su sexo latía de necesidad. De su boca ya solo escapaban excitados jadeos, apenas podía sostenerse, la pierna masculina parecía rozarse con su tierno sexo con cada movimiento que hacía volviéndola loca. Cuando tomó el pezón en su boca pensó que moriría allí mismo, la suave succión sobre su carne envió un relámpago de placer que se extendió directamente a su sexo.

—Gabe, por lo que más quieras, deja de jugar —rogó.

Él hizo oídos sordos a su ruego, no solo no la escuchó, sino que tragó con más fuerza, arrancándole un nuevo gemido. Sintió como su mano dejaba el otro pecho que había estado amasando y bajaba por su costado, sus dedos le acariciaban la sensibilizada piel en una promesa de algo más intenso.

Continuó descendiendo en dirección a su sexo y solo pudo contener el aliento, esperando, deseando sentirle allí.

Gabriel acarició el pezón una vez más mientras sus dedos jugaban sobre la piel de la parte inferior de su vientre, un rápido vistazo hacia arriba le mostró a una mujer que contenía el aliento, sus mejillas arreboladas, los labios entreabiertos con una expresión de puro deleite. Aquello lo acicateó a continuar con esa peregrina y sexy exploración, cerró el grifo con una mano, cortando el agua y se dedicó a ella por completo. Encontró los húmedos rizos de su sexo y resbaló los dedos a través de ellos hasta los gordezuelos labios que ocultaban su sexo.

La primera caricia le arrancó un nuevo jadeo, volvió a tomar posesión del atrayente pezón, amamantándose de él mientras sus dedos la acariciaban, abriéndose paso entre sus pliegues, buscando aquello que sabía la haría gritar sin pudor. Uno de sus dedos incursionó más allá, hundiéndose suavemente en su lubricado canal, estaba estrecha, muy mojada y por dios que caliente, la sensación de sus paredes vaginales oprimiendo su dedo era suficientemente

bueno como para hacer que se corriera. Solo podía pensar en lo bien que se sentiría si fuera su polla la que estuviese en lugar de su dedo, la forma en que ella le envolvería, apretándolo en su vaina de terciopelo.

—Eres una cosita caliente, Kitty.

Ella gimió en respuesta.

—Tú me pones caliente.

Sonrió, no pudo evitarlo. Ella era directa, no se guardaba nada, su cuerpo era igual de honesto y eso lo hacía toda una novedad. Las mujeres que había conocido, con las que había tenido alguna clase de relación, eran cualquier cosa menos transparente, su ex prometida había sido una prueba viviente de ello. Pero Kitty, ella siempre había sido así, clara, directa, honesta.

—Quiero que te corras para mí —declaró, empujando sus dedos en ella, follándola lentamente—. Quiero escucharte gritar, ver alcanzar tu placer, saber que es por mí y solo por mí.

—Lo es —declaró ella, acercándose a él, buscando su boca para reclamarle un húmedo beso mientras la montaba con los dedos—, por ti, solo por ti.

Le mordió los labios, jugó con su lengua y se bebió el gemido que emergió de su garganta, mientras su cuerpo convulsionaba y se estremecía preso de un primer orgasmo.

Las piernas ya no la sostuvieron más, Gabriel la sujetó cuando resbaló hacia el suelo, apretándola contra su cuerpo mientras intentaba recuperar la respiración.

—Y ahora que ya hemos entrado en materia —le susurró al oído, ayudándola a incorporarse, girándola de modo que sus manos quedasen aprisionadas contra la pared—. Vamos a por el segundo asalto.

Sus manos se cerraron alrededor de sus caderas solo para deslizarse

hacia abajo, observando su cara de incertidumbre y sorpresa al comprender lo que tenía en mente. Sus ojos brillaron de deseo, se mordió el labio inferior y, tenía que confesar, que ese era uno de los momentos más sexy que había tenido con una mujer.

—Ay dios...

Sonrió ampliamente, le dio una palmadita en el trasero y le separó los muslos al tiempo que descendía sobre sus rodillas.

—Agárrate si puedes, dulzura.

La primera pasada de su lengua le supo a gloria, ella era dulce, deliciosa y algo le decía que no se iba a cansar de ello.

—La madre que te... ¡oh, dios!

Kitty se aferró a la columna de la ducha cuando sintió el cálido aliento de la boca masculina cerniéndose sobre su sexo. La lamió una vez, dos, haciéndola dar un respingo, intuía que de no ser por las manos que la mantenían inmóvil habría saltado.

—Gabe... oh sí... dios sí...

Pero él no se detuvo, sino que volvió a lamerla, recogiendo sus jugos con la lengua, saboreándola, bebiendo de su sexo... ¡Y qué bien sabía! Su dulzura se mezclaba con el sabor salobre de sus jugos, su aroma a mujer y excitación le estaba volviendo loco. Su polla palpitaba con rabiosa necesidad en el confinamiento de sus pantalones, necesitando liberación, pero todavía no, se merecía esta pequeña venganza por ponerlo al borde, por obligarlo a sucumbir.

¿A quién trataba de engañar? La deseaba rabiosamente, siempre la había deseado, incluso esos días en lo que ella no se había ido de su puerta, esa noche en la que la besó por primera vez... La deseaba. Quería hundirse en ella, montarla fuerte y rápido, hacer que suplicara por más, por correrse solo para mantenerla al borde permitiendo que se relajara solo para volver a

excitarla una vez más, la deseaba loca de pasión, necesitada y desesperada, así era como deseaba a esta mujer.

—Gabe, por dios... oh, joder...

Sonrió para sí al escucharla, gemía y farfullaba cosas ininteligibles, sus dedos se habían enterrado en su propio pelo, acercándole más a ella y a su hambriento sexo. Acarició una vez más sus pliegues antes de incursionar en su interior, lamiéndola, succionándola, chupándola con hambre, su sabor y gemidos aumentando su propia necesidad, no podía esperar más, la necesitaba, quería estar dentro de ella, follarla hasta grabársela en la piel, hasta que no existiera para ella nadie que no fuese él.

Era una locura, lo sabía, pero así era como se sentía, como siempre se había sentido. En cierto modo, una parte de él, siempre había estado esperando este momento, esperando a que creciese, a que la diferencia de edad que los separaba no fuese tan evidente y ahora, parecía que ese momento había llegado.

—Gabe, por favor. No puedo más, necesito correrme, por favor.

Una vez más hizo caso omiso a su petición, la tomó con más ímpetu, amamantándose de su sexo hasta alcanzar la meta que había estado buscando, el cuerpo femenino empezó a estremecerse y ella se corrió una vez más con un pequeño grito desesperado.

Lamiéndose los labios, saboreando los últimos restos de su orgasmo, bajó sobre su propio cuerpo, acariciándose. Ya estaba hinchado, duro, sentía las pelotas pesadas y apretadas, quería hundirse dolorosamente en ella.

Kitty jadeó en busca de aire, seguía aferrada a la columna de la ducha, intentando mantenerse en pie. Su piel brillaba por el vapor que todavía colgaba en el cuarto de baño atrayéndolo como un faro en la niebla. Notó como le acariciaba la espalda y no pudo evitar estremecerse de placer bajo su contacto, era como si supiese que tecla exacta tocar para enardecerla. Gimió

al sentir los dedos masculinos rozándole el contorno de los pechos, la suave piel de su tripa y finalmente las nalgas. Sus manos resbalaron sobre sus muslos acariciándole la parte interior un instante antes de acariciar su sexo con los dedos arrancándole un nuevo estremecimiento.

—Gabe...

Gabe. Ella siempre lo había llamado así. Solo le llamaba Gabriel cuando estaba cabreada con él o no conseguía su atención, para todo lo demás, su nombre siempre surgía con dulzura y suavidad de sus labios, una dulzura que ahora también contenía picaresca.

Se inclinó sobre ella con premeditada lentitud, su erecto pene le rozó las desnudas nalgas mientras dejaba un sendero de besos desde el inicio de su columna hasta el final. Encontró sus pechos y los acunaron, empezando a excitarla una vez más. Su cuerpo la cubrió desde atrás como una cuchara, encajando perfectamente, blandura contra dureza, suavidad contra fuerza.

—Te has salido con la tuya —le susurró al oído y frotó su gruesa erección contra las nalgas desnudas—. Al final, te has salido con la tuya, Kitty y, por dios que no puedo decir que no esté satisfecho con ello. Esto es también lo que yo deseo.

Empujó suavemente, su polla abriéndose camino fácilmente a través de su lubricado canal, tomándola poco a poco. Kitty gimió, acogiéndole en el interior de su cuerpo, permitiéndole enterrarse hasta las pelotas, llenándola completamente; una sensación indescriptible.

—Eres una pequeña bruja deliciosa.

Ella se rio.

—Solo contigo, cielo, solo contigo.

Se inclinó sobre ella, le mordió el arco de la oreja haciéndola gemir.

—¿Estás bien?

Giró el rostro, sus ojos se encontraron con los suyos y le acarició los

labios con los suyos.

—Estaré incluso mejor cuando te muevas.

Profundizó el beso, devorándola para finalmente complacerla a ella y a él mismo. Deslizó la mano entre sus cuerpos, buscando la perla oculta en su sexo para acariciarla, su boca cubrió la base de su cuello una vez más, besándola, mordisqueando esa apetecible piel y empezó a moverse, disfrutando de esa mujer.

—Gabe —gimió arqueando la espalda.

La envolvió por la cintura y buscó su boca, excitándola con un beso tan carnal como su actual unión.

—Eres deliciosa —gruñó sobre su boca—, un pecaminoso bocadito.

—Gabe —gimió su nombre, sobrepasada.

—Córrete para mí, Kitty —le susurró besándola tras la oreja, su voz entrecortada, jadeante por el esfuerzo—, quiero sentir como me aprietas, como te derramas sobre mí, quiero que grites mi nombre cuando te corras...

Ella sacudió la cabeza, los jadeos se hacían cada vez más intensos animándolo a penetrarla más rápido, más fuerte.

—Oh sí, justo así Kitty —empezó a penetrarla más rápido, más fuerte—, ven a mí, tesoro, déjate ir...

Ella gimió, su cuerpo sacudiéndose por las embestidas, su sexo apretándose en torno suyo, exprimiéndolo, buscando ordeñarlo.

—¡Gabriel! —gritó su nombre arqueándose contra él—. Oh, dios, ¡Gabe!

Un ronco gruñido brotó de la garganta masculina unas cuantas embestidas después, uniéndose a ella en su propio orgasmo.

Jadeante y agotada, Kitty dejó que su cuerpo se deslizara contra el de Gabriel, quien la abrazó mientras intentaba recuperar su propia respiración.

—Eres mi perdición —declaró él entre jadeos, manteniéndola contra él

—. Lo sabes, ¿no?

Los hinchados labios se estiraron en una perezosa y traviesa sonrisa.

—Me lo dijiste una vez hace años, aunque entonces estabas un poquito... perjudicado —respondió girándose en sus brazos.

—¿Un poquito perjudicado? —se rio.

Ella correspondió a su sonrisa.

—Vale, borracho perdido —aseguró, entonces lo miró con dulzura—. También me dijiste que no eras adecuado para mí, que lo mejor que podía hacer era dar media vuelta e irme.

—Pero no lo hiciste.

—Nop —aceptó—. Esa última noche te dije que ibas a ser mío y te reíste.

Sí, lo recordaba. Se había reído porque esas palabras habían bailado en su mente tras besarla. Eso había sido antes de que apareciese Jer y lo hiciera entrar en razón a golpes.

—No quería hacerte daño.

—Lo hiciste —aseguró ella, pero no había reproche en su voz—. Pero yo no soy de las que se rinde fácilmente, Gabriel Falcon. Esa noche decidí que ibas a ser mío.

Dejó escapar un suspiro y le cogió la barbilla.

—Por esta noche, lo seré —aceptó acariciando sus labios—. Todo tuyo, Kitty, todo tuyo.

Ella le rodeó con los brazos y se pegó aún más a él.

—Ese es un buen comienzo.

## CAPÍTULO 7

Gabriel volvió al bar un par de horas después, no se arriesgaba a dejar mucho más tiempo a Jeremy solo ante el peligro. Su hermano podía ser un fantástico inspector de incendios, pero no iba a arriesgarse a dejarlo demasiado tiempo en un medio que no era el suyo. Al contrario que Wolf, que se pasaba a menudo y le echaba una mano ocupándose de la barra cuando a él le apetecía jugar, el tercero de sus hermanos no estaba hecho para la hostelería en ninguna de sus vertientes. Podía dejar la contabilidad en sus manos y lo bordaría, pero servir bebidas, no era su campo de acción.

Afortunadamente, parecía que todo estaba en su lugar, había un par de parejas descansando y tomándose algo y él estaba charlando con una exuberante mujer que, cogió su consumición y le dedicó una sensual sonrisa llena de promesas.

No pudo evitar echar un vistazo por encima del hombro pensando en la mujer que había dejado en la ducha. Kitty había conseguido salirse con la suya esa noche, la pequeña revoltosa lo había puesto contra las cuerdas y se había alzado con la victoria del primer round.

Sacudió la cabeza y devolvió su atención a la barra, tenía que ser muy cuidadoso con lo que hacía, jugar era una cosa, pero algo le decía que ella quería más, mucho más.

—Vaya, parece que has sobrevivido al huracán Kitty —se rio su hermano—. Di «*Gracias, Jer*».

—Debería haberte atado a ti a la cruz y no a ella.

Su risa aumentó.

—Me gustaría verte intentándolo.

Resopló y rodeó el bar, para intercambiar lugares.

—Te dije que la enviases a casa.

Su hermano se quitó el delantal y se lo entregó.

—Si lo hubiese hecho, ahora mismo estarías preguntándote qué habría pasado si ella se hubiese quedado —le soltó. Entonces sacudió la cabeza—. ¿Crees que no me he dado cuenta? ¿Que ninguno nos hemos dado cuenta de lo que esa mocosa significaba para ti? Sinceramente, Gabe, me sorprende que no me hubieses mandado a la mierda esa vez e ido a por ella.

—Le llevaba diez años... —Un recordatorio que insistía en utilizar como escudo.

—Los mismos que le llevas ahora.

—Solo era una cría...

—Una que te hacía tilín.

—No me hacía...

Jeremy resopló.

—Tiempo muerto, hermano —lo interrumpió—. No voy a entrar contigo en una discusión que no nos va a llevar a ningún lado.

Se limitó a poner los ojos en blanco y empezó a recoger vasos y colocarlos en el lugar dónde debían estar.

—Solo procura no joderla de nuevo esta vez, ¿ok? —pidió con voz seria—. Ella no es Charlotte. Si la lastimas, vas a tener un enorme problema.

—No voy a lastimarla, Jer, yo la...

Su hermano sonrió con picardía.

—Quieres —aseguró palmeándole el brazo—. Y eso es justamente lo que quería oír.

—No pongas en mi boca palabras que yo no he dicho.

—No hacía falta, es algo que se ve a simple vista —aseguró, entonces se inclinó hacia un lado y levantó la mano—. ¿Te has divertido, gatita?

No necesitaba mirar hacia atrás para saber de quién se trataba.

—¿Acaso lo dudabas? —se rio ella. Se sentó en uno de los taburetes y sonrió con esa dulzura y picaresca que le volvía loco—. ¿Me puedes poner algo que no contenga alcohol? Tengo que volver conduciendo.

Se limitó a asentir y le preparó un coctel de frutas, refrescante y sin alcohol, que puso frente a ella.

Sus miradas se encontraron y ella se la sostuvo durante un buen rato.

—¿No vas a preguntarme dónde me alojo?

Sonrió a su pesar, esa mocosa era sagaz.

—¿Debería hacerlo?

Ella se inclinó sobre la barra y se lamió los labios.

—Sí, deberías —aseguró con gesto coqueto—. Porque me estoy alojando en un hotel y sería todo un detalle que alguien me rescatase de ese frío y serio lugar.

Enarcó una ceja ante su abierta sugerencia.

—¿Todavía no has tenido suficiente?

Sus labios se curvaron suavemente, se inclinó sobre la barra, extendió el brazo agarrándole la camiseta y tiró de él hacia ella.

—Gabe, de ti, jamás tendré suficiente.

Lo besó con suavidad, un roce de labios antes de volver a sentarse y mirarle satisfecha.

—Así que, ¿cuándo cierras esto?

—A las dos y media de la mañana —se adelantó Jeremy, quien había estado observando el intercambio bastante divertido—. No dejes que se quede ni un solo minuto más. Y Kitty, bienvenida a casa.

Sí, iba a estrangular a su hermano, posiblemente antes de que sus palabras se hiciesen inevitablemente realidad.

—¿Entonces...? —insistió ella, una vez quedaron a solas—. ¿Debo volver a mi hotel?

—¿Tienes idea de dónde te estás metiendo?

Su mirada se volvió seria durante un momento, sus ojos se encontraron y le sostuvo la mirada durante un buen rato.

—Lo que sé es que ahora eres mío, Gabriel Falcon —le dijo totalmente convencida—, y te quiero demasiado como para dejar que sigas haciendo el gilipollas alejándote de mí.

Y esa era una declaración que, si bien intuía, no esperaba ver surgir de sus labios, no de esa manera y allí.

—Nunca has sabido lo que es el tacto, ¿eh?

Ahora sonrió.

—Claro que sí, pero contigo necesito mano dura —declaró risueña—. He esperado demasiado tiempo por este momento, Gabe. Sé lo que quiero, siempre lo he sabido y haré lo que esté en mi mano para que me creas.

—¿Y si yo no te quiero, Kitty? ¿Has pensado en ello? —insistió, necesitaba que ella recapacitase, dejarle la oportunidad de tomar otra decisión si así lo deseaba—. ¿Y si solo te quiero para jugar? ¿Para echar un polvo?

Se encogió de hombros.

—Pues entonces seremos compañeros de juegos y nada más —aceptó con gesto razonable.

Sacudió la cabeza.

—Tienes respuesta para todo, gatita.

Ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Acaso lo dudabas?

No, no lo dudaba. Como tampoco dudaba que esa pequeña haría todo lo

que estuviese en su mano para salirse con la suya una vez más. Y condenado fuese, porque estaba deseando verla intentarlo, así el resultado fuese terminar completa e irremediablemente enamorado de su pequeña y mocosa vecina.

—Eres como una fuerza de la naturaleza, Kitty —aseguró—, no hay forma de resistirse a ti.

—Bien —aceptó complacida—. Entonces, ¿en tu casa o en mi hotel?

No pudo evitarlo, su perseverancia lo llevó a sonreír.

—¿Ahora que tú también eres mía? —aceptó en voz alta—. En mi casa y ya veremos a dónde nos lleva eso.

Ella asintió, cogió su consumición y la levantó en un silencioso brindis.

—Me parece bien —aceptó y tomó un sorbo—. Allí te recordaré a quién perteneces exactamente.

Oh, él ya lo sabía. Era suyo, ahora y siempre, sería todo suyo.

# **CONQUISTADA**

**Kelly Dreams**

# CAPÍTULO 1

Elizabeth Carmody se mordió el labio inferior y respiró profundamente antes de colocarse bien el bolso. Se llevó la mano a la boca y rescató el chicle de mental que había perdido ya el sabor y lo envolvió en un trozo de papel y lo dejó caer en la papelera más cercana.

Era esta noche o nunca.

No podía seguir vacilando y, mucho menos, haciendo algo tan estúpido como escuchar conversaciones de su jefe con su hermano a hurtadillas; Wolf Falcon le pegaría una patada en el culo y la sacaría de la empresa en un abrir y cerrar de ojos si lo supiese.

Resopló y reanudó sus idas y venidas sin moverse del trozo de suelo que llevaba más de quince minutos desgastando con sus tacones. Había perdido un tornillo y no había manera de encontrarle reemplazo.

—Esto es una auténtica locura —farfulló girando sobre los talones para volver a caminar—. Nadie en su sano juicio hace estas cosas.

Una nueva vuelta y a caminar otra vez.

—Sí, lo mejor será que me vaya a casa —decidió. Entonces sacudió la cabeza—. Pero si lo hago, ya no habrá vuelta atrás.

Y con lo mucho que le había costado decidirse a presentarse allí, sabiendo que él estaría...

—No. He llegado hasta aquí, solo necesito un poquito de valor.

Valor que le costaba encontrar debido a su timidez natural, que le había

impedido decir lo que realmente quería cuando lo tenía delante, a él, Jeremy Falcon, el inspector de incendios que la había rescatado un par de meses antes de terminar bajo el techo de su propia casa.

Su entonces novio —ahora no era más que un exnovio gilipollas al que no quería volver a ver ni en pintura—, había cometido la enorme estupidez de hacer una barbacoa en el diminuto balcón de la cocina. Eso había terminado en un inesperado incendio que había consumido toda la habitación y dañado la estructura; algo que solo había notado cuando el techo empezó a descascarillarse sobre su cabeza.

Jeremy Falcon había estado allí para inspeccionar el lugar como perito del seguro, al igual que todas las compañías, estas no iban a soltar un solo centavo a menos que no les quedase más remedio.

Se suponía que nadie podía entrar en la casa hasta que los técnicos diesen el visto bueno, pero tras enterarse de lo ocurrido —pues había estado de visita en casa de su hermana Cleo cuando la llamaron—, no había existido fuerza humana que hubiese podido detenerla de entrar en su casa.

Él había terminado herido por culpa suya. En su afán por alejarla del peligro, un trozo del techo se había desprendido golpeándole en el hombro; una herida de la que todavía se estaba recuperando.

Suspiró, se detuvo una vez más y levantó la mirada hacia la entrada del club nocturno que presidía el bajo del edificio, el cual pertenecía a Gabriel Falcon, el hermano mayor de Jeremy. Esa misma mañana, su jefe, Wolf, le había pedido que llamase a su salvador para recordarle que tenían una reunión en el local.

*«Dile que se lo espera a las nueve en el Triple Trouble. Y que más le vale no llegar tarde».*

La voz directa y firme de su jefe contrastaba con la de su socio, Casio, un tándem que hacía de su empresa una de las mejores empresas de seguridad

del país.

La llamada despertó en ella toda una amalgama de emociones, escuchar su voz la dejaba caliente y temblorosa e incluso tuvo un momento en el que terminó balbuceando.

Sacudió la cabeza y deslizó las manos sobre el ceñido vestido negro que se había puesto, una prenda que chocaba estrepitosamente con lo que solía vestir generalmente.

—Esto es una mala idea, una malísima idea —rumió, sacudió la cabeza y volvió a empezar a caminar de un lado a otro—. ¿Qué le voy a decir?

¿Cómo demonios se le pasó por la cabeza que podría venir hasta aquí y entrar como si nada? No estaba muy segura de qué clase de club era este pero, a juzgar por la gente que había traspasado las puertas del mismo en todo el rato que ella llevaba allí, algo le decía que no iban precisamente a tomarse unas copas.

Deslizó la mano a través de la espesa melena pelirroja que se había dejado suelta sobre los hombros y liberó algunos mechones que habían quedado presos bajo el asa del bolso. Miró el reloj, pasaban un par de minutos de las nueve y media. Si se daba prisa podría coger el metro, volver a casa y olvidarse de la estúpida fantasía de volver a ver a un hombre cuyo único contacto se limitaba a breves saludos y comentarios educados cada vez que la venía a visitar a su jefe.

—Sí. Nada se te ha perdido aquí, Lizzie, será mejor que vuelvas a casa antes de que hagas el ridículo.

Giró sobre los altos tacones, recolocó la tira del bolso y apenas había dado dos pasos cuando alguien chocó con ella, haciéndola trastabillar. Se giró volvió dispuesta a decir un par de cosas, pero las palabras se esfumaron de su garganta en se encontró con esa mirada.

—Lo siento. Ha sido culpa mía. Llego tarde y...

No siguió escuchando, las mejillas empezaron a arderle con la misma celeridad que sus miradas se habían encontrado, no pudo hacer otra cosa que dar un paso atrás.

—¿Elizabeth? —pronunció su nombre con visible asombro—. Vaya, no te había... reconocido.

No era de extrañar, puesto que no llevaba sus gafas, ni el pelo recogido, ni los trajes de oficina tras los que siempre se escondía. Esta noche no era la seria y eficiente secretaria y, ahora, tampoco estaba segura de ser lo que pretendía ser. Una mujer independiente y atractiva dispuesta a seducir al hombre más sexy, atractivo y divertido que había conocido en mucho tiempo.

—Señor Falcon...

## CAPÍTULO 2

Jeremy llegaba tarde, media hora tarde, a decir verdad. Sus hermanos no habían dudado en recordárselo a cada cinco minutos después de que diesen las nueve. Había salido tarde de la última sesión del fisioterapeuta, cogido el coche y conducido hasta el aparcamiento de atrás para casi arrollar a la dulce ratoncillo que tenía ante sí.

Elizabeth Carmody era, entre otras cosas, la secretaria de su hermano pequeño, Wolf. La había visto alguna que otra vez tras el escritorio, pero no le había llamado la atención hasta la tarde en la que se vio obligado a sacarla de la casa que, según sabía, su novio había incendiado a causa de una estúpida barbacoa en el exiguo balcón de la cocina.

Él había estado haciendo su trabajo el día después del incendio, comprobando el lugar para presentar el informe al seguro, cuando una pequeña pelirroja entró como una exhalación, tropezando y precipitándose a la zona más inestable de todas; la cocina.

Hoy más que nunca agradecía a todo su entrenamiento su rapidez de reflejos, ya que, en vez de saldarse con una herida en el hombro, posiblemente la tarde habría terminado con ella muerta debajo de los escombros del techo y él en peor estado.

La eficiente y seria secretaria no había existido esa tarde, incluso su aspecto había sido totalmente distinto, haciéndola más joven y atractiva que con todo ese encorsetado traje gris que solía llevar. Su preocupación por la casa había cambiado inmediatamente cuando se dio cuenta de que él había

resultado herido, prácticamente lo había arrastrado a fuera para meterlo en un coche tan pequeño que no entendía cómo demonios había cogido todo su metro ochenta y cinco sin romperse algo, y volar como un rayo al hospital más cercano.

Tenía que reconocer que su desesperación le había resultado divertida, aunque el dolor lo había convertido en un capullo gruñón.

La había insultado, la había llamado cabeza hueca solo para que ella le respondiese con el mismo tono. De aspecto frágil, delicado y una deliciosa timidez, aquel inesperado acceso de carácter lo sorprendió y lo dejó completamente embobado con ella.

Un ratón chillándole a un oso. La similitud había sido bastante divertida.

A partir de ese momento, cada vez que aparecía por la oficina de Wolf le preguntaba por su salud. Él aprovechaba esos interludios para hacer lo que más le gustaba; coquetear.

No era una mujer despampanante, de hecho, ni siquiera era su tipo, pero, al igual que ahora mismo, ese cambio de look era muy, pero que muy apetecible y el suave sonrojo que le cubría las mejillas la convertía en una cosita tierna y deliciosa.

La tela ceñida del vestido abrazaba sus pechos, la suave piel de su cuello quedaba expuesta al haberse echado toda la melena sobre un hombro reclamando silenciosamente la promesa de besos y mordiscos que le encantaría prodigarle. Curvas definidas y llenas, caderas llenas y enclaustradas en la tela y unas piernas torneadas y largas, para una mujer tan pequeña, la convertían en una más que apetitosa posibilidad para esa noche.

Si había algo que no había cambiado era el gesto tímido que hacía que le fuese imposible sostenerle la mirada durante mucho tiempo. Incluso cuando bromeaba con ella en la oficina, notaba esa ternura subyacente y la timidez que la convertía en algo raro y único.

¿A quién quería engañar? Deseaba a esa mujer. Lisa y llanamente.

No era un hombre de compromisos, no le gustaban las ataduras y sí jugar. Disfrutar del sexo y de las veladas esporádicas, si había pucheros o reclamaciones, borrón y a por la siguiente. Ese era su mantra y, hasta ahora, había cumplido perfectamente con lo que deseaba para sí mismo.

Por ello, seguía sin explicarse el motivo de que hubiese hecho una costumbre el pasarse por la oficina de Wolf al menos un par de veces por semana. Sabía que no era más que una excusa para verla y arrancarle esa perezosa sonrisa, notar sus mejillas sonrojadas y disfrutar de la compañía femenina de forma inocente. Su hermano se había dado cuenta de lo inusual de su comportamiento y había empezado a bromear con el hecho de hacerle un cuarto permanente en las oficinas.

—Creí que ya habíamos quedado en que nos tutearíamos, Lizzie —pronunció el diminutivo de su nombre, uno que ella le había dado solo para retractarse a continuación—. Con Jeremy es más que suficiente.

Observó se ajustaba bien el bolso al hombro y echaba un fugaz vistazo a su espalda, como si estuviese buscando la excusa perfecta para dejarlo plantado.

—Yo... siento... la interrupción, ya... tengo... tengo que coger el metro y...

¿No era adorable? Solía tener problemas para hablar cuando se ponía nerviosa, cortando las palabras, mesándose el pelo justo como ahora y echándole fugaces vistazos.

—Por el contrario, he sido yo el que tropezó contigo —aseguró reteniéndola—, y te pido disculpas por ello. Temo que llego un poquito tarde...

Como si quisiera dar testimonio de sus palabras, su teléfono volvió a sonar.

—¿Qué te decía? Se supone que tenía que estar aquí a las nueve, pero se me complicó la tarde —aseguró, entonces le guiñó un ojo—. Aunque eso ya lo sabes.

Su sonrojo se intensificó.

—Yo... será mejor que no te retrase más.

—Oh, no lo harás —declaró al tiempo que se acercaba a ella, le rodeaba la cintura con el brazo y la arrastraba, literalmente, tras él—, de hecho, sé que serás la excusa perfecta.

—¿Qué? —parecía verdaderamente asombrada—. ¿Qué excusa?

La recorrió con la mirada y sonrió.

—Que me entretuve al encontrarme con una deliciosa y sexy muñequita.

## CAPÍTULO 3

Lizzie se sintió como si la hubiese arrollado un tren de mercancías a toda velocidad y dicho tren tenía el nombre y el aspecto de Jeremy Falcon. Ese hombre era puro pecado. De complexión amplia, hombros anchos y un rostro en el que se daban la mano la picardía y la sensualidad, era la fantasía húmeda de cualquier mujer que tuviese ojos en la cara. Y ella las tenía.

Si sus fantasías sexuales cobraran vida, lo harían con el rostro de ese pecado. Y sus ojos, ¿por qué demonios tenían que existir unos ojos tan enigmáticos? Ella los había visto una única vez lo suficientemente cerca como para saber que no eran negros, su color rivalizaba con el de la madera mojada, un tono marrón tan oscuro que a menudo se confundía con el negro.

Era incapaz de olvidar aquel momento, su cuerpo encima de él cubriéndola mientras caían sobre ambos partes del techo de su antigua cocina. Si no hubiese sido por sus rápidos reflejos, no estaba segura de sí habría salido de aquella entera.

Tragó, la sensación de sus manos sobre su cuerpo la excitaba tanto como la ponía nerviosa, más que un cosquilleo era como una descarga eléctrica que la dejaba temblorosa y tan húmeda que sentía la necesidad de apretar los muslos.

—No creo que esa excusa vaya a ser muy fiable...

Él enarcó una ceja, haciendo que su gesto resultase irresistible.

—¿Por qué no habría de serlo?

Se lamió los labios.

—Posiblemente porque tú serías el único en describirme de tal manera.

Parpadeó, un gesto un tanto extraño en él, quien siempre parecía seguro de todo lo que pasaba a su alrededor y que ahora, parecía sorprendido ante sus palabras.

Se separó de ella para dedicarle una profunda y totalmente directa mirada de apreciación masculina.

—No sé, nena. Si alguien no ve lo buena que estás, es que está tan ciego como un topo.

El calor que sentía ascendiendo por su cuello y se instaló en sus mejillas fue suficiente indicativo de que debía estar adquiriendo el color de una amapola.

—Yo... ah... gracias, creo.

Se rio. Un sonido ronco y masculino emergió de su garganta.

—No me las des, cariño, solo soy sincero.

Dicho eso, volvió a atraerla hacia él, hacia la dureza de ese cuerpo masculino y al embriagante aroma de su colonia.

—Lo juro —declaró levantando una mano a modo de juramento—. Palabra de *boyscout*.

Ahora fue su turno de parpadear.

—No eres *boyscout*.

Su sonrisa se hizo más profunda.

—Oh, pero lo he sido —aseguró, inclinándose ahora sobre su oído—, pero guárdame el secreto, ¿vale?

No pudo evitar reír. Aquello era todo tan surrealista.

—Entonces, ¿aceptas tomarte una copa conmigo?

Una copa, dos, las que hiciesen falta. Todo el tiempo que él quisiera y más aún, pensó. Pero no estaba segura de que esa noche fuese la mejor para ello, especialmente dado el motivo por el que él había venido al club en

primer lugar.

—Debería recordarte, por segunda vez el día de hoy, que tienes una cita —le informó con suavidad—. Y, cómo has apuntado, llegas tarde.

Su mirada se volvió más sagaz, se acercó de nuevo, haciéndola retroceder, solo para afianzar su agarre sobre ella.

—Solo una copa —insistió buscando su mirada—. Nada más, si eso es lo que deseas.

Oh, él no tenía la menor idea de lo que deseaba realmente y era una jodida suerte que fuese así.

—Además, ya estás vestida para el club.

El comentario la sacó de sus pensamientos. Esos ojos la miraban con inquisitiva fijeza, haciendo que se le acelerara el corazón. Diablos, si bien era tímida por naturaleza, no era cobarde, no se había acobardado ni se acobardaría jamás ante ningún hombre.

—No me vestí así para ir a un club —mintió descaradamente, obligándose a actuar con naturalidad, pero era tan difícil cuando estaba así de cerca. Su aroma a canela y menta le encantaba, lamería cada centímetro de su cuerpo solo para comprobar si también sabía de la misma manera.

Céntrate, Lizzie, céntrate.

—No —respondió él sobresaltándola—, lo hiciste para encontrarte conmigo.

La astuta respuesta la dejó sin aire, más aún cuando él sonrió de esa manera que prometía toda clase de perversidades y juegos húmedos.

Diablos, estaba metida en un buen problema.

Esos ojos oscuros pasaron a recorrerla una vez más, sus labios se estiraron en una satisfecha sonrisa masculina que, en su opinión, lo hacía parecer inclusive más sexy. Un lento e inocente gesto, la punta de la lengua acariciando el labio inferior dejando una huella húmeda y brillante de la

parecía ser incapaz de apartar la mirada.

—Así que, saquémosle partido.

Obligándose a arrancar la mirada de la boca masculina alzó los ojos hasta encontrarse con sus ojos, inteligentes y cálidos y completamente honestos.

—¿Por qué?

La expresión de sorpresa en su rostro fue suficiente advertencia de la estupidez que acababa de preguntar. No había solución posible para ella, cada vez que estaba cerca de ese hombre, su cerebro hacía cortocircuito y era incapaz de hablar de hilar un solo pensamiento coherente.

—Olvídalo —murmuró, sus mejillas adquiriendo un intenso tono rojizo—. Ha sido una pregunta estúpida.

—¿No te fías de mí, cariño?

«*Cariño*». Siempre la llamaba así cuando la veía en la oficina de Wolf, llegando a hacerlo incluso delante de su jefe, quién se limitaba a poner los ojos en blanco y seguir con sus cosas.

¿Qué podía contestar ante eso?

«*Claro que me fío de ti, evitaste que terminase debajo del techo de mi cocina*».

Resopló en voz alta, llamando su atención

—Sí, claro que me fío.

Se rio.

—No lo dices muy convencida.

Se lamió los labios.

—Quizá es porque... no lo estoy, convencida quiero decir —aclaró. Entonces frunció el ceño y sacudió la cabeza—. No de fiarme o no de ti, sino de acompañarte.

Alzó la mirada y se encontró con la de él.

—¿Por qué me invitas? —preguntó—. No es como si no pudieses encontrar a alguna chica que pudiese acompañarte...

Los ojos marrones se cerraron sobre los suyos, dio un paso hacia ella y le cogió la barbilla entre el pulgar y el índice.

—Invitarte a una copa creo que es la manera más educada de pedirte que te unas a mí y aceptes jugar conmigo en el club —declaró sin apartar la mirada de su cuerpo—. Y, para ser totalmente claro, con jugar, me refiero a sexo. Tú y yo. Sin ropa. En la cama o dónde se tercié.

Parpadeó varias veces, abrió la boca, pero todo lo que pudo hacer fue balbucear.

—¿Qué quieres... qué?

Él arqueó una delgada ceja ante tal declaración, sus labios se estiraron en una pícaro sonrisa un segundo antes de posar sus manos bajo sus senos y apretarla suavemente, acercándola a él.

—Follarte, Liz —acortó su nombre.

Sacudió la cabeza y dio un paso atrás, librándose de sus manos.

—No.

Ladeó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Tienes una cita —señaló el club y, como si quisiera confirmar sus palabras, su teléfono volvió a sonar—. Lo... lo... lo ves.

Cogió el móvil del interior de la americana, respondió a la llamada y puso el altavoz.

—¿Dónde diablos estás? Llegas tarde y, con tarde, me refiero a jodidamente tarde —Una voz masculina sonó a través del altavoz.

—Estoy justo delante de la puerta.

—¿Y por qué coño no entras? —respondió una voz que conocía. La de su jefe.

—Porque tu secretaria no quiere jugar conmigo.

La respuesta se unió a su jadeo.

—¿Cómo?

—No puedo creer que hayas hecho eso —protestó ella.

—¿Esa es Elizabeth? —La voz de Casio se unió al corrillo.

—¿Quién es Elizabeth?

—Un ratoncito de biblioteca, sexy, eso sí, pero tímido —respondió el mismo hombre.

—No soy un ratón de biblioteca —barbotó ella en gesto defensivo.

—Nop, no lo eres —aseguró él—. Y ahora que estamos de acuerdo en eso, ¿me acompañas?

—¿Vas a traerla aquí? —La voz de Wolf era de completo alucine.

—Si la vieras también pensarías en ello.

—La conozco, Jer, lleva casi un año trabajando para mí —reclamó su hermano—. Y... joder... Mai, si das un paso más, te pongo sobre la barra del bar y te azoto el culo hasta que esté del mismo color que mi corbata.

Una ahogada respuesta femenina llegó de algún lugar.

—Esa es la pareja de mi hermano —comentó Jer a modo de explicación—, y de Casio.

¿Acababa de escuchar que había una mujer que era la pareja de dos hombres?

—Como sea, Jer, tráela contigo, pero entra de una vez.

La línea se cortó dejándola pasmada sin saber si mirar el teléfono o a él.

—No es posible que hayas hecho eso.

Sonrió de medio lado.

—Has dicho que llegaba tarde, así que, he avisado de que estamos fuera.

—¡Sí! ¡A mis jefes!

—Wolf y Casio solo son tus jefes cuando estás en la oficina.

—Esto es de locos —resopló. Se apartó de él y le dio la espalda—. Tú estás de psiquiátrico y yo, oh dios, yo no estoy mucho mejor.

—La locura es parte esencial de la vida —aceptó él, atrapándola por la cintura para atraerla hacia su cuerpo. No se molestó en disimular su propia excitación cuando la apretó contra su cuerpo, dejando que notase la dura erección que se apretaba contra su trasero—. Vamos, Liz. Di que sí. Ven a tomarte algo conmigo y, si después no quieres jugar, prometo guardarme las manos para mí.

Se mordió el labio inferior, excitada por el contacto.

—No son tus manos las que me preocupan —admitió.

Su aliento le acarició el oído.

—¿Tengo que hacerte un juramento de *boyscout*? —la acarició con su voz—. Prometo no hacer nada que tú no desees que haga.

Lizzie entrecerró los ojos, evaluando sus palabras, pensando en el verdadero motivo que la había llevado allí para empezar. ¿Se atrevería a dar ese paso?

—Si intentas alguna cosa...

Jeremy la ciñó aún más, descansando la barbilla sobre su hombro, debiendo inclinarse sobre ella para hacerlo.

—Cuando intente algo, lo sabrás —le aseguró—, ya que te avisaré antes.

Gimió interiormente, eso precisamente, era lo que más le preocupaba.

## CAPÍTULO 4

Jeremy había prometido mantener las manos para sí mismo, pero no había dicho nada sobre la idea de fantasear con ella y hacerla partícipe de esas fantasías. Le encantaba ver cómo se sonrojaba, cómo sus ojos chispeaban y lo fulminaban obligándolo a interrumpir la descripción de sus intenciones. Debía confesar que hubo un par de momentos en el que temió que diese media vuelta y saliese huyendo, especialmente cuando llegaron a la sala principal del club, dónde se detuvo de golpe. Con los ojos abiertos como platos y un agónico jadeo escapando de sus labios, retrocedió con tanta rapidez que se habría caído si no la hubiese cogido entre sus brazos.

—Respira, cariño, respira —le susurró al oído.

—Esto... esto es...

—El *Triple Trouble* —declaró con un ronco susurro en su oreja—. Un lugar perfecto para jugar, ¿no te parece?

Tragó y se quedó allí, inmóvil. Y él la dejó. Quería darle tiempo para acostumbrarse, para tomar una decisión. Si no estaba preparada para ese tipo de juegos, la dejaría ir.

Pero no iba a hacerlo sin pelear. Estaba decidido a tenerla, conquistarla iba a ser el desafío más dulce de todos.

—Dime una cosa, Liz —le acarició el arco de la oreja con los labios—. ¿Qué llevas debajo de la falda?

Ella se tensó, se giró lo justo para poder mirarle.

—Ropa interior.

Sus labios se curvaron ante la directa respuesta.

—¿Qué clase de ropa interior?

Se la imaginaba con un diminuto tanga cubriendo su pubis y hundiéndose traviesamente entre los dos melocotones que formaban su trasero en forma de corazón, un coqueto ligero rodeando sus caderas y tiñendo de color sus muslos. Sabía por el tacto de sus pechos que llevaba sujetador y sin relleno. Sus senos eran llenos, succulentos y los pezones que destacaban en la tela del vestido... se moría por probarlos.

Un ligero tirón de su sexo le recordó que su pene estaba de acuerdo con él y sus apreciaciones.

—Ven, vamos a saludar antes de que decidan saltar sobre mí.

Notó su vacilación, la sintió temblar incluso, algo le decía que más que miedo era nerviosismo. Podía ser un tímido ratoncillo, pero él no le era indiferente. La había sentido estremecerse bajo sus manos, el titubeo en su voz y el color en sus mejillas había sido inmediato y rematadamente sexy. Lizzie era cálida, de una forma sencilla, sin pretensiones y aquello le gustaba, pero al mismo tiempo, aquella chispa que había visto en sus ojos cuando la llamaron ratón de biblioteca... Dios. Deseaba verla perder la compostura, dejar a un lado la timidez y dar rienda suelta a la emoción desenfrenada que había vislumbrado en sus ojos.

La deseaba, fuese como fuese, la deseaba y no estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta, no cuando esa negativa tenía de verdadero lo que él de santo.

Esa gatita iba a caer, solo era cuestión de tiempo.

## CAPÍTULO 5

—¿Qué parte de quedamos a las nueve no has entendido?

Su recibimiento no pudo ser más cálido, pensó con ironía.

—Díselo al jefe del departamento de bomberos —replicó cogiendo uno de los taburetes libres e invitándola a tomar asiento—. Siéntate, cariño.

Wolf, quién tenía a su novia apoyada contra él parecía verdaderamente atónito ante la presencia de Lizzie.

—Joder, ¿de verdad eres mi secretaria?

La réplica de Casio no se hizo de rogar. Al ser socio de su hermano y trabajar en la misma empresa, conocía de sobra a la chica.

—A partir del lunes, quiero este atuendo como nuevo uniforme de trabajo —expuso recorriéndola con abierta apreciación con la mirada.

—Por encima de mi cadáver.

La réplica de la otra mujer no se hizo esperar. A juzgar por la forma en que se encogió y sonrojó, acababa de darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—Cálmate, fierecilla, solo tengo ojos para ti —le aseguró Casio con un guiño.

—Sí, claro —rumió en un hilillo de voz.

—Hoy estás muy resposdona, Mai —añadió Wolf, acercándola más a él.

—No sé de quién será la culpa.

Los dos hombres intercambiaron una divertida mirada y mientras Wolf sacudía la cabeza, su amigo añadió:

—Nena, a menos que quieras que Wolf te castigue, mantén la boquita cerrada.

Su respuesta fue echarle la lengua.

—¿Y Reaver? —preguntó buscando a su hermano por la sala.

—Abby tenía un nuevo caso y ha ido a echarle una mano —comentó Gabriel poniendo los ojos en blanco—. A Kansas.

—¿A Kansas? Joder, sí que le ha dado fuerte.

—Elizabeth, y... ¿cómo es que has terminado por aquí?

El interés en la voz de Casio era genuino, así como la curiosidad que subyacía en sus palabras.

—Una mejor pregunta sería, ¿cómo demonios has terminado con él? —añadió Wolf inclinándose para coger el vaso que Gabe había dejado en la barra y pasárselo a la mujer que permanecía apoyada entre sus piernas.

—Ha sido... cas... casualidad —tragó, mortificada por el temblor en su voz.

—No dejes que te intimiden, no son tan fieros como parecen.

Lizzie le dedicó una agradecida sonrisa a Mai, quién acabó pegando un salto en el regazo de Wolf.

—Alguien está haciendo méritos para ganarse un *castigo*.

La aludida pegó un salto, abandonando a Wolf para acercarse ahora a Casio.

—De eso nada —replicó acercándose al mejor amigo y socio de Wolf—. No he hecho nada que merezca un castigo.

—Nena, lo estás haciendo ahora mismo desafiándole —le recordó su otro jefe.

—Me encantan estos encuentros entre vosotros tres, es como asistir a un partido de tenis con Mai como pelota —se burló Gabe poniéndole a él una cerveza fría—. ¿Qué te pongo, gatita?

—¿Qué te apetece beber?

Señaló la cerveza que le había puesto delante.

—Lo mismo que él.

—Así que eres una chica de cerveza negra —ronroneó Gabe, abriendo una de las neveras para extraer una bebida—. Curioso.

—No empieces —lo atajó, se apoyó sobre la barra, extendiendo el brazo de manera protectora tras su acompañante—, o llamaré a Kitty y la lanzaré sobre ti como el Huracán Katrina.

—El Katrina es una brisa primaveral comparado con esa mujer —resopló. La pequeña Kitty había sido su vecina durante la infancia, diez años menor que Gabe, había sido una adolescente enamorada de su hermano mayor, un verdadero grano en el culo que había crecido para convertirse en una mujer fabulosa y con las metas claras.

Ahora estaba planeando conseguir una excedencia y trasladarse de su actual residencia a Nevada para vivir con el mayor de los Falcon. Oh, sí, Gabe no sabía dónde se estaba metiendo. Pero su hermano se merecía la felicidad que encontraba al lado de esa polvorilla y todos sabían que no había nadie que lo haría más feliz que Kitty.

—Está decidida a mudarse sin importar lo que yo tenga que decir al respecto.

—Lo cual lo hace una mujer inteligente —aseguró Wolf, mirando a su compañera, quién le devolvía la mirada con cierta timidez.

—Aquí tienes, gatita —le sirvió Gabe la consumición que había pedido—. ¿Quieres un vaso?

Negó con la cabeza, cogió la botella y se la llevó suavemente a los labios para dar un breve trago.

—Bueno, entonces, ¿cómo vamos a celebrar el cumpleaños de papá? —preguntó, sacando el tema antes de que empezaran a enzarzarse en otras cosas.

No siempre podían reunirse todos, el hecho de que Reaver faltase era un indicativo de ello, así que, intentaban mantenerse en contacto pasándose por el *Triple Trouble*.

—Mamá quiere que movamos el culo al rancho y hagamos una barbacoa —informó Wolf—. No quiere que el tío Cliff ponga sus pezuñas y, cito textualmente, «*sobre mis costillas de cerdo*».

—Laura es una mujer inteligente —aseguró Casio abrazando ahora a Mai. La chica parecía estar conforme con ese arreglo, Wolf estaba más centrado que nunca y eso hacía que la chica fuese considerada ya de la familia.

Ese pensamiento lo llevó a mirar a Lizzie, quien permanecía en silencio echando fugaces vistazos a la sala principal. Reprimió una sonrisa.

—Tiene que serlo para no haberle pegado a papá todavía una patada en el culo —aseguró Gabe—. Entonces, nos organizaremos para ir el próximo fin de semana al rancho y empezar a prepararlo todo. Llamaré a Reaver para avisarle.

—Dile de mi parte, que como no vaya, me ocuparé personalmente de contarle a Abby todas las trastadas que hacía de pequeño.

—Eres vengativo, socio.

Wolf miró a su mujer, se levantó del taburete, la cogió de la mano y la arrancó sin esfuerzo del abrazo de su mejor amigo para morrearse sin más con ella.

—Oh, no lo sabes tú bien.

Dicho eso, cogió a la chica y se la echó al hombro. Le magreó el culo y dejó caer la palma abierta con fuerza suficiente para que resonara y ella empezase a pelear y gritar como una *banshie*.

—Nos vemos después, si todavía estáis por aquí —declaró Wolf llevándose a su mujer pese a las protestas de ella.

## CAPÍTULO 6

Ese hombre iba a matarla y ni siquiera necesitaría las manos, sus palabras eran un arma mucho más afilada y letal que cualquier posible acto y estaban haciendo estragos en su cuerpo. Lizzie sentía la piel tirante, la humedad se había instalado en forma de sudor entre sus pechos. Tensos, empujaban contra la tela del sujetador, los pezones duros se frotaban con cada movimiento obligándola a mantener la espalda recta para evitar aquella deliciosa tortura. Y señor, qué maldito calor, el ardor se había instalado en su cuerpo y había ido creciendo en intensidad al igual que su excitación, siempre espoleada por la sensual y profunda voz masculina, que hablaba sin cortarse un pelo de lo que realmente le apetecía.

¿Y ese lugar? ¡Cristo! Nunca había estado en un lugar así. Ni siquiera estaba segura de entender algunas de las cosas que pasaban allí, el chasquido de lo que parecía un látigo, gemidos y gritos de hombres y mujeres por igual... Ni siquiera la música podía ahogarlos y, lo peor de todo es que todos esos gemidos la estaban poniendo cachonda.

—¿Todo bien, cariño?

Volvió la mirada hacia la derecha, dónde Jer permanecía sentado, disfrutando de su cerveza fría.

No. Nada estaba bien. La piel le hormigueaba bajo la maldita tela, el sujetador parecía haber encogido una talla comprimiendo sus hinchados pechos y el tanga, aquella maldita prenda parecía dispuesta a darle la noche ajustándose más a su empapado e hinchado sexo.

—Estupendamente.

Alguien resopló al otro lado de la barra, su segundo jefe, Casio, sonría perezosamente mientras degustaba su propia bebida.

—Mientes igual de mal que mi Mai.

Mai era la mujer que había conocido al llegar, la misma a la que Wolf se había echado al hombro mientras ella chillaba y pataleaba, diciéndole un montón de improperios. Su jefe parecía estar mucho más cómodo que ella misma con su presencia en el local, tanto así que no se había cortado cuando le metió mano a su chica y le comió luego la boca delante de todos.

—¿Por qué no la llevas a uno de los reservados, Jer? —indicó Gabriel con un gesto de la barbilla hacia la zona de sofás—. Los altavoces están justo encima y amortiguan mucho más el sonido... ambiental.

Su sagaz acompañante, deslizó la mano alrededor de su cintura y tiró de ella al tiempo que se levantaba de su propio taburete.

—Tengo una idea mucho mejor. —Sin más, la hizo girar, la atrajo hacia sí y, tras enterrar ambas manos en su melena, bajó sobre su boca y la besó.

Todo pensamiento coherente o protesta que pudiese emerger de sus labios se extinguió de un plumazo, su boca se apropió de la suya, exigente, dominante, decidido a no hacer prisioneros.

—Y esa idea te incluye a ti, fuera de esa tortura —tiró del escote de su vestido—, y jugando conmigo.

No pudo evitar tensarse ante su comentario, si su idea de jugar se parecía en algo a lo que veía a su alrededor.

—No creo que esto sea... para mí.

Se separó lo justo para mirarla.

—No lo es —declaró seguro—, por eso tú y yo, vamos a irnos al piso de arriba.

Parpadeó, pero eso fue todo lo que pudo hacer, porque su sexy

rescatador la cogió de la mano y la arrastró sin preámbulos a través de la sala sin dejarse influir por sus intentos de detenerle.

—Jeremy, espera —pidió tambaleándose sobre los tacones que llevaba, los cuales eran más altos de los que acostumbraba a usar—. Vas a tirar... oh dios.

—Vamos a jugar —declaró cogiéndola en brazos y echándosela al hombro como si fuese un fardo.

Jadeó, pero su acto la excitó.

—Pero tú has dicho...

—...que te avisaría antes de hacerlo.

Dejaron atrás el bar, dónde Gabriel intentaba no reír abiertamente, las zonas de juego extremas, como ella las había apodado y entraron en un largo pasillo que se dividía en un tramo de escaleras.

Jeremy se detuvo entonces ante las escaleras, la deslizó al suelo y, sin previo aviso, la empujó contra la pared. La deseaba, la deseaba con desesperación, pero le había dado su palabra y, si ella no quería quedarse, no iba a obligarla. La aprisionó con su cuerpo, la espalda femenina quedó presionada contra la pared, con los brazos por encima de la cabeza, uno de sus muslos entre sus piernas desplazando el vestido hacia arriba. Los suaves y mullidos senos se apretaban contra su pecho, pero eran sus ojos abiertos con una pizca de temor, mezclada con pasión e incertidumbre quienes le obligaron a ir más despacio.

—¿Quieres irte, Lizzie? —preguntó con voz ronca. Sus ojos devorando los labios entreabiertos—. Dime qué es lo que deseas y te lo daré.

Ella lo miró a los ojos, buscando leer la verdad en ellos, pero se hacía difícil pensar cuando su cuerpo estaba aprisionado contra el suyo, sus senos aplastados deliciosamente contra el fuerte pecho masculino y su erección presionándose contra su estómago a través del pantalón.

—Si te quedas, haré que no te arrepientas —insistió—, pero si deseas irte... no te detendré.

Se lamio los labios y dijo lo único que podía decir; la verdad.

—No sé lo que quiero —aceptó en voz alta. Lo deseaba, oh, sí, lo deseaba como nunca, pero no estaba segura de si seguir adelante fuese lo más sensato.

Jeremy le acarició el rostro y apoyó la frente contra la suya.

—En ese caso, veamos si podemos descubrirlo juntos —declaró bajando la boca sobre la de ella.

## CAPÍTULO 7

Jeremy gimió al sentir la suavidad de su boca, sus labios se entreabrieron tímidamente para él permitiéndole incursionar en el interior. Ella sabía a crema y licor, dulce y ardiente, un néctar al que muy bien podría hacerse adicto. En la posición de completa indefensión en la que la tenía, sin permitirle movimiento alguno, poseía todo el control, su boca mandaba y exigía una respuesta que ella le proporcionó con la más tibia de las caricias. El cálido aliento se mezclaba con el suyo, sus lenguas se tocaban una y otra vez en un silencioso intento de conocerse íntimamente retrocediendo ella cuando él avanzaba. Sus labios se sentían suaves y húmedos bajo los suyos, su boca se volvía tan hambrienta como la suya y un beso ya no fue suficiente.

—Te deseo —confesó lamiéndole los labios. Sus manos cedieron permitiéndole moverse ligeramente, recuperando una posición más cómoda mientras amoldaba su cintura y volvía a tomar su boca en breves y húmedos besos—. Deseo mucho más de ti, Lizzie.

Ella gimió en su boca, su cuerpo era un puñado de nervios corriendo a toda velocidad, su cerebro se había licuado con el primer contacto de sus labios, su sabor era adictivo y por lo mismo peligroso.

—Sube conmigo. —Abandonó sus labios y empezó a dejar pequeños besos y mordiscos por su rostro, ascendiendo hasta su oreja y deteniéndose en el lóbulo, chupeteando el pendiente en forma de bola que lo adornaba—. Juega conmigo esta noche, cariño.

Ella gimió, ladeando la cabeza, estremeciéndose ante las suaves

descargas eléctricas que sus atenciones lanzaban por todo su cuerpo hasta desembocar en la húmeda excitación que aumentaba entre sus piernas.

—Jeremy...

—Sí, Liz —le respondió apartándose de ella lo justo para verle el rostro—. Solo dime que sí.

¿Se atrevería a decirle que sí? ¿Se atrevería a dar rienda suelta a su pasión y entregarse al hombre por el que había estado suspirando desde el mismo momento en que lo conoció?

Ella no era su tipo, no iba a engañarse con ello, solo era la secretaria de su hermano, una mujer común y corriente, ¿y él se estaba interesando en ella? ¿Quería llevársela a la cama? ¿Follarla allí mismo?

Cerró los ojos durante un instante y suspiró, si Cenicienta había tenido su noche, ¿por qué no iba a tenerla ella?

—Solo por esta noche...

Sonrió ampliamente, se lamió lentamente los labios y respondió.

—Será suficiente para empezar —aseguró tomando nuevamente su boca—. Y este es tan buen lugar como otro para hacerlo.

Lizzie jadeó cuando Jeremy la empujó escaleras arriba hasta un recoveco medio oculto en el descansillo, la apretó contra la pared y se quitó la chaqueta, dejándola caer a sus pies para luego besarla con ardor. Las manos fuertes y masculinas moldearon sus pechos por encima del vestido, los pulgares hicieron contacto con sus pezones ya duros, atormentándolos con caricias interminables.

Dejó que sus manos vagaran sobre la camisa que todavía conservaba, uno por uno los botones fueron cediendo, sus uñas arañaron suavemente la piel mientras resbalaba la tela de sus hombros dejando a la vista la bronceada y suave piel masculina. Sus hombros eran anchos, duros, su pecho marcado por trabajados pectorales y abdominales, el hombre era magnífico y no tenía un

solo gramo de grasa en cuerpo.

Sus manos obraron con la misma rapidez sobre la cremallera lateral del vestido, la bajó con un gruñido y empezó a resbalar la elástica tela por los hombros femeninos hasta bajársela a la altura de la cintura, dejando sus brazos atrapados en el proceso. Se la comía con la mirada, disfrutando de cada centímetro de su piel, buscando sus labios en breves pero intensos besos mientras sus manos seguían descendiendo ahora por encima del vestido. La moldeó con lentitud, apretándose contra ella, introduciéndose en el hueco de sus piernas.

Hundió las manos en su pelo, sosteniéndose anclada en sus brazos, sin dejar de besarle, disfrutando del ardor y el calor del momento. Los dedos masculinos acariciaron el borde de la falda del vestido, jugando con su piel y arrancándole pequeños jadeos mientras su boca bajaba por la columna de su cuello, sembrando pequeños besos que lo llevaron a enterrar el rostro entre sus pechos y aspirar su aroma. No pudo evitar temblar de placer al sentir su lengua deslizándose sobre su piel, su lengua atrapó uno de los endurecidos pezones por encima del encaje del sujetador, succionándolo en el interior de su boca, mojando la tela mientras se daba un festín con su pecho. La enloquecía sentir su erección pegada a su estómago a través del pantalón y solo podía pensar en lo delicioso que sería sentirse sin tanta ropa de por medio.

Jadeó al sentirse alzada.

—Rodéame con las piernas.

Lo hizo y él la apretó contra la pared una vez más, deslizando ahora las manos por debajo de la falda del vestido hasta cerrarse sobre sus caderas. La suave piel de su trasero se encontró con sus dedos, una suave exploración que la hizo gemir al notar sus manos apretándola tan íntimamente.

Jeremy volvió a ocuparse de esos magníficos pechos, dejó un pezón y se

encargó de succionar rápidamente el otro. Amasó las prietas carnes, hundiéndose lo suficiente entre ellas para notar la empapada tela que cubría el hinchado sexo femenino. Los cálidos jugos resbalaban por los muslos, una clara evidencia de que el rato que habían pasado en la barra, la había excitado.

—Estás caliente —ronroneó entre lametones—, mojada, muy mojada.

Apretó ciñó los muslos en respuesta, sus dedos se deslizaron a través de su pelo mientras se derretía en sus brazos.

—Jeremy —gimió su nombre, frotándose contra su erección, consiguiendo un bajo y placentero siseo en respuesta—. Esto... esto es una locura.

Él sonrió y deslizó el dedo corazón a lo largo de la suave y depilada entrepierna, acariciando la tela que ocultaba el centro de su calor. Su recompensa llegó de la mano de un ahogado gemido y el repentino estremecimiento femenino.

—Es parte del juego —murmuró buscando ahora su mirada, deseando ver su rostro ruborizado, sus ojos brillantes de placer—, y tú eres una compañera de juegos perfecta.

Ella sacudió la cabeza, sus caricias la estaban volviendo loca, su mano se había desplazado hasta cubrirla casi por completo desde atrás, uno de sus dedos la acariciaba de atrás hacia delante friccionando la tela con su sobre excitado sexo y no podía hacer nada excepto permitírsele y gemir en respuesta.

—Estás empapada —continuó susurrándole eróticamente al oído—, tan excitada que me mojas los dedos.

Lizzie se inclinó hacia delante, rodeándole el cuello con los brazos, ocultando su cara en su hombro mientras la intensidad y el placer iban en aumento.

—Ey —le susurró apretándola contra él—. No hay nada de lo que avergonzarse, dulzura. Así es como deseo tenerte, mojada, empapada, excitada y dispuesta a jugar conmigo.

Las uñas se le clavaron en la espalda haciéndolo dar un respingo, excitándolo si cabía todavía más.

—Así que mi ratoncilla tiene uñas —ronroneó al tiempo que sumergía el dedo por debajo de la tela, acariciando la húmeda y caliente carne—. Sí, esto es lo que quiero...

Gimió ante la inesperada invasión, su dedo la penetraba lentamente, con movimientos uniformes, su respiración se hizo demasiado pesada, la necesidad de aire la llevo a incorporarse en la medida de lo posible, pegándose de nuevo a la pared mientras se sostenía sobre sus hombros. Sus caderas empezaron a seguir la cadencia de la suave penetración, animándolo a ir más lejos, a penetrarla más profundamente.

—Oh, dios —gimió aferrándose con desesperación a sus hombros, sus rodillas haciendo presión para poder seguirle el ritmo—, Jeremy...

Se permitió el lujo de contemplarla mientras montaba su dedo, complacido por el rubor de la pasión que veía en sus mejillas, y el fuego encendido en sus ojos.

—Si pudieras verte ahora —ronroneó cambiando su peso durante un instante para poder sostenerla—, tan sexy, tan jodidamente sexy.

Ella sacudió la cabeza, sus labios húmedos e hinchados por sus besos se entreabrían dejando escapar pequeños jadeos, todo su cuerpo estaba en llamas, sus pezones encerrados en el confinamiento del sujetador estaban sensibles, demasiado sensibles, pero no era suficiente, deseaba más.

—Jeremy... yo... por favor —gimió inclinándose hacia delante, su boca buscando la de él en un húmedo beso—. Quiero... necesito...

Ante su tímida petición, él frotó su dura y palpitante erección contra su

estómago sin dejar en ningún momento de atormentar su sexo.

—¿Esto? —le susurró con tono ronco—. ¿Quieres que te folle? ¿Quieres que te llene por completo?

Se mordió el labio inferior. ¡Sí! ¡Señor, sí! Lo deseaba, quería sentirse repleta por él, lo necesitaba. Si la dejaba ahora, dios, si la dejaba así no respondería de sí misma.

—Sí —murmuró mordiéndose el labio inferior—, por favor, hazlo... tómame.

Lizzie gimió cuando él retiró el dedo, la sensación de insatisfacción y abandono estaba punto de traer lágrimas a sus ojos.

—Desabróchame el pantalón —su voz sonó ronca en su oído—, y coge un preservativo del bolsillo trasero.

Ella se lamió los labios, sus ojos se encontraron una vez más.

—Hazlo, es parte del juego.

Aquella debía ser la situación más extraña en la que había estado jamás, medio desnuda, jodidamente caliente y a punto de ser follada en un hueco del descanso de un club erótico. Y no podía encontrar un maldito motivo por el que aquello no la excitara incluso más.

Siguiendo sus instrucciones, extrajo del bolsillo trasero de su pantalón un pequeño cuadradito de papel y descendió entre sus cuerpos para desabrocharle el pantalón y dejar libre la dura y palpitante erección que salto a su mano tan pronto se vio libre. Su sexo era suave, caliente y lo notaba duro contra la palma de su mano.

—Cariño, si realmente quieres que te folle, tendrás que dejar de acariciarme así —aseguró entre bajos gruñidos—. Ponme el preservativo, quiero follarte.

Lamiéndose una vez más el labio inferior, se tomó un momento antes de romper el envoltorio y enfundarlo con la protección.

—Eres una buena chica —gimió, sus caricias lo habían puesto al borde, necesitaba tenerla tanto como ella lo deseaba, o quizás más—. Mi dulce y caliente buena chica.

Sin darle tiempo a pensar, la empujó contra la pared, sujetándola así para poder conducirse a su entrada y penetrarla profundamente con una única embestida que lo dejó alojado profundamente en su interior. Sus paredes vaginales lo apretaban formando una empuñadura perfecta, toda ella se tensaba a su alrededor, relajándose de nuevo, gozando de su tamaño, dejando escapar suaves jadeos entrecortados mientras clavaba una vez más las uñas en sus hombros.

Iba a dejarlo marcado pensó con irónica diversión un instante antes de retirarse para volver a embestirla, impulsando sus caderas hacia delante y hacia atrás, follándola con ardor. Sus gemidos hacían eco en las solitarias escaleras, el sonido de la húmeda carne chocando entre sí ocupó el lugar de la banda sonora, excitándolos a ambos.

Ella no podía respirar, todo su cuerpo estaba sobrecargado, el arrollador placer del momento la apabullaba.

—Jeremy... ay dios, Jer... —gemía su nombre una y otra vez.

Su amante se impulsó nuevamente en su interior, más fuerte, más profundo, robándole hasta el aliento.

—Sí, dulzura, justo así... —gruñó impulsándose ahora con fuertes estocadas hasta que por fin la sintió apretándole, sus paredes internas se cerraron a su alrededor mientras emergía un grito de liberación urgiéndole a unirse a ella en su propio éxtasis poco tiempo después.

Jadeante y agotada, dejó caer las piernas, terminando apoyada a duras penas contra la pared.

—Ay dios —gimió al darse cuenta de lo que acababa de hacer—. Ay dios, ay dios, hay dios... ¡Ha podido vernos cualquiera!

Sonrió ladino, se hizo cargo del preservativo y volvió a enfundarse los pantalones.

—En ello reside lo divertido de este juego, cariño —le dedicó un guiño—. Yo lo llamo, «*follada infraganti*».

Abrió la boca para decir algo, pero no le dio tiempo. Depositó el preservativo en una papelera que parecía demasiado conveniente y tiró de ella una vez más, instándola a subir.

—Y no ha sido más que el principio.

## CAPÍTULO 8

Ninguna de las fantasías de Lizzie podía haberse asemejado siquiera a la realidad, ésta superaba con creces todas y cada una de las sensaciones y perfección del momento. Cuando se encontró con él a las puertas del club, ni siquiera se le había pasado por la cabeza el que pudiese terminar de esta manera, jugando con el hombre que protagonizaba sus sueños eróticos; aquel que los estaba haciendo realidad.

Era capaz de hipnotizarla con sus palabras, conseguir que hiciese las cosas más impensables como estar con él en una habitación temática de un club erótico, vestida únicamente con ropa interior y disfrutando de una tardía cena.

—¿La cena también forma parte del juego? —preguntó disfrutando de unos canapés.

Jeremy, vestido únicamente con los pantalones, descalzo, sin camisa, con el pelo negro revuelto por sus manos, balanceaba el vino en su copa, mirándola por debajo de unas espesas pestañas desde su asiento.

—No se puede jugar bien con el estómago vacío, cariño —aseguró levantando su copa hacia ella en un mudo brindis.

Ladeó ligeramente el rostro, sus ojos encontraron tímidamente los de él. Ni siquiera el pasional interludio en el descanso de las escaleras podía evitar ese toque de timidez innata en Lizzie.

—No dejas de llamarme así, ¿por qué?

Esbozó una sensual sonrisa y se encogió de hombros con gracia.

—Encaja contigo —declaró. Dejó su copa a un lado y se levantó—. Eres suave, pequeña, blandita —murmuró acariciándole el labio inferior con la yema de los dedos—, y malditamente sexy. Sentada detrás del escritorio, con esos enormes ojos de cervatillo mirándome desde detrás de las gafas... Una cosita dulce y deliciosa.

Se inclinó sobre su cuello, mordiéndola suavemente sólo para lamerla después arrancando un suave gemido. El canapé que todavía sujetaba cayó de lado, manchando el suelo, quedando del todo olvidado.

—Así que, creí que «cariño» era lo adecuado —aseguró lamiendo su camino hacia la oreja, seduciéndola con su lengua, sin dejar que ninguna otra parte del cuerpo la rozara—. ¿Sabes? He tenido sueños húmedos contigo. He fantaseado con esos labios carnosos sobre mí, con esos dedos acariciándome, tu lengua lamiéndome, esos hermosos dientes mordisqueándome... He fantaseado con tu boca haciéndole todas esas cosas a mi polla, Lizzie.

Sus palabras la mareaban, la dejaban maleable y dispuesta, su boca la atormentaba con placer, haciendo que se le acelerara la respiración y su corazón bombeara más rápidamente. Su piel se volvía receptiva ante la más sensible de las caricias, los duros pezones seguían empujando contra la tela, demandando nuevamente atención, su sexo volvía a estar hambriento de atención, los jugos resbalaban más allá de la tela mojándole los muslos, el olor almizclado del sexo sobre sus cuerpos la excitaba incluso más. Estaba nuevamente excitada, deseándole.

Las imágenes se habían ido formando en su mente al tiempo que las relataba. Podía verse ante él, arrodillada en el suelo, desnuda, con las manos acariciándole las nalgas, retirando el calzoncillo para descubrir su dura y palpitante erección. Su sexo expuesto, abierto y goteante, pulsaría deseando ser llenado por aquella dura verga, sus senos acabarían frotándose contra sus piernas mientras se amamantaba de él. Se le hacía la boca agua con sólo

imaginárselo, ella, la más tímida de las mujeres deseaba follarle con la boca, chuparlo y lamerlo hasta que todo lo que pudiese hacer fuera suplicarle que terminara y sólo entonces lo tomaría más profundamente, todo lo que pudiera conduciéndole al orgasmo y tragándose su semilla.

Se obligó a dar un paso atrás, sus ojos esquivaron rápidamente la inquisitiva mirada oscura de Jeremy, los nervios regresaron y la incomodidad y desventaja de encontrarse en ropa interior cobraron vida nuevamente trayendo a la tímida mujer que se sonrojaba cada vez que él la miraba.

—Eres tan transparente —aseguró recorriéndola con la mirada—. Tan clara, tan dulce y tímida... y al mismo tiempo, hay tanta pasión dentro de ti...

Se lamió los labios, sus manos se cruzaron delante de su vientre, incómoda, sin saber muy bien qué hacer con ellas.

—Una pasión que quiero volver a ver en esos ojos —murmuró cerniéndose sobre ella—, quiero ver a la mujer que me clavó las uñas, la que me apretó entre sus muslos y deseo su boca sobre mí. Te deseo lamiéndome, chupándome, follándome con fuerza con esa dulce boquita y, a cambio, te daré lo mismo...

Jeremy la vio tragar, vio como sus ojos azules se oscurecían con cada una de sus palabras, como bajaba la mirada a la cremallera abierta de su pantalón y se lamía los labios y tuvo que luchar con la maldita urgencia de tumbarla en el suelo allí mismo y conducirse profundamente en ella, poseerla una vez más hasta que fuesen un único cuerpo y seguir incluso después de ello.

Estaba enloquecido, febril, la deseaba con desesperación, imágenes de ella en todas las posiciones imaginables, de él tomándola una y otra vez, saciándose en ella para volver a empezar de nuevo. Estaba embrujado, esa mujer lo tenía embrujado.

—Desnúdate —ordenó mientras se llevaba las manos al pantalón y lo deslizaba por sus caderas y piernas hasta quitárselo por completo. El eslip

negro de licra se amoldaba a sus curvas conteniendo su erección a duras penas —. Ahora.

Lizzie se lamió los labios involuntariamente, sus ojos habían seguido cada uno de sus movimientos hasta terminar sobre la abultada erección que asomaba más allá del elástico de los calzoncillos. Se estremeció, todo su cuerpo reaccionó instintivamente, el cosquilleo volvió a su piel, sus muslos se cerraron involuntariamente ante el ramalazo de placer que penetró en su sexo. Su lengua abandonó la húmeda cavidad de su boca para mojarse el labio inferior, la lujuria crecía lentamente aumentando con el combustible que le proporcionaba el magnífico ejemplar masculino que tenía ante sí, pero era incapaz de moverse, incapaz de hacer algo más que mirarle embobada.

—Desnuda, cariño —repitió con voz firme, profunda y endiabladamente sexy. Una suave caricia que descendió por la espalda femenina como una oleada de corriente.

Sus ojos se encontraron entonces, le sostuvo la mirada, permitiéndole retirarla si así lo deseaba, pero desafiándola a pesar de todo.

—Quítatelo para mí —murmuró nuevamente, apenas una suave caricia —. Y ven aquí.

Un profundo suspiro atravesó los labios femeninos un segundo antes de que las temblorosas manos alcanzaran el broche trasero del sujetador. Los tirantes se deslizaron por sus brazos, las copas liberaron sus pechos mientras el pequeño trozo de lencería caía al suelo.

La mirada de Jeremy sobre ella era como un afrodisíaco, aumentaba su apetito y el ver su complacencia le daba la seguridad que necesitaba para continuar.

Enganchó los dedos en la cinturilla del tanga y empezó a tirar de él pasando por sus caderas, deslizándolo a lo largo de sus piernas para finalmente sacárselo y dejarlo caer a un lado.

Él se lamió los labios, parecía querer decir alguna cosa, pero no podía encontrar las palabras.

—Y parece que al final me he salido con la mía —murmuró por fin recorriéndola lentamente con la mirada—. Te tengo para mí, completamente y a mi merced.

Sonrió tímidamente, pero caminó hacia él deteniéndose únicamente a un par de centímetros de distancia.

—No eres el único que ha ganado aquí —murmuró ella esbozando una suave sonrisa—, me estás dando mucho más de lo que imaginas.

Sonrió, esa curvatura de sus labios que decían muchas cosas sin necesidad de palabras.

—Ven aquí.

—Ah-ah —Lo detuvo diciéndole que no con un dedo.

Respiró profundamente, se lamió los labios, se dejó caer de rodillas y deslizó las manos por las fuertes piernas masculinas acariciando sus nalgas. Enganchó el elástico de los calzoncillos y los bajó dejando a la vista su erecto sexo. Se lamió los labios y levantó la mirada para encontrarse con una expectante. Jer estaba esperando a ver que hacía, su mirada llena de deseo. Aquello le dio ánimo para continuar, su lengua acarició la dura erección sobre la tela y finalmente, sus dientes se engancharon en ésta, tirando de ella hacia abajo, dejando libre la erección con la que pensaba darse un banquete.

Jeremy contuvo el aliento cuando la lengua femenina serpenteó sobre la punta de su erección, lamiendo la gota de líquido pre seminal que la coronaba. Su caricia fue suave, pero suficiente para hacerlo apretar los dientes y los puños que descansaban a ambos lados de su cadera. Aquella lengua rosada lo recorría desde la punta a la raíz provocándole deliciosos estremecimientos, la visión de ese pelo negro balanceándose al compás de sus movimientos era muy erótico y las ganas de tomarlo entre sus manos y hundir las manos en él se

hacía cada vez más apremiante.

Su boca era pura dicha, una abrasadora delicia que lo envolvía y succionaba haciéndolo temblar. Entonces, esos carnosos labios se separaron y ella lo succionó, despacio al principio, como tanteando su tamaño, probando su sabor, buscando la mejor manera de tomarlo en su boca.

—Joder —jadeó lanzando la cabeza hacia atrás, sus caderas abalanzándose hacia delante sin previo aviso—. Sí, así... dios... cariño... sí...

Una pequeña succión, una pasada de su lengua envolviendo la punta de su verga, un pequeño pellizco de sus dientes... Se obligó a separar más las piernas para mantenerse en pie, esa mujer sería capaz de ponerlo de rodillas con su bendita boca.

Los gemidos de placer por parte de ella se alzaban por encima de la suave melodía de la música que había puesto al entrar en la habitación temática, una sinfonía mucho más agradable y erótica para sus oídos, una que muy pronto se vio coreada con sus propios gruñidos.

Sus dedos se le clavaban en las nalgas cada vez que se acercaba para succionarlo, sentía los testículos tan pesados que iba a explorar en cualquier momento. El sudor había cubierto su piel con una fina película, dejándola brillante y resbaladiza, su hinchado sexo no aguantaría más aquel asalto; iba a correrse.

—Muy bien... así... eso es... —La animaba, sin saber realmente si se lo decía a ella o a sí mismo—. Un poco más... sigue... oh sí, así...

No supo en qué momento sus manos vagaron al cabello femenino y se enredaron en él acompañando los movimientos de su cabeza, pero cuando lo succionó incluso más profundamente, aquella fue su ancla. Sus caderas empezaron a moverse por propia voluntad, penetrando su boca como deseaba penetrar su sexo, suavemente, con cuidado, pero tan profundo como ella le

permitía llegar. La tensión en su cuerpo amenazaba con romperlo si no se dejaba ir, necesitaba la liberación tanto como respirar y cuando ya no pudo aguantar más, ella lo apretó en su boca, lanzándolo directamente al orgasmo.

Lizzie tragó lentamente, bebiéndoselo, lamiéndolo a través del orgasmo hasta que los espasmos cedieron y el miembro se escurrió de entre sus húmedos labios. Levantó la mirada hacia él una vez más y se encontró con una traviesa sonrisa.

—Ah, cariño, creo que el conquistado aquí he sido yo.

Sonrió en respuesta, dichosa de haber podido darle un poco de lo que él le había dado a ella. Se levantó, con su ayuda, solo para terminar de nuevo entre sus brazos, pegada a su cuerpo mientras su boca se apoderaba de la propia en un húmedo e intenso beso.

—Conquistado —murmuró rompiendo el beso un momento—, ¿ese es el nombre de otro de tus juegos?

—No, cariño —negó con la cabeza—. El juego se llama «conquistada». Y ya estoy pensando en el título del próximo.

Enarcó una ceja.

—¿Debo preguntar?

La abrazó, apretándola contra él.

—Ese sería... —deslizó los labios sobre su oreja—. «*Arrasada*».

Um. No iba a decirlo en voz alta, pero, ese juego lo había puesto en práctica en el mismo momento en que la salvó.

## CAPÍTULO 9

—No deja de ser curioso cómo cambian las cosas, ¿eh?

Jeremy se giró para ver a su padre, cerveza en mano, parado a su lado. Su mirada estaba puesta en sus hijos y las mujeres que estos habían traído consigo; toda una declaración de intenciones.

Se habían reunido en el rancho familiar para celebrar el cumpleaños de su progenitor, una excusa como otra cualquiera para reunir a toda la familia en el mismo lugar.

—Si lo dices por la mocosa que está colgada del brazo de Gabe, no vas a decirme que no es algo que esperabas que ocurriese, antes o después.

Fiel a su estilo, su padre se limitó a encogerse de hombros.

—La vida da muchas vueltas y no siempre en la dirección adecuada —comentó, mirándole de reojo—. Pero incluso eso puede enmendarse.

Sonrió de medio lado y contempló a su gente. Reaver se estaba haciendo cargo de la barbacoa mientras Abby, su chica lo importunaba arrancándole de vez en cuando una carcajada.

Estúpidamente, le envidiaba y no era al único. Incluso Wolf y Casio habían sido capaces de arrastrar a Mai, quién parecía estar a punto de cometer suicidio si alguno de ellos se le acercaba aún más. La pobre chica estaba avergonzada, casi aterrada, posiblemente reconcomiéndose por dentro por lo que pensarían sus padres de tan extraña relación.

—Mamá debería salvar a Mai y decirle que no la van a quemar en la hoguera —comentó divertido—, la pobre chica parece lista para lanzarse al

fuego si cualquiera de sus hombres la acorrala una vez más.

Su padre se rio entre dientes.

—¿Y meterme en los asuntos de tu hermano pequeño? Ni lo sueñes — respondió de buen humor—. Ya se encargará él de introducirla en la familia, si eso es lo que desea.

Y esa era la mentalidad de sus padres. Mientras sus hijos fuesen felices, como si decidían casarse con una cabra.

—No, tus hermanos no me preocupan —continuó y lo miró de reojo—. Cada uno, a su manera, se ha hecho cargo de sus propias vidas.

Enarcó una ceja, las palabras que no había dicho pero estaban allí le picaron como el aguijón de una avispa.

—¿Y te preocupo yo? —se echó a reír—. ¿Desde cuándo? Ambos sabemos que, del cuarteto, soy el más sensato.

La mirada que le dedicó decía claramente lo que opinaba de tal afirmación.

—La sensatez no es una de tus cualidades, Jer —aseguró con sorna—. Tienes muchas, pero esa no es una de ellos, hijo.

Se rio a su vez.

—*Touchè* —admitió divertido—. Pero incluso así, no es necesario que llames a los Rangers.

El hombre se giró al escuchar el ladrido de uno de los dos labradores que vivían con ellos, entonces se volvió hacia él y le apretó el hombro.

—No, ya no hace falta que los llame.

El misticismo en la voz de su padre lo llevó a darse la vuelta y comprobar que era lo que había llamado su atención y allí estaba ella.

Vestida con unos jeans y camisa de cuadros, el pelo atado en una coleta alta y gafas, su dulce y tímida ratoncilla hizo acto de presencia.

Las dos últimas semanas se habían estado viendo esporádicamente, sin

compromiso de ningún tipo, sencillamente disfrutaban de salir a comer o jugando en el Triple Trouble. En una de las últimas cenas que habían compartido la había invitado a asistir a la barbacoa, pero las dudas que había visto en los ojos femeninos habían hecho que dejase en sus manos la decisión de ir o no.

Lizzie le gustaba, más de lo que estaba dispuesto a confesar, pero no quería precipitarse, no había necesidad de ello. El compromiso podía estar hecho para ciertas personas, pero no para él, al menos no todavía.

—Ve con ella y dale una cerveza —lo instó su padre—, hoy hace un calor de mil demonios.

Dicho aquello, dio media vuelta y fue hacia Wolf, dispuesto a explicarle al menor de los Falcon como se hacía la carne.

Sacudió la cabeza, sonrió para sí y salió al encuentro de su chica. Su chica, no dejaba de sonar curioso y divertido a la vez. Él, uno de los hombres con menos interés en comprometerse, estaba pensando en una mujer como algo que podría ser, en cierta forma, permanente.

—Hola —saludó ella al reunirse por fin.

—Hola, cariño —la recibió con un beso—. ¿Qué tal el viaje? ¿Has tenido algún problema para dar con el lugar?

Sacudió la cabeza.

—No. Tus indicaciones y el GPS han sido de gran ayuda —aceptó. Estaba cohibida, nerviosa, mirando todo con recelo—. Yo... espero no llegar tarde.

—Para mí has llegado justo a tiempo, Liz —aseguró rodeándole la cintura y atrayéndola hacia él—. Gracias por aceptar mi invitación.

—A ti por invitarme —aceptó ella, derritiéndose en sus brazos. Esto era algo que le encantaba de ella, la sinceridad con la que mostraba sus emociones, con la que se entregaba a él y a sus juegos—. Esto... le he traído

un regalo a tu padre.

La sorpresa del detalle lo llenó de ternura. Su pequeña ratoncita siempre tan detallista.

—Es una botella de vino —declaró levantando la bolsa—. Es de la bodega de mis tíos. Tienen unos viñedos en la Toscana y siempre nos mandan unas botellas.

Le quitó la bolsa, mantuvo el brazo alrededor de la cintura y la instó a caminar.

—El mejor de los regalos, te lo aseguro. —Su padre era un gran catador—. Gracias.

Negó con la cabeza, sonrojada.

—No tienes que dármelas.

—Hay muchas cosas que me encantaría darte, cariño, pero me temo que por ahora, tendrás que esperar —le dijo, susurrándole al oído—. A menos que quieras que demos un espectáculo digno de recordar.

—¡No! —El gritito que emergió de su garganta fue lo suficiente alto para que lo escuchasen todos y se girasen en su dirección. Ella enrojció al instante, encogiéndose contra él—. Ay dios.

No pudo evitarlo, se echó a reír.

—Jer, deja de martirizar a mi secretaria —clamó Wolf con tono divertido—, y dale algo de beber.

—Aquí no es tu secretaria, hermanito —declaró en voz alta, sin dejar de mirarla—. Es mía.

—Y eso es una declaración de intenciones en toda regla —se rio Casio—. Elizabeth. Ni se te ocurra marcharte a la competencia, si hace falta te doblamos el suelo que te ofrezca ese mentecato.

Si se arrimaba más a él acabaría fundiéndose con su cuerpo, pensó divertido.

—Me gusta mi trabajo actual, gracias, no tengo intención de cambiarlo —comentó ella luchando con la vergüenza—. Y tú no digas estupideces.

La abrazó, impidiéndole escapar al tiempo que buscaba sus ojos.

—No he dicho ninguna estupidez, nena —contestó con sinceridad—. Yo te he conquistado y ahora eres mía. Toda mía.

Bajó la boca sobre la suya y la besó, sin importarle quién estuviese mirando, deseando que lo estuviesen haciendo pues así quedaría constancia de sus propias palabras. Quizá su relación no saliese bien, quizá terminarían separándose en el futuro, pero sin importar lo que sucediese mañana, hoy ella era suya, su conquistada.

# MAGNOLIA PLEASURE

## AMANTES DEL PLACER

**Joselyn Turney** está pasando la peor racha de su vida. Si no fuese suficiente con que su socia se hubiese largado con el dinero de la hipoteca, ahora ha descubierto por casualidad que lleva cinco años casada con un hombre al que no conoce de nada y a quién no ha visto en su vida.

Decidida a encontrarse con él para deshacer ese supuesto matrimonio, se verá metida de lleno en un lío de proporciones erótico-épicas en el que nadie es quién dice ser y dónde todos tienen cosas que ocultar.

Porque **G.D. Sheridan** no es lo que parece, ni siquiera es lo que ella piensa... Él es mucho, pero que mucho más.

## JUGADORES DEL PLACER

**Diana Álvarez** sabía que estaba cometiendo una enorme estupidez, pero eso no la detuvo a la hora de presentarse, en lugar de su amiga, en la fiesta privada de la mansión *Magnolia Pleasure* dispuesta a hacer un trato con el dueño. El problema era que él parecía interesado en obtener algo más que el Chevrolet acordado; la deseaba a ella.

**Noah Avery** estaba acostumbrado a obtener siempre lo que deseaba y aquella noche no iba a ser distinto. Cuando la vio atravesar la puerta supo que tenía que ser suya, aunque para ello tuviese que disputársela al mismo anfitrión y ofrecer un trato mucho más ventajoso a la díscola muñequita.

¿Qué era un fin de semana de placer cuando había mucho más en juego?

# **AMANTES DEL PLACER**

# CAPÍTULO 1

Josey consultó una vez más el mapa, lo extendió sobre el volante e intentó comparar la ubicación que le había dado el GPS antes de estropearse con la señal que veía a través de la ventanilla. La única señal en veinte jodidos kilómetros a la redonda.

Se bajó las gafas de leer hasta la punta de la nariz mientras sostenía su propia lengua contra la comisura de la boca en un gesto de concentración.

—¿Dónde narices está ese bendito pueblo?

Volvió a mirar el mapa, entrecerró los ojos y siguió con el dedo lo que debía ser la carretera por la que había estado transitando.

—Este tiene que ser el cruce que dejé atrás —giró la cabeza como si de esa manera pudiese encontrarle un mayor significado a esas líneas—. Y si lo es, entonces, el pueblo tiene que estar ahí delante.

Se acercó lo suficiente al papel como para estar a punto de tocarlo con la punta de la nariz.

—¡Ahhhhh, no entiendo nada!

El mapa quedó hecho un gurrño y salió disparado por la ventanilla abierta a la misma velocidad que un avión a reacción.

—¡Maldita sea tu desconocida estampa, G.D. Sheridan!

Si estaba ahora allí, perdida en alguna carretera secundaria del estado de Luisiana, sin el GPS y con el mapa de carreteras hundiéndose en uno de los numerosos charcos que había dejado tras de sí el interminable aguacero, era

única y exclusivamente gracias a él.

Echó un nuevo vistazo a la señal e hizo una mueca.

Ni siquiera venía en el mapa, el cartel parecía más bien el anuncio de una comunidad o restaurante para banquetes, que una señal informativa de tráfico.

—*La Magnolia*, a 10 Km —interpretó. Afortunadamente la lluvia había remitido y empezaban a verse algunos claros en el cielo a través de los que se podían apreciar los puntos luminosos que marcaban algunas tempraneras estrellas. La tarde se iba deslizando para dar paso a la noche algo que la empujaba a darse prisa—. ¿El nombre de un pueblo? Poco probable, aunque nunca se sabe con los nombrecitos raros que hay por ahí.

Dejó escapar un cansado suspiro y se recostó contra el volante. Los papeles parecían reírse de ella mientras asomaban a través de la esquina de la carpeta amarilla que había dejado momentáneamente sobre el salpicadero.

—No puedo perder todo el maldito fin de semana con esto —rezongó. Cogió la carpeta y la tiró sobre el asiento del copiloto—. El lunes tengo que estar a las doce en el banco, ¡tienen que concederme una maldita prórroga!

Empezó a lloriquear. No es que sirviese de nada pero al menos podía quejarse todo lo que le diese la gana sin que nadie asomase la nariz y le preguntase qué le ocurría.

—Necesitamos esa prórroga —se repitió. Estaba claro que el reproducir continuamente la frase en su cabeza no serviría de nada, pero a estas alturas era eso o caer presa de la frustración más absoluta—. Garden Rose necesita esa prórroga. ¡Yo necesito esa jodida prórroga!

Y todo porque la zorra de su socia se había fugado quince días atrás con el dinero destinado a pagar la hipoteca de la propiedad que tenían a medias. Le había entregado el cheque, como lo había hecho cada mes, solo para enterarse por una llamada que le hizo el contable un día después de que

venciese el plazo del pago, que llevaban un importante retraso sobre las cuotas de la hipoteca.

Ese descubrimiento trajo consigo muchos más y ninguno de ellos agradable. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo que estaba pasando? En gran medida se debía a su fe en esa maldita perra, quién había estado no solo cobrando el dinero de los cheques destinados al pago de la hipoteca, sino sacando dinero del fondo común del refugio. A día de hoy, tenía contraída con el banco una deuda hipotecaria que no podía afrontar y la espada de Damocles del desahucio colgando sobre su cabeza.

Le habían dado de plazo hasta el lunes para conseguir el dinero y saldar el pago de la hipoteca, de lo contrario, perdería Garden Rose y sus chicas no tendrían a dónde ir.

La casa refugio había sido su proyecto más personal, una promesa y modo de expiación que había devuelto la autoestima y la confianza en sí mismas a las mujeres que habían atravesado el umbral en los últimos cuatro años. El jardín era un refugio, un lugar al que podían acudir aquellas mujeres que la vida había maltratado o vejado, las que habían sido abandonadas o expulsadas de su hogar. Todas y cada una de ellas eran bienvenidas entre sus paredes o así había sido hasta ese momento. A partir del lunes, el futuro era más que incierto.

Envolvió los dedos alrededor de la rueda del volante y echó la cabeza hacia atrás con un quejido.

—¡Los problemas no hacen más que multiplicarse! ¿Por qué a mí? —gimoteó y empezó a pegar pataditas en el suelo presa de la frustración—. ¿Por qué, por qué, por qué, por qué?

A raíz de la desaparición espontánea de la perra de su ex socia, había movido cielo y tierra para buscar una solución alternativa, algo que les pudiese salvar el culo. Llegó incluso a plantearse vender o alquilar alguna de

sus pertenencias, motivo que la llevó a hablar con su abogado solo para que este la noquease con lo último que esperaba escuchar en esta vida.

—No puede vender o alquilar ese terreno sin la firma de su marido.

Sí, por supuesto, un inconveniente sin importancia si no fuese por el hecho... ¡de que ella no tenía ningún marido! ¡Jamás se había casado!

—Tiene que tratarse de un error —aseguró rompiendo a reír delante del escritorio del letrado—. Esto es ridículo. Ni siquiera estoy casada.

El hombre se había limitado a mostrarle una copia de un acta matrimonial en la que figuraba su nombre y el de un tal G.D. Sheridan.

—Pues si no es usted, alguien con su mismo nombre, partida de nacimiento y DNI contrajo matrimonio hace cinco años en Las Vegas.

—¡Pero si yo no me he casado con nadie!

—Pues ahí dice lo contrario.

Sí. Su vida se había convertido en una carrera sin final hacia el infierno. De hecho, ahora mismo podía estar en una de sus autopistas, pensó irritada.

—Por qué a mí... ¿por queeeeeee? —gimió dejando caer ahora la cabeza contra el volante—. ¡Odio mi vida!

Abrió un ojo y miró de nuevo la carpeta sobre el salpicadero. En su interior estaban los papeles de la disolución del matrimonio, un trámite que había preparado su abogado en tiempo récord y que la liberaría al momento de un hombre que no conocía de nada tan pronto hubiese estampado su firma en ellos.

Resopló y se pasó las manos por el pelo. Se había pasado los últimos cinco días intentando localizar al dichoso G. D. Sheridan, demasiados intentos fallidos hasta que un hombre le cogió el teléfono y tras un breve intercambio de información, le informó que el señor Sheridan estaba ocupado y no podía ponerse, pero le concertó una cita para verse ese mismo viernes.

Bien, hoy era viernes y llegaba medio día tarde a la jodida cita.

—Quiero volver a casa, no quiero deambular por esta autopista del infierno.

Quería volver a su casa con jardín, a sus inmortales cactus que no se morían ni aunque los dejase sin agua o los ahogase, quería sumergirse en un relajante baño de espuma y no estar a cientos de kilómetros del núcleo de población más cercano, perdida y sin el puñetero GPS. No quería encontrarse con un completo desconocido al que un estúpido papel lo identificaba como su marido.

—De acuerdo, Josey, céntrate. —Respiró profundamente, se enderezó y estiró los dedos de cuidada manicura francesa sobre el volante—. Tienes que encontrar la maldita dirección, hablar con el señor Sheridan y pedirle que firme los papeles.

Volvió a tomar aire y lo dejó salir muy lentamente mientras se visualizaba a sí misma en un campo de margaritas.

—Después podrás pedirle que te indique el hotel más cercano, descansas de este absurdo y largo viaje y a primera hora te vuelves a casa.

Se quitó las gafas de leer, las guardó en la guantera y abrió la puerta para bajarse del coche. No pudo evitar hacer una mueca al ver como sus sandalias rojas se mojaban mientras recogía el humedecido mapa. Lo sostuvo entre los dedos índice y corazón e hizo una mueca. Si antes no había quién lo entendiese, ahora menos.

—*La Magnolia* —leyó de nuevo el cartel y entrecerró los ojos decidiendo qué demonios representaban esas líneas y las manchas que podían interpretarse como árboles—. ¿10 kilómetros? —suspiró—. Supongo que es mejor que quedarse aquí esperando a que el GPS decida volver a funcionar.

Volvió a subir al coche, encendió el motor y se incorporó a la desértica carretera.

—Esperemos que alguien allí pueda decirme cómo demonios llegar a

Winnfield.

## CAPÍTULO 2

—¿La Magnolia? ¿En serio? —masculló de pie en la entrada que llevaba a la puerta principal—. Casi parece la mansión de *Escarlata O'Hara*.

El edificio de dos plantas era enorme. Además de la parte principal que formaba la típica fachada de las mansiones sureñas del siglo diecinueve, poseía un añadido que complementaba la arquitectura y daba amplitud a la edificación.

Se había encontrado con el desvío un kilómetro atrás, por suerte no iba a demasiada velocidad, pues estaba tan bien señalizado que lo habría pasado por alto si no estuviese midiendo la altura de casi cada jodido árbol. Lo había tomado ya por desesperación y no dejó de maldecir mientras transitaba por el camino hasta llegar a la explanada que había unos metros antes de la casa. Optó por dejar su vehículo junto a otros utilitarios y un todo terreno aparcados en un lado, incluso había una moto de gran cilindrada la cual parecía demasiado seca como para haber estado a la intemperie durante el chaparrón. El lugar estaba iluminado por focos colocados a ambos lados del sendero de piedrecillas y arena que conducía hasta la fachada de la mansión. Recogió la carpeta y su bolso, pues tenía en la primera la dirección que buscaba, y se dirigió a la casa. Era consciente de que no podía seguir conduciendo a ciegas, le quedaba menos de medio tanque de gasolina y no había visto una jodida gasolinera en muchos, pero que muchos kilómetros.

—De acuerdo, Josey, de perdidos al río —suspiró, comprobó que el vestido y la chaqueta con corte ejecutivo estuviesen en su sitio y subió los

peldaños que la separaban de la sólida puerta de madera.

Por si le quedaba alguna duda del lugar en el que se encontraba, una pequeña placa de brillante latón indicaba a cualquiera que se acercase a la puerta que estaba en «*La Magnolia*». Justo debajo había un moderno telefonillo con lo que suponía sería una cámara integrada.

Se frotó el brazo y miró una última vez a su alrededor. La humedad impregnaba el aire, pero al menos ya no caían chuzos de punta. El cielo se había ido despejando y ya mostraba los primeros puntos luminosos sobre una manta cada vez más oscura.

—Más vale que ese jodido pueblo alejado de la mano de dios no quede mucho más lejos —masculló extendiendo el brazo para llamar.

Acababa de acariciar el timbre con el dedo cuando la puerta se abrió trayendo consigo sonidos y música procedente del interior. Dos hombres de aspecto imponente y desbordante masculinidad atravesaron el umbral enzarzados en una animada conversación. No pudo hacer otra cosa que mirarlos, parecían salidos de una elegante revista de modas. Mientras que uno de ellos vestía con un impecable traje italiano a medida, su compañero mostraba el típico aspecto de los rancheros sureños. Y por dios, cualquiera de los dos le quitaba más de una cabeza.

—...la perra no terminará la noche tan sonriente como la empezó — comentaba uno de ellos—. Después de lo que hizo, la hará pagar por todas y cada una de sus palabras. Esa pequeña gatita dice que no hizo absolutamente nada, que la perra fue quién tropezó con ella y se puso echa una fiera...

Las palabras se perdieron cuando los calientes y vivaces ojos azules del trajeado cayeron sobre ella. Su acompañante no tardó mucho en darse cuenta también de su presencia, lo vio fruncir el ceño y notó como se le aceleraba el corazón cuando esos ojos empezaron a recorrerla sin pudor.

—¿Y tú de dónde has salido, princesa?

Se lamió los labios, era todo lo que podía hacer mientras duplicaba su gesto y examinaba a esos dos magníficos ejemplares del género masculino. Dios, ¿cuánto tiempo hacía que no le echaban un buen polvo? Demasiado, a juzgar por el dulce cosquilleo que empezó a recorrerle el cuerpo y le endureció los pezones.

¡Concéntrate! Se reprendió y no pudo evitar el color que seguramente estaría cubriendo ya sus mejillas. Se obligó a levantar la cabeza y adoptar una pose fría y profesional, la misma fachada que utilizaba con los hijos de puta a los que tenía que enfrentarse para proteger a sus chicas. Recordó que tenía la carpeta entre las manos, la miró y extrajo el trozo de papel en el que tenía anotada la dirección.

—No me jodas —se rio entonces el tejano mirando divertido el emergente papel—. ¿No es un poquito tarde para ir por ahí repartiendo panfletos sobre Jesús y esas cosas?

Su acompañante enarcó una ceja y frunció los labios de tal manera que dejó a la vista parte de un colmillo.

—Princesa, pierdes tu tiempo —aseguró con esa voz profunda y dulce que creaba toda clase de imágenes eróticas en su mente—. Ahí dentro nadie quiere la salvación.

La rápida suposición la dejó perpleja.

—¿Tengo acaso el aspecto de alguien que reparte panfletos de la Iglesia? —No pudo ocultar el tono ofendido. Aquello ya era el colmo.

El rancharo posó el brazo sobre el hombro de su amigo y volvió a repasarla con una mirada abiertamente sexual.

—Quién puede saber qué clase de trucos utilizan ahora para captar adeptos —comentó jocosamente y miró a su amigo—, ¿no te parece, Noah?

El tal Noah no perdió el tiempo.

—Si no eres una de esas testigos de vete tú a saber qué, ¿quién eres?

Sacudió el papel y se lo tendió.

—Alguien que lleva demasiadas horas en la carretera intentando dar con una jodida dirección —declaró con genuino fastidio—. Necesito llegar a Winnfield o tan cerca como alguien pueda indicarme de este lugar.

—En esta zona no hay más que carretera y extensiones boscosas —comentó el ranchero inclinándose sobre el papel que sostenía su compañero—. El pueblo que buscas es el más cercano y lo has dejado a unos veintidós kilómetros atrás.

Jadeó con incredulidad. ¿Se había pasado el maldito pueblo sin darse cuenta?

—¿Lo he dejado atrás? —repitió incrédula—. ¿Es que no existen los jodidos indicadores en esta zona?

Noah miró el papel con intensidad y luego la ella, a juzgar por el gesto que atravesó sus labios había llamado su atención.

—¿Cómo has obtenido esta dirección? ¿Estás segura que es la que estás buscando?

Aunque intentaba mostrar despreocupación, la curiosidad estaba allí. Algo en ese conjunto de letras le había llamado la atención.

No tenía la menor intención de hacerles un resumen de su vida o sus periplos para terminar entrada la noche en medio de ningún sitio, pero no perdería nada ofreciéndole un poco más de información.

—Concerté una cita con el dueño a las cinco, pero obviamente he llegado algo tarde.

—Parece que hoy es el día de las citas inesperadas —rumió y echó un vistazo al reloj—. Lo de algo tarde, es ser demasiado generoso.

Ignoró el tono irónico en su voz y prosiguió.

—Se suponía que tenía que encontrarme con el señor G.D. Sheridan para tratar... asuntos de negocios —continuó con firmeza—. Su asistente me

dio las señas, aunque quizá debió añadir algunas explicaciones.

—¿G.D. Sheridan?

—¿Su asistente?

Ambos hombres empezaron a solaparse con las preguntas.

—¿Y te facilitaron estas señas? —insistió Noah.

—Ahí está toda la información que me dieron al respecto —aseguró. Entrecerró los ojos y los miró a ambos—. A juzgar por su perplejidad, imagino que o conocen al señor Sheridan o tienen idea de dónde puedo encontrarlo.

El papel con la dirección volvió a sus manos mientras el hombre se lo indicaba al mismo tiempo con un gesto de la barbilla.

—La dirección que te han dado es correcta y ya estás en ella —le informó dejándola sin habla—. Aunque ignoro porqué te dieron el pueblo como indicador, cuando está a veintidós kilómetros de aquí.

—¿Cómo?

El hombre señaló la línea en la que ponía la dirección con el dedo.

—Esta es la dirección en la que te encuentras ahora mismo, princesa —le confirmó y echó el pulgar por encima del hombro para señalarle la casa—. La Magnolia es la única casa que encontrarás en casi veinte kilómetros a la redonda. Y es una propiedad privada.

Miró al hombre y luego la casa con gesto asombrado.

—Pero eso no es posible... —negó y volvió a mirar el papel—. Yo... estaba buscando... err... unas oficinas o algo similar.

—Has dicho que habías concertado una cita —la interrumpió una vez más—. ¿Con un asistente?

Se lamió los labios. Eso era lo primero que había pensado cuando le cogieron el teléfono. El tono formal y protocolario con el que le hablaron no podía ser de otra manera.

—Sí, eso supuse —murmuró al tiempo que miraba la carpeta que empezaba a retorcer entre los dedos—. Se supone que el señor Sheridan me recibiría en esta dirección a las cinco de la tarde. No conozco esta parte del país, así que, me he pasado gran parte del día dando vueltas y he terminado aquí. Esperaba poder obtener indicaciones para llegar a mi destino, no que me encontrase con él de bruces.

Ambos hombres se miraron y parecieron intercambiar una silenciosa y cómplice mirada.

—¿La gran perra?

—Es posible.

Esos dos pares de ojos volvieron a caer sobre ella.

—¿Está segura de que es con G.D. Sheridan con quién tiene que hablar?  
—insistió Noah.

Ladeó la cabeza y levantó el papel.

—¿Es tan complicado de leer lo que dice el papel?

El hombre sonrió, una sonrisa que le curvó incluso los dedos de los pies. Era un verdadero seductor y no necesitaba hacer nada más que quedarse ahí de pie y sonreír así para que se le cayesen las bragas.

—Sheridan está actualmente... atendiendo una visita inesperada —respondió ignorando su respuesta. La miró una vez más de pies a cabeza y se quedó en sus ojos—. ¿Qué asunto tienes que tratar con él?

—Ninguno de su incumbencia —declaró, dejando claro que no era cosa suya.

Lo vio enarcar una ceja ante su belicosa actitud pero no podía importarle menos.

—Está claro que hoy es el día de las reuniones para el señor —lo oyó murmurar al tiempo que metía la mano en el bolsillo interior de la americana y sacaba un teléfono. Marcó y esperó a obtener respuesta—. Ey, soy yo.

Deberías consultar de vez en cuando tu agenda. Estoy en la puerta principal con Simon y hay alguien aquí que dice tener una nueva cita contigo... —Hubo una pausa mientras escuchaba la respuesta de su interlocutor—. No tengo la menor idea aunque creo que podría gustarte. No. ¿Ah, sí? La habitación de invitados de la primera planta. No, ninguno en absoluto. De hecho lo encuentro del todo estimulante. ¿No has pensado en amordazarla? —Josey frunció el ceño al verle reír entre dientes—. De acuerdo. Pues sigue con ello. Dios no permita que esa perra se libre de la correa. ¿No has pensado en comprarle una nueva caseta con su nombre?

Asintió para sí y se giró hacia ella.

—Entonces, ¿dónde quieres que deje a tu invitada? —Asintió ante la respuesta dada—. La llevaré yo mismo, de ese modo podrás hacerle todas las preguntas que quieras.

La conversación terminó, pues lo vio cerrar el teléfono y devolverlo al interior de la chaqueta. No pudo evitar mirarlo con contenida ansiedad esperando saber la respuesta.

—Sheridan está ocupado ahora mismo con... asuntos de suma importancia, pero se reunirá contigo en un rato en la biblioteca —la invitó a volver a bajar las escaleras al tiempo que se giraba hacia Simon—. Nos vemos después.

Asintió y la saludó con un gesto de la cabeza.

—Disfruta de la noche, gatita.

Noah la guio entonces hacia el camino de arena que rodeaba la casa.

—Iremos por aquí —le informó—. Entraremos directamente desde la galería.

Josey empezaba a pensar que quizá hubiese sido buena idea disculparse, pedir indicaciones para llegar al dichoso pueblo y pernoctar allí para ir a ver al señor Sheridan a primera hora de la mañana. Pero la sola idea de tener que

conducir ahora mismo otros veinte kilómetros o más y volver a hacerlo al día siguiente la disuadió de intentarlo siquiera.

Con la carpeta debajo del brazo, tiró de su exigua falda e intentó no quedar clavada en el húmedo suelo con los tacones de sus sandalias mientras le seguía. El recorrido fue rápido, entraron por un lateral y apenas pudo echar un rápido vistazo a la moderna y chic decoración de la galería cuando la hizo pasar a la biblioteca.

Parecía que cada nueva habitación era incluso más suntuosa y única que la anterior, los muebles parecían de muy buena calidad y el diseño jugaba entre la modernidad y el clásico de la época de la propia construcción.

*«Este tío está forrado. ¿Qué tal una indemnización de quince mil dólares por daños y perjuicios? Ya sabes, puedes añadir que has perdido todo un día dando vueltas por este lugar alejado de la mano de dios y que eso ha repercutido en el estrés que ya vienes padeciendo... los últimos cinco días, que pueden compararse tranquilamente con los cinco años que, al parecer, lleváis casados»».*

Hizo un mohín. ¿A quién pretendía engañar? Nunca haría algo como eso, antes acabaría en la calle, viviendo de lo que encontrase en los contenedores de basura que pedirle dinero a alguien; ni aunque ese alguien hubiese resultado ser su maridito.

—Ponte cómoda —la invitó a sentarse en uno de los repujados sillones de cuero—. Sheridan vendrá tan pronto... como termine con su tarea.

Iba a asentir pero los dedos bajo su barbilla se lo impidieron.

—No sé qué te habrá traído hasta aquí, princesa —le acarició el mentón al tiempo que deslizaba el dedo índice hacia sus labios y jugaba entre ellos—, pero sería una verdadera pena que te marchases sin haberte probado primero.

Su dedo quedó rápidamente sustituido por sus labios, la lengua masculina penetró a través de un asombrado jadeo y pudo probar en un

inesperado y goloso beso de aquel desconocido.

Se apartó y la miró visiblemente complacido antes de dar media vuelta y desaparecer por una puerta distinta de la que habían entrado.

Se llevó los dedos a sus hinchados labios y se estremeció.

—¿Qué demonios es lo que acaba de pasar?

## CAPÍTULO 3

Gabriel Sheridan empezaba a estar verdaderamente harto de todas las falacias utilizadas por esa perra, pero la de esa noche había sido la gota que colmó el vaso. Debía estar agradecido por no verle el pelo la mayor parte del tiempo, mucho del cual lo empleaba en gastarse su dinero. Si había decidido asistir a sus particulares fiestas era cosa suya, él no iba a cambiar de hábitos, especialmente después de descubrir qué clase de perra se escondía detrás de la mujer que, supuestamente, le había salvado la vida.

La culpa había sido suya y lo sabía, tendría que haber cortado de raíz cualquier clase de tontería cuando empezó a hacerse palpable, pero en vez de ello había caído en su juego.

Sonrió para sí. Esa perra podía haberle hecho firmar un contrato matrimonial, pero el suyo distaba mucho de ser un matrimonio en cualquiera de sus facetas. Él se había encargado de poner inmediatamente sus propias normas a esa transacción. Una de las principales era la de crear fiestas como la de esta noche en La Magnolia.

Sonrió perezoso ante la imagen que todavía mantenía en su cabeza, la “escenita” que el mismo había llevado a cabo para aleccionar a esa deslenguada y diabólica zorra. ¿Quién dijo que una silla Louis XV no servía para el *bondage*?

Oh, había servido a las mil maravillas a sus propósitos. Atada como un ternero, con una mordaza de bola y una campanilla en la mano, vestida con ese *negligé* transparente que ella encontraba tan sexy y que a él le parecía el

colmo de una puta, la dejó a solas en el salón del otro lado de la casa agitando el jodido artilugio mientras intentaba gritar cualquier obscenidad.

Todo el mundo sabía que estaba allí, la campanilla no era más que una forma de atraer la atención de cualquier curioso que quisiera saber qué clase de disciplina había orquestado el dueño de la casa a alguna pobre incauta que acabase con su paciencia. Sí, no corría peligro alguno por quedarse sola un par de horas —o toda la noche— cociéndose en su propio veneno y él, mientras tanto, podría disfrutar de tiempo a solas para liberarse de su actual mal humor.

Necesitaba una buena sesión de sexo, pero no estaba de ánimo para disfrutar de ninguna de las féminas presentes, ni siquiera de ese pequeño bocado que había llegado de manera inesperada con el único propósito de venderle un viejo coche de colección; su maldita esposa le había estropeado la noche.

—Y la zorra la consigue otra vez —rezongó.

Estaba dispuesto a retirarse y pasar el resto de la noche rezongando en su dormitorio, pero Noah le había comunicado que tenía una nueva cita de negocios, una que no podía recordar por más que se esforzase en ello. Le había pedido que la enviase a la biblioteca, de ese modo podría despachar a quién fuese, con todo, lo último que esperó encontrarse en el interior de la sala era la silueta de una mujer iluminada por la luz de las lámparas *Tiffani*. Enfundada en un breve vestido de corte ejecutivo, con unas largas y sexys piernas desnudas las cuales se movían sobre unas delicadas sandalias de color rojo, era una visión lo suficiente apetitosa como para atraer de nuevo su elusivo apetito.

Su polla despertó con un nuevo y repentino interés ante la pequeña gacela escondida en los límites del cercado. Sus invitados sabían que aquella zona de la casa quedaba fuera de los límites, pero, por otra parte, ella no era

una de sus invitados; la recordaría si lo fuese.

Así que esta era la cita por la que lo llamó Noah. Sí, su amigo se merecía el premio que había dejado preparado para él.

La observó en silencio, se movía con elegancia, una carpeta amarilla sobresalía debajo del brazo pero no parecía tener intención de soltarla. La breve falda se le subía cada vez que se inclinaba hacia delante, estaba en una posición más que apetecible para acercarse desde atrás, separarle las nalgas y hundirse profundamente en un húmedo y apretado coñito.

Se ciñó el cinturón del batín, sonrió al apreciar el nada disimulado bulto en sus propios pantalones de yoga y traspasó el umbral con gesto decidido.

—Esta habitación está fuera de los límites de la fiesta, gatita.

Su nueva presa se giró al instante, unos bonitos y grandes ojos felinos lo observaron con algo entre la sorpresa y el recelo, pero fueron sus pechos encorsetados en aquella chaqueta y amenazando con hacerla estallar cuando recogió la carpeta que casi se le cae, lo que decidió su total interés.

—No deberías deambular por la mansión sin escolta, nunca sabes a quién puedes encontrarte —declaró sosteniéndole la mirada sin dejar de avanzar hacia ella—, o quién puede tener ganas de jugar.

—¿Jugar?

Se detuvo frente a ella, era más baja de lo que pensó, un tamaño perfecto para él y ese rostro, ojos como los de una gacela, enormes y tiernos, limpios y llenos de sorpresa y curiosidad.

No se resistió a tocar sus labios ligeramente separados, podía ver como el ritmo de su respiración se aceleraba ante su proximidad y esos pechos elevando la prenda que los contenía. Se acercó a ella, empujó la mano sobre su mejilla y bajó el rostro sobre el suyo.

—¿Señor Sheridan? —lo interrumpió posando una mano sobre su pecho y clavando los ojos en los suyos.

Sonrió de medio lado.

—Puedes llamarme Sher o Señor —susurró a puertitas de sus labios—, será lo único a lo que responda.

—Pero...

No la dejó hablar, descendió sobre su boca, le traspasó los labios con la lengua y aventuró una mano debajo de la falda para encontrarse con la piel suave y tierna expuesta por un tanga. La sintió gemir en su boca, se revolvió en sus brazos y la dejó escapar.

Esos ojos lo miraban con furia, indignación y también deseo.

—G.D. Sheridan —insistió ella y no puedo menos que prestarle atención. No había muchos en esa fiesta que conociesen su nombre completo o su verdadera identidad—. ¿Lo es o no lo es?

—Depende quién lo pregunte, muñequita.

La vio entrecerrar los ojos, recuperar la carpeta que había caído al suelo y sacar uno de los papeles de su interior.

—Lo pregunta Joselyn Turney Sheridan —respondió de inmediato—. Según dice aquí, su esposa.

No supo que le sorprendió más si las palabras que surgieron de esa apetitosa boca o el acta de matrimonio que le estaba tendiendo, una copia idéntica a la suya, con el nombre de su esposa al lado. Solo había un problema, esa no era la Joselyn T. Sheridan que él conocía y con la que había estado batallando desde hacía cinco años.

—¿Quién eres y de dónde ha sacado eso?

El deseo empezó a esfumarse bajo aquella nueva luz, una del color rojo de la rabia.

## CAPÍTULO 4

Los hombres eran todos iguales sin importar el lugar en el que nacieran. Josey era cada vez más consciente de ello, como lo era también de la inusitada atracción que el espécimen masculino, con quién supuestamente estaba casada, despertaba en ella. Sin embargo, dicha atracción quedaba relegada en cuanto desaparecía el encanto, la seducción y se convertía en un neandertal.

—No eres Joselyn Turney Sheridan y desde luego no eres mi esposa — clamó mirándola ahora con gesto inmutable—. ¿Esto es cosa de Jo? ¿Esa harpía está ideando algún nuevo estúpido juegucito?

Sacudió la cabeza sin comprender una sola palabra.

—Mi nombre es Joselyn Turney, señor Sheridan, es el que figura en mi DNI, en el permiso de conducir y en mi partida de nacimiento —le soltó con profunda ironía—. Y no hay nadie mejor que yo para saberlo, ya que soy quién responde a tal identidad.

La vio entrecerrar los ojos y mirar de nuevo el papel con el que se había quedado.

—¿Cómo has conseguido esto?

Miró la hoja y luego a él.

—Del registro civil —respondió—. Una indeseada sorpresa traída por manos de mi abogado.

Entrecerró los ojos y la miró todavía irritado.

—Eso es imposible, mi esposa, Joselyn Turney está en esta misma casa ahora mismo y te aseguro que no eres tú, jovencita.

Y aquella admisión tenía que ser lo más extraño que había oído en su vida.

—¿Disculpe?

—Ya me has oído —añadió cerniéndose sobre ella—. Quiero saber quién eres y qué es lo que quieres. Y más te vale que la respuesta me guste o tendrás que contarles todo esto a las autoridades.

Se llevó las manos a las caderas cansada de esa belicosa actitud, extrajo las páginas de la anulación del matrimonio que había redactado su abogado y las plantó en la mesilla frente a él.

—No he conducido más de ochocientos kilómetros hasta este lugar alejado de la mano de dios para ser insultada, señor Sheridan —reclamó—. Lo cierto es que no tenía la menor idea de su existencia hasta hace cosa de cinco días y por dios que estaré más que feliz de olvidarle en cuanto firme la anulación de un matrimonio al que no sé ni cómo he llegado y pueda seguir viviendo en la bendita ignorancia de estos últimos cinco años.

Se quedaron mirándose el uno al otro como dos contrincantes en un ring. Miró los papeles, luego a ella y entrecerró los ojos.

—¿Cómo es posible que afirmes estar casada conmigo y no acordarte siquiera de dicho matrimonio?

—Yo tengo una pregunta igual de interesante —le soltó—. ¿Cómo he podido casarme con un hombre que jamás he visto en mi vida y cuyo nombre jamás he escuchado?

Negó con la cabeza.

—Mi abogado me ha confirmado que eso es legal. El caso es, señor Sheridan, que yo no he dado mi consentimiento o nombre para contraer matrimonio con usted ni con nadie.

Esos intensos ojos verdes siguieron fijos sobre ella, el previo enfado empezaba a desvanecerse para convertirse en algo más liviano, algo parecido

a la incredulidad.

—Esto no tiene el menor sentido.

—Mire por donde en eso estamos de acuerdo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Quién te facilitó esta dirección?

Y esa era una pregunta que podía responder, si quería gritarle a alguien, que comenzase con su secretaria.

—Lo localicé a través de los datos del acta matrimonial, probé con la guía de teléfonos y llamé a todo Sheridan del condado antes de dar con su asistente —le informé—. Le dije que necesitaba tratar un asunto privado y de extrema urgencia con usted y me citó para hoy a las cinco de la tarde. Hubiese llegado antes si se hubiese molestado en darme las señas correctas y no enviarme al condado de al lado.

—¿Mi asistente? —sacudió la cabeza—. ¿Una cita? Señorita, no tengo ningún asistente así que, malamente puedo haber recibido mensaje alguno de tu llegada anterior al de mi amigo.

Abrió la boca y sacudió la cabeza.

—Pues le aseguro que no he llegado hasta aquí por ciencia infusa —alegó molesta. Entonces insistió en señalarle los papeles—. De todos modos, eso ya me da igual, todo lo que quiero es que firme estos malditos papeles y así este matrimonio quedará disuelto. Puede leer todos los documentos y verá que no le exijo absolutamente nada, como usted tampoco podrá exírmelo a mí.

No se fiaba de ella, pero ni un pelo, podía adivinarlo por la forma en que la mirada y a pesar de ello los cogió y empezó a leerlos detenidamente. Solo levantó los ojos para echarle fugaces vistazos o rumiar algún detalle expuesto. Finalmente, la miró y la apuntó con el dedo.

—No se te ocurra moverte de aquí —la previno—. No te irás de aquí hasta que lleguemos al fondo de este turbio asunto. Esta noche alguien va a

tener que dar muchas, pero que muchas explicaciones y veremos si sale viva después de hacerlo.

Atravesó la habitación con paso firme, la miró una última vez y le cerró la puerta en las narices.

—¿Pero qué? —jadeó con incredulidad. ¿Quedarse allí? ¿Pero qué pensaba él que era? ¿Un florero?

—¡Sheridan! —lo llamó, pero no obtuvo respuesta—. Maldita sea, ¡vuelva aquí!

Abrió la puerta pero ya no había rastro de él. Todo lo que veía era un largo pasillo que discurría en dos posibles direcciones. Frunció el ceño y salió, echó un vistazo a un lado y a otro y optó por probar con la zona más iluminada.

—Esto es el colmo.

De todas las posibles cosas que podían ocurrir, esa era sin duda la última que esperaba. ¿Alguien con su mismo nombre? ¿Otra esposa? ¿Qué demonios significaba todo aquello?

Soltó un bufido y giró en la esquina solo para estar a punto de pisarle la cola a un enorme gato naranja. El minino pasó a su lado como una exhalación, gruñendo o lo que quisiera que hicieran esos bichos.

—Joder... —se llevó la mano al pecho sobresaltada—. Maldito gato.

Ni siquiera se había recompuesto cuando dos personas pasaron corriendo a su lado en post del animal, aquello no habría sido tan raro o perturbador de no ser por la ausencia de ropa. La mujer que iba delante vestía una breve túnica semitransparente de la cual había escapado un seno que se bamboleaba al compás de sus pasos, de cerca le seguía un... ¿gladiador?

—¿Qué coño...?

Las palabras se le atascaron en la garganta cuando lo siguió con la mirada y pudo apreciar un firme y magnífico culo desnudo contrayéndose a

cada paso debajo de la faldita de tablas.

—Josey, no acabas de ver lo que has visto —se dijo a sí misma mientras intentaba procesar lo que no creía haber visto—. ¿Pero qué narices está pasando aquí?

Esos dos hombres que la habían recibido en la puerta de entrada habían hablado de una fiesta, pero si esa era la etiqueta reglamentaria, prefería no ver al resto de los invitados.

Se mordió el labio con vacilación. Lo inteligente sería dar media vuelta, buscar la salida y largarse de allí como alma que llevaba el viento, tenía suficientes problemas que afrontar sin añadir además su recién descubierto marido y sus... extrañas aficiones.

Se masajeó las sienes y soltó un bufido.

—Lo único que tenía que hacer era firmar los jodidos papeles.

Pasó los siguientes minutos deambulando por la casa, la decoración era exquisita y en algunas zonas incluso acorde a la época, otras parecían acondicionadas de un modo mucho más moderno pero ello no le restaba atractivo. La música empezó a llegar a sus oídos en cierto momento de su expedición, acordes perfectos y relajantes que contrastaban con los murmullos que se hacían eco entre las paredes.

El recuerdo de su previo encuentro con dos invitados la llevó a plantearse dar media vuelta y optar por otro camino, pero tenía que dar con Sheridan y quizá el preguntar directamente sería la fórmula más rápida.

—Firmar e irme —murmuró una vez más para sí—. Es todo lo que quiero.

Siguió por el pasillo hasta desembocar en una amplia habitación cuyas puertas estaban entreabiertas, los sonidos y las risas emergían del interior acompañados de otra clase de ruiditos menos convencionales.

Sacudió la cabeza. No. Sencillamente aquello no podía ser lo que estaba

pensando. Empujó lentamente uno de los laterales y se asomó brevemente.

—Joder...

Fueron las dos únicas sílabas que pudo formular antes de quedarse sin habla. La sorpresa pronto dio paso a la incomodidad y a una morbosa curiosidad que la mantuvo pegada a la puerta sin poder apartar la mirada de lo que se estaban desarrollando en su interior. Divanes por doquier, mesas con platos de comida y en ocasiones otros adornos y gente en varias fases de desnudez o actos. Gemidos, maullidos, gruñidos... mirase dónde mirase el sexo era el tema principal, parejas, tríos... el conjunto era tan perturbador como interesante.

Tragó, tenía que retirarse, cerrar la puerta, dar media vuelta y salir corriendo pero era incapaz de apartar la mirada de aquellas escenas. La saliva empezó a acumulársele en la boca, tenía problemas para tragar así como para respirar. Un suave calor empezó a extenderse por su piel, pudo notar como se le tensaban los pechos y engrosaban los pezones, su sexo creyó oportuno recordarle así mismo que también le gustaba lo que veía pues empezaba a empapar las bragas.

Una mirada profunda y erótica cayó entonces sobre ella y fue la inyección que necesitó para dar un paso atrás y cerrar la puerta de golpe.

—Ay dios —se llevó la mano al pecho completamente sofocada—. Eso... eso... mierda...

Estaba excitada. No había manera de que ese pequeño detalle le pasase inadvertido cuando se sentía hinchada y mojada.

Sacudió la cabeza y luchó por recuperar la compostura.

—¿Quién coño es G.D. Sheridan? —siseó echando de nuevo un fugaz vistazo a la puerta ahora cerrada.

No quería descubrirlo. Prefería seguir en la bendita ignorancia un poco más, al menos hasta que consiguiese que firmase los papeles y pudiese

largarse como alma que lleva el diablo de aquel lugar.

¿Cuándo había sido tan ingenuo? ¿Cuándo había permitido que una mujer lo manejase a su antojo al extremo de no ser consciente de que estaba viviendo en una jodida red de mentiras? ¿Por qué había ocurrido todo aquello? ¿Por qué?

Ni siquiera recordaba con claridad lo sucedido en aquellos días, su mente había estado nublada con los amargos recuerdos y la culpabilidad que lo había conducido a la más estúpida de las decisiones. De no ser por Noah y Simon, quienes habían estado a su lado entonces, posiblemente hoy no estuviese allí. Y tampoco se habría casado con una perra.

Se pasó la mano por el pelo y se detuvo al lado de una de las ventanas en busca de un poco del aire que le devolviera la serenidad. Seis años, habían transcurrido ya seis años desde el accidente que le costó la vida a su ex pareja y a su hija. Un maldito accidente nacido a partir de una discusión y provocado por la inclemencia del mal tiempo.

Esa noche, cinco años atrás, se cumplía el primer aniversario de sus muertes, un año que había estado lleno de desolación, estupidez masculina y la intención de terminar con su propia vida dentro de una botella de alcohol. Había abandonado a los suyos, le dio la espalda a su familia, a su trabajo, renegó de todos y de todo y siguió culpándose por algo que sabía no habría podido evitar de ninguna manera.

*«¡No tendría que haberlas dejado salir! ¡No debí entregarle a la niña! ¡Por amor de dios, Noah! Están muertas, las dos están muertas y no pude hacer nada para evitarlo».*

El peso de la culpa, de todos los “y si” que habían pasado por su cabeza lo llevaron al borde empujándolo a una resolución cobarde y desesperada. Por

mucho que odiase admitirlo, que prefiriese pensar en ello como una pesadilla, la realidad era que de no haber estado ella allí, se habría pegado un tiro.

Sacudió la cabeza y miró al otro lado del pasillo.

Joselyn Turney. Ese es el nombre que ella le dio al hacerle entrega de un acta de matrimonio en el que figuraba también el suyo y su propia firma. No recordaba haberse casado con ella, ni haber firmado ese papel, pero sí recordaba que ella le había arrancado de las garras de su propia estupidez.

Pero ahora resultaba que ese nombre, Joselyn Turney, era el de una mujer totalmente distinta y que había dejado en la biblioteca, una hembra que no se parecía en nada a la perra con la que compartía el apellido y que despertaba su libido con una rapidez pasmosa.

Dos mujeres y un mismo nombre. ¿Quién decía la verdad y quién mentía? ¿Había sido tan ingenuo? ¿Había estado tan ciego como para que lo engañasen durante cinco largos años?

Empezó a verlo todo rojo. El engaño, la traición, todo aquello superaba lo que había padecido hasta el momento, necesitaba respuestas y las necesitaba ya.

—Ey, ¿dónde está el fuego? —lo interceptó Simon, quién salía de una de las salas contiguas con la pequeña Missy bajo el brazo—. Parece que estás muy solicitado esta noche, ¿ya has visto a la chica por la que te llamó Noah?

Sus palabras lo encendieron, ni siquiera reparó en que la muchacha retrocedió hasta prácticamente ocultarse tras Simon cuando se abalanzó sobre su amigo.

—¿Qué sabéis de esa mujer?

Su tono de voz alertó de inmediato a su amigo que perdió la sonrisa y se puso alerta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mirando en la dirección que le indicaba—. Noah y yo estábamos saliendo por la puerta cuando apareció ella.

Dijo que tenía una cita contigo...

—¿Y no os dio un nombre?

—¿Qué?

—¿No os dijo como se llamaba?

Se pasó la mano por el pelo.

—Fue Noah la que estuvo hablando con ella, la verdad es que...

No lo dejó terminar, lo interrumpió con un resoplido y señaló en dirección a la biblioteca.

—Al parecer tengo a una tal Joselyn Turney, la cual dice estar casada conmigo, en la biblioteca —espetó—. Y no, no es la perra a la que dejé atada como un chorizo en el salón. Esta muñequita ha traído incluso consigo una copia del acta matrimonial y un acuerdo de disolución de matrimonio.

Le mostró dichos papeles, los cuales ya parecían un acordeón entre sus manos.

—Estás de broma.

Enarcó una ceja y no pudo evitar que el sarcasmo gotease de su voz.

—¿Te parece que bromeo?

Sacudió la cabeza y pareció costarle entender lo que estaba pasando.

—Esto no tiene sentido.

—Dímelo a mí —resopló con una risa carente de humor—. Ahora no solo estoy casado con una perra, sino que hay otra mujer que dice llamarse igual y que se ha presentado con un fajo de papeles y a la cual no he visto en mi jodida vida.

Simon entrecerró los ojos.

—¿Qué es lo que quiere?

Agitó los papeles que llevaba.

—La anulación del matrimonio —respondió—. No reclama nada, no exige nada, no deja que yo exija nada. El documento es perfectamente legal,

posee la firma de un notario y abogado y el sello de un bufete de abogados de la costa este.

—Joder.

—Oh, sí. Esa es la palabra —chasqueó—. La pregunta es, ¿qué coño está pasando aquí y quién narices es en realidad la mujer de la biblioteca? Y las respuestas, no me cabe duda, solo pueden proceder de mi querida zorra-esposa.

—¿Crees que Jo habría llegado tan lejos?

—¿Después de la manera en que me manipuló para convertirse en la señora Sheridan? Sí, no me cabe la menor duda.

—¿Qué vas a hacer?

—Llegar al fondo de esto, así tenga que retorcerle el jodido pescuezo.

No esperó respuesta de su amigo, ni siquiera miró a la joven que le acompañaba, dio media vuelta y continuó su camino para encontrarse con la única persona que podía arrojar algo de luz a aquel asunto, así tuviese que retorcerle el cuello para sacárselo.

## CAPÍTULO 5

Gabriel observó a la perra en silencio. La había desatado sin decir una sola palabra y la retuvo con su presencia. No parecía contrita, ni siquiera realmente molesta y no era algo que le sorprendiese, a la perra le gustaban los juegos duros.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome o vas a hacer algo?

No le respondió, siguió contemplándola y buscando en ella algo que sugiriese que la pequeña gatita que había dejado en la biblioteca no era otra embaucadora más.

Crear las palabras de otra mujer y en la identidad que reclamaba como suya no era fácil, no cuando las únicas pruebas que esgrimía eran su palabra y una copia del certificado de matrimonio que muy bien podía ser falseado. Pero incluso así, la sinceridad que había escuchado en su voz no era indicativo alguno de engaño.

Observó a la mujer de pie delante de él, la única que lo había cazado en un momento de bajón, la que urdió todo un plan para capturarlo, quedarse con su nombre y mantenerlo prisionero durante los últimos cinco años.

*«Si ella no es tu esposa, podrás retorcerle el pescuezo».*

Más aún, la metería entre rejas, aunque eso no compensaría ni un poco todo lo que le había hecho; ni un poquito.

—¿Y bien? —insistió—. ¿Tengo algo tan irresistible que no puedes dejar de mirarme?

Sonrió de medio lado pero no apartó la mirada, quería ver su reacción

tan pronto le soltase la bomba.

—Acabo de conocer a Joselyn Turney.

La manera en que sus ojos se abrieron y se produjo un cambio en su respiración fue casi imperceptible, pero él la conocía muy bien, había aprendido a leerla con absoluta claridad.

Hizo un aspaviento.

—Si todavía crees conocerme ahora, después de cinco años, te ha llevado mucho tiempo.

Mantuvo la sonrisa y chasqueó la lengua.

—Quizá lo que ocurre es que no me he explicado con claridad —aseguró y sacudió los papeles que le había quitado a la chica—. Lo que quiero decir, es que he conocido a la Joselyn Turney, que está en mi biblioteca, hace poco más de media hora y me ha traído un contrato de disolución matrimonial.

Entrecerró los ojos y la penetró con la mirada.

—¿Qué puedes decirme al respecto, Jo?

La palidez comenzó a extenderse por su rostro, no pasó mucho tiempo antes de que abriese los ojos de manera exagerada y sus labios se moviesen espasmódicamente en busca de palabras que no terminaban de surgir.

—Eso... eso es imposible.

—¿Lo es?

El temblor en su voz era suficiente para confirmar definitivamente que la mujer que tenía frente a él sabía mucho más de lo que decía y que, si la muchacha que había dejado en su biblioteca era realmente quién decía ser, le habían engañado durante los últimos cinco malditos años.

—¿Quién es ella, nena? —preguntó apretando los dientes, reteniendo el impulso de rodearle el cuello con los dedos y dejarla sin aire—. ¿Por qué hay alguien que dice llamarse Joselyn Turney esperando en mi biblioteca?

Quería una respuesta y la quería ya, quería que ella misma fuese quién le

diese el ticket que necesitaba para sacar la basura de su casa.

Los gritos venían del final del pasillo, el corredor estaba vacío a excepción de algunos cuadros y muebles y la estridente voz de mujer protagonizaba la escena. Josey frunció el ceño ante el conocido timbre, el oído tenía que estar jugándole una mala pasada, no había otra manera de explicar esa familiaridad.

—...no es verdad —escuchó de nuevo—. ¡Es una impostora! ¿A quién vas a creerle, a mí que soy tu esposa o a una chica cualquiera que no has visto en toda tu vida? ¿Cómo puedes pensar siquiera por un momento que yo...?

Sacudió la cabeza una vez más. No, no podía ser ella y sin embargo, esa VOZ...

—¿Cómo ha llegado aquí? ¿Cómo sabía esta dirección? ¿Cómo sabía siquiera tu nombre? —Había verdadera desesperación en la voz femenina—. ¡Todo ha sido planeado cuidadosamente!

—Alguien le facilitó esta dirección, ignoro todavía quién ha sido el responsable pero lo averiguaré —escuchó la respuesta de Sheridan—. Pero eso no quita el que haya llegado hasta aquí y que lo haya hecho con una copia de nuestra acta matrimonial y con los papeles necesarios para firmar una disolución del mismo.

—Es falso —insistió la mujer—. Lo más seguro es que esté detrás de tu dinero. ¿No lo ves? ¡Todo esto es un burdo montaje para sacarte dinero!

Lo escuchó reír de mala gana.

—Oh, pero eso también es lo curioso, Jo —añadió con un borde acerado en la voz que la estremeció—. Verás, esta... señorita Turney... no está interesada en mi dinero, solo en la anulación del matrimonio. Y mira por dónde, solo por eso, me siento más inclinado a creerla.

—¡Es una impostora, Gabriel! —ladró—. Ella no es... Hay infinidad de personas que comparten el mismo nombre e incluso apellido...

—¿Y comparten también el mismo marido? —No podía haber más ironía en su voz—. Lo dudo, querida. Así que, eso nos lleva a una única pregunta, ¿qué está ocurriendo aquí? ¿Quién miente y quién dice la verdad? ¿Quién es la verdadera Joselyn Turney?

—Estás poniéndote en ridículo preguntando...

—Yo soy Joselyn Turney —contestó sorprendiendo a la pareja. Pero no era ni mucho menos comparable a la sorpresa y rabia que estaba sintiendo en aquellos momentos—. Y ella es la maldita zorra que me ha estado robando y se ha llevado el cheque con el dinero de la hipoteca. Le presento a Coleen Hampton, señor Sheridan.

La mujer se sobrepuso pronto a la sorpresa y la señaló con el dedo.

—¡Es una impostora! —declaró de inmediato—. No la he visto en mi vida. Te lo juro, no sé...

Ahora fue él la que la hizo callar con tan solo una mirada.

—¿Qué es lo que no sabes, Jo?

Aquello era el colmo, pensó Josey mientras veía como la mujer palidecía todavía más.

—Como ya le dije, no es Joselyn Turney —declaró caminando directamente hacia ella—, y me recuerdas perfectamente, Coleen.

La mujer se tensó, pero no dudó en alzar la barbilla y seguir con su obra de teatro.

—No sé quién es usted y como no se vaya de aquí inmediatamente, llamaré a la policía.

—Oh, ¿ahora sufres de amnesia? —se fingió apenada—. En ese caso permíteme que te refresque la memoria.

Gabriel había visto muchas cosas en su vida, pero era la primera vez que asistía como espectador a una auténtica pelea de gatas. Apoyado contra una de las mesas auxiliares y cruzado de brazos disfrutaba de aquella contienda única en la que, por cierto, iba ganando la recién aparecida señorita Turney.

—¡Maldita zorra! ¡Cómo has podido! No solo me robaste, ¡has usurpado mi identidad!

Arañazos, tirones de pelo, mordiscos... eso era lo que te esperaban entre mujeres, verlas revolcarse por el suelo mientras siseaban y peleaban, pero esta nueva “esposa” tenía un método propio que le funcionaba realmente bien.

—¡Estás loca! ¡Suéltame! ¡Me vas a matar! —se quejaba su esposa o quién quiera que fuese en realidad, mientras la otra le tiraba del pelo—. ¡Gabriel! ¡Tienes que hacer algo! ¡Quítamela de encima!

Hizo una mueca ante la desesperada petición.

—¿Y perderme este fantástico espectáculo?

—¡Maldita zorra! ¡Vas a devolverme cada centavo! —siseó la chica al tiempo que su esposa se escabullía y empezaba a esquivarla corriendo alrededor de la mesa.

—¡No sé de qué está hablando esta loca! ¡Gabriel!

—¿Sigues con la amnesia? —rumió la otra—. Pues deja que te refresque un poco más la memoria, perra... vas a recordar hasta el más mínimo detalle.

—¡Gabriel! ¡Maldito seas! ¡No puedes quedarte de brazos cruzados! —chilló su esposa—. ¡Haz algo!

—Por ahora te vas defendiendo bien, *cariño* —escupió la palabra—. Sigue así.

No pensaba mover un solo dedo a menos que la cosa se pusiera mucho

más negra. Por ahora, el que ambas rodasen por el suelo y su esposa perdiese algo de pelo no era algo que le preocupase en demasía.

—¿Qué demonios...?

La inesperada voz grave lo llevó a girarse hacia la puerta para ver a un más que sorprendido Noah mirando hacia el interior.

—¿Josey?

El jadeo ahogado y el tono sorprendido en la voz de una acalorada y semidesnuda Diana hicieron que todos se giraran hacia ella. A juzgar por la expresión de Noah, estaba claro que no esperaba ver a la muchacha junto a él. La chica llevaba puesta una camisa de hombre, tenía el pelo húmedo y una figura lo suficiente apetitosa como para hincarle el diente.

—Diana, ¿qué coño?

Josey. Así que así es como se hacía llamar. Bueno, al menos parecía que alguien había dicho la verdad. La chica se detuvo en seco, jadeaba por el esfuerzo de la pelea pero no disimuló al ver a la recién llegada.

—¿La conoces? —escuchó a Noah preguntándole a su acompañante.

A juzgar por la mirada que la chica intercambió con él no parecía contenta.

—Sí —asintió librándose del cuerpo de su amigo y entrando en la zona cero—. Josey, ¿qué haces aquí?

La mujer estaba a punto de responder cuando vio a la perra escabullirse directa hacia ellos.

—¡No la dejes escapar! —gritó señalando a la fugitiva—. Esa zorra es la que nos robó el dinero de la hipoteca.

—¿Cómo? ¿Esta es la puta?

—La misma.

La inesperada sorpresa dio paso a una rápida reacción por parte de la gatita de Noah, quién no dudó en adelantar la pierna desnuda y ponerle la

zancadilla. Con la velocidad que llevaba le fue imposible frenar y su esposa terminó cayendo cuan larga era al suelo. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no aplaudir la maniobra.

—¿Dónde está el dinero del refugio, zorra? ¿Qué has hecho con él?

¿Dinero? ¿Refugio? Josey había hecho alguna que otra acusación a su supuesta esposa, unas que la tachaban de ladrona, entre otras cosas. Deslizó la mirada entre una y otra, a juzgar por su animosidad no había equivocación alguna en suponer que se conocían.

—Y el mundo es sin duda un lugar muy pequeño —comentó mirando a una y a la otra—. Deduzco por tan buena compenetración que os conocéis.

—Y no estáis en muy buenos términos —añadió Noah.

—¡Esa zorra nos robó! —clamó Diana dispuesta a darle una patada a la derribada mujer.

—Ya está bien de agresiones por ahora —masculló Noah con visible irritación. Rodeó la cintura de la chica y tiró de ella hacia atrás—. ¿Quieres decirme qué demonios está pasando aquí?

—Sí, agradecería una explicación —concordó él—. Y a poder ser, una que tenga sentido.

La respuesta no se hizo esperar.

—Claro, se lo explicaré todo tan pronto firme los jodidos papeles del maldito divorcio, señor Sheridan —siseó Josey sin dejar escapar a su presa—. Y tú... —se inclinó sobre su presa—, será mejor que puedas devolver lo que has robado...

—¿Papeles del divorcio? —jadeó Diana todavía entre los brazos de Noah. La muchacha no dudó en señalarle—. ¿Estás... estás casada con él?

La aludida hizo una mueca.

—Es una larga historia.

*Y tan larga, pensó con ironía.*

—No me jodas, Josey —clamó—. ¿Desde cuándo? ¿Por qué no has dicho nada?

La aludida resopló.

—Porque no sabía que estaba casada —rezongó—. Lo descubrí hace poco más de una semana, ¿vale?

Y aquello confirmaba una vez más lo que le había contado en la biblioteca.

—¿Te has vuelto loca?

—Ojalá, sería mucho más fácil de explicar que el hecho de descubrir que llevo casada con un desconocido durante los últimos cinco años y que esta zorra, no solo nos ha robado el dinero de la hipoteca, sino que además ha estado utilizando mi nombre.

—Señoras... —carraspeó llamando la atención de las mujeres. Dejó su lugar y caminó hacia los dos contendientes.

—¡Sacádmela de encima! —chilló entonces la perra—. ¡Sacádmela de encima! ¡Está loca!

Entrecerró los ojos y los clavó en la mujer que hasta ese día había considerado su esposa.

—Cállate la boca, Jo, vas a tener que dar un montón de explicaciones por lo que veo.

—¡No puedes creerla a ella! ¡Es una embaucadora! ¡Miente, Gabriel!

No. No sabía por qué, ni siquiera conocía a esa otra mujer que decía llamarse Joselyn Turney, pero algo le decía que no habría llegado tan lejos sino fuese verdad lo que decía.

—Si miente o dice la verdad, es algo que averiguaremos muy pronto —comentó girándose hacia la interesada—. ¿No es así, señorita Turney?

La vio alzar la barbilla, era una hembra magnífica, en más de un sentido.

—Estaré encantada de ponerle en contacto con mi abogado si es lo que

requiere que firme esos jodidos papeles ya.

No pudo evitar sonreír, esa mujer estaba más que dispuesta a deshacerse de él. Por su parte, no estaba tan seguro de desear eso mismo.

—No te preocupes, firmaré esos papeles tan pronto resolvamos este asunto, pero hasta ese momento —la cogió desde atrás y tiró de ella, separándola de su presa—, será preferible que la sueltes. Ya le has dado una buena paliza. Ahora deja que los adultos nos ocupemos del resto.

Su pequeña fiera se revolvió como una gata salvaje, obviamente no le había gustado demasiado su elección de palabras.

—Suéltame ahora mismo —siseó fulminándole con la mirada. Entonces volvió a mirar a la perra y pareció recordar contra quién era su principal pelea—. Tú...

No llegó a tocarla, la levantó a pulso y se la echó al hombro afirmando su reclamo sobre ella con la mano sobre ese redondo y apetitoso culo.

—He dicho suficiente, gatita. —Intentó sonar serio, pero lo estaba pasando demasiado bien—. Simon, ¿podrías hacerte cargo de esto? Creo que encontrará realmente fabulosas las instalaciones de la comisaría.

—¿Estás seguro?

No se le escapó la sorpresa en la voz de Noah como tampoco el rápido intercambio de miradas entre los hombres.

—¡Suéltame ahora mismo, cabrón! —chilló al mismo tiempo su revoltosa carga pegándole en la espalda.

—¡No digas estupideces! —clamó al mismo tiempo su esposa, quién se había sentado en el suelo y había palidecido considerablemente—. ¡A ella es a quién tendrías que meter en la cárcel! ¡Ella es la impostora!

—¡Tú eres la única impostora!

El eco de la bofetada que le propinó la pequeña gatita de Noah a la zorra se oyó en toda la sala.

—Y una ladrona —continuó entre dientes—. ¡Nos robaste! Tu sitio está entre rejas.

Y la pelea de gatas volvió a comenzar. Suspiró, las mujeres podían llegar a ser de lo más previsibles y, curiosamente, ahora no le hacía tanta gracia como antes.

—¡Diana!

El grito angustiado de su carga lo tomó por sorpresa. Josey volvió a revolverse con mayor ímpetu.

—¡Suéltame, cabrón! ¡Di! ¡Diana!

—Dios mío, esto es de locos —escuchó mascullar a Simon un instante antes de que empezase a tirar de la perra mientras Noah hacía lo propio con la otra chica.

—¿Estás loca?

Noah no se contuvo, la sacudió y la obligó a mirarle.

—¡Se lo merecía! ¡Esa hija de puta es la culpable de que esté hoy aquí! ¡Por su culpa me he quedado sin la camioneta!

—¿Cómo? ¿Qué le ha pasado a tu camioneta? —intervino ahora Josey, quién se había calmado repentinamente—. Por dios, dime que no has tenido un accidente.

La preocupación en la voz de la mujer era genuina.

—Se murió a unos kilómetros de aquí —farfulló la aludida, entonces hizo una mueca—. Solo queríamos ayudarte. ¿Recuerdas el trasto del jardín? Pues aquí don capullo lo quiere, está dispuesto a comprarlo.

Miró a Noah, pero él estaba demasiado ocupado lidiando con su pequeña gata.

—Oh, Diana.

—Esa también es mi casa, Josey —murmuró a su vez—. Es la de todas nosotras.

El pesar en la voz de su carga era palpable. Fuese lo que fuese que unía a esas dos mujeres, parecía lo suficiente fuerte como para que no dudasen en cubrirse las espaldas o recorrer más de ochocientos kilómetros hasta la Magnolia. Tendría que averiguar de qué se trataba todo aquello y cómo encajaba la perra en ello.

—No entiendo nada —comentó Noah, visiblemente perdido.

—Créeme, yo tampoco —aseguró y volvió a darle un azote a su carga solo para recrearse de nuevo con su culo—, pero será cuestión de tiempo el descubrir exactamente qué está pasando aquí. Hasta entonces, Simon, lo mejor será mantener a esa perra en comisaría. No quiero darle oportunidad alguna de escapar hasta saber quién demonios es y con quién coño he estado casado realmente estos últimos cinco años.

—Estaré encantado de llevarla yo mismo a comisaría, Sher —aseguró su amigo—. Necesitaré que te presentes tú y cualquiera que pretenda presentar cargos a primera hora en la comisaría.

—Oh, ¿necesita cargos? —replicó Josey revolviéndose sobre su hombro para poder enfrentarse con el policía—. Yo le daré unos cuantos. Desfalco, robo y usurpación de personalidad.

—Está segura de eso, señorita... —preguntó no muy seguro de lo que estaba sucediendo—, o señora.

—Turney, señorita Joselyn Turney... Sheridan, hasta que este mentecato firme los jodidos papeles.

Sonrió de medio lado.

—Compórtese, señorita o lo único que obtendrá de mí es... esto.

Volvió a azotarla arrancándole una serie de improperios que harían que una puta estuviese orgullosa.

—De acuerdo —murmuró Simon, quién levantó a la fuerza a la perra y la miró con ese gesto duro de policía que enmascaraba una satisfacción

personal—. Parece que va a tener muchas cosas que explicar, señora.

—¡Cómo te atreves! ¡Suéltame, suéltame ahora mismo, Simon! —clamó—. ¡No puedes hacerme esto! ¡Gabriel!

Se limitó a ignorarla. No le daba pena ninguna, por el contrario, una noche entre rejas le vendría muy bien. Además, tenía cosas de las que encargarse, empezando por descubrir quién demonios era la mujer que mantenía junto a él y cómo habían terminado casados.

—Señores, encontrémonos de nuevo mañana en comisaría y esperemos que entonces todos tengamos un cuadro más claro de toda esta locura.

—¡Bájeme ahora mismo, mentecato! ¡Imbécil!

Diana, quién se había mantenido en un nervioso segundo plano, volvió a la carga.

—¡Josey! Suelte ahora mismo a mi amiga...

—Ni hablar, muñequita —escuchó la voz de Noah a su espalda—. Tú también tienes mucho que explicar al respecto.

—¡Ni se te ocurra ponerle un dedo encima, hijo de... ¡ay!

Frotó la palma de la mano en el mismo sitio en el que la había pellizcado.

—Callada, gatita —la reprendió dejando caer de nuevo la mano sobre el redondo culo—. Encárgate de tus propios asuntos que por ahora, son más que suficientes.

Sin mediar una palabra más, salió por la puerta llevándose consigo a una mujer farfullando toda clase de insultos.

## CAPÍTULO 6

Josey estaba convencida de que estaba sumergida en una pesadilla. Era la única manera en la que podía explicarse lo que estaba ocurriendo.

—Será mejor que te bebas esto antes de que entres en combustión espontánea.

Giró sobre sus tacones para encontrarse a Sheridan sosteniendo un vaso con un par de dedos de licor. El color aumentó rápidamente en sus mejillas al recordar la manera en que la había arrastrado hasta aquel amplio dormitorio; ni todos los chillidos, amenazas y golpes consiguieron que la dejase en el suelo hasta terminar allí.

—No bebo alcohol —siseó.

Se encogió de hombros.

—Razón de más para que lo hagas, entonces —aseguró empujando el vaso contra sus manos—. Hará que dejes de temblar.

¿Estaba temblando? Se miró las manos y apretó los dientes al ver que tenía razón. Ni siquiera se había dado cuenta de ello, estaba tan sumergida en sus pensamientos que no era consciente de que temblaba como una hoja.

Como si su cerebro acabase de reconectar con su cuerpo, empezó a marearse y se tambaleó hasta que un fuerte brazo retuvo su caída y terminó contra su duro pecho.

—Suave, gatita, suave —murmuró con esa voz que le provocaba escalofríos—. Vamos, siéntate un momento.

Se dejó guiar, no tenía sentido luchar ahora con él cuando lo más

probable era que terminase en el suelo sin apoyo. Se sentó sobre el borde de la cama y cerró los ojos para evitar que la habitación le diese vueltas.

—Vamos, bébetelo.

Notó el cristal entre las manos y una de las suyas guiándolo hasta sus labios.

—A pequeños sorbos —la instruyó como si estuviese hablando con una niña pequeña—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo?

Al salir de Oklahoma, pensó con cansancio, lo cual parecía haber sucedido hacía meses y no aquella misma mañana. Solo había hecho una parada para repostar gasolina, ir al baño y comerse una barrita de cereales. No había tenido hambre, cuando estaba nerviosa era incapaz de comer.

—Antes de que diese comienzo toda esta pesadilla —masculló y se tomó la bebida de un trago.

El licor le quemó la garganta y la dejó sin respiración. Tenía un sabor asqueroso y cuando le llegó al estómago, pensó que iba a vomitar.

—¿Qué parte de ‘a pequeños sorbos’ no entendiste? —le escuchó chasquear la lengua al tiempo que una enorme mano le frotaba la espalda—. Respira, el ardor pasará pronto...

—Es... como jodida lava... —jadeó. Los ojos empezaban a llenársele de lágrimas—. Quema.

Él se rio, un sonido profundo, masculino y malditamente erótico a juzgar por la pronta reacción que sufrió su cuerpo.

—Sí, es lo que suele hacer el whisky —aseguró mientras se movía por la habitación y lo escuchaba abrir y cerrar cajones—. ¿Te gusta el chocolate negro?

Lo buscó con la mirada y lo encontró sacando una tableta de chocolate *Hershey's* del cajón de una de las mesillas pegadas a la cama. Su estómago decidió por ella, la boca se le llenó de saliva y casi podía imaginarse como le

aparecían chiribitas en los ojos; el chocolate era su perdición.

Los finos labios se curvaron marcando todavía más la sombra del bigote, rompió el papel marrón del envoltorio y cogió un par de onzas que se llevó sin más a la boca para finalmente hacerle entrega de la tableta.

—No es lo más indicado como comida, pero hará que no te desmayes.

No pudo evitar dejar escapar un suspiro ante el dulce aroma del chocolate. Lo prefería con leche, pero ahora mismo no le haría ascos a nada. Partió otra onza y se la llevó a la boca dejando que se deshiciese sobre su lengua.

—Me parece que este es tan buen momento como cualquier otro para que me expliques qué demonios está pasando aquí, Joselyn Turney —comentó él. Sus palabras y el directo recordatorio hicieron que el chocolate se le volviese amargo—. Está claro que una de las dos ha mentido, quizá durante mucho tiempo y, a jugar por lo que vi abajo, me inclino a pensar que tú eres la que dice la verdad.

Tragó el chocolate y dejó la tableta a un lado de la cama mientras lo miraba a los ojos.

—Como ya le dije antes, señor Sheridan...

Él puso los ojos en blanco.

—Dadas las circunstancias estás más que autorizada a llamarme por mi nombre, gatita —aseguró invitándole a ello—. No he dejado de tutearte...

—Si G.D. es un nombre...

—Con Gabriel será más que suficiente, Joselyn —le dijo su nombre de pila—. No estoy de ánimo para juegos, después de lo que he presenciado en el salón azul estoy más que inclinado a llegar al fondo de todo esto y para ello, necesito que me digas qué es lo que sabes.

Se lamió los labios y miró de nuevo la tableta de chocolate, la cual la llamaba como un faro en medio de la niebla.

—Todo lo que puedo decirte es que esa mujer se llama Coleen Hampton —comentó sucumbiendo de nuevo al tentador chocolate—. Se ha llamado así desde que la conozco. Era la mejor amiga de mi hermana y mi socia en el Garden Rose, una residencia de acogida para mujeres con problemas... La muy zorra ha estado desviando el dinero correspondiente a la hipoteca de la residencia los últimos seis meses, además de desaparecer con el cheque correspondiente al último pago.

Troceó un nuevo pedazo de chocolate y se lo llevó a la boca con un suspiro.

—Esos hechos ocurrieron hace una semana, quiero decir, desde su desaparición —continuó—. El banco se puso en contacto conmigo para hablar de los impagos y ahí fue cuando se destapó todo.

—Entiendo.

Negó con la cabeza.

—No, no creo que lo hagas —replicó—. En realidad, no tienes la menor idea de lo que eso significa.

Él enarcó una ceja ante el tono picajoso de su voz. Estaba enfadada, enfadada con él, con la zorra, con todo el mundo.

—Puedo suponer que el impago de recibos derivará en el desahucio de la propiedad y en el embargo de la misma —comentó ignorando su tono. Se cruzó de brazos, gesto que hizo que sus bíceps engrosaran y se marcaran sus pectorales. ¡Jesús! El hombre era puro músculo, pero no de una manera exagerada, cada centímetro de ese cuerpo estaba perfectamente esculpido—. ¿Cuánto debes al banco?

Se tensó. No pudo seguir sentada, se levantó y le dedicó una de sus miradas heladas.

—No es asunto tuyo.

No podía estarse quieta, necesitaba caminar de un lado a otro, las ideas

solían fluirle mejor de esa manera. Miró la tableta de chocolate e hizo una mueca, a lo tonto y sin darse cuenta se la estaba comiendo toda.

—En realidad sí lo es —lo escuchó a su espalda—, de hecho, eso me lleva a la pregunta más importante de todas. ¿Por qué figuran tu nombre y el mío en una partida de matrimonio que es totalmente legal?

Se giró hacia él y abrió las manos en un gesto automático.

—Esperaba que tú pudieses responder a eso —aseguró sin pestañear—. Sabes, es un pequeño detalle, pero he pasado los últimos cinco años casada contigo y sin saberlo.

Lo vio fruncir el ceño y sacudir la cabeza en una negativa.

—Eso no es posible.

—Oh, claro que lo es —rezongó—. Y lo más irritante de todo es que podría haber seguido viviendo en la bendita ignorancia si no hubiese tenido que recurrir a mi abogado para buscar una solución a toda esta mierda. ¡Llevo cinco años casada contigo y no te conozco de nada! Antes de esta noche, no te había visto en mi vida.

Se pasó una mano por el pelo deshaciendo el pulcro recogido y enmarañándolo aún más mientras se paseaba de un lado a otro dando alternando las palabras con pequeños mordiscos al chocolate.

—Vine única y exclusivamente para arreglar este desastre —continuó sin descanso—, ¿y qué es lo que me encuentro? Pues a esa zorra utilizando mi nombre y suplantando mi identidad. ¡Esto parece el guion de una película de Hollywood!

—De una mala.

La ironía presente en la voz masculina hizo que se girase de nuevo hacia él. Al contrario que ella, Gabriel D. Sheridan estaba muy tranquilo, parecía incluso aburrido. Sacudió la cabeza y buscó con la mirada los arrugados papeles que él había dejado caer sobre una mesa auxiliar.

—Mira, todo lo que quiero es deshacer esta locura, ¿de acuerdo? — señaló los documentos—. Firma la anulación y ya está. No quiero nada de ti, no estoy interesada ni en tu dinero, ni en tu patrimonio, renuncio a todo.

La miró y para su sorpresa sacudió la cabeza.

—No.

Abrió la boca sorprendida.

—¿Cómo qué no?

Acortó la distancia entre ellos y se quedó a escasos centímetros.

—Todavía hay cosas que no están claras —declaró con firmeza—, como el hecho de que esos documentos sean legales. Si tú no estabas allí físicamente para firmar el acta, ¿cómo es posible que sea tu firma la que aparece en esos documentos? Porque es la tuya, ¿no es así?

Y esa era una pregunta que le había hecho el abogado y que se había hecho ella misma un millón de veces durante los últimos días.

—Esa es una pregunta para la que no tengo respuesta —declaró empezando a perder la compostura—. Puedo atestiguar que es mi firma, no es una falsificación, pero... no sé cómo demonios ha llegado ahí.

Giró sobre sus tacones y comenzó a moverse de nuevo.

—¡No recuerdo haber asistido a ninguna boda o haber firmado nada! ¡Mi único viaje a Nevada fue para asistir a un jodido funeral!

Tan pronto las palabras surgieron de su boca se quedó inmóvil, como petrificada, incapaz de respirar.

—El funeral... —musitó en apenas un hilillo de voz.

—Gatita, ¿estás bien?

Sacudió la cabeza y se giró hacia él.

—No... oh, no... —negó con desesperación—. No es posible... no, no puede serlo...

La confusión estaba presente en el rostro del hombre, posiblemente la

misma que bailaba ahora en el suyo. Su cerebro empezó a hacer horas extra a la velocidad de la luz, juntando toda la información y los vagos recuerdos que tenía de aquel día, de aquellos días.

—Ay dios —gimió y volvió a morder el chocolate—. Ay dios. Creo que sí he podido casarme contigo.

## CAPÍTULO 7

Esa mujer era como una esponja. Recogió el vaso con su tercer whisky y decidió que ya había bebido bastante, especialmente cuando no llevaba en el estómago otra cosa que una tableta de chocolate. El alcohol le había despojado de esa coraza dura y arisca convirtiéndola en una gatita parlanchina, sincera y en ocasiones incluso tierna.

Después de ese momento de iluminación en el que pareció encontrar alguna pieza del enorme puzle que no acaban de armar, había vuelto a su incesante paseo. En una de sus idas y venidas había visto la botella de whisky y se había servido una generosa porción la cual ingirió de golpe.

Desde ese instante no había dejado de parlotear sobre enfermedades, el destino y la muerte de aquellos que no la merecían; no podía saber cuán acertadas eran sus palabras y lo cerca que estaban de las suyas propias.

En medio de un obvio monólogo del que fue excluido, consiguió reunir algunas frases y dar sentido a la perorata de la que estaba hablando. Al parecer sí había estado en Las Vegas y en la época en la que se habían casado. El motivo de su viaje se debía al fallecimiento de un familiar, su hermana, la cual había fallecido a causa de una de las grandes lacras presentes en el mundo actual; el cáncer.

—No recuerdo ni una sola hora después de ese momento —murmuró volviendo a introducir las manos en el pelo hasta deshacer por completo el recogido que llevaba. Con el suelto, cayéndole sobre los hombros, los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas y un suave rubor provocado por el

alcohol tenía un aspecto absolutamente sexy lo que hacía que le costase incluso más concentrarse en lo que decía—. Recogí sus cosas y pedí que me entregasen sus cenizas. Quería llevármela a casa, quería que estuviese en un lugar en el que siempre estaría rodeada de flores. Rose adoraba las flores. Pero no recuerdo que pasó... no recuerdo que hice después de eso...

Miró el envoltorio de chocolate vacío, se lamió los labios y continuó paseándose por la habitación con paso bastante estable.

—Coleen se había quedado conmigo, estaba preocupada por mi estado —murmuró sumida en sus recuerdos—. Dijo que había desaparecido durante todo un día y que no podía encontrarme. La muy zorra. Tan preocupada entonces sí, pero no dudó ni un solo segundo en robarnos el dinero de la hipoteca y ahora qué hago, ¿eh?

Estaba desesperada, la vio abrazarse a sí misma y girarse hacia él como si pudiese encontrar las respuestas que necesitaba.

—¿Cómo hago para que no nos quiten Garden Rose? ¿Qué hago para que mis chicas no terminen en la calle? —preguntó antes de descruzar los brazos y golpear el suelo con una de sus sandalias—. ¡Maldita zorra hipócrita!

Sacudió la cabeza y resopló.

—Y Diana —comentó ahora buscando su mirada—. ¿Cómo terminó aquí? ¿De veras hay alguien interesado en comprar ese montón de hierros oxidados?

—Una tal Sophie Cooper subió unas fotos a una web de compra venta —le resumió—. Noah está interesado en coches antiguos, le gusta restaurarlos. Concerté una cita con la chica para tratar el asunto y Diana fue la que se presentó ante mi puerta.

Ella asintió y se frotó los brazos.

—Es una buena chica —murmuró—, su vida no ha sido un camino de rosas, pero es fuerte y está luchando a brazo partido para dejar atrás el

pasado. Se parece mucho a Rose, ella era igual de impetuosa... Dios, no puedo perder el refugio, no puedo fallarles así.

Sacudió la cabeza y luchó por recuperar de nuevo esa compostura tras la que se ocultaba, la coraza que la protegía de las agresiones externas.

—Esa maldita zorra va a devolverme hasta el último centavo —siseó—, así tenga que arrastrarla de los pelos por todo el estado.

Sonrió de medio lado ante la seguridad que escuchó en su voz.

—Ya la has arrastrado lo suficiente por el salón —le recordó. Una imagen que iba a atesorar para toda la vida. Había sido sublime.

Resopló y empezó a alisarse el vestido.

—Fue... un desliz —murmuró y parecía avergonzada.

—Pequeña, fue una pelea de gatas —se rio haciendo que sus mejillas se sonrojasen todavía más—. Pero no oirás una sola queja de mi parte.

Entrecerró los ojos y lo miró de arriba abajo.

—Eres un hombre realmente extraño, Gabriel Sheridan —aseguró e hizo una mueca—. ¿Sabes que he visto a una pareja vestida de... no sé... romanos... medio en pelotas... corriendo detrás de un gato? Ha sido una imagen... bueno... perturbadora, aunque no le llegó ni a la suela de los zapatos a lo que había en ese enorme salón. Dios... eso sí fue...

Enarcó una ceja ante la forma en que se lamió los labios.

—¿Erótico?

Esos bonitos ojos se encontraron con los suyos y la vio encogerse ligeramente de hombros.

—Quizá —aceptó—. Un poco.

Se lamió los labios y la calibró una vez más. No había nada que no le gustase, nada que hubiese cambiado sus pensamientos de la primera vez que la vio en la biblioteca. Por el contrario, con el pelo suelto, las mejillas arreboladas y el vestido arrugado, era incluso más apetecible.

«*Se te olvida que es tu esposa, una que no conoces, no has pedido y que está aquí mismo*».

Un pequeño detalle a tener en cuenta.

—¿De verdad estamos casados?

La pregunta lo sacó de sus fantasías y lo devolvió al presente.

—Eso dice un papel.

Frunció el ceño.

—No lo entiendo —resopló ella, giró de nuevo y se dejó caer en el borde de los pies de la cama—. ¿Cómo puedes estar casado con alguien y no recordar haberlo hecho?

La siguió y se sentó a su lado.

—El whisky —señaló la botella con un gesto de la barbilla—. Es curioso cómo funciona el destino. A ti llevó a Las Vegas la muerte de tu hermana y a mí el aniversario de la muerte de mi ex y mi hija.

Sintió una cálida mano cerrándose al momento sobre la suya.

—Dios, lo siento mucho.

La pena que notó en su voz y vio en sus ojos lo golpeó con fuerza.

—El caso es que yo tampoco recuerdo gran cosa de ese día —murmuró bajando la mirada a sus manos—. De hecho, si sigo hoy aquí y de una pieza es gracias a Noah y Simon. A ellos y a la gran perra.

Y ese era el principal motivo por el que no se divorció de ella durante todo este tiempo y le permitió vivir a costa de su dinero. De no ser por ella, habría terminado con un tiro en la cabeza. Noah había llegado a tiempo para evitarlo, pero solo porque ella lo había disuadido antes. No podía recordar gran cosa de esos momentos, solo sabía lo que le habían contado.

—Ella evitó que cometiese una grandísima estupidez, consiguió entretenerme hasta que llegaron los refuerzos —soltó un ahogado bufido de risa carente de simpatía—. Yo había estado bebiendo y... bueno, las cosas que

se te pasan por la cabeza en momentos así... no son buenas consejeras...

La pequeña mano se cerró alrededor de la suya y para su sorpresa, el cuerpo femenino se inclinó sobre él, transmitiéndole calor.

—El alcohol a menudo lleva a cometer las más grandes estupideces — comentó al tiempo que levantaba la cabeza y apoyaba la barbilla en su brazo—. Y sino, mírame a mí. Estoy hasta arriba de whisky y en lo único que puedo pensar ahora mismo es en lo bueno que estás y en lo bien que hueles.

Enarcó una ceja.

—¿Estás borracha? —la pregunta surgió antes de que pudiese detenerlo. Sacudió la cabeza e hizo volar su melena.

—No al punto de no saber cómo me llamo, pero lo suficiente como para no importarme irme a la cama contigo aquí y ahora —aseguró esbozando una sensual y perezosa sonrisa—. Hace tanto tiempo que no he hecho un polvo, que me muero por tener sexo.

Y aquello era sin duda toda una declaración de intenciones.

—Sabes, en este momento es cuando debería comportarme como un caballero y declinar tan apetitoso ofrecimiento —comentó al tiempo que la recorría con la mirada—, el problema es que hace años que dejé de serlo. Y la idea de desnudarte y divertirme contigo, me parece muy apetecible.

Aquello pareció espabilarla, pues se levantó, le dio la espalda y se subió la melena dejando a la vista una breve cremallera.

—En ese caso, ¿qué tal si me bajas la cremallera, señor Sheridan?

Se lamió los labios y sonrió con pereza.

—Con señor será suficiente, gatita.

## CAPÍTULO 8

Quitarle el vestido a una mujer era una de las cosas más eróticas que existía. Bajar lentamente la cremallera, rozar con los dedos la piel que iba quedando expuesta en su espalda e intercalando las caricias con algún que otro beso solo para sentir como se estremecía, todo ello formaba parte de la seducción y del preludio de los verdaderos juegos.

La piel de Josey era suave y blanca, salpicada por algún que otro lunar y un par de pequeñas marcas dejadas por la varicela. Incluso el hilo de su columna resultaba sexy, hundiéndose de manera perfecta y dejando un surco que bajaba hacia el coxis. Se tomó su tiempo en bajar la lengüeta, se recreó en sus hombros, sus omóplatos y la franja del sujetador sin tirantes que le rodeaba el contorno.

—Rojo —murmuró con voz ronca, le apartó el pelo de la oreja con la mano libre y le pasó la lengua por detrás del pabellón—. Mi color favorito.

Ella se estremeció, se inclinó hacia un lado y le permitió acceder a su cuello.

—Yo prefiero el azul —musitó ella—, pero hoy quería sentirme sexy y segura. No te haces una idea de lo que la ropa interior bonita puede hacer por el ego de una mujer.

Se rio y resbaló el dedo por la línea de su columna.

—Te sorprendería lo que he llegado a aprender sobre los gustos de las mujeres y cómo obtener lo que quiero de ellas —aseguró abriendo la tela para

deslizarla por sus brazos y tirar de él hacia abajo, recreándose al mismo tiempo con los dos tersos globos de sus nalgas separados por el diminuto hilo del tanga.

—Levanta los pies —le ordenó mientras repasaba la pulsera de la sandalia con el dedo—. Me gustan tus zapatos.

Ella sonrió, una sonrisa tierna y sincera, nada que ver con las muecas estudiadas de las muchas mujeres que había conocido a lo largo de esos últimos cinco años.

—A mí también —murmuró ella—. De hecho, son mis favoritas.

La gatita salió del vestido e hizo una pequeña pirueta, el pudor no parecía estar en su menú, pues no parecía importarle demasiado pasearse de un lado a otro con tan solo un breve tanga y sujetador a juego de color rojo.

—Oh, al fin libertad —murmuró al tiempo que se dejaba caer de espaldas sobre la cama—. Ese vestido es como un maldito corsé, sienta de maravilla pero apenas puedes respirar con él.

—Eres una caja de sorpresas —aseguró recogiendo el vestido del suelo y lanzándolo sobre una silla.

La mujer se desperezó sobre la cama, curvándose y estirándose con languidez y aumentando el deseo que ya corría por sus venas. Tuvo que tragar ante la cantidad de saliva que se amontonaba en su boca. La deseaba, le picaban los dedos por tocar su piel, quería arrancarle ese maldito sujetador y succionar los pezones, escuchar cómo gemía bajo su cuerpo, arrancarle el tanga y devorar su sexo. Su pene creció incluso más en el confinamiento de sus pantalones, le dolían hasta los testículos de deseo.

—Por qué no mueves ese precioso culito hasta aquí y me desvistes tú a mí —la invitó a ello. Aunque más que una invitación era una orden, estaba acostumbrado a ser quién marcaba las pautas en el dormitorio—. Ven aquí, gatita.

La vio morderse el labio inferior, su mirada recorriéndole de la cabeza a los pies. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no arrancarse el mismo la ropa, abrirle las piernas y follarla de una jodida vez.

¿Desde cuándo se había vuelto tan impaciente? Le gustaban los juegos, le gustaba llevar a sus compañeras a la locura repetidas veces antes de darles lo que querían, pero con esta pequeña, a ella solo quería devorarla.

Su vacilación lo encendió incluso más, quería su obediencia inmediata, quería que moviese ese culito y deslizase las manos sobre su cuerpo.

—He dicho, ven aquí, gatita.

Se estremeció, sus mejillas aumentaron de rubor y no dudó en abandonar el lecho para caminar hacia él. Que cosita más sexy.

—Eres un mandón, ¿lo sabes?

Sonrió de medio lado, la atrajo hacia él y dejó que su cuerpo colisionara con el suyo mientras envolvía los dedos de una mano en su pelo y tiraba suavemente de su cabeza hacia atrás.

—Es algo que se me da bien —declaró antes de bajar sobre su boca y penetrar sus labios con la lengua. Era tan dulce, tan húmeda, su lengua salió a su encuentro con timidez para finalmente entregarse al mismo frenesí que habitaba en él—. Ahora, la camisa.

Labios rojos e hinchados, mirada brillante y un bonito tono rojo cubriendo sus mejillas, sí, le gustaba, le gusta mucho más de lo que debería.

Las manos femeninas no dudaron sobre su cuerpo, las posó sobre su pecho y las deslizó sobre su piel hacia los costados llevándose la tela con ellas. Tiró suavemente, luego con fuerza y la prenda se deslizó sin restricciones por sus brazos hasta caer al suelo.

—Buena chica —la premió al tiempo que deslizaba ahora sus propias manos por la cintura y ceñía la carne de sus caderas. No era precisamente delgada, pero eso le gustaba, tenía suficiente colchón para pasarlo muy pero

que muy bien. Deslizó la mirada y se recreó en la redondez de su tripita, la suavidad de la piel de sus muslos y las largas piernas cuyos pies seguían calzados con las sandalias—. Eres un sueño húmedo, pequeña.

Su declaración volvió a sorprenderla a juzgar por la manera en que sonrió, como si no estuviese convencida de que sus palabras fuesen verdad.

—Por supuesto. —El tono en su voz corroboró sus pensamientos, pero no llegó a decir una sola palabra al respecto pues ya se estaba encargando del cinturón y de desabrochar el pantalón.

Le cogió ambas manos y notó al momento su rigidez, sus ojos volaron a los suyos y durante un breve instante la vio vacilar.

—Lo eres, Josey —pronunció el nombre que había escuchado a Diana—. Eres una visión deliciosa, tienes un cuerpo perfecto para mí, perfecto para lo que deseo hacer con él.

Ella le sostuvo la mirada, juraría que estaba intentando decidir si lo que decía era verdad o simple palabrería.

—Gracias.

La sinceridad en esa única palabra hizo que apretase los dientes internamente. Tantas dudas, tanta inseguridad... ¿qué le habían hecho a esta mujer? ¿Quién se lo había hecho?

—No me las des —declaró al tiempo que le repasaba la mejilla con el dedo—, y sigue con tu tarea. Alguien está más que deseoso de salir a jugar.

Bajó la mirada con una obvia indicación que ella siguió.

—¿Necesitas instrucciones?

Esos curiosos y bonitos ojos se entrecerraron ligeramente.

—No, señor Sheridan —ronroneó, su voz ahora contenía ese toque sensual que otorgaba la excitación y el deseo—, creo que podré apañármelas yo solita.

—Con señor es más que suficiente, gatita —le guiñó el ojo—. Y puedes

llamarme Gabriel o gritarlo, cada vez que te corras.

Se rio, un sonido claro.

—Tienes un ego inmenso, ¿lo sabías?

No le dio tiempo a responder, en un abrir y cerrar de ojos había hecho a un lado el pantalón, bajándoselo hasta las rodillas y deslizó los dedos para encontrarse directamente con su pene erecto.

—Y parece que no es lo único inmenso —la escuchó reírse.

¿Se estaba riendo de su polla? Eso sí que era lo más raro que le había pasado jamás.

—¿Eso es un problema para ti?

Sacudió la cabeza con energía y, sin apartar la mirada de la suya, deslizó los dedos alrededor de su erecto sexo dejándole sin aire.

—No era un insulto, Gabriel, lo siento.

No sabía que le causaba más sorpresa, si el escuchar su nombre de pila emergiendo de sus labios o el serio tono de disculpa que añadió a sus caricias.

—¿Puedo? —preguntó de nuevo, lamiéndose los labios y acariciándole la punta con el pulgar.

Jesús. Esa mujer iba a hacer que se corriera con tan solo hablarle y mirarle de esa manera.

—Solo si utilizas la boca —gruñó. Quería esos labios alrededor de su sexo, quería ver como su polla desaparecía entre ellos.

La vio echarse el pelo detrás de la oreja, morderse brevemente el labio inferior para luego asentir.

—Lo dicho, eres un mandón.

No pudo articular respuesta alguna pues separó los labios y engulló la cabeza de su pene.

Cerró los ojos y reprimió un gemido de placer, se obligó a separar las piernas para afianzarse y enterró nuevamente los dedos en su pelo,

recogiéndoselo con cuidado, formando una masa de rizos oscuros sobre su cabeza. Apretó los dientes al sentir la pequeña lengua jugando con la cabeza de su erección, cada lametón le provocaba escalofríos de placer, la húmeda y caliente cavidad lo estaba volviendo loco; esa muñequita sí sabía cómo hacer una jodida mamada.

Se lamió los labios y se obligó a abrir los ojos, bajó la mirada y dejó escapar un gruñido de placer al verla de rodillas entre sus piernas, su sexo humedecido por su boca y esa lengua rosada acariciándole de arriba abajo mientras una de sus manos lo sujetaba y la otra jugaba con sus testículos. Era una imagen de lo más sexy, totalmente arrebatadora y al mismo tiempo, su mirada era tan dulce e inocente que resultaba chocante.

La escuchó gemir mientras lo acogía en su garganta y probaba cuán lejos podía alojarlo. Sintió la succión de sus labios cerrándose sobre su dura y pulsante carne, la caricia de su lengua jugando con su piel para luego soltarlo con un húmedo “*plop*”.

—¿Qué tal? —murmuró ella, lamiéndole la punta como si degustase un caramelo—. ¿Bien hasta ahora?

¿Bien? ¿Estaba loca? ¡Era jodidamente buena!

Pero su actitud, la forma en la que lo miraba, como si esperase la confirmación a su trabajo oral, volvió a traer a la superficie esa sensación de que buscaba la aprobación, como si su seguridad no fuese del todo real.

Entrecerró los ojos y la miró fijamente.

—Si alguien se ha quejado de tu técnica, es un gilipollas —declaró tirando de su cabeza de nuevo hacia su húmedo y palpitante sexo—. Sigue, todavía te queda lo mejor.

Su respuesta pareció sorprenderla a juzgar por la amplitud con la que abrió los ojos, pero el color volvió a sus mejillas y casi podía decir que sus ojos brillaron de placer.

*Pequeña gatita necesitada.*

Oh, sí. Ella era precisamente el tipo de mujer que encajaba en la Magnolia, la candidata perfecta a experimentar toda clase de placeres, para llevarla al límite y mostrarle sus propios encantos.

Le acarició la mejilla con el pulgar.

—Sigue, gatita, rodéame con la lengua y chupa —le acarició la garganta para finalmente dejarla seguir con su tarea—. Si necesitas ser corregida, te lo diré.

Ella parpadeó pero no dejó de prodigarle sus únicas atenciones.

—Sigue —la instó con suavidad—, eso es... Así. Perfecto.

Le sostuvo la mirada mientras se lo comía, el hambre cruda que había en su mirada era un reflejo de la suya propia. Le aferró el pelo y dejó que siguiese a su ritmo, retrasando todo lo que podía el momento a pesar de que el orgasmo ya llamaba a su puerta con una fuerza inesperada.

—Me tienes a punto, gatita —la apremió, manteniendo su agarre en el pelo pero hablándole con suavidad y dulzura—. Esa lengua tuya va a hacer que me corra en esa deliciosa boquita.

Y sus palabras no fueron sino proféticas, pensó un instante después cuando se tensó y su pene se descargó en la húmeda cavidad. Gruñó y disfrutó de la sensación de la garganta que le apretaba el miembro mientras tragaba hasta extraer la última gota de su semen.

Cuando por fin lo dejó ir ella jadeaba, se había sentado de golpe en el suelo y se limpiaba los labios con la punta de la lengua y el dorso de la mano.

—Demonios... —la escuchó farfullar—. Sabes bien.

No pudo evitarlo, se echó a reír.

## CAPÍTULO 9

Josey no podía creer que acabase de hacer lo que acababa de hacer. ¿Qué la había poseído? ¿Cómo se había lanzado de esa manera? El hombre tenía un cuerpo de infarto, sí, siendo sincera consigo misma lo había deseado desde que puso sus ojos sobre él, pero de ahí a hacer lo que acababa de hacer.

*Bo-rra-cha.* Canturreó su mente. *Te has tomado tres whiskies y una tableta de chocolate. Es inevitable que cometas esta clase de estupideces.*

Pero no, no lo era. No lo había sido desde la universidad, desde aquella maldita fiesta de fraternidad. Aquella noche la bebida había sido su perdición. No estaba acostumbrada al alcohol, ni siquiera le gustaba y el resultado fue terminar en una habitación follando con dos tíos a los que no conocía de nada, solo para que su novio de entonces la grabase en video y luego pretendiese chantajearla.

Señor. A estas alturas debería haber escarmentado ya. Ya no era una niña, no era una novata universitaria que no tenía ni idea de la vida.

*«No dejes que nadie te pisotee, Josey, eres tan buena como cualquiera. Haz realidad tus sueños, sin importar lo que cueste, sé tú misma, sé cómo quieres ser y no como alguien te diga que seas».*

Esas eran las palabras que llevaba tatuadas en el corazón y en la mente, su insignia y bandera. Rose se las había dicho durante los meses que pasaron juntas, cuando ella todavía estaba bien y libre de esa maldita enfermedad que se la había arrebatado.

Desde ese momento se había esforzado en seguir adelante, no se había

permitido que le pusieran trabas, no había aceptado la derrota y había hecho con su vida todo aquello que había querido.

*Y esto es lo que quiero ahora.* Se dijo. Deseaba esto, lo deseaba a él. Estaba tan caliente que todo en lo que podía pensar era en saltarle encima y violarlo.

*Cálmate o pensará que estás loca o peor aún, que eres una ninfómana.*

Hizo una mueca y tragó una última vez notando todavía su sabor, cerró los ojos y respiró profundamente. Cuando volvió a abrirlos y se encontró con su mirada se le atascaron las palabras, la intensidad que había en esos iris la tomó por sorpresa. Él se había echado a reír cuando le dijo que sabía bien y ahora la miraba como si ella fuese un filete, uno al que sin duda se estaba muriendo por degustar.

—Eres una mujer del todo inusual, Joselyn Turney —comentó recorriéndola con la mirada al tiempo que se libraba de los pantalones que todavía conservaba ahora arracimados alrededor de los tobillos, seguido de los zapatos y calcetines hasta quedar completamente desnudo. Sus ojos volvieron a encontrarse—. Pero eso es precisamente lo que me gusta.

Tragó, no pudo evitarlo. Ese hombre era puro pecado. Su cuerpo era el de un hombre acostumbrado a cuidarse, sin demasiada grasa, con los músculos justos y una envergadura que la hacía sentirse diminuta a su lado.

Se llevó las manos a las caderas, las piernas separadas, su miembro ahora en reposo y la miró.

—Quítate esa indecencia —ronroneó señalando el sujetador y el tanga, para finalmente quedarse mirando sus zapatos—. Esas puedes conservarlas.

Su mirada era como una caricia ardiente, los pezones ya empujaban contra la tela del sujetador y sabía que estaba empapada, totalmente mojada y solo con habérsela chupado.

Ladeó la cabeza y enarcó una ceja.

—¿Necesitas ayuda para hacerlo?

Tragó y sacudió la cabeza inmediatamente. Todo su interior parecía derretirse cada vez que le hablaba de esa manera, un tono sensual, profundo, sexy, a veces dulce y a veces duro, pero instándola siempre a correr para cumplir sus órdenes.

*Maldita sea, si yo no sigo las órdenes de nadie.*

Y esa era una gran verdad. Ella era la que estaba al mando, la que se encargaba de todo, la que siempre cuidaba de los demás. Garden Rose necesitaba que fuese fuerte, que fuese un ejemplo a seguir, un modelo a las que sus chicas pudieran aferrarse y sin embargo, con él deseaba tanto rendirse y dejarse hacer.

Se llevó las manos al cierre en la espalda y soltó el sujetador para dejarlo caer a un lado. Quiso cubrirse, la tentación era grande, pero esa fiera mirada clavada en sus pechos la excitó todavía más.

—Muy bonitos —le dijo y caminó hacia ella—. Ahora quítate el tanga.

Tragó, se llevó las manos a las caderas y empezó a tirar de la tela hacia abajo con lentitud, no sabía si lo hacía por incomodidad o porque deseaba hacer alguna clase de numerito para él. Timidez e incomodidad, resolvió de inmediato. Se quitó el tanga y lo unió al sujetador en el suelo quedando ahora tan desnuda como él.

—Me alegra comprobar que el negro es tu color natural —murmuró él posando la mirada en el triángulo de vello entre sus piernas—, eso te hace auténtica, en muchos aspectos.

Lo miró entre curiosa y agradecida por su comentario.

—Tienes un cuerpo precioso —continuó recorriéndola con la mirada—, apetecible, comestible.

Sus ojos se encontraron otra vez y él la sorprendió dedicándole un guiño.

—Puedes respirar, Josey —le dijo—, en la habitación todavía hay aire suficiente para los dos.

Se acercó más a ella, le acarició la mejilla con el pulgar y deslizó la mano hacia atrás hasta enterrarla en su nuca y obligarla a levantar la cabeza.

—Bésame.

La petición la cogió por sorpresa. Él bajó la boca sobre la suya pero no tomó la iniciativa, se limitó a acariciarle los labios en espera a que ella hiciese lo que le había pedido.

Estupendo, pensó con ironía. Pero la tentación de hundir la lengua en su boca, de recibir uno de esos abrasadores besos se impuso a todo lo demás. Se puso de puntillas, le rodeó el cuello para mantenerlo a su altura y le devoró la boca con las mismas ganas que él había puesto. La respuesta no se hizo de esperar, enlazó la lengua con la suya y la arrastró una vez más dentro de ese inextinguible frenesí.

Jadeó, pero sus labios ya se separaban dejándola sin lo que deseaba.

—Perfecto, gracias —le dijo al tiempo que daba un paso atrás y la dejaba temblando de deseo y necesidad—. Ahora, ve a la cama, apoya las manos sobre el borde e inclínate hacia delante.

Parpadeó.

—¿Cómo?

Lo vio sonreír, esa sonrisa de medio lado que la sacaba de quicio y la ponía caliente al mismo tiempo.

—Brazos sobre la cama, piernas separadas, culo arriba —enumeró con tono divertido—. Quiero ver lo mojada que estás y comprobar si puedo hacer que te mojes más aún antes de que te corras.

Jadeó. Todo su cuerpo tembló ante las directas palabras, su sexo latió al mismo tiempo y una nueva ola de humedad se extendió por sus muslos haciendo que los apretase al instante.

—Ya veo que te gusta la idea tanto como a mí —sonrió perezoso—. Vamos, gatita. Tú ya te has divertido, ahora me toca divertirme a mí.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Te parece que bromeo? —preguntó jocoso. Le puso la mano en la parte baja de la espalda, sin tocarle el culo y la empujó hacia la cama—. No. No estoy bromeando. Quiero probarte, devorarte y quiero hacerlo así.

Se sintió empujaba hacia la cama al punto de que no le quedó otra que extender los brazos para no terminar espatarrada encima del colchón.

—Um... magnífico culo —murmuró acompañando su apreciación con una sonora palmada sobre las nalgas desnudas que la hizo respingar—. Se buena, separa las piernas e inclínate hacia delante.

—Ay dios. —No pudo evitarlo, la petición era tan inusual y al mismo tiempo tan erótica, que sintió como la cara se le llenaba de calor.

Una nueva palmada cayó sobre sus nalgas seguida de un apretón.

—Separa las piernas, gatita —la instruyó y la instó a hacerlo empujándole los pies con los suyos mientras resbalaba una mano entre las mejillas de su trasero y le acariciaba el sexo de manera superficial—. Estás empapada.

—La culpa es tuya.

La risa resonó a su alrededor, masculina, profunda y divertida, fue incapaz de sonreír también.

—Me alegra oírlo, Josey, me alegra oírlo —le susurró al oído—. Ahora, sé buena chica, agárrate a las mantas y gime, grita todo lo que quieras, pero no te sueltes.

Giró el rostro para mirarle.

—¿Qué pasa si me suelto?

Sus dedos se detuvieron, dejándola caliente e incómoda.

—Dejaré de lamerte.

¿Lamerla? Un momento, ¿había dicho lamer? ¿De lengua?

La respuesta llegó de la única forma en que la iba a encontrar, con hechos. Las grandes manos le apartaron los muslos y la mantuvo totalmente abierta para la boca que se cernió sobre su sexo con inusitada hambre.

Los dedos se le curvaron alrededor de la ropa de cama, se aferró a ella como si le fuese la vida mientras esa caliente y castigadora lengua se deslizaba por su húmeda carne. La lamió con glotonería, sopló sobre su sexo, chupó y mordisqueó a su antojo volviéndola loca. Cada nueva caricia era más intensa que la anterior, se tomaba su tiempo en atormentarla, pasaba de largas caricias a otras más cortas e intensas y cuando finalmente le tocó el hinchado clítoris pensó que se moriría allí mismo.

—Si te sueltas o te mueves, no sigo —la previno pegado todavía a su sexo. Su voz era espesa, sensual y oscura y hacía que cada terminación de su cuerpo saltase. Sentía los pezones duros y doloridos por la falta de atención, quería que se los acariciase, que los chupase del mismo modo que estaba haciendo con su húmedo sexo, si tan solo...

—Oh, señor...

Se rio pegado a sus pliegues, pudo sentir la vibración de su boca contra su sexo.

—Vas aprendiendo, gatita.

Gimió, era todo lo que podía hacer, eso y aferrarse a la ropa de cama con todas sus fuerzas. Le temblaban las piernas, estaba segura de que terminaría sucumbiendo de un momento a otro, pero él no la dejaba descansar. Pasó de usar solo la lengua a alternarla con sus dedos, la penetraba con una larga falange mientras sorbía la sensible perla entre los labios haciéndola gritar.

—Ay dios, ay dios...

Una nueva pasada de su lengua, un segundo dedo incursionando en su

interior y comenzó a perder la razón.

—Gabriel, por favor...

Su nombre escapó sin previo aviso de sus labios haciéndola más consciente de su presencia, de su necesidad y del cercano orgasmo que amenazaba con devastarla.

—Me gusta cómo pronuncias mi nombre —rumió lamiéndola una vez más.

Las palabras pasaron a ser algo secundario, los gemidos y maullidos tomaron el relevo inundando la habitación de sonidos puramente eróticos. Perdió la cabeza, esa boca entre sus piernas la hizo perder hasta la cordura y cuando el orgasmo la golpeó gritó hasta quedar sin voz.

Era la cosa más dulce que había probado en mucho tiempo. Desmadejada sobre la cama, el pelo revuelto sobre un lado, su rostro girado hacia el otro y abrazada al colchón como si fuese una tabla de salvación, era una visión realmente sensual y erótica. Se inclinó a su lado, le apartó el pelo y le susurró al oído.

—Tú también sabes endiabladamente bien.

Esos ojos marrones se encontraron con los suyos y la vio sonreír para luego ocultar el rostro en el colchón.

—Ay dios...

Le acarició la espalda, notando la pátina de sudor que ya recorría su cuerpo.

—¿Ahora es cuando te acuerdas de tener vergüenza?

Lo miró de reojo, su rostro estaba rojo tanto por el esfuerzo como por el sonrojo.

—Eso ha sido...

Dejó caer la mano contra sus nalgas desnudas.

—Solo el comienzo, gatita, solo el comienzo —declaró y señaló hacia su entrepierna. Su sexo volvía a estar en posición de saludo—. Este quiere más.

Ella se echó a reír, giró sobre la cama quedándose boca arriba y se cubrió el rostro con las manos.

—Y parece que no es el único —declaró relamiéndose ante los duros y puntiagudos pezones que lo saludaban—. Creo que empezaré por aquí... y luego seguiré hacia abajo.

No esperó para obtener respuesta o permiso, se cernió sobre ella y capturó uno de sus pezones.

—¡Oh, joder!

El gritito lo hizo sonreír. La lamió, chupó y mordisqueó, primero uno y luego el otro para finalmente bajar sobre su estómago y darle un pequeño mordisquito sobre el ombligo.

—Míralos, hinchados, húmedos y rojos —ronroneó mirando su obra de arte—, tan apetecibles...

Sus miradas se encontraron una vez más, sus ojos estaban ahora oscurecidos por el deseo, tenía los labios hinchados y separados, una tentación irresistible.

—Eres pura tentación.

La vio lamerse los labios.

—Fóllame de una vez y déjate de tanta palabrería.

La inesperada respuesta lo hizo reír, la mujer no se andaba con rodeos, decía lo que quería y lo decía sin tapujos aunque luego se sonrojase hasta la punta del pelo como lo estaba haciendo ahora.

—Juraría que eso es precisamente lo que estaba haciendo, nena.

Ella bufó, se incorporó y señaló su henchido sexo.

—¿Me vas a obligar a decirlo?

Enarcó una ceja y sonrió de medio lado.

—No, te voy a obligar a ponerme un condón —le soltó al tiempo que señalaba una de las mesillas—. Coge uno y ven aquí.

Puso los ojos en blanco, pero no vaciló, gateó por encima de la cama regalándole una perfecta y hermosa visión de su sexo desnudo y regresó con un par de condones.

—Vale, esto va a sonar estúpido... pero...

Y una vez más su vacilación lo sorprendía.

—¿Nunca le has puesto un condón a un tío? —atajó.

La incomodidad regresó, sus ojos perdieron un poco de la pasión que todavía contenían y notó como se movía nerviosa.

—No —musitó por lo bajo.

Asintió, rompió el papel y le tendió el círculo de goma.

—De momento no han inventado los preservativos a distancia, gatita, así que tendrás que venir aquí para ponérmelo —intentó mantener un tono de voz suave y neutral, no quería que pensase que se reía de ella, algo le decía que era lo último que debía hacer—. Buena chica.

En un par de movimientos le explicó cómo ponérselo y la guio.

—Extiéndelo —su voz sonaba ronca, pero no podía evitarlo, sus dedos deslizándose alrededor de su poya eran más de lo que podía soportar—. Bien. Ya está. Ya has puesto tu primer condón.

Miró su obra y luego se encontró con sus ojos.

—Gracias por la clase práctica.

Sonrió ante su tono entre tímido y picaresco.

—No te preocupes, cuando acabe contigo, serás una maestra en esto de poner condones —rumió, la rodeó con el brazo y la atrajo hacia él hasta que sus senos quedaron aplastados contra su pecho—. Pero eso será después de

nuestra primera cabalgada juntos.

Reclamó su boca en un breve pero intenso beso para luego empujarla sobre la cama e instarla a darse la vuelta.

—Sobre manos y rodillas, dulzura —la guio resbalando las manos por sus pechos para apretarle los pezones—, estos chicos han estado demasiado desatendidos y hay que ponerle solución.

Ella jadeó ante el brusco y rápido movimiento y giró la cabeza para fulminarlo con la mirada.

—¿Nunca has oído eso de tratar a una dama como una dama?

Se inclinó sobre ella, cubriendo su espalda con su pecho y rodándole las nalgas con su pene erecto.

—Y tú que a las damas no se las folla —ronroneó.

Abrió la boca para replicar, pero no le dio tiempo.

—Se folla a las mujeres —declaró echándose hacia atrás y buscando la húmeda y caliente entrada en la que se moría por sumergirse. Se posicionó y empujó lentamente—, quienes son zorras además de damas.

—Oh señor.

—Oh, sí.

No podía estar más de acuerdo, su estrechez era perfecta, lo envolvía y succionaba a su interior amenazando con arrancarle la razón por completo.

—Dios, eres perfecta...

—Dios mío...

Le acarició la espalda y le dio unos momentos para acostumbrarse a su tamaño, no había bromeado con lo de no tener sexo desde hacía tiempo. La sentía estrecha y apretada, deliciosamente apretada.

—Suave, gatita, no hay prisa —ronroneó acariciándole los pezones y aumentando así su excitación.

Poco a poco la sintió relajarse, sus músculos interiores suavizaron su

prisión y pudo retirarse suavemente para volver a empujar y comprobar cómo encajaban.

—Ay dios...

—Espacio —gimió al mismo tiempo—, diablos, eres perfecta, pequeña, perfecta.

Le apretó los pezones, jugó con sus senos y cuando sintió que se humedecía aún más y empezaba a contonearse, la aferró de las caderas y empezó a montarla como deseaba.

La tomó con suavidad, disfrutando de su cuerpo y aprendiendo la manera en que reaccionaba, empujándola cuando lo creía necesario y reteniéndola para ampliar su placer. Quería descubrir a esa pequeña hembra, deseaba saber qué era lo que la encendía y hasta dónde podía empujarla. Ella era fogosa, podía decirlo por la manera en que salía a su encuentro y equiparaba su pasión. Cambió de posición y poseyó su boca, se hundió en su sexo una y otra vez mientras ella lo exprimía y amenazaba con terminar con la poca razón que le quedaba.

Poco a poco su unión adquirió mayor frenesí hasta que todo en lo que podía pensar era en hacer que se corriera y correrse el mismo.

Su deseo se hizo realidad en los últimos empujes, el sudor los envolvía a ambos, el olor del sexo perfumaba el aire y actuaba como el mejor de los afrodisíacos.

—Gabriel... Gabriel, por favor... no... no puedo más...

Cambió ligeramente de posición y la penetró de nuevo hundiéndose profundamente hasta que desencadenó el orgasmo femenino y este trajo consigo el suyo propio. Se corrió con la misma intensidad de la primera vez, no importaba que acabase de tener un breve alivio con su boca, esa gatita era capaz de despertar su lujuria con absoluta facilidad.

—¡Gabriel!

Su nombre reverberaba en sus oídos incluso tiempo después. Tendido sobre la cama, con una pátina de sudor cubriéndole el cuerpo intentaba normalizar el ritmo de su corazón, mientras contemplaba a su nueva amante haciendo lo mismo.

—Y ahora que ya hemos roto el hielo, ¿qué te parece si comemos algo más consistente que una tableta de chocolate y whisky?

Esos ojos marrones se giraron a mirarle al tiempo que una sonrisita curvaba los hinchados y apetecibles labios.

—No sé, señor Sheridan, el chocolate tiene propiedades que no encontrará en otras cosas.

Correspondió a su sonrisa, se incorporó y la clavó al colchón.

—Vuelve a llamarme señor Sheridan, gatita y mañana no podrás sentarte sin acordarte de mí.

Le echó la lengua, un gesto tan inesperado y singular que lo tomó por sorpresa.

## CAPÍTULO 10

—¿Vas a escabullirte de la cama como un ladrón?

Josey se quedó congelada en el lugar, la sábana en el aire y una de sus piernas a punto de hacer contacto con el suelo. No se atrevió a mirar hacia atrás, no quería verle, no quería mirarle, no quería recordar ni una maldita cosa de lo que había ocurrido durante la noche. Cerró los ojos e hizo una mueca ante las punzadas que no dejaba de sentir entre los ojos. Diablos, ¿por qué narices había tenido que ponerse a beber?

Lo había estropeado todo. Lo único que necesitaba hacer era obligarle a firmar los malditos papeles y marcharse, pero en lugar de eso había terminado en la cama con él.

—Prefiero que mi interlocutora me mire cuando le estoy hablando — insistió y acompañó sus palabras con una caricia resbalando por el centro de su espalda.

Se estremeció, todo su cuerpo despertó al instante y su sexo se humedeció. El poder que ese hombre esgrimía era inaudito, toda ella respondía a él con una ferocidad que la asustaba, con una inhibición que la hacía plantearse su propia actitud. Se estremeció, podía sentir miles de agujitas danzando sobre su piel mientras se le hinchaban los pechos y notaba ese peso en el bajo vientre que precedía a la humedad que ya goteaba de su sexo.

—Gatita...

Tembló al sentir su boca sobre el hombro, la mano apartándole el pelo

para mordisquearle el cuello y empezó a sucumbir una vez más.

—No me llames gatita —murmuró luchando por salir de su embrujo. Se libró de su contacto y abandonó la cama, dándole siempre la espalda.

Lo escuchó resoplar y a continuación escuchó los muelles del colchón al deslizar el pesado cuerpo de un lado a otro.

—Ya veo que no eres de buen despertar —declaró al tiempo que se paseaba por la habitación como dios lo trajo al mundo sin el más mínimo pudor.

Se desperezó como una sensual pantera, sus músculos se estiraron y contrajeron con cada movimiento haciendo que su propio vientre se contrajese. Ese maldito era un Adonis, uno alto, fuerte y cuyo cuerpo ya había recorrido con la lengua y dientes durante buena parte de la noche.

*Espabila, Josey, espabila. Tienes cosas que hacer, no puedes quedarse ahí parada como una idiota babeando sobre él.*

Cerró los ojos y dejó escapar un profundo suspiro.

—Necesito que firmes los papeles —le dijo e intentó que su voz sonase clara y firme.

Ese gato grande se giró hacia ella dándole ahora una buena panorámica de su parte frontal.

—No pienso firmar nada hasta que lo haya visto mi abogado —le informó mirándola a los ojos—. No es que no me fie de ti y del contenido de esos papeles, pero después de los últimos acontecimientos...

¿Últimos acontecimientos?

—Solo fue un polvo.

Enarcó una ceja ante su precipitada respuesta.

—En realidad fue más de uno pero no estaba hablando de nuestra ronda por la cama —contestó con ese tono irónico que la sacaba de quicio—, sino de la perra que está en comisaría y de quién espero obtener unas cuantas

explicaciones. A decir verdad, ni siquiera sé si este matrimonio, ya sea con ella o contigo, es válido.

Abrió la boca pero volvió a cerrarla al instante. No podía rebatir lo que decía y a pesar de ello... Su mirada cayó sobre los documentos y la copia del acta matrimonial en la que indiscutiblemente estaba su firma. Algo había pasado hacía cinco años en Las Vegas y la clave parecía estar en esa laguna de tiempo en la que había desaparecido.

—Si tan solo pudiese recordar lo que pasó...

Gabriel caminó hacia ella y para su sorpresa le revolvió el pelo como si fuese una niña.

—Ese es un deseo que comparto, pequeña —le aseguró. Entonces señaló con un gesto de la barbilla una puerta lateral en la que ni siquiera se había fijado la noche anterior—. Voy a darme una ducha. Si quieres acompañarme, eres bienvenida. Es algo temprano, pero quiero personarme en comisaría lo antes posible y llegar al fondo de esto. Tendrás que venir tú también, está claro que tienes mucho que decir con respecto a la perra.

Arrugó la nariz ante el apodo que le había puesto a Coleen.

—¿Siempre la llamas así?

Sonrió de medio lado.

—En realidad, su apodo es La Gran Perra —le guiñó el ojo y la dejó para perderse en el cuarto de baño—. Ven, te vendrá bien una ducha para quitarte parte de la resaca.

La tentación de unirse a él era suficiente como para caminar en su dirección con los ojos cerrados, pero no podía permitirse sucumbir de esa manera, no otra vez.

*Piensa en tus chicas, piensa en Garden Rose, tienes que hacer hasta lo imposible por conseguir el jodido dinero.*

—Tengo que volver —musitó para sí—, tengo que hacer algo...

Recordó entonces a Diana, su presencia allí y el motivo de esta. Si tan solo consiguiese el lunes un aplazamiento del pago, si consiguiese que esa zorra le devolviese el dinero podría salvar el momento.

Echó un vistazo a su alrededor y se fijó por primera vez en toda la ropa esparcida por el suelo.

—¿Qué demonios estoy haciendo? —gimió al tiempo que se pasaba las manos por la cara.

Empezó a ser cada vez más consciente de su propia desnudez, se abrazó y luchó por no temblar y sucumbir a los recuerdos.

*Esta vez lo has elegido tú, nadie te ha coaccionado ni drogado a ello. Ha sido tu decisión, no hay nada de lo que avergonzarse.*

Respiró profundamente, se enderezó y caminó con paso decidido hacia el baño desde dónde ya se oía el correr del agua.

—Necesito que me respondas a una cosa —se detuvo en el umbral para verle frente a un lavabo doble lavándose los dientes.

Se giró hacia ella y sacó el cepillo de la boca.

—¿A cuál? —preguntó sacándose el cepillo.

Arrugó la nariz y suspiró.

—¿Es normal encontrarse en... la Magnolia... lo de anoche?

Sonrió de medio lado, una mueca que empezaba a conocer muy bien.

—No, no todas las noches tengo la suerte de que amenicen mis fiestas con una pelea de gatas.

Puso los ojos en blanco y se llevó las manos a las caderas.

—Hablaba de la pareja medio en pelotas, disfrazados de romanos, que perseguían a un pobre gato, entre otras cosas.

—Ah, sí, el gato —asintió pensativo—. Lo mencionaste anoche. *Diablo* debe haber hecho de nuevo de las tuyas.

—¿El gato se llama *Diablo*?

—Es un nombre más que adecuado para ese felino, créeme —aseguró y se tomó un momento para recorrerla con la mirada—. En cuanto a lo otro... solo un par de fin de semanas al mes.

Entrecerró los ojos cuando vio que volvía a la tarea de lavarse los dientes.

—¿Quién demonios eres?

Sus labios se extendieron lentamente hasta formar una divertida y pícaro sonrisa, sus miradas se encontraron a través del cristal.

—El dueño de la Magnolia —respondió sin más.

Imitó su gesto al enarcar una ceja, esperando recibir una explicación un poco más extensa, pero él se enjuagó la boca y abrió la cabina de la ducha.

—Ven a ducharte, gatita, apestas a mí.

Jadeó ante el directo comentario.

—Yo no apesto...

—¿A sexo?

Frunció el ceño y caminó hacia él, se metió en la ducha y le cerró la puerta acristalada en las narices.

—Eso, por hablar.

Su respuesta fue reírse a carcajadas.

## CAPÍTULO 11

Y esa era sin duda la mejor vista de la mañana, pensó Gabriel deteniéndose delante del cubículo y observando a su ocupante a través de las rejas. El pelo revuelto, la ropa arrugada y unas bolsas bajo los ojos le ofrecían un aspecto que no había visto nunca antes en esa mujer. De ella solo conocía la pulcritud, el amor por la ropa cara y el veneno que tan a menudo habían destilado sus palabras. Jamás se permitió mostrarse de esa forma ante el mundo, indefensa, asustada y desprovista de la seguridad que siempre esgrimía.

—Gabriel... gracias a dios que has venido —se abalanzó contra los barrotes con gesto desesperado—, tienes que sacarme de aquí. Esto es un error, un grandísimo error. Puedo explicártelo, ella...

—Ella es Joselyn Turney —le dijo sin más.

Simon no había perdido el tiempo y había cotejado inmediatamente las huellas dactilares con la base de datos de la policía y descubrió, efectivamente, que la mujer que tenía ahora ante sí era Coleen Hampton, con carné de conducir de Minnesota y alguna que otra multa sin pagar. No tenía antecedentes conocidos, como tampoco había mucho más que supiese de ella.

¿Por qué no se había molestado antes en investigarla desde el principio? ¿Por qué la creyó sin más? ¿Por qué no lo hizo cuando esa perra empezó a enseñar los dientes?

«*Porque ella te salvó la vida*».

Apretó los dientes ante ese mudo recordatorio de su mente; el motivo que los había llevado a conocerse y a que él aceptase todo lo ocurrido cinco

años atrás.

—Lo que te deja como una completa y absoluta mentirosa y embaucadora —declaró con firmeza y frialdad.

Se lamió los labios con obvio nerviosismo, los dedos se cerraban alrededor de los barrotos con tanta fuerza que los tenía blancos.

—Puedo explicarlo... fue... fue un malentendido, todo comenzó como un gran malentendido y después... dios —apoyó la frente contra la reja—. Se me fue de las manos, no sabía cómo salir de él, ¿vale? No quería perderte —levantó los ojos con mirada vidriosa—, no quiero perderte. Perdóname, te juro que no quería mentirte. Es solo que todo pasó demasiado deprisa. Por favor, tienes que sacarme de aquí, soy tu esposa...

Se rio ante el inútil recordatorio.

—Ese es sin duda otro tema que merece aclaración —aseguró sin más—. Se te puede imputar un delito privado por suplantación de personalidad, además de por desfalco y robo de capital. Estás de agua hasta el cuello y la señorita Turney parece más que decidida a presentar una denuncia con todos los cargos.

Su rostro palideció incluso más.

—No, no, no... ¡no puedes permitirlo! ¡Gabriel, por favor!

La miró a los ojos, sacó las manos del abrigo y se cruzó de brazos.

—Cinco años —le recordó—, me has estado mintiendo durante cinco malditos años, ¿por qué habría de mover un solo dedo para ayudarte?

—¡Porque te salvé la vida, maldito miserable! —ladró desesperada—. Porque si no hubiese estado allí esa noche, te habrías suicidado.

Un suave taconeo a su espalda le advirtió de la llegada de Joselyn. La había dejado con Simon para cumplimentar la denuncia, puesto que la mujer estaba en todo su derecho a reclamar daños y prejuicios por todo lo que se había hecho en su nombre, sin su consentimiento y había venido directamente a

ver a su «esposa». La palabra no podía ser más irónica, especialmente ahora que sabía que esa mujer no lo era. Miró en dirección de la recién llegada, la dulce muchacha se había vestido de nuevo con esa dura y fría coraza que la impermeabilizaba de todas las agresiones exteriores, pero sus ojos seguían siendo la ventana al alma que ocultaba en su interior y, a juzgar por la sorpresa que vio en ellos, había escuchado la repentina declaración.

—Estabas tan borracho que ni siquiera sabías lo que hacías, ni siquiera fuiste consciente de lo que hiciste esa noche —clamó golpeando los barrotes—. Yo te salvé y te fuiste con ella. ¡Te casaste con ella!

Sus ojos se volvieron una vez más hacia Joselyn, quien llegó a su lado.

—Tú eres la única culpable, maldita seas —arremetió contra la recién llegada—. Desapareciste después del funeral, te llevaste sus cenizas y cuando por fin te encuentro al día siguiente, estabas hecha un despojo humano, la urna estaba vacía y traías contigo una maldita acta de matrimonio.

Sacudió la cabeza y la miró de arriba abajo con asco.

—Te lo merecías, te merecías que te lo quitase —escupió—, te merecías que te lo quitase todo. La santa y buena de Joselyn, la hija perfecta, la hermana perfecta... Rose no dejaba de hablar de ti a todas horas, te idolatraba, idolatraba a su hermanita porque era pura perfección. No te la merecías, no te merecías tener nada... y mucho menos a él.

Gabriel notó el cambio en su lenguaje corporal, la sutil forma en que apretaba los puños, el imperceptible temblor en su mentón, la forma en que lo elevó unos milímetros más; Joselyn estaba irritada, furiosa y sorprendida por aquellas inesperadas declaraciones.

—¿De qué estás hablando? —su voz sonó firme, desprovista de emoción. Era una buena actriz.

Coleen dio un paso atrás, abandonó los barrotes y sonrió de medio lado.

—No recuerdas ni un solo momento de entonces, ¿verdad? —su sonrisa

se amplió—. Entonces tampoco recordabas nada, estabas tan ensimismada en el dolor por la pérdida de Rose que ni siquiera eras consciente de lo que habías hecho.

Su mirada fue ahora hacia él y el odio vibró en sus ojos de la misma manera que ya lo había visto en otras ocasiones, especialmente en sus discusiones.

—Tú tampoco recordabas nada —murmuró caminando de nuevo hacia los barrotos—, pero Noah sí que se acordaba de mí. Yo estaba allí, acunándote en mis brazos mientras llorabas, alejándote del arma con el que pensabas quitarte la vida. Fui yo la que se interpuso entre la muerte y tú, me pertenecías... me perteneces y cogí lo que era mío.

Frunció el ceño al escuchar aquella absurda declaración.

Sabía que ella había evitado que cometiese una estupidez, Noah así se lo había confirmado y eso le había generado una deuda con ella, una que lo llevó a aceptar el acta de matrimonio que le entregó el día en que volvía a casa, cuando, con lágrimas en los ojos, le dijo que se habían casado.

*«Estabas tan sumido en tu dolor... te dije que no podía, que no era correcto, pero insististe, me pediste que no te dejase solo jamás».*

Sus palabras se repetían como una vieja película en su mente, lo habían hecho durante los últimos cinco años, buscando recordar algo así, recordar el momento en que se habían conocido, en el que podría haber hecho algo tan estúpido como unirse a una completa desconocida. Pero no lo recordaba. No recordaba nada de ese fin de semana, era un momento de su vida que vivía entre tinieblas, recuerdos contruidos a través de las explicaciones de otros. Noah le había dicho que de no ser por ella, estaría muerto, que ni él ni Simon habrían podido llegar a tiempo.

La gratitud y la baja forma en la que se encontraba en aquellos días contribuyó a que cometiese un nuevo error tras otro, hizo que aceptase lo que

ella decía, que decidiese darse a sí mismo la oportunidad de ser feliz solo para descubrir después de un año, que aquello sería imposible con esa mujer; si no la había echado de su lado entonces, era únicamente porque tenía una deuda de gratitud con ella y creía que había sido él quien la había arrastrado a un matrimonio sin amor.

Y ahora, cinco años después, descubría de boca de esa misma mujer que todo había sido un engaño, una enorme mentira.

—Pero nunca me casé contigo —declaró en voz alta, necesitando ser consciente él mismo de aquello. Su mirada fue hacia Joselyn, quién seguía mirando a la mujer entre rejas—. Sino con ella.

Joselyn se giró hacia él y sus ojos se encontraron una vez más. Al contrario que la gran perra, en ellos no había mentiras, tan solo incomprensión y angustia.

—Yo no recuerdo haber hecho tal cosa. —Una vez más intentó que su voz sonase seria, libre de emociones, pero él había empezado a ver a través de esa coraza y empezaba a notar esos sutiles cambios. Sus ojos volaron de nuevo sobre la mujer—. Ya te lo dije. Nunca supe que estaba casada... hasta hace pocos días.

Coleen alzó la barbilla y la miró con superioridad aunque era ella la que estaba entre rejas.

—No es de extrañar —escupió—, estabas hasta arriba de pastillas. Tuvieron que darte un calmante cuando te entregaron sus cenizas, empezaste a gritar como poseída, teníamos miedo de que cometieses alguna tontería. Tus padres esperaban que durmieses todo el día hasta que tuviésemos que coger el avión de vuelta al día siguiente, pero entonces desapareciste. Fui a verte a la habitación y no estabas, ni tú ni las cenizas de Rose. Es curioso cómo son las cosas, fue por estar buscándote a ti que acabé encontrándome a Gabriel con esa pistola.

La muchacha a su lado lo miró, no preguntó pero vio el dolor en sus ojos y un entendimiento que le heló el alma.

—Conseguí que hablastes conmigo, que soltases el arma antes de echarte a llorar —continuó ella mirándole una vez más. Su voz era más suave, casi tiernas mientras hablaba—. Noah apareció gritando tu nombre y así supe quién eras.

Hizo una pausa como si necesitara aclararse las ideas.

—Te dejé en sus manos —murmuró paseándose ahora de un lado a otro de la celda—, y continué buscándola. Pero no pude dar con ella, empezaba a pensar que posiblemente había decidido acabar con su vida cuando la encontré en su habitación, durmiendo encima de la cama, con la urna de las cenizas vacías y un acta de matrimonio a su lado.

Sacudió la cabeza.

—Su familia muerta de preocupación y ella casándose contigo —se rio de mala gana—. Reconocí tu nombre. Al principio pensé que era imposible, que tenía que tratarse únicamente de una coincidencia... pero... Noah siempre ha dicho todos estos años que volviste a desaparecer.

Y así era. Su amigo lo había dejado en su habitación después de administrarle un calmante, creía que eso sería suficiente para hacerle dormir antes de llevárselo de vuelta a casa, pero cuando había entrado a comprobar su estado, la habitación estaba vacía.

—Me encontraron en la fuente Bellagio —comentó mirando a Josey—, ni siquiera recuerdo como llegué allí. Sencillamente, levanté la mirada y Noah y Simon estaban delante de mí jadeantes y preocupados —su mirada voló entonces sobre la mujer—. Nos íbamos ese día, estábamos a punto de embarcar cuando apareció ella con los papeles del matrimonio. Me había casado en Las Vegas.

—Tú no te lo merecías —insistió Coleen volviendo a increpar a Josey

—. Al principio pensé en contarte la verdad, decirte que había sido todo un malentendido, pero entonces te obcecaste en crear el jardín de Rose, querías que fuese un recuerdo de ella, para limpiar tu conciencia por haber esparcido sus cenizas a saber dónde. Yo también la echaba de menos, Josey, ella había sido como una hermana para mí y de verdad quería honrar su nombre, por eso accedí a ser socia capitalista contigo para crear el hogar de acogida. Pero entonces empezaste a perder la perspectiva y yo podía vivir una mejor vida junto a un hombre que me daba todo lo que deseaba, lo único que tenía que hacer era ser tú.

—Me robaste, este último año has dejado de ingresar los cheques de la hipoteca, te fuiste con el último pago —la acusó temblorosa—. ¿Por qué, maldita sea? Dame una buena razón por la que no deba hacer que te pudras entre rejas.

Sus ojos se entrecerraron, sonrió de medio lado y lo señaló con un gesto de la barbilla.

—Pregúntaselo a tu maridito —le soltó con una risita—. Y que te cuente también que hace en la Magnolia. Te encantará saber que se folla todo lo que tenga coño, que ha creado una especie de comunidad para maridos infieles...

—Suficiente —la acalló con una firme orden. Sus ojos se encontraron y ella captó al instante la amenaza, pues dio un paso atrás. No apartó la mirada de esos ojos mientras respondía a Josey—. A principios de año le corté el grifo. Se ha pasado los últimos cuatro gastando mi dinero, haciendo viajes, alojándose en los mejores hoteles o dándome la lata las pocas ocasiones en las que se dejaba caer por la Magnolia.

Ella se encogió de hombros.

—Necesitaba el dinero —se encogió de hombros—, y como legalmente la mitad de Garden Rose es mío, tomé lo que me correspondía.

La mujer negó con la cabeza y avanzó con paso decidido hasta los

barrotes.

—No es tu dinero, era para pagar la hipoteca de la propiedad —siseó—, y exijo que me lo devuelvas.

Levantó las manos y las agitó con una pequeña risita.

—No puedo, me lo gasté.

El jadeo que abandonó la boca femenina fue audible, como lo fue la rápida agresión que ocurrió a través de los barrotes. Su gatita había introducido los brazos por entre ellos y había conseguido agarrar un puñado de pelo con el que se quedó entre los dedos tras el consiguiente alarido.

—¡Maldita zorra! ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido hacernos esto? —Estaba desesperada e intentaba atrapar a la fulana así tuviese que entrar a través de los barrotes de la celda—. ¡Voy a perder Garden Rose por tu culpa!

—Joselyn, déjala —no le quedó otra que intervenir, la cogió por la cintura y empezó a tirar de ella hacia atrás—. Vamos, gatita, no merece la pena.

Ella siseó como un gato y se soltó de su agarre para fulminarle al momento con la mirada.

—Sácame las manos de encima —siseó entre dientes—. Esto es culpa tuya... maldito seas, malditos seáis los dos.

Las lágrimas empezaban a asomar a sus ojos y pudo ver la angustia y el dolor en esas profundidades marrones.

La gran perra no tardó en destilar su propio veneno.

—Vaya, vaya —se jactó—, no te ha llevado mucho tiempo seducir a la putita.

La miró directamente a los ojos y dejó que sus labios se curvaran en una perezosa sonrisa.

—Solo le he dedicado a mi esposa los placeres que tú nunca llegaste a probar.

Aquello la puso de todos los colores y la hizo sisear para luego lanzarse contra la reja y empezar a gritar y a proferir toda clase de insultos.

—Vamos, no hay nada más que ver aquí —declaró volviéndose hacia Joselyn y obligándola a dejar el lugar pese a la negativa de ella—. Si deseas seguir adelante con la denuncia, te secundaré. Dios sabe que tengo bastante que decir sobre esa perra.

Se soltó de su agarre y fulminó a la mujer con la mirada.

—Rose siempre te consideró como una hermana —respondió con voz baja y fría—, por primera vez desde que no está, me alegro que no pueda ver la clase de persona en la que te has convertido. Me das lástima, Coleen.

No dijo una palabra más, dio media vuelta y se marchó por dónde había venido. Él aventuró una última mirada hacia la celda y se sorprendió al ver el rostro pálido y contraído de la que durante cinco años consideró su esposa; las palabras de Josey la habían derribado por completo.

## CAPÍTULO 12

—No voy a presentar una denuncia.

La decisión tomó por sorpresa a los presentes, especialmente a Simon, quién la miró contrariado.

—¿Está segura, señorita... er... señora Sheridan?

Echó un breve vistazo al pasillo que llevaba a las celdas y vio a Sheridan apareciendo por él. Había abandonado a la reclusa casi al mismo tiempo que ella.

—Sí.

El policía miró al recién llegado.

—Sher, tu... er... bueno, tu esposa de verdad... no quiere interponer una denuncia.

Él intercambió una mirada con ella y se volvió a su amigo.

—Si eso es lo que ha decidido —aceptó con sencillez—, yo no tengo nada que decir al respecto —volvió a mirar hacia atrás, en dirección a las celdas—. Por mi parte, yo si tengo cosas que decir y muchas.

—De acuerdo...

Un cada vez más cercano taconeó interrumpió la respuesta del policía.

—Josey, ¿te has vuelto loca o qué?

Suspiró y se giró hacia el pasillo por el que llegaba Diana seguida de cerca por Noah. Lo que la tomó absolutamente por sorpresa era el atuendo de... ¿eso era un uniforme de secretaria?... que llevaba puesto su amiga. Y uno muy, pero que muy corto. La recorrió con la mirada hasta encontrar sus ojos

con una obvia pregunta en ellos. La chica prefería andar siempre en plan cómodo, nunca usaba tacones y la verdad, es que estaba extrañamente arrebatadora y sexy con ese conjuntito.

—Diana, ¿qué...? —no pudo evitar preguntar.

Sin embargo su amiga desestimó la pregunta con un gesto de la mano y señaló al policía.

—Tienes que denunciarla —clamó señalando al policía—. ¡Esa zorra no solo nos ha estado robando, además se ha hecho pasar por ti! ¡Ha usurpado tu identidad!

Miró a su amiga y luchó para contener las lágrimas. Demonios, no quería estar allí, no quería a nadie a su alrededor, no quería que viesen su debilidad.

—No puedo hacerle esto a Rose —se obligó a mantener la voz estable—, ella no querría verla entre rejas, no puedo hacerle eso a la memoria de mi hermana.

El repentino empuje de la chica empezó a desinflarse poco a poco. La vio suspirar y asentir aunque a regañadientes.

—De acuerdo, no la denuncies, que lo haga él —señaló a Sheridan—, pero esa zorra tiene que devolver todo el dinero que nos quitó. Nos ha estado desfalcando, se ha quedado con el dinero que era para la hipoteca y eso nos ha llevado a este maldito momento.

Un momento que iba más allá de cualquier razón, un instante en el que todo a su alrededor se desmoronaba. Se obligó a respirar profundamente para no derrumbarse allí mismo.

—No lo tiene, Diana —respondió pasándose una mano por la frente—, se lo ha gastado. Cuando se quedó sin... sus fondos matrimoniales... decidió que tenía derecho a disponer del dinero, puesto que la mitad de Garden Rose es suya como socia capitalista que es.

—No me jodas —escupió ella—. Puede haber puesto parte del capital inicial, pero eso no la autoriza a quedarse con los ingresos que iban destinados al pago de la hipoteca. Si no tiene el dinero, que lo busque, pero tiene que devolver lo que ha robado sí o sí. No podemos perder Garden Rose por culpa de su codicia.

La miró. No sabía que decirle, no sabía cómo solucionar aquello.

—No sé cómo conseguir de nuevo esa cantidad de dinero, Diana, no lo sé —declaró al borde de la desesperación—. He intentado que nos concedan una prórroga, pero ni siquiera sé si nos la darán.

Su amiga clavó la mirada en la suya y se la sostuvo.

—Tienes que conseguirla como sea —declaró en voz baja, solo para sus oídos—. Y lo harás poniendo como aval la mitad de la deuda.

La firme resolución en su voz hizo que temblase por dentro ante lo que podía haber hecho su amiga para obtener tal aval.

—¿Qué has hecho?

Sus ojos se desviaron inmediatamente hacia Noah, quién decidió avanzar entonces hacia ellas. El hombre no dudó en sostenerle la mirada.

—Parece que hay un viejo Chevrolet en el que podía estar interesado —declaró el hombre—. Ese fue el motivo por el que Diana ha venido hasta aquí. Pedí referencias reales del estado del vehículo antes de cerrar el trato. Me he comprometido a ver el coche este domingo y, si está en el estado en el que dice que está, estoy dispuesto a darle el importe que pide.

Sostuvo su mirada durante lo que le pareció una eternidad, ese hombre poseía la misma fuerza que Sheridan aunque su mirada era más clara.

—Sophie puso a la venta el coche en la red, fue una suerte que recibiésemos una oferta tan rápidamente. No podía dejar que esa loquita viniese hasta aquí, así que, lo hice yo —explicó Diana con rapidez—. Tú consigue una jodida prórroga. No vamos a perder el jardín, nadie nos quitará

nuestro hogar.

Apretó los labios intentando que no le temblasen y asintió con firmeza. Su mirada vagó de nuevo entre uno y otro y rogó interiormente que Diana no se estuviese metiendo en problemas, esa chica había pasado ya por demasiado.

—¿Con qué financiera tienes contratada la hipoteca? —preguntó Sheridan, de pie a su lado.

—American Teaser. —Se adelantó Diana, ganándose una mirada reprobadora por su parte—. Tiene una reunión el lunes a las doce con ellos.

—American Teaser —comentó Noah pensativo.

—Sí —añadió también Sheridan mirando a su amigo para finalmente volver hacia ella—. ¿Quién os sugirió esa financiera?

Suspiró profundamente, lo último que quería era hablar de esto con personas ajenas.

—Miramos varias opciones, esa financiera era la que nos ofrecía mejores condiciones —explicó—. Nos iba bien con ella hasta que el dinero de la hipoteca dejó de entrar.

—¿A cuánto asciende la deuda?

No tuvo necesidad de fulminar a Diana con la mirada, pues ella mantuvo la boca bien cerrada con respecto a ese tema.

—No es asunto suyo, señor Sheridan.

El aludido enarcó una ceja haciendo que se sonrojase al momento.

—Yo diría que sí lo es, señora Sheridan —le espetó, recordándole su matrimonio—. No solo tienes una deuda con un banco contraída a causa de la perra, sin que en cierto modo esa deuda ha surgido como derivado de una de mis decisiones.

Arrugó la nariz ante su respuesta.

—Lo que tú hagas o dejes de hacer, me trae sin cuidado.

Los labios masculinos se estiraron con pereza.

—Me alegra oírlo, gatita, me alegra oírlo.

Le hubiese gustado preguntar a qué venía eso, pero fue de nuevo interrumpida.

—Chicos, no quiero interrumpir tan interesante conversación pero —se inmiscuyó Simon—, sin cargos o una denuncia, no podré retener a la perra por más tiempo en esa celda.

Sheridan la miró a ella directamente.

—Es tu decisión.

Sacudió la cabeza y miró de nuevo hacia el pasillo.

—No presentaré cargos o denuncia —declaró y miró a Diana, quién parecía dispuesta a replicar de nuevo—. Pero no me opondré a que la deje entre rejas un par de horas más.

Debería presentar una denuncia, debería hacerla pagar por todo lo que había hecho pero al hacerlo terminaría metiendo al Garden Rose en medio y no quería que el último deseo de su hermana terminase de aquella manera por la codicia y los celos de una mujer.

Sin una palabra más, miró a su amiga y le sonrió para luego salir de la comisaría. Recuperaría su coche y volvería a casa, por ahora, era todo lo que podía hacer.

Gabriel decidió no seguirla, Josey necesitaba espacio, un momento a solas para pactar consigo misma y con lo que quiera que hubiese visto en esa celda. Su empuje inicial, su decisión de mantener a esa perra entre rejas se había ido diluyendo a medida que Coleen hablaba, quizá ella pudiese ver algo que él no veía, pero al fin y al cabo esa era su decisión, la cual no tenía por qué encajar precisamente con la suya.

Todavía existía algún que otro hueco en la historia que esa perra había

contado. A grandes rasgos sí, las piezas encajaban, las lagunas que tenía de aquel fin de semana encajaban con los recientes acontecimientos, pero quedaban todavía cabos por atar.

—No puedo creer que no vaya a denunciarla —escuchó farfullar a Diana.

La mujer se había quedado mirando en la dirección en que había salido debatiéndose entre seguirla o quedarse allí.

—Maldición... —masculló echando a andar.

—Diana, déjala sola.

Frenó en seco y le dedicó una mirada que decía claramente que le importaba una mierda su opinión.

—La conoces desde cuándo, ¿anoche? —le soltó ella—. Yo llevo casi tres años junto a ella. No me digas lo que tengo que hacer.

—Princesa, incluso tú puedes ver que necesita estar un momento a solas, no erices el pelo todavía —añadió Noah, secundando sus palabras.

Sus ojos brillaron de deseo y furia cuando los clavó sobre su amigo, quién se limitó a enarcar una ceja y sonrió con afectación.

—El problema es que siempre está sola —declaró irritada—. Nunca pide ayuda, siempre se come los marrones ella sola y este no le afecta solo a ella.

—Una gran verdad —la atajó él y señaló el pasillo que llevaba a la celda con un gesto de la barbilla—, ya que este problema en particular me afecta también a mí.

Se llevó las manos a las caderas y frunció el ceño.

—Cuando repartieron la inteligencia los hombres debíais estar durmiendo la siesta, ¿no? —le soltó con absoluto descaro—. Solo eso explica que no te dieras cuenta con quién estabas foll... *jauch!*

Contuvo la divertida sonrisa que amenazaba con curvarle los labios

cuando vio a Noah a su lado, dominándola y advirtiéndole con una sola mirada que cuidase sus modales. Su amigo le había dado un azote sin pensárselo dos veces.

—Pedazo cabr...

—Esa boquita, Diana —la aleccionó de forma rápida y concisa. Su mirada no se apartó ni un segundo de la de ella—, que no tenga que lavártela con jabón.

Entrecerró los ojos y se lanzó a una rápida discusión de la que salieron toda clase de resonantes palabras. Intercambió una mirada con Simon, quién sonrió en respuesta e indicó con un gesto de la cabeza el pasillo.

—Voy a tener un último *tet-a-tet* con la señorita Hampton.

Su amigo asintió y señaló el ordenador.

—Te estaré esperando para tramitar la denuncia.

Con un breve asentimiento volvió sobre sus pasos de vuelta a la celda, estaba decidido a obtener de aquella mujer todo lo que necesitaba, después de todo, no estaba precisamente en posición de negarse.

## CAPÍTULO 13

Levantó el rostro hacia el cielo y dejó que los rayos del sol le calentaran la piel. El cielo estaba completamente despejado, no quedaba ni rastro de la tormenta estacional del día anterior pero sí subsistían, en cambio, todos los recuerdos de los placeres vividos.

Abrió los ojos y los entrecerró por culpa de la luz, desvió la mirada y parpadeó varias veces hasta ver de nuevo con claridad.

Claridad. Últimamente esa palabra parecía esquivada en su repertorio, tan huidiza como su propia alma. ¿Dónde estaban los remordimientos? ¿Dónde estaba ese látigo con el que querría flagelarse por las decisiones tomadas?

No se sentía culpable, no sentía la necesidad de flagelarse por la mayor de las estupideces que había podido cometer y, al mismo tiempo, tampoco encontraba la fortaleza necesaria para dar un paso a un lado y marcharse en ese mismo instante. Una pena que el hecho de haber venido con su marido le quitase la impronta de subir en su propio coche y poner rumbo a Oklahoma.

Su marido. Un hombre al que llevaba unida legalmente desde hacía cinco años, una unión que no recordaba, como tantas otras cosas que seguían en el cajón de los misterios en referente a aquellos días.

—Tienes que conseguir que firme los jodidos papeles y después irte a casa —murmuró para sí—. Garden Rose tiene que ser tu única prioridad ahora mismo...

Alzó de nuevo la mirada y reprimió las lágrimas, podía sentir ya el picor en la nariz así como la presión tras los ojos y no quería llorar.

—Oh, Rose, estoy haciendo todo lo que puedo —musitó—, y todavía no es suficiente.

Su hermana, su querida hermana. Ella era el motivo de que hubiese comprado el refugio, el único sentido que tenía el luchar contra viento y marea para conservarlo.

*«Crea tu propio jardín, Joselyn, crea un jardín dónde puedas encontrar la paz después de que me vaya, dónde todo el dolor desaparezca y germine la esperanza».*

Esas habían sido sus últimas palabras, el mensaje que quedó grabado en su alma y que la llevó a luchar a brazo partido hasta convertir la destartalada propiedad en lo que era hoy.

—Y todo se ha venido abajo como si fuese un maldito castillo de naipes. Se pasó una mano por el pelo y resopló.

—Los hombres son unos gilipollas.

Levantó la mirada y sonrió de medio lado al escuchar la furiosa declaración de Diana. Sus mejillas estaban rojas y los ojos le brillaban de indignación y furia. El verla allí era una sorpresa, una más de las rocambolescas situaciones que se habían producido alrededor de La Magnolia.

—Esa es una verdad universal que nadie puede negar —le dijo, palmeó el trozo de muro libre a su lado y la invitó a sentarse—. Aunque ellos a menudo lo intentan.

Un pequeño resoplido escapó de entre sus labios mientras se sentaba.

—Lo que habla del tamaño reducido de su cerebro y la poca funcionalidad de este —rezongó antes de mirarla—. ¿Cómo estás?

Se encogió de hombros. No tenía respuesta para esa pregunta, había intentado encontrarla desde que abandonó el edificio que hacía la función de comisaría, pero no la había encontrado.

—¿Cómo estás tú? —preguntó en cambio. Estaba claro que algo había pasado y no solo por el atuendo que traía puesto. Diana parecía irritada, nerviosa, dispuesta a saltar a la primera de cambio y eso no era lo usual en ella—. El modelito... es... interesante.

Ella bufó.

—No me lo recuerdes, ¿quieres? —rezongó—. Apenas me tapa el culo y el jodido muro está frío de narices. Pero era esto o pasearme por la calle con una camisa de hombre mientras mi ropa pasaba por la lavadora.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—¿Estás bien? —insistió, eso era lo que más la preocupaba. Diana era mucho más frágil de lo que daba a entender su jovial e irónico carácter.

—He perdido mi camioneta, no he podido arrancarle ni un solo pelo a esa furcia, he pasado la noche retozando con un tío más arrogante que Bill Gates y ni siquiera sé por qué lo he hecho —enumeró rápidamente—. Todo ha salido mal. Las cosas se han ido jodiendo unas tras otras y lo único bueno es que Don Morritos sigue interesado en ver el coche y comprarlo.

¿Don Morritos? Intentó sofocar una sonrisa ante tal curiosa descripción.

No tardó en volver a la carga, así era ella, un polvorín. Su carácter explosivo y extrovertido la convertía en una estrella rutilante que hacía lo posible por seguir brillando. La vida de esa mujer no había sido sencilla, cuando la encontró en el baño de aquella estación de autobuses, intentando ocultar las visibles secuelas de una paliza, todos sus instintos protectores salieron a la superficie. Su mirada había estado teñida de desconfianza, pero también había fortaleza y una gran necesidad.

Habían pasado ya tres años desde aquello, tres años en los que habían trabajado juntas para borrar el recuerdo del maltrato sufrido por su ex pareja, en empezar de nuevo y caminar hacia delante sin mirar nunca atrás.

Diana era una superviviente, pero que ella supiera, esta era la primera

vez desde que la conocía, en la que dejaba que un hombre se acercase tanto a ella.

—¿Por qué no dijiste nada sobre ese recién encontrado marido?

El inesperado y acusador comentario la devolvió al presente.

—Tenía la esperanza de que no fuese verdad —confesó. Había rogado con todas sus fuerzas que se tratase de una equivocación, pero la realidad la había golpeado con tal fuerza que todavía no se reponía. Los motivos que la habían llevado allí eran tan absurdos como irreales.

—La esperanza murió por completo ahí dentro —murmuró indicando el edificio con un gesto de la barbilla—, y a cambio gané una horrible pesadilla.

Su amiga dejó escapar un profundo suspiro y chasqueó la lengua.

—Es un infierno de casualidad que hayamos terminado las dos en el mismo lugar.

Solo tenía una respuesta para eso.

—Sí.

Ambas se quedaron calladas. Casualidad, destino, fuese lo que fuese lo que las había conducido allí las había metido directamente en una aventura que ninguna se había esperado.

—¿Cómo se os ocurrió poner ese pedazo de hojalata en venta?

Se encogió de hombros.

—Fue cosa de Sophie —suspiró—. Ninguna sabía nada al respecto. Yo ni siquiera pensé en ese cacharro, no creí que pudiese venderse siquiera, tenía en mente llamar a la grúa para que lo llevase al desguace, con eso te lo digo todo.

Sonrió ante una idea que también había pasado por su mente.

—Entonces nos dijo que lo había puesto a la venta en la red y que alguien la había contactado interesado en el vehículo —resumió—. No podía dejar que viniese hasta aquí ella sola. La Magnolia no es... lo que me

esperaba...

Hizo una mueca ante el sutil e irónico comentario. No necesitaba más detalles, ambas sabían perfectamente a qué se refería.

—A mí me lo vas a decir —murmuró recordando las eróticas escenas en vivo y en directo que había vislumbrado a través de la puerta entreabierto del salón—. Estoy casada con el propietario de la casa.

Se miraron y ambas sonrieron en silenciosa complicidad.

—¿Eso te hace la *madame* de la Magnolia?

Jadeó con fingida indignación.

—Lávate la boca con jabón.

Una rápida y coqueta sonrisa le curvó los labios.

—Esto es de locos, Josey, todo ha sido una auténtica locura —aseguró dejando escapar un profundo suspiro—, y para mí todavía no ha terminado.

El enigmático comentario la llevó a preguntar.

—¿Qué has hecho esta vez?

No dudó en devolverle la mirada, la muchacha no se molestaba en ocultar sus emociones frente a ella. Diana era directa, en ocasiones incluso demasiado.

—Nada que no me apeteciese —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Me quedaré hasta el domingo.

Se limitó a sostenerle la mirada.

—¿Sabes en qué te estás metiendo?

Sonrió de medio lado.

—¿Gente en bolas corriendo detrás de gatos?

Abrió la boca sorprendida.

—¿Tú también viste a esos... er... dos corriendo detrás de Diablo?

Enarcó una ceja.

—¿Diablo?

—El gato —concretó.

Diana hizo una mueca.

—La verdad es que no me fijé mucho en el gato, fue más perturbador ver ese perfecto culo debajo de la falda romana —rumió—, por no mencionar que su espada... er... bueno, la llevaba desenfundada y no era pequeña, precisamente.

—Perturbador —adoptó el adjetivo para sí—, tanto o más que vislumbrar a través de la rendija de una puerta y ver una bacanal en vivo y en directo.

—No jodas —se interesó la chica—. ¿Una orgía? ¿Todos juntos?

—Esa es la definición de orgía, ¿no? —aseguró con cierta diversión, entonces sacudió la cabeza—. No puedo creer que hayamos acabado hablando de sexo.

Sacudió la cabeza y levantó la mirada hacia el cielo.

—Creo que yo sí he metido la pata —murmuró entonces—, vine para conseguir que Sheridan firmase los papeles que anulan este estúpido matrimonio y...

—...y acabaste en la cama con él —concluyó su amiga—. No eres la única a quién le falló la misión inicial.

Ambas volvieron a quedarse en un cómodo silencio, durante unos minutos solo se escuchó el sonido de la calle, nada más.

—Tengo miedo de que perdamos Garden Rose.

Diana sacudió la cabeza con energía.

—No lo haremos —aseguró convencida—. El refugio seguirá abierto y en funcionamiento durante mucho tiempo.

Ojalá fuese cierto, pensó y rogó a dios por ello. No podía perder ese lugar, no podía fallarles a sus chicas.

—Y ahora, por qué no empiezas desde el principio y me cuentas cómo

demonios has terminado casada con ese bombón —preguntó Diana, distrayéndola efectivamente.

Se lamió los labios y sonrió de lado.

—Solo si tú me cuentas después con pelos y señales cómo dio comienzo toda esta locura.

Ambas se sostuvieron la mirada y se echaron a reír.

—De acuerdo, empieza tú con tu historia y luego te cuento yo la mía.

Y así lo hicieron, durante unos minutos dejaron a un lado los problemas y se unieron en una divertida sesión de anécdotas.

## CAPÍTULO 14

—Un dólar por tus pensamientos.

Parpadeó y levantó la mirada del plato para encontrarse con los ojos inquisitivos de Sheridan. Después de dejar la comisaría y terminar hablando con Diana, las había encontrado solo para arrastrarla, literalmente, a un pequeño restaurante para almorzar. Todo lo que quería era volver a la mansión, coger su coche y poner rumbo a casa, pero su marido estaba empeñado en alargar su estancia en aquella parte del país.

—Mis pensamientos son solo cosa mía —respondió con un suspiro. Dejó el tenedor a un lado y apartó el plato. Ni siquiera tenía apetito.

—Si tienen que ver con lo que ha pasado en comisaría, los hace también cosa mía —declaró con sencillez—. Y todo parece indicar que así es.

—¿Ahora te has vuelto lector de mentes?

Sonrió de medio lado, se recostó en el respaldo y la miró.

—No es necesario para imaginar que te está pasando por la cabeza, gatita.

Enarcó una ceja ante el apelativo.

—Me pasan demasiadas cosas y a la velocidad de la luz —le soltó—. Y sí, una tiene que ver principalmente contigo. ¿Cuándo piensas firmar los malditos papeles?

—Has estado casada conmigo cinco años, puedes esperar unas cuantas horas más.

Puso los ojos en blanco.

—Cinco años viviendo en la absoluta ignorancia —le recordó—, me gustaba mi vida entonces y quiero recuperarla.

—La semana que viene tendrás los papeles firmados y en tus manos.

—¿La semana que viene? ¿Y por qué no ahora mismo?

—Porque sería volver a cometer la misma estupidez que nos condujo a este punto, para empezar —le soltó—. Desde ese grato momento no pongo mi firma en nada que no haya leído antes con detenimiento y pasado por las manos de mi abogado.

Lo cual no solo era sensato, sino también justo. Pero ella quería marcharse, quería volver a casa, sencillamente no podía quedarse de brazos cruzados.

—Tengo que volver a Oklahoma —resopló—, no puedo perder el tiempo en esta parte del país. El lunes, a primera hora, tengo una reunión con el banco. Ni siquiera sé si podré conseguir una prórroga... maldita sea, ¿por qué me está pasando todo esto ahora?

—Porque el destino es un hijo de puta al que le gusta poner escollos en el camino —contestó sin más—. ¿Por qué no optaste por coger un vuelo? Ocho horas de conducción es una verdadera estupidez.

—Una estupidez que repetiré conduciendo de nuevo de regreso —le soltó irritada, dejó la servilleta a un lado e hizo además de levantarse—, y creo que empezaré ahora mismo con ello. Te dejaré mi número de fax, envíame los papeles y...

—Josey, vuelve a sentarte.

Sus ojos se encontraron y le sostuvo la mirada durante un momento.

—Todavía no hemos acabado, diría incluso que apenas hemos comenzado.

Se dejó caer de nuevo en la silla, adoptando una expresión de todo menos agradable.

—No creo que haya nada más que decir.

—Yo opino lo contrario —aseguró, se lamió los labios y centró la mirada en ella—. De otro modo no estaríamos sentados ahora aquí, uno frente al otro, intentando sacar algo en claro sobre el momento que nos llevó a unir nuestras vidas ante un juez de paz en Las Vegas.

Suspiró profundamente.

—No hay mucho que pueda aportarte con respecto a ese momento, no estaba en mi mejor momento —hizo una mueca—, ya oíste a la... perra esa.

Sacudió la cabeza.

—No me interesa lo que haya podido decir ella, sino lo que tienes que decir tú —declaró sin más—. De alguna manera, creo que podemos encajar las piezas que nos faltan de ese tiempo que permanece en el limbo si comparamos nuestras coartadas.

—¿Me estás acusando de algo?

—No, querida, sencillamente intento comprender cómo terminamos casados —aseguró sin más—. Es algo en lo que realmente estoy muy interesado.

Y no era el único, comprendió. Ella misma necesitaba respuestas, unas que parecían ser cada vez más esquivas.

—No creo que pueda aportar mucho al respecto —señaló lo obvio—, mis recuerdos no son precisamente nítidos. No fue un viaje de placer, sino todo lo contrario.

—Tu hermana.

Asintió.

—Tenía leucemia —respondió con frialdad—, fase terminal. Murió en una cama de hospital. Fin de la historia.

Enarcó una ceja como obvia respuesta.

—No te gusta mucho hablar de ti misma, ¿eh?

El sarcasmo en su voz era palpable.

—De acuerdo, empezaré yo, entonces —decidió. Cogió su taza de café y bebió un buen trago antes de dejarla de nuevo sobre el platillo—. El motivo por el que terminé en Las Vegas hace cinco años, fue por el primer aniversario de la muerte de mi ex pareja y mi hija.

Si bien ya lo había oído mencionar a su familia, no pudo evitar sobrecogerse.

—Perdieron la vida un año antes en un accidente de tráfico provocado por el mal tiempo —continuó con voz llana, carente de expresión—. Un accidente que quizá podría haberse evitado. O quizá no.

—¿Estabas... casado?

Negó con la cabeza.

—No. En realidad, ni siquiera éramos pareja, todo lo que nos unía era Evangeline —comentó contemplando el plato que tenía ante él sin ver realmente nada. A juzgar por su postura y el tono de su voz, él mismo estaba sumergiéndose en el pasado en busca de las piezas que necesitaba—. Un fin de semana de placer, poco sentido común y mucho alcohol, eso es lo que dio como resultado a Eva.

Se enderezó, respiró profundamente y la miró a los ojos, como si necesitase su presencia para anclarse al presente.

»Jessica y yo solo hablábamos cuando concernía a la niña, esa es toda la relación que tenía con ella. Eva tenía mi apellido, le pasaba una manutención y la veía tan a menudo cómo podía; por lo general alternábamos los fines de semana. No teníamos otra clase de relación, teníamos una hija en común pero nada más.

»Cuando Eva cumplió tres años, las cosas empezaron a ponerse más difíciles. Su madre empezó a exigir hasta el punto de utilizar a la niña para chantajearme. La noche del accidente había venido a recoger a la niña que se

había quedado conmigo. Le dije que esperase al día siguiente, que el tiempo no era el adecuado para salir a la carretera, pero como siempre, no me escuchó. Cuando llegó, me acusó de querer quitarle a la pequeña, baste decir que sus acusaciones subieron de nivel, los ánimos se caldearon y ambos terminamos gritándonos cosas a la cara.

»Debí haberla detenido. Debí haber insistido en que se quedasen hasta que amainase la tormenta o evitar que se llevase a mi hija. En vez de eso, la amenacé con quitarle a la niña si por culpa de ella y sus decisiones le ocurría un solo rasguño.

Respiró profundamente, bajó de nuevo la mirada sobre la mesa y continuó con gesto pensativo.

—Lo último que recuerdo de esa noche es el llanto de mi niña y el portazo que siguió a la salida de su madre con ella en brazos —murmuró—. Lo último que me quedó de Eva, fue el sonido de sus lloros, como si supiese que iba a pasar. Ella no quería irse, lloraba y estiraba sus bracitos hacia mí pero yo estaba tan cabreado que dejé que se la llevase.

»Unos veinte minutos después, seguía en la sala de mi casa, bebiendo, cuando escuché el ulular de una sirena pasando a toda prisa por la calle. No sé ni cómo lo supe, pero lo supe. Salí como una estampida, me subí a mi coche y no llegué ni a incorporarme al tráfico cuando vi el accidente. Habían cortado la carretera, había una dotación de bomberos y una ambulancia, un vehículo se había salido en la curva por culpa del mal tiempo, había invadido el carril contrario metiéndose prácticamente debajo de un camión.

Lo vio temblar, una reacción que la sobrecogió. Sheridan no era un hombre que hasta el momento hubiese mostrado debilidad alguna y ahora temblaba.

—Bajé del coche rogando a dios que no fuesen ellas —continuó con voz fría, totalmente alejada de su tono habitual—, pero mis ruegos no fueron

escuchados. Reconocí al momento el amasijo de hierros en el que se había convertido el coche, grité sus nombres... corrí hacia ellas... pero no podía hacer nada... se habían ido.

Parpadeó varias veces intentando volver al presente, sus ojos cayeron sobre ella y durante una milésima de segundo se sorprendió de verla allí. Entonces carraspeó y continuó.

—La culpabilidad no es una buena compañera —comentó con un mohín—. Noah se encargó de hacérmelo saber por activa y por pasiva durante ese año en el que se convirtió en mi terapeuta, además de en mi amigo. Cada persona toma sus propias decisiones, nosotros no somos responsables de lo que decidan hacer los demás, no podemos evitarlas por mucho que nos hubiese gustado hacerlo.

»Se acercaba el aniversario de su muerte y me sentí totalmente incapaz de permanecer en la ciudad. En realidad, creo que me sentía incapaz de seguir en el mismo mundo que me la había arrebatado, así que vendí mi casa, dejé mi puesto en la clínica y me fui a Nevada sin decirle nada a nadie.

»Noah dice que estuve en paradero desconocido durante una semana. Él se intuía que algo así iba a pasar, así que cuando no consiguió localizarme, se temió lo peor. Si te digo la verdad, no tengo la menor idea de qué narices estuve haciendo durante ese tiempo, algunos dicen que me limité a beber y a jugar en los casinos; yo no lo recuerdo.

Sacudió la cabeza y desvió la mirada hacia la calle.

—Imagino que hubo algún momento en el que dejé de ahogarme en una botella de alcohol, puesto que llamé a Noah para decirle dónde estaba y comunicarle lo mucho que sentía la muerte de Jessica y la niña —continuó en el mismo tono monocorde—. Me culpaba a mí mismo de su muerte, quería reunirme con mi hija, me preocupaba que estuviese sola, que me buscara y no pudiese escucharla... Son cosas que te pasan por la cabeza, que no tienen el

menor sentido cuando lo piensas en frío, pero que en ese momento te llevan a cometer las más grandes estupideces.

»Salí de mi hotel y deambulé por las calles de Las Vegas con una pistola que, después sabría por el recibo que encontramos en mi cartera, había adquirido allí. Estaba dispuesto a pegarme un tiro y acabar con la culpabilidad que sentía, con el rabioso dolor que me carcomía por dentro cuando ella se cruzó en mi camino e impidió que cometiese la mayor estupidez de mi vida.

Se pasó la punta de la lengua por los labios y la miró ahora a ella.

—Coleen evitó que me pegara un tiro allí mismo, delante de la famosa fuente Bellagio —declaró con ironía—. Me convenció de que la vida era demasiado preciosa para deshacerse de ella, me gritó, me trató como si fuese un crío que no sabía lo que estaba haciendo... ella me salvó la vida, Joselyn. Se quedó conmigo hasta que apareció Noah con Simon pisándole los talones.

Dejó escapar un resoplido.

—Poco podía imaginar yo entonces que ese simple gesto derivaría en todo esto —chasqueó la lengua—. Noah quería sacarme de allí así fuese a patadas, me amenazó con internarme si no recuperaba la jodida cordura. Nunca has visto a un terapeuta tan cabreado como lo estaba él en ese momento. Parece que las respuestas que le di no fueron de su agrado puesto que jura y perjura que me dio un sedante lo suficiente fuerte como para dormir a un caballo.

»El caso es que no debió de hacerme mucho efecto, posiblemente con la bestial cantidad de alcohol que debía llevar encima, puesto que abandoné mi habitación y me perdí; literalmente.

Desvió la mirada una vez más hacia la ventana como si de aquel modo pudiese enfrentarse mejor con el pasado, buscar en su mente los hechos ocurridos.

—No recuerdo una maldita cosa de las que hice durante esas últimas

horas, incluyendo el casarme contigo —murmuró pensativo—. De lo único que me acuerdo es de una niña con las manos metidas en la tierra y ni siquiera sé si ella era real o parte de las alucinaciones inducidas por el alcohol. No recuerdo su rostro, ni su voz, solo veo sus manos, arañadas, manchadas de tierra, hundidas en el suelo con una rabia y dolor inusitados.

Chasqueó la lengua y se giró de nuevo hacia ella.

—Acabé una vez más en la fuente Bellagio, sin arma y sin saber cómo había llegado allí —concluyó—. Esta vez fue Simon el que me encontró primero, Noah se encargó también de dejar su punto claro como el cristal tan pronto me vio rompiéndome la nariz de un puñetazo.

Se acarició el tabique nasal con una sonrisa que casi podía considerar complacida.

—El muy cabrón me hizo sangrar y creo que ese fue la mejor terapia que podía haberme aplicado —aseguró con palpable ironía—. Con la mente ya más despejada, acordamos volver a casa... y entonces fue cuando nos cruzamos de nuevo con... la señorita Joselyn Turney, la cual traía en sus manos un acta de matrimonio que la unía a mí.

»Ni siquiera sabía quién era esa mujer, no la recordaba. Mi mente era un verdadero caos. Pero entonces la escuché hablar, el tono de su voz debió activar algún interruptor en mi mente porque empecé a verla gritándome, con lágrimas en los ojos, pidiéndome que bajase el arma. Ella había sido la mujer que me había salvado y era mi esposa, me había casado con ella.

Echó la cabeza hacia atrás y se pasó una mano por el pelo.

—Pensé que esa era mi oportunidad para compensar los errores del pasado —murmuró—. Que conservar ese matrimonio, convertirlo en una realidad, me ayudaría a seguir adelante y perdonarme a mí mismo, que esta vez haría mejor las cosas. Pero la nueva señora Sheridan no tardó ni un año en mostrar su verdadera cara, la cual se alejaba cada vez más de la mujer que yo

pensé que era.

»Mi regalo de primer aniversario fue darle una tarjeta de crédito con un límite desproporcionado al mes a cambio de no tener que verle la cara y mucho menos vivir en la misma casa. Le dejé la que había adquirido para ambos cuando volvimos de las vegas y compré La Magnolia, mi santuario privado.

Sus ojos cayeron de nuevo en los de ella.

—Así que, esa es mi historia —declaró sin más—. Mis recuerdos de esos días son muy vagos, algunos inconclusos. No sé cuándo nos conocimos, no recuerdo si te vi alguna vez antes de que llegases a la Magnolia y dios sabe que no recuerdo haber pasado por la vicaría.

Lo miró durante unos segundos y sacudió la cabeza.

—¿Cómo has logrado seguir adelante a pesar de todo? ¿Cómo logras superar una pérdida de esas características?

—No la superas jamás, pero aprendes a convivir con ella —aseguró estirando la mano por encima de la mesa y posándola sobre la suya—. Eso es lo que te permite seguir adelante a pesar de todo.

Bajó la mirada a su mano y sacudió la cabeza.

—Yo sabía que la muerte iba a llamar a mi puerta, pero tenía tanto miedo a abrirle, que me negué a aceptarlo incluso después de que hubiese atravesado el umbral.

Tomó una profunda bocanada de aire y buscó fuerzas para poner en palabras su propia historia.

## CAPÍTULO 15

—Rosalind era una persona llena de vitalidad, nunca la veías quieta. Necesitaba dar rienda suelta a su espíritu o eso es lo que a menudo me decía.

—Las palabras parecían emerger solas de su boca, como si se hubiese abierto una presa y se desbordara el agua—. Era la mayor de las dos... por seis minutos.

—¿Gemelas?

—Mellizas —sonrió de medio lado—, tan distintas como podíamos serlo habiendo compartido un mismo útero.

Se lamió los labios tomándose un segundo para reunir las palabras.

—Mi padre dice que ella era el demonio y yo el ángel —sonrió de medio lado—. A los quince años se tiñó el pelo de rosa chicle escandalizando a nuestra conservadora madre, a partir de ahí, simplemente siguió destacando pero nunca dejó de ser una buena hija, una buena estudiante y una maravillosa hermana.

—Parece que estabais muy unidas.

El ser mellizas ya traía consigo un vínculo especial, pero en su caso, habían sido como uña y carne, cada una con su independencia, forjando su propia vida, pero siempre consciente la una de la otra... al menos hasta ese último año.

—Hace siete años le diagnosticaron leucemia —continuó con tono monótono—. Nos lo ocultó a todos pero yo sabía que algo no iba bien. De repente dejó su trabajo como asistente social, tenía un puesto fijo, lo había

conseguido un par de años atrás y se tomó un año sabático sin más.

»Empezó a viajar por el país, siempre me enviaba una postal del lugar en el que había estado y me decía lo mucho que le habría gustado que estuviese allí con ella. No podía quitarme ese mal presentimiento de encima, así que, como mi empresa estaba haciendo en aquel momento recortes de personal y yo fui una de las primeras que terminó en la calle, cogí el primer avión y me fui a verla a Nevada; eso fue seis meses antes de que muriese.

»Cuando llegué y la vi, lo supe. Sus ojos no brillaban de la misma manera, su piel se había vuelto más pálida y se había cortado el pelo. ¡Ella! ¡Que adoraba su melena, se había cortado el pelo a la mínima expresión! —tragó con dificultad sintiendo el mismo nudo que aquella primera vez—. Esa misma noche, sentadas en el sofá entre un bol de palomitas con mantequilla y una aburrida película, me dijo lo que no le había contado a nadie; se estaba muriendo.

»Fue un mazazo. La obligué a llamar a nuestros padres, ellos tenían derecho a saber lo que ocurría. Mamá quiso mudarse inmediatamente para estar con ella, pero Rose no se lo permitió, sin embargo a mí ni siquiera intentó convencerme de lo contrario; sabía que no conseguiría nada.

»Pasamos los seis últimos meses juntas. Al principio nos dedicamos a viajar, pero hacia el último mes y medio se la veía tan agotada que la animé a quedarnos en nuestra última parada, Las Vegas.

Se abrazó ante el inesperado estremecimiento que la recorrió por entero.

—La última semana la ingresé en el hospital —musitó con voz rota—, le había subido la fiebre y tuvo pequeñas hemorragias. Ella protestó, pero me salí con la mía. Fue entonces cuando llamé a mis padres a sus espaldas y les dije que si querían despedirse de ella, ese era el momento.

»Odiaba la habitación del hospital con todas sus fuerzas, estaba en una zona agradable y con buenas vistas, pero, ¿de qué servían cuando ni siquiera

podías acercarte a la ventana sin cansarte?

»Le encantaban las flores, especialmente las rosas, quería darle un motivo para sonreír de nuevo, aunque solo fuese durante un segundo, así que dejé a mi madre con ella e hice una rápida escapada a la floristería más cercana. ¿Por qué es tan difícil encontrar unas malditas rosas?

Las lágrimas se escurrieron por sus mejillas y se las limpió con rabia.

—Cuando volví, mi padre estaba en la puerta, me miró y me dijo: “te está esperando” —musitó—. Lo supe. Sin necesidad de palabras supe que ese era el momento.

»Entré en esa habitación y fue como ver a la muerte de pie al lado de su cabecera. Me sonrió e incluso intentó hacer una broma sobre las rosas que traía. Estaba tan agotada, tan cansada, que no tuve corazón para retenerla conmigo por más tiempo aunque dios sabe qué era lo que deseaba. Me tumbé a su lado, como solíamos hacer cada vez que alguna de las dos estaba enferma, me quedé allí con ella hasta el final.

Tomó una profunda bocanada de aire y luchó porque la voz no le temblase. ¿Cuándo fue la última vez que habló de aquello con alguien? ¿Quién fue la última persona que se mantuvo firme y en silencio a su lado mientras dejaba escapar toda la rabia y el dolor que sentía? ¿Lo había hecho siquiera una sola vez?

—Ella quería ser incinerada —continuó—. Creo que lo dije... alguien debió de hacerse cargo... porque el día del funeral me entregaron sus cenizas. Yo llamé a Coleen y le dije lo que ocurría, habían sido las mejores amigas desde hacía tiempo, la noticia la desconcertó, Rose no había querido decirle nada, pero tenía derecho a saberlo; llegó a tiempo para despedirse de ella.

Se miró las manos como si todavía pudiese sentir en ellas el peso de aquel jarrón.

—Me... me entregaron las cenizas... ella... ella estaba allí... lo que

quedaba de ella estaba allí dentro... y yo... yo ya no podría verla, no podría hablar con ella, no podría contarle... nada —murmuró, los ojos se le empañaron y empezó a temblar como una hoja—. Rose ya no estaba... no volvería nunca...

Escuchó el sonido de una silla arrastrándose, levantó la cabeza pero era incapaz de ver nada a través de las lágrimas.

—Ven, salgamos fuera.

Notó su aroma casi al mismo tiempo que el tacto de un fuerte brazo envolviéndola, se apoyó contra él, aferrándose a su abrigo como si fuese la única forma en la que podía permanecer estable en aquella locura.

—Respira, Josey, respira profundamente y suelta el aire muy despacio. —La brisa le golpeó la cara al salir del local, la guio durante unos metros y la condujo a un banco dónde se sentó—. Así. Otra vez, pequeña, vamos, respira.

El latido de su propio corazón empezaba a resonarle en los oídos, podía sentir un hormigueo en todo el cuerpo y la sensación de ahogo embargándola. Se miró las manos impotente, las mismas manos que habían sostenido la urna.

—La perdí, la perdí para siempre —musitó con voz rota y traspasada por las lágrimas—. Ni siquiera sé dónde esparcí sus cenizas, nunca pude traerla a casa y ahora... ahora voy a perder Garden Rose y... no es justo. ¡Maldita sea, no es justo!

Rompió a llorar de manera desconsolada y llena de rabia. Todo lo que había hecho, todo por lo que había luchado ahora se le escapaba de las manos.

—Shh, pequeña —se sintió engullida por un gran cuerpo, rodeada por su calor y masculino aroma—. Sé que duele, duele como el infierno, pero no será así siempre.

—Van a quitarme el jardín y le fallaré otra vez —gimió contra su pecho—. No podré ayudarlas y volverán a herirlas, no tendrán a dónde ir...

—Nadie va a quitarte nada, Josey, no se lo permitiremos —le aseguró

acariciándole suavemente el pelo—. La muerte no puede quitarte lo que guardas en tu corazón. Todo irá bien.

Sus palabras la impactaron, se giró hacia él escuchando el eco de una frase similar procedente de algún lugar de su pasado.

*«La muerte no puede quitarte lo que guardas en tu corazón, es el único sitio al que no puede acceder».*

Esa frase resonó en su memoria como un eco lejano, uno con esa voz firme y aterciopelada y llena de ese sentimiento de pena y comunión que escuchaba ahora también en su voz.

Había estado llorando... tenía las manos hundidas en la tierra, esta se mezclaba con sus lágrimas y las cenizas que había derramado de la urna... tierra que acogía una pequeña planta de rosal de flores blancas.

—Un rosal blanco —murmuró entre hipidos—, compré un rosal y la dejé con él... Amaba las rosas y yo quería que estuviese en un lugar en el que fuese feliz... —se miró de nuevo las manos y una lejana imagen del pasado se superpuso al presente viéndolas cubiertas de tierra, sucias, con arañazos—, me manché de tierra, me arañé las manos al cavar con ellas desnudas...

Él pareció entonces casi tan sorprendido como ella.

—Así que esas son las manos que recuerdo —murmuró a su vez, haciendo la conexión en voz alta—, eras tú. La niña que recuerdo, eras tú... pero... no eras una niña.

Levantó la cabeza y negó lentamente, las lágrimas deslizándose imparables por sus mejillas.

—No, la niña murió esa misma noche en la tierra que había bajo sus dedos.

Le acunó el rostro entre las manos y le secó las lágrimas con ambos pulgares.

—Es curioso. Un infierno de casualidad.

Parpadeó intentando contener el llanto.

—¿El qué?

Se inclinó sobre ella.

—Ese rosal blanco —respondió—. Me obsesioné con él. Cuando conseguí centrarme un poco, salí de nuevo. Noah quería atarme y traerme de vuelta cagando leches, pero me negué a irme sin... ese rosal.

Parpadeó impactada por sus palabras.

—Me llevó casi un día entero dar con el maldito sitio —murmuró haciendo una mueca—, pero lo encontré y me lo traje conmigo. Cuando compré la Magnolia, lo planté en la parte de atrás. Sabía que Coleen no era esa niña... la única que me salvó realmente esa noche de concluir algo que ya había empezado hacía tiempo.

Abrió la boca pero las palabras parecían tener problemas para surgir.

—Mi... mi rosal... mi hermana... ella... ella...

Los labios masculinos se curvaron con ironía.

—Parece que tu hermana quería que nos encontrásemos otra vez, mi pequeña jardinera —le rozó la mejilla con el dorso de los dedos—. Que tú la encontrases de nuevo.

## CAPÍTULO 16

¿Podía un gesto tan inocente, un inesperado impulso conectar de forma tan íntima y a la vez extraña a dos personas que no se conocían a lo largo del tiempo? La respuesta estaba ahora ante él en la forma de una mujer de dura fachada pero tierno corazón. Joselyn Turney era una verdadera caja de sorpresas. Con cada nuevo paso que daba descubría en ella algo que le gustaba y atraía, algo que la hacía llamativa a sus ojos, unos demasiado cansados de observar mujeres cuyo único interés residía en su cama o su cartera.

Arrodillada sobre el césped, había hundido sin pensárselo dos veces los dedos en la tierra húmeda, su rostro poseía una dulzura y calma que no había visto antes y que le provocaba una inmensa paz. Deslizó la mirada de ella a los macizos de rosas que formaban una línea a lo largo de la parte trasera de la antigua mansión sureña, un sendero de color blanco que parecía brillar bajo la luz del sol. La mayoría de los rosales habían nacido de los injertos del que él mismo había traído consigo de Las Vegas, los cuidados de un jardinero contratado para ocuparse de las plantas y mantener el césped a raya eran los que conseguían esa lozanía.

—Has estado aquí —la escuchó murmurar—, todo este tiempo, has estado aquí.

El anhelo y la felicidad acariciaban el suave tono de su voz convirtiéndolo en algo de lo más sexy y dulce, una combinación de lo más atractiva. Los ojos marrones se alzaron entonces en su dirección y la sonrisa

que curvaba esos labios le provocó una inesperada punzada.

—Gracias por cuidar de ella.

No supo que responder. ¿Qué podía decir uno cuando una mujer como esta te miraba con total transparencia y gratitud por algo que ni siquiera sabías que habías hecho?

La vio devolver su mirada a las rosas y contemplar cada uno de los pies que se extendía a lo largo de la casa.

—Son...

—Cada una de las plantas ha nacido de la primera —le dijo entendiéndolo su pregunta sin necesidad de formularla.

Ella asintió, acarició una de las rosas con los dedos manchados de tierra y una vez más sus recuerdos se superpusieron a la realidad. Josey era su pequeña jardinera, eran sus manos las que habían estado hundidas en la tierra, sus lágrimas las que habían bañado el suelo mientras plantaba el entonces jovencísimo rosal.

—Yo... me gustaría... quiero llevármela a casa —murmuró girándose una vez más hacia él—. Solo una parte, quiero que descansa dónde debió haber descansado desde el principio; en su jardín.

La siguió con la mirada cuando se incorporó, sacudiéndose las manos y recorriendo uno por uno las plantas hasta las más jóvenes, injertos que habían sido plantados ese mismo año. Se detuvo ante la última de ellas, un par de ramas de las que empezaba a germinar la flor.

—¿Tienes herramientas de jardinería a mano? —preguntó girándose de nuevo hacia él—. Me gustaría sacar el cepellón lo más completo posible, no quiero que se rompan las raíces. Es lo suficiente joven como para ser trasplantado y...

Sonrió al escuchar las órdenes implícitas en su voz. Ah, allí estaba de nuevo la competente y osada señorita Turney, la mujer que se había plantado

ante él para exigirle que firmase los papeles del divorcio.

—Tengo que reconocer que no tengo la menor idea sobre jardinería — aceptó y señaló las flores—. Yo me limité a plantar el primer rosal, un agujero en la tierra y las raíces en su interior. Todo lo demás es obra del jardinero de la Magnolia. Yo pido lo que quiero y él me lo da.

Se incorporó y respondió a su obvio recordatorio de quién era el amo y señor de la finca.

—Eso explica el enorme ego con el que se viste usted, señor Sheridan.

Volvió a señalar la planta con insistencia.

—Yo puedo encargarme, solo necesito...

Se acercó a ella y la rodeó por la cintura, atrayendo su espalda contra su pecho para acariciarle la oreja con los labios.

—Necesitas ser un poco más educada con tu marido —le susurró—. Le diré a Ben que trasplante el más joven de los rosales a una maceta para que puedas llevártelo.

La sintió ponerse rígida entre sus brazos, pero solo fue durante un segundo, pues al siguiente ya intentaba liberarse de su contacto.

—Algo que sin duda le agradeceré con todo el alma, señor Sheridan — insistió en utilizar su apellido—, como también le agradezco el recordatorio, el cual me lleva a recordarle también que cuanto antes firme esos papeles...

—Hablas demasiado, Josey.

Y para silenciar a una mujer, no había mejor cosa que besarla. Disfrutó de su boca, la apretó contra sí mientras disfrutaba del tacto de su cuerpo y esperaba a que esa testaruda mujer aceptase entregarse al placer. No lo defraudó, se tragó su suspiro e incursionó en el interior de su boca tan pronto separó los labios.

—Obviamente —jadeó en sus labios—, no hablo lo bastante claro si todavía no entiendes un no por respuesta.

Empujó contra su pecho y él la dejó ir, pero no sin recorrerla con una divertida y satisfecha mirada.

—El problema está en que no me has dicho que no —aseguró, repasándole el labio inferior con el pulgar—, y si bien tus labios no se mueven, tus ojos no dejan de pedirme más.

Apartó el rostro y dio un nuevo paso atrás.

—Ves lo que quieres ver —declaró ella, le dio la espalda y sintió como exhalaba lentamente—, e interpretas lo que quieres interpretar.

Le acarició el lado del cuello desnudo con los dedos desde atrás, no intentó abrazarla ni retenerla, no era necesario cuando su cuerpo reaccionaba de una forma tan abierta, inclinándose hacia su caricia.

—Quizá eres tú la que obvias lo que deseas y cierras los ojos a las demandas de tu cuerpo —se acercó poco a poco hasta ella, tocándola con tan solo su aliento acariciándole el oído—. El placer puede ser liberador, Joselyn, a menudo puede traducirse y se traduce, como el mejor de los remedios.

Se giró hacia él lentamente, mirándole por encima del hombro.

—¿Ese fue el motivo por el que creaste esto?

Directa y concisa.

—¿Consideras liberador reunir en una misma casa a un puñado de personas a las que les gusta correr en pelotas detrás de un gato o montar una orgía en el salón principal?

No apartó la mirada, lo que lo llevó a sostenerle también la suya al responder.

—Por no hablar del hecho de que, la mujer a la que creías tu esposa, estaba también bajo el mismo techo.

—Alguien que resultó no serlo, puesto que la verdadera está ahora ante mí —replicó sin más—. Ignoro quién era Coleen Hampton para ti, pero yo he

estado cinco años atado a ella y esto —señaló la mansión a sus espaldas—, ha sido el único lugar dónde su presencia ha sido incluso soportable.

A juzgar por la mirada en su rostro tenía serias dudas al respecto.

—A menudo prejuzgamos a la gente porque no encajan en nuestro modo de vida —continuó—. Cuando vas por la calle y ves a alguien con un aspecto o corte de pelo totalmente contrario al tuyo, automáticamente lo juzgas, quizá no en voz alta, pero todos hacemos un juicio interior. Cuando se trata del placer somos incluso más intransigentes, si no es lo que conocemos, automáticamente se vuelve tabú. El desconocimiento genera dudas, las dudas nos llevan al recelo y ese recelo a la censura, nos volvemos juez, jurado y verdugo de la sociedad olvidándonos de lo más importante de todo; que nosotros también disfrutamos de ese placer.

»En la Magnolia ese juicio se abole nada más entrar. Aquí nadie es juzgado por cómo se viste, el color de su piel o su peinado, dentro de estas cuatro paredes existe la libertad para participar del placer con libertad, por supuesto siempre dentro de un ambiente seguro para el cuerpo y el alma, así como bajo la premisa del consenso mutuo. Nadie es obligado a nada, si se extiende una invitación, el huésped es libre de aceptarla o rechazarla.

El claro recordatorio puso un par de rosetones en las mejillas femeninas.

—Aquí me encontré a mí mismo, Josey —confesó mirando una vez más las rosas—, y me di cuenta que la vida era demasiado preciosa como para desperdiciarla. No se puede cambiar el pasado, pero sí se puede hacer lo que está en tu mano para mejorar el futuro. Y eso es lo que he hecho, mejorar mi futuro.

—Sin duda es una forma única de ver las cosas —comentó ella mirando de nuevo las rosas—, y enfrentarse a ellas.

—Solo es una visión de la vida —comentó encogiéndose de hombros—,

una entre un millón de ellas más.

La vio llevarse la mano a la frente y frotársela con cansancio.

—Una demasiado despreocupada para mi gusto.

—Lo dice alguien cuyo exceso de preocupación le está dejando un punzante dolor de cabeza —declaró estudiándola con detenimiento. Entonces le ciñó la cintura y la empujó suavemente hacia la entrada lateral—. Ven. Por hoy has tenido más que suficientes emociones, necesitas relajarte y dejar de pensar.

—Lo que necesito es coger ese rosal, subir en mi coche y ponerme a conducir —rezongó echando la mirada hacia atrás—. Estoy perdiendo un tiempo valioso y...

—Deja de pensar y preocuparte o me veré en la obligación de hacerlo por ti.

—No puedes...

Sonrió de medio lado y abrió la puerta, instándola a entrar.

—No hay nada que yo no pueda hacer, Joselyn, después de todo, soy el amo de la Magnolia —murmuró en voz baja y grave—, y hasta que firme ese papel que me reclamas, también seré el tuyo.

Y no tardaría mucho en demostrárselo. Esa mujer tenía que aprender a relajarse y qué mejor momento para hacerlo que ahora mismo.

## CAPÍTULO 17

Acabar tendida sobre una mesa de masajes en una sala rodeada de aceites aromáticos y velas, era lo último que se le había pasado por la cabeza cuando Sheridan la arrastró de nuevo a la mansión. La habitación chocaba estrepitosamente con el resto de la casa, como si hubiesen abierto una puerta y terminado en un lugar totalmente distinto. Decorado en tonos marrones, con escaso mobiliario blanco, el mural de un jardín japonés decorando una pared y un largo espejo dividiendo la otra, resultaba acogedor y relajante. La mullida toalla debajo de su desnudo cuerpo era tan suave que cualquier roce resultaba agradable y perturbador.

Gimió al sentir las manos masculinas deslizándose por su espalda, presionando puntos que no sabía ni que existían y arrancándole en el proceso desde pequeños quejidos a sonoros maullidos de placer. El aroma del aceite que ahora impregnaba su piel le hacía cosquillas en la nariz mientras el calor y experto movimiento de esos dedos contribuían también a excitarla, despertando todos y cada uno de sus sentidos.

—Esto es lo último que me hubiese imaginado de ti —murmuró cerrando los ojos de puro placer.

Se inclinó sobre ella y le acarició la oreja con los labios.

—Supongo que no doy el perfil de fisioterapeuta —se rio en voz baja.

No pudo evitar girarse con visible sorpresa ante sus palabras.

—¿Eres fisioterapeuta?

La empujó de nuevo sobre la camilla hasta que adoptó la postura inicial.

—Especializado en fisioterapia traumatológica y de la fascia muscular —respondió hundiendo de nuevo sus dedos con relativa fuerza en sus hombros—. Y complementado con algunos cursos sobre masaje terapéutico y de relajación.

Se lamió los labios y se relajó bajo su contacto.

—No eres lo que me esperaba.

Sus manos descendieron ahora por su espalda hacia el centro y recalaron sobre sus nalgas.

—Estoy seguro de que no.

El extraño tono en su voz la llevó a incorporarse sobre el codo y girarse para mirarle.

—¿Por qué tengo la sensación de que eso es precisamente lo que quieres?

Sus ojos se encontraron y vio cómo se estiraban esos finos y lujuriosos labios.

—Quizá porque tú no eres muy distinta a mí en ese aspecto —respondió con esa voz profunda y sexy que la derretía—. Te ocultas bajo una fachada profesional, resolutiva y dura, pero la verdad se encuentra aquí —deslizó la mano por sus piernas—, en tu piel.

Gimió al notar como le acariciaba el tobillo, ni siquiera sabía que tenía un punto erógeno en esa zona.

—Eres como un pequeño rompecabezas que me encuentro deseando desentrañar una y otra vez —continuó subiendo ahora por la parte interna de la pierna con pereza—. Mantienes mi interés sin desear hacerlo y eso te convierte incluso en alguien mucho más interesante.

Contuvo el aliento cuando la mano alcanzó el pliegue de sus nalgas, esperaba que la tocara de un momento a otro, que sumergiese los dedos en su interior pero se limitó a mirarla y sonreír de esa manera provocadora que la

sacaba de quicio y la excitaba al mismo tiempo.

—Sí, mucho más interesante.

Su mirada se deslizó entonces por su cuerpo, haciendo más palpable el hecho de que ella estaba totalmente desnuda mientras él vestía unos pantalones flojos de lino de color negro y una ligera túnica oriental. Su torso bronceado dejaba a la vista unos músculos tonificados, un cuerpo natural y malditamente sexy.

No dejaba de sorprenderle la facilidad con la que obtenía de ella todo lo que deseaba, no tenía más que mirarla de esa manera, susurrarle al oído o tocarla y se convertía en un charco a sus pies. La facilidad con la que la envolvía y la privaba de razón la estremecía y preocupaba al mismo tiempo.

—¿En qué piensas, gatita? ¿Qué preocupación gira ahora en torno a tu cabeza?

Se giró y se incorporó, necesitando un poco de estabilidad bajo aquella penetrante mirada. La mullida y cálida toalla le acariciaba las nalgas y los muslos mientras posaba los pies sobre el pequeño taburete acolchado que sobresalía de la camilla, notaba el cuerpo mucho más relajado, sus músculos libres de tensión, pero no podía decir lo mismo de su sexo hinchado y húmedo o de sus cada vez más pesados pechos y endurecidos pezones.

Se acercó a ella, la dominó con su cuerpo sin tocarla siquiera, el poder que tenía ese hombre era inmenso y aterrador, la tentación de rendirse al placer que prometían sus ojos era demasiado peligroso y sin embargo, cada vez se veía más hundida en ellos.

—No puedo dejar de pensar en que apenas te conozco y, a pesar de ello, has hecho conmigo lo que te ha dado la gana —confesó—. Y yo no he puesto freno a ese avance, por el contrario... he deseado más.

Deslizó un dedo por su mejilla, el único contacto entre ellos en ese instante.

—Eres una amante del placer, Joselyn —pronunció su nombre con una cadencia que la hacía estremecer—, prosperas bajo las caricias, te abres bajo el calor del contacto y el ardor de la pasión. Eres una flor abandonada en un jardín lleno de maleza a la espera de que penetre un mísero rayo de sol. Y yo quiero ser ese sol, el que te caliente, el que haga que te abras por completo y te entregues sin medidas.

Su dedo cayó ahora sobre sus labios, delineándolos con perezosa perfección.

—Quiero más de ti —levantó la mirada encontrándose de nuevo con sus ojos—, quiero arrancar cada una de las respuestas que pueda obtener de este voluptuoso y adorable cuerpo y tú vas a permitirme hacerlo, porque es lo que tú también deseas.

—Yo...

—Tú... —La interrumpió cogiendo ahora una de sus manos y llevándola hasta sus labios para lamer la yema de cada dedo y mordisquearla al tiempo que marcaba cada una de las palabras que decía—, querrás... —le mordisqueó otro haciéndola temblar—, todo... —le chupó el dedo corazón—, lo que yo... —le lamió el siguiente dedo—, te dé.

Se quedó sin aire, se estremeció de los pies a la cabeza y notó como su sexo desprendía más humedad, mojándole hasta los muslos. Se mordió el labio inferior con desesperación, notaba los pechos hinchados, los pezones duros y ansiosos por ser acariciados.

—Empiezo a odiar... de veras... tus dotes... de persuasión.

Diablos, le costaba incluso articular las palabras.

Él sonrió y planeó sobre su boca tentándola con besos fantasmas, provocándola, acercándose a sus labios sin llegar a tocarla.

—No te preocupes, gatita —ronroneó moviéndose ahora sobre su cuello con pequeños besitos y mordisquitos—, cuando termine contigo, las adorarás.

Se estaba derritiendo bajo su contacto y la única parte de su cuerpo que la tocaba ahora era su boca mientras descendía por su cuello, mordisqueándola, lamiéndola y deteniéndose finalmente en el hueco de la clavícula, dónde succionó con suavidad arrancándole un gemido.

Estaba perdida, una vez más la había envuelto en su red y ambos sabían que no escaparía, no hasta que él deseara dejarla ir.

Gabriel gruñó de placer bajo la calidez y el dulce sabor que encontraba su lengua.

—Hueles y sabes de maravilla —murmuró contra su piel—, un verdadero manjar.

Descendió hacia sus pechos obligándose a mantener las manos a ambos lados de la camilla, sin tocarla todavía. Podía sentir en sus dedos el recuerdo del masaje, la sensación de esa dulce y suave piel, la forma en que sus músculos se relajaban bajo su trabajo, la incipiente humedad que hacía brillar su henchido sexo... había sido toda una prueba de fuerza de voluntad el no follarla allí mismo.

Se acercó a la uve de sus pechos y se detuvo a lamerla mordisqueando a continuación la blanca carne, se obligó a esquivar los apetitosos y oscuros brotes que ya se erguían duros y a continuar con su plan inicial; volverla loca de deseo.

—Cremosa, suave, podría pasarme toda una vida recorriéndote y seguiría maravillándome de lo que encuentro a mi paso —murmuró descendiendo sobre su estómago, mordiéndole delicadamente la carne del costado antes de zambullir la lengua en su ombligo.

Notó como contraía el vientre y se estremecía bajo su boca, pequeños suspiros emergían de sus labios alternados con jadeos mientras sus manos se

apoyaban en las suyas como si tuviese miedo de tocarle. Enlazó los dedos y se los llevó a la boca para besarlos y mordisquearlos una vez más bajo su mirada. Los ojos marrones se habían oscurecido presos del deseo, sus labios permanecían separados, rogando por un beso que no daba llegado. Era el vivo retrato del placer y esa imagen no hizo más que engrosar su ya de por sí dura erección.

—¿Qué? —preguntó ella al ver que la contemplaba sin más. Sus mejillas empezaron a cubrirse de color y tragó obviamente nerviosa.

Se encogió de hombros.

—Me gusta mirarte, eso es todo —aceptó con total sinceridad—. Tus ojos no mienten, no engañan, son totalmente transparentes y eso es... algo a lo que no estoy acostumbrado. Me resulta asombroso.

Se lamió los labios.

—Y a mí perturbadora la idea de que hayas dado con tantas mujeres que te mientan.

Se rio entre dientes y se incorporó hasta quedar a la altura de sus labios.

—No es tanto una mentira real como el ocultar lo que de verdad deseas o fingir que deseas algo solo para obtener más de aquello que se desea —le dijo acariciándole los labios con la mirada—. Un juego en el que a menudo los jugadores hemos sido dos.

Bajó sobre sus labios, se dio el lujo de saborearlos, comprobar una vez más su blandura, mordisquearlos y finalmente incursionar con su lengua en el húmedo interior. Su boca era dulce, tierna, golosa y eso le encantaba.

—Pero me gusta más este juego —murmuró rompiendo apenas unos segundos el beso—, tú me gustas mucho, pero que mucho más, Joselyn Turney. Tanto, que pienso follarte aquí mismo.

Para dejar claras sus intenciones se apoyó contra ella, presionándose entre sus piernas y frotando su erección contra la parte baja de su vientre

mientras le comía la boca. Se tragó su gemido y sonrió para sí cuando esas pequeñas manos dejaron la camilla y se posaron sobre sus brazos como si no supiesen si debían acercarle más o alejarle.

—En ese caso deja ya de hablar y hazlo —barruntó ella rompiendo su beso y mirándole a los ojos con el mismo hambre que ya habitaba en su interior.

Se echó a reír, le acarició la mejilla y la besó lentamente.

—Todo a su debido tiempo.

Volvió a poseer su boca, acallándola al tiempo que se deleitaba con su sabor, la acercó más a él, sintiendo como lo rodeaba con las piernas, pegándose a su cuerpo, sus brazos ascendiendo hasta rodearle el cuello mientras esos bonitos y llenos senos se restregaban contra su pecho.

Gruñó en su boca, se quitó la túnica y volvió sobre ella, acariciándola, recorriéndola con las manos, disfrutando del cuerpo que encontraba a su paso y de la desinhibida respuesta femenina. Moldeó sus pechos, jugó con sus pezones, abandonó su boca para probarlos y atormentarlos hasta hacerla chillar, continuó el descenso y saboreó una vez más su piel, jugó en su ombligo y le ciñó las caderas mientras caía de rodillas entre sus muslos y se relamía ante la visión de su húmedo coño.

—Ojalá pudieses ver lo que yo veo —se lamió los labios, notando como se le hacía ya la boca agua por saborearla—, es una vista de lo más apetitosa.

Su respuesta llegó acompañada de un agónico gemido.

—Deja de hablar y hazlo, maldito seas.

Se rio entre dientes y sopló sobre la carne húmeda y caliente entre sus piernas.

—El que da las órdenes aquí soy yo, Josey, así que, pórtate bien o dejaré que tiembles un poco más.

La escuchó sisear pero no dijo una sola palabra más.

—Veo que nos entendemos.

Deslizó sus manos por los muslos, apartándole todavía más las piernas, le acarició las rodillas y volvió a ascender esta vez por la cara interna de sus piernas hasta que sus pulgares alcanzaron los pliegues de su sexo. La humedad bañaba la parte interior de sus muslos poniendo de manifiesto lo excitada que estaba. Deslizó un dedo sobre su hinchado sexo y se relamió.

—Tan mojada y caliente —ronroneó sin dejar de acariciarla, disfrutando de cada pequeño gemido que emergía de su boca—. Apuesto a que ya estás más que lista para mí.

Resbaló un dedo en su interior, penetrándola sin previo aviso y obteniendo como recompensa el alzamiento de sus caderas y un ahogado jadeo. Sonrió para sí y se recreó en la manera en que ese húmedo coñito succionaba su dedo en su interior, de la misma manera en que pronto lo haría con su polla. Alzó la mirada y la contempló totalmente traspirada de sudor, la cabeza echada hacia atrás, los labios entre abiertos, sus pechos erguidos y los pezones todavía mojados de su lengua; era una vista deliciosa.

Unió un segundo dedo a su juego y continuó masturbándola, bebiéndose su placer con la mirada, recreándose en su cuerpo y aprendiendo todas y cada una de las respuestas de este. Ella era puro pecado, se entregaba al placer con una sinceridad abrumadora, no había fingimientos en sus respuestas, su lenguaje corporal hablaba por sí solo y ello no hizo más que aumentar su ya de por sí extenso deseo.

Se moría por penetrarla, quería que fuese su polla la que terminase hundida entre sus muslos como ahora lo estaban sus dedos, quería esos gemidos en su boca, esos pezones resbalando contra su pecho o en el interior de su boca. Quería tanto de ella que no estaba seguro de poder saciarse en estos breves interludios a los que la empujaba.

Josey no hacía más que sorprenderlo a cada paso del camino, podía

pasar de ser un verdadero demonio sobre tacones, a convertirse en un animal herido que necesitaba de cuidados. En el jardín, delante de las flores, cuando se giró a él y le pidió la pequeña planta del rosal se perdió por completo, su mirada era tan transparente, llena de tanto anhelo, que le habría dado hasta la luna si se la hubiese pedido con tal de complacerla.

Todo un cambio para él, sin duda, puesto que nunca se había planteado hacer algo por una mujer que no sirviese así mismo a sus propósitos. Esta hembra lo había descolocado por completo.

Los duros e hinchados pezones atrajeron de nuevo su atención y no dudó en prodigársela. Con la mano todavía hundida entre sus piernas, se elevó sobre ella y capturó la tierna carne entre los dientes, saboreándola y arrancándole a su dueña un sinfín de palabras ininteligibles mientras le devoraba los pechos.

Ella se retorció bajo él, sus manos se habían clavado en sus hombros y arqueaba la espalda ofreciéndose a sí misma.

—Eres tan dulce como caliente —apreció sus deseos, la forma desinhibida en la que se entregaba a sus juegos de placer—, ¿dónde diablos has estado metida?

No esperaba obtener una respuesta, no la deseaba, solo deseaba su cuerpo, quería extraer de ella todo el placer posible y deleitarse en él. Retiró los dedos de su interior arrancándole una tibia protesta, se despegó de su cuerpo solo para planear de nuevo sobre sus labios y esperar a que esos bonitos ojos marrones volviesen a caer sobre los suyos. Sus miradas se encontraron y lo que vio lo encendió todavía más.

—Eres absolutamente follable.

Dio un paso atrás, luego otro y su polla protestó por la inmediata pérdida. Capturó su mirada y la sostuvo mientras se deshacía de los pantalones y extraía algunos de condones de uno de los cajones. Tiró los

sobrantes sobre la mesa de masajes y se puso uno bajo la atenta y caliente mirada femenina.

—Me gusta la manera en que me miras, como si desearas devorarme — murmuró divertido—. De hecho, quizá después te permita hacerlo.

Ella se lamió los labios en respuesta, bajó la mirada sobre su erección ahora cubierta y finalmente volvió a encontrarse con sus ojos.

—Oh, más te vale que lo hagas.

Se rio entre dientes ante el abierto deseo en su voz, se inclinó sobre ella sin tocarla todavía y le sopló los labios.

—Sí, sin duda me gustará ver esos labios alrededor de mi polla — declaró con un gruñido. Capturó sus labios, se los chupó y hundió la lengua en su interior con decisión. Ella no dudó en responder con la misma intensidad avivando su propio cuerpo—. Pero ahora, deseo estar en un lugar un poco más húmedo y caliente.

Tiró de sus caderas hasta el borde de la camilla, dejó que lo envolviese con sus piernas y se hundió en su interior sin más dilación. Estaba tan mojada que su unión fue fácil y perfecta, se sumergió hasta la empuñadura, sus pelotas acariciándole el culo mientras sus miradas se encontraban una vez más.

—Gabriel... —jadeó su nombre, concediéndole el poder que solo él tenía. Desde Jessica, nadie había estado tan cerca de él en ese sentido, no había permitido que ninguna mujer volviese a utilizar su nombre en la cama... hasta ella.

—Me gusta cómo pronuncias mi nombre cuando estoy completamente enterrado dentro de ti —confesó. Dejó que sus labios se curvasen ligeramente y tiró una vez más de ella hacia él, tendiéndola sobre la camilla con las caderas en el aire, sujeta solo con sus manos y las largas piernas femeninas alrededor—. Veamos si puedo hacer que lo grites mientras te corres.

No le dio opción a responder pues no deseaba una respuesta. Salió de

ella solo para volver a empujar disfrutando de la férrea y húmeda presa de su sexo alrededor de su pene, sus pechos se bamboleaban con cada movimiento, sus labios entreabiertos e hinchados no podían hacer otra cosa que jadear y gemir, su cuerpo era suyo para conquistarlo, para obtener su rendición y todo aquello que desease de ella.

—Mírame, gatita —gruñó en voz baja sin dejar de follarla—, tus ojos sobre mí.

Obedeció, los párpados se elevaron lentamente y esas dos joyas marrones se clavaron en él. Sus mejillas adquirieron incluso mayor rubor, sus labios entreabiertos exhalaban con fuerza con cada nuevo empujón, el placer se reflejaba en su rostro, en cada uno de sus actos y lo inflamaba.

—Gabriel... —escuchó de nuevo su nombre—. Oh, señor...

Estaba más allá de la cordura y la coherencia, perdida en el placer del acto sexual, entregada como solo una mujer sabía hacerlo y arrastrándolo a él al mismo tiempo a ese final en el que terminarían siendo uno.

—Córrete conmigo —le ordenó. Sus ojos todavía presos en los de ella—. Dámelo. Entrégate por completo a mí, Josey.

Como un instrumento bien afinado bajo las expertas manos de un músico, su pequeña y deliciosa mujercita se entregó a sus órdenes, acompañándole en esa carrera de fondo hacia el definitivo placer. El sentirla ciñéndose a su alrededor cuando alcanzó el orgasmo fue todo lo que necesitó para detonar el propio, le clavó los dedos en las caderas y empujó un par de veces más en su interior hasta derramarse por completo con un bajo gruñido que se unió al sonido de su nombre emergiendo de los labios femeninos.

Sonrió complacido, esa gatita era un diamante en bruto, uno que empezaba a barajar la posibilidad de conservar durante algún tiempo más.

Reuniendo hasta la última gota de sus fuerzas, se deslizó de su interior y se encargó del condón. Su amante permanecía desmadejada sobre la camilla,

jadeando en busca de aire con los ojos cerrados y toda la piel empapada en sudor.

—Te dije que conseguiría que te relajases —le dijo inclinándose sobre la camilla, enjaulándola entre sus brazos.

Se lamió los labios, posiblemente buscando las palabras o necesitando de la saliva extra después de haber gritado hasta dejarse la garganta.

—Tienes unos métodos terapéuticos... del todo... convincentes, señor Sheridan.

Sonrió abiertamente, le apartó el pelo de la cara y se inclinó sobre sus labios.

—Todavía no has visto ni la mitad de ellos, señora Sheridan —se burló a su vez—. Pero no te preocupes, porque lo harás.

Sin esperar respuesta, la levantó de la camilla sosteniéndola en brazos. No era precisamente un peso pluma, pero le gustaba la sensación de tenerla así, pegada a él, sostenida por él, dependiendo de él porque de una modo muy íntimo y privado, eso la hacía suya.

—¿Y ahora qué? —musitó ella acurrucándose contra su pecho.

—Ahora, seguiremos dónde lo hemos dejado —le acarició el oído con los labios—, y después, ya veremos que se nos ocurre.

Giró hacia la puerta, la empujó con la cadera y abandonó la sala de masajes con su preciosa carga en los brazos, dispuesto a seguir disfrutando del placer.

## CAPÍTULO 18

Las mujeres eran sin duda el arma preferida del diablo, pensó Gabriel mientras degustaba el café el domingo por la mañana. Se había despertado bien avanzada la mañana para encontrarse el lado de la cama de su amante vacío y una nota sobre la almohada.

**«Te agradeceré que me envíes los papeles de la anulación tan pronto los firmes.  
Gracias por cuidar de Rose y por este fin de semana.  
Josey T. Sheridan».**

Su gatita se había escurrido en medio de la noche como un ladrón, había asaltado su jardín de rosas —con la ayuda de una cuchara y un tenedor de la cena de la noche anterior— para coger el pequeño brote que le había dado y subirse finalmente en su coche a fin de hacer casi ochocientos kilómetros de conducción hasta Oklahoma.

No sabía que lo enfurecía más, si el que se hubiese marchado como una fugitiva o que fuese a cometer la estupidez de conducir más de diez horas sin apenas haber dormido. Deslizó la mirada sobre la mesa y apretó los labios al ver de nuevo la nota debajo de su teléfono. Cogió el aparato y comprobó si tenía algún mensaje. Se había encargado de grabar su número y le había enviado un par de líneas tan pronto como pudo pensar con coherencia.

**«Estimada señora Sheridan. Tienes suerte de no tenerme ahora mismo cerca, porque te dejaría el trasero del color de las amapolas por la temeridad que has**

**cometido. ¿Cómo se te ocurre salir en plena noche y coger el coche sin apenas haber dormido? Espero que tengas el suficiente sentido común como parar en un área de descanso y dormir un par de horas antes de seguir con el viaje.**

**Avísame tan pronto llegues. No admito un no por respuesta».**

Todavía no había contestado, ni siquiera sabía si lo haría y eso lo estaba enervando incluso más. Se obligó a dar un nuevo sorbo al café y concentrarse en la lectura del periódico. Sus invitados empezarían a dejar la mansión a lo largo de la mañana y volvería a tener la casa completamente para él; un mausoleo enorme y solitario.

Echó un vistazo al reloj. Las once. Debía llevar ya unas seis horas en carretera. Su mirada voló de manera inconsciente de nuevo hasta el teléfono y luchó con la necesidad de marcar su número. ¿Qué demonios le había hecho esa mujer?

Sacudió la cabeza, dobló el periódico y lo dejó a un lado dispuesto a dar por finalizado ese infructuoso desayuno cuando escuchó el sonido de un mensaje entrante. Contempló el aparato y dejó escapar un aliviado suspiro que ni siquiera sabía que estaba reteniendo, desbloqueó la pantalla y sonrió de medio lado al ver que el remitente era ella.

—Buenos días.

Levantó la mirada para ver a Noah sentándose a su lado. El hombre estaba ya vestido y a juzgar por su aspecto, listo para salir.

—Buenos días —lo saludó y echó un vistazo tras de sí esperando ver a Diana—. ¿Dónde has dejado a la pequeña gata erizada?

Su amigo y terapeuta esbozó una petulante sonrisa.

—Subiéndose por las paredes —aceptó, al tiempo que cogía una taza limpia y se servía un poco de café—. Parece que tu esposa, la auténtica, se largó sin decirle nada.

Soltó un reluctante bufido.

—Que se ponga a la cola —rumió.

Su amigo se llevó la taza de café a los labios y bebió sin quitarle los ojos de encima.

—Sí, era lo que me imaginaba —comentó—. Déjame adivinar. Se marchó tan silenciosamente cómo llegó.

Enarcó una ceja ante su respuesta, entonces cogió la nota que permanecía bajo su teléfono y se la tendió.

—Esa ha sido su carta de despedida.

Noah cogió el papel y lo leyó rápidamente, entonces enarcó una ceja y lo miró.

—¿Rose?

Sacudió la cabeza.

—¿Recuerdas el rosal que me empeñé en ir a buscar esa maldita noche? Asintió.

—Como para olvidarlo —aseguró con ironía.

Sí. Aquellos habían sido unos días infernales, tanto para él como para Noah, quién había estado a su lado en todo momento.

—La niña de la que te hablé, la que creías que era producto de mi imaginación, la medicación o qué se yo... —le recordó y lo miró a los ojos—. Era ella, era Joselyn. La verdadera Joselyn. Ella compró el rosal y lo plantó allí, mezcló la tierra con las cenizas de su hermana, Rose. La hermana que murió esos días después de luchar durante casi un año con la leucemia. Por eso estaba en Las Vegas y, de algún modo, fue lo que nos metió a ambos en este rocambolesco e inesperado matrimonio.

La noticia sorprendió al terapeuta.

—Mierda.

Sonrió de medio lado.

—Sin saberlo, me traje el rosal y a su hermana —hizo una mueca—.

Ella tampoco recordaba lo ocurrido en esa época, lo que dijo la perra era verdad...

—Vaya. —Fue todo lo que se le ocurrió decir al respecto, no podía culparlo por ello—. Entonces, la niña de la que hablabas... era ella.

Asintió.

—El mundo es un jodido pañuelo —comentó Noah tras un momento de cavilación. Entonces lo miró a los ojos—. ¿Y qué piensas hacer ahora?

Bajó la mirada sobre el teléfono, activó el mensaje recibido y lo leyó.

Sus labios se curvaron por sí solos tras leer el contenido, cerró el aparato y miró a su amigo.

—Supongo que lo único que puedo hacer en estos momentos —respondió—. Esperar y ver qué pasa.

Noah se rio entre dientes, ambos sabían que el termino esperar no era precisamente uno que pudiese aplicársele.

—Bien, pues mientras tú esperas —declaró Noah con visible diversión—, yo voy a ver si puedo hacerme con un nuevo Chevrolet para mi colección.

Su mirada cayó sobre la mano que envolvía la taza y señaló los nudillos inflamados y raspados que la manchaban. Estaba claro que Noah había tenido una mañana interesante a juzgar por la llamada que había recibido hacía unos minutos de Simon.

—¿Eso tiene algo que ver con el Chevrolet o quizá con la que montaste en el mecánico esta mañana?

Lo miró por encima de la taza de café y le dedicó una sonrisa ladeada.

—Parece que las noticias se propagan con mucha rapidez.

Se limitó a poner los ojos en blanco.

—Simon llamó hace unos minutos —le informó en tono despreocupado—, dijo que el nuevo ayudante de Griffin pasó por comisaría para presentar una denuncia por agresión.

—No me digas —bebió su café—. ¿Y se molestó en poner en su denuncia además, que es un hijo de puta que maltrata y acuchilla a mujeres en su tiempo libre?

Sus palabras se hundieron pesadamente en su mente. Así que ese era el motivo por el que el tranquilo terapeuta había decidido sacar su vena combativa. Noah había sido testigo de la otra cara de la moneda, de las víctimas que llegaban a su consulta procedentes de la violencia de género, no era de extrañar que hubiese decidido tomar cartas en el asunto, especialmente si esa pequeña polvorilla de la que parecía haberse encaprichado estaba de por medio.

Iba a tener unas palabras con Albert Griffin, como padre de familia, el mecánico no quería tener a un hijo de puta de esas características bajo su mismo techo, ni siquiera en el taller.

—No, se le olvidó mencionar algo como eso.

—Estoy seguro de que sí —murmuró al tiempo que dejaba la taza sobre el plato—. Igual que se olvidaría de mencionar que tiene al menos dos denuncias interpuestas por maltrato.

Chasqueó la lengua y miró hacia el otro lado de la habitación, a través de la ventana.

—Y yo pensando que había dejado las cosas claras como el cristal.

—Si todavía no le han quedado claras —bajó de nuevo la mirada a su mano—, ten por seguro que Simon estará más que encantado de recordárselo en cuanto vea que tiene antecedentes por violencia.

Él mismo se encargaría de ponerlo al tanto del dato.

Sonrió ante su respuesta, miró el reloj y apuró el café; era obvio que tenía prisa.

—¿Necesitas alguna cosa antes de que me vaya? —preguntó abandonando ya la mesa—. Tenemos un vuelo a la una. El lunes estaré de

todos modos en la consulta si me necesitas.

Miró su teléfono y luego a él.

—Si te necesito, te llamaré —declaró y sonrió al ver su gesto—. Relájate, Noah, no voy a volver a hacer nada que haga que te salgan canas.

Resopló y sacudió la cabeza.

—Algo que sin duda te agradeceré toda la vida, hermano —declaró despidiéndose con una palmada en el hombro—. Estamos en contacto.

Asintió y volvió a mirar el teléfono sonriendo interiormente ante la respuesta que le había enviado Josey.

*«Si no he dormido lo suficiente, ha sido por culpa tuya, señor Sheridan.  
Estoy en un área de descanso, acabo de despertarme, así que desayunaré y luego  
continuaré hasta casa.  
Te avisaré tan pronto llegue. Respira, Sheridan, respira.  
Josey»».*

Sonrió. Esa mujercita tenía que aprender modales y le encantaría ser él quien se los enseñase. Sin más, recogió el periódico y la nota y abandonó el comedor.

## CAPÍTULO 19

Josey repasó una vez más los documentos que llevaba en la carpeta y echó un vistazo al reloj. Había llegado temprano, en parte porque fue incapaz de pegar ojo. Ni siquiera se había atrevido a acercarse al refugio, no sabía que podía decir ni qué garantías darles cuando no contaba con ninguna.

Miró el cheque que contenía el sobre que llevaba entre los documentos. Diana se había presentado anoche en una rápida visita para entregárselo en pago del cacharro que ocupaba parte del jardín de atrás. Había esperado que su amiga la interrogase o al menos intentase sonsacarle alguna cosa, pero todo lo que hizo fue abrazarla y decirle que pasase lo que pasase, siempre estaría en deuda con ella y con Garden Rose.

Tanta responsabilidad, tantas esperanzas puestas sobre su persona... ¿y si no era capaz de aplazar el pago? ¿Y si con esa cantidad no era suficiente? ¿Qué iba a hacer entonces? ¿Qué les iba a decir? ¿A dónde irían las chicas?

Recordó el pequeño rosal que la esperaba en una enorme maceta en la mesa de su cocina, un regalo inesperado, una pequeña brizna de esperanza dónde hasta el momento solo habían existido dudas.

No podía darse por vencida antes de empezar, al menos, tenía que intentarlo.

Respiró profundamente y miró una vez más la hora con renovada ansiedad. El tiempo parecía pasar con una lentitud pasmosa. Recorrió la planta con la mirada, había dos empleados en ventanilla, dos mujeres de

aspecto estirado que parecían desear estar en cualquier lado excepto allí. Otro hombre permanecía de pie junto a la fotocopidora, intercambiando algunos comentarios con una tercera mujer sentada tras la ventanilla reservada únicamente a empresas, autónomos y otros menesteres. La puerta de la oficina del director seguía cerrada a cal y canto, las persianas que cubrían los cristales estaban bajadas para ofrecer privacidad, posiblemente estuviese reunido con algún otro cliente.

Dejó escapar un nuevo suspiro y volvió a comprobar todos y cada uno de los papeles. Se alisó la falda del vestido y se miró los impecables zapatos.

—Lo que daría por estar ahora en casa, tirada en el sofá en pijama y comiendo helado —murmuró con una mueca—, o no.

Curiosamente ese había sido siempre uno de sus pasatiempos favoritos, pero después de ese fin de semana, la sola idea la deprimía. Había sido incapaz de sacarse de la cabeza a ese hombre, Gabriel D. Sheridan, el único que había vuelto todo su mundo del revés en menos de veinticuatro horas.

Metió la mano en el pequeño bolso que llevaba consigo y sacó el teléfono. Aquel primer mensaje la había cogido por sorpresa. El maldito debía haberle cogido el móvil en algún momento y anotado su número, así como también le había grabado el suyo.

Había sido una cobarde al escabullirse en medio de la oscuridad, de madrugada y sin decir una palabra a nadie. Se sonrojó al recordar como ella misma se había internado en el jardín armada únicamente con una cuchara y tenedor de la cena del día anterior y excavó con sus propias manos para desenterrar la pequeña planta del rosal; había perdido la cabeza totalmente. En algún momento de ese maldito fin de semana, su salud mental se había volatilizado por completo, no había otra justificación posible.

No había nuevos mensajes, ni llamadas perdidas. Él no había vuelto a ponerse en contacto con ella desde que le dijo vía *sms* que había llegado sana

y salva.

*«Solo quería tener la conciencia tranquila y no cargar con otro accidente sobre sus hombros»*. La aguijoneó su conciencia. *«Escríbele otra vez, sí, pero para recordarle que te mande los jodidos papeles de la anulación»*.

Una semana. Ese era el plazo que le daría. Si para el domingo no tenía noticias, le enviaría a su propio abogado y que pactase con él.

—Estoy perdiendo la cabeza —musitó para sí al tiempo que se pasaba las manos por el pelo con gesto hastiado—. Es un hecho. Después de esto, terminaré en una clínica de reposo.

La puerta del final de la sala se abrió entonces captando de inmediato su atención. Pudo ver al director sujetando el pomo desde el interior mientras hablaba con alguien que permanecía fuera de su rango de visión y asentía ante alguna posible respuesta. El hombre se adelantó entonces a través del umbral y buscó con la mirada hasta que la vio.

—Señorita Turney —la llamó—. Disculpe la demora. Por favor, pase.

Recogió la carpeta, su bolso y caminó hacia la oficina estrechando la mano del director a modo de saludo.

—Le ruego me disculpe por haberla hecho esperar pero su nuevo socio quería tener unas palabras en privado para ponerse al corriente de cómo está la situación.

Sus palabras la dejaron helada.

—¿Mi nuevo socio?

Como si aquella fuese la entrada que esperaba para hacer su aparición, el cliente al que había estado atendiendo el director de la entidad cuando llegó, apareció en su campo de visión haciéndola contener el aliento.

—No culpes al pobre Richard, he sido yo el que lo ha entretenido más de lo debido —aseguró Gabriel recorriéndola con una sensual y abiertamente

erótica mirada—. Quería que me pusiera al corriente sobre todos los movimientos, pues la señorita Hampton tenía tanta prisa por liquidar su parte que no tuvo tiempo de darme los detalles.

—¿Liquidar su parte? —repitió casi afónica.

El director cerró la puerta de la oficina y la invitó a tomar asiento.

—La señorita Hampton ha firmado un poder notarial en el que transfiere su parte de la sociedad denominada Garden Rose al señor Sheridan —explicó el director volviendo a su lugar tras el escritorio—. Por favor, tome asiento, señorita Turney.

—En realidad es señora... y su apellido es Sheridan —comentó él apartándole la silla—, pero la sociedad la constituyó con su nombre de soltera, ¿no es así, señora Sheridan?

Empezaba a sentirse como en un partido de tenis en el que ella era como la nueva recogepelotas intentando siempre ir tras la bola huidiza sin llegar a alcanzarla.

—¿Todavía no has firmado los malditos papeles?

—Es lunes, Joselyn, te dije a lo largo de la semana —aseguró indicando el asiento—. Ahora mismo están en manos de mi abogado.

Entrecerró los ojos y bajó el tono de voz mientras se sentaba.

—¿Por qué será que no te creo?

Él se inclinó discretamente sobre su hombro y replicó en el mismo tono.

—¿Por qué será que no me importa?

A continuación se sentó a su lado sin más preámbulos.

—¿Señora Sheridan? —preguntó el director con visible sorpresa. Su mirada fue de uno a otro.

—Como bien acaba de apuntar mi... socio —lo fulminó con la mirada—, la sociedad la constituí con mi apellido de soltera.

El hombre se limitó a pasar la mirada entre uno y otro, pronto decidió

que no era asunto suyo y volvió a lo que los había llevado allí.

—Bien, como le dije la última vez que nos vimos y le contaba a su socio hace unos momentos, estamos ante un impago de elevada cantidad por la hipoteca sobre una propiedad situada en esta dirección —leyó los datos de los que constaba—. El plazo estipulado para saldar dicho impago termina hoy.

—Sí —asintió al tiempo que posaba la carpeta sobre la mesa y extraía el cheque—. Y de eso quería hablarle precisamente. Quisiera saber si hay alguna forma en la que se pueda llegar a un aplazamiento de la deuda. En estos momentos solo podemos aportar la mitad del importe total...

El hombre cogió el cheque, lo estudió rápidamente y la miró.

—Con este aporte, usted estaría pagando la hipoteca completa, señorita Turney.

Parpadeó.

—¿Qué? —sacudió la cabeza y buscó entre los papeles—. No. Los fondos retirados por mi socia...

—Ex socia —le recordó Gabriel con paciencia.

Lo fulminó con la mirada.

—Cállate la boca.

—Esos modales, esposa.

Lo ignoró por completo y se giró hacia el director, quién ahora sí que los miraba atónito.

—Entonces, él es su marido...

Sacudió la cabeza y desestimó la inoportuna pregunta con un gesto de la mano.

—Solo hasta que firme los jodidos papeles —declaró adelantándole el documento que necesitaba—. Aquí está. Los fondos retirados por la señorita Hampton en el último año ascienden a ascendían a quince mil dólares...

—La señorita Hampton ha ingresado siete mil dólares a primera hora de

esta mañana en concepto de pago adelantado por la mitad de la deuda, señorita Turney.

—¿Qué? —jadeó. Sacudió la cabeza y miró de nuevo los papeles—. Eso no puede ser. Ella no... —se giró hacia Sheridan como un rayo—. ¿Qué has hecho?

Él mantuvo esa expresión estoica y pícaro que la sacaba de quicio.

—Sencillamente le recordé a la señorita Hampton... que tenía efectivos que podía vender para pagar su... deuda... —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Me firmó un cheque el mismo sábado con la mitad de la cantidad de la que había dispuesto.

—Pero... —frunció el ceño—. ¿El sábado? ¿Cómo que el sábado?

Se encogió de hombros.

—Parecía tener prisa por llegar a algún tipo de acuerdo que la sacara del... apuro en el que se encontraba —aseguró sin más—. Así que, me entregó el cheque que ingresé esta misma mañana y me entregó los documentos cumplimentados y firmados liquidando su parte de la sociedad y cediéndomela a mí.

La cabeza empezaba a darle vueltas. Lo que estaba diciendo no tenía sentido y al mismo tiempo lo tenía por completo. Ese maldito perro rastrero le había dicho que él todavía no había acabado con esa mujer, no por nada lo había estado engañando durante los últimos cinco años de su vida.

Miró de nuevo al director e intentó juntar todas las piezas que parecían dispuestas a escapar a la velocidad de la luz de entre sus dedos.

—Entonces, una vez ingresado este nuevo cheque, ¿la deuda quedará a cero?

El hombre asintió complacido por su rápida deducción.

—Así es —corroboró—. Una vez se valide el ingreso, la hipoteca quedará completamente saldada. La propiedad pasará a ser completamente

suya... quiero decir, de los dos.

Miró el cheque y luego al hombre sentado a su lado.

—Voy a devolverte hasta el último maldito centavo —siseó, entonces se giró hacia el director y le indicó el cheque—. Ingrésele en la cuenta para liquidar la hipoteca, por favor.

El hombre se levantó.

—Traeré los papeles para que puedan firmarlos ya que están los dos aquí —cogió el cheque.

—Gracias —aceptó Sheridan esperando a que el hombre saliese.

La puerta se cerró tras ellos, momento que aprovechó para saltar del asiento y enfrentarse a él.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí y qué mierda es esa de que eres mi nuevo socio?

Ignoró su pregunta y se limitó a recorrerla de los pies a la cabeza.

—Te sienta bien ese color —comentó apreciando el tono color café de su vestido y como se ceñía a sus curvas—, y esa abertura en la falda... es realmente sugerente.

Cogió la carpeta y le pegó con ella en el hombro.

—Estoy hablando en serio, capullo.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—¿Qué te he dicho sobre los modales?

Entrecerró los ojos y se inclinó sobre él.

—Carezco de ellos con gente como tú, así que supéralo —le espetó en voz baja. No quería que todo el banco se enterase de la trifulca que estaba montando—. ¿Mi socio? ¿En serio? ¿Has perdido la cabeza o qué? ¿Y de dónde diablos ha salido ese cheque? Coleen no tenía un maldito centavo, ya la oíste.

Se limitó a cruzar las piernas y ponerse cómodo.

—Puede que no los tuviese en su cuenta personal desde que yo le cerré el grifo, gatita, pero sí tenía suficientes bienes de los que poder echar mano para pagar al menos la mitad de lo que te robó —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. A lo largo de los últimos cinco años, ha obtenido suficientes ingresos como para vivir como una jodida marquesa y así se lo recordé. Verás, si hay algo que sé sobre esa perra, es que si bien le gusta el dinero, le gusta mucho más su libertad. Así que... sencillamente le recordé lo que podía pasarle sino devolvía lo que no le correspondía. Desgraciadamente, en tan poco tiempo, es todo lo que pudo reunir.

—Sus bienes... son los tuyos.

Sonrió de medio lado.

—No, todos, querida, no todos —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Considéralo su buena obra del año, de algún modo tiene que compensar todo el daño hecho. Y no solo a ti.

Sacudió la cabeza. Aquello no era suficiente, de un modo u otro, ese dinero seguía siendo suyo y ella no deseaba su dinero.

—No quiero tu dinero —negó—. Ahora mismo no puedo comprarte la parte de Coleen, pero con el tiempo...

Chasqueó la lengua.

—No te estoy regalando nada, Joselyn, ni tampoco es caridad —declaró sin más—. He tenido tiempo suficiente para ponerme al día con lo que es Garden Rose. Sencillamente es un proyecto lo suficiente bueno y prometedor como para que quiera involucrarme como socio capitalista.

Abrió la boca pero solo le salieron balbuceos.

—Como...

Sonrió con pereza.

—Procuro conocer todo lo que afecta a las personas que me gustan y tú me gustas mucho, Josey, lo suficiente como para que quisiera saber por qué

esta reunión era tan importante para ti —aseguró sin ambages—. ¿Y Garden Rose? Rosalyn es el nombre de tu hermana y comentaste que querías llevarla a casa, a su jardín. Levantaste ese hogar de acogida en su nombre, como un monumento a su recuerdo.

Tragó.

—Sé lo que puede hacer la culpabilidad, gatita, yo he vivido con ella muchísimo tiempo —aseguró comprendiendo sus motivos—. Pensaste que la habías perdido esa noche, que le habías fallado una vez más y buscaste una forma de enmendar tu error y de expiar tu culpa. No hay mayor honor que el ser recordado, pero ese es aún mayor cuando el lugar que lo hace sirve para ayudar a otra gente a no perder el rumbo y encontrar una nueva oportunidad.

La miró a los ojos, estiró la mano y le cogió los dedos.

—Cualquiera con dos dedos de frente, daría un paso adelante para ayudarte y contribuir a que ese lugar siga en pie —le aseguró—. Así que deja de fulminarme con esos bonitos ojos marrones y supéralo, mi pequeña jardinera. Puede que haya sido el primer interesado en contribuir, pero puedo asegurarte, Josey, que no seré el único.

¿Qué podía decir? Ella había luchado toda su vida por sacar adelante ese refugio. Se dejó la piel, sus ahorros, noches de insomnio, lágrimas de amargura y también de felicidad entre esas cuatro paredes. Cada vez que una de sus chicas abandonaba el nido sentía tristeza y alegría al mismo tiempo, cada vez que llegaba alguien a su puerta estaba más que dispuesta a darle la bienvenida e intentar infundirle esperanza, pero hasta ese momento había sido la única que había luchado y una contienda así podía resultar agotadora cuando debía hacerse sola.

Había barajado la idea de buscar nuevos socios capitalistas, tenía mil y una ideas para arreglar la casa, para ampliarla, para arreglar el jardín, pero el dinero siempre era un impedimento y al mismo tiempo, ¿cómo dejar entrar a

alguien que no conocías, que no sabías si sería bueno para las personas que vivían allí?

Cerró los ojos y respiró profundamente.

*Garden Rose está a salvo. Se recordó. Garden Rose está a salvo y ya no podrán arrebatártelo.*

—¿Crees que podrás acostumbrarte a tenerme como socio, señora Sheridan?

Su pregunta la hizo parpadear y concentrarse de nuevo en él.

—Puedo intentarlo —aceptó al tiempo que ladeaba la cabeza y le recordaba—, y sin duda lo intentaré con mucha más fuerza cuando me entregues los jodidos papeles firmados.

Sus labios se estiraron con pereza.

—No sé, Joselyn, empiezo a encontrarle cierta ventaja a que compartas mi apellido.

Enarcó una ceja ante su inesperada respuesta.

—¿Cuál?

—Ver cómo se iluminan tus ojos y contienes la respiración cada vez que te llamo *señora Sheridan* —aseguró con una amplia sonrisa—. Eso es, sin ninguna duda, otra de las cosas que más me gustan de ti. Y me gustan muchas, Josey, cada vez me gustan más.

Y maldito fuera, suspiró de placer, porque cada vez había más cosas que también le gustaban de él, muchas más de las que estaba dispuesta a admitir.

## EPÍLOGO

Empezar desde cero nunca es fácil, sobre todo cuando tienes que dejar tu antigua vida atrás. Para mucha gente es un camino tan tortuoso que no se atreven a dar el primer paso, para otras, es como despertar de un mal sueño y comprender que ante ti se abre un sinfín de oportunidades. La vida es siempre un motivo para seguir adelante, para no dejarse vencer y luchar por aquello que se desea, pero incluso entonces, hay momentos en que necesitas que alguien te eche una mano, que te recuerde que puedes hacerlo y te brinde una mano amiga. Y eso era en lo que se había convertido Garden Rose para todas las mujeres que ahora observaba a través de la ventana de su despacho.

Escuchó el sonido de los martillos, las sierras y volvió a mirar a las mujeres que charlaban animadamente en el jardín. Había tenido que recorrer un largo camino antes de conseguir que se sintiesen cómodas con personas ajenas trabajando en la casa, con hombres especialmente, pero poco a poco las cosas parecían funcionar adecuadamente. La mayoría de los trabajadores eran voluntarios, gente que había pasado por su propio infierno y que habían hecho de aquella tarea su forma de seguir adelante, para ellos, ayudar a los demás era una manera de seguir adelante.

Deslizó la mirada hacia el otro lado de la habitación y contempló el pequeño rosal dentro de su maceta y sonrió. Por fin había llegado el momento, había sido un mes infernal en muchos motivos, especialmente porque el obtuso de su marido se negaba a firmar los malditos papeles poniendo una y otra vez excusas que ya no se sostenían por ningún lado. Primero su abogado había

estado de vacaciones, luego en un congreso, después había párrafos que no entendía y necesitaba hablar con él; Gabriel la estaba volviendo loca, de muchas y muy distintas maneras.

Y cada día que pasaba, tenía que admitir que ese hombre le gustaba más y más. No solo era el placer que compartían, los juegos a los que la había introducido a pesar de sus iniciales protestas o los fines de semana de absoluta y erótica locura que pasaban en el Magnolia. Tampoco se trataba de las largas conversaciones que mantenían después de su horario de trabajo semanal, cuando se sentaban delante de la pantalla del ordenador y se lanzaban dardos o se excitaban el uno al otro mientras descubrían poco a poco cosas del otro.

*«Tú en Oklahoma y yo en Luisiana, vamos a tener que encontrarnos en un punto medio, gatita».*

Un punto de inflexión que había decidido iniciar él esa misma tarde con una semana de vacaciones, excusa que había puesto para ver cómo iban las nuevas obras en su parte de la casa.

Sacudió la cabeza y sonrió para sí. Ese hombre la volvía loca, sí, tan loca que a pesar de parecerle imposible, creía estar enamorándose de él.

—Enamorarte de tu propio marido —murmuró mirando la planta con cariño—. Sin duda es una buena forma de que funcione un matrimonio, ¿no crees?

—Si con eso quieres decir que dejarás de pedirme los dichos papeles cada vez que hablemos, gatita, creo que yo también podría enamorarme de mi propia esposa.

La inesperada respuesta la hizo dar un salto. Se levantó de la butaca y se giró como un resorte para ver en el umbral al aludido marido.

—Dios, que susto me has dado —se llevó la mano al pecho haciendo hincapié en sus palabras—. ¿No sabes llamar a la puerta?

Sonrió de esa manera pícaro y satisfecha con la que siempre la calibraba, cerró tras de sí y la miró con ese hambre desnuda que la derretía.

—Lo hice, pero con todo ese barullo, dudo que puedas oír incluso tus propios pensamientos —aseguró cruzando lentamente la habitación hasta detenerse delante de ella—. ¿Y bien?

Ladeó la cabeza.

—¿Y bien qué?

—¿Te estás enamorando de mí?

La abierta pregunta hecha a bocajarro la dejó boqueando como un pez y sonrojada.

—¿Nunca te han dicho que careces de tacto?

Sonrió de medio lado.

—Sí. Tú. Demasiadas veces como para contarlas todas —aseguró al tiempo que la hacía retroceder hasta tenerla arrinconada contra la mesa. Entrecerró los ojos y la estudió con esa penetrante intensidad que hacía que se mojase por él—. Ahora, responde a mi pregunta.

Se lamió los labios.

—¿Y si no quiero?

Su sonrisa se hizo más profunda, más ladina y perversa incluso.

—Si no quieres —se lamió ahora él los labios—, cerraré la puerta con llave, correré las cortinas, te levantaré esa maldita falda, haré a un lado tus bragas y me sumergiré en tu interior hasta que me ruegues que te deje correrte. Y cuando ya no puedas más, volveré a hacerte la misma pregunta hasta obtener la respuesta que deseo.

Tragó. Sus palabras podían activar su cerebro y ponerlo en modo reproducción, lo que la dejaba caliente, húmeda y necesitada.

—Jesús —acabó soltando—. ¿No puedes hacer las cosas de un modo más convencional?

La miró de arriba abajo y deslizó una mano sobre su muslo, acariciando el borde de la media para luego meterse por debajo de la falda.

—Te lo preguntaré una vez más —susurró muy cerca de sus labios—. Dime, Joselyn Sheridan, ¿te has enamorado de mí?

Se tragó su aliento y se mordió el labio.

—¿Y si así lo fuese?

—Ah, señora Sheridan —suspiró en sus labios—. En ese caso le diría que ya iba siendo hora, porque yo llevo loco por usted desde el mismo momento en que la vi en la biblioteca.

Sus palabras la derritieron.

—¿Loco por mí?

Asintió acariciándole los labios con los suyos.

—Sí, Joselyn, loco por la mujer más irritante, sexy y sensual que he conocido en mucho tiempo, la única que se presentó en esa maldita biblioteca y me soltó un “soy su esposa” después de haber intentado besarla —aseguró lamiéndole los labios con la lengua—. Me has enamorado sin remedio, gatita y no pienso firmar esos jodidos papeles.

Se rio y asintió.

—De acuerdo, señor Sheridan, creo que yo tampoco deseo ya que los firme —aceptó—. Ya que creo... es posible... quizás... podría estar... enamorada de ti.

Se echó hacia atrás y la miró con detenimiento.

—Si te queda alguna duda al respecto, es que no te he follado lo suficiente —declaró muy serio—. Pero existe una solución para ello.

—¿Cuál?

Se lamió los labios y bajó sobre ella con absoluta sensualidad.

—Follarte hasta que me digas que me quieres —aseguró apoderándose de su boca una vez más.

# **JUGADORES DEL PLACER**

## PRÓLOGO

Diana empezaba a pensar seriamente en coger su vieja camioneta, llenar el depósito de gasolina y echarse a la carretera hasta que todo lo que quedase de ella fuesen las huellas de los neumáticos y el humo del tubo de escape. Al menos eso evitaría que hubiese pensando en aceptar la descabellada idea que giraba sobre la mesa, pero si había alguien lo suficiente estúpida como para meterse en la boca del lobo, sin importar lo difíciles que fueran las cosas y hacer suyos los problemas de los demás, esa era ella.

Se pasó la mano a través del corto y desigual pelo negro, aquella había sido otra de sus rebeldías o una forma de decirse a sí misma que había sobrevivido a un año más.

Josey, la propietaria, directora, consejera, amiga y salvavidas en general de todas aquellas que habían encontrado solaz en el refugio Garden Rose, un lugar de acogida para todo tipo de mujeres a las cuales la vida no había tratado bien, había boqueado como un pez fuera del agua al verla entrar sin su larga melena y con un atrevido corte que complementaba esa nueva mujer que estaba dispuesta a ser.

—De acuerdo, deja que recupere la respiración —le había dicho—, mi cerebro necesita oxígeno para procesarlo. ¿Qué coño le has hecho al pelo?

—Me lo he cortado.

—Pues estás divina.

Así era Josey. Siempre con la palabra adecuada, la caricia o incluso el silencio, dispuesta a hacer lo que hiciese falta por todas las habitantes del Garden Rose.

*«Y esa perra se marchó con todo el dinero de la hipoteca».*

Apretó la bola anti estrés con tal fuerza que no le sorprendería verla caer en pedacitos de un momento a otro. Ella había estado presente cuando Josey recibió la llamada del banco, había palidecido tanto o más que su amiga al escuchar cómo le decían que había varias mensualidades sin abonar. Cuando la mujer les explicó que eso no podía ser, que esa misma mañana había ido su socia con un talón por el importe que les quedaba por pagar, le informaron que la señorita Hampton solo había pasado a cobrar los pagarés, nunca a ingresarlos.

La furcia de tacones de aguja se había burlado de todas ellas y ahora el refugio estaba en peligro.

—Tiene suerte de haberse largado o ahora mismo estaría más calva que una sandía.

Levantó la cabeza y miró a Simone, una de las tres mujeres que estaban sentadas alrededor de la mesa del café. Josey le había pedido que no dijese ni una palabra a nadie.

*«No quiero alarmar a nadie. Encontraré la forma de solucionar esto. No te preocupes, esa zorra no se saldrá con la suya».*

Pero lo había hecho, se había largado con el dinero y no había forma de reunir los seis mil dólares que les pedía el banco en tan poco tiempo. El tiempo se les echaba encima y si el próximo lunes no tenían el dinero, el banco se quedaría con el edificio y la finca.

—Esa garrapata —siseó Mary, sentada a su lado—. ¿Cómo ha podido? ¡Era una de nosotras!

—No, no lo era —comentó Tory, la más joven del cuarteto allí reunido.

Ellas habían sido las primeras rosas del jardín, las primeras cuatro mujeres que encontraron un nuevo comienzo gracias a esas paredes—. Nunca fue realmente una de nosotras.

No. No lo había sido. Si bien era la única que no conocía a la tal Coleen a pesar de llevar en el Garden Rose ya tres años, había escuchado toda clase de cosas sobre la socia de Josey. A pesar de poseer la mitad de la casa, parecía tener realmente alergia a dejarse caer por allí.

—No queda tiempo —murmuró Simone atrayendo de nuevo la atención sobre ella—. El lunes es el último día de plazo, si el banco no le concede una prórroga, todo se habrá acabado.

—No podemos dejar que suceda.

—¿Pero cómo lo evitamos? —insistió Mary—. No es como si fuesen a llovernos quince mil dólares de golpe y porrazo.

—Llovernos no, pero sí que podemos conseguir al menos la mitad.

Las cuatro se giraron hacia la puerta para ver en el umbral a una sofocada Sophie. La muchacha formaba parte de las últimas mujeres que había acogido el refugio, había llegado poco después que ella misma.

—Aunque todo depende de lo lejos que estéis dispuestas a...

—¿Hay que matar a alguien?

—...conducir —terminó y frunció el ceño—. Por supuesto que no.

—¿Envenenamiento?

Puso los ojos en blanco y no fue la única.

—No.

—Matar a su madre —sugirió Victoria ya por aburrimiento.

—No.

—Entonces...

—He vendido el pedazo de chatarra que hay junto al garaje a un tío de Winnfield, Luisiana —soltó de carrerilla antes de que alguien dijese alguna

estupidez mayor—. Bueno, más que venderla, la he apalabrado. He quedado con él este viernes para cerrar el trato.

—¿El Chevrolet?

—¿Ese pedazo de chatarra? —parpadeó Simone—. ¿Y piensan darte siete mil quinientos por eso?

—¿Oklahoma? ¿No había nadie más lejos? No sé, en Rusia por ejemplo.

—¿Cómo puede eso reportar siete mil quinientos dólares?

—¿Has dicho él?

La voz de la razón se impuso y todas entrecerraron los ojos sobre la recién llegada.

—¿Quién es ese él? —preguntó Mary.

—Si me dejáis hablar.

La invitó a hacerlo con un gesto de la mano.

—Subí unas fotos de ese cacharro a una página de artículos de segunda mano especializada en automóviles y le puse un precio —explicó rápidamente—. Hubo varios interesados, pero ninguno con los que hablé parecía remotamente serio hasta que apareció este G.D. Sheridan.

—¿Y dices que es de Winnfield, Luisiana?

—Concerté una cita con él este viernes en su finca privada, la Magnolia.

—¿La Magnolia? —murmuró Mary haciendo una mueca—. Suena a pastelería fina.

—O a puticlub —añadió Simone.

—El caso es que está dispuesto a pagar cinco mil por el cacharro tal y como está —explicó—. Yo había pedido ocho mil, pero me ha dicho que por lo que ha visto en las fotos, quizá no valga ni los cinco que está dispuesto a considerar. Quiere ver el coche, pero este fin de semana no está disponible y nosotras necesitamos la pasta para el lunes.

—¿Y qué tiene que ver eso con la invitación a su finca privada?

—Como le metí prisa, me dijo que si llevaba unas fotos, un vídeo de mejor calidad y los papeles del coche, se plantearía enviar a alguien el domingo para ver el vehículo y firmarme un cheque al momento.

No pudo evitar fruncir el ceño ante la extraña concesión, aquello tenía toda la pinta de ser alguna clase de encerrona. Miró a Sophie e hizo una mueca.

—De casualidad no habrás hablado con él con Skype con esas pintas, ¿no?

A la chica le gustaban más los escotes que una piruleta a un niño.

La miró de lado, sabiendo perfectamente a qué se refería.

—Toda la conversación fue telefónica —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Y tengo que decir que tenía una voz muy sensual y con un toque maduro.

—¿Un viejo verde? —Simone no se cortaba a la hora de dar su parecer.

—No me dio esa impresión —aseguró la chica—. Fue muy educado durante toda la conversación.

El silencio se instaló durante unos segundos, intercambiaron miradas y muecas, pero todas estaban pensando en lo mismo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Simone—. Puede que sea nuestra única opción.

—Pero Sophie no sabe nada de coches...

—¿Disculpa? ¿Quién ha hecho la venta?

—Iré yo —decidió Diana con un suspiro—. Después de todo no ha sido un mal movimiento, pero hay que asegurarse que estaría dispuesto a pagar y a hacerlo ya.

—¿Se lo decimos a Josey? —sugirió Victoria, que había permanecido en silencio hasta el momento.

Negó con la cabeza.

—No, ella ya tiene bastante con el lío que ha organizado esa zorra—. Lo le diremos nada hasta haber concretado alguna cosa.

La idea de hacer casi ochocientas millas no le hacía especial ilusión, pero si esa era la única manera de salvar Garden Rose, lo haría. Se giró hacia Sophie y la señaló con el dedo.

—Necesito toda la información que tengas sobre ese señor Sheridan — declaró—. Veamos si podemos despertar su interés por ese pedazo de chatarra al punto de que nos lo quite del jardín.

# CAPÍTULO 1

Y la jodida mansión tenía que estar situada precisamente en medio del *bayou* de Luisiana, pensó Diana con irritación. Aquel viaje empezaba a resultar una jodida carrera de obstáculos y su camioneta parecía dispuesta a descoyuntarse a la mínima ocasión. La radio alternaba el sonido con la estática haciendo que sus destrozados nervios saltasen con cada pequeño siseo.

*«7500\$, piensa en los siete mil quinientos para salvar Garden Rose».*

No había hecho otra cosa que repetir ese mantra desde el momento en que subió al coche y salió a la carretera. La tarde anterior había hablado con Josey, quién le había asegurado que todo saldría bien, que el lunes todo estaría solucionado, pero la conocía demasiado como para tragarse sus optimistas excusas.

Además, había algo que la preocupaba y la mantenía en un continuo estado de nerviosismo, algo que la llevó a planear un rápido viaje para ese mismo fin de semana. Lo único que pudo sacarle al respecto fue un: No te preocupes, lo solucionaré.

Un lejano relámpago atravesó el horizonte captando su atención, el cielo había empezado a nublarse poco a poco y sabía que de un momento a otro empezaría a llover. Echó un nuevo vistazo al GPS y a las precisas instrucciones que había obtenido de Sophie; de no ser por estas últimas habría terminado al otro lado del estado.

Suspiró y se concentró en la carretera, árboles, vegetación y un largo y sinuoso camino se extendían por delante y atrás de ella, el pueblo más cercano

lo había dejado varios kilómetros atrás junto al desvío que lo indicaba. Quién no conociese la zona o su ubicación lo habría pasado por alto. Según las señas, encontraría un cartel con el nombre de la antigua plantación un poco más adelante y seguidamente un desvío a mano derecha que la conduciría a su meta.

—Espero que al señor Sheridan le gusten las sorpresas.

Ignoraba quién era el hombre y no había vuelto a llamar desde que cerrara la invitación con Sophie, así que se esperaba cualquier cosa.

Según había comentado la chica, a juzgar por su tono de voz, debía que tratarse de un hombre maduro y refinado. A su mente no hacía más que acudir una y otra vez una imagen de Sean Connery, actor que retrataba esa descripción. Solo alguien de su edad podría estar interesado en una chatarra —como la que mantenían en el jardín de atrás— y pondría una condición tan extravagante como tener una entrevista antes de decidirse a comprar en vez de venir directamente a ver el destartado cacharro.

—Maldita hipoteca y maldita la zorra que se largó con la pasta.

Frunció el ceño y chasqueó la lengua ante el cielo cada vez más encapotado, se pondría a llover incluso antes de que consiguiese llegar a su destino.

—A la mierda.

Pisó el acelerador y escuchó la protesta del motor, el vehículo estaba haciendo kilómetros extra, empezaba a preocuparla de veras que no saliesen de allí. Y, como si se tratase de una jodida premonición, el motor emitió un pequeño estallido, el coche perdió potencia y empezó a salir un espeso humo por debajo del capó.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —empezó a maldecir y gimotear, todo al mismo tiempo, mientras se echaba a un lado y se detenía por completo—. No, no, no. No puedes estar hablando en serio. No puedes hacerme esto.

Vamos, pequeñín, no puedes morirte.

Pero su camioneta ya no respondía y todo lo que podía ver era el humo blanco saliendo del capó mientras las primeras gotas de la tormenta estacional empezaban a caer.

Noah no sabía que le sorprendía más, si la camioneta que echaba humo o la mujer, empapada como un pollo, dispuesta a dejarse engullir por aquella fiera metálica con la boca abierta. Todo lo que pudo ver al pasar fue un redondo trasero meneándose delante del capó. Posiblemente fue eso y no su deformación profesional lo que lo hizo detenerse a prestar auxilio a la gatita.

Hizo una mueca ante el ambiente húmedo, no le gustaba demasiado la lluvia o en su defecto, estropear unos caros mocasines con el agua. Se remangó las mangas de la camisa, dejó la americana y se bajó del coche. Al menos la infernal lluvia había cesado ya.

—¿Necesita ayuda?

—No, estoy con la cabeza metida en el interior del capó porque así puedo secarme la ropa con el exiguo calor del motor —escuchó la irritada respuesta con un acento que claramente no era de allí.

El perfecto y redondo culo ceñido por los vaqueros era un reclamo perfecto para sus manos. Ya podía imaginársela sin esos pantalones, piel desnuda y ese delicioso trasero...

«Céntrate, Noah, céntrate. Está claro que necesitas un polvo y rápido, pero no es el lugar ni el momento».

Ese era también el principal motivo de que hubiese abandonado su consulta lo suficiente temprano para coger un vuelo y alquilar un coche para aceptar la invitación de Sheridan a la fiesta de ese fin de semana. Su amigo solía hacer aquellas insólitas pero bienvenidas reuniones privadas una o dos

veces al mes en el la Magnolia y, hoy más que ningún otro día, estaba de humor a algo así.

Después de una semana lidiando con ese juez hijo de puta para que aceptase el informe de evaluación y volviese a meter entre rejas al maldito cabrón hijo de puta que había maltratado a su paciente, estaba tan hastiado que si no dejaba la consulta, castraría al cabrón él mismo y al infierno con todo.

—Un método poco fiable para hacer tales menesteres —comentó centrándose de nuevo en la mujer. Sentía curiosidad por ver el resto de su belicosa persona.

—Cuestión de perspectiva —murmuró ella al tiempo que empezaba a jurar como un camionero—. Joder, no... mierda. Esto no hay quién lo arregle.

—¿Puedo echar un vistazo?

Salió de debajo del capó, estaba completamente empapada, una ligera cazadora, una camiseta que se pegaba a sus pechos y revelaba un sujetador rosa chicle a que transparentaba unos oscuros y puntiagudos pezones.

—El motor está dentro del coche, no pegado a mis tetas.

Sonrió, levantó la mirada y decidió que le gustaba bastante lo que veía. No era precisamente hermosa, pero resultaba atractiva, especialmente con esos brillantes y cínicos ojos verdes que lo contemplaban con hastío.

El único problema era que no parecía tener más de veintitrés o veinticuatro años y él tenía una tendencia a evitar ese rango de mujeres.

—Es difícil pasar por alto tales encantos cuando los tienes tan cerca —respondió con palpable ironía. Se apoyó en el coche e hizo una rápida inspección—. Um... no soy mecánico, pero puedo decirte que este cacharro ha pasado a mejor vida. Las correas se han quemado, el depósito de agua tiene una fuga y lo más seguro es que te hayas cargado la culata. En resumen, llama a la grúa y que lo lleve al desguace.

—Gracias, Dr. Doolittle por su extensa sabiduría —le soltó, le dio la

espalda, se limpió las manos al pantalón y volvió a su cantinela—. Mierda, mierda, mierda... ¡mierda!

Chapoteó hasta la puerta, la abrió y se inclinó para salir después con un teléfono.

—No me jodas —jadeó al tiempo que levantaba el aparato en busca de señal—. Esto tiene que ser una maldita broma. ¿Sin cobertura?

Le gustaba su culo, decidió mirando ese atractivo trasero mientras estaba de espaldas a él. A su segundo cerebro le daba igual la edad que tuviese la muchacha, su polla estaba firme y feliz ante todo el despliegue de posibilidades que ya bailaban en su mente.

—Sin cobertura —rezongó—. No puedo creerlo.

Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó su propio teléfono, comprobó la cobertura y sonrió antes de marcar un número ya existente en su libreta de direcciones.

—Griffin, soy Noah Avery —dijo tan pronto contestaron—. ¿Crees que podías pasar a recoger una camioneta? Sí, a juzgar por su estado no tiene arreglo. Sí... a dos kilómetros de la finca La Magnolia. Eso es. Gracias.

Colgó y la miró. Su expresión vacilaba entre el asombro y la irritación y parecía dispuesta a decirle unas cuantas cosas.

—Ya he avisado a la grúa —le informó—. Tardará como entre una hora u hora y media, todo depende de cuando salga del taller. ¿Estás muy lejos de tu destino?

Se llevó las manos a las caderas y lo fulminó con la mirada.

—Tío, acabas de disponer de mi coche como si yo no estuviese aquí —lo acusó—, ¿quién te crees que...?

Enarcó una ceja ante su explosiva respuesta.

—¿Preferirías caminar veinte kilómetros hasta el pueblo más cercano? —indicó la carretera con el pulgar en dirección contraria a la que iba—. Si es

así, puedo llamar de nuevo y decirle que no venga.

No pudo evitar relamerse interiormente ante la fogosidad con lo que lo enfrentaba, echaba chispas por los ojos y su lenguaje corporal hablaba de una profunda irritación. Tenía rasgos hispanos aunque no detectaba acento español en su voz. No pudo evitar preguntarse si esgrimiría esa apasionada vena también en la cama.

—Preferiría que subieses a tu coche y te largases —respondió con visible irritación, lo miró de reojo y alzó la barbilla con menos seguridad de la que parecía tener—. Esperaré a la grúa, gracias.

Le dio la espalda y continuó mascullando, pero no se le escapó la manera con la que miraba disimuladamente hacia atrás como si esperase que la atacase o algo.

—Griffin tardará en llegar —insistió suavizando su tono de voz—. Estás empapada, ¿no prefieres esperar en un sitio más seco?

Esos intensos ojos verdes volaron de nuevo en su dirección.

—No me interesa nada que venga de ti salvo tu espontánea desaparición. Sonrió, no pudo evitarlo. Esa gatita prefería atacar antes de ser atacada.

—Vaya, eres un verdadero rayito de sol, ¿eh?

Sí, joven y belicosa. Una combinación que ya había probado y que había traído consigo toda clase de problemas.

«Demasiado joven, Noah, no cometes otra vez el mismo error».

Su ex lo había sido. Una niña caprichosa y egoísta. No. Ese tipo de mujeres dejó de atraerle después de lo de Emily, las prefería maduras, experimentadas y sobre todo, dispuestas a hacer cualquier cosa... legal... en la cama.

—¿Qué edad tienes, muñequita?

Ella lo miró de arriba abajo y enarcó una ceja.

—Apostaría que mi edad es muy superior a tu edad mental —le soltó—,

la cual debe ser el equivalente a la de un niño de cinco años.

Directo en el blanco, pensó visiblemente divertido. Intentó no reírse y señaló el coche.

—No es un buen sitio para quedarse tirada —comentó mirando a su alrededor—, y por tu acento está claro que no eres de aquí. Espero no estuvieses pensando quedarte en Winnfield porque lo has dejado unos veinte kilómetros atrás.

—No estoy interesada en Winnfield y sé dónde lo dejé, gracias —le soltó alzando la barbilla con gesto orgulloso—. Además, mis asuntos no son de tu incumbencia.

—No te diriges a Winnfield, tienes una camioneta que es un milagro que haya aguantado hasta ahora y estás varada en medio del *bayou* de Luisiana —chasqueó la lengua tras la enumeración—. No, desde luego que tus asuntos no son de mi incumbencia, pero creo que esa poco usada característica llamada civismo, me patearía el culo si te dejase aquí tirada. Así que, ¿a dónde vas?

Puso los ojos en blanco.

—Tengo asuntos que atender en la hacienda La Magnolia.

Y eso era sin duda lo último que esperaba escuchar de sus labios. La miró de nuevo de arriba abajo y la estudió detenidamente. No. No tenía el perfil que requerían los invitados a la Magnolia, le faltaba clase y caché, lo de la edad podía ser algo subjetivo. Mientras fuese mayor de edad...

—¿A la Magnolia?

—Como ya dije, mis asuntos no son de tu incumbencia.

Sonrió de medio lado, no podía evitarlo, a pesar de su arisco carácter y del hecho de que no le gustaba ni un pelo su presencia, sus maneras le resultaban graciosas como ella interesante.

—Se requiere invitación para entrar en la hacienda —le informó esperando ver su reacción, averiguar si mentía o era tan solo una excusa para

deshacerse de él.

Estaba nerviosa, intentaba no mirarle a los ojos y buscaba en todo momento el mantener una distancia prudencial, con todo no se amilanaba en sus respuestas.

—Lo sé —respondió sin vacilación, miró el reloj e hizo una mueca—. Maldición...

Empezaba a sentir verdadera curiosidad por esa muñequita.

—Quizá deba advertirte que el dueño de la hacienda no lleva demasiado bien los retrasos —le dijo y vio como abría los ojos a pesar de intentar disimular su obvia incomodidad—. A Sheridan no le gusta que lo hagan esperar.

El nombre fue como una campana en la mente femenina, podía verlo en el reconocimiento en sus ojos y el sutil cambio en su respiración.

—Así que tus asuntos son con Sheridan, por lo que veo —murmuró para sí, preguntándose cómo alguien como esta gatita podría llamar la atención de su anfitrión—. Interesante.

Y mucho. Ella distaba mucho de ser el tipo de mujer que prefería su amigo, por no mencionar el pequeño detalle de que la gran perra se había presentado también en la casa.

—¿Qué te trae hasta la Magnolia? —Su interés subió de rango—. No hay muchos negocios que puedan incluir a una cosita como tú en este territorio.

Notó inmediatamente como se replegaba visiblemente incómoda con su abierto escrutinio.

—De nuevo, no es asunto suyo.

Entrecerró los ojos y avanzó muy lentamente hacia ella, leyendo su lenguaje corporal, el cambio en su respiración y la forma en que se dilataban sus pupilas.

—Ah, princesa, pero lo es —aseguró apoyándose en el coche,

encerrándola entre la puerta abierta y su cuerpo—, después de todo acabo de salvarte de terminar aquí abandonada y sin cobertura para llamar a una grúa.

Su respuesta no se hizo esperar, su cuerpo acusó una rápida tensión, el miedo atravesó sus ojos a la velocidad de la luz pero se obligó a hacerlo a un lado y mantenerse firme. Su respiración volvió más pesada y pareció tener momentos de dificultad para conseguir oxígeno.

—Como intentes alguna cosa, tendrán que recogerte con una cucharilla.

Ladeó la cabeza estudiándola, entonces sonrió y levantó la mano con lentitud solo para ver cómo se apartaba inmediatamente de su contacto; un gesto que había visto anteriormente en alguna de sus pacientes.

—Tranquila, muñequita, yo soy de los buenos.

Dio un paso atrás y le devolvió el espacio permitiéndole recuperar su ventaja.

—De hecho, me dirigía hacia la Magnolia —le dijo dejándola libre—. Puedo acercarte si quieres.

La respuesta emergió sofocada pero contundente de sus labios.

—Prefiero ir andando.

Enarcó una ceja y se echó a reír.

—Bueno, no te detendré —le aseguró divertido—. Pero tendrás que caminar un buen trecho. Desde aquí son unos dos kilómetros y medio. A un kilómetro más o menos encontrarás el desvío a mano derecha, luego es seguir todo recto.

Su rostro era un poema, pero sabía que no conseguiría nada insistiendo, la pequeña gatita sería incluso capaz de huir con tal de librarse de su presencia, lo que acarrearía un daño mucho mayor.

*«Y ella no es de tu incumbencia. Ya le has llamado a una grúa, si es inteligente, la esperará y Griffin la llevará al pueblo».*

—¿Seguro que no quieres que te acerque?

Dio un par de pasos atrás y volvió a su coche consciente de que la espinosa gatita le sacaría los ojos si se acercaba a ella de nuevo.

—Segurísimo —siseó sin quitarle la mirada de encima, siguiéndole en todo momento para ver desde dónde se aproximaría la próxima vez.

Se encogió de hombros y subió al coche.

—Métete en el coche y espera a que llegue la grúa —le sugirió—. Si tienes suerte, no tardará mucho.

Puso en marcha el motor, echó un último vistazo por el espejo retrovisor y continuó su viaje. No se sentía bien dejándola allí sola, pero como muy bien había apuntado, ella no era asunto suyo.

## CAPÍTULO 2

Diana no podía creer todo lo que le estaba pasando. Se había quedado tirada, un completo y sexy desconocido le llamó a la grúa y luego la dejó allí, en medio de ningún lado. Aunque, ¿no era eso precisamente lo que le había pedido?

Resopló, la maldita grúa había tardado casi dos horas en llegar y, en su frenética y obtusa necesidad de independencia, le había entregado las llaves, su número de teléfono y optó por caminar hasta su destino.

El mecánico se había mostrado poco entusiasta ante la salvación de la camioneta. Tras confirmar con él la localización de la hacienda y que las señas coincidían con las que le había dado ese tal Noah Avery, optó por caminar los dos kilómetros y medio más agotadores de toda su vida; pero por fin estaba allí.

«*Tengo que salir a caminar más a menudo*». Pensó mientras contemplaba el enorme edificio blanquecino con tejado anaranjado que se encontraba al final del camino de arena que bordeaba la explanada del aparcamiento. La construcción era típica de las plantaciones sureñas y aparentemente estaba muy bien conservada. Acunada entre árboles y recortados arbustos, casi podía imaginarse a los antiguos hacendados paseando por el hall o sentados en una de las tres sillas que había bajo uno de los ventanales.

Los vehículos aparcados sugerían visitas o alguna clase de reunión, pues dudaba que todos fueran del posible personal de la casa, además, la mayoría de ellos era de alta gama. Se detuvo en seco y frunció el ceño al reconocer entre ellos el coche del hombre que la asistió en la carretera.

—No me jodas —masculló e hizo una mueca al ver cómo estaba su pelo y su aspecto en general—. ¡Jesús! Ni que hubiese atravesado una jodida yincana.

Se le había secado la ropa mientras caminaba pero no podía evitar notar la tirantez y dureza que ahora poseía la tela. Intentó arreglarse un poco en enmarañado pelo corto con las manos e hizo una mueca cuando escuchó como rechinaban las zapatillas deportivas llenas de agua.

—Es imposible —aceptó con un suspiro—. Sencillamente hay cosas que no se pueden mejorar.

Dejó atrás su reflejo y apuró el paso mientras hurgaba en el bolso para comprobar que los documentos que traía consigo seguían intactos y libres de humedad. Era lo único que le faltaba, que se hubiesen mojado.

Un par de columnas flanqueaban el umbral del breve camino de piedra que llevaba directamente a la escalinata de la casa. A medida que avanzaba pudo notar la magnificencia de la misma, así como ese aire antiguo que hacía que esperase ver a Escarlata O'Hara saliendo por la puerta en cualquier momento.

—De acuerdo —murmuró para sí al llegar al breve tramo de escaleras—. Preguntas por el señor Sheridan, le expones el caso, cierras el trato y te largas —hizo una nueva mueca ante el obvio fallo en su plan—. Pero antes de largarte dile que te deje llamar un taxi.

Soltó un resoplido y subió las escaleras hasta la puerta principal, dónde se encontró con una placa, encima de un moderno telefonillo que contrastaba con la arquitectura general, con el nombre «La Magnolia».

—Por si todavía te quedase alguna duda, Di —se dijo a sí misma.

Agudizó el oído al escuchar lo que sin duda era música procedente del otro lado, un poco más de observación por su parte la hizo ver que la puerta estaba entreabierta. Miró el reloj e hizo una mueca; llegaba tarde, tres horas tarde, de hecho.

—¿Hola? —alzó la voz al tiempo que empujaba brevemente la puerta. La pequeña entrada estaba vacía a excepción de una moderna lámpara en el techo y un par de muebles de época decorando el recibidor.

Frunció el ceño, retrocedió y apretó el botón del telefonillo. No sabía si había funcionado o no porque todo lo que escuchaba era música. Insistió una vez más y al ver qué pasaba el tiempo y no obtenía respuesta, se decidió a entrar.

—¿Hola? ¿Señor Sheridan? —llamó, atravesando el breve recibidor para encontrarse en una zona más amplia y ricamente decorada sin perder el encanto propio de la casa, pero alternando al mismo tiempo elegancia, modernidad y comodidad—. ¿Hola? Estoy buscando al señor Sheridan, tengo una cita de...

No había terminado la frase cuando vio un peludo gato naranja pasar corriendo a toda velocidad seguido de una mujer casi en pelotas. El casi era un eufemismo, pensó con visible ironía, pues la chica no llevaba más que un pedazo de tela semitransparente, atado a la cintura con un cordel y de cuya parte superior se había escapado un desnudo seno. Dudaba incluso que llevase ropa interior a juzgar por las nalgas desnudas que asomaban bajo la minúscula prenda.

—¿Qué coño...?

No tuvo tiempo de recuperarse de la impresión cuando vio pasar a continuación a un *Adonis* vestido de gladiador corriendo tras ella y digamos que su espada... no la llevaba precisamente en la mano. Lo siguió con una

atónita mirada y se mordió el labio ante la visión del perfecto y desnudo culo masculino que se contraría a cada paso hasta desaparecer a través del umbral de una puerta a su derecha.

—Pero qué...

Las palabras sencillamente no le salían, escena que acaba de presenciar era tan ridícula que no podía ni procesarla. Se lamió los labios, sacudió la cabeza y giró sobre sus encharcadas zapatillas.

—Yo me largo de aquí.

Un grupo de voces y risas procedentes de la entrada principal la detuvo en seco.

—No veo la hora de disfrutar de una copa de ese buen vino que tiene Sheridan en las bodegas.

—Vino, uvas, una buena bacanal...

¿Bacanal? Se lamió los labios y empezó a retroceder a medida que el jolgorio se hacía más evidente, apenas tuvo tiempo de vislumbrar algunos pies calzados con sandalias romanas y los dobladillos de las túnicas cuando giró una vez más sobre sus pies y se escabulló en la misma dirección que había desaparecido la pareja con el gato.

—Madre del amor hermoso, ¿en qué me he ido a meter? —gimió dejando atrás la inesperada llegada y adentrándose en un lugar que desconocía sin haber sido realmente invitada.

Sheridan iba a descuartizar a la zorra allí mismo, pensó Noah calibrando la situación. Su amigo y anfitrión mantenía un tranquilizador brazo alrededor de la cintura de la dulce y demasiado tierna mujer con la que había estado disfrutando de un interesante intercambio oral mientras dedicaba una pétrea mirada a la gran zorra de la región. La escena era seguida por algunos

de los socios del estricto club y sus acompañantes o invitados. Si bien no estaban todos los que componía aquella inusual sociedad, si había suficientes como para que dicha afrenta no pasase sin más.

—Estoy esperando, duquesa —le dijo con voz tranquila. Nada presagiaba en su tono el profundo cabreo que tenía encima.

*Duquesa.* Había escuchado ese apodo otras veces de sus labios en referencia a la zorra, uno que a menudo era pronunciado con irritación, ironía y una gran carga de sarcasmo.

—La pequeña Missy está esperando una disculpa por tu obvia falta de modales.

La mujer levantó esa terca barbilla y lo miró mientras le dedicaba una sonrisa maliciosa. Era una perra con todas las letras, hermosa, con una figura envidiable y más veneno que una serpiente coral.

—Debería disculparse ella por su obvia torpeza —reclamó mirándose la transparente tela que, ahora mojada, transparentaba la piel dejando a la vista sus oscurecidos pezones—. Has derramado vino sobre mi túnica favorita. ¿Tienes idea qué clase de tela es esta? Se ha estropeado, no tiene arreglo, tendré que tirarla.

Y dicho eso se desvistió ofreciendo un numerito de striptease digno de una profesional. Se quedó con un diminuto tanga, liguero a juego y unas medias de rejilla que en cualquier otra mujer las habría encontrado muy sexy, la parte superior destacaba más que esconder gracias al largo collar que le rodeaba el cuello y caía después entre los turgentes y siliconados pechos desnudos.

Nadie pestañeó, nadie dijo una sola palabra, solo la muñequita que su amigo mantenía bajo su brazo temblaba como una hoja pegada a su costado. Notando su nerviosismo, la besó en la cabeza, le dedicó unos mimos y señaló a uno de los presentes, quién no tardó en atender a la invitación.

—Ve con él, Missy —la instó a ello—. Simon se hará cargo de ti. Y te

ruego disculpes los malos modales de la *perra* de la casa. Obviamente, falló su adiestramiento.

El doble sentido que imprimió a su frase hizo que la aludida se pusiese roja como la grana.

—¿Cómo te atrev...?

—¡Silencio! —bramó cortando su réplica de golpe—. Señores, le ruego me permitan unos momentos a solas con la duquesa. Y por favor, disfruten de la fiesta.

Nadie esperó una segunda invitación a abandonar la pequeña sala, Simon envolvió a la mujer, le habló con dulzura y la sacó del pequeño salón. Él, por su parte, buscó la mirada de Sheridan, pero su atención estaba ahora puesta al otro lado de la habitación, contemplando con cierta curiosidad lo que se encontraba a sus espaldas.

—Parece que alguien no entendió que la fiesta iba de romanos y no de pordioseros.

—Y lo dice la que va de puta.

Reconoció la voz enseguida, se giró y la contempló entre sorprendido y divertido por su obvio recelo e incomodidad. La belicosa muñequita que había encontrado en la carretera estaba ahora allí.

—Te has tomado tu tiempo en llegar, princesa.

La atención del anfitrión recayó ahora sobre él.

—¿Es tu invitada, Noah?

Negó con la cabeza.

—En realidad no —aceptó. Ni siquiera sabía porque estaba allí, se había negado a decírselo—. La muñequita alegó tener una cita contigo... asuntos que se negó a comunicarme.

Aquello lo hizo enarcar una ceja, estaba claro que su amigo no tenía la menor idea de lo que se trataba. Eso los dejaba a ambos con una mujer que o

bien era una mentirosa o se había equivocado de Sheridan.

—Creía que no te gustaban tan jóvenes, querido —ronroneó la perra.

La mirada acerada del anfitrión se clavó en ella y esta retrocedió.

—Vete —la echó—. Estaré contigo en unos minutos en el salón azul. Tenemos mucho de lo que hablar.

La vio estremecerse, pero no le pasó por alto el brillo que apareció en sus ojos ni la obvia excitación que marcaba sus pezones. Le dedicó una burlona reverencia y se giró hacia la recién llegada, quién parecía bastante incómoda ante tanta desnudez.

—Aprovecha la ocasión, querida, no todas las noches una puede permitirse estar bajo el poder y la influencia de los dos mayores sementales de la Magnolia.

—¡Fuera!

El que Sheridan alzase la voz solo podía deberse a que había sobrepasado su límite de paciencia con la perra. La puerta se cerró tras ella y ambos hombres mantuvieron la mirada sobre la recién llegada.

—Bueno, y entonces, ¿quién eres tú, pequeña? —preguntó su amigo con gesto interesado—. ¿Y cuál es el motivo de... la supuesta reunión que has concertado conmigo?

Noah la vio tragar, su mirada sorprendida y azorada, pero no dudó mano en echar mano al bolso y sacar unos papeles que tendió con mano firme.

—Soy Diana Álvarez, vengo en lugar de Sophie —le informó con firmeza y rapidez—. Al parecer podría estar interesado en un Coupe Chevrolet del treinta y ocho que mi amiga publicitó en la red.

Si bien el asunto no lo cogió por sorpresa, si lo hizo el hecho de que la muchacha fuese la vendedora. Sheridan le había hablado del asunto puesto que el interesado en el coche era él; era coleccionista de vehículos antiguos.

Al parecer, el hombre también cayó en esa misma sorpresa, ya que la

miró y luego echó un vistazo al reloj.

—Por supuesto —aceptó al reconocer el motivo de su presencia—. Pero la cita estaba puesta para las tres. Llega un poquito tarde, ¿no le parece? Y, ¿cómo es que está usted aquí y no la encantadora Sophie? Fue con ella con quién traté cada uno de los términos.

Se estaba burlando de ella, sonrió para sus adentros.

—Vengo conduciendo desde Oklahoma, se me ha estropeado la camioneta a un par de kilómetros de aquí...

—Siniestro total —añadió él mirando a su compañero—. No tiene arreglo.

—... y he tenido que hacer los últimos dos kilómetros y medio a pie —concluyó fulminándole con la mirada.

Enarcó una ceja ante su acusadora mirada.

—Me ofrecí a traerte, ¿recuerdas?

Su amigo lo miró y enarcó una ceja con abierta curiosidad ante aquel inesperado intercambio. Sabía que ella no era el tipo de mujer en el que invertiría sus esfuerzos y, a decir verdad, ni siquiera él mismo sabía por qué le resultaba interesante.

—Siento que mi petición por tratar en persona el tema del coche le haya ocasionado tantas molestias, señorita Álvarez —contestó con educación—. Y le agradezco que se haya tomado la molestia de...

—¿Sigue interesado en adquirir el Chevrolet?

Había esperanza, casi desesperación en su voz. Se encontró con su mirada de refilón y esa cínica sonrisa que ponía tan a menudo.

—Podría ser... persuadido de ello... ya que te has tomado la molestia de venir hasta aquí.

Una inesperada punzada en el estómago lo sorprendió tanto como la territorialidad que sintió al momento. No le gustaba la forma en la que la

miraba Sheridan.

La vio señalar la puerta por la que había salido la perra.

—El coche no vale tanto como para eso —le soltó sin más—. Y usted tampoco.

La sonora carcajada que siguió al desaire femenino atrajo también una sonrisa a sus labios. Bueno, la gatita sabía defenderse sola.

—De acuerdo, Diana —la tuteó y le señaló la puerta por la que había entrado—. Hablemos de negocios, pues.

Entonces se giró hacia él y lo miró con palpable ironía.

—Empiezo a encontrar realmente ventajoso el tener que hacer negocios por ti —aseguró risueño.

Se limitó a sostenerle la mirada. Nunca habían peleado abiertamente por la atención de una mujer. Sí, habían jugado a ver quién se la quedaba primero, pero en ningún momento había sentido tantas ganas de pegarle un puñetazo a Gabriel D. Sheridan como ahora. Se obligó a pensar con la cabeza y no con la polla, al menos durante un segundo. Entonces la miró y sonrió de medio lado.

—Cuando termines con... tus negocios —dijo de manera despreocupada—. Envíamela. Me ocuparé de que vuelva a casa sana y salva.

## CAPÍTULO 3

Diana apretó los dientes. Esos dos estaban disputándose la abiertamente como si fuese un trofeo, pero aquello no era lo peor, lo peor de todo era que no tenía idea de con quién estaba a punto de hacer negocios.

El señor Sheridan había resultado ser todo lo contrario a lo que se había imaginado. Entre los treinta y cinco y cuarenta, era un hombre atractivo y extremadamente sensual, se movía como un felino y poseía un tono tan profundo que hacía que le temblase todo. Pero él no era el problema, lo era ese tal Noah. El verlo de nuevo la dejó sin respiración. No solo estaba allí, sino que seguía comiéndose la con la mirada.

Le acompañó a través de la enorme y elegante casa rogando por no encontrarse otra vez con aquellas muestras de nudismo, no pensaba hablar de ello, preguntar o siquiera dedicarle un solo pensamiento.

—Así que, ¿ya conocías a Noah?

Las palabras la sobresaltaron y se detuvo en seco.

—Tranquila, gatita, aquí no comemos a nadie que no quiera ser comido —aseguró con paciencia—. ¿Incómoda?

*No mientras sigas vestido*, pensó con ironía.

—Mi coche se estropeó, el señor Avery se detuvo a ayudar y llamó a la grúa —explicó rápidamente—. Me quedé sin cobertura, de otro modo, le habría avisado.

—Sí, la mala señal del *bayou* —aceptó con un breve asentimiento—. Y has venido conduciendo desde Oklahoma para venderme el coche, tienes que estar realmente desesperada por sacártelo de encima.

Sintió como se le encendían las mejillas pero luchó para mantener el mismo tono de voz.

—Nos urge venderlo, sí.

La miró, esos ojos parecían sondearla.

—He visto las fotos, no está en muy buen estado.

—Pero conserva todas las partes originales, incluso el motor —se apresuró en añadir y, para demostrárselo, sacó el fajo de papeles y se lo tendió, así como un pendrive—. He sacado fotos y un video para que pueda verlo detalladamente.

Se apoyó en la mesa, cerca de ella y cogió el pen mientras dejaba vagar la mirada sobre su cuerpo calentándola y poniéndola nerviosa; todo a un tiempo.

—Veo que te pilló además la tormenta.

Sacudió la mano.

—No ha sido nada.

—Entonces, ¿tú eres la que sabe de coches o de cerrar tratos?

Se lamió los labios y lo miró directamente a los ojos. Había detectado la ironía en su voz, típico de los hombres.

—Más que Sophie.

El recordatorio de que era ella y no la adolescente con la que estaba hablando lo hizo sonreír. Se inclinó sobre ella y le cogió la barbilla.

—Te contaré un secreto —le dijo—. En realidad esperaba que mi petición disuadiese a esa jovencita de hacer el viaje. No tengo tiempo que perder en conversaciones con quinceañeras insulsas. Pero, reconoceré así mismo que el cambio es más que bienvenido.

Bajó la boca sobre sus labios y antes de que supiese que tenía en mente, se encontró con su lengua penetrándola y arrebatándole la cordura en un duro y sexual beso.

—Deliciosa —murmuró separándose y mirándola a los ojos—. Pero no es suficiente como para concederte el importe que pides por el coche. Su verdadero valor, por lo que he visto hasta ahora, no supera los cinco mil ni de broma. Y eso siendo generoso.

Se lamió los labios y retrocedió un paso, buscando de nuevo su espacio.

—Sabe tan bien como yo que el valor de mercado, una vez restaurado, podría dejarle un margen de beneficio mucho más alto.

Enarcó una ceja ante su respuesta y curvó los labios.

—La palabra clave aquí es “restaurado”.

Entrecerró los ojos y lo miró.

—7.500\$ —declaró sin más—. En efectivo o en cheque de cobro inmediato.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Eso son dos mil quinientos dólares más de lo que ofrecí, querida —sonrió divertido.

—Considere los dos mil quinientos como una compensación por hacerme venir hasta aquí —contestó intentando mantener una postura firme y profesional, tal y como había visto hacer a Josey cuando tenía que enfrentarse a alguien—. Puede venir usted mismo a ver el coche mañana si no confía en mi palabra, las fotos o las imágenes del vídeo y entregarme entonces el cheque.

Sonrió de medio lado.

—Una opción interesante y que suena a venganza por haberte hecho venir hasta aquí —le acarició de nuevo los labios y le sostuvo la mirada—. La tendré en cuenta, pero con una condición.

Aquello la sorprendió.

—Si piensa que...

La silenció con un dedo sobre sus labios.

—Te quedarás a pasar la noche —le dijo sin dejar de mirarla—. No me perdonaría que quedases de nuevo tirada en la carretera a estas horas o algo peor. Mañana dispondré de todo para que puedas volver a casa y alguien de mi entera confianza compruebe el estado del coche. Si considero que vale el precio que pides, te extenderé un cheque.

Dio un par de pasos atrás, devolviéndole su espacio personal e indicó la puerta con un gesto de la mano.

—Me encantaría ser yo mismo el que te enseñase la casa, pero tengo un asunto pendiente que no puedo dilatar por más tiempo —declaró—. Por supuesto, estás invitada a unirme a la fiesta. Pero si lo que deseas es asearte, encontrarás una habitación disponible en el primer piso. Según sales a la derecha, sigue el pasillo hasta el final y sube las escaleras. La habitación de invitados que está... disponible para tí, se encuentra al final de ese nuevo corredor, última puerta a la derecha. Cierra con llave... a menos que desees compañía.

Con un gesto de cabeza, se despidió deteniéndose una última vez bajo el umbral.

—Bienvenida a la Magnolia, Diana, te deseo una estancia placentera.

## CAPÍTULO 4

—Tienes que relajarte, has estado a punto de saltarle a Sheridan a la yugular tan solo por mirar a la muñequita —comentó Simon caminando a su lado—, y ella no me parece la clase de mujer que desee ser utilizada como premio en una contienda de esa clase.

El policía se había dejado caer esa noche por la mansión para no tener que pensar seguramente en alguna de sus últimas misiones; era una mierda tener el trabajo del hombre, una auténtica mierda.

—No tengo intención de disputármela con nadie —aseguró con un ligero encogimiento de hombros al tiempo que empujaba la puerta principal. Necesitaba un poco de aire. Ya había decidido que la quería para él y era algo que su anfitrión sabía, a juzgar por la manera en la que prácticamente se la quitó de las manos—. Además, la duquesa se ha ganado un castigo por interrumpir al señor en uno de sus juegos. La perra no terminará la noche tan sonriente como la comenzó. Después de lo que hizo, la hará pagar por todas y cada una de sus palabras. Esa pequeña gatita dice que no hizo absolutamente nada, que fue la perra quién tropezó con ella y se puso echa una fiera...

Se quedó a media frase al ver a la pequeña cosita que permanecía de pie al otro lado de la puerta con el dedo cerca del telefonillo. No pudo evitar que su curiosidad despertase ante la inesperada presencia de una hembra que no había visto con anterioridad por allí. Su aspecto pulcro a la par que sexy le resultó curioso, así como el que llevase unas desnudas sandalias que dejaban los desnudos dedos de uñas pintadas a la vista. Frunció el ceño y ascendió por

su cuerpo hasta encontrarse con unos sorprendidos ojos.

—¿Y tú de dónde has salido, princesa?

La vio lamerse los labios y como deslizaba esa curiosa mirada marrón sobre él y Simon. Enarcó una ceja, cosa que hizo que levantase la cabeza y adoptase una postura demasiado fría para su gusto.

Entonces, antes de que pudiese abrir la boca y formular otra pregunta, la vio sacando un trozo de papel de la carpeta que llevaba entre las manos.

—No me jodas —se rio Simon mirando el pedazo de papel que ella sostenía—. ¿No es un poquito tarde para ir por ahí repartiendo panfletos sobre Jesús y esas cosas?

No pudo evitar enarcar una ceja y sonreír de medio lado ante la presunta suposición de su compañero.

—Princesa, pierdes tu tiempo —comentó bajando el tono de voz, convirtiéndolo en algo confidencial—. Ahí dentro nadie quiere la salvación.

A juzgar por la perplejidad y su pronta respuesta, se habían apresurado en sacar conclusiones.

—¿Tengo acaso el aspecto de alguien que reparte panfletos de la Iglesia?

La gatita sonaba ofendida pensó mientras echaba un vistazo a Simon, quién posó el brazo sobre su hombro y la repasó con la mirada.

—Quién puede saber qué clase de trucos utilizan ahora para captar adeptos —comentó jocosamente y le miró—, ¿no te parece, Noah?

Sacudió la cabeza y devolvió su atención a la mujer.

—Si no eres una de esas testigos de vete tú a saber qué, ¿quién eres?

Sacudió el papel y se lo tendió.

—Alguien que lleva demasiadas horas en la carretera intentando dar con una jodida dirección —declaró con genuino fastidio—. Necesito llegar a Winnfield o tan cerca como alguien pueda indicarme de este lugar.

—En esta zona no hay más que carretera y extensiones boscosas — comentó su amigo inclinándose para ver lo que estaba escrito en el papel—. El pueblo que busca es el más cercano y lo ha dejado atrás hará unos veintidós kilómetros.

La incredulidad se dibujó en su cara mientras dejaba escapar un pequeño jadeo.

—¿Lo he dejado atrás? —repitió—. ¿Es que no existen los jodidos indicadores en esta zona?

Miró de nuevo el papel y frunció el ceño. Las señas que figuraban en él no eran algo que se diese así como así, Sheridan tenía una política muy estricta al respecto, una que servía para preservar a los integrantes de esa pequeña y privada sociedad a la que pertenecían. Levantó la mirada y se encontró una vez con sus ojos, necesitaba respuestas.

—¿Cómo has obtenido esta dirección? ¿Estás segura que es la que estás buscando?

Su respuesta fue demasiado brusca y escueta.

—Concerté una cita con el dueño a las cinco, pero obviamente he llegado algo tarde.

¿Una cita? ¿En la Magnolia? Aquello no tenía sentido.

—Parece que hoy es el día de las citas inesperadas —rumió para sí y echó un vistazo al reloj—. Lo de algo tarde, es ser demasiado generoso.

—Se suponía que tenía que encontrarme con el señor G.D. Sheridan para tratar... asuntos de negocios —continuó con firmeza—. Su asistente me dio las señas, aunque quizá debió añadir algunas explicaciones.

Aquello lo dejó perplejo. ¿Otra cita más para Sheridan? ¿Quién era esta mujer y cómo sabía el nombre completo de su anfitrión? Los invitados a la Magnolia solo lo conocían como Sheridan o Sher, solo los miembros de la sociedad conocían su identidad, como él conocía la de ellos. Era un pacto

cerrado, en la mansión, no eran más que un nombre, a veces ni eso.

—¿G.D. Sheridan? —repitió al tiempo que Simon hacía su propia pregunta.

—¿Su asistente?

Se miraron brevemente. Sheridan no tenía ningún asistente, que supieran.

—¿Y te facilitaron estas señas? —insistió. Necesitaba llegar al fondo de aquello, especialmente habiendo una fiesta en la mansión. No podía hacerla entrar sin más, ni siquiera sabía qué era lo que había venido a buscar o quién era.

—Ahí está toda la información que me dieron al respecto —comentó ella al tiempo que entrecerraba los ojos y los miraba—. A juzgar por su perplejidad, imagino que o conocen al señor Sheridan o tienen idea de dónde puedo encontrarlo.

Le devolvió el papel con las señas y se la indicó con un gesto de la barbilla.

—La dirección que te han dado es correcta y ya estás en ella —la avisó—. Aunque ignoro porqué te enviaron a buscar en el pueblo, cuando está a veintidós kilómetros de aquí.

—¿Cómo?

Señaló la línea que marcaba la dirección al escuchar el sofoco en su voz.

—Esta es la dirección en la que te encuentras ahora mismo, princesa —le confirmó y echó el pulgar por encima del hombro para señalarle la casa—. La Magnolia es la única casa que encontrarás en casi veinte kilómetros a la redonda. Y es una propiedad privada.

Lo miró y luego deslizó los ojos sobre el edificio a sus espaldas con gesto cansado.

—Pero eso no es posible... —negó y volvió a mirar el papel—. Yo...

estaba buscando... err... unas oficinas o algo similar.

—Has dicho que habías concertado una cita —le recordó sus propias palabras—. ¿Con un asistente?

La vio lamerse los labios con gesto nervioso, pero no hubo vacilación en su respuesta.

—Sí, eso supuse —murmuró al tiempo que miraba la carpeta que empezaba a retorcer entre los dedos—. Se supone que el señor Sheridan me recibiría en esta dirección a las cinco de la tarde. No conozco esta parte del país, así que, me he pasado gran parte del día dando vueltas y he terminado aquí. Esperaba poder obtener indicaciones para llegar a mi destino, no que me encontrase con él de bruces.

Frunció el ceño una vez más y se giró hacia Simon encontrándose en el acto con la mirada masculina.

—¿La gran perra? —sugirió su amigo.

—Es posible —aceptó. De aquella mujer empezaba a esperarse cualquier cosa.

—¿Está segura de que es con G.D. Sheridan con quién tiene que hablar? —insistió posando la mirada sobre él.

Ladeó la cabeza y levantó el papel.

—¿Es tan complicado de leer lo que dice el papel?

Sonrió ante su sincera y rotunda respuesta, la mujer era sin duda un tierno bocado de lo más interesante.

—Sheridan está actualmente —buscó la palabra adecuada—, atendiendo una visita inesperada. —La miró una vez más de pies a cabeza y fijó la mirada en sus ojos—. ¿Qué asunto tienes que tratar con él?

—Ninguno de su incumbencia.

Y ahí estaba de nuevo. Alto y claro. La muñequita no se andaba con rodeos.

—Muy bien.

Se llevó la mano al bolsillo interior de la americana y sacó el teléfono. Con suerte Sheridan todavía estaría de humor para cogerlo.

—Está claro que hoy es el día de las reuniones para el señor —murmuró para sí. Marcó y esperó hasta escuchar una brusca respuesta—. Ey, soy yo. Deberías consultar de vez en cuando tu agenda, estoy en la puerta principal con Simon y hay alguien aquí que dice tener una nueva cita contigo.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Qué cita? No he concertado ninguna cita para hoy con nadie —escuchó la respuesta de su anfitrión—. ¿Quién es?

—No tengo la menor idea aunque creo que podría gustarte.

—¿No te ha dado un nombre o algo?

—No.

Lo escuchó resoplar.

—Está claro que hoy es la noche de jodamos al anfitrión —rezongó—. Por cierto, he enviado a la gatita a la que asististe en la carretera a asearse a la primera planta...

Aquello captó su inmediato interés.

—¿Ah, sí?

—La habitación de invitados que conoces a la perfección.

Sonrió para sí.

—La habitación de invitados de la primera planta.

—¿Algún inconveniente?

—No, ninguno en absoluto —aseguró lamiéndose los labios—. De hecho lo encuentro del todo estimulante.

Escuchó de fondo el sonido cantarín e irritante de una voz femenina que conocía bien.

—¿No has pensado en amordazarla?

—Estaba en ello cuando llamaste.

Se rio entre dientes.

—De acuerdo. Pues sigue con ello. Dios no permita que esa perra se libre de la correa —respondió con profunda ironía—. ¿No has pensado en comprarle una nueva caseta con su nombre?

—Dejaré que se la compres tú.

Asintió para sí y miró a la chica que tenía frente a él y que no dejaba de observarle con curiosidad.

—Entonces, ¿dónde quieres que deje a tu invitada?

Lo escuchó resoplar.

—Envíala a la biblioteca con alguien... —rumió—, ahora mismo tengo otras cosas de las que ocuparme.

—La llevaré yo mismo —aceptó—, de ese modo podrás hacerle todas las preguntas que quieras.

La respuesta llegó en la forma de un resoplido antes de que se cortase la comunicación. Devolvió el aparato a su sitio y la miró.

—Sher está ocupado ahora mismo con... asuntos de suma importancia, pero se reunirá contigo en un rato en la biblioteca —la invitó a volver a bajar las escaleras al tiempo que se giraba hacia Simon—. Nos vemos después.

Él asintió y le dedicó un saludo con la cabeza a la chica.

—Disfruta de la noche, gatita.

Ignoró el obvio tono de su amigo y optó por conducir a la inesperada visita a través del camino de arena que rodeaba la casa y conducía a la galería. La llevaría a la biblioteca introduciéndola por la parte de atrás, alejándola así de la zona principal en la que estarían empezando ya a liberarse de todas y cada una de las posibles restricciones.

—Iremos por aquí —le informó—. Entraremos directamente desde la galería.

Durante todo el camino la mujer permaneció en silencio, podía oír su

taconeó así como los breves y silenciosos jadeos de apreciación ante lo que veía mientras la llevaba de una habitación a otra.

La estudió con disimulo después de hacerla entrar en la biblioteca, preguntándose una vez más quién era la arisca gatita y qué asuntos la habrían traído hasta allí. Había algo en ella que resultaba atractivo, lo suficiente para encender su deseo y hacerle fantasear con lo que habría debajo del envoltorio que comprimía el sensual cuerpo.

—Ponte cómoda —la invitó a sentarse en uno de los repujados sillones de cuero—. Sher vendrá tan pronto... como termine con su tarea.

Se lamió los labios y no pudo evitar acercarse a ella y sujetarle la barbilla cuando se giró en su dirección.

—No sé qué te habrá traído hasta aquí, princesa —le acarició el mentón al tiempo que deslizaba el dedo índice hacia sus labios y jugaba entre ellos—, pero sería una verdadera pena que te marchases sin haberte probado primero.

Sustituyó rápidamente el dedo por sus labios y la penetró con la lengua al notarla jadear, su sabor era cálido y dulce, pero no tan apetitoso como el de la hembra que había despertado su interés esa noche. Quizá, en otro momento, no le habría importado lo más mínimo intimar e incluso jugar con esta dulzura, pero ahora, su pensamiento estaba en otro lado de la casa y en otra mujer.

Se apartó de ella y la contempló con masculina complacencia al ver el sonrojo en sus mejillas y sus labios entreabiertos. No dijo una palabra más, dio media vuelta y salió por la puerta principal de la biblioteca dejando a la pequeña gatita sola con sus cavilaciones.

## CAPÍTULO 5

—Estás invitada a unirte a la fiesta —bufó Diana levantando el rostro hacia la alcachofa de ducha—. Sí, claro. Y correr por ahí en pelotas.

Sheridan era un hombre intenso a la par que intimidante, no podía negar que le resultaba atractivo pero había algo demasiado inflexible en sus maneras y demasiado ardiente en su mirada. Era como un lobo de presa, alguien que no estaba dispuesto a hacer concesiones. Se estremeció y dejó que su mente vagase hacia el otro hombre que había conocido esa noche, uno que era un completo capullo pero que la ponía a cien.

Había algo en él que la encendía, su mirada era siempre directa, pura sensualidad y no se molestaba en ocultar lo que sentía en cada momento. No se andaba con sutilezas, era directo y aplastante. Ahogó un gemido al notar como todo su cuerpo respondía ante el solo recuerdo de sus ojos, notó los pechos pesados y su sexo despertó con ese conocido latido que la obligó a apretar los muslos y morderse el labio para no volver a gemir.

¿Cómo era posible que un completo desconocido la pusiese a cien?

Sacudió la cabeza pero fue incapaz de liberarse de su mirada, así que optó por disfrutar de la misma en su mente mientras se aseaba. Un generoso chorro de gel en las manos y empezó a extenderlo por los brazos con gesto perezoso, siguió por sus pechos y prestó la debida atención a sus pezones mientras el agua la acariciaba. La excitaba pensar en él, su beso seguía presente en su lengua y le sorprendió el desear más.

¿Cuándo fue la última vez que se permitió echar un buen polvo por el placer del sexo? Su última relación había sido la que la había llevado a Josey y al Garden Rose, la que la volvió completamente consciente de que la vida podía ofrecerle mucho más de lo que ese imbécil le ofrecía o le impedía

hacer. Por primera vez en muchos años se sintió verdaderamente libre para vivir su vida, para tomar las riendas y decidir por sí misma y era algo a lo que no pensaba volver a renunciar.

—Tenía que haber aceptado la invitación de Sophie —rezongó pensando en la chica y su abierta mentalidad en lo tocante al sexo. La joven mujer era asidua a un club y la había invitado a ir, pero todo ese asunto de las cruces, los látigos, la cera y demás parafernalia, no era algo que la atrajese. Había vivido tanto tiempo bajo las directrices de un hombre, que la sola idea de recibir órdenes sacaba de su interior una explosiva rebeldía.

Sacudió la cabeza y se concentró en su propio placer, dejó que sus dedos ocuparan en su mente los de ese hombre, se permitió fantasear con su presencia, con su boca mordisqueándole el cuello, tocándola tan íntimamente que su sexo pulsó con renovada necesidad.

Noah no pudo evitar disfrutar del inusual e inesperado espectáculo que halló en su propio baño. El cuerpo femenino era perfecto, lleno de curvas, deliciosamente redondeado y lo ponía a mil. El abierto placer que esgrimía alimentaba el suyo de una manera rabiosa e inmediata haciendo que su sexo despertase por completo y se endureciese hasta resultar doloroso.

Se apoyó en el umbral de la puerta y se tomó su tiempo para disfrutar de la erótica imagen. Los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, los labios entreabiertos y el agua cayendo por su cuerpo eran un manjar para sus sentidos.

Sheridan podía ser un poco retorcido cuando estaba de buen humor, había sido perfectamente consciente de su atracción hacia ella y el hombre actuó en consecuencia, poniéndolo celoso al llevársela delante de sus propias narices, solo para recompensarlo al mismo tiempo dejando a aquella tierna

gatita en sus manos o más concretamente, en su habitación.

Aquel era el cuarto en el que solía quedarse cuando asistía a las fiestas de la Magnolia, al igual que los otros socios, poseía una habitación permanente, un lugar en el que poder estar solo o tan acompañado como quisiera.

Recorrió una vez más el cuerpo femenino con la mirada y se lamió los labios, ella era como una fruta prohibida a la que se moría por degustar. No lo pensó más, empezó a remangarse la camisa y entró en el amplio cuarto de baño sin que ella hubiese notado todavía su presencia. Quería ver esa deliciosa y erótica escena más de cerca, quería escuchar sus gemidos sin estar ahogados por el agua.

—Soy una completa idiota —la escuchó mascullar de pronto. Bajó los brazos y se metió de lleno bajo el chorro de la ducha dejando que el agua le empapase la cara.

Su cuerpo seguía excitado, tenía los pezones duros y puntiagudos y podía notar como se estremecía mientras frotaba un muslo contra el otro.

—Yo en cambio opino que eres una cosita de lo más sexy —murmuró atrayendo su atención al momento—, y me encantaría ver como terminas lo que has empezado.

Su reacción fue inmediata, pegó un pequeño gritito y se pegó contra la pared de húmedos azulejos mientras se cubría los pechos y el pubis con las manos.

—¿Qué haces tú aquí? —jadeó—. ¡Fuera! ¡Largo! ¡Sal ahora mismo de esta habitación!

Enarcó una ceja al tiempo que se apoyaba con ambas manos en la mampara de la ducha impidiéndole a ella salir y conteniéndose así mismo de no entrar y terminar lo que esa hembra había comenzado.

—¿Irme de mi propia habitación? —se burló—. Me parece que no.

La respuesta no tardó en hacerla reaccionar.

—¡No es tu habitación! —Se encogió sobre sí misma, como si de aquella manera pudiese huir de su presencia—. ¡Es una jodida habitación de invitados! ¡Y cerré la maldita puerta con llave!

Se llevó la mano al bolsillo y sacó su propio juego.

—¿Una como esta, quizá?

Esos bonitos y rasgados ojos se entrecerraron y pudo ver en ellos la furia superando a la vergüenza y al miedo.

—Voy a gritar.

—Algo que me encantará escuchar —se inclinó hacia delante sin tocarla —, cuando te corras.

Sus mejillas acusaron un rápido rubor, el labio inferior le tembló ligeramente y pudo ver como intentaba mimetizarse con los azulejos de la pared.

—No funcionará, cariño, tu piel es mucho más clara que el tono de la cerámica —se burló señalando la pared con un gesto de la barbilla—. Y mucho más... apetecible.

—O te largas ahora mismo de aquí o echaré la maldita casa abajo a gritos —lo amenazó y parecía realmente dispuesta a ello. Le hubiese preocupado de no ser porque las habitaciones de esa planta tenían unas paredes lo suficiente gruesas como para que no se oyese ni un murmullo si la puerta estaba cerrada.

Se apoyó contra uno de los costados, se cruzó de brazos y la miró sin más.

—Si quieres despellejarte la garganta gritando por nada —sugirió.

Ella parpadeó.

—¿Por nada? ¡Me estás acosando!

Frunció el ceño y chasqueó la lengua.

—Acosar es una palabra un tanto radical —declaró resbalando la mirada sobre su cuerpo—, considéralo más bien un profundo y rotundo interés por mi parte hacia tu... personita.

—Fuera —gruñó indicándole la salida con un gesto de la barbilla. Empezaba a tener ganas de mordisqueársela, además de otras partes de ese bonito y sensual cuerpo.

—¿Y si te digo que me apetece justamente lo contrario? —declaró descruzando los brazos para estirarse hacia el interior y cerrar el grifo sin tocarla todavía—. Porque realmente me apeteces, Diana, mucho.

El rubor volvió a jugar en sus mejillas, pero fue el fugaz brillo que vio pasando por sus ojos lo que lo decidió a seguir empujando. No estaba asustada, tan solo irritada y la idea de tenerle allí parecía no ser tan aborrecible para ella.

—Lárgate ahora mismo de esta habitación —insistió ella—. ¡Fuera!

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza al tiempo que cogía una toalla del colgador de la pared opuesta y la extendía en una muda invitación.

—Ni voy a irme, ni tú deseas realmente que lo haga —declaró con aplastante seguridad. Extendió la toalla y la miró a los ojos—. Ven.

Sacudió la cabeza de inmediato y el previo deseo que vio en sus ojos empezó a empañarse con algo parecido al miedo. Entrecerró los ojos y la estudió, su cuerpo se había tensado y el deseo empezaba a diluirse bajo una rigidez poco natural.

—Diana —pronunció su nombre con suavidad y la vio respingar. ¿Qué demonios?

La observó con atención pero no bajó la toalla, le sostuvo la mirada y notó como tragaba con dificultad, parecía estar sumiéndose en un cenagoso pantano mental.

—Diana, sal de la ducha, por favor —imprimió un tono firme pero

amable y la hizo centrarse en la toalla.

Tal y como esperaba, la mujer dio un respingo y se adelantó casi sin pensar. Estaba temblando como una hoja y su mirada empezaba a vidriarse. No le permitió retroceder o escapar pero actuó con cuidado al rodearla con la toalla y atraerla finalmente contra su pecho.

—¿Qué te han hecho, gatita? —murmuró con suavidad, buscando siempre su mirada para que ella fuese consciente de que era él quien le hablaba y no alguien más—. ¿Quién te ha conducido a tal estado de indefensión y pánico?

La notó temblar, no podía dejar de sacudirse y la apretó todavía más contra él.

—Estás a salvo, Diana —le habló con suavidad pero contundencia—. Lo has dejado atrás, es parte del pasado y este es tu futuro.

La notó estremecerse una vez más, entonces alzó la mirada y había un bonito e irritado puchero en sus labios.

—Hablas como un jodido psicólogo.

Sonrió de medio lado y le apartó el pelo de la cara con movimientos lentos y suaves.

—Culpable.

Los ojos marrones se abrieron de par en par y casi podía ver la acusación danzando en ellos.

—¿Eres psicólogo? —su voz sonaba incrédula—. ¿Tú?

Enarcó una ceja ante su obvia incredulidad.

—¿Mi profesión se ha convertido en un tabú o algo desde que dejé la consulta y no me he enterado? —bromeó, le acarició la nariz y frotó la toalla sobre su cuerpo haciéndola consciente al mismo tiempo de su desnudez y de la seguridad que la envolvía—. Espero que no tengas nada en contra de mi gremio, sería un verdadero escollo para lo que tengo en mente.

Empezó a revolverse diciéndole sin palabras que ya había recuperado el dominio sobre sí misma y la dejó ir. Debía proceder con cuidado si quería conducirla a su propia meta, la única que le iba a permitir alcanzar.

—Me da igual lo que tengas en mente —rumió envolviéndose rápidamente en la toalla para luego retorcer el pelo entre las manos y escurrirlo—. No eres bienvenido.

Sonrió de medio lado y cruzó de nuevo los brazos, una manera de evitar ponerle las manos encima.

—Tú, por el contrario, eres más que bienvenida —aseguró relamiéndose sin pudor—. Lo que, por si no lo has adivinado, es una invitación abierta a quedarte.

Lo fulminó con la mirada, estaba nerviosa y empezaba a encontrarse atrapada. Su respiración se aceleró y empezó a echar fugaces vistazo a su alrededor.

—No tengo por costumbre saltar encima de las mujeres y menos si no me dan permiso para ello —le dijo rompiendo su concentración—. Estás a salvo conmigo, Diana.

Ella lo miró y la ironía era tan palpable que casi sintió la bofetada de sus palabras.

—Nunca estás a salvo cuando se trata de hombres —declaró ella con cinismo.

Y aquel era el meollo principal del problema que aquejaba a la pequeña gatita, pensó. No podía decir con seguridad cuál habría sido su situación, pero estaba claro que tenía que ver con un hombre y que la huella que este había dejado, estaba todavía presente.

Como terapeuta estaba acostumbrado a encontrarse con toda clase de situaciones, si bien se había especializado en la violencia de género, trataba también casos de maltrato infantil y llevaba un programa de asesoramiento

para mujeres maltratadas psicológica y físicamente. Era una lucha sin cuartel, una en la que se veían afectados tanto mujeres como hombres.

Volvió a recorrerla con la mirada, incluso envuelta con tan solo una toalla era una visión realmente deliciosa.

—Está claro que me gustan los problemas, cuanto más rocambolescos, más me gusta meterme en ellos —murmuró más para sí que para ella. Entonces ladeó la cabeza y le indicó la puerta con un gesto de la barbilla—. Acompáñame.

No esperó a ver si lo seguía, no la coaccionó, dejó que fuese ella la que decidiese por sí misma. Se quedó en el dormitorio, dejó a un lado la cama y se sentó en uno de los dos sillones que componían el rincón del salón a esperar.

No lo defraudó, cinco minutos después emergió envuelta en su albornoz y con el pelo húmedo pero no chorreante.

—¿Qué demonios quieres? —la pregunta fue directa, quería ser ella la que mantuviese el poder.

Se echó hacia delante y cruzó las manos sobre las rodillas mientras la mirada con fijeza.

—A ti.

La rotundidad y sinceridad en sus palabras la golpearon, pudo verlo en la forma en que tembló y se arrebujo en el enorme albornoz.

—No...

—Y quiero que me vendas el coche a mí.

Aquello la tomó por sorpresa y descompensó cualquier posible respuesta que estuviese preparando.

—¿Cómo?

Permaneció sentado dejando que ella mantuviese la ilusión de que estaba a cargo.

—Estoy dispuesto a darte los 7.500 \$ que pedías inicialmente por él —

continuó sin dejar de mirarla a los ojos—. En un cheque a tu nombre o mediante transferencia a un número de cuenta de tu elección.

La vio fruncir el ceño.

—El señor Sheridan...

Sonrió de medio lado. Una muchachita leal.

—Fui yo quien le pidió a Sher que negociase el precio, princesa —le aseguró—. El vehículo siempre ha sido para mí. Soy coleccionista. Me gusta poder restaurarlos.

La sorpresa la impactó lo suficiente para desestabilizarla, precisamente lo que él quería.

—Te propongo un trato —continuó—. Juega conmigo este fin de semana y el domingo, te haré entrega del cheque o haremos la transferencia con el importe que desees.

La rigidez volvió de nuevo a su cuerpo y sus ojos se oscurecieron.

—Yo no estoy en venta.

Se encogió de hombros, se recostó contra el asiento y cruzó las piernas con gesto despreocupado.

—No te estoy comprando a ti, Diana —le recordó—. Estoy intentando adquirir un coche. A ti te estoy haciendo una invitación que puedes aceptar o rechazar.

—Rechazo tu invitación.

—Todavía no sabes a lo que te estoy invitando, muñequita —se burló.

La vio tragar y cruzar los brazos sobre el pecho.

—No estoy interesada en saberlo.

Sonrió de medio lado y chasqueó la lengua.

—Mentirosa.

Los ojos marrones se entrecerraron sobre él.

—No me interesa.

Ante la irritada respuesta se levantó y caminó hacia ella. Se encargó de mantener las manos en los bolsillos de modo que no lo viese como una abierta amenaza.

—¿En quién pensabas cuando te acariciabas? —la descolocó por completo—. ¿A quién tenías en mente cuando buscabas tu propio placer? Me encantó ver cómo te entregabas al deseo, la sinceridad que recorría tu cuerpo bajo cada estremecimiento, me gustó verte desnuda y excitada... una excitación que todavía no ha desaparecido por completo, ¿no es así?

Dio un paso atrás intentando poner distancia entre ellos, pero esta vez no le permitió escapar.

—Quiero ese deseo para mí, quiero esa excitación para mí, quiero que seas mi compañera de juegos en la Magnolia, Diana —declaró abiertamente—. Quiero follarte, lisa y llanamente. La pregunta es, ¿qué es lo que quieres tú?

La manera en que se arrebolaron sus mejillas, el cambio en su respiración a medida le enumeraba sus intenciones le indicaron que la idea también había pasado en algún momento por su mente. Posó el índice sobre sus labios cuando vio que iba a responder.

—Todavía no —la silenció—. Las puertas del placer se abren a medianoche... tienes hasta entonces para darme tu respuesta.

Quería que tuviese tiempo para pensar, para decidir por sí misma y bañarse al mismo tiempo en sus propios deseos.

—Si quieres vestirte —le señaló el vestidor a sus espaldas—, tienes un armario completo a tu disposición. Escoge lo que quieras. Sheridan tiene la manía de llenarlos con toda clase de cosas que puedan necesitarse en las veladas que organiza en la Magnolia.

Siguió su mirada y se arrebuja incluso más en el albornoz.

—Solo quiero mi ropa —declaró—. La lavaré y...

La frase quedó en el aire cuando escucharon golpes en la puerta principal seguidos de la voz de Simon.

—¿Noah? Si estás ahí dentro, necesito que salgas pero ya.

Frunció el ceño ante el duro tono del policía.

—Estoy aquí —declaró en voz alta al tiempo que se dirigía hacia la puerta y la abría—. ¿Qué ocurre?

—Será mejor que bajes —declaró al tiempo que echaba un fugaz vistazo al interior—. Perra podría haber cometido su última gran perrada.

La preocupación y el tono de advertencia en la voz de su amigo lo disuadieron de poner cualquier posible excusa. Miró hacia el interior y cruzó la mirada con su reluciente acompañante.

—Espero encontrarte en el mismo sitio en el que te he dejado, Diana —le advirtió—. Me debes una respuesta.

No esperó a escuchar respuesta, salió y cerró la puerta tras él para salir en post de Simon.

—¿Qué demonios está pasando?

Simon sacudió la cabeza.

—No te lo vas a creer —aseguró con una mueca—, pero al parecer, hay una nueva señora Sheridan y no es la duquesa.

Si le hubiesen dado con algo en la cabeza no se había quedado tan sorprendido como al recibir esas palabras.

## CAPÍTULO 6

—¡Maldita zorra! ¡Vas a devolverme cada centavo!

Noah escuchó los gritos nada más llegar a la primera planta. Simon lo miró y señaló en dirección a los alaridos.

—Esa no es la voz de la gran perra —comentó Simon, quién trotaba a su lado.

No. No lo era, pensó con abierta sorpresa, ese tono de voz pertenecía a la mujer que había dejado en la biblioteca.

—Creo que es la mujer que vino a ver a Sheridan.

—¿La otra esposa?

Frunció el ceño ante el tono irónico de su amigo, pero no podía decir nada al respecto porque él mismo estaba alucinado con lo que le había contado el policía mientras bajaban.

—No tiene el menor sentido —murmuró al tiempo que sacudía la cabeza.

Nuevos gritos, ¿se estaban peleando las dos mujeres?

—¡No sé de qué está hablando esta loca! —escuchó ahora la voz de la perra—. ¡Gabriel!

Simon lo miró y enarcó una ceja.

—Eso suena a pelea de gatas.

—¿Sigues con la amnesia? —escuchó ahora la voz de la otra mujer. Ambas parecían hacerse más audibles a medida que avanzaban—. Pues deja que te refresque un poco más la memoria, perra... vas a recordar hasta el más mínimo detalle.

—¡Gabriel! ¡Maldito seas! ¡No puedes quedarte de brazos cruzados! —chilló la perra—. ¡Haz algo!

—Será mejor darse prisa —sugirió a su amigo y enfilaron el corredor que llevaba al salón azul.

—Por ahora te vas defendiendo bien, cariño. Sigue así.

La voz de Sheridan fue lo primero que escuchó nada más detenerse en el umbral. Simon frenó a su lado y ambos se quedaron mirando atónitos la escena que se estaba desarrollando en el interior de la habitación. Ambas mujeres parecían estar jugando al gato y al ratón alrededor de la mesa.

—¿Qué demonios...? —masculló en el mismo instante en que veía a Sheridan girarse hacia ellos y notaba el impacto de un cuerpo frenando contra el suyo.

—¿Josey?

El jadeo ahogado y el tono sorprendido en la voz de una acalorada y semidesnuda Diana lo llevaron a girarse lo justo para verla ahora a su lado. La chica se había puesto una de sus camisas, la cual le cubría de manera exigua el trasero y dejaba a la vista las largas y desnudas piernas.

La mujer que había conocido en la entrada principal se detuvo en seco, jadeaba por el esfuerzo pero no pudo evitar abrir los ojos de par en par y fruncir el ceño ante la presencia de la chica pegada a él.

—Diana, ¿qué coño...?

Deslizó la mirada sobre ella, quién parecía haber palidecido ligeramente.

—¿La conoces?

Sus ojos se encontraron durante un breve instante.

—Sí —asintió Diana, librándose del cuerpo de su amigo y entrando en la zona cero—. Josey, ¿qué haces aquí?

La mujer estaba a punto de responder cuando vio a la perra escabullirse directa hacia ellos.

—¡No la dejes escapar! —gritó señalando a la fugitiva—. Esa zorra es la que nos robó el dinero de la hipoteca.

Solo él llegó a escuchar el jadeo de Diana al tenerla todavía cerca. Sus ojos marrones se abrieron con incredulidad.

—¿Cómo? ¿Esta es la puta?

—La misma.

La inesperada sorpresa dio paso a una rápida reacción por parte de la gatita, quién no dudó en adelantar la pierna desnuda y ponerle la zancadilla. Con la velocidad que llevaba le fue imposible frenar y la perra terminó cayendo cuan larga era al suelo.

Si no hubiese más testigos, pensaría que estaba asistiendo a una película o algo. La perra no tardó en encontrarse con la pequeña arpía sobre ella.

—¿Dónde está el dinero del refugio, zorra? ¿Qué has hecho con él?

—Y el mundo es sin duda un lugar muy pequeño —comentó Sheridan, cuya mirada iba de una mujer a la otra—. Deduzco por tan buena compenetración que os conocéis.

Una suposición a la que también había llegado el mismo.

—Y no estáis en muy buenos términos.

—¡Esa zorra nos robó! —clamó Diana dispuesta a darle una patada a la derribada perra.

—Ya está bien de agresiones por ahora —masculló al tiempo que la rodeaba por la cintura y tiraba de ella hacia atrás para apartarla—. ¿Quieres decirme qué demonios está pasando aquí?

—Sí, agradecería una explicación —añadió Sheridan mirando a las dos mujeres—. Y a poder ser, una que tenga sentido.

—Claro, se lo explicaré todo tan pronto firme los jodidos papeles del maldito divorcio, señor Sheridan —replicó Rosey mientras mantenía a la perra contra el suelo—. Y tú... —se inclinó sobre ella—, será mejor que puedas devolver lo que has robado...

—¿Papeles del divorcio? —jadeó Diana todavía entre sus brazos. Su pequeña gatita no dudó en señalar a Sher—. ¿Estás... estás casada con él?

La aludida hizo una mueca.

—Es una larga historia.

—No me jodas, Josey —clamó—. ¿Desde cuándo? ¿Por qué no has dicho nada?

La mujer resopló.

—Porque no sabía que estaba casada —rezongó—. Lo descubrí hace poco más de una semana, ¿vale?

—¿Te has vuelto loca?

—Ojalá, sería mucho más fácil de explicar que el hecho de descubrir que llevo casada con un desconocido durante los últimos cinco años y que esta zorra, no solo nos ha robado el dinero de la hipoteca, sino que además ha estado utilizando mi nombre.

—Señoras...

Ambas se giraron hacia Sheridan, quién dejó su cómodo asiento y caminó hacia sus... ¿esposas?

—¡Sacádmela de encima! —chilló entonces la que él conocía como Joselyn—. ¡Sacádmela de encima! ¡Está loca!

—Cállate la boca, Jo —chasqueó Sheridan—, vas a tener que dar un montón de explicaciones por lo que veo.

—¡No puedes creerla a ella! ¡Es una embaucadora! ¡Miente, Gabriel!

Él alzó la mirada y a juzgar por lo que vio en sus ojos, no era de la misma opinión.

—Si miente o dice la verdad, es algo que averiguaremos muy pronto, ¿no es así, señorita Turney?

La aludida alzó la barbilla.

—Estaré encantada de ponerle en contacto con mi abogado si es lo que requiere que firme esos jodidos papeles ya.

Una petulante sonrisa curvó los labios de su amigo.

—No te preocupes, firmaré esos papeles tan pronto resolvamos este

asunto, pero hasta ese momento —la cogió desde atrás y tiró de ella, separándola de su presa—, será preferible que la sueltes. Ya le has dado una buena paliza. Ahora deja que los adultos nos ocupemos del resto.

La mujer no dudó en revolversse y emprenderla ahora con él. Vaya un carácter.

—Suéltame ahora mismo —siseó fulminándole con la mirada. Entonces volvió a mirar a la perra y pareció recordar contra quién era su principal pelea—. Tú...

No llegó a tocarla, pues fue alzada al vuelo y depositada sobre un duro hombro como si se tratase de un saco de patatas.

—He dicho suficiente, gatita. —Sheridan parecía haber perdido la paciencia, aunque a juzgar por el brillo en sus ojos y la forma en que dejó caer la mano abierta sobre el trasero femenino, lo estaba pasando en grande—. Simon, ¿podrías hacerte cargo de esto? Creo que encontrará realmente fabulosas las instalaciones de la comisaría.

Parpadeó ante la seria petición. ¿Estaba hablando en serio?

—¿Estás seguro? —El aludido intercambió una rápida mirada con él

—¡Suéltame ahora mismo, cabrón! —chilló su reluctante carga pegándole en la espalda.

—¡No digas estupideces! —chilló al mismo tiempo la zorra, quien se había sentado en el suelo y pareció palidecer incluso más después de oír la palabra comisaría—. ¡A ella es a quién tendrías que meter en la cárcel! ¡Ella es la impostora!

No pudo evitar que Diana se le escabuliese de los brazos e hiciese callar a la perra con un sonoro tortazo.

—¡Tú eres la única impostora! —declaró su compañera con firmeza—, y una ladrona. ¡Nos robaste! Tu sitio está entre rejas.

La perra pareció reaccionar pues se lanzó hacia la chica y volvieron a

enzarzarse una vez más en una batalla de tirones de pelos.

—¡Diana! —gritó al mismo Josey, luchando por que la soltasen—. ¡Suéltame, cabrón! ¡Di! ¡Diana!

—Dios mío, esto es de locos —escuchó mascullar al policía un instante antes de que empezase a tirar de la perra mientras él hacía lo propio con la otra chica.

—¿Estás loca? —la sacudió y la obligó a mirarla.

—¡Se lo merecía! ¡Esa hija de puta es la culpable de que esté hoy aquí! ¡Por su culpa me he quedado sin la camioneta!

—¿Cómo? —Ahora fue Josey la que intervino, la sorpresa palpable en su voz—. ¿Qué le ha pasado a tu camioneta? Por dios, dime que no has tenido un accidente.

—Se murió a unos kilómetros de aquí —farfulló, entonces hizo una mueca—. Solo queríamos ayudarte. ¿Recuerdas el trasto del jardín? Pues aquí don Capullo lo quiere, está dispuesto a comprarlo.

—Oh, Diana —musitó con pesar.

—Esa también es mi casa, Josey —murmuró a su vez—. Es la de todas nosotras.

¿Casa? ¿Qué casa? ¿De qué narices estaban hablando esas dos mujeres? ¿Qué motivo las había llevado a recorrer tantos kilómetros para acabar en la Magnolia y qué tenía que ver la perra en todo aquello?

—No entiendo nada —declaró en voz alta.

—Créeme, yo tampoco —aseguró Sheridan y volvió a darle un azote a su carga—, pero será cuestión de tiempo el descubrir exactamente qué está pasando aquí. Hasta entonces, Simon, lo mejor será mantener a esa perra en comisaría. No quiero darle oportunidad alguna de escapar hasta saber quién demonios es y con quién coño he estado casado realmente estos últimos cinco años.

—Estaré encantado de llevarla yo mismo a comisaría, Sher —aseguró el hombre—. Necesitaré que te persones tú y cualquiera que pretenda presentar cargos a primera hora en la comisaría.

—Oh, ¿necesita cargos? —replicó Josey revolviéndose sobre el hombros de su captor—. Yo le daré unos cuantos. Desfalco, robo y usurpación de personalidad.

—Está segura de eso, señorita... —preguntó no muy seguro de lo que estaba sucediendo—, o señora.

—Turney, señorita Joselyn Turney... Sheridan, hasta que este mentecato firme los jodidos papeles.

—Compórtese, señorita —se burló Sher—, o lo único que obtendrá de mí es... esto.

Volvió a azotarla arrancándole una serie de improperios que harían que una puta estuviese orgullosa.

—De acuerdo —murmuró Simon, quién levantó a la fuerza a la perra y la miró con ese gesto duro de policía que enmascaraba una satisfacción personal—. Parece que va a tener muchas cosas que explicar, señora.

—¡Cómo te atreves! ¡Suéltame, suéltame ahora mismo, Simon! —clamó la perra—. ¡No puedes hacerme esto! ¡Gabriel!

Él se limitó a ignorarla.

—Señores, encontrémonos de nuevo mañana en comisaría y esperemos que entonces todos tengamos un cuadro más claro de toda esta locura —concluyó Sheridan al tiempo que daba media vuelta y salía de la sala llevándose a su indignada, ¿esposa?

—¡Bájeme ahora mismo, mentecato! ¡Imbécil!

Diana, quién se había mantenido en un nervioso segundo plano, volvió a la carga.

—¡Josey! Suelte ahora mismo a mi amiga...

—Ni hablar, muñequita —la retuvo con firmeza y la obligó a girarse para mirarle a la cara—. Tú también tienes mucho que explicar al respecto.

—¡Ni se te ocurra ponerle un dedo encima, hijo de... ¡ay! —lo amenazó al mismo tiempo Josey.

—Callada, gatita —la reprendió Sheridan dejando caer de nuevo la mano sobre el redondo culo—. Encárgate de tus propios asuntos que por ahora, son más que suficientes.

Sin mediar una palabra más, salió por la puerta dejando tras de sí una serie de insultos dirigidos a todos los hombres.

—¡Suéltame, desgraciado! —insistía al mismo tiempo la perra, quién se debatía contra Simon.

—¿Necesitas ayuda?

Negó con la cabeza y la redujo con un semblante serio.

—No te preocupes, llevo deseando hacer esto más tiempo del que puedo recordar —aseguró al tiempo que la empujaba—. Camine, señora Sheridan. Le espera una larga noche por delante.

—¿A dónde se la lleva? —preguntó Diana al mismo tiempo—. ¿Y qué mierda es esa de que Sheridan es el marido de Josey?

Se encogió de hombros y la apretó contra su cuerpo.

—Esa es una pregunta que tendrás que dejar para después, princesa —aseguró al tiempo que resbalaba la mirada sobre su cuerpo—. ¿Recuerdas lo que te dije cuando te dejé en la habitación?

Abrió los ojos desmesuradamente y empezó a sacudir la cabeza.

—No pienso jugar a lo que quiera que tengas en mente —empezó a luchar contra él—. Ni hablar.

—Supongo que tendré que insistir —murmuró—, hasta que me des la respuesta que ambos deseamos.

Bajó la mirada y se relamió al ver a través de la abertura de la camisa.

—Te sienta bien mi camisa —aseguró al tiempo que deslizaba una mano sobre sus nalgas y se encontraba con que no llevaba nada por debajo de la camisa—. ¿Sin ropa interior? ¿En serio?

—No lo hice pensando en ti precisamente. —Intentó liberarse pero no la dejó—. Suéltame ahora mismo.

Chasqueó la lengua y deslizó la mano por debajo de la tela encontrando su carne tibia y desnuda.

—Estoy seguro que no —ronroneó—, pero, ¿sabes? Siempre me han encantado las sorpresas.

La besó para acallarla y reclamó la dulzura que ya había encontrado antes en esos labios. Ella prometía ser una gran jugadora, no podía esperar a ver que más tenía para dar.

## CAPÍTULO 7

—Entonces, ¿cuál es la historia?

Diana entrecerró los ojos y apretó los labios. Estaba decidida a no abrir la boca. No tenía la menor idea de lo que había pasado ahí abajo o porqué estaba Josey en aquel lugar. ¿Y lo del supuesto matrimonio? Aquello era sencillamente enloquecedor.

—No hay ninguna historia.

—Princesa, se acaban de llevar a la gran perra a comisaría —le dijo—, eso ya de por sí es una gran historia.

Sí, una de la que no tenía jodida idea. Nunca había visto realmente a la zorra en persona, Coleen Hampton ni siquiera se había dignado a pasar por el refugio en todo el tiempo que ella llevaba allí, así que era normal que no la hubiese conocido cuando la vio la primera vez en aquella tesitura.

Pero la presencia de Joselyn allí, eso era lo más extraño de todo, por no mencionar el hecho de que dijese que ese tal Sheridan fuese su marido

Sacudió la cabeza.

—Esa perra se merece estar entre rejas —siseó pensando en todo el daño que les había causado, especialmente a la jefa—. Y si de mi depende, se pudrirá allí.

—¿Quieres hablarme de ello? —preguntó deteniéndose frente a ella.

Alzó la mirada y contuvo la respiración. Sin americana y con la camisa abierta dejando a la vista un más que perfecto torso era lo suficiente atractivo

y sexy como para hacerle perder cualquier pensamiento coherente que tuviese en esos momentos.

—¿Dijiste que eras psicólogo o me lo imaginé?

Esa sonrisa de medio lado envió escalofríos de placer por todo su cuerpo.

—No fui yo quien lo dijo.

Pero tampoco lo estaba desmintiendo. Demonios. Odiaba a los psicólogos. Aunque a él parecía un poquito difícil odiarlo cuando tenía un aspecto tan endiabladamente atractivo.

*Dios, llevo demasiado tiempo sin echar un polvo.*

—Pero dado lo que todos oímos en el salón, tengo algunas ideas al respecto, especialmente dada la inminente necesidad que tienes por cerrar la venta del coche —comentó. Ese hombre era como Sherlock Holmes, siempre dando en el blanco—. ¿Qué es el refugio?

Cerró la boca y levantó la barbilla.

—No es asunto tuyo.

Chasqueó la lengua y se dejó caer a su lado, ocupando el sofá vacío con despreocupación.

—De acuerdo, déjame entonces que adivine —expuso—. Empezaré por lo obvio... y es la obvia necesidad que tienes de dinero.

Se limitó a mantener la boca cerrada.

—Y a juzgar por las acusaciones que vertió tu amiga, la gran perra ha tenido que ver con la desaparición, ausencia o incluso robo del mismo —continuó sin hacer caso de su mutismo—. Dijiste además, cito textualmente, “esa también es mi casa, es la de todas nosotras”. Ello me lleva a suponer que tiene que tratarse de alguna institución, ¿una casa de acogida, quizá?

El corazón le dio un salto. ¿Cómo demonios lo hacía?

—Me estoy acercando, ¿eh? —comentó complacido y se inclinó hacia

delante, cruzando las manos sobre las rodillas—. Sí. Este refugio, como lo has llamado, es importante para ti y está claro que también para esa mujer...

—Se llama Joselyn —le dijo entre dientes—, no digas esa mujer como si fuese un pedazo de mierda...

Sus ojos se encontraron con los suyos.

—Te han hecho mucho daño, no es así, gatita —murmuró en voz baja—. Es por ello que te escudas detrás de esa fachada arisca, para que nadie pueda llegar a ti.

No respondió, se limitó a levantarse y empezar a caminar de un lado a otro de la habitación.

—Entonces, ¿qué tiene que ver Joselyn Sheridan en todo esto? —preguntó de nuevo cambiando de tema.

Se giró y sacudió la cabeza.

—Esa mujer se llama Coleen Hampton —rezongó, sorprendida y ofendida todavía porque esa zorra se hubiese atrevido a utilizar el nombre de su amiga—. Y es una perra sin pedigrí.

Lo vio sonreír de medio lado.

—Me gusta cómo te expresas, especialmente ese acentillo tan sexy con el que pronuncias las erres.

Sus mejillas se tiñeron ligeramente, no pudo evitarlo.

—¿Qué hacía esa zorra aquí? Quiero decir... —hizo una mueca al recordar la manera en la que la había conocido—. Además de... bueno... lo obvio.

—Joder a Sher —declaró con un resoplido. Entonces se lamió los labios y vio como esos ojos azules la recorrían entera, despojándola de cada pedazo de tela que la cubría. El calor se instaló en su vientre de inmediato y sus pezones empezaron a engrosar despuntando contra la camisa de hombre. Su sexo, libre de ropa interior se humedeció haciendo que apretase los muslos

al momento—. Hasta hoy, todo lo que sabía de esa perra era un nombre, que por lo que tú y tu amiga decís es falso...

—Lo es —declaró con firmeza.

—Y que consiguió casarse con Sheridan cinco años de una forma poco ortodoxa.

Frunció el ceño.

—¿Hace cinco años?

Asintió.

—Eso he dicho.

Sacudió la cabeza y continuó con su paseo por la estancia. Ella no llevaba tanto tiempo en el Garden Rose, pero había escuchado de las chicas que habían empezado con Josey lo que la había motivado a crear el lugar; Rose era el nombre de la hermana de Joselyn, la cual había muerto cinco años atrás de cáncer. Había sido por ella que había creado el refugio, para ayudar a mujeres que necesitaban un lugar en el que quedarse.

—Si lo que tu amiga ha insinuado es verdad, si puede demostrar su identidad y las acusaciones que ha vertido, la gran perra se estará enfrentando a una temporadita en prisión —comentó, pero parecía estar hablando más para él que para ella.

—Puede demostrar todas y cada una de las acusaciones que ha hecho —aseguró con rotundidad.

Lo vio asentir y dejar por fin el sofá que había estado ocupando.

—En ese caso deja de preocuparte por ella —le sugirió al tiempo que introducía las manos en los bolsillos del pantalón atrayendo su mirada hacia abajo.

Se lamió los labios, fue algo instintivo, al igual que el calor que recorrió su cuerpo al notar la obvia erección que llenaba la entrepierna del pantalón.

—¿Diana?

Dio un respingo y se obligó a levantar de inmediato la mirada y no parecer culpable. Ese hombre seguía mirándola con esa desnuda sensualidad y hambre que despertaba la suya.

—Sigo queriendo comprar esa chatarra que tenéis en la parte trasera del jardín —le dijo sin necesidad de que abriese la boca—. Y también quiero follarte.

Y a eso se le llamaba no andarse con rodeos.

—Ya te dije que no estoy en venta.

Chasqueó la lengua y sacó una de las manos del bolsillo del pantalón para acariciarle la mejilla.

—Y yo que lo que estoy interesado en comprar es un coche —replicó sin más—. A ti, solo quiero follarte. Sexo. Juegos eróticos. Dos cuerpos desnudos y sudorosos.

Entrecerró los ojos y lo miró.

—¿Por qué?

Aquello pareció sorprenderlo.

—¿Por qué, qué?

Suspiró y extendió los brazos mostrándose a sí misma.

—¿Por qué yo?

Lo vio ladear la cabeza para finalmente sonreírle.

—¿Y por qué no? —respondió sin más—. Creo que podrías resultar una compañera de juegos interesante o, ¿tienes algo en contra del sexo?

—No.

Su sonrisa se amplió.

—En ese caso no veo problema alguno en el que ambos disfrutemos de ello.

Oh, pero ella sí lo veía, veía problemas a montones y el principal era que le daba igual, estúpidamente la idea de acostarse con él, de follar, le

parecía cada vez más apetecible.

—Tengo que salir de aquí —sentenció girando sobre sus pies desnudos.

—¿Huir te ha resultado bien alguna vez?

Aquello la detuvo, fue como recibir un golpe en la cabeza.

No, huir nunca había resultado bien. Ni una sola vez le había dado el resultado que esperaba. Lo miró una vez más por encima del hombro y se mordió el labio inferior.

—Odio a los psicólogos.

Esa socarrona y sexy sonrisa curvó sus labios.

—Te prometo que mañana, no volverás a verlos de la misma manera.

Miró la mano extendida ante ella, una invitación a jugar, una que se encontró aceptando sin pensar.

## CAPÍTULO 8

Noah la observó atentamente. Era una cosita cautelosa, sus ojos observaban cada pequeño movimiento como si necesitase adelantarse a ellos en caso de que necesitase huir y ponerse a salvo. Su reacción era típica en una mujer sometida a algún trauma, posiblemente de índole acosadora o violenta.

Entrelazó sus dedos de modo que pudiese retenerla en caso de querer escaparse y concediéndole al mismo tiempo una ilusión de libertad; de aquel modo no se sentiría atrapada.

Le había hecho gracia su último comentario: Odio a los psicólogos. Aquello indicaba un grado de conocimiento profundo, quizá el que acompañaba a una terapia de larga duración. ¿Qué le habrían hecho a esa criatura?

Tiró de ella aprovechando su unión y la recogió en sus brazos. Su cuerpo encajaba perfectamente contra el suyo, ella era blanda y tierna, un verdadero bocadito que se moría por degustar.

—Me gusta cómo te queda mi camisa —comentó deslizando la mano por encima de la tela de su espalda para finalmente aferrarle una de las nalgas desnudas—, y la forma en la que este pequeño y delicioso culito se asoma cada vez que te mueves.

—Sin duda tienes unos gustos muy refinados.

Se rio entre dientes ante la directa respuesta. Estaba nerviosa, podía notarlo de la misma manera en que notaba su excitación; los pezones se marcaban contra la parte delantera de la prenda con absoluto descaro. Ya

podía imaginarse a sí mismo succionándolos en la boca y empapando la tela.

—Mis gustos estás ahora mismo condensados en el premio que tengo entre mis brazos.

El suave rubor que cubrió sus mejillas lo hizo sonreír internamente, debajo de toda aquella hostilidad había una mujer suave y delicada, alguien a quien estaba deseando descubrir.

—Voy a besarte.

—¿Vas a decirme cada una de las cosas que piensas hacer? —farfulló ella—. Quizá no te has dado cuenta, pero soy lo bastante mayorcita para no necesitar un manual.

Dejó escapar una breve risa.

—Si te dijese lo que pienso hacerte, necesitaría más palabras, muñequita —declaró bajando la mirada entre sus cuerpos para apreciar el femenino—, sencillamente te estaba poniendo al tanto de que pienso comerte la boca.

No le dio más indicaciones o avisos al respecto, sumergió los dedos en su pelo, la sujetó por la nuca y tiró de su cabeza hacia atrás para finalmente penetrarla con la lengua. Quería saborearla, deseaba probar una vez más esa miel y deleitarse con su sabor. Su agresividad la cogió por sorpresa e hizo que entrase automáticamente en modo de defensa. Se quedó rígida, un pequeño jadeo angustiado quedó atrapado entre las bocas de ambos, sus manos ascendieron al momento sobre sus brazos y sintió sus uñas clavándosele en la piel. Aflojó la presión, utilizó sus propias manos para acariciarla con suavidad mientras la instaba a responder a su beso.

Su respuesta fue tímida, cautelosa, pero después de un momento sintió como se relajaba en sus brazos y respondía con mayor firmeza. Fue entonces cuando decidió romper el beso y dejarla jadeando, sus ojos ligeramente oscurecidos por el deseo y los labios húmedos y colorados.

—¿Demasiado duro para ti? —comentó con voz ronca sin apartar la mirada de la suya.

La vio lamerse los labios, sus mejillas adquirieron un breve sonrojo, pero ella alzó la barbilla en ese gesto desafiante que empezaba a reconocer.

—Tendrás que esforzarte un poquito más.

Dejó que sus labios se curvaran en una perezosa mueca y descendió la mirada sobre ella.

—Um, a juzgar por la manera en que tus pezones se marcan contra la tela, no lo estoy haciendo tan mal —ronroneó. Levantó los ojos y la enfrentó—. Estás excitada.

Y para hacer hincapié en sus palabras deslizó la mano que le acariciaba el culo entre sus mejillas y hacia abajo hasta tocar su húmedo sexo.

—Y mojada.

Le aferró el sexo desde atrás, apretó el talón de la palma contra su carne y la cubrió con sus dedos sin penetrarla proporcionándole un recordatorio de que ahora estaba en sus manos. Ella jadeó y se puso de puntillas como si quisiera escapar de su contacto.

—Y caliente, muy caliente —continuó sin apartar la mirada de sus ojos. Se lamió los labios y tragó.

—De acuerdo, ya has dejado claro tu argumento.

Enarcó una ceja y chasqueó la lengua mientras deslizaba los dedos de la mano libre por la piel expuesta por la camisa.

—Todavía no he empezado, muñequita, todavía no he empezado.

Le acarició uno de los pezones con el pulgar y sonrió al ver como ella contenía la respiración. El botón bajo su dedo era duro y perfecto, le rodeó el seno y lo apretó suavemente sin soltar en ningún momento su sexo. Quería que sintiese que estaba en sus manos y que nada la estaba dañando.

Los botones de la camisa fueron cediendo uno a uno dejando expuesta la

suave y cremosa piel, con cada nuevo ojal que liberaba quedaba a la vista un centímetro de piel perfecta, o al menos fue así hasta que llevó a su estómago y vio unas finas líneas blancas que atravesaban su cadera y la línea exterior de un seno.

Su muñequita volvió a tensarse tan pronto notó los dedos encima de aquella zona y ahora sí luchó para apartarse de él.

—Suéltame —gimió clavándole los dedos ahora alrededor de la muñeca, luchando por apartarle.

—No.

—Por favor... no me gusta... no me toques ahí...

La penetró con un dedo haciendo que jadease e intentase elevarse incluso más sobre la punta de sus pies.

—No soy él, Diana —le dijo con voz firme pero suave—, no soy el temor que todavía vive en tu mente.

Ella parpadeó, sus ojos aparecían ahora vidriados por las lágrimas no derramadas.

—Respira, muñequita, respira para mí —insistió en el mismo tono, acariciándola íntimamente—, siénteme, siente el placer. No hay dolor, no hay daño.

Sus palabras tardaron en penetrar en su mente pero cuando lo hicieron sintió como su cuerpo se relajaba y aflojase la presa de sus dedos.

—Te cortó —intentó no escupir la palabra, que ella no notase el rechazo ante un acto tan bárbaro—. De eso son estas pequeñas líneas, ¿no?

Asintió. No emitió ni una sola palabra pero asintió con la cabeza, lo que para él ya era un gran logro.

—Deberías hacerte un tatuaje justo aquí —comentó acariciándole la zona totalmente alerta a cualquier reacción de su parte.

—¿Un tatuaje? ¿Agujas? —la consternación en su voz casi lo hace reír

—. ¿Estás loco? Nadie se va a acercar a mí con una jodida aguja de esas.

Se rio entre dientes. Su indignación había borrado de un plumazo el previo miedo e incomodidad.

—Ya veremos.

—No, de ya veremos nada —negó con efusividad—. Ni tatuajes, ni piercings... ni hablar.

Enarcó una ceja ante su rotunda negativa.

—¿Tampoco te gustan los piercings?

La vio entrecerrar los ojos.

—Déjame adivinar, también tienes uno.

Se limitó a encogerse de hombros y sonreír de manera misteriosa, eso era algo que tendría que descubrir ella solita. La atrajo hasta pegarla por completo a él, deslizó el dedo fuera de su sexo y arrastró la humedad por entre sus piernas, acariciándole de nuevo el culo.

—Hablas demasiado.

Y dicho aquello volvió a besarla, tragándose un jadeo indignado antes de encontrarse con su lengua y dedicarle una atención especial.

Volvió a la blusa y liberó los últimos botones para finalmente encontrar la carne suave y desnuda de sus senos, jugó con el pezón y se deleitó con la rápida respuesta del cuerpo femenino. Rompió el beso y jadeó:

—Quiero devorarte.

Descendió sobre ella y atrapó el otro pezón entre los labios, succionando su carne en el interior de la boca para luego jugar con su lengua. Sus gemidos inundaron la habitación, el suave y cálido cuerpo perdió rigidez y terminó entregándose por completo a sus caricias y al placer.

—Ya te tengo, muñequita.

No respondió y tampoco esperaba que lo hiciese, siguió atormentándola con la boca mientras hacía lo mismo con los dedos, la succionó, lamió y

mordisqueó a placer notando al mismo tiempo como engrosaba su propio sexo en el confinamiento de los pantalones. Le dolían las pelotas, estaba completamente excitado, deseando probar la calidez y humedad que había acogido su dedo.

—Me gusta la honestidad con la que responde tu cuerpo —sopló sobre su sensible carne—. ¿Crees que podría responder de igual modo tu boca?

—Pides demasiado.

Se rio entre dientes y abandonó ese dulce manjar para encontrarse de nuevo con sus ojos. Tenía el rostro sonrojado, los ojos vidriados por el deseo y los labios entreabiertos, un conjunto de lo más sexy.

—Solo te pediré aquello que sé que puedes darme.

Se separó de ella y la recorrió con la mirada. La camisa abierta dejaba ahora a la vista sus pechos desnudos, la cintura, la redondez de su tripita, así como las cicatrices que manchaban su piel. Descubrió que las que había visto en su estómago no eran las únicas, el muslo derecho estaba marcado por un par de ellas más anchas, en una parte incluso arrugaba un poco la piel. Se obligó a seguir bajando, acarició con la mirada el recortado vello rubio entre sus piernas y siguió hasta el vivo color de las uñas de sus pies.

—Eres un regalo para la vista, muñequita —declaró con voz ronca. Volvió a ascender y la vio contrayendo los labios, su mirada ahora esquiva—. Un verdadero pastelillo apetitoso.

Sus ojos se encontraron de nuevo durante un breve segundo, pero ella volvió a esquivar su mirada.

—Sabes, eso no me gusta —declaró sobresaltándola—. De hecho, soy bastante vanidoso, me gusta tener tus ojos sobre mí.

La acechó y la vio reaccionar con sobresalto, empezó a retroceder a la par que él avanzaba, los ojos de uno fijos en los del otro.

—Y no es lo único —continuó con voz sensual—, que deseo tener sobre

mí.

La estantería detuvo su retirada, la vio dar un respingo y abrir los ojos con sorpresa y recelo al verse atrapada y sin salida.

Apoyó una mano en la balda de la estantería al lado de su cabeza y la recorrió con la mirada mientras apartaba la tela con la otra y le acariciaba la piel.

—Te sienta bien el color azul —declaró viendo el contraste de la tela con su piel—, realza el tono de esta suave piel.

—¿Ahora eres poeta?

Sonrió de medio lado, le cogió la mano y cuando sintió su rigidez se la llevó a los labios para chuparle los dedos.

—De acuerdo —comentó lamiéndole la yema de cada uno—, seamos burdos.

Le abrió la palma y la apretó contra su duro pene, la guio de modo que pudiese notar su dureza y longitud a través de la tela.

—Te diré exactamente lo que quiero —ronroneó—. Quiero tu mano sobre mi polla, quiero ver como esos dedos me exprimen mientras tu pequeña lengua me lame como si fuese un caramelo. Quiero follarte la boca, hundirme profundamente en tu garganta y correrme en ella para luego hacer lo mismo en ese caliente y chorreante coñito. Bien, ¿es lo suficiente sucio para ti?

—Eres un cabrón hijo de puta.

—Soy psicólogo, ¿recuerdas? —le susurró al oído—. Solo intento ponerme a la altura de lo que opinas de mi gremio.

—Pues lo estás consiguiendo.

Sonrió de medio lado, soltó su mano y le acarició los labios con los propios.

—Mi meta es ponerte tan caliente que termines suplicándome que te folle.

Bufó, un sonido muy femenino.

—Yo no suplico.

—Para todo hay una primera vez.

No le permitió replicar, le hundió la lengua en la boca y la saqueó, se deleitó con su sabor y la suavidad que encontraba bajo él.

—Me estás gustando cada vez más, Diana y todavía no hemos empezado con lo interesante.

Se lamió los labios.

—Ah, así que eso es por lo que casi me estoy durmiendo.

Se rio, no pudo evitarlo, esa pequeña rubita era una auténtica bocazas pero ello no era más que parte de su mecanismo de autodefensa, atacar antes de ser atacada.

Deslizó la mano por su cuerpo, le acarició los pezones, el vientre y jugó con los rizos de su pubis antes de acariciarle el mojado sexo.

—Me gusta como lloras por mí —se inclinó sobre ella y la miró a los ojos mientras la acariciaba íntimamente—. Tan caliente y mojada, tan suave, los labios hinchados, esas mejillas sonrosadas... eres de lo más follable.

—Lo diré una única vez más —gimió ella—, hablas demasiado.

Sonrió abiertamente.

—Tienes razón y hay algo mucho mejor que puedo hacer con mi boca.

Le dedicó un guiño y descendió por su cuerpo, dejando tras de sí pequeños besos hasta recalar en la uve entre sus piernas.

—Manos encima de la cabeza, sujétate a esa balda.

Como era de esperar, protestó.

—Si esperas qué...

Le separó las piernas y le levantó una de ellas hasta llevarla por encima de su propio hombro. El movimiento hizo que perdiese el equilibrio y no le quedase más remedio que aferrarse a la estantería para no terminar

espatarrada en el suelo o sobre él.

—¡Serás capullo!

Chasqueó la lengua.

—Si oigo un solo insulto más saliendo de tu boca, muñequita, no te corres.

Antes de que pudiera encontrar un nuevo insulto descendió sobre su sexo y la lamió.

Diana perdió cualquier posible pensamiento coherente cuando esa lengua repasó sus íntimos pliegues. Su boca frenó en seco y las palabras se perdieron en alguna esquina de su cerebro. Fue incapaz de hacer otra cosa que aferrarse con fuerza de la estantería contra la que la había empotrado. Señor, ¿cuándo fue la última vez que había estado tan caliente, que le había permitido a alguien dejarla en una posición tan vulnerable? Noah la empujaba sin piedad, rebatía sus argumentos y la guiaba hacia dónde él quería. No le importaban sus negativas, sus insultos o la ironía con la que cubría sus respuestas, se limitaba a hacerlas a un lado y seguir sus propias normas.

Apretó los labios y se puso de puntillas sobre la pierna que le servía de apoyo, su boca se había pegado a su sexo y se amamantaba de él como un hombre sediento. La estaba volviendo loca, cada pasada de su lengua era como una oleada de fuego que se extendía por su cuerpo y conectaba su húmeda y sensible carne con sus pechos. Le dolían los pezones, pero de una manera poco placentera, deseaba tocárselos, acariciarse ella misma pero temía que si se soltaba acabase en el suelo.

Jadeó y echó la cabeza hacia atrás cuando se sintió penetrada por su lengua, los gruesos y largos dedos acompañaban sus movimientos profundizando la intrusión y rebañando los jugos que manaban de su sexo para

iniciar a continuación un viaje hacia la entrada de su ano. El contacto resultó tan extraño como excitante, le limitó a acariciarla a jugar con el fruncido agujero sin llegar a penetrarlo; no estaba segura de sí podría aguantarse quieta si lo intentaba.

—Sabes a gloria, muñequita —escuchó su voz, ronca, espesa un segundo antes de que ella misma soltase un ahogado jadeo cuando esos labios se cerraron alrededor del clítoris.

Prodigó una serie de lametones a la tierna y delicada perla que provocó que se quedase sin aire, sus dedos se pusieron blanco ante la fuerza con la que se aferraba a ese soporte de madera de la pared.

—Oh, dios.

No podía hablar, no podía pensar, cualquier función real de su cuerpo quedó suspendida temporalmente para concentrarse únicamente en lo que ocurría entre sus piernas. Gimió, jadeó, se retorció e incluso hubiese suplicado si hubiese tenido voz para ello. El dedo que había estado jugando con su entrada trasera volvió a desaparecer en su sexo para luego regresar a su patio de juegos y, ahora sí, iniciar una suave y breve exploración.

—¡Noah! —clamó su nombre con un ahogado jadeo.

Él la lamió y hundió el dedo en su sexo al mismo tiempo que jugaba con su fruncido agujero.

—Tranquila, nena, respira y disfruta —le dijo al tiempo que la sorprendía con un beso a la altura del pubis—, no voy a hacerte nada que no te guste.

Eso era cuestión de perspectiva, pensó fugazmente, pues no sabía si le gustaba algo que hasta ahora no había probado.

—Mejor no hagas experiment...

Las palabras quedaron ahogadas bajo un nuevo gemido, sus dientes habían rodeado su hinchado y delicado clítoris provocándole un espasmo en

todo el cuerpo.

—Oh, joder.

La lamió y siguió entregado a su tarea, una que la estaba volviendo loca, que le arrancaba poco a poco cada una de las capas con las que se revestía.

—Ay madre... joder... esto es... oh, dios...

Le escuchó reírse contra su sexo, pero no dejó de acariciarla ni enloquecerla. No paró hasta darle el más intenso de los orgasmos que la hizo gritar con todas sus fuerzas mientras se corría en su boca.

## CAPÍTULO 9

Noah se relamió paladeando todavía el salobre sabor de esa dulce muñequita. Cuando por fin dejaba de pensar y se entregaba al placer era la cosa más sexy que un hombre como él podía desear. Se recreó en el temblor de su cuerpo, en la forma en la que esos labios separados intentaban atraer el aire a sus pulmones y se encontró deseando besarla una vez más, deseando cada parte de ese voluble cuerpo que a duras penas se mantenía en pie contra la estantería.

—Oh sí. Sin duda te prefiero así —ronroneó acariciándole la mejilla—, sexy y calladita.

Esos ojos se clavaron en él pero ya no contenían tanta animosidad, había derribado sus principales barreras lo que sumaba un tanto para él.

—Espero que no estés esperando que te dé las gracias por ello.

Sus labios se curvaron por sí solos.

—No, solo espero que estés dispuesta a ofrecer lo mismo.

Enarcó una ceja y lo miró.

—Tu arrogancia no tiene límites.

Se inclinó sobre ella y le sopló los labios.

—Hay muchas cosas en las que no conozco límites —le dijo con voz grave y sensual—, otros, sencillamente me gusta rebasarlos.

Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y extrajo un pequeño cuadradito plateado.

—¿Jugamos en serio?

Hizo un pequeño mohín de lo más coqueto.

—¿Es que lo de ahora ha sido en broma?

Se lamió los labios recorriéndola al mismo tiempo con la mirada y buscó finalmente sus ojos.

—Si lo fuese, no estarías temblando como una hoja.

Abrió la boca para decir algo pero la silenció con un dedo.

—Igualemos un poco la partida, ¿te parece?

Dio un par de pasos atrás y comenzó a desvestirse delante de ella. La camisa, los zapatos y calcetines, el cinturón, se quitó todo a excepción de los pantalones.

—Tienes un tatuaje —murmuró ella clavando la mirada en su costado dónde asomaba la cabeza de un sinuoso dragón chino.

—Ya te lo había dicho —repuso llevándose las manos a las caderas—. ¿Y bien? ¿Crees tener la valentía necesaria para terminar la tarea?

La estaba desafiando, empujándola para ver si reaccionaba, necesitaba sacarla de esa casa de ladrillo en la cual pretendía esconderse del lobo, tenía que hacerla salir de algún modo, hacer que se enfrentase a cada uno de sus temores y los venciese. Sabía que no iba a ser cosa de una sola noche, ni de una sola sesión en su despacho, pero necesitaba ver en qué punto estaba y de qué era capaz.

Le recordó el condón agitando el cuadradito entre dos dedos y captó una tímida respuesta a través del lenguaje corporal.

—Vamos, muñequita —la instigó, pero esta vez mantuvo la voz baja, suave e invitante—. Sé que puedes hacerlo, ya me has concedido mucho más de lo que estás dispuesta a dar, puedes concederme esto también.

Esos enormes ojos verdes cayeron sobre su cuerpo con una mezcla de aprensión, curiosidad y deseo. Este último todavía estremecía su cuerpo, los rescoldos del último orgasmo seguían allí evitando que volviese a vestirse con su coraza. Captó el imperceptible movimiento de sus labios, la forma en que

apretó los muslos antes de dar un vacilante paso hacia delante. No la presionó, no la invitó a avanzar ni la presionó para hacerlo, necesitaba que fuese ella la que diese ese paso, quería que lo que hiciese lo hiciese por propia voluntad, que supiera que podía hacerlo y que esa decisión había sido solamente suya.

—Me gusta la forma que tienes de mirarme —murmuró en voz baja—, es todo un halago.

Alzó la mirada y se encontró con sus ojos pero no dijo nada y él optó por guardar silencio también.

—¿Cómo lo haces?

Ladeó la cabeza.

—¿El qué?

—Que desee hacer lo que me dices y al mismo tiempo desee pegarte una patada en los huevos.

Se rio entre dientes.

—Espero, encarecidamente, que tu primera opción sea la primera —aseguró jocoso, entonces se encogió de hombros—, pero la decisión sigue siendo tuya.

Su vacilación duró lo que los pasos que la llevó hasta él, le arrebató el condón de entre los dedos, lo sostuvo entre los dientes y sin apartar la mirada de la suya se deshizo del botón y la cremallera del pantalón.

—Me miras porque te da vergüenza encontrarte con mi polla o por algún otro motivo más profundo.

Se lamió los labios y se inclinó ligeramente hacia delante al tiempo que introducía una delicada y pequeña mano en el interior de la ropa interior y rescataba el preservativo de entre sus dientes.

—Solo quiero ver la cara que pones cuando te apriete los huevos.

Su desdeñosa actitud le arrancó una nueva carcajada a la par que un gruñido de apreciación cuando esos suaves dedos entraron en contacto con la

dura carne de su miembro.

—Eres tan arisca como divertida, Diana —pronunció su nombre con suavidad—, y eso me pone.

Se lamió los labios y deslizó los dedos desde la base de su sexo hasta la punta, notó el pulgar acariciándole un segundo antes de ver cómo se le contraía el ceño y bajaba la mirada. Se obligó a contener una risita, su muñequita acababa de dar con otro de sus secretos.

—No me jodas —la escuchó jadear un segunda antes de que su sexo saltase libre del confinamiento de la ropa interior cuando tiró de ella hacia abajo—. ¿Qué clase de idiota se pone un piercing en la polla?

Se limitó a acercarse a ella lo suficiente para susurrarle al oído.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre los insultos? —le susurró—. Considera esta la última advertencia.

Retiró la mano de inmediato y lo miró entre curiosa y mosqueada.

—En serio, ¿un piercing en el pene? —murmuró echando fugaces vistazos a su sexo, el cual se encontraba duro y erecto—. ¿No había otro sitio menos... no sé... doloroso para ponerlo? Porque eso ha tenido que doler de la leche.

Tuvo que contener la risa, el gesto indignado en su rostro era tan sincero que no le quedó más remedio que apretar los dientes.

—Fue una apuesta con un amigo —respondió brindándole la verdad—, le dije que me lo pondría si me prometía no volver a cometer una estupidez que hizo que me salieran varias canas.

—Pues ha tenido que ser una estupidez enorme como para que tú pensases en cometer otra aún mayor —chasqueó mirando ahora con curiosidad la bola de acero quirúrgico que adornaba la parte baja del prepucio—. Los hombres y sus juguetes.

—Y las mujeres que juegan con los juguetes de los hombres —le soltó

divertido—. Te prometo que lo encontrarás de lo más placentero.

—Promesas, promesas...

Fue sobre ella con un beso carnal, la atrajo hacia sí y le devoró la boca mientras se deshacía del pantalón con un par de patadas. Le dio a probar su propio sabor, enlazó la lengua con la suya y la saqueó hasta que sintió como ese suave cuerpo cedía contra el suyo y su propia boca se tragaba un suspiro.

—Estaba pensando en que estos apetitosos labios se abriesen para mi polla, pero —deslizó la mano libre entre sus piernas y gimió ante la caliente y húmeda carne que encontró entre ellas—, tu sarcasmo me puede, así que... — le quitó el preservativo de las manos, lo rasgó con los dientes y la empujó de nuevo contra la estantería—, habrá un ligero cambio de planes. Después de todo, los expertos dicen que el orden de los factores no altera el producto.

Se puso el condón el mismo y volvió a besarla hasta arrancarle un nuevo gemido. Deslizó las manos alrededor de sus caderas, le acarició las nalgas, se las apretó y tiró de ella hacia arriba mientras la estabilizaba contra el soporte.

—Rodéame el cuello con los brazos, muñequita —la instruyó clavando su propia mirada en la de ella—, y prepárate para jugar.

Se posicionó en su húmeda entrada y empujó sin vacilación, hundiéndose en ella poco a poco y arrancándole con ello el aliento. El previo orgasmo la había dejado tan resbaladiza que no le costó alojarse en su interior, sus pelotas anidadas contra su trasero mientras disfrutaba de esas paredes carnales aferrándolo con la misma intensidad de los brazos que ahora le rodeaban el cuello.

—Noah —siseó su nombre, ocultando el rostro contra su hombro.

Resbaló lentamente de ella, dejándole un poco de espacio antes de volver a empujar en su interior arrancándole un nuevo jadeo.

—¿Te hago daño?

La respuesta llegó con una sacudida de cabeza y un murmullo bajo.

—Necesito oírte, Diana —insistió con suavidad. Ella estaba muy resbaladiza, mojada y caliente, pero no quería arriesgarse a lastimarla ni siquiera accidentalmente—. ¿Puedes con ello?

—Deja de hacer preguntas estúpidas y muévete —gimoteó.

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Tomaré eso como un “no me haces daño” y “sí, puedo con ello”.

Se retiró por completo para penetrarla de nuevo, sus brazos acusaban el peso de la mujer en sus brazos y el esfuerzo pero era demasiado placentero como para pensar en un cambio de posición.

—Eres deliciosa, muñequita, encajas tan bien a mi alrededor —gruñó en su oído—, me aprietas de una manera enloquecedora. Haces que quiera cabalgarte sin freno, hundirme en ti una y otra vez hasta correrme.

Ella gimió, sintió sus labios apretados contra su hombro, la dureza de sus dientes tras ellos, se estaba conteniendo para no gritar.

La separó un poco de sí, sujetándola de las caderas y empujándola de nuevo contra la estantería, deleitándose con la visión de sus pechos y esos rojizos y duros pezones que había probado ya.

—Sí, justo así —murmuró contemplando el desnudo placer en su jadeante rostro—, sin nada que ocultar, totalmente expuesta y perdida en el deseo.

Realizó un movimiento con la cadera que la hizo gemir y abrir los ojos.

—Noah.

Sonrió para sí.

—Me gusta la forma en que pronuncias mi nombre —le dijo con voz grave—, quiero oírtelo decir mientras te corres.

Sacudió la cabeza con una negativa tan efusiva que se echó a reír.

—¿No? —sonrió de medio lado—. Ya veremos si al final es un no.

Sin mediar palabra la levantó en vilo, clavándola en su pene al tiempo

que la aseguraba y caminaba con ella hasta la cama dónde la dejó caer de espaldas, con él todavía sumergido en su interior.

—Te voy a hacer gritar, Diana —le aseguró mirándola a los ojos—, y solo va a ser el principio.

Volvió a salir de ella solo para volver a empujar, giró las caderas y buscó ese punto que había acariciado antes con el piercing, el que hacía que jadease y se retorciese presa de las más excitantes sensaciones.

La montó sin descanso, buscando más su propio placer que el de ella. Se deleitó con su cuerpo, con sus gemidos, bajó la boca sobre sus pezones y los chupó sin dejar de penetrarla, haciendo que se revolviere bajo él y empezase a lloriquear su nombre y otras cosas que ni siquiera podía entender.

El corazón le latía en los oídos, la sangre bombeaba con fuerza por sus venas y el placer se elevaba en su interior tirando de su propio orgasmo. Incrementó el ritmo, la clavó en el colchón con cada nueva acometida y siguió poseyéndola incluso cuando ese dulce y apretado coño se ciñó a su alrededor de manera temblorosa desatando el orgasmo femenino y empujándolo aún más alto en busca del suyo propio.

—Dame otro, pequeña —le susurró al oído, deslizó una mano entre sus cuerpos y encontró la pequeña perla del clítoris arrancándole al momento un nuevo jadeo—, grita mi nombre otra vez, córrete para mí una vez más.

—No... Noah, por favor... no puedo... no más... ay dios...

La acarició al compás de sus embestidas, la enloqueció por completo hasta que emitió otro agudo chillido al alcanzar un segundo orgasmo. Esta vez, él no tardó en unirse a ella y la recompensó gritando también su nombre.

## CAPÍTULO 10

—¿Sigues conmigo, muñequita?

Diana tenía problemas para abrir los ojos, estaba tan cansada que todo lo que deseaba era quedarse justo allí, tirada sobre esa toalla y dejar que él siguiese masajéandole la espalda, el culo, las piernas y todo lo que quisiera si con ello no tenía que mover un solo dedo. El aroma de cálido aceite la relajaba al punto de adormilarse.

—Estoy bailando un tango ahora mismo con Morfeo —musitó con voz adormilada—. Creo que es a lo máximo que puedo aspirar ahora mismo.

Lo escuchó reírse, un sonido bajo y sexy mientras las duras manos resbalaban por el centro de su espalda hasta la parte superior de su trasero.

—No sabía que te iban los intercambios o los menage, pero lo tendré presente para la próxima —ronroneó—, puede que resulte incluso divertido.

¿Intercambios? ¿Menage? ¿*Menage a trois*?

Se giró como una flecha.

—No y no —declaró con tal firmeza que lo sorprendió—. Jamás. Inténtalo y serán tus pelotas las que terminen en una bandeja, sin nada más.

Enarcó una ceja de esa forma irónica y se inclinó sobre ella, rozándole la mejilla con los dedos.

—¿Lo has probado ya?

—No. Sufro de alergia —declaró muy seria—. Una que me impide que cometa las mismas estupideces que los tíos que se ponen un piercing en la polla.

Duplicó el previo gesto.

—Ten cuidado, muñequita, todavía no has tenido ese piercing dentro de tu boca —le recordó oportunamente—, y el fin de semana no ha hecho más que comenzar.

Entrecerró los ojos y lo miró fijamente.

—¿Y si quiero irme mañana mismo y no esperar al domingo? —le soltó de pronto—. ¿Dejarías de comprar el coche?

Lo vio frotarse una vez más las manos e indicarle que volviese a ocupar su postura boca abajo sobre la toalla que había extendida en la cama. Dejó escapar un pequeño suspiro pero obedeció, bien mirado, le era mucho más sencillo hablar con él de aquella manera que mirándole a la cara.

—Creí haber dejado claro que el coche y tú vais en facturas separadas —lo escuchó responder al tiempo que esas manos caían sobre su trasero y comenzaban el ascenso—, y solo pienso pagar por una de ellas.

Cerró los ojos ante el delicado placer que experimentaba con sus masajes.

—Si deseas irte mañana, te llevaré yo mismo —declaró sin más—. Como dije, quiero ver aquello que quieres venderme, aunque no podré acercarte hasta que hayamos pasado por comisaría; tu amiga y Sheridan querrán llegar al fondo de lo que está pasando.

El recordatorio de que Josey estaba en algún lugar de aquella casa y con ese hombre le recordó el episodio de la pasada tarde. Un marido que del que ni siquiera conocía su existencia, la perra que las había desplumado haciéndose pasar por ella...

—¡Ay dios! —se espabiló de golpe—. ¡Me olvidé de llamar a las chicas! Oh, mierda. Van a matarme.

Las duras y fuertes manos se deslizaron sobre sus hombros.

—Puedes llamarlas ahora sí quieres —señaló el móvil que descansaba

sobre la mesilla—, aunque no sé qué tal se tomará alguien que lo despiertes a las tres de la mañana.

Negó con la cabeza. No, esperaría a la mañana, después de todo, ¿qué diablos iba a decirles? Se suponía que Josey no tenía que estar allí, las chicas ni siquiera sabían la mitad de lo que estaba ocurriendo, tendría que inventarse algo antes de soltarles la bomba.

—No puedo creer que un simple viaje para vender un maldito coche para desguace me haya arrastrado a todo esto —resopló y ocultó el rostro contra el colchón.

Estaba desnuda, exhausta después de una deliciosa y poco habitual sesión de sexo y ahora dejaba que su amante la masajeara con aceite. ¿En qué extraño mundo había ido a caer?

—A menudo el destino sorprende con su manera de proceder —le dijo al tiempo que deslizaba las manos por sus costados y le apretaba los pechos, jugando con sus pezones—. Nunca estás seguro de qué vas a encontrarte en tu camino hasta que llegas a ello. ¿Quién dice que no estabas destinada a terminar en la Magnolia desde el principio o en mi cama?

—La Magnolia —repitió el nombre del lugar—. Escuché la palabra bacanal cuando entre por la puerta... y luego esa pareja medio desnuda corriendo detrás del gato —se giró a mirarlo—. Y tú ahora bromeas con el tema de los intercambios y *menage*...

—No era una broma —aseguró con total sinceridad—, solo es otra manera de ver el sexo. Al final todo se reduce a un juego, Diana, un intercambio de placer entre dos o más jugadores. Tú eres la que decide si quiere jugar y a qué o a qué no, nadie puede obligarte a hacer algo que no desees hacer.

*No es verdad. Sí que pueden.* Pensó con amargura. *Y ella era viva testigo de ello.*

—En la Magnolia nadie te obligará a hacer algo que no desees hacer — insistió vertiendo ahora las palabras en su oído—. Las normas aquí las pone Sheridan y son muy claras al respecto.

Se lamió los labios y cerró los ojos, no quería seguir hablando de ello, no quería pensar, solo quería... seguir disfrutando de ese extraño interludio. Se giró y lo recorrió con la mirada hasta detenerse sobre el miembro semi erecto. Se incorporó lentamente y se lamió los labios una vez más.

—Quiero jugar en la Magnolia —murmuró, alzó la mirada y se lamió los labios—. Pero solo contigo.

Él se limitó a asentir.

—Pues juguemos, Diana —se inclinó sobre ella y le acarició los labios con los dedos—, juguemos una vez más.

## CAPÍTULO 11

—¿Dónde puedo encontrar un maldito teléfono en esta jodida casa?

Noah se giró al escuchar la jadeante voz de su amante. La muñequita se había escabullido de su cama antes de que hubiese abierto siquiera los ojos, cuando se despertó y no la vio a su lado ni posteriormente en ningún área del dormitorio, supuso que su ausencia se debía más a la necesidad de pactar consigo misma y con los acontecimientos de la última noche que a una huida. El verla ahora de pie en el umbral de la puerta vestida con la misma camisa que le había quitado anoche no hacía más que confirmarlo.

—¿Qué le ha pasado al tuyo?

Resopló y alzó las manos.

—Se ha muerto —exclamó irritada—. Y el cargador de la batería se quedó en el coche. Parece que este fin de semana estoy destinada a quedarme sin nada.

Entró y cerró la puerta tras de sí con un mohín.

—Cualquiera pensaría que en un lugar tan grande habría algún maldito teléfono.

Señaló la mesilla de noche con un gesto de la barbilla y señaló su móvil.

—Usa el mío —le sugirió al tiempo que terminaba de abrocharse la camisa—. Se desbloquea con una “z”.

La vio cruzar la habitación con paso decidido, cogió el teléfono y, tras desbloquearlo, marcó rápidamente.

—Tengo que hablar con Josey, ¿dónde puedo encontrarla?

Sonrió de medio lado y la miró.

—A juzgar por la forma en la que abandonó anoche el salón, diría que en la cama de Sheridan —declaró con picaresca—. Gabriel tenía intención de acudir a comisaría a primera hora para descubrir quién demonios es en realidad la mujer a la que vosotras conocéis como Coleen Hampton y a quién siempre hemos creído Joselyn Sheridan. Imagino que, puesto que ella es la principal damnificada por lo ocurrido, también irá.

Echó un fugaz vistazo al reloj y se lamió los labios.

—Posiblemente ya estén de camino.

Lo miró con el teléfono pegado a la oreja.

—Estupendo —murmuró—. Pediré un taxi. Necesito estar presente cuando esa lagarta sea condenada a cadena perpetua y se le pongan los grilletes.

Enarcó una ceja ante su vehemencia.

—¿No vas un poco rápido? —comentó con ironía—. Lo primero sería interponer una denuncia.

—Para la cual tengo material de sobra —aseguró un instante antes de que le cogiesen la llamada, puesto que le dio la espalda y empezó a caminar hacia el cuarto de baño—. ¿Sophie? Soy yo. Sí, ya sé qué hora es, he tenido algún que otro pequeño problema... no... no... sí, todo bien... solo se jodió la camioneta...

Noah dejó de escuchar su conversación cuando se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta para obtener algo de privacidad. Sonrió para sí y sacudió la cabeza, esa muñequita era un polvorín, podía pasar por una habitación y arrasar todo a su paso con tan solo su presencia.

«*Pero es demasiado joven y está herida*».

Una juventud que desaparecía bajo el peso de la experiencia y de la que sin duda había sido una vida llena de escollos y dureza. No podía decir a

ciencia cierta cuál era el trauma que había sobrellevado, pero podía imaginárselo muy bien después de haber visto las perpetuas marcas que llevaba sobre la piel. Había sido maltratada, abusada, herida de formas que solo podía concebir como tortura, desde su punto de vista era un jodido milagro que siguiese en pie, que mantuviese esa fortaleza que esgrimía a pesar de los miedos que todavía la enjaulaban. El cabrón que le había hecho aquello no había conseguido doblegarla, no había destruido su espíritu y eso era algo con lo que él podía trabajar.

*«¿Te escuchas a ti mismo, campeón?»*

Sonrió de medio lado. Estaba haciendo exactamente lo que se juró que nunca volvería a hacer, mezclar el trabajo con el placer. Ella no era su paciente y siendo sincero consigo mismo, no la deseaba como tal sino en su cama.

Su espontaneidad, la forma tan directa en que respondía lo había atrapado. Quizá se tratase de la novedad, de esa lengua viperina que no había dejado de increparlo ni una sola vez, quizá pudiese echarle la culpa a su cuerpo, a esas voluptuosas curvas en las que se había perdido toda la noche, fuese como fuese el conjunto le atraía lo suficiente como para desear más de ella. Su polla estaba totalmente con esa afirmación pues le llenaba con pantalones en una dura y larga erección.

—...sí, no te preocupes. Estoy bien —murmuraba al tiempo que salía del baño, su mirada se encontró entonces con la de él—, yo... volveré el domingo. Nuestro potencial comprador está interesado en ver el coche, así que... le acompañaré de regreso.

Y eso era al mismo tiempo un recordatorio de que no le permitiría hacer otra cosa que comprar el jodido coche, pensó divertido. No es que eso fuese un problema para él, si el vehículo estaba en las mismas condiciones que en las fotos y el vídeo que le había mostrado, pagaría la suma establecida, sino...

ya vería qué clase de arreglo podría hacer con la muñequita. Por el momento había conseguido lo que se proponía, que se quedase a jugar en la Magnolia.

—Sí, adiós —colgó el teléfono y caminó hacia él para devolvérselo—. Gracias.

Le acarició los dedos cuando recuperó el aparato y entrecerró los ojos al sentir su estremecimiento y el rápido paso atrás. Sus ojos se volvieron esquivos.

—Si lo necesitas, no tienes más que pedírmelo, Diana —le dijo, dejando claro que tendría que dirigirse a él.

Se limitó a asentir, le dio la espalda y empezó a deambular por la habitación.

—¿Dónde está mi ropa?

—Con suerte, en la lavandería.

La manera en que se giró a él, los ojos totalmente abiertos, esos besables labios dejando escapar un gemido, lo pusieron a cien.

—¿En la lavandería? ¿Y qué demonios me pongo? —resopló—. No puedo salir de esta guisa.

Se permitió a sí mismo unos segundos para recorrer su cuerpo con la mirada, cada curva, cada lleno montículo, de la cabeza a los pies para finalmente encontrarse con su avergonzada mirada.

—No sé, muñequita, me gusta cómo te queda mi camisa.

Sus ojos se oscurecieron ligeramente, un pequeño rictus afinó sus labios y pudo notar en su lenguaje corporal que la respuesta no era la que deseaba escuchar.

—Por otra parte, esa es una imagen que deseo guardar solo para mí.

Sin decir nada, se acercó a uno de los armarios, uno común en todas las habitaciones de aquella planta y que Sheridan mantenía al día con toda clase de fetiches para los asistentes a sus fiestas. Rebuscó en su interior hasta

encontrar algo que no escandalizase a su pequeña compañera de juegos y al mismo tiempo sirviese a sus futuros propósitos.

—Imagino que con esto te sentirás lo suficiente cubierta... —declaró tendiéndole un conjunto de falda, blusa y chaqueta que solía utilizarse como disfraz de secretaria, a juzgar por la etiqueta que todavía llevaba colgada y que ponía de manifiesto que no se había utilizado—, o no.

Esos bonitos y expresivos ojos se posaron sobre la percha unos segundos antes de caer sobre él.

—Tienes que estar de broma.

—Bueno, tienes dos opciones, salir así o ponerte algo más... recatado —intentó sonar inocente—. Tú eliges —se lo dejó encima de la cama y volvió a su tarea, para terminar de vestirse—. Tienes diez minutos.

Sin más, recogió la americana del perchero, le acarició la mejilla con los dedos y salió de la habitación dejando a esa dulce y fogosa preciosidad con la cara encendida de rabia.

Algunas veces, su trabajo de terapeuta era realmente divertido.

## CAPÍTULO 12

Matarle sin duda era una buena opción, el problema era que después tendría que esconder su cadáver. ¡Maldito hombre!

Diana llevaba hirviendo por dentro los últimos veinte minutos, había perdido la cuenta de las veces que había intentado que la maldita tela se estirase, esperando inútilmente que esta creciese como por arte de magia y se alargase un par de centímetros. Noah se había limitado a conducir en silencio, dedicándole esporádicas miradas que no hacían sino enfurecerla más. Su mirada, cuando la vio bajar las escaleras con aquel modelito, era más que complacida, el hombre la había devorado con la mirada sin dejar un solo centímetro de su cuerpo sin recorrer.

Una falda demasiado, pero que demasiado corta la cual a duras penas le cubría el culo y moldeaba sus caderas, una blusa con dos únicos jodidos botones que hacía horas extra para intentar contener sus pechos y la maldita chaqueta sastre, que comprimía su estómago hasta el punto de tener ganas de hacerla pedacitos. Empezaba a pensar que si respiraba un poco más fuerte, algún botón saldría disparado o sus pechos se desbordarían, por no mencionar el hecho de que llevaba tacones. ¡Llevaba unos jodidos tacones!

Era enemiga declarada de los zapatos de tacón, no sabía caminar con ellos, parecía un jodido pato, se bamboleaba para los lados hasta el punto de no saber si terminaría despanzurrada en el suelo y ese cabronazo le había cambiado sus adorables zapatillas deportivas por unos zapatos de jodido tacón.

—Respira, Diana, con un cadáver al día es más que suficiente.

Lo fulminó con la mirada.

—Que te jodan —siseó mirándole de reojo.

Sus ojos azules se posaron sobre ella un breve segundo para luego volver a la carretera.

—Estoy deseando que vuelvas a hacerlo —le soltó en tono jocos—. Especialmente con esa linda y sensual boca.

Tirarse del coche en marcha no era una opción, empezaba a tener cada vez más ganas de hacerlo, pero no era una jodida opción. Se obligó a respirar profundamente y soltó el aire rogando para que los pequeños botones no acabasen saliendo disparados.

Había revisado ella misma el jodido armario después de que se hubiese marchado y tenía que admitir, que de todas las prendas que allí había, esa era la más “normal”. Todas estaban con la etiqueta, la mayoría dentro de bolsas protectoras y en una selección de tallas que hablaban de curvas, pechos grandes y caderas llenas, nada de *top model* para el señor.

—Espero que para la vuelta mi ropa, la mía, la que traía puesta, esté ya disponible.

Noah enarcó una ceja, pero ni siquiera la miró.

—Tu ropa estará lista cuando llegue el momento de dejar la Magnolia —declaró, entonces le dedicó de nuevo una de esas fugaces miradas que la dejaban anclada al asiento—. Hasta ese momento, vestirás lo que yo considere oportuno para nuestros juegos... o no llevarás nada.

Le hubiese gustado replicar, incluso mandarlo a la mierda, pero su tono de voz y el erotismo presente en sus palabras hicieron que se estremeciese, su sexo empezó a humedecer la tela de las minúsculas braguitas que había encontrado entre las piezas del conjunto mientras los pezones amenazaban con desbordar el exiguo sujetador *balconet* a juego. Apretó los muslos mientras

fingía recolocar su posición en el asiento y le dio la espalda girándose hacia la ventanilla.

¿Por qué demonios era capaz de derretirla con tan solo un puñado de palabras? ¿Qué tenían sus ojos que hacía que quisiese plegarse a todos y cada uno de sus deseos?

«*Es un hombre, Diana, no te fíes de él, no dejes que entre*».

Se repitió aquella frase una y otra vez durante el resto del camino, se abdujo del camino y dejó que su mente vagase de vuelta dos años atrás cuando decidió que ya era suficiente, que ella no era un pedazo de carne con quién él podía hacer lo que desease y luchó por sí misma, por encontrar el camino de vuelta a la vida. Garden Rose había sido ese camino y Josey, la que le había abierto la puerta.

Aparcaron delante de la comisaría, un pequeño edificio de dos plantas que encajaba con la arquitectura del pueblo. Bajó del coche antes incluso de que se apagase el motor, volvió a tirar de la maldita falda, se recolocó como pudo la chaqueta y no espero para traspasar la puerta y penetrar en su interior.

Escuchó el murmullo de voces procedentes del final del pasillo que discurría a su izquierda, se guio por el sonido hasta que pudo escuchar claramente la voz de su amiga.

—No voy a presentar una denuncia.

La seguridad en la voz de su amiga la paralizó durante un breve segundo.

—¿Está segura, señorita... er... señora Sheridan?

La voz de hombre llegó acompañada de una lenta pero rotunda afirmación.

—Sí.

—Sher, tu... er... bueno, tu esposa de verdad... no quiere una denuncia.

—Si eso es lo que ha decidido —escuchó la respuesta de Sheridan—, yo no tengo nada que decir al respecto. Por mi parte, yo si tengo cosas que

decir y muchas.

Menos mal, alguien pensaba con la cabeza.

—De acuerdo...

No, no, no, de eso nada. Nunca pensó que la indignación la llevaría a conseguir caminar con mayor seguridad sobre esos tacones.

—Josey, ¿te has vuelto loca o qué?

La aludida se giró en su dirección y frunció el ceño al ver su atuendo. No se le escapó el brillo especulativo en sus ojos ni la forma en que parpadeó como si pensase que no estaba viendo bien. Sí, Diana no era conocida precisamente por vestir de esa guisa y el que la maldita falda tuviese la misma longitud de un cinturón no es que ayudase mucho.

—Diana, ¿qué...?

No la dejó terminar la frase, desestimó la pregunta con un gesto de la mano y señaló al policía.

—Tienes que denunciarla —clamó—. ¡Esa zorra no solo nos ha estado robando, además se ha hecho pasar por ti! ¡Ha usurpado tu identidad!

La expresión que cubrían los ojos de su amiga, el dolor que había en ellos, la impotencia restó empuje a su ímpetu inicial.

—No puedo hacerle esto a Rose —contestó intentando mantener el tono de voz estable—, ella no querría verla entre rejas, no puedo hacerle eso a la memoria de mi hermana.

Suspiró. Rose. Por supuesto. No fallaría a la memoria de su hermana, para ella era demasiado importante cumplir con la promesa que se había hecho a sí misma en su nombre. Pero aun así, no era justo que esa zorra se saliese con la suya. Su mirada no dudó en buscar a Sheridan, quién había alegado que él no tenía problemas para seguir adelante con una denuncia.

—De acuerdo, no la denuncies, que lo haga él —lo señaló—, pero esa zorra tiene que devolver todo el dinero que nos quitó. Nos ha estado

desfalcando, se ha quedado con el dinero que era para la hipoteca y eso nos ha llevado a este maldito momento.

Su amiga estaba perdiendo la batalla consigo misma, pensó al ver cómo tomaba una profunda respiración y se enfrentaba a ella con desesperación.

—No lo tiene, Diana —le dijo al tiempo que la veía pasarse la mano por la frente—, se lo ha gastado. Cuando se quedó sin... sus fondos matrimoniales... decidió que tenía derecho a disponer del dinero, puesto que la mitad de Garden Rose es suya como socia capitalista que es.

Sacudió la cabeza.

—No me jodas —escupió ante sus palabras—. Puede haber puesto parte del capital inicial, pero eso no la autoriza a quedarse con los ingresos que iban destinados al pago de la hipoteca. Si no tiene el dinero, que lo busque, pero tiene que devolver lo que ha robado sí o sí. No podemos perder Garden Rose por culpa de su codicia.

La mirada en sus ojos dejaba claro que estaba perdiendo la batalla.

—No sé cómo conseguir de nuevo esa cantidad de dinero, Diana, no lo sé —declaró al borde de la desesperación—. He intentado que nos concedan una prórroga, pero ni siquiera sé si nos la darán.

Clavó la mirada en la suya y se la sostuvo. No podía dejar que se viniese abajo, Josey la había salvado esa noche en el baño de la estación de autobuses y ya era hora de devolverle el favor. No se rendiría, así tuviese que vender su maldita alma al mismísimo diablo, no dejaría que su amiga y sus compañeras perdiesen Garden Rose.

—Tienes que conseguirla como sea —declaró en voz baja, solo para sus oídos—. Y lo harás poniendo como aval la mitad de la deuda.

—¿Qué has hecho?

Ignoró el tono acusador y se giró hacia Noah, quién avanzaba por el pasillo. Sus ojos se encontraron y lo vio asentir ligeramente para luego

dirigirse a Josey.

—Parece que hay un viejo Chevrolet en el que podía estar interesado — comentó—. Ese fue el motivo por el que Diana ha venido hasta aquí. Pedí referencias reales del estado del vehículo antes de cerrar el trato. Me he comprometido a ver el coche este domingo y, si está en el estado en el que dice que está, estoy dispuesto a darle el importe que pide.

Ambos se sostuvieron la mirada durante un largo instante, su amiga parecía estar buscando qué parte de verdad contendrían sus palabras.

—Sophie puso a la venta el coche en la red, fue una suerte que recibiésemos una oferta tan rápidamente —se apresuró a añadir—. No podía dejar que esa loquita viniese hasta aquí, así que, lo hice yo. Tú consigue una jodida prórroga. No vamos a perder el jardín, nadie nos quitará nuestro hogar.

La vio apretar los labios y asentir con firmeza, conocía esa mirada, sabía que tendrían que tener una larga charla, posiblemente incluso se llevase un par de capones de su parte, pero ahora no era el momento.

—¿Con qué financiera tienes contratada la hipoteca?

La pregunta de Sheridan obtuvo una rápida respuesta.

—American Teaser —respondió a pesar de ganarse una reprobadora mirada de parte de la mujer—. Tiene una reunión el lunes a las doce con ellos.

—American Teaser —comentó Noah pensativo.

—Sí —añadió también Sheridan mirando a su amigo para finalmente girarse hacia Josey—. ¿Quién os sugirió esa financiera?

El suspiro que dejó escapar su amiga fue suficiente respuesta.

—Miramos varias opciones, esa financiera era la que nos ofrecía mejores condiciones —explicó—. Nos iba bien con ella hasta que el dinero de la hipoteca dejó de entrar.

—¿A cuánto asciende la deuda?

Apretó los labios, no era un tema del que tuviese derecho a hablar.

—No es asunto suyo, señor Sheridan.

Le dijo ella haciendo que Sheridan enarcase una ceja y consiguiese que las mejillas de la chica se coloreasen. Estaba claro que entre esos dos había pasado algo. Miró a Noah, quién se limitó a dedicarle un guiño.

—Yo diría que sí lo es, señora Sheridan —contestó recordándole su condición—. No solo tienes una deuda con un banco contraída a causa de la perra, sin que en cierto modo esa deuda ha surgido como derivado de una de mis decisiones.

Josey arrugó la nariz en respuesta, no parecía muy contenta con Sheridan.

—Lo que tú hagas o dejes de hacer, me trae sin cuidado.

Los labios masculinos se estiraron con pereza.

—Me alegra oírlo, gatita, me alegra oírlo.

Antes de que pudiese responder los interrumpió el policía, quién había permanecido como espectador.

—Chicos, no quiero interrumpir tan interesante conversación pero sin cargos o una denuncia, no podré retener a la perra por más tiempo en esa celda.

—Es tu decisión —le comunicó él.

Sacudió una vez más la cabeza y deslizó la mirada brevemente sobre el pasillo que se abría al otro lado del mostrador de aquella zona de recepción.

—No presentaré cargos o denuncia —declaró y se giró hacia ella impidiéndole abrir la boca—. Pero no me opondré a que la deje entre rejas un par de horas más.

Sin una palabra más, le dedicó una sonrisa de “lo siento” y pasó a su lado con intención de dejar el edificio.

—No puedo creer que no vaya a denunciarla —murmuró sin saber si debía seguirla o quedarse allí.

Conocía a Josey lo suficiente bien para saber que aquella decisión había sido una de las más duras que había tenido que tomar, no se trataba de algo pequeño, ínfimo, esa maldita zorra no solo le había robado durante todo este tiempo, sino que había usurpado su nombre haciéndose pasar por ella.

Maldita sea, sencillamente no podía quedarse de brazos cruzados, era su vida, no podía dejar que la tirase como nada.

—Maldición... —masculló echando a andar.

—Diana, déjala sola.

El inesperado ladrido hizo que se detuviese en seco, un pequeño temblor la recorrió de los pies a la cabeza y tuvo que obligarse a recordar que estaba bien, que no era él, que nadie podía hacerle daño o darle órdenes. Se dio la vuelta y se encontró con la mirada de Sheridan afianzando así su presencia y reconociendo al hombre que estaba ante ella.

—La conoces desde cuándo, ¿anoche? —le soltó—. Yo llevo casi tres años junto a ella. No me digas lo que tengo que hacer.

—Princesa, incluso tú puedes ver que necesita estar un momento a solas, no erices el pelo todavía —añadió Noah con ese tono de voz condescendiente que hacía que quisiera saltar y clavarle las uñas.

Luchó contra lo que ese hombre le provocaba, quién se limitó a enarcar una ceja y sonreír con gesto satisfecho. Hombres, no tenían idea de nada.

—El problema es que siempre está sola —declaró irritada—. Nunca pide ayuda, siempre se come los marrones ella sola y este no le afecta solo a ella.

—Una gran verdad —la atajó Sheridan y señaló el pasillo que llevaba a la celda con un gesto de la barbilla—, ya que este problema en particular me afecta también a mí.

Fantástico, más testosterona desperdiciada en hombres cuyo cerebro era del tamaño de una nuez e igual de inservible. Puso los ojos en blanco y se

llevó las manos a las caderas para afirmar sus palabras.

—Cuando repartieron la inteligencia los hombres debíais estar durmiendo la siesta, ¿no? —le soltó sin cortarse—. Solo eso explica que no te dices cuenta con quién estabas foll... *jauch!*

No pudo terminar la frase pues sintió el inmediato agujonazo de una palmada en el culo. Se giró para ver a Noah de pie a su lado, reduciéndola con tan solo su presencia y una mirada tan penetrante que la instó a retroceder solo para cabrearse al darse cuenta de lo que ese hombre provocaba en ella.

—Pedazo cabr...

—Esa boquita, Diana —la previno, sus ojos no la dejaron ni un solo momento, encadenándola inexorablemente a su mirada, haciéndola estremecer interiormente y no sabía bien si se debía al miedo o a otra cosa—, que no tenga que lavártela con jabón.

Entrecerró los ojos, apretó las manos contra los desnudos muslos y no dudó en apuñalarle con el dedo en el pecho para demostrarse a sí misma que no le intimidaba.

—Vuelve a ponerme una sola mano encima y te corto los huevos —siseó sin apartar la mirada de la suya—. ¿Quién te crees que eres para...?

—Hasta el domingo, tu dueño —le soltó como si tal cosa.

Jadeó ante la seguridad y el descaró que exhibía. ¿Su dueño? ¿Su dueño?

—¿Mi dueño? —dio un paso atrás solo para poder recorrerle con la mirada de arriba abajo—. Vaya. Pues tendrás que explicarme cuando adquiriste el título de propiedad sobre mi persona, señor mío, digo, para que puedan devolverte el dinero. Ya sabes, la decimotercera enmienda de la constitución de los Estados Unidos de América abolió oficialmente la esclavitud en 1865. Y ha llovido un poquito desde entonces.

Enarcó una ceja ante su rápida respuesta y sonrió al momento.

—Así que además de sexy, también eres inteligente, una combinación del todo interesante en una mujer —le soltó con abierto sarcasmo.

Imitó su gesto y fingió aburrimiento a pesar de que sus pullas hacían que quisiera saltarle encima, física y verbalmente y hacerse con la victoria.

—No sé si lo tuyo es inteligencia o sencillamente casualidad, pero hay que premiarte por reconocer lo obvio; la inteligencia femenina.

Sin una sola palabra más, giró sobre los malditos tacones y salió en post de su amiga.

## CAPÍTULO 13

—Los hombres son unos gilipollas.

Diana siseó nada más salir del edificio, su amiga levantó la mirada y sonrió al escucharla. Ese hombre era imposible, pelear con él era irritante.

—Esa es una verdad universal que nadie puede negar —contestó su amiga y palmeó el trozo de muro libre a su lado—. Aunque ellos a menudo lo intentan.

Resopló y caminó hacia ella agradeciendo que los zapatos no fuesen tan incómodos o los tacones tan exagerados como había pensado. Lo último que quería era terminar de bruces en el suelo. Tiró de la minúscula falda e hizo una mueca al sentarse, el muro estaba helado.

—Lo que habla del tamaño reducido de su cerebro y la poca funcionabilidad de este —rezongó al tiempo que se giraba hacia ella—. ¿Cómo estás?

Se limitó a encogerse de hombros, parecía no tener respuesta para esa pregunta lo cual, después de todo lo que le había ocurrido, no la sorprendía lo más mínimo.

—¿Cómo estás tú? —le preguntó—. El modelito... es... interesante.

Bufó y volvió a tirar de la falda.

—No me lo recuerdes, ¿quieres? —rezongó—. Apenas me tapa el culo y el jodido muro está frío de narices. Pero era esto o pasearme por la calle con una camisa de hombre mientras mi ropa pasa por la lavadora.

Le sonrió como siempre, en sus ojos podía ver que no era suficiente

para satisfacerla, por lo que no le sorprendió que insistiese.

—¿Estás bien?

A Josey no podía engañarla, ella había estado ahí en sus momentos más críticos, la conocía mejor que nadie.

—He perdido mi camioneta, no he podido arrancarle ni un solo pelo a esa furcia, he pasado la noche retozando con un tío más arrogante que Bill Gates y ni siquiera sé por qué lo he hecho —enumeró rápidamente—. Todo ha salido mal. Las cosas se han ido jodiendo unas tras otras y lo único bueno es que Don Morritos sigue interesado en ver el coche y comprarlo.

Su amiga intentó no reírse ante la inesperada explicación.

—¿Por qué no dijiste nada sobre ese recién encontrado marido?

Preguntó a su vez. Todavía no entendía porque no le había dicho nada, si lo hubiese hecho quizá pudiese haberla ayudado a aclarar alguna cosa.

—Tenía la esperanza de que no fuese verdad —respondió. A juzgar la mirada que vio en sus ojos había esperado que fuese una equivocación. No podía culparla—. La esperanza murió por completo ahí dentro —murmuró indicando el edificio con un gesto de la barbilla—, y a cambio gané una horrible pesadilla.

Dejó escapar un profundo suspiro y chasqueó la lengua. Pesadilla era una buena manera de describir lo que había pasado ahí dentro.

—Es un infierno de casualidad que hayamos terminado las dos en el mismo lugar —aseguró con un suspiro.

—Sí.

Ambas guardaron silencio durante un momento, cavilando en sus propias decisiones, aquellas que las habían conducido a este momento.

—¿Cómo se os ocurrió poner ese pedazo de hojalata en venta?

La pregunta la llevó a encogerse de hombros.

—Fue cosa de Sophie —declaró con un suspiro—. Ninguna sabía nada

al respecto. Yo ni siquiera pensé en ese cacharro, no creí que pudiese venderse siquiera, tenía en mente llamar a la grúa para que lo llevase al desguace, con eso te lo digo todo.

Sí, era una idea que se le había pasado por la cabeza muy a menudo, pero por una cosa u otra siempre acababa posponiéndolo.

—Entonces nos dijo que lo había puesto a la venta en la red y que alguien la había contactado interesado en el vehículo —le dio un resumen de lo ocurrido—. No podía dejar que viniese hasta aquí ella sola. La Magnolia no es... lo que me esperaba...

No se le escapó la mueca que curvó los labios de su compañera.

—A mí me lo vas a decir —murmuró—. Estoy casada con el propietario de la casa.

Una maldita verdad, pensó con absoluta ironía. Ambas se miraron y terminaron compartiendo una sonrisa de complicidad.

—¿Eso te hace la *madame* de la Magnolia? —sugirió burlona.

Ella jadeó con fingida indignación.

—Lávate la boca con jabón.

Sonrió y sacudió la cabeza. ¿Cómo habían llegado a esto? ¿Cómo habían podido terminar las dos en la misma casa, una cuyo propietario y socios formaban parte de algo tan... sórdido y a la vez erótico como lo que había presenciado el día anterior?

—Esto es de locos, Josey, todo ha sido una auténtica locura —aseguró dejando escapar un profundo suspiro—, y para mí todavía no ha terminado.

No. No lo había hecho. La noche anterior solo había sido una muestra, una de la que había disfrutado más de lo que se atrevía a aceptar. Sí, Noah le sacaba de quicio, la volvía loca con ese aire de mando y autosuficiencia, pero no podía negar que se sentía atraída por él y por sus juegos.

—¿Qué has hecho esta vez?

La pregunta la llevó a mirarla de frente, se encogió de hombros y contestó con absoluta sinceridad.

—Nada que no me apeteciese —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Me quedaré hasta el domingo.

Josey se limitó a sostenerle la mirada.

—¿Sabes en qué te estás metiendo?

No pudo hacer otra cosa que sonreír ante su pregunta.

—¿Gente en bolas corriendo detrás de gatos?

La vio jadear sorprendida.

—¿Tú también viste a esos... er... dos corriendo detrás de Diablo?

Enarcó una ceja ante el desconocido nombre.

—¿Diablo?

Su amiga asintió.

—El gato —concretó.

Así que el gato se llamaba Diablo.

—La verdad es que no me fijé mucho en el gato, fue más perturbador ver ese perfecto culo debajo de la falda romana —rumió recordando vivamente esa imagen—, por no mencionar que su espada... er... bueno, la llevaba desenfundada y no era pequeña, precisamente.

—Perturbador —concordó—, tanto o más que vislumbrar a través de la rendija de una puerta y ver una bacanal en vivo y en directo.

Aquello no era algo que esperase escuchar, aunque no debía sorprenderle después de lo que le dijo Noah.

—No jodas. ¿Una orgía? ¿Todos juntos?

—Esa es la definición de orgía, ¿no? —aseguró con cierta diversión, entonces sacudió la cabeza—. No puedo creer que hayamos acabado hablando de sexo.

Sacudió la cabeza y levantó la mirada hacia el cielo.

—Creo que yo sí he metido la pata —continuó Josey—, vine para conseguir que Sheridan firmase los papeles que anulan este estúpido matrimonio y...

—...y acabaste en la cama con él —concluyó por ella—. No eres la única a quién le falló la misión inicial.

Ambas volvieron a quedarse en un cómodo silencio, durante unos minutos solo se escuchó el sonido de la calle, nada más.

—Tengo miedo de que perdamos Garden Rose.

*No. Eso nunca.* Sacudió la cabeza con energía.

—No lo haremos —aseguró convencida—. El refugio seguirá abierto y en funcionamiento durante mucho tiempo.

No dejaría que lo cerrasen, no permitiría que nadie le arrebatase su hogar.

—Y ahora, por qué no empiezas desde el principio y me cuentas cómo demonios has terminado casada con ese bombón —insistió, prefiriendo cambiar de tema y encontrar al menos algo de sentido dentro de toda aquella locura.

Su amiga se lamió los labios y la miró de lado.

—Solo si tú me cuentas después con pelos y señales cómo dio comienzo toda esta locura.

Ambas se sostuvieron la mirada y se echaron a reír.

—De acuerdo empieza tú con tu historia y luego te cuento yo la mía.

Y así lo hicieron, durante unos minutos dejaron a un lado los problemas y se unieron en una divertida sesión de anécdotas femeninas.

## CAPÍTULO 14

—Y esa es la gran y magnífica historia —terminó Diana—. Como ves, el pensamiento racional no está dentro de mis facultades, al menos no desde que aterricé aquí.

Su amiga deslizó le apretó el hombro en un gesto de apoyo.

—Creo esta parte del país y los hombres que la habitan tienen algo que hace que se nos encoja el cerebro —respondió con una mueca.

—No te diré que no —aceptó completamente convencida—. De todas las elecciones posibles, al final, puede que no sea la peor de todas. ¿Te imaginas que hubiese pasado si hubiese venido Sophie? Me estremezco de solo pensarlo.

Y a juzgar por el estremecimiento que recorrió a su amiga no era la única.

—No eres la única —aceptó y señaló en dirección al edificio de dos plantas del cual ya estaban saliendo los dos hombres con quienes habían llegado—. ¿Estás segura de que quieres quedarte hasta el domingo?

Deslizó la mirada por la calle hasta encontrarse con la azul de Noah, su forma de caminar, la seguridad que exhibía con cada paso y sobre todo, ese aire de calma y tranquilidad con el que se vestía le dio la respuesta que necesitaba una vez más.

—Necesitamos el dinero...

—A la mierda el dinero, Di, si él no...

Sonrió de medio lado y miró a su amiga.

—Sabes que nunca hago nada si no estoy realmente convencida de ello —murmuró en voz baja—. Posiblemente solo esté utilizando lo del coche como una excusa para aceptar su... invitación...

Una afirmación mucho más intensa que la que mostraban sus palabras. No iba a negar lo evidente, que había disfrutado en su cama, de sus juegos y que estaba dispuesta a seguir haciéndolo. No podía recordar cuando había sido la última vez que se había entregado por completo, que había sido ella misma, sin miedo, sin tener que fingir o emprender una rápida huida. Noah la había seducido, la había dominado haciéndose cargo de todo y dejándole a ella una única salida, rendirse al placer.

—Señoras —saludó Sheridan deteniéndose ante Josey.

Su amiga miró a su recién descubierto marido con visible cansancio. Todo aquello le estaba pasando factura. Si pudiese ponerle las manos encima a esa maldita perra, la despellejaría.

—Dime que harás que esa perra pase una larga temporada entre rejas.

—Diana... —pidió Josey.

Fingió inocencia.

—¿Qué? Si tú no quieres enchironarla no hay nada que diga que él sea de tu misma opinión —aseguró—. El señor Sheridan tiene motivos más que suficientes para ello.

El hombre sonrió de medio lado, una mueca perturbadora.

—Cada uno acaba recibiendo lo que merece, Diana —respondió con sencillez, entonces se giró hacia Josey y le tendió la mano—. Necesitas una inyección de cafeína y quizá algo para acallar el estómago.

Como si estuviese totalmente de acuerdo, el aludido rugió dejando un avergonzado rubor en las mejillas femeninas.

—Diría que eso es un rotundo sí —comentó y la empujó a levantarse—. Tienes que cuidarte, si tú caes enferma, a ver quién va a aguantar a la tropa.

Su respuesta obtuvo lo que pretendía, una pequeña sonrisa en los labios de la mujer.

—No me negaría a un poco más de tu compañía —añadió ella, dejando claro que no le interesaba demasiado quedar a solas con Sheridan.

—Os alojáis bajo el mismo techo, el mío —le recordó Sheridan, optando por tomar él mismo la decisión—, tendrás mucho tiempo para disfrutar de su encantadora compañía... después.

Parpadeó por el obvio tono de mando y la forma en la que la manipuló para arrebatársela de la seguridad que le confería el número.

—Un buen movimiento, Sher —comentó Noah a su lado. Sus miradas se encontraron y él le dedicó un guiño—. Ya que estamos aquí quizá quieras acercarte al taller para recoger las cosas que te hayan podido quedar en el coche.

Cierto. La grúa había sido enviada desde el único taller del pueblo, miró a su alrededor y suspiró.

—Sí, quiero poder recuperar al menos mis cosas —miró a su amiga y le dedicó un guiño intentando animarla—. Disfruta del café y si se propasa... siempre puedes tirárselo encima.

Los labios femeninos se curvaron.

—Um... creo que aceptaré tu consejo.

—Mejor no, a no ser que desees terminar atravesada sobre mis rodillas y con el culo como... —Sheridan no pudo llegar a finalizar la frase pues lo fulminó con la mirada—. Ya veo que has cogido la indirecta. Noah, Diana... que disfrutéis del día.

La respuesta de su acompañante fue echarse a reír.

Se quedó mirando a la pareja, viendo como Josey iniciaba una discusión y se sonrojaba ante la respuesta que hubiese podido darle. Su amiga parecía más irritada que de costumbre, lo cual no dejaba de ser curioso, puesto que

solía ser realmente fría cuando se trataba de hombres.

Dejando a la pareja, se giró hacia el hombre de pie a su lado.

—Deja de preocuparte por ella, está en buenas manos.

Soltó un pequeño bufido.

—El estar en manos de un hombre, nunca es significado de estar en buenas manos.

Y ella lo sabía bien, había aprendido esa lección por el camino difícil.

—¿Quién te ha herido tan profundamente, princesa?

Ignoró su pregunta y echó un vistazo a sus alrededores.

—¿Dónde está situado el taller?

Podía apreciar por el lenguaje corporal de Noah que no le había gustado su respuesta. Había aprendido a leer las señales en el cuerpo de los hombres a fin de prever sus movimientos o reacciones, aunque con el psicólogo le estaba costando. Sus reacciones no eran fáciles de predecir, en ocasiones su cuerpo parecía estar diciendo una cosa y lo encontraba haciendo otra totalmente distinta. Además, él tenía algo que la tranquilizaba lo cual no dejaba de ser toda una ironía en un hombre que era el doble de su tamaño en todos los sentidos.

—Al final de la calle, haciendo esquina en el mismo lado de la comisaría —le indicó por dónde cruzar—. Te darán los papeles para que lo des de baja y puedas cancelar el seguro.

Suspiró. Tendría que decirle adiós a su camioneta, era un hecho. Sabía que el pobre cacharro estaba en sus últimas carreras, pero lo último que esperó era que la dejase tirada en medio de ninguna parte.

—Esto tiene que ser cosa del karma, estoy segura —masculló.

No había otra manera de verlo. Solo el karma podía estar jodiéndola de esa manera, haciendo que todo lo que había conseguido los tres últimos años empezase a nublarse otra vez.

Sacudió la cabeza para despejarse y oteó los edificios en busca del cartel que le indicase que habían llegado a su destino. Finalmente, tal y como le había indicado Noah, un amplio eslogan de color blanco en fondo rojo pintado sobre una pared, marcaba el emplazamiento del taller mecánico.

—Tan rústico como el resto del pueblo —musitó para sí. No era una crítica, le gustaba esa sensación de tranquilidad y vecindad que daban los lugares así de pequeños.

Noah se inclinó sobre ella.

—Que no te oiga el dueño del taller —le susurró él al oído—. El local ha pasado de generación en generación hasta sus días. Él es la tercera generación.

Le miró de reojo y enarcó una ceja ante su comentario.

—¿En serio?

Asintió y le señaló con un gesto de la barbilla la entrada del lugar.

—Vamos, cuanto antes entremos, antes podremos marcharnos y seguir con otras cosas más interesantes.

Puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar que su cuerpo respondiese ante su tono de voz, el cual prometía toda clase de pecados erótico.

—...sí, es cosa de la válvula, habría que cambiarla...

El corazón se le detuvo en seco al mismo tiempo que lo hicieron sus pies.

—...no saldrá caro pero puede que no le guste el color...

Una estridente risita acompañó a esas palabras haciendo que se le drenase todo el calor del cuerpo.

—¿Diana?

No podía moverse, no podía ni responder. Empezó a mirar de manera frenética, buscando en el lugar la procedencia de esa voz.

—Un momento, en seguida salgo —resonó otra voz, alzándose por

encima de la que conocía—. Jim, encárgate de eso y llama a Lucas para que venga a recoger el coche.

Empezó a temblar, dio un paso atrás y perdió el equilibrio.

—Diana.

Su nombre, dicho con esa voz firme y estable, una orden en sí misma. Se estabilizó y buscó el propietario de esa voz. Noah la miraba fijamente, sus ojos la estudiaban intentando ver más allá de sí misma.

—Es... está aquí...

Sus manos se sentían seguras sobre sus brazos, estabilizándola, manteniendo su atención sobre él.

—Es... es su voz.

Sus ojos se clavaron en los suyos, habló con suavidad, lentamente.

—¿Quién?

—Ah, Noah... sí que has madrugado —apareció un hombre de alrededor de los cincuenta vestido de mono de trabajo y manchado de grasa—. Jim, busca las llaves de la camioneta y déjalas sobre mi mesa.

—Ahora mismo —declaró de nuevo esa voz, sonando ahora más cerca—. ¿Quieres que...? —su voz se apagó cuando reparó en ellos—. D... Diana.

Sacudió la cabeza, luchó por liberarse de los brazos que la retenían. Tenía que marcharse, tenía que salir de allí inmediatamente.

—Dios mío, eres tú.

Negó instintivamente, empezó a gemir, clavó las uñas, pataleó y no cesó hasta conseguir soltarse y poder salir de allí a toda velocidad.

—No, Diana, espera... ¡Diana!

—Ni se te ocurra dar un solo paso.

No miró atrás, tenía que salir de allí, tenía que volver a casa, al refugio. Tenía que huir, no podía dejar que él la encontrase, no podía... no podía volver a pasar por aquel infierno.

Corrió a ciegas, zigzagueó por las calles sin atreverse a mirar atrás. Todavía podía escuchar su nombre, ya no distinguía las voces, solo podía escuchar el propio latido de su corazón en los oídos mientras sentía como se le quemaban los pulmones por falta de aire.

—¡Diana!

Algo la atrapó. No, no, no. Empezó a luchar y a gritar, forcejeó con todas sus fuerzas, no podía permanecer cerca de él. La lastimaría, volvería a hacerle daño. No podía.

—Diana, soy Noah —escuchó en su oído—. Tranquila princesa, soy Noah.

Noah. Su nombre penetró lentamente en su cerebro, su cuerpo cesó la lucha y se giró para ver dos profundos ojos azules mirándola con decisión y preocupación.

—Noah.

Él asintió. Un movimiento suave, lento, destinado a retener su atención sin asustarla.

—Noah —repitió. Le clavó los dedos en los brazos casi sin darse cuenta—. Sácame de aquí. Por favor, sácame de aquí. No dejes que se me acerque, no dejes que...

—Tranquila —le habló con voz pausada, sedante—, respira para mí. Vamos. Respira... así, ahora déjalo salir, despacio.

Siguió sus instrucciones y empezó a ser consciente del temblor de su cuerpo, del dolor en su pecho, del cansancio.

—No dejes que se acerque —insistió, era lo único en lo que podía pensar—. Sácame de aquí, quiero irme a casa.

Muy lentamente la rodeó con el brazo y la instó a caminar.

—Vamos al coche —le dijo con la misma suavidad—, y te llevaré a casa.

Asintió y cerró los dedos alrededor de su brazo buscando un punto de apoyo cuando su mundo empezó a girar para finalmente sumirla en la inconciencia.

## CAPÍTULO 15

Noah había presenciado muchos ataques de pánico en sus pacientes a lo largo de su carrera, pero nada comparado al que había atrapado a Diana. Algo había iniciado la crisis nada más entrar en el taller, el cambio en el cuerpo de la chica había sido inmediato, intentó llegar a ella antes de que la psicosis se extendiese y acaparase hasta el último punto de raciocinio, pero su respuesta fue tan extrema que si la hubiese retenido cuando empezó a luchar con él se habría desnucado o algo peor; estaba completamente fuera de sí.

El nuevo ayudante de mecánico había sido el causante de esa ruptura emocional, cuando pronunció su nombre con obvia sorpresa e intentó acercarse a ella, la respuesta inmediata de la chica fue salir huyendo.

Tenía que agradecer que el pueblo fuese un lugar tranquilo y que en aquella zona no abundase el tráfico, pues de lo contrario había terminado con un cadáver entre los brazos y no con una mujer totalmente aterrada. Sus alaridos no eran de este mundo, se llevó un par de golpes antes de lograr reducirla y penetrar en su convulsa mente obligándola a reaccionar y reconocerle a él y no la pesadilla que estaría reproduciéndose en su cabeza.

La angustia y el miedo que encontró en esa limpia mirada fueron como una puñalada en el pecho, era como mirar la cara de una niña angustiada y aterrada que buscaba desesperadamente ayuda.

Al final, pasó lo inevitable, su cuerpo ya no pudo seguir procesando tal cantidad de estrés y terminó desconectándose por completo sumiéndola en la inconsciencia.

Contempló una vez más el rostro durmiente que descansaba ahora en su cama, llevaba durmiendo las últimas cinco horas, no se había atrevido a despertarla antes pues sabía que necesitaba el descanso; la noche pasada apenas habían pegado ojo. Le apartó el pelo de la cara y suspiró profundamente.

—Tú y yo vamos a tener una sesión y no precisamente cómoda, princesa.

Necesitaba obligarla a sacar todo eso a la luz, quería entender para poder ayudarla, el terapeuta en él era incapaz de alejarse ante la cruel necesidad que habitaba en ella, ya no se trataba solo de la atracción que sentía hacia ella, de la inexplicable necesidad de tenerla, Diana no merecía vivir en una pesadilla como la que al parecer seguía reteniendo en algún lugar de su mente.

Le hubiese gustado interrogar a ese tipo, pero en el estado en el que se encontraba la muchacha no podía dejarla.

—Hora de despertar, pequeña.

Le acarició la mejilla y le acercó a la nariz el fuerte aroma del alcohol obligándola a reaccionar. Arrugó la nariz e intentó alejarse del penetrante olor, se revolvió en la cama y empezó a parpadear emergiendo del sueño.

—Ah, aquí estás —la recibió manteniendo el tono suave y bajo, sus ojos sobre los de ella.

El desconcierto era visible en su mirada, todavía adormilada miró de un lado a otro al tiempo que intentaba levantarse mientras se frotaba la nariz.

—¿Qué demonios... has... hecho?

Le enseñó el algodón.

—Alcohol.

Arrugó la nariz y ladeó la cabeza.

—¿Por qué...?

Como si su cerebro acabase de hacer la conexión, abrió los ojos desmesuradamente y jadeó. El pánico volvió a sus ojos mientras se echaba instintivamente atrás y empezaba a recorrer la habitación con la mirada. La dejó hacerlo, se mantuvo quieto al lado de la cama y dejó que ella fuese haciéndose consciente de cada cosa que la rodeaba y de que no había nada que pudiese dañarla allí.

—Respira, Diana —la instruyó, comprobando cada una de sus reacciones—. Despacio.

Sus ojos volaron inmediatamente sobre los de él, había angustia, miedo y también vergüenza.

—¿Qué... qué ha pasado?

Cogió una silla y la acercó a la cama para luego sentarse en ella y cruzarse de piernas de manera despreocupada.

—Dímelo tú —pidió con total tranquilidad. No quería presionarla, no era necesario—. ¿Qué ha ocurrido?

Volvió a mirar a su alrededor, se lamió los labios y cerró los ojos durante el tiempo que necesitó para recomponerse. Era una mujer mucho más fuerte de lo que ella misma pensaba.

—Era él.

Su admisión era un paso en la dirección correcta.

—¿Quién?

Ella lo miró y no vaciló en su respuesta.

—Mi ex pareja —respondió al tiempo que hacía a un lado las sábanas y se encontraba a sí misma vestida únicamente con la ropa interior. Su mirada quedó fija sobre las líneas blancas que cubrían su costado, parte de un muslo, el lateral de uno de los pechos—. El... que me hizo... esto.

Se deslizó de la cama hasta posar los pies en el suelo, permaneció sentada y se cubrió la cara con las manos para luego arrastrarlas sobre su

pelo.

—Tengo que volver a casa, tengo que volver al Garden Rose, solo allí estoy a salvo —empezó a murmurar al tiempo que su cuerpo acusaba el miedo que empezaba a embargarla—. Me ha reconocido, vendrá a por mí y entonces... entonces no sé si podré volver a escaparme.

—Diana.

Pronunció su nombre con fuerza pero sin levantar la voz. No lo necesitaba, ella respondía bien a su tono, capturaba su atención y se concentraba en él.

—Aquí estás a salvo —le dijo con suavidad—, nadie va a traspasar esa puerta si tú no quieres que lo haga.

Siguió la dirección de su mirada hacia la puerta de la habitación.

—Ha traspasado más puertas de las que puedo recordar —murmuró en voz baja, sus ojos volviendo de nuevo sobre los suyos—, y siempre hubo alguien que salió herido.

Sacudió la cabeza y se pasó una vez más las manos por el pelo.

—Sé que estoy sobre reaccionando, posiblemente esté atravesando una nueva crisis de pánico, pero no puedo evitarlo —murmuró con una agónica risa carente de humor—. Él... él ha llegado a darme mucho miedo y ahora, al escuchar su voz —se encogió sobre sí misma y tembló—, casi podía sentir de nuevo su puño sobre mi piel... esa sucia navaja cortándome... pensé... pensé que él... Dios, ¿es que no voy a poder superarlo nunca? ¿Voy a temblar como una hoja cada vez que escuche su voz? Han pasado tres años...

—Y sigues aquí, eres capaz de hablar de ello, no lo considero un mal conteo.

Levantó la cabeza de golpe y lo miró, sus mejillas estaban sonrojadas, pero no podía adivinar si era por la temperatura de la habitación, su nerviosismo o algo más.

—¿Quieres contarme qué fue lo que ocurrió?

No apartó la mirada, valiente y pequeña muñequita.

—La verdad es que no.

Sonrió ante su sinceridad.

—¿Por algún motivo en especial?

Se lamió los labios y vio como bajaba ligeramente la mirada.

—Me he acostado contigo y estás actuando ahora mismo como un jodido psicólogo —borbotó arrugando esa pequeña nariz—, ese es un motivo endiabladamente bueno por el que no quiera contarte nada.

—Um... ya veo —murmuró—. Sin duda un terapeuta impresiona. Se sienta ante ti, silencioso, esperando que empieces a hablar y cuando lo consigue empieza a arrebatarte palabras que no quieres decir, secretos que no quieres contar... y eso es un problema cuando no quieres recordar, ¿verdad?

Su desconfianza creció pero también logró captar su atención. Se levantó con pereza, se quitó la americana, desabrochó los puños de la camisa y continuó con los botones.

—¿Qué haces?

La miró con inocencia.

—¿Yo? Desnudarme —aseguró al tiempo que la recorría con la mirada—. Te debo al menos estar en igualdad de condiciones, ¿no?

Abrió la boca pero no supo qué decir, estaba tan sorprendida que se quedó sin palabras y ese ligero temblor en su cuerpo empezó a desaparecer.

—Ya que estás ahí sin hacer nada, ¿por qué no entras en el baño y empiezas a llenar la bañera? —pidió indicándole la puerta al otro lado de la cama—. Puedes ponerle todas las sales o jabones que quieras.

Su mirada fue hacia la puerta, la estaba descolocando por completo, justo lo que quería. Necesitaba cogerla con la guardia baja para hacerla hablar. Se libró de la camisa y continuó con el cinturón.

—Vamos, Diana, me gustaría poder bañarme hoy —la empujó sabiendo que eso la haría reaccionar—. Y tú vas a hacerlo.

—¿Perdona?

Enarcó una ceja y la mantuvo en el sitio con tan solo una mirada.

—Tenemos un trato, ¿recuerdas, muñequita? —La recorrió con la mirada, dejándole claras sus intenciones—. Eres mi compañera de juegos y este es tan buen momento como otro para cambiar de escenario. Vamos, no te entretengas y procura que el agua no esté demasiado caliente.

Se puso en pie de un salto, dispuesta a replicar y sonrió para sí. Era tan fácil provocarla, pero en esos momentos agradecía en el alma esa facilidad.

—No puedes estar hablando en serio —masculló y extendió un brazo hacia la puerta—. Ahí fuera, en este mismo estado, a menos de dos kilómetros de distancia está el hijo de puta que consiguió que mi vida se convirtiese en un infierno y tú... ¿tú quieres darte un baño?

Se quitó el cinturón, lo dejó sobre la silla y se llevó las manos a las caderas.

—Ya que no quieres hablarme de ello, ¿para qué voy a perder el tiempo convenciéndote de lo contrario? —comentó con despreocupación—. De nada te servirá volver a revivir todo lo que quiera que hayas pasado si no sirve para liberarte del miedo que te provocan esos recuerdos.

Abrió la boca dispuesta a replicar, pero no le dejó decir ni una sola palabra. Le señaló el baño y la recorrió una vez más con la mirada.

—Así que, ¿por qué no centrar mi tiempo en algo más provechoso? —concluyó lamiéndose los labios—. Ve a llenar la bañera, Diana y ya veremos si puedo hacer algo por ti entonces.

## CAPÍTULO 16

Estaba a remojo.

Estaba a remojo, dentro de una bañera y utilizando a un hombre como colchón.

Estaba a remojo, dentro de una bañera, utilizando a un hombre como colchón y ese hecho no podía preocuparle menos.

Sí. Definitivamente el sentido común se había evaporado en algún momento de las últimas veinticuatro horas, decidió Diana recostada sobre el duro y cálido cuerpo de su amante mientras disfrutaba del baño de espuma que ella misma había preparado.

El agua caliente, una a las deliciosas y lánguidas caricias que le dedicaba Noah, la habían relajado por completo. Por fin había dejado de temblar, su cuerpo respondía sabiamente al toque maestro de ese hombre y si bien su mente no dejaba de pensar en lo ocurrido, ahora podía hacerlo desde la lejanía y seguridad que proporcionaba la calma.

—Estira los brazos —le susurró al oído y deslizó la esponja una vez más por su piel, deslizándola por el dorso de la mano y luego la palma con una suavidad que contribuía a adormecerla—. Buena chica...

Suspiró y ladeó el rostro para poder mirarle.

—Cada vez que oigo ese «buena chica» me da la sensación de ser un perro, un gato o algún animalejo —murmuró—, y por ahora conservo el raciocinio y la capacidad de caminar sobre dos piernas que me convierte en humana.

Escuchó su resoplido de risa al oído.

—Una curiosa forma de ver las cosas —comentó cambiando sus atenciones al otro brazo—. ¿Es así como te ves o como otros han hecho que te veas para hacer tal comentario?

Se recostó de nuevo y se quedó mirando hacia delante sin más.

—La última persona que tuvo la brillante idea de compararme con un animal, terminó con una navaja clavada en los huevos —murmuró en voz baja—. Esa fue también la primera vez que logré defenderme.

Respiró profundamente y se obligó a ser consciente de lo que la rodeaba, de cada una de las sensaciones que la envolvía y que la llevaban a mantener los pies en la realidad y alejada de las viejas pesadillas. La esponja cambió entonces de sentido y se deslizó entre sus pechos, bajando por su vientre y desliziéndose hacia las líneas blancas que le marcaban el vientre y la cadera. El cosquilleo que la fibra provocaba sobre su piel despertaba cada una de sus terminaciones así como la mantenía en una cómoda relajación de la que no quería emerger.

—Esas fueron hechas con esa misma navaja —murmuró y se sorprendió a sí misma dejando que esas palabras escaparan de sus labios.

Nadie sabía realmente qué había ocurrido, ni siquiera Josey. Ella se había limitado a acogerla, a curar sus heridas más recientes e insistir una y otra vez en que la viese el doctor, en que presentase una denuncia pero, ¿de qué servía? Eso no lo mantenía alejado, no evitaba que le hiciese incluso más daño cuando la encontraba. La última vez que se presentó en una comisaría y lo denunció, no tardó ni tres meses en dar con ella y pegarle tal paliza que pensó que sería la última.

Cerró los ojos con fuerza y buscó instintivamente las manos que la sostenían, se aferró a ellas en un intento de mantenerse todavía a flote.

—No puede entrar aquí, Diana —escuchó su voz al oído, profunda,

ronca, tan sensual que despertaba su deseo y alejaba todo lo demás—, si tú le impides el paso, no podrá entrar. Eres la única que puede permitirle enturbiar tu espacio.

Abrió los ojos, tomó una profunda bocanada de aire y se lamió los labios. Estaba temblando, no podía evitarlo y sabía que Noah tenía que notarlo pegado como estaba a ella.

—No puedo creer que esté aquí —murmuró aferrando con más fuerza sus manos—, tenía la esperanza... al no verlo, al no pensar en él yo...

—Lo relegaste de tu mente —comentó estirando sus brazos al mismo tiempo que los suyos, liberándola de la repentina tensión que la recorría—, es una necesidad, una manera de seguir adelante.

Asintió. Sí, lo era. Convenciéndose a sí misma de que él ya no formaba parte de su vida, que no tenía poder sobre ella, había conseguido la fuerza necesaria para seguir adelante, pero, ¿no era acaso un espejismo? ¿Tapar el sol con un dedo?

—Lo intenté —musitó—, pero al verle hoy... sé que no lo he conseguido por completo. Me he aterrado al verle, le he devuelto el poder que creía haberle quitado, yo...

Sintió sus brazos rodeándola, su cuerpo engulléndola y haciendo que se sintiese tan pequeñita, tan indefensa.

—Tuve... tuve miedo, Noah, muchísimo miedo.

Sintió su boca sobre su oreja.

—Tranquila —le susurró—, respira lentamente. Así. Eso es.

Se lamió los labios y se acurrucó contra su cuerpo y calor.

—No quiero volver a sentirme así —confesó—, no quiero vivir toda mi vida así...

Una de sus manos alcanzó la suya y unió sus dedos, sacándolos del agua y extendiéndolos ante ella.

—Tú eres la única que puede ponerle freno, Diana y debes empezar poniéndoselo en tu mente —le respondió con suavidad—. Solo sacándolo de aquí —tocó su sien con las manos de ambos—, podrás seguir el camino que ya has empezado a recorrer. Tienes que soltar el lastre que todavía arrastras, no lo guardes, no lo almacenes, no lo necesitas, él ya no tiene poder sobre ti.

Se lamió los labios, respiró profundamente y fijó una vez más la mirada al frente.

—No sé cómo hacerlo...

Su agarre se hizo más cercano e íntimo.

—Solo tienes que dejarlo ir, dejar que salga y comprender que todo ha quedado atrás, que forma parte del pasado —contestó—. A veces ayuda el decirlo en voz alta, el compartir las palabras, los hechos, dejar que se las lleve el viento.

Se lamió los labios una vez más y buscó el valor que había cosechado esos dos últimos años para dar voz a un pasado que había morado en el silencio.

—Mi suerte con las relaciones creo que es inexistente —murmuró haciendo una mueca—. Siempre he tenido imán para atraer a toda clase de perdedores... y Jim Peterson resultó ser uno de ellos.

Esperaba escuchar alguna interrupción, alguna frase típica de las consultas de los terapeutas a los que había asistido en su juventud bajo la tutela de sus padres, pero Noah permaneció en silencio mientras la acariciaba como si ella fuese una gatita necesitada de mimos.

—Claro, eso al principio no lo ves —continuó—. Te crees enamorada, te emociona que alguien se fije en ti, cuide de ti y crees que incluso las críticas que te dedica son producto de un interés por hacerte mejor, por ser mejor a sus ojos.

Sacudió la cabeza y tuvo que luchar con la bilis que se le atravesaba en

la garganta.

—Hasta que con la primera discusión empiezan los gritos, suben de tono los insultos y vuela la primera bofetada. —Las palabras ya surgían solas de su boca, era como si hubiese abierto un grifo y todo se desbordase sin más—, y tras la primera bofetada, llegan los «lo siento», los «no volverá a ocurrir», los «estaba borracho», los «te quiero tanto que no sé qué haría si te perdiese»... y como una tonta cedes. Pero yo me di cuenta que no hay ningún «lo siento» que cubra el moratón de una bofetada, ningún «estaba borracho» que disculpe que te corten con una navaja... sabía que estaba metida en una relación enfermiza, que aquello no iba a llevarme a ningún lado o sí, a uno del que no podría regresar jamás.

Tomó una profunda bocanada de aire al sentir que se ahogaba, notó su nariz acariciándole el cuello, sus manos acariciándola una vez más anclándola al presente, a ese momento y manteniéndola alejada del pasado.

—Nuestra segunda gran discusión terminó con ambos heridos —murmuró—. Discutimos, peleamos, me lanzó sobre la mesa del café, una bonita mesa de cristal, la cual se rompió y ocasionó algunas de estas cicatrices —bajó la mirada al contorno de su pecho y cadera—. Había sacado la navaja, me acusaba de haberme ido con otro, de estar follándome a otro y cuando se abalanzó sobre mí, llamándome perra, cogí un trozo de vidrio roto y se lo clavé en el hombro. Pero no era suficiente —se llevó la mano a la mejilla recordando cómo le había girado la cara de un bofetón, cómo empezó a patearla en el suelo—, así que, cogí la navaja que había caído al suelo y cuando iba a pegarme una nueva patada, se la clavé en los huevos. Su aullido de dolor es lo que mejor recuerdo mientras me marchaba por la puerta, salí por ella sin mirar atrás, me subí en un autobús de línea nocturna y terminé en Oklahoma.

Parpadeó intentando alejar las lágrimas que perlaban sus pestañas.

—Me metí en el baño de la estación de autobuses —continuó con voz temblorosa—, necesitaba lavarme... Yo... me había convertido en una experta en ocultar mis propias heridas, pero aquella noche... solo me lavé un poco antes de subirme al autobús. Recuerdo que alguien se acercó entonces a mí, una mujer me miró de arriba abajo, chasqueó la lengua y me dijo que si ese cabrón volvía a acercarse a mí, lo mataría ella misma. Esa mujer era Josey.

Se liberó de sus manos y se secó los ojos.

—Ella me abrió las puertas de Garden Rose, a mí y a muchas más —aseguró con firmeza al tiempo que se doblaba sobre sus propias rodillas—, y ahora estamos a punto de perder el refugio. Por culpa de esa maldita zorra pretenciosa, vamos a perder nuestro jardín.

Sacudió la cabeza, volvió a respirar hondo y se aclaró la voz.

—Y no puedo permitir que pase.

Sintió su mano acariciándole ahora la espalda, su otro brazo rodeándola por delante, por debajo de los pechos para atraerla de nuevo hacia él.

—Tenías que haberle denunciado en cuanto saliste de la casa —comentó en voz llana, tranquila.

—Lo sé —aseguró. Josey la había perseguido sin descanso para que lo hiciera hasta que se dio cuenta de que no servía de nada; no había nadie más testaruda que ella misma—. Pero cuando has puesto ya dos denuncias y lo único que te dice la policía es que todo lo que pueden hacer es poner una orden de alejamiento, ¿de qué te sirve denunciar? Además, el clavarle la navaja en los huevos fue mucho más satisfactorio para mí.

Se la quedó mirando, pero no la juzgó.

—El hombre que estaba hoy en el taller, el que te reconoció —continuó—, ¿es ese tal Peterson?

Asintió.

—Han pasado ya tres años, no pensé que volvería a encontrármelo y

entonces... —negó con la cabeza—, yo... tuve miedo. Me di cuenta que no era tan fuerte como creía...

—Eres fuerte, Diana, mucho más de lo que tú misma te imaginas —le acarició la mejilla—. Has conseguido ver lo que otras mujeres no ven hasta que es muy tarde y has tenido el valor y hacer algo para evitarlo.

—Pero hui, no me quedé, no le hice frente, yo me marché, hui con el rabo entre las piernas —se quejó, poniendo en palabras lo que más le dolía—. Tenía tanto miedo que... hui.

—Dar el primer paso nunca es fácil, hasta para escapar de una situación como la que viven miles de mujeres hoy en día, se necesita valor —la tranquilizó—. Insisto en que debiste haberlo denunciado en su momento, un hombre que comete tal delito contra una mujer inocente e indefensa no tiene derecho siquiera a llamarse hombre.

No pudo evitar sonreír de medio lado al reconocer las palabras de una gran mujer en las de ese irritante hombre.

—Acabas de sonar igual que Josey.

Le devolvió la sonrisa.

—Ya he podido constatar que Joselyn tiene ideas propias y ningún problema en ponerlas en palabras —aseguró en tono misterioso.

Se lo quedó mirando y fue consciente de que ese maldito psicólogo se había salido con la suya. No sabía cómo, pero lo había hecho.

—Esta es la primera vez que... toda esta mierda... sale a la luz —musitó, miró a su alrededor y señaló lo obvio—, y ha tenido que hacerlo mientras estaba desnuda, dentro de una jodida bañera y con tu polla clavándoseme en el culo. ¿Esta es alguna extraña clase de terapia experimental que estás intentando poner en práctica?

Se echó a reír, un sonido profundo, masculino y contagioso que la hizo sonreír a su vez.

—No creo que todas mis pacientes apreciaran esta clase de terapia —aseguró entre risitas—, especialmente, no sus maridos o padres.

Se sonrojó al entrever el significado de sus palabras.

—¿También atiendes a niños?

Asintió, su diversión empezó a morir bajo el peso de la horrible realidad.

—Te sorprendería cuan a menudo son también víctimas de las malas decisiones de sus padres —comentó. Entonces sacudió la cabeza, se levantó y tiró de ella poniéndola todavía en pie—. No hay una barita mágica que haga que todos los problemas se solucionen en un instante o que haga desaparecer las pesadillas, pero a veces, el dejarlas salir y compartirlas, puede ayudar a ese largo y duro proceso de curación que queda por delante.

Se mordió el labio inferior y no pudo evitar decirle lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—Espero que no estés esperando a que te pague por la sesión terapéutica que me has...er... a la que me has arrastrado —comentó con tono inocente—, por si todavía no te has dado cuenta, aún estoy intentado venderte un coche, lo que no habla muy bien de mi actual solvencia.

Sus labios se curvaron lentamente en una perezosa sonrisa.

—No te preocupes, muñequita, conozco una forma mucho más efectiva de pagarme por mis servicios —aseguró arrastrándola de nuevo a su regazo y haciéndola notar su erección—, una mucho más placentera.

Se obligó a retener un gemido al sentir su sexo erecto acariciándole las nalgas.

—Hora de jugar, Diana —le mordió la oreja para luego abandonar la bañera y arrastrarla con él de regreso a la habitación.

Señor, como se alegraba de que los psicólogos no trabajasen de la misma manera.

## CAPÍTULO 17

—De rodillas, muñequita.

Si se lo hubiese dicho otra persona o en otro tono, le habría arrancado las pelotas, pero Noah tenía una manera de pedir las cosas que hacía que quisiera complacerle. No iba a negar que parte de su excitación era la oportunidad de poder saborearlo, no había podido dejar de pensar en ello desde el momento en que vio el maldito piercing. ¿Cómo se sentiría en su lengua? Ya sabía cómo era sentirlo dentro de ella y la experiencia había sido explosiva, entre otras posibles apreciaciones.

Se lamió los labios y bajó la mirada sobre el magnífico cuerpo masculino. No se cansaba de contemplarlo, era sencillamente perfecto, un hombre que disfrutaba de su desnudez sin complejos, se movía con una gracia felina y hacía que su propio organismo bailase al compás que él le dictaba.

Estar con este hombre era como subirse en una montaña rusa, en un momento la abrazaba en la bañera, sosteniéndola mientras dejaba que el pasado cobrase voz y al siguiente la arrastraba al dormitorio, acariciándola y secándola con su propia boca, encendiendo esa viva necesidad en su interior. Quería sentirse culpable, quería encontrar una excusa para no desearle, para flagelarse a sí misma por permitirle hacerle aquello, pero hacerlo sería mentirse y decirse que no era lo que deseaba.

—¿Necesitas una clase teórica?

Enarcó una ceja y lo miró. Sonreía abiertamente, con esa petulancia tan característica en él.

No se paró a pensar la respuesta, se limitó a deslizar una de sus uñas desde la base de su erecto pene a la piel que le atravesaba el piercing para finalmente frotarle la capucha con la yema del pulgar; el ronco gemido que escapó de su boca fue suficiente recompensa para ella.

—Ya veo que no.

Se rio entre dientes y resbaló ambas manos sobre su piel desnuda, bajando de nuevo sobre sus caderas para sujetarse y empezar a descender muy lentamente hacia el suelo.

—Una visión de lo más encantadora —murmuró comiéndosela con la mirada.

Se encontró con sus ojos un momento antes de llevarlos al objeto de su placer el cual se mostraba realmente contento de verla a juzgar por lo firme y duro que estaba. Deslizó los dedos sobre él en una suave caricia, el diámetro de su pene erecto era imposible de cercarse con solo las falanges, obligándola a envolverle con la mano para nota la dura y aterciopelada suavidad. Se lamió los labios notando como se le hacía la boca agua, no podía decirse que una polla fuera hermosa, pero la que ahora acariciaba le provocaba un hambre terrible, suficiente como para que deseara resbalar la lengua por la oscura punta.

Se remitió el pelo tras la oreja y se inclinó hacia delante para deslizar la lengua sobre la sonrojada cabeza, una tímida caricia, el toque de unas alas de mariposa dispuestas a atormentar a su amo. Estaba caliente y salado, un sabor puramente masculino que le arrancó un gemido de deleite. La punta de su lengua se topó con la fría bola de acero, era extraño notar el contraste de la suavidad de su carne con la dureza extrema del piercing pero también muy erótico. Deslizó los dedos por su longitud bajando muy lentamente mientras seguía lamiéndole la punta, jugando con ese punto atravesado por el objeto ajeno a su experiencia y se deleitó con el poder que tenía sobre él.

Abrió la boca y rodeó la apetitosa punta mientras le acariciaba y jugaba con sus testículos, lo acogió en la húmeda cavidad y succionó como si fuese un caramelo. La bola de acero le acariciaba la lengua cuando lo succionaba provocándole cosquillas y un inesperado y erótico placer que, a juzgar por sus roncós gemidos, él también compartía.

Sonrió orgullosa al tiempo que se retiraba solo para acogerlo una vez más en su garganta, lo succionó todo lo que le era cómodamente posible y volvió a dejarle ir. Era como chupar un delicioso, duro y salado pirulí, con cada pasada de su lengua, con cada contracción de ese miembro en su boca se encontraba más mojada. Sentía los pechos tan hinchados y los pezones tan duros que se moría por tocárselos.

—Dios, sabía que iba a gustarme tu boca...

Sonrió con su miembro en el interior, rozó la lengua contra el piercing y lo escuchó gemir al tiempo que sus dedos se envolvían ahora alrededor de su pelo, apartándoselo de la cara y utilizándolo al mismo tiempo como una medida de sujeción.

Notó el estremecimiento de sus caderas, el esfuerzo que hacía para no empujar en su boca y dejarla tener el control, la suavidad con la que la trataba la sorprendía y derretía al mismo tiempo. Él siempre procuraba encontrar el punto exacto en el que estuviese cómoda, la empujaba en cada uno de sus juegos, pero nunca dejaba de estar pendiente de sus reacciones, de que alcanzase el placer ante que él; para Noah, ella estaba primero y eso era un inesperado regalo en una vida en la que siempre se anteponía el placer de los demás al suyo.

Hundió los dedos en una de sus nalgas mientras lo sujetaba desde la base con la otra mano y lo masturbaba con la boca. Jugó con sus testículos, haciéndolos rodar entre sus dedos hasta que lo sintió respingar.

—Joder —jadeó sin deseo de contenerse—, nena... si sigues así harás

que me corra en tu boca.

Se retiró de él por completo y sonrió de medio lado.

—¿No se supone que esa es la razón por la que estoy de rodillas, entre tus piernas y con tu polla en la boca?

Jadeó.

—Buen punto.

Riendo, volvió a acogerlo en la boca, lo lamió y succionó suavemente consiguiendo otro espasmo de sus caderas, un par de pasadas más de la lengua, un pequeño mordisquito y sintió como se derrababa en su garganta, empujando espasmódicamente mientras la obligaba a tragar su semen. Bebió de él hasta que dejó de correrse, solo entonces dejó que la flácida erección abandonase su boca para finalmente prodigarle un último lametón a la punta.

Se relamió, limpiándose los labios de cualquier posible resto y apretando los muslos al mismo tiempo, deseosa de volver a sentir su sexo, pero ahora profundamente enterrado en ella.

—Gracias, por tan, encantador regalo, Diana.

Sabía que se le había quedado cara de póker, pero es que nadie en toda su vida, le había dado las gracias por algo como aquello.

—Err... de nada, creo.

La divertida sonrisa que curvó los labios de Noah le iluminó los ojos. Se inclinó y tiró de ella para atraerla a sus brazos.

—Déjame adivinar, tus anteriores amantes eran demasiado pagados de sí mismos que no saben ni dar las gracias por un fantástico trabajo oral —le soltó risueño. Entonces bajó sobre su boca y la besó, enlazando su lengua con la propia, probándose en su boca sin pudor—. Pues eran unos idiotas. Gracias, Di, me ha encantado.

Le limitó a asentir, sentía las mejillas tan calientes que le sorprendía no estar en llamas.

—Ha sido un placer —se lamió los labios—, de verdad.

Respondió a sus palabras con sus manos deslizándose por su espalda desnuda, le acarició y magreó las manos antes de hundir los dedos entre ellas y acariciarle el sexo desde atrás.

—Um... me encanta lo mojada y calentita que te pones cuando estás excitada —ronroneó inclinándose sobre ella con hambre—. Hace que se me ocurran mil y una ideas sobre qué hacer contigo.

Retiró las manos pero solo el tiempo suficiente para aferrarle las caderas y levantarla obligándola a rodearle la cadera con las piernas.

—¿Qué...? —se quedó sin aliento. La movía con tanta facilidad como si no pesara nada, algo que la hacía sentirse liviana y más femenina que nunca.

—Me apetece follarte en la terraza —declaró y enfiló hacia allí.

¿En la terraza? Giró la cabeza hacia las ventanas francesas que daban paso a un pequeño balcón con una mesa circular y dos sillas.

—No, no, no... Noah, ni siquiera es de noche... —empezó a protestar—, puede vernos cualquiera.

Sonrió con pereza y le palmeó una nalga mientras la sostenía con el otro brazo.

—Pues que miren, quizá puedan aprender algo.

Jadeó incapaz de encontrar la réplica adecuada, ese hombre no tenía la menor intención de detenerse. Abrió las puertas con tremenda facilidad y la sacó al balcón. La tarde empezaba a dar paso ya a la noche, pero todavía había suficiente luz como para que cualquiera de los que estuviese paseándose por la entrada de la casa los viesen.

—La madre que te...

—Mi madre está perfectamente en el lugar en el que está —le aseguró—, posiblemente volviendo loco a mi padre. Pero se quieren, así que...

Y de nuevo volvió a dejarla sin palabras.

—Pero qué... —jadeó y dio un pequeño respingo al sentir el frío de la piedra bajo el culo—. Oh, joder... está frío.

Se abrió paso entre sus piernas, acariciándole el sexo, mientras planeaba sobre sus labios.

—En un momento, ni lo notarás.

Sacudió la cabeza.

—Noah...

Sus palabras quedaron atrapadas por los labios masculinos, su lengua se sumergió en su boca y la arrastró en un hambriento beso que la dejó sin aliento. Casi al mismo tiempo sintió de nuevo su sexo erecto rozándose contra su muslo, sus dedos la acariciaban excitándola más y más.

—Caliente y muy mojada —ronroneó en sus labios—. Sé buena y retrasa la mano hasta el cuenco que encontrarás a tu espalda.

Hizo lo que le pidió y sus dedos tropezaron con el cuenco, en su interior, a juzgar por el tacto, había condones. Vaya un sitio para tenerlos, pensó con ironía.

—Coge uno y pónmelo.

Se mordió el labio inferior, la brisa le acariciaba la piel creando una sensación de lo más erótica.

—Eres un exhibicionista, confíesalo —le soltó. No sabía si reírse con todo aquello o echarse a llorar.

Le acarició los labios con los suyos y se los lamió.

—Quiero follarte, Di, me da lo mismo dónde sea mientras pueda tenerte —le aseguró—. Además, la posibilidad de que alguien pueda vernos copulando, añade el punto picante al momento. Imagínate a alguien mirándonos, disfrutando de modo en que gimes, de cómo se mueven tus caderas mientras me acoges, de tu suave y cremosa piel. Estoy convencido que querían estar en mi lugar y ser ellos los que te follasen hasta hacerte gritar de

placer.

Inexplicablemente esa irreverente y sexual charla la excitó todavía más, sus ojos se desviaron solos hacia la entrada y se mordió el labio inferior ante aquella vívida escena que había puesto en su mente.

—Sí —ronroneó, besándole la mandíbula en dirección a su oído—, eres una mujer con una sensualidad arrolladora, alguien que disfruta de lo que se le ofrece y no hay mayor placer para un hombre que contemplar ese disfrute.

Le mordió la oreja y la penetró al mismo tiempo con un par de dedos.

—Eres encantadora, muñequita —ronroneó en su oído—, realmente perfecta para mí.

Abandonó su boca y se deslizó por su clavícula, descendiendo en picado a sus pechos y prendiéndose de uno de sus pezones. Lo chupeteó, lo lamió lentamente, mordisqueándolo con suavidad para finalmente tragárselo arrancándole un jadeo al tiempo que un relámpago de placer conectaba su pecho con su húmedo y hinchido sexo. Se alimentó de sus senos, la torturó hasta que sus caderas empezaron a moverse solas buscando aumentar la penetración de sus dedos, apoyó las manos sobre la mesa, una de ella todavía cerrada alrededor del condón y gimió.

—Pónmelo —le dijo apartándose de ella y dejando a la vista su pene de nuevo erecto.

Se relamió y obedeció. En un momento rompía el plástico del preservativo y al siguiente se lo estaba colocando, deslizándolo sobre el duro sexo.

—Es realmente caliente ver cómo me devoras con la mirada.

Levantó los ojos y se encontró con los suyos igual de hambrientos.

—Deja de pensar, Diana y límitate a disfrutar —le dijo con ese tono de voz firme y sereno que la hacía estremecer—, juega conmigo, es todo lo que tienes que hacer.

La cogió de las caderas y tiró de ella hacia delante, acercándola por completo a él, su erección a punto de entrar en ella.

—Ahora empieza lo bueno —sentenció y capturó sus labios, hundiéndole la lengua en la boca al tiempo que hacía lo mismo con su pene en su caliente y resbaladizo sexo.

La llenó por completo arrebatándole el aire cuando se empujó en su interior. Sus paredes se ceñían a su alrededor en un agarre perfecto, la sensación era tan maravillosa que tuvo miedo de acabar llorando, pero él no iba a darle siquiera tiempo para encontrar las lágrimas. Se retiró y volvió a embestir aferrándose a sus caderas, la levantó y se sumergió en su interior aún más, dejando que su espalda se aplastase contra la mesa y tuviese que aferrarse al borde de la misma para no caer.

—Oh, dios mío.

Su amante se rio entre dientes.

—Deja a dios con sus juegos y tú concéntrate en aclamar los míos.

Se hubiese reído si tuviese aliento para ello.

Todo lo que podía hacer en cambio era jadear, gemir y cualquier cosa inteligible que abandonase sus labios, le daba igual que estuviesen al aire libre, que alguien quisiese ejercer de *voyeur*, su cuerpo estaba a merced de ese hombre y sus eróticos juegos. Se entregó sin reservas, se perdió en el placer y disfrutó del interludio como si fuese el último.

Su cuerpo ardía de necesidad, sus caderas se elevaban para encontrarse con sus embestidas en una serie de repetidas e intensas colisiones que le arrebataban el aliento y la cordura, dejó de pensar y preocuparse en nada que no fuese ese hombre marcándola de forma ineludible.

Diana empezaba a preguntarse si después de ese fin de semana podría volver a su vida como era antes de conocerle, de algún modo que todavía no entendía, Noah Avery se había metido debajo de su piel.

—Noah... —jadeó su nombre—, oh, señor, Noah...

Se inclinó sobre ella y poseyó su boca una última vez, en esa nueva posición podía sentir su pene incluso más adentro, acariciando una zona que la enloquecía, la fricción del piercing contribuyó a la tarea de llevarla al orgasmo, algo que concluyó con absoluto éxito.

Gritó su placer en la boca masculina y pronto se bebió el ronco gruñido que emitió él antes de descargarse también en su interior acompañándola en el intenso caleidoscopio de sensaciones.

## CAPÍTULO 18

—Domingo —murmuró Diana mirando su teléfono—. ¿A dónde diablos se fue el sábado?

Sabía que era una pregunta retórica, una manera de enfatizar que el día de ayer apenas sí había visto la luz del sol. Una visita rápida a comisaría, el inesperado encuentro con su ex el cual dio como resultado un brutal ataque de pánico y sexo, montones y montones de sexo curativo. ¿Existía algo así como el sexo curativo?

Se sentía más liviana por dentro, pero intuía que más que el sexo, se debía al hecho de haber compartido por primera vez sus temores, dejar que estos saliesen a la luz y enfrentarse con la realidad.

La pantalla del móvil anunciaba una carga al 83%. Su teléfono, el cargador, los papeles del coche, la chaqueta que había dejado en el maletero, todo estaba allí, pulcramente amontonado sobre la mesa. Suspiró y dejó el teléfono cargando hasta su totalidad, había comprobado las llamadas recibidas, prácticamente todas ellas de las chicas, tendría que llamarlas para decirles que volvía y no sola.

Echó un vistazo a la puerta entreabierta del cuarto de baño, se oía el correr del agua en la ducha señal inequívoca de que su amante estaba utilizándola. Se había levantado antes que ella, notó como dejaba la cama en el mismo momento en que se despertó.

Buscó su ropa alrededor de la habitación y la encontró sobre una silla, lavada y planchada. Incluso su ropa interior estaba allí.

—Al menos no tendré que volver a ponerme ese modelito. —Hizo una mueca al recordad el puñetero trajecito del día anterior, todavía tenía la necesidad de tirar de la falda hacia abajo a pesar de que ahora solo llevaba la camisa que Noah le había dejado para andar por la habitación y no tener que estar desnuda.

Retiró la ropa interior, buscó los calcetines y miró hacia el baño pensando en sí debería esperar a que terminase o unirse a él cuando la melodía de otro móvil empezó a resonar en la habitación. Oyó al mismo tiempo como se cerraba el grifo de la ducha y la voz de su amante.

—Diana, ¿puedes cogerlo, por favor?

Se giró hacia la puerta entreabierta y asintió.

—Sí, claro.

Atravesó la habitación y rescató el teléfono de encima de la mesilla, la pantalla solo mostraba un número de teléfono, lo que sugería que el contacto no estaba en la libreta de direcciones.

—¿Hola? —respondió—. Noah no puede ponerse en estos momentos, si puede hacer el favor de esperar un momento.

Hubo una ligera vacilación al otro lado de la línea, entonces escuchó la respuesta procedente de una voz femenina suave y juvenil.

—¿Quién eres? ¿Dónde está Noah?

Apartó el teléfono y lo miró con curiosidad ante el tono despótico y poco amistoso que escuchó del otro lado.

—Si me dice su nombre...

Hubo un resoplido.

—Eres su nueva putita, ¿no es así? —soltó la mujer—. ¿Sabes que te estás tirando a mi marido?

Se quedó sin palabras, el teléfono pegado contra la oreja sin poder reaccionar. ¿Marido?

—Te pondré ahora con...

—¿Qué edad tienes? Suenas demasiado joven para ser una de sus perras.

¿Una de sus perras? ¿Pero de que iba esa mujer?

—Mira, guapa, te sugiero que moderes tu lenguaje y la forma en la que te refieres a mí...

—¡Perra! ¿Dónde está Noah? ¡Dile a ese cabrón que se ponga! ¡Noah! ¡Sé que estás ahí!

—Pero qué coño... —apartó el teléfono evitando quedarse sorda y lo miró como si fuese una serpiente. Los gritos llegaban de forma ahogada a través del auricular y vaya vocabulario se gastaba la mujer.

—¿Quién era?

Se giró para ver a su amante abandonando el baño con una única toalla alrededor de las caderas y otra secándose el pelo.

—¿Todavía sigues al teléfono?

Como si la mujer hubiese escuchado su voz, volvió a chillar y esta vez más alto haciendo que él mismo frunciese el ceño. Le tendió el teléfono con cara de pocos amigos.

—Dice que es tu esposa.

Su rostro cambió inmediatamente, su gesto se ensombreció, vio cómo apretaba la mandíbula y avanzaba para coger el teléfono.

—Mi *ex* esposa —puntualizó el tiempo pasado—. O lo que es lo mismo, el mayor error que cometí en mi vida.

La respuesta la sorprendió tanto o más de lo que lo había hecho la dada por la mujer. Le entregó el teléfono y se hizo a un lado.

—Diana... —la llamó, tapando el auricular del teléfono.

Señaló el cuarto de baño.

—Voy a darme una ducha —respondió y miró el teléfono una vez más—.

Necesito comprobar que ahí, doña Campanilla, no me ha dejado sorda.

Su comentario hizo que se curvasen los labios masculinos, sus ojos azules se deslizaron sobre su cuerpo, desnudándola con la mirada como lo había hecho anteriormente.

—Empiezo a sentir envidia de mi propia camisa —murmuró solo para ser coreado por un gritito al otro lado del teléfono. Resopló y miró el aparato como si fuese una serpiente o algo—. Será mejor que me enfrente a mi propia pesadilla de una vez o no se callará nunca.

Dicho aquello cruzó la habitación, abrió una de las puertas francesas y salió al balcón, estaba claro que a ese hombre le daba exactamente igual presentarse en pelotas en cualquier lado. Se encogió de hombros y entró en el cuarto de baño cerrando la puerta tras ella. Había cosas que era mejor no escuchar y una discusión ex matrimonial, era una de ellas.

Emily siempre había tenido el don de la oportunidad, pensó Noah volviendo a entrar en el dormitorio casi veinte minutos después. Su ex mujer no había cambiado un ápice, seguía siendo la misma niña consentida con quién se había casado. Su necesidad de control, de saber lo que hacía a cada momento no la había abandonado, seguía increpándolo incluso después del divorcio y de haberle dejado perfectamente claro que no quería saber nada de ella.

Creía que podía tenerlo todo, que podía inmiscuirse en sus cosas, expiarlo y salir indemne. Creía que podía ponerle los cuernos y quedarse tan ancha, invitar a sus amantes a su propia casa y montar una orgía particular. ¿De verdad había estado tan ciego? ¿La había querido tanto como para no ver la clase de harpía que escondía esa carita dulce y soñadora?

Sabía que era un error casarse con ella, Sheridan lo había advertido de

ello.

*«Es demasiado joven, Noah. Terminarás aburriéndote de ella o te hará la vida imposible».*

Había tenido razón en ambas cosas. Su vena caprichosa empezó a hacerse cada vez más evidente, sus continuos lloriqueos se convirtieron en un motivo de crispación, más que un marido se había convertido en su padre o un hermano mayor. Doce años de diferencia podían ser bastantes cuando ella tenía únicamente veintitrés años y la mentalidad de una cría de quince.

Simon había sido el que le había abierto finalmente los ojos, su amigo lo había arrastrado con él para que viese con sus propios ojos lo que le decía, aquello que se resistía a creer.

Tiró el móvil encima de la cama deshecha y miró hacia la puerta cerrada del cuarto de baño, ya no se oía el correr del agua, Diana debía haber terminado ya.

Diana. Ella también era joven, su permiso de conducir decía que tenía veintiséis años, pero todo en ella hablaba de mayor edad y experiencia, su forma de hablar y actuar, el trauma por el que había pasado, todo ello la había hecho madurar de golpe arrebatándole esos años de juventud que debería haber vivido. No se parecía en nada a Emily. No tenía ni un solo hueso caprichoso en el cuerpo, su independencia era palpable así como esa vena cabezota.

—Y te gusta mucho más de lo que estás dispuesto a admitir, Avery — murmuró para sí mismo—. Joder. No acabo de salir de un lío y ya me estoy metiendo en otro.

La puerta del baño se abrió dejando escapar el vapor y la vio salir envuelta en su albornoz y secándose el pelo. Era una visión dulce y sensual, una combinación que despertaba su deseo y avivaba la necesidad que habitaba en su interior. Le gustaba el sexo, era un hombre sumamente sexual, pero lo de

aquella mujer iba más allá del apetito, desde que la vio necesitó ponerle las manos encima, poseerla, hacerla suya.

—¿Ya has terminado? —le preguntó mientras se secaba el pelo con la toalla—. Parecía bastante cabreada.

Echó un vistazo a su espalda hacia el teléfono abandonado y se encogió de hombros.

—Es su estado natural —declaró con sencillez—, cuando no salen las cosas de la forma en que ella quiere, desata el infierno.

La sorpresa y la pregunta en sus ojos no le pasaron desapercibidas, con todo, no dio voz a su curiosidad.

—¿Llevas mucho tiempo divorciado?

—Dos años —respondió de manera automática.

—Parece que no se lo tomó demasiado bien si todavía sigue considerándose tu esposa y llama *putita* a toda mujer que coge tu teléfono.

Resopló. Tenía que suponer que Emily le habría llamado de todo menos bonito por haber cogido el teléfono.

—Emily siempre ha tenido un carácter explosivo —comentó—. Me corrijo, yo confundí el carácter explosivo con una actitud infantil y déspota. Me di cuenta de quién había debajo de esa cara dulce y bonita cuando ya era demasiado tarde, puede ser realmente buena manejando a los hombres a pesar de su juventud. Yo fui su mayor premio, se casó con un psicólogo, un hombre con una carrera, su propia consulta privada y que le podía dar todos los caprichos que quería.

—No es necesario que me des explicaciones —comentó ella con voz dudosa—, no es asunto mío. Ni siquiera debí preguntar, discúlpame.

Negó con la cabeza y la miró. Su pequeña y tierna muñequita.

—A veces, cuando alguien está dispuesto a escuchar, las personas sentimos la necesidad de hablar —comentó. Señaló el teléfono y suspiró—.

Habían pasado más de diez meses desde la última vez que me llamó, tenía la esperanza de que ya se hubiese olvidado de mí o perdido mi número de teléfono.

Notó la vacilación en ella, sintió su peso cambiando de un pie al otro, su mirada esquiva y dubitativa.

—Ella... parecía bastante joven al teléfono.

Sonrió para sí, la curiosidad era sin duda un ingrediente clave en toda mujer, pero en el caso de Diana parecía tener incluso problemas para dejarla salir.

—Le llevo doce años —aceptó sin más—. Ella acababa de cumplir los veintitrés cuando nos casamos. Siempre fue una mujer sofisticada, elegante, le gustaban las cosas caras y a menudo vestía de acuerdo a ese estándar. Sabía de su juventud, debajo de aquellas prendas y el maquillaje diseñado para hacerla más adulta, poseía la fresca actitud y los dulces rasgos de una joven mujer, solo que con... digamos... una sexualidad más desinhibida.

Puso los ojos en blanco y tuvo que hacer un esfuerzo para no reír.

—Me lo puedo imaginar.

—Curiosamente, parece que el matrimonio saca a la luz esas cosas que no ves antes o quizá es que no las quisiste ver —continuó pensativo—. A los tres meses de casados, empezó a hacerse más palpable su actitud voluble e infantil. A su juicio, la tenía desatendida, pasaba demasiado tiempo en la consulta, empezó a exigir saber con quién estaba, a quién veía, incluso me inventó alguna amante —chasqueó la lengua—, y mientras era ella la que salía cuando le daba la gana y regresaba de madrugada, quien mantenía amantes y se movía por un par de... clubs sexuales privados de la ciudad.

—Vaya una joyita —murmuró. La miró a los ojos y sus mejillas adquirieron un rápido sonrojo—. Um... ¿he dicho eso en voz alta?

Sonrió de medio lado.

—Lo era, era una auténtica harpía —corroboró sus pensamientos—. Y si bien creo que era consciente de ello, me resistía a aceptarlo pensando que podía hacer algo para que ese matrimonio funcionase. Sheridan me había advertido sobre ella antes de casarme, no le escuché. Simon tuvo un poco más de fortuna, quizá porque me arrastró al club privado del que era socio para que lo viese con mis propios ojos.

Hizo una mueca y sonrió irónico al recordar la escena que le había montado ella allí mismo, culpándole a él de sus salidas nocturnas, de no cubrir sus necesidades.

—Me resistí, ya fuese porque pensé que había fallado, por orgullo o porque seguía creyendo en la fidelidad, el caso es que abandoné mi casa durante una semana y me vine al Magnolia —continuó recordando esos días—. Digamos que mi estancia aquí... me abrió los ojos de una manera poco ortodoxa. Estaba dispuesto a darle una nueva oportunidad, a hablar con ella e intentar salvar nuestro matrimonio... pero después de abrir la puerta de mi casa y presenciar... lo que presencié. Bueno, a la mañana siguiente tenía los papeles del divorcio sobre la mesa, firmados y a la espera de que ella pusiese también su firma. Tras un poco de persuasión por mi parte, su firma terminó al lado de la mía y ella fuera de mi vida.

Los ojos claros resbalaron hacia el teléfono con un obvio apunte.

—A juzgar por su tono y sus palabras, no pareció entenderlo del todo.

—Si no le había quedado claro cuando firmó los papeles del divorcio, creo que ahora sí le ha quedado —comentó de manera misteriosa. Se había encargado de que así fuese y, si Emily demostraba ser un poco inteligente, no seguiría jodiéndole si quería conservar su actual forma de vida.

Ella entrecerró los ojos y lo contempló como si estuviese buscando lo que pudiese existir debajo de aquellas palabras.

—Has tenido tan mal gusto en mujeres como yo lo he tenido en hombres

—declaró sincera.

Se echó a reír, avanzó hacia ella y le apartó un rebelde y húmedo mechón que le acariciaba la mejilla.

—Sin duda eso ha cambiado desde que puse los pies en el Magnolia —aseguró mirándole los labios—, tú eres la prueba de ello.

—Yo llegué aquí por accidente.

—Todos acabamos en la Magnolia por accidente, muñequita, pero una vez probamos lo que nos ofrece, nos sentimos inclinados a repetir.

—No todos...

Dejó que sus labios mostraran la ironía que veía en sus propias palabras.

—Y lo dice alguien que ha pasado las dos últimas noches entre estas cuatro paredes y en mi cama —chasqueó la lengua—. No sirve de mucho mentirse a uno mismo, Diana, créeme, lo intenté y no obtuve satisfacción alguna.

Bajó entonces la mirada sobre ella, recorriéndola sin pudor y relamiéndose de anticipación por lo que veía. Daba igual que hubiese pasado toda la noche retozando entre las sábanas, la deseaba de nuevo.

—En cambio, aceptar la realidad —comentó desabrochándole el cinturón del albornoz para verla vestida ya con la ropa interior que había llevado puesta la primera vez que la tuvo entre sus brazos—, trae consigo infinidad de beneficios, como los de disfrutar del placer.

Su amante dio un paso atrás saliendo de sus brazos.

—Y el tiempo de disfrutar del placer ha llegado a su fin —le recordó—. Es domingo —le recordó—. Prometiste venir a ver el coche.

Y allí estaba otra vez la más dura de las jugadoras.

—Sí, te lo prometí y soy de los que cumple con lo prometido —aseguró, pero sus ojos seguían puestos sobre esa figura, al igual que lo estaba su mente

—. Ya he reservado vuelo para Oklahoma, saldremos a las doce.

—¿Vuelo?

El tono en su voz hizo que dejase de devorarla con la mirada para centrarse de nuevo en su cara.

—¿Algún problema?

Se lamió los labios.

—¿Además del hecho de que cuesta un riñón, que me he quedado sin mi camioneta y que nunca he subido en un pájaro de esos?

Enarcó una ceja.

—¿Nunca has montado en avión?

Sacudió la cabeza.

—No tengo demasiados lugares a los que ir y a los que voy, están disponibles por carretera.

Sonrió de medio lado ante su peculiar argumento.

—Bueno, muñequita, siempre hay una primera vez para todo —le aseguró sujetando las solapas del albornoz y tirando hacia él para tenerla en sus brazos—, y como todavía tenemos un par de horas, creo que voy a enseñarte un nuevo juego.

Jadeó e intentó liberarse de sus brazos sin éxito.

—¿Otro juego? De eso nada, acabo de ducharme y mi cuerpo dice que ya no puede con más excesos —declaró intentando liberarse de él.

La apretó contra su pecho y la obligó a retroceder hacia la cama hasta dejarla caer de espaldas.

—Deja que sea yo quien decida si tu cuerpo puede o no puede con más —la siguió cerniéndose sobre ella—. Mientras tanto, no tienes que hacer otra cosa que quedarte ahí tumbada y gemir.

Y eso fue exactamente lo que la obligó a hacer durante los próximos cuarenta y cinco minutos, limitarse a permanecer tumbada y disfrutar mientras

él se daba un verdadero festín con su cuerpo.

## CAPÍTULO 19

Había cosas que necesitaban ser hechas, mensajes que dejar y lecciones que debían ser aprendidas y, si bien él no era partidario de la violencia, había visto suficiente en su carrera como para tener un pequeño momento de «Noah conoce al Diablo». Después de todo, de vez en cuando hay que dejar salir lo que se lleva dentro, especialmente si detrás de ello existe una buena causa y lo único que haces es dejar un ojo a la funerala y unas cuantas costillas magulladas. Se miró los nudillos despellejaos e hizo una mueca, estiró los dedos y volvió a doblarlos comprobando que no tenía nada roto. Sí, todavía le molestaba la mano, pero cualquier inconveniente quedaba olvidado bajo el peso de la satisfacción.

Cuando volvió al dormitorio una hora después de haberlo dejado, se encontró a Diana rezongando pegada al teléfono, tenía el pelo húmedo aunque ya se había vestido. A juzgar por su tono de voz y los trozos inconexos que captó de la conversación, la gatita de Gabriel había volado sin decirle una sola palabra a nadie.

Echó un rápido vistazo a la mesa del comedor la cual estaba únicamente ocupada por Sheridan. Su amigo estaba doblando el periódico y dando por terminado el desayuno cuando escuchó el sonido de un mensaje entrante en el móvil. Lo vio mirar el teléfono y suspirar con cierto alivio mientras activaba la recepción y leía el contenido.

—Buenos días —lo saludó pasando a su lado para sentarse. Había dispuestos servicios de café en una bandeja para quién deseara tomarse un

tardío desayuno.

—Buenos días —respondió y miró en dirección a la puerta como si esperase ver entrar a alguien más—. ¿Dónde has dejado a la pequeña gata erizada?

Retiró la silla y alcanzó una taza para servirse un poco de café.

—Subiéndose por las paredes —respondió—. Parece que tu esposa, la auténtica, se largó sin decirle nada.

Su amigo soltó un reluctante bufido.

—Que se ponga a la cola.

Así que Diana no era la única enfadada, pensó mientras se llevaba la taza de café a los labios y probaba el amargo brebaje. A juzgar por el estado de ánimo de su anfitrión, Joselyn se habría marchado sin decirle tampoco una sola palabra a él.

—Sí, era lo que me imaginaba —murmuró—. Déjame adivinar. Se marchó tan silenciosamente cómo llegó.

La respuesta llegó en la forma de un trozo de papel que extrajo de debajo del teléfono móvil y que le tendió sin vacilar.

—Esa ha sido su carta de despedida.

Cogió el papel y leyó rápidamente el contenido. En pocas frases le daba las gracias por el fin de semana e hizo mención a algo que no entendía.

—¿Rose?

El hombre sacudió la cabeza.

—¿Recuerdas el rosal que me empeñé en ir a buscar esa maldita noche?

Como para no recordarlo, pensó con ironía, había sido incapaz de quitarle esa idea de la cabeza. Había sido un fin de semana infernal para todos, pero sobre todo para Sheridan. La desesperación unida a la culpabilidad que no había podido quitarse de encima, lo habían llevado a cometer el más estúpido de los actos, solo para desaparecer una vez más.

Cuando lo encontraron sentado en el borde de la fuente Bellagio, había comentado cosas sin sentido, entre las que se encontraba una niña y un jodido rosal.

Al final, no le había quedado más remedio que acompañarle a buscar la maldita planta, recorriendo la cosmopolita zona sin tener la menor idea de por dónde empezar a buscar. Suponía que el haber dado con la dichosa planta era más cuestión de suerte que otra cosa.

—Como para olvidarlo —respondió por fin con palpable ironía.

—La niña de la que te hablé, la que creías que era producto de mi imaginación, la medicación o qué se yo —le dijo encontrando su mirada—. Era ella, era Joselyn. La verdadera Joselyn.

Y aquella noticia era sin duda lo último que esperaba escuchar esa mañana.

—Ella compró el rosal y lo plantó allí, mezcló la tierra con las cenizas de su hermana, Rose. La hermana que murió esos días después de luchar durante casi un año con la leucemia. Por eso estaba en Las Vegas y, de algún modo, fue lo que nos metió a ambos en este rocambolesco e inesperado matrimonio.

—Mierda.

Él sonrió de medio lado.

—Sin saberlo, me traje el rosal y a su hermana —comentó con una mueca—. Ella tampoco recordaba lo ocurrido en esa época, lo que dijo la perra era verdad...

No sabía que decir, sin duda los acontecimientos de este fin de semana habían sido un infierno de revelaciones para su amigo.

—Vaya —murmuró recordando aquellos pasados momentos—. Entonces, la niña de la que hablabas... era ella.

Él asintió.

La vida podía ser realmente una gran hija de puta, pensó al recordar todo lo que había ocurrido entonces.

—El mundo es un jodido pañuelo. —comentó tras un momento de cavilación, entonces buscó su mirada—. ¿Y qué piensas hacer ahora?

Bajó la mirada sobre el teléfono y miró la pantalla. En un momento dado sus labios se curvaron por sí solos.

—Supongo que lo único que puedo hacer en estos momentos —le dijo mirándole de nuevo—. Esperar y ver qué pasa.

Se rio entre dientes. Ambos sabían que ese término no podía aplicársele.

—Bien, pues mientras tú esperas, yo voy a ver si puedo hacerme con un nuevo Chevrolet para mi colección.

La mirada de su compañero cayó sobre la mano que envolvía la taza y señaló los obvios daños con un gesto de la barbilla.

## CAPÍTULO 20

Diana podía sentir los ojos de sus compañeras clavadas en la nuca mientras permanecían en el jardín trasero del Garden Rose. Echó un rápido vistazo y se encontró con tres manos con los pulgares hacia arriba. Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza. Eran igual que niñas pequeñas observando a escondidas el nuevo invitado a una fiesta a la que no se les permitía asistir.

—Parecen bastante entusiasmadas, ¿no?

El susurró de Noah demasiado cerca de su oído la hizo dar un brinco. Sus mejillas se colorearon al momento y tuvo que obligarse a reprimir un exabrupto cuando lo vio sonreír divertido.

—No vuelvas a hacer eso.

Alzó las manos a modo de rendición.

—Lo siento —se burló—, estabas tan concentrada que no pude evitarlo.

La dejó y continuó con su exploración del vehículo. Abría y cerraba las puertas, comprobaba el maletero, el capó, hizo algún que otro comentario que no llegó a captar bien y continuó valorando su posible adquisición.

Al final, la había arrastrado al aeropuerto y la había hecho subir a aquel aparato de metal que los trasladó en unos cuarenta y cinco minutos de un punto del estado al otro. Todavía recordaba la sensación de su estómago cuando despegó el avión, así como la que siguió después al aterrizaje, pero sin duda, lo mejor habían sido las vistas desde la ventanilla, un enorme campo de nubes que la hacía pensar en cuentos de hadas, en ángeles y en cualquier cosa que no fuese terrenal.

Una vez llegaron a su destino había alquilado un vehículo y condujo todo el camino siguiendo sus indicaciones. Había llamado al refugio nada más aterrizar para avisar a las chicas que ya estaba de vuelta. Le había cogido Sophie, la cual no dudó en preguntarle si había conseguido vender el puñetero cacharro; palabras textuales. El saber que estaba yendo para el jardín con un hombre ajeno a la propiedad levantó algo de recelo sobre las residentes.

Sin embargo, Noah estaba al tanto de todo y fue él mismo quién le sugirió tomar una vía alternativa para entrar al jardín, como terapeuta sabía lo que podía suponer para mujeres como las que vivían en la casa el que una persona extraña, pero sobre todo un hombre, penetrase en sus dominios.

¿Por qué eran esos pequeños detalles los que conseguían dejarla sin palabras? La sensibilidad de ese hombre estaba a la par de su maquiavélica mente. Podía pasar de ser un ángel a un demonio en cuestión de un parpadeo, por no mencionar que cada vez que estaba cerca, cada vez que la rozaba, aunque fuese sin querer, la encendía como una antorcha.

Maldita sea. Le gustaba, le gustaba mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir y el saber que estas eran sus últimas horas junto a él la llenaba de desasosiego.

«*Solo accediste a sus juegos durante un fin de semana, ¿recuerdas?*».

—No está tan mal como pensé —comentó sacándola de sus cavilaciones—, lo peor es sin duda el exterior. Curiosamente, el interior está bastante bien conservado. Habría que cambiar el motor y los faros que no pertenecen a este modelo y colocarle de nuevo el embellecedor; eso puede ser lo más caro de todo.

Lo miró a él y luego al coche, una y otra vez.

—¿Eso quiere decir que vas a comprarlo?

La miró con ese gesto entre divertido e irónico que la sacaba de quicio.

—Eso significa que te daré los siete mil quinientos que pides —declaró

mirándola a los ojos—. Pero no te mentiré, en el estado en el que está, como mucho lo venderías por cinco o seis mil.

Sabía que Noah tenía razón, si algo había descubierto este pasado fin de semana sobre él, era que se trataba de un hombre honesto y muy directo. Volvió la mirada hacia el edificio, las chicas ya habían desaparecido de la ventana, se mordió el labio inferior y tomó una profunda bocanada de aire.

Garden Rose, la parte trasera del edificio se alzaba ante ellos como mudo recordatorio del motivo por el que había emprendido aquella aventura, una que había traído consigo muchas más cosas de las que esperó jamás.

—Gracias —se giró hacia él y le tendió la mano para sellar el trato—. Yo... nosotras... solo, gracias.

Él asintió y le estrechó la mano, reteniéndosela más tiempo del necesario.

—Te haré un cheque ahora mismo con el importe —le dijo y le soltó la mano.

Ella asintió y dio un paso atrás sin saber muy bien que decir a continuación. Se suponía que esta era la meta que había estado persiguiendo, el motivo por el que había llegado a hacer tratos con ese hombre y ahora que todo había terminado...

Lo vio sacar la chequera de la chaqueta, cogió el bolígrafo y garabateó rápidamente la cantidad, dobló el papel y se lo entregó.

—Supongo que mañana podría hablar con mi mecánico para que viniese con la grúa a retirarlo —comentó mirando de nuevo el vehículo—, le daré tu número de teléfono, si te parece bien, para que te llame antes de venir.

Asintió.

—Claro, no hay problema —aceptó mirando el cheque entre los dedos. ¿Le estaban temblando las manos?—. Yo... —volvió a mirar el edificio—, sé que Josey conseguirá ese aplazamiento. Esto ayudará.

Siguió su mirada y contempló la edificación con ojo crítico.

—El edificio parece que necesita algo más que pagar la hipoteca, muñequita.

Hizo una mueca, eso era algo que ya sabía pero tal y como estaban ahora mismo las cosas, difícilmente podrían afrontar más de lo que ya tenían en el plato.

—Ya sabes lo que suele decirse, una cosa a la vez —comentó mirando de nuevo el papel entre los dedos—. Será mejor que llame a Josey para avisarla de que se ha vendido el cacharro. Yo... gracias otra vez. Esto... es posible que nos salve el culo de muchas más maneras de las que te imaginas.

Volvió a mirar el edificio y luego a ella.

—Creo que me hago una idea.

Asintió y se movió inquieta.

—Bueno... supongo que eso es todo —comentó. Odiaba este tipo de tensión, no era buena con las despedidas, no sabía que decir, especialmente después de todo lo que había pasado con él—. Um... gracias por... el fin de semana.

Esa besable boca se curvó ligeramente.

—Ha sido un verdadero placer —le aseguró—, uno que me gustaría poder repetir pronto. ¿Qué te parece el fin de semana que viene?

Se quedó sin palabras, eso era lo último que esperaba escuchar de sus labios.

—Yo... err... estoy sin coche.

La empujó hacia el Chevrolet, haciendo que chocase contra él.

—Puedes coger un taxi o recogerte yo después del trabajo —le aseguró acariciándole la mejilla con un dedo.

—¿Un taxi? ¿Tienes idea de lo que puede costar una carrera de taxi de más de ochocientos kilómetros? Tendría que vender un riñón para pagarla y, la

verdad, quiero mucho mi riñón.

Se rio entre dientes, dio un paso atrás y buscó en el interior de la cartera una tarjeta.

—No tienes que ir tan lejos para dar conmigo, muñequita —le aseguró tendiéndole la tarjeta de visita—. Estoy a cuarenta minutos de aquí. Mi consulta incluso un poco antes.

Miró la tarjeta con su nombre, profesión, número de teléfono y dirección.

—¿Tienes tu consulta en Monroe? —jadeó. Levantó la mirada y lo miró acusadora—. ¿Por qué no lo dijiste?

Alzó las manos a modo de rendición.

—Nunca me preguntaste dónde trabajaba —le recordó—, en realidad, dijiste que odiabas a mi gremio.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, sus mejillas coloreándose de nuevo.

—¿Y bien? ¿Cenas conmigo el viernes?

Parpadeó y volvió a mirarle.

—¿Por qué?

Su pregunta lo cogió por sorpresa.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué querrías cenar conmigo?

Posó esa profunda e inquisitiva mirada sobre ella y la contempló durante unos instantes. Frunció el ceño y chasqueó la lengua para luego negar con la cabeza.

—¿Por qué va a ser, Diana? Porque me gustas. Me has llamado poderosamente la atención, he pasado un fin de semana de lo más entretenido y me gustaría ver... que más hay debajo de esa coraza bajo la que te ocultas.

Bueno, eso era sin duda una respuesta bastante adecuada y realista.

—¿Tú no lo has pasado bien?

Bajó la mirada a sus manos, no le había pasado por alto que tenía los nudillos de una de ellas con heridas e inflamados.

—Yo...

La verdad es que lo había pasado mejor que bien. No se trataba solo del sexo, que había sido increíble en todos los sentidos, sino también de que ese hombre había sido capaz de llegar a ella de un modo que nadie había podido hacerlo antes. Pero, ¿podía confiar en él? ¿Podía darse una oportunidad de volver a confiar de nuevo en un hombre de una manera total y absoluta?

—Casi puedo ver cómo dan vueltas los engranajes de tu cerebro, muñequita. Dime solamente sí o no —insistió con ese tono calmado y tranquilo que siempre esgrimía—. Cena el viernes. A las ocho. Después tú eliges si quieres que continuemos el juego dónde lo hemos dejado o que te lleve a casa.

Y ahí estaba otra vez, dándole la opción de elegir, de decir que no si ese era su deseo.

Bajó de nuevo la mirada sobre su mano, se lamió los labios y preguntó, algo que había estado evitando hacer desde el momento en que había vuelto a la habitación a por ella para ir al aeropuerto. Esa inesperada huida después de explicarle quién era la mujer que había llamado y llevársela de nuevo a la cama la había tomado por sorpresa. No había tenido mayor importancia y a su regreso no hubiese traído la mano con ese aspecto.

—¿Qué te pasó en la mano?

Los ojos azules bajaron sobre el miembro lastimado y la levantó, flexionando las falanges.

—Te ha llevado tiempo reunir el valor para preguntármelo.

Tomó una profunda respiración.

—Quizá porque no quería saber realmente la respuesta.

La miró a los ojos.

—¿Y ahora quieres?

Se lamió los labios.

—Quiero saber si debo decir sí o no —murmuró sin apartar la mirada de la suya—, y esta vez, no quiero volver a equivocarme.

Él asintió.

—Es lo justo —aceptó y volvió a mirar su mano—. Digamos, solamente, que tuve una breve charla con un mecánico. Le recordé lo que podía ocurrirle si volvía a acercarse a mi jugadora favorita.

El corazón le dio un salto, volvió a mirar la mano lastimada y sacudió la cabeza.

—Y esto, demuestra una vez más, que los hombres sois la última especie inteligente sobre la tierra —murmuró al tiempo que caminaba hacia él—. Se supone que los psicólogos promovéis la charla como manera de solucionar los problemas.

—Nena, incluso este psicólogo sabe que, con ciertas personas, hablar es gastar saliva inútilmente —señaló su mano—, esto, por otro lado, es más eficaz.

Sacudió la cabeza enérgicamente, dejó escapar un profundo suspiro y lo miró.

—Entonces, ¿soy tu jugadora favorita?

Esos besables labios se curvaron en una sonrisa que conocía malditamente bien.

—Depende, ¿vas a decirme sí o no?

Se lamió los labios, respiró profundamente y asintió.

—Creo que diré que sí a tu invitación a cenar —aceptó echando un vistazo fugaz hacia la casa, para luego tirar de la manga de su camisa y arrastrarlo al otro lado, dónde quedaron ocultos por el coche—, a lo otro... ya veremos.

Se inclinó sobre ella y le acarició los labios con su aliento.

—Es una buena respuesta para empezar —aceptó bajando sobre su boca —, una respuesta perfectamente adecuada.

Sintió sus labios sobre los suyos, su lengua abriéndose paso en su interior y reclamándola en un hambriento y sensual beso. Quizá, después de todo, podría arriesgarse a emprender con él un nuevo juego de placer.

## EPÍLOGO

Empezar desde cero nunca es fácil, sobre todo cuando tienes que dejar tu antigua vida atrás. Para mucha gente es un camino tan tortuoso que no se atreven a dar el primer paso, para otras, es como despertar de un mal sueño y comprender que ante ti se abren un sinfín de oportunidades. La vida es siempre un motivo para seguir adelante, para no dejarse vencer y luchar por aquello que se desea, pero incluso entonces, hay momentos en que necesitas que alguien te eche una mano, que te recuerde que puedes hacerlo y te brinde una mano amiga. Y eso era en lo que se había convertido Garden Rose para ella y todas las mujeres que habían pasado por sus puertas y las que todavía permanecían dentro de sus paredes.

El sonido de los martillos y las sierra se había convertido en la banda sonora de esos días, al otro lado del jardín que empezaba a ser remodelado ya libre de ese viejo coche, podía ver algunas de sus compañeras charlando e intentando habituarse a tener a los obreros a su alrededor. El que la mayoría de los trabajadores fueran voluntarios, gente que había pasado por su propio infierno y que habían hecho de aquella tarea su forma de seguir adelante, los hacía si cabía más cercanos y más fáciles de llevar.

Diana entrecerró los ojos y miró hacia el tejado de la casa, habían empezado a arreglarlo esa misma semana junto con las grietas que se extendían por el piso superior. Gracias a la venta del coche y la contribución del nuevo socio de Josey, el refugio volvía a estar a salvo y libre de deudas. Había sido él quien había sugerido la necesidad de reparación y, a pesar de

las quejas de su socia, se había salido con la suya, después de todo, aquella casa siempre sería lo primero para su amiga.

—Parece que las cosas van avanzando a buen ritmo —comentó Noah deteniéndose a su lado—. ¿Cómo lo llevan?

Siguió la dirección de su mirada hacia el grupo de mujeres que charlaban en un lado del jardín.

—Todas nos vamos acostumbrando —aceptó girándose hacia él—. Hoy has salido temprano, pensé que habíamos quedado esta tarde a las ocho, como todos los viernes.

Su respuesta fue cogerle la mano, besarle la palma y finalmente besar sus labios. Aquel era un ritual que habían establecido un mes antes, cuando aceptó su primera invitación a cenar.

—Me llegó una nueva invitación esta mañana y decidí no esperar para compartirla contigo —aseguró en tono misterioso—. Así que, dime, Diana, sí o no.

Enarcó una ceja y se llevó las manos a las caderas.

—¿Sí o no a qué?

Se inclinó sobre ella una vez más, le rodeó la cintura y planeó sobre su boca.

—¿Quieres probar una vez más los placeres de la Magnolia? —susurró solo para sus oídos, pegando su pelvis contra la suya, demostrándole que ya estaba duro por ella—, ¿serás mi compañera de juegos?

Se lamió los labios y dejó que ese delicioso escalofrío de placer que la recorría entera se extendiese por su cuerpo preparándola para él.

—Solo si esta vez puedo ser yo la que elija los juegos.

Se echó a reír, capturó su boca y la besó con languidez.

—Creo que podría hacer una excepción, muñequita —la miró a los ojos—, al menos durante la primera ronda.

—Esa es una buena respuesta para empezar, Noah —le respondió con picaresca, echándole los brazos al cuello y aplastando los senos contra su pecho—, una respuesta perfectamente adecuada.